PECADOS EN LA SALA DE JUNTAS
LIBRO 1 DE LA BRATVA MULTIMILLONARIO
NICOLE FOX

PECADOS EN LA SALA DE JUNTAS

LA BRATVA MULTIMILLONARIO

LIBRO 1

NICOLE FOX

ÍNDICE

Mi lista de correo
Otras Obras de Nicole Fox
Pecados en la Sala de Juntas

1. Rae
2. Rae
3. Rae
4. Rae
5. Rae
6. Rae
7. Rae
8. Rae
9. Rae
10. Rae
11. Rae
12. Lukas
13. Rae
14. Rae
15. Rae
16. Rae
17. Rae
18. Rae
19. Lukas
20. Lukas
21. Rae
22. Rae
23. Rae
24. Rae
25. Rae
26. Lukas
27. Rae
28. Rae

29. Rae
30. Rae
31. Rae
32. Rae
33. Rae
34. Lukas
35. Lukas
36. Lukas
37. Lukas
38. Rae
39. Rae
40. Rae
41. Rae
42. Rae
43. Rae
44. Lukas
45. Rae
46. Rae
47. Rae
48. Rae
49. Lukas
50. Rae
51. Lukas
52. Lukas
53. Rae
54. Rae
55. Rae
56. Rae
57. Lukas
58. Rae
59. Rae
60. Lukas
61. Rae
62. Rae
63. Rae

64. Rae
65. Rae
66. Rae
67. Rae
68. Rae
69. Rae
70. Rae
71. Rae
72. Rae
73. Rae
74. Rae
75. Lukas
76. Kir
77. Rae
78. Rae
79. Lukas
80. Rae
81. Rae
82. Lukas
83. Rae
84. Epílogo I: Rae
85. Epílogo II: Rae

Copyright © 2026 por Nicole Fox

Reservados todos los derechos.

Ninguna parte de este libro puede reproducirse de ninguna forma ni por ningún medio electrónico o mecánico, incluidos los sistemas de almacenamiento y recuperación de información, sin el permiso por escrito del autor, excepto para el uso de citas breves en una reseña del libro.

MI LISTA DE CORREO

¡Suscríbete a mi lista de correo! Los nuevos suscriptores reciben GRATIS una apasionada novela romántica de chico malo. Haz clic en el enlace para unirte.

OTRAS OBRAS DE NICOLE FOX

La Bratva Izotov

El Sabor de la Oscuridad

El Sabor de la Luz

La Bratva Safonov

Nueve Meses Para Dar a Luz

Nueve Meses para Amar

La Bratva Lozhkin

Propuesta Retorcida

Rechazo Retorcido

La Bratva Akopov

Sucias Promesas

Sucias Mentiras

La Bratva Ozerov

10 Días para Arruinarse

10 Días para La Redención

La Bratva Litvinov

Adonis Tatuado

Atenea Tatuada

La Bratva Groza

Crueldad de Cachemira

Ruina de Cachemira

La Bratva Kuznetsov

Malicia Esmeralda

Vicios Esmeralda

La Bratva Egorov

Inocencia enredada

Decadencia enredada

La Bratva Novikov

Cenizas de Marfil

Juramento de marfil

La Bratva Zakrevsky

Réquiem de un pecado

Sonata de mentiras

Rapsodia de dolor

La Bratva Oryolov

Paraíso Cruel

Promesa Cruel

La Bratva Bugrov

Purgatorio de Medianoche

Santuario de Medianoche

La Bratva Stepanov

Pecadora de Satén

Princesa de Satén

La Bratva Pushkin

Cognac de Villano

Cognac de Seductora

La Bratva Orlov

Champaña con un toque de veneno

Champaña con un toque de ira

Herederos del imperio Bratva

Kostya

Maksim

Andrei

La Bratva Viktorov

Whiskey Venenoso

Whiskey Sufrimiento

La Bratva Uvarov

Cicatrices de Zafiro

Lágrimas de Zafiro

la Mafia Mazzeo

Arrullo del Mentiroso

Arrullo del Pecador

la Bratva Volkov

Promesa Rota

Esperanza Rota

la Bratva Vlasov

Arrogante Monstruo

Arrogante Equivocación

la Bratva Zhukova

Tirano Imperfecto

Reina Imperfecta

la Bratva Makarova

Altar Destruido

Cuna Destruida

Dúo Rasgado

Velo Rasgado

Encaje Rasgado

la Mafia Belluci

Ángel Depravado

Reina Depravada

Imperio Depravado

la Bratva Kovalyov

Jaula Dorada

Lágrimas doradas

la Bratva Solovev

Corona Destruída

Trono Destruído

la Bratva Vorobev

Demonio de Terciopelo

Ángel de Terciopelo

la Bratva Romanoff

Inmaculada Decepción

Inmaculada Corrupción

PECADOS EN LA SALA DE JUNTAS

De la autora superventas de Amazon Nicole Fox llega una novela romántica con multimillonarios, oficinas y un toque de mafia:

¿Y si *La Bella y la Bestia* tuvieran un hijo con *Una propuesta indecente*...?

Mi jefe está enamorado de mí.

Yo estoy enamorada de su padre...

Cinco años.

Eso es lo que llevo trabajando en Lazarev Global.

Me mato trabajando para facilitarle la vida a mi jefe.

Aunque eso signifique que tenga que rechazar sus insinuaciones.

Es que necesito demasiado este trabajo.

Pero no me importan las largas noches ni las interminables horas extras.

No cuando eso significa quedarme en su oficina…

Y poder vislumbrar al verdadero dueño de este imperio:

Su padre.

El *verdadero* Lazarev.

El de la sonrisa letal y la reputación de la que nadie se atreve a hablar en voz alta.

Pensaba que mi jefe daba miedo.

Pero cuando descubro que su padre está al mando de algo mucho más oscuro,

me doy cuenta de que esto me supera.

Durante una subasta benéfica, se enzarzan en una guerra de pujas por una cita conmigo.

El martillo cae.

Cinco. Millones. De. Dólares.

Y así, sin más,

voy a tener una cita que nunca olvidaré…

PECADOS EN LA SALA DE JUNTAS es una novela independiente pero interconectada, ambientada en el mundo de la familia Lazarev. No hace falta leer los otros libros de la serie para disfrutar de este (¡pero desde luego no está de más!)

TROPOS:

Protagonista multimillonario

Romance con diferencia de edad

Triángulo amoroso

Romance en una subasta

Chico malo, moralmente ambiguo, marcado por el pasado y con encanto

Mafia-lite

Romance entre jefe y empleada en la oficina, con el director general

Amor prohibido / proximidad forzada

Gruñón / Cielo

Heroína virgen

Hombre alfa posesivo/obsesivo

Puedo arreglarlo

Solo tierno con ella

1

RAE

De: Rae Everett

Para:

Asunto: Solo una cosa bonita por mi cumpleaños. Eso es todo lo que quería. Supongo que no.

Hoy en día, los demonios no se anuncian con fuego y azufre.

Se anuncian con notificaciones de Slack.

La notificación aparece a las 4:59 p. m. del viernes por la tarde.

KIR LAZAREV: A mi oficina. Ahora.

Miro el mensaje. Luego el reloj. Luego la triste y pequeña magdalena que Jillian me trajo esta mañana con una vela con el número "25" clavada.

Bueno, feliz cumpleaños a mí.

Suspirando con tristeza, cojo mi tableta y me dirijo a la oficina de mi jefe, que está en una esquina. Es una marcha fúnebre de treinta segundos que hago al menos cien veces al día, pero nunca se hace más fácil.

Kir no levanta la vista cuando llamo a la puerta. Está detrás de su enorme escritorio, con las mangas remangadas hasta los codos y el pelo oscuro cayéndole sobre la frente. Sus ojos grises están fijos en la pantalla de su portátil.

—Cierra la puerta.

Lo hago. Luego espero.

Sigue escribiendo. Diez segundos. Veinte. Dos minutos. Cuatro. Solo entonces se digna por fin a prestarme atención. No tengo ni idea de por qué me ha llamado.

—El papeleo de Shimizu —dice con impaciencia, como si fuera *yo* quien lo hubiera hecho esperar a *él*—. El departamento jurídico ha encontrado problemas.

—Lo revisé con ellos ayer. Dijeron que todo estaba...

—No estaba todo bien. Siéntate.

No me siento. —Son casi las cinco.

Ahora levanta la vista. Esos ojos grises me clavan en el sitio. —¿Y?

—Y tengo planes —la protesta sale débil—. Es mi cum...

—Cancélalos.

Me quedo boquiabierta. —No puedo simplemente...

—Señorita Everett —Se recuesta en la silla, tan arrogante como siempre—. ¿Le he preguntado si puede? ¿O simplemente le he dicho que lo haga?

Me muerdo el interior de la mejilla para no soltar ninguna de las palabrotas que me gustaría decir.

Lo que pasa con Kir Lazarev es que no se equivoca. Nunca, jamás se equivoca. Probablemente el papeleo tenga problemas. Probablemente el departamento jurídico *se haya* pasado algo por alto. Y probablemente *me* quede aquí hasta medianoche arreglándolo.

Pero es mi cumpleaños. Seguro que eso tiene algún peso, ¿no?

No es que él lo sepa. Ni que le importara, si lo supiera.

—Las revisiones son esenciales —continúa—. Las necesito esta noche. La llamada a Tokio es a primera hora del lunes por la mañana.

—Eso es dentro de dos días.

—¡Bien hecho! —aplaude con sarcasmo—. Tu matemática está mejorando —Vuelve a su portátil—. He marcado las secciones problemáticas. Arréglalas.

—Sr. Lazarev...

—Kir —dice sin mirarme—. Ya hemos hablado de esto.

Sí, lo hemos hecho. Varias veces. Por alguna extraña razón, insiste en que nos llamemos por el nombre de pila. Como si fuéramos amigos.

No somos amigos.

—Kir —intento de nuevo, torpemente—, de verdad que tengo...

—Planes. Sí. Lo mencionaste. Creo que ya te dije qué hacer con ellos —Señala la silla frente a su escritorio—. Siéntate. Te explicaré lo que hay que hacer.

Me quedo de pie.

Aprieta la mandíbula. Solo un poco. —¿Algún problema, Srta. Everett?

—Yo, eh... —me derrumbo, admitiendo la derrota—. No. No hay ningún problema.

—Entonces siéntate.

Sin otra opción, me siento.

Gira su portátil hacia mí y empieza a hablar. Es un torrente incesante sobre cláusulas de responsabilidad y lenguaje de indemnización, y preguntas directas sobre por qué demonios el departamento jurídico no se dio cuenta de esto la primera vez. Tomo notas. Asiento en los momentos adecuados. Intento no pensar en la reserva para la cena de cumpleaños que voy a tener que cancelar, la única cosa agradable que me había prometido hacer por mí misma. Iba a cenar sola, sí, pero es mejor que *no* cenar con *nadie*.

—¿Alguna pregunta? —pregunta cuando termina.

Tengo unas cincuenta, empezando por *"¿por qué todo tiene que ser una emergencia?",* y terminando con *"¿de verdad disfrutas haciéndome la vida imposible, o es solo una consecuencia natural del tipo de imbécil que eres hasta la médula?".*

—No —digo en su lugar—. Lo tengo.

—Bien —Se levanta y me acompaña fuera de su despacho, cerrando la puerta tras nosotros—. Envíame los borradores a medida que los termines.

Luego, me deja sola.

Paso las siguientes cuatro horas en mi escritorio, analizando minuciosamente la redacción del contrato e intentando averiguar qué se le pasó por alto al departamento jurídico, hasta que siento que me sangran los ojos. Se pone el sol. La oficina se va vaciando a mi alrededor. El equipo de limpieza va y viene. Cuando cae la noche, las luces de Manhattan parpadean al otro lado de las ventanas del

rascacielos. Nadie se detiene a preguntarme si estoy bien o si necesito ayuda.

Me como dos de los sándwiches de jamón y queso que sobraron del almuerzo del equipo de hace dos días y que nadie se ha molestado en tirar. Están secos como el serrín, el pan está duro y la mostaza sabe como si la hubieran colado por una rejilla de alcantarilla, pero tengo tanta hambre que no me importa. Me los zampo.

A las 9:28, le envío a Kir la primera tanda de revisiones.

A las 10:19, él me las devuelve con más notas.

A las 11:03, las corrijo y las vuelvo a enviar.

A las 11:41, de repente ha encontrado más cosas que corregir.

Estoy a punto de llorar cuando mi teléfono vibra.

JILLIAN PIERCE

¡Feliz cumpleaños, zorra!

¿Te has comido al menos tu magdalena?

MIRO EL CUPCAKE. La vela se ha caído. El glaseado se ha derretido. No he tenido tiempo ni de darle un solo mordisco.

SÍ. Estaba deliciosa. Muchas gracias.

QUE YO ESTÉ SUFRIENDO NO SIGNIFICA que mi mejor amiga tenga que sufrir conmigo, ¿verdad? No tiene sentido exigir más asistentes a mi fiesta de autocompasión. Jillian ya se sentía lo suficientemente culpable por no poder salir esta noche.

Estoy rellenando mi botella de agua cuando oigo pasos.

No le doy mucha importancia. Seguramente solo sea el guardia de seguridad nocturno haciendo su ronda. Están acostumbrados a verme aquí, así que ni siquiera se detendrán para asegurarse de que no estoy a punto de perder la cabeza; saben que es una batalla perdida. Pero entonces los pasos cruzan el suelo vacío con determinación, y claramente no son el suave arrastrarse de alguien que pasa la aspiradora sin ganas ni el paso mesurado de un guardia.

Se dirigen directamente hacia mí.

Alzo la vista. Kir, precisamente él, se dirige a zancadas hacia mi escritorio. Lleva la corbata aflojada y se ha quitado la chaqueta. Hay una luz frenética y maníaca en sus ojos.

Se detiene al borde de mi escritorio. Extrañamente cerca. —Esperaba que todavía estuvieras aquí.

Se me revuelve el estómago ante la aspereza que se cuela en su voz. No sé explicar por qué, pero tengo la inquietante sensación de que esto no augura nada bueno para mí.

—Las revisiones están casi terminadas —digo—. Solo necesito otra hora, quizá dos, y luego...

—Ya no me importan las revisiones.

Parpadeo. —¿Qué?

—He dicho que no me importan. —Rodea el escritorio. Empujo la silla hacia atrás, pero no hay adónde ir. La ventana está detrás de mí. Él está delante. Estoy atrapada—. No he vuelto por eso.

—Kir...

—He vuelto porque no puedo dejar de pensar en ti.

Abro la boca. No me sale nada.

—Lo he intentado —continúa. Ahora está tan cerca que puedo oler su colonia. Huele a canela. Me hace dar vueltas la cabeza—. Dios sabe que lo he intentado. Trabajas para mí. Es inapropiado. Está

mal. Pero no puedo… —Extiende la mano y me aparta un mechón de pelo rubio oscuro de la cara—. No puedo evitarlo.

Sus dedos rozan mi mejilla. Me aparto de un tirón.

—Rae…

Ahora estoy de pie. Mi corazón late tan fuerte que puedo oírlo en mis oídos. —No puedes simplemente... Quiero decir, eres mi jefe.

—Lo sé.

Empiezo a divagar incoherentemente, se siente como si un vapor confuso saliera a borbotones por todos mis poros. —Es solo que eres mi jefe y yo soy tu... tu... Quiero decir, me has tenido trabajando aquí hasta medianoche, a pesar de que... Por el amor de Dios, es mi... ¡Tu asistente! ¡Mi jefe! ¡¿En mi cumpleaños?!

—¿Es tu cumpleaños…? —Para mi sorpresa, tiene la decencia de parecer culpable—. Mierda. Lo siento. Quería una excusa para tenerte cerca.

Levanto las manos, creando distancia entre nosotros. —Sea lo que sea esto, sea lo que sea lo que creas que está pasando, no es así. ¿Vale? De verdad, de verdad que no lo es.

Él no se mueve. —¿No sientes nada?

—Me siento *cansada* —insisto—. Y hambrienta. Solo quiero irme a casa.

Pero nada de lo que digo parece disuadirlo.

Es guapo. Ese es el problema. A la gente guapa nunca se le dice que no.

A pesar del letrero en la puerta de su oficina que dice ***"CEO de Lazarev Global"*** y de un sueldo con tantos ceros que me dan náuseas, Kir apenas tiene treinta años, y su rostro tiene esa perfección afilada, casi cruel, como si lo hubieran esculpido en

mármol ayer mismo. Pómulos altos, mandíbula marcada y una boca que parece diseñada específicamente para decir cosas hirientes.

Sus ojos son lo peor. Son de un gris penetrante. Igual que los de su famoso padre, dice todo el mundo, aunque nunca he conocido a Lukas Lazarev en persona, así que no lo sabría. Gris como las nubes de tormenta. Gris como el acero. Gris como ese frío intenso que se te mete en los huesos y no se va.

Su cabello oscuro suele estar perfecto, pero esta noche está revuelto, como si se lo hubiera peinado con las manos. Tiene barba de tres días en la mandíbula. Lo justo para verse menos pulido. Más humano.

Pero sé muy bien que no es humano. Llevo demasiado tiempo trabajando para él como para creer eso.

Sin previo aviso, su mano me rodea la cintura y me atrae hacia él. Tropiezo contra él. —¡Kir…!

Debería decir algo más que solo su nombre, porque, desde cierto punto de vista, casi parece que lo estoy susurrando con tono seductor. Algo así como: *Vamos, Kir; te he estado esperando, cariño*.

Soy consciente de que hay palabras más contundentes en el idioma español. Palabras como "ni de coña" y "no quiero esto" y "por favor, vete a la mierda, bastardo arruinador de cumpleaños". Pero mi cerebro se está apagando, y su mano se está moviendo hacia abajo, acariciándome la cadera, y no entiendo lo que está pasando.

—Llevo meses observándote —murmura contra mi pelo.

Sus dedos encuentran el dobladillo de mi blusa y se deslizan por debajo. Piel cálida contra piel cálida.

Suelto un chillido débil.

Él se aprieta contra mí. Puedo sentirlo contra mi estómago. —¿Sabes cuántas veces he pensado en esto? En ti...

—P-para… —Me sale débil y entrecortado—. Esto es… No sé…

Pero no lo estoy apartando. ¿Por qué no lo estoy apartando? ¿Es solo que, a pesar de que es un imbécil, no se puede negar que es uno muy guapo? ¿Puede ser realmente tan sencillo como eso, más el hecho de que aún no he tenido a ningún hombre que me haya llevado hasta el final, por lo que estoy desesperada por cualquier migaja de su atención? ¿Soy realmente tan patética?

Sus labios rozan mi cuello. Su mano se desliza más arriba, con los dedos recorriendo mis costillas.

—Kir. —Lo intento de nuevo, esta vez con más firmeza, imitando lo mejor que puedo a Jillian la Bulldog—. No podemos.

—Sí que podemos. —Su boca recorre mi mandíbula, caliente y abierta—. Ya lo estamos haciendo.

Su otra mano se acerca para acunar mi rostro y lo inclina hacia él. Sus labios se ciernen sobre los míos, tan cerca que puedo sentir su aliento. También huele a canela.

¡Dilo, joder! grita la voz en mi cabeza. *¡Di literalmente cualquier cosa que no suene como una invitación ansiosa o el coqueteo de una estrella porno!*

Todo esto es territorio desconocido. Simplemente no soy el tipo de chica a la que le pasan estas cosas. No soy una supermodelo esbelta; mido metro sesenta y cinco en un buen día. Mi pelo rubio oscuro nunca se decide entre ser ondulado como por la brisa tropical o simplemente encrespado por la puta humedad. Mis ojos son marrones, sosos como el barro, nada especial. Tengo una cara que la gente generosa describe como "linda" y la gente que no lo es, como "olvidable".

Suma todo eso y obtienes a una asistente ejecutiva de veinticinco años que nunca ha tenido relaciones sexuales.

No es por falta de oportunidades, exactamente. Más bien por falta de... No sé. ¿Confianza? ¿Interés? ¿Ambas? ¿Ninguna? Una desafortunada combinación de elección y circunstancias que me ha dejado perpetuamente soltera mientras todos a mi alrededor descubrían de qué iba todo ese alboroto, qué pasa cuando X entra en Y y salen bebés y/o orgasmos.

Así que respóndeme a esto: ¿por qué tengo ahora mismo la mano de Kir Lazarev metida bajo la camiseta?

¿Es una cuestión de poder? ¿De conquista? ¿De verdad le parezco atractiva, o solo cree que soy lo suficientemente patética como para decir que sí?

—¿Ves? —su pulgar recorre mi labio inferior—. No puedes decirlo.

Mientras intento averiguar qué *puedo* decir, me hace retroceder hasta chocar contra la ventana. Casi grito al tocarla, porque el cristal está helado a través de la seda transparente de mi blusa raída y manchada de sudor. Noviembre en Nueva York es "frío como la teta de una bruja"; eso es lo que diría mi hermano menor, Gideon. Pero Gideon está en un centro de rehabilitación a dos horas al norte, así que las cosas que podría decir o hacer son completamente irrelevantes en este momento. Aunque no me importaría en absoluto que estuviera aquí ahora mismo.

La rodilla de Kir se cuela entre mis muslos. Su mano sigue bajo mi camiseta, todavía en el territorio relativamente casto de mi vientre, pero subiendo cada vez más hacia algo más íntimo. Sus dedos rozan el aro de mi sujetador.

Me aparto, jadeando. —¡Espera…!

—No. Se acabó la espera —Vuelve a inclinar la cabeza hacia mi cuello. Sus dientes me rozan y me pellizcan hasta que casi grito en voz alta—. Ya estoy harto de esperar.

Mi cabeza cae hacia atrás, contra el cristal. La ciudad brilla cincuenta pisos por debajo de nosotros. Cualquiera podría vernos. Si miraran

hacia arriba, si tuvieran prismáticos o un telescopio o...

En realidad, es una buena observación. La pruebo, a ver qué tal. —¡Kir, alguien podría vernos!

—Espero que lo hagan. Que miren.

Bueno, mierda.

Su mano me cubre el pecho a través del encaje fino de mi sujetador. Me aprieta y me muerdo el labio con tanta fuerza que noto el sabor de la sangre.

Esto es tan surrealista. Es mi jefe. Está pasando en mi escritorio, en una oficina vacía, casi a medianoche, el día de mi cumpleaños.

Pero el tren va a toda máquina y no sé cómo detenerlo.

—Te he imaginado así tantas veces —murmura—. Sonrojada y sin aliento, diciendo mi nombre.

Su mano abandona su ascenso y, en su lugar, se desliza hacia abajo. Por mi estómago. Hacia la cintura de mi falda.

Le agarro la muñeca. —Kir, de verdad creo que tenemos que...

—Para.

Los dos nos quedamos paralizados. No fui yo quien dijo eso.

Tampoco fue Kir.

Y si no fue él y no fui yo…

Al unísono, Kir y yo levantamos la vista hacia el remanso de oscuridad que se abre al final del pasillo. No está tan vacío como hace un minuto. Al contrario, está lleno hasta lo increíble.

Hay un hombre allí de pie. Un hombre *enorme*. Con los hombros increíblemente anchos, el pelo gris peinado hacia atrás. Lleva un traje negro azabache, camisa blanca sin corbata, y el mechón de

vello pectoral que puedo ver en la profunda V de su cuello desabrochado es tan espeso y plateado como su barba.

Nunca lo había visto antes, pero lo reconozco al instante:

Es Lukas Lazarev…

…*el padre de Kir.*

2

RAE

MEMORÁNDUM INTERNO DE LAZAREV GLOBAL

PARA: Todo el personal ejecutivo

DE: Oficina del presidente

ASUNTO: Traslado inmediato de personal

CON EFECTO INMEDIATO, la Srta. Rae Everett pasará a reportarse directamente ante la Oficina del Presidente.

La mano de Kir se aleja bruscamente de mí.

Retrocede tan rápido que casi tropieza con mi silla. Se ha quedado pálido, como si alguien le hubiera succionado toda la sangre con una pajita.

Llevo dieciocho meses trabajando para Kir Lazarev. En este tiempo, lo he visto destrozar a miembros de la junta directiva y he visto cómo hacía llorar a un vicepresidente sénior por un error tipográfico. Lo he visto colgarle el teléfono a un director ejecutivo de una empresa de la lista Fortune 500 en mitad de una frase porque "no tengo tiempo para este nivel de estupidez".

Nunca lo había visto asustado.

Hasta ahora.

—Padre —Eso es otra cosa que nunca había oído antes: la voz de Kir quebrándose—. No sabía que estabas en Nueva York.

Lukas Lazarev no responde. Se queda ahí de pie. Llenando el pasillo. Llenando toda la maldita planta, o eso parece.

Es más grande de lo que imaginaba. Las fotos no le hacen justicia. En las fotos, parece intimidante. En persona, parece un gigante que podría aplastarte sin darse cuenta.

Mete la mano en el bolsillo de la chaqueta y saca algo. No distingo qué es hasta que se lleva uno a la boca, lo cubre con las manos y enciende un mechero. Un cigarrillo. Las llamas bailan sobre los rasgos angulosos de sus mejillas.

Mientras sus manos trabajan, su mirada recorre la escena. Solo puedo imaginar cómo se ve todo desde su perspectiva. Yo, la humilde ayudante, pegada a la ventana con la blusa por fuera y el pintalabios corrido hasta la mitad de la mejilla. Kir, ya a un metro de distancia y alejándose aún más, con las manos metidas en los bolsillos como si no supiera qué más hacer con ellas.

No hace falta ser un genio para darse cuenta de lo que estaba pasando.

—He llegado esta tarde —dice Lukas. Habla con una voz de barítono que me hace vibrar de la cabeza a los pies—. Pensé en pasarme por aquí. A ver cómo iban las cosas.

—Todo va bien —dice Kir, como si se estuviera ahogando—. Solo estábamos...

—Ya veo lo que estaban *haciendo*.

¿Cuál es la mejor jugada para mí aquí? Marcharme, probablemente. Debería arreglarme la ropa, coger mi bolso, inventar una excusa y

salir pitando hacia la salida. Ahora que lo pienso, eso suena bastante bien. Pero mis piernas no me obedecen. Estoy pegada al cristal como un insecto clavado en un tablero.

La mirada de Lukas se posa en mí y me clava en el sitio. Cualquier idea que pudiera haber tenido de moverme se desvanece en una bocanada de humo de su cigarrillo.

—¿Y tú quién eres? —Da otra calada. La luz baila sobre su mano. Sus dedos gruesos están salpicados de cicatrices y adornados con anillos de plata.

—Rae Everett. —Me sale como el susurro más tímido que nadie haya emitido jamás. Me aclaro la garganta e intento no parecer un ratón asustado—. Soy… eh… trabajo aquí. Como… eh… asistente. Asistente ejecutiva.

—De mi hijo.

—Sí.

Mira a Kir y luego vuelve a mirarme. Algo se mueve detrás de sus ojos. Sea lo que sea, me asusta. Es como ver la sombra de un tiburón nadando bajo la superficie del agua en la que realmente, realmente no deberías estar nadando.

Lazarev Global lleva cuarenta años en activo. Según la leyenda de la empresa, Lukas la construyó de la nada. Empezó en el transporte marítimo, se expandió al sector inmobiliario, luego a la tecnología y después a una docena de industrias más que todavía no acabo de entender. Sea lo que sea lo que haga, al parecer se le da muy bien, porque todo el tinglado vale ahora miles de millones. Quizá decenas de miles de millones, la verdad es que no lo sé. Las cifras se vuelven terriblemente confusas a ese nivel.

Me contrataron hace cinco años. Era un puesto de nivel inicial, nada especial. Contestaba el teléfono, iba a por café e intentaba no meter la pata. Luego, Kir asumió el cargo de director ejecutivo hace

dieciocho meses. Me sacó del grupo de asistentes por razones que nunca entendí.

Hasta ahora, supongo.

Cuando Kir tomó las riendas, Lukas pasó a ser presidente del consejo de administración. Técnicamente hablando, ya no participa en las operaciones diarias. Pero su nombre sigue resonando por los pasillos, siempre con un susurro que es diez partes de miedo y una parte de admiración.

La gente habla de él como si fuera un fantasma.

O un dios.

O algo peor.

Nunca lo había visto antes de esta noche. Ni siquiera lo había visto en persona. Ahora está a tres metros de distancia, fumando un cigarrillo en un edificio donde hace décadas que está prohibido fumar.

Y me mira como si estuviera decidiendo si debe retomar donde lo dejó Kir.

Kir carraspea. —Padre, yo...

—Vete.

Una sola palabra. Es todo lo que hace falta. Kir ni siquiera intenta discutir. Tampoco me mira. Solo se aleja a toda prisa, con los hombros encogidos, los pasos rápidos y silenciosos, como un perro al que han dado demasiadas patadas.

Suena el ascensor. Se cierran las puertas.

Y entonces, solo quedamos Lukas Lazarev y yo.

Da otra calada a su cigarrillo. El humo se enrosca hacia el techo. Lo veo flotar, porque no puedo mirarlo a él. Empiezo a temer que, si

vuelvo a encontrarme con esos ojos, me absorban y nunca, jamás, pueda salir de ellos.

—Señorita Everett.

Me sobresalto. —¿Sí?

—Puede relajarse. No voy a morderla.

Exhalo un suspiro tembloroso, pero el resto de mi cuerpo sigue temblando, sobre todo las manos. Las escondo detrás de la espalda para que él no las vea.

—Le pido disculpas —dice—, por el comportamiento de mi hijo.

—No pasa nada. No tiene por qué...

—Sí. Tengo que. Lo estoy haciendo —Por fin sale de la oscuridad y se acerca con paso firme. Juraría que duplica su tamaño con cada paso, hasta que su cabello gris casi roza las baldosas del techo. Se mueve con una lentitud glacial, como un hombre con una paciencia infinita—. Lo que hizo fue inapropiado. Eres su empleada. No tenía derecho.

—Lo sé —Sigo pegada a la ventana. El cristal está frío en mi espalda, como si no tuviera suficiente vida en mí para calentarlo—. Quiero decir, iba a... Eh, intenté detenerlo, pero…

—Pero él no te hizo caso.

Niego con la cabeza tímidamente. —No.

Él asiente. Da otra calada. Exhala el humo hacia un lado, alejándolo de mi cara. Es casi un gesto de consideración, en cierto modo extraño.

—Kir siempre ha tenido problemas con los límites —dice—. Es un defecto mío. No le enseñé como debía.

No sé qué responder a eso, así que no digo nada.

Lukas está ahora lo suficientemente cerca como para que pueda ver los detalles más sutiles de su aspecto, que se perdían en las sombras hace un minuto. La textura de su barba, como seda plateada. Las arrugas de la edad grabadas alrededor de sus ojos. Su camisa es un mar de algodón pima impecable y ridículamente caro, pero aún así le queda ajustada al abarcar todo su amplio pecho.

No es guapo en el sentido tradicional, como lo es Kir. Ni de lejos tan bonito, ni tan pulido. Mientras que cada rasgo de Kir es esbelto, ágil, suave, hermoso, el mayor de los Lazarev parece haber sido esculpido en un iceberg con una motosierra. Es brusco y anguloso.

Completamente distinto.

Sus ojos se deslizan lentamente por mi rostro, con la misma calma que sus pasos. Por muy fría que sea su aura, allá donde mira arde como el fuego del infierno.

Me ajusto la blusa y trato de alisarme el pelo. Nada ayuda.

—¿Cuánto tiempo llevas trabajando aquí? —pregunta. Esa voz otra vez… Cuando está tan cerca, la siento más de lo que la oigo. Una ola de aire helado me recorre el cuerpo y me deja la piel de gallina.

—Cinco años en total, señor. Dieciocho meses como asistente de Kir.

—¿Ha hecho esto antes?

—No —Es la verdad—. Esta noche ha sido la primera vez que ha pasado algo así. Lo juro.

Me mira fijamente. No sé si me cree o no.

—Eres muy joven —dice finalmente.

—Veinticinco.

—Veinticinco. Sí —Le tiembla la boca, pero si esa es su versión de una sonrisa, no se parece a ninguna que haya visto antes—. Muy, muy joven.

Veinticinco. Suena joven cuando él lo dice. Y quizá lo sea, en cierto modo. Nunca me han tocado como Kir acaba de tocarme. Nunca he tenido un novio que durara más de tres citas. Nunca he hecho ni la mitad de las cosas que se supone que las chicas de mi edad ya deberían haber hecho.

Pero en otros aspectos, me siento *anciana*.

Mis padres murieron cuando tenía diecinueve años. Un accidente de coche. Una llamada telefónica y, de repente, me convertí en la única adulta de la familia. Gideon tenía quince años y ya empezaba a descarrilarse, y perder a mamá y a papá no lo ayudó en absoluto en ese sentido, así que di un paso al frente. Dejé la universidad después de un semestre porque *alguien* tenía que trabajar para pagar las facturas. *Alguien* tenía que sacar a mi hermano pequeño de cualquier sótano húmedo y mal iluminado en el que se hubiera metido esa semana, y sin mamá y papá cerca, me tocó a mí.

Lo he abrazado mientras se retorcía, temblaba y sudaba, pasando por una desintoxicación tras otra. He mentido a innumerables caseros diciéndoles que los cheques del alquiler estaban "en el correo". Me he alimentado de ramen durante un mes entero para poder pagar su primera ronda de rehabilitación.

Así que, sí. Veinticinco.

Lo suficientemente joven como para ser virgen.

Lo suficientemente mayor como para sentir que ya he vivido una docena de vidas.

No le digo nada de esto al Sr. Lazarev. Me quedo ahí de pie y trago saliva.

—Tengo una propuesta para ti —dice de repente.

Parpadeo. Añádelo a la lista de palabras que no soy capaz de procesar en este momento, como "Para", "No" y "Por favor, no". *Propuesta. ¿Qué es eso?*

Decido hacerle esa misma pregunta. —¿Una propuesta?

—Un proyecto especial —Sacude la ceniza de su cigarrillo al suelo. Nadie va a decirle que no puede. *Yo,* desde luego, no—. Reportarías directamente a mí.

Mi cerebro sigue atascándose. —¿A ti? Pero yo trabajo para…

—Kir —Pronuncia el nombre de su hijo como si le supiera amargo—. Sí. Lo sé. Esto sería diferente.

—¿Diferente en qué sentido?

—Te trasladarían a mi oficina. Mejor cargo, mejor remuneración —Hace una pausa, mira a su alrededor y añade—: Mejor horario, supongo.

Casi me echo a reír. Luego, casi me echo a llorar. Afortunadamente, no hago ninguna de las dos cosas. Tengo la sensación de que al señor Lazarev no le gustaría algo tan emocional como los sentimientos femeninos. —¿Y qué haría yo, exactamente?

No me quita los ojos de encima. —Nada que no puedas manejar.

Suena a ascenso.

También suena como algo de lo que probablemente debería huir muy lejos.

—¿Puedo pensármelo? —pregunto.

—No.

—Eso no es realmente...

—¿Justo? —Ahí está ese tic otra vez. No se parece más a una sonrisa que la primera vez—. No. Tienes razón. No lo es.

Él espera. El cigarrillo se consume entre sus dedos.

Comprendo, con una sensación de desánimo, de que en realidad esto no es una pregunta en absoluto.

—No tengo elección, ¿verdad?

—Todo el mundo tiene opciones, señorita Everett —Deja caer el cigarrillo al suelo y lo apaga con la punta del zapato—. Es que algunas son menos agradables que otras.

Mete la mano en la chaqueta y saca una tarjeta. Es blanca, de cartulina gruesa, y no tiene nada más que un número de teléfono en tinta negra en relieve.

—Lunes por la mañana —dice—. A las ocho. Planta cincuenta.

Cojo la tarjeta. Mis dedos rozan los suyos. Su piel está caliente. Más caliente de lo que esperaba. Casi ardiente, en realidad. Es sorprendente: habría esperado que el hombre que parecía el invierno encarnado fuera tan frío como el invierno también.

—¿Y si no aparezco? —pregunto, sorprendida incluso antes de que las palabras salgan de mis labios.

Ojalá pudiera retirarlas. ¿Estoy loca? ¿Por qué me rebelo contra un hombre que (a) acaba de salvarme la vida y (b) podría aplastarme el cráneo entre los dedos como si fuera una uva?

Lukas ya se está dando la vuelta y caminando hacia el ascensor. Pero cuando me oye hablar, se detiene y mira hacia atrás por encima del hombro. Y, por primera vez, sus labios esbozan algo que se acerca tentadoramente a una sonrisa burlona.

—Creo que tú sabes que no será así.

Las puertas del ascensor se abren. Entra. Se gira para mirarme.

—Ah, y señorita Everett.

No puedo moverme. —¿Sí?

—Feliz cumpleaños.

Entonces, se cierran las puertas.

3

RAE

REGISTRO DE ACCESO DE SEGURIDAD DEL EDIFICIO - 12:39 a. m.

Planta 40: Kir Lazarev [SALIDA]

Planta 40: Lukas Lazarev [SALIDA - se ha detectado humo de cigarrillo no autorizado]

Planta 40: Rae Everett [PARALIZADA EN EL SITIO]

No sé cuánto tiempo me quedo allí parada después de que Lukas se haya ido antes de volver en mí.

Me miro. A pesar de mis esfuerzos, mi blusa sigue por fuera del pantalón y mi pelo sigue siendo un desastre. La tarjeta que me dejó en la mano parece pesar un billón de kilos.

¿Qué demonios acaba de pasar?

Repaso mentalmente la última hora. Sinceramente, es mucho que asimilar para una chica. Especialmente para una chica cuyo cerebro se ha reducido a un pudín de plátano tibio tras un día de lo más horrible.

Todo ha pasado tan *rápido.* En un segundo, estaba intentando recordar si la oficina de Tokio está trece o catorce horas por delante de nosotros aquí en Nueva York; al siguiente, las manos de Kir estaban sobre mí, su boca pegada a mi cuello, me susurraba obscenidades que no pintan nada en una oficina, mis pezones se endurecían por pura reacción física ante un hombre que se frotaba contra mí, y aunque no creo que sienta eso por él, sigue siendo un hombre guapísimo, objetivamente hablando, y cuanto más tiempo pasaba sin apartarlo, más se acercaba y más mi estúpido y virginal cuerpo quería simplemente derretirse, derretirse, derretirse…

Y luego su padre.

Su *padre*.

Apareciendo de la nada como el humo. Como una pesadilla. Como si el universo hubiera decidido que mi cumpleaños no había sido ya lo suficientemente humillante, así que ¿por qué no meter en la mezcla a un hombre mayor, guapísimo e intimidante para que pudiera hacer el ridículo delante de él?

Me giro y apoyo la frente contra la ventana. El cristal está helado al tacto y se empaña cuando exhalo. Mi reflejo me devuelve la mirada: mejillas sonrosadas y elevadas, labios hinchados, ojos demasiado abiertos.

Parezco alguien a quien acaban de pillar haciendo algo que no debía.

Porque lo hice.

Más o menos.

¿O no?

Dios, ya no lo sé.

Tengo un nudo en el estómago. Todavía puedo sentir el fantasma de los dedos de Kir sobre mi piel. Mis fosas nasales siguen impregnadas de su colonia, canela y fuego. Pero aunque ahora mismo soy un

batiburrillo de un millón de cosas, sé que en realidad no es Kir quien me tiene tan agotada.

Es un hombre de hielo. Es el humo del cigarrillo y el recuerdo de unos ojos grises que quemaban como te quema el agua más fría que jamás hayas sentido.

Me sacudo para salir de ese estado. Quedarme aquí lamentándome por lo que acaba de pasar no va a cambiar nada. Solo empeorará las cosas, con toda seguridad.

Me meto la blusa por dentro de la falda, intento arreglar las arrugas y me peino para que mi pelo tenga un aspecto un poco menos desastroso.

Guardo la tarjeta de Lukas en el bolsillo. Ya me ocuparé de eso más tarde. O nunca. Preferiblemente nunca.

Mi abrigo está colgado del respaldo de mi silla. Lo cojo. Mi bolso está debajo de mi escritorio, donde lo dejé esta mañana, cuando aún era una dulce e ingenua niña. Lo cojo también.

El silencio en la oficina es inquietante. Es como atravesar un cementerio prohibido mientras me dirijo al ascensor. Incluso sobre la moqueta, el ruido de mis pasos es tan fuerte que me hace estremecer.

Pulso el botón para llamar al ascensor, doy un paso atrás para esperar…

Entonces, una mano sale disparada de la oscuridad para agarrarme por el codo.

Grito y me doy la vuelta.

Es Kir. Parece un fantasma entre las sombras. Ya no lleva corbata. La camisa se le ha salido por un lado. Tiene un aspecto horrible.

—Rae. Espera.

—¡Dios mío! —Retiro el brazo de un tirón—. Me has dado un susto de muerte.

—Lo siento. Es solo que... necesitaba hablar contigo.

—¿De dónde has salido?

Señala vagamente hacia el pasillo, el que lleva a la escalera de atrás. —No me fui. Es solo que... no pude. No sin explicarte.

—¿Explicar qué?

Se muerde el labio. —Hablaste con mi padre.

—Yo, eh… ¿Sí?

—¿Qué te dijo?

—¿Eh?

—Después de que me fuera —espeta, como si yo estuviera haciéndome la tonta a propósito—. ¿Qué te dijo?

—No lo sé —Niego con la cabeza, todavía confundida—. Me ofreció un trabajo.

Los ojos se le salen de las órbitas. —¿Lo aceptaste?

—¿Eh?

Kir me aprieta la muñeca con tanta fuerza que me duele. —¡Ay! Kir, suéltame.

—¿Lo. Aceptaste?

—¡No lo sé! En realidad no me dio a elegir.

—Siempre hay elección, Rae —Por extraño que parezca, suena igual que su padre cuando dice eso.

Pero, a diferencia de Lukas, los ojos de Kir están desorbitados y se mueven con nerviosismo. No se parece en nada al titán empresarial tranquilo y controlado para el que creía que trabajaba. Este hombre

sabe algo que yo no sé. —Aún puedes decir que no. Puedes renunciar. Mañana. Esta noche. Mierda, podrías renunciar ahora mismo.

—¿Renunciar? —Intento liberar mi brazo, pero esta vez no me suelta —. No puedo simplemente renunciar. Necesito este trabajo.

—No lo entiendes —Se inclina hacia mí. Su aliento me calienta la cara—. Mi padre no es… No es lo que tú crees que es.

—No pienso que sea nada. Acabo de conocerlo. Apenas lo conozco.

—Exacto. Y deberías seguir así.

El ascensor suena detrás de mí. Las puertas se abren. Ninguno de los dos se mueve.

—Kir —digo mientras el pánico me oprime el pecho—, me estás asustando.

Baja la mirada hacia su mano sobre mi muñeca y abre mucho los ojos. Casi parece sorprendido de encontrarla ahí. Me suelta.

—Lo siento —Se pasa los dedos por el pelo otra vez. Ahora se le ha erizado en ángulos extraños—. Mierda, lo siento. Es solo que… — Deja la frase en el aire.

—¿Qué te pasa? —le pregunto.

Se ríe con amargura. —No me creerías.

—Inténtalo.

No lo hace. En cambio, da un paso atrás. Luego otro. Pone distancia entre nosotros como *si yo fuera* la peligrosa.

—Si dices que sí —dice—, cuando vayas a la planta cincuenta, cuando te reúnas con él, solo... ten cuidado.

—¿Cuidado con qué?

Echa un vistazo a su alrededor, como si Lukas pudiera estar cerca. Es casi gracioso: la idea de que pudiéramos pasar por alto a un hombre tan enorme o tan inquietante. —Mi padre colecciona cosas que le parecen interesantes, Rae.

Un escalofrío repentino me recorre la espalda. —¿Qué significa *eso*?

—Significa lo que significa —Ahora se está alejando aún más. Retrocediendo hacia las sombras de donde vino—. Intenté advertirte. Recuérdalo.

—Kir, espera…

Pero no lo hace. Desaparece, tragado por la oscuridad del pasillo. Oigo sus pasos en la escalera trasera, rápidos y cada vez más lejanos, hasta que se desvanecen por completo.

Las puertas del ascensor comienzan a cerrarse. Meto la mano entre ellas justo a tiempo y entro.

Al hacerlo, me estremezco. No sé muy bien por qué. Llevo cinco años subiendo y bajando en esta caja brillantemente iluminada. Sin embargo, esta vez se siente diferente a todas las demás.

Siento que algo está *cambiando.*

Pulso el botón del vestíbulo. Mi reflejo me devuelve la mirada desde las paredes espejadas. Con los ojos hundidos, cansado y *tembloroso.*

Colecciona cosas que le parecen interesantes. ¿Qué demonios se supone que significa eso?

¿Se refiere a *mí*?

4

RAE

SOLICITUD DE INSTALACIONES DE LAZAREV GLOBAL

DE: L. Lazarev, Oficina del Presidente

FECHA: 8 de noviembre de 2025 | 03:11 a. m.

TRASLADO de la estación de trabajo 50-E-217 (R. Everett) a la planta 40 antes de las 06:00 del lunes. Elimine todo rastro de ocupación anterior.

No SE DEBE CONSULTAR a la Srta. Everett.

El fin de semana se arrastra en una neblina de ansiedad hirviente y pizza fría.

Ensayo mi discurso cien veces, allá donde voy. En la ducha. En el metro. A altas horas de la noche, mientras miro al techo cuando no puedo dormir.

Sr. Lazarev, le agradezco la oferta, pero voy a tener que rechazarla.

Sr. Lazarev, lo he pensado y no creo que esto sea lo adecuado.

Sr. Lazarev, gracias, pero no, gracias; por favor, no me asesine ni me corte en trocitos del tamaño de un bocado.

También practico todos los tonos posibles. Firme. Educada. Profesional. Arrepentida. Rae amable. Rae severa. Rae ardiente. Rae fría. Rae roja. Rae azul. Una Rae. Dos Rae.

Con cada variante, intento imaginar su reacción. Cada vez, me quedo en blanco.

La verdad es que no conozco a Lukas Lazarev. No sé absolutamente nada de él. Y, sin embargo, mi cerebro sigue dando vueltas a ese breve y difuso esbozo de lo que *sí* sé e intenta rellenarlo con detalles nuevos.

Alguien me dijo una vez que se pueden arreglar las pesadillas escribiendo un nuevo final para uno mismo. Eso es más o menos lo que acabo haciendo, en cierto modo.

Porque, aunque todos los sueños empiezan igual que en la vida real, con Lukas apareciendo en ese pasillo como una estatua de Zeus de proporciones gigantescas que se ha bajado de su pedestal, cada uno termina de forma diferente.

A veces me toca. Sus manos me agarran por la cadera, tan grandes como para partirme en dos, y me extienden sobre la mesa de la sala de reuniones. Su barba me hace cosquillas en la parte interna del muslo.

A veces me da órdenes y no me atrevo a desobedecer. *Siéntate. Levántate. Arrodíllate. Suplica.*

A veces, en estos sueños confusos que no llegan a ser del todo fantasías mías, él no dice ni hace nada en absoluto. Simplemente se queda de pie, fuma y me mira con esos ojos grises que ven demasiado.

"Basta ya, loca", me reprendo por enésima vez.

Pero no puedo. Simplemente no puedo.

Un ejemplo claro: el domingo por la mañana, me despierto de un sueño en el que me niego a pensar. Las sábanas se me han enredado en las piernas, tengo la piel caliente y, por si eso no fuera prueba suficiente de que estoy perdiendo la cabeza, los pantalones cortos de mi pijama están húmedos.

¿Qué me pasa?

Tiene edad suficiente para ser mi padre. Es, *literalmente,* el padre de mi jefe. Probablemente esté casado, o tenga una novia, o diecisiete.

Es un hombre de mundo. Es poderoso. Es el tipo de hombre que ha hecho y lo ha visto todo.

¿Es por eso por lo que no dejo de pensar en él? ¿Porque *yo no he* hecho nada?

Cada vez que mis pensamientos empiezan a divagar demasiado, me concentro en la tarea que tengo entre manos: decirle que no. Para el domingo por la noche, casi me he convencido de que puedo hacerlo.

Puedo entrar en esa oficina de la mítica planta 50, mirar a Lukas Lazarev a la cara y decirle *que no*.

¿…O no?

El lunes por la mañana llego al edificio a las 7:45. Quince minutos antes. Eso me da tiempo suficiente para pasar por mi antiguo escritorio en la planta de Kir, coger las cosas que necesito y prepararme mentalmente para lo que se avecina.

El ascensor se abre en la planta cuarenta. Salgo, doblo la esquina hacia mi escritorio y...

Mi escritorio ha desaparecido.

No es que lo hayan "despejado".

No es que lo hayan "reorganizado".

Ha desaparecido de verdad, físicamente, ya no está ahí. El lugar donde me he sentado durante dieciocho meses ahora lo ocupan un helecho en maceta y una mesita auxiliar decorativa con un cuenco de caramelos de menta encima. Incluso las huellas de las patas del escritorio en la moqueta han desaparecido por completo. Es como si nunca hubiera existido.

Me quedo allí de pie, parpadeando, atónita.

—¡Ah, ya estás aquí! —Una mujer a la que no reconozco aparece de la nada. Es joven, rubia y tiene una energía alegre, como la de un golden retriever, que me da ganas de volver a meterme en la cama —. Tú debes ser Rae. Yo soy Madison. Voy a sustituirte.

—Me vas a sustituir —repito estúpidamente.

—¡Sí! El señor Lazarev, el más joven, quiero decir, dijo que te habían ascendido. ¡Felicidades, por cierto! ¡Qué emocionante!

Me quedo boquiabierta, sin decir nada.

—Ya han trasladado todas tus cosas —continúa Madison—. ¿El sábado, creo? O quizá el viernes por la noche. En fin, ahora está todo en la planta 50. Recursos Humanos me ha dicho que te diga que vayas directamente allí cuando llegues.

—El sábado.

—O el viernes por la noche. No estoy del todo segura.

Sigo ahí de pie como una idiota atónita cuando suena el teléfono de Madison.

—Ups —dice—, tengo que contestar. ¡Buena suerte con el nuevo trabajo!

Contesta la llamada y se aleja dando saltitos. Me olvida al instante.

Después de otro minuto o dos de quedarme paralizada, doy media vuelta y vuelvo al ascensor aturdida. El discurso que ensayé todo el fin de semana ya no sirve para nada. No hay nada que rechazar. La decisión se tomó por mí mientras estaba sentada en mi apartamento, comiendo pepperoni frío y diciéndome a mí misma que tenía opciones.

Todo el mundo tiene opciones, Srta. Everett.

Algunas son simplemente menos agradables que otras.

Pulso el botón del 50. El ascensor sube.

Mi reflejo en las paredes espejadas se ve aún peor que el viernes por la noche. La chica que me mira ahora tiene los ojos empapados del miedo de un ratón que acaba de darse cuenta de que el laberinto solo tiene una salida y que conduce directamente a la boca del lobo.

Nunca tuve elección. En realidad, no.

Él se aseguró de que no tuviera ningún otro sitio adonde ir.

5

RAE

NOTA DE VOZ - 12:03 a. m.

Cosas que debería haber dicho: "No". "Para". "Esto no está bien". "Renuncio".

¿BORRAR GRABACIÓN?: SÍ | CANCELAR

La planta 50 no se parece en nada a la 40. Para empezar, está prácticamente vacía.

Mientras que la planta 40 es un laberinto bullicioso de cubículos grises sumergidos en un mar de moqueta marrón turbia, este lugar está vacío y reluciente, hectáreas de mármol blanco veteado de negro. Las paredes están cubiertas de plantas serpiente, de un verde tan oscuro que casi puedes verte reflejado. Al fondo, diviso mi antiguo escritorio, situado justo al lado de unas magníficas puertas dobles de caoba.

Me dirijo hacia allí.

Una de las puertas está entreabierta. Cuando estoy lo suficientemente cerca, me armo de valor, llamo a la puerta y me cuelo dentro.

Lukas Lazarev está sentado detrás de un escritorio gigantesco que hace que el de Kir parezca una mesita de juego endeble. Es enorme, de mármol negro, el contraste perfecto con el suelo blanco de fuera, y aun así él lo eclipsa.

Está hablando por teléfono. Levanta la vista cuando entro, señala con una mano enorme una silla frente a él y sigue hablando.

Me hundo en la silla que me ha indicado e intento no moverme nerviosamente.

Es diferente a la luz del día. Bueno, eso no es del todo cierto. Es solo que puedo verlo *mejor*.

Es tan imponente e intimidante como el viernes por la noche. Pero en lugar de estar envuelto en sombras e iluminado solo por la llama danzante de un cigarrillo, se muestra severo y plateado bajo la luz fluorescente.

El traje de hoy es azul marino. Sigue sin corbata y sigue llevando esos anillos de plata macizos. Tamborilea con los dedos sobre la mesa mientras gruñe al teléfono.

Me miro. Estos pantalones negros son lo mejor que hay en Target, y la blusa me la pasó Jillian. Mis zapatos planos, ya gastados, están tan desgastados por el camino diario a la oficina que puedo sentir cada guijarro del camino.

Esta mañana me he vestido con cuidado. En ese momento, pensé que tenía un aspecto profesional. Incluso pulcro.

Es una broma.

Comparada con Lukas, me siento cutre. Casi preferiría estar desnuda.

Me pregunto qué ve cuando me mira.

Me pregunto si soy lo que esperaba.

Me pregunto si ya lo estoy decepcionando.

Me siento. Espero. Pero la conversación sigue.

Y sigue.

Y, Dios mío, *sigue*.

Me lleva un segundo vergonzosamente largo darme cuenta de que la razón por la que no entiendo lo que dice es que está hablando en ruso. Sorprendentemente, mis dos años de inglés en el instituto no me sirven de nada a la hora de entender de qué está hablando.

—Parece que estás ocupado —murmuro tras pasar otro par de minutos—. Volveré más tarde.

Empiezo a levantarme; entonces, sin interrumpir su conversación, ni siquiera mirándome, Lukas se mueve.

Levanta una mano, con la palma hacia fuera.

Siéntate, joder, dice.

Luego, su dedo se curva hacia abajo.

Quédate ahí, parece decir.

Mi trasero toca el cuero antes de que mi cerebro se dé cuenta. Trago saliva con dificultad. *Señor, sí, señor.*

Cruzo las manos sobre el regazo y hago todo lo posible por calmar mi corazón acelerado. No intento moverme de nuevo. Ni siquiera pienso en moverme.

Porque cuando Lukas Lazarev te dice que te sientes, te sientas.

Mientras espero, examino la oficina porque no hay nada más que pueda hacer. Es tan inquietante y despojada como el resto de su dominio en la planta superior. El óleo a mi izquierda es un vasto paisaje nevado sin color, con una pequeña mancha negra en el centro que parece un viajero perdido en la tundra. Bastante deprimente, para ser sincera. En las estanterías veo títulos en ruso e inglés mezclados, con los lomos agrietados por el uso. El escritorio

está desprovisto de todo salvo un portátil, un bloc de notas encuadernado en cuero y una gruesa pluma dorada, todo junto a un cenicero medio lleno.

Es como una habitación diseñada por alguien que quiso demostrar que no necesitaba nada. Misión cumplida, diría yo.

El teléfono se cuelga de golpe sin previo aviso. Doy un respingo en mi asiento. No grito, pero casi.

Lukas se gira hacia mí. Esos ojos grises están tormentosos esta mañana. Pero la barba, el traje... todo lo demás en él está impecablemente arreglado.

—Señorita Everett. Ha venido.

—No me dio muchas opciones, señor Lazarev.

Da unos golpecitos con los dedos en el reposabrazos. —Recuerdo haberle dicho específicamente que tenía opciones.

—También hizo que me cambiaran el escritorio durante el fin de semana.

—¿Ah, sí? Qué raro.

Espero a que me lo explique. No lo hace.

En cambio, se recuesta en su silla y cruza las manos sobre el regazo. —Vamos a conocernos —dice.

Trago saliva y asiento. —Oh. Vale, claro. Sí.

—Háblame de tu hermano.

Siento que el estómago se me cae a los pies. —¿Perdón?

Arquea una ceja con aire divertido. —¿No lo sabías? Tienes un hermano. Se llama Gideon Everett. Tiene veintiún años, y actualmente está ingresado en el Westgate Recovery Center de Saugerties, al norte del estado —No sé si me está tomando el pelo o

no, pero el rostro de Lukas no muestra emoción alguna—. ¿Cuánto tiempo lleva allí?

—Con todo respeto, señor, eso no es asunto tuyo...

—Casi ocho semanas, esa es la respuesta —continúa con un tono aburrido y arrastrado—. Este es tu tercer intento de desintoxicarlo. Los dos primeros no funcionaron. Es un asunto difícil, dejar las adicciones.

Agarro los reposabrazos de mi silla, con los nudillos blancos y furiosa. —¿Cómo *demonios* sabes todo eso?

—Sé muchas cosas, Srta. Everett —Coge el bolígrafo que hay sobre su escritorio y lo hace rodar entre sus dedos llenos de cicatrices—. ¿Cuánto debes por su atención?

Mi rostro está manchado por la ira y el calor. —No veo qué tiene esto que ver con...

—Cincuenta y tres mil dólares —Deja el bolígrafo sobre la mesa—. Más o menos.

Aparto la mirada un momento para que no vea mis mejillas ardientes. —¿A dónde quiere llegar con esto?

—Estoy estableciendo el contexto.

—¿Para qué?

No responde. En cambio, pregunta—: ¿Sabes cocinar?

Parpadeo. —¿Qué?

—Cocinar. Preparar comida. ¿Lo haces?

—Yo... ¿A veces? Supongo.

—¿Qué preparas?

—No sé... ¿Y por qué importa?

—Responde a la pregunta.

—Pasta, sobre todo —digo—. Huevos. Cosas básicas. Mi madre me enseñó un poco. Lo llamaba "Amas de casa 101".

Él asiente. —¿Duermes bien?

—No. Nunca.

—¿Por qué no?

—Porque mi vida es estresante y no puedo permitirme ir al terapeuta —Me aferro al borde de su escritorio y me acerco un poco más—. Sr. Lazarev, ¿podrías decirme de qué va todo esto, por favor?

—No.

—¿No?

—Todavía no.

Me dan ganas de gritar. —Entonces, ¿qué hago aquí?

—Estás en una entrevista.

—Para un puesto que no me describes.

—Correcto —Vuelve a coger el bolígrafo—. ¿Tienes novio?

Me sonrojo aún más. *Sé* que mi cuerpo me odia, porque la mera mención de la palabra *"novio"* saliendo de la boca de Lukas Lazarev hace que mis muslos se aprieten y mis pezones se endurezcan bajo mi bralette. —Eso no es apropiado.

No dice nada.

Tras un frustrante minuto de mirarnos fijamente, espeto—: No, no tengo —Diría cualquier cosa con tal de acelerar esta conversación insoportable.

Lukas sigue sin parecer preocupado. —¿Alguna vez has tenido uno?

—Eso no es realmente...

—Señorita Everett —me interrumpe—. No hago preguntas para las que no necesito respuestas.

Trago saliva con dificultad. Por alguna razón, respondo a su ridícula pregunta. —La verdad es que no. Nada serio.

Eso es mentira, me susurra un pequeño y feo demonio en mi cabeza. *"Absolutamente nada" es la verdadera respuesta. Vamos, díselo. Dile cómo te quedabas mirando desde un lado mientras la vida de los chicos normales seguía adelante y te dejaba atrás. Dile lo mucho que te quemaba por dentro verlos a todos salir, reír, vivir, amar, follar, besarse, cogerse de la mano, abrazarse y consolarse mutuamente. Dile que tú nunca tuviste nada de eso, y dile que, la única vez que lo intentaste, todo salió mal, y tu gran recompensa fue un par de ataúdes a juego y un hermano al borde del colapso.*

Dile la verdad, Rae.

Díselo.

Lukas me observa. No sé qué es lo que busca, pero sea lo que sea, parece encontrarlo.

—Eso es todo por hoy.

Lo miro fijamente. —¿Ya está?

—Por ahora —Señala hacia la puerta—. Tu escritorio está ahí fuera. Todos los documentos que necesitarás ya están cargados en tu ordenador.

—¡Pero no me has dicho nada! ¡No sé qué se supone que tengo que hacer!

—Eres una chica inteligente. Ya lo descubrirás —No podría estar menos preocupado.

—Sr. Lazarev...

—Lukas —Ya se está volviendo hacia su portátil—. Me llamarás Lukas, señorita Everett.

Me mantengo en pie con las piernas temblorosas. Me da vueltas la cabeza. Ahora tengo más preguntas que cuando entré.

Pero él se ha girado hacia la ventana, y el mensaje no puede ser más claro:

Sal de mi oficina.

6

RAE

↺ **Historial de búsqueda**

"lukas lazarev"

"esposa de Lukas Lazarev

"escándalo mundial de Lazarev"

"¿cómo murió elena lazarev?"

Esa noche, hago lo que cualquier millennial que se precie haría ante un nuevo jefe inquietante que sabe demasiado sobre su vida personal:

Lo busco en Google.

Preparo mi puesto de batalla: acurrucada en el sofá con el portátil apoyado en las rodillas y una copa de vino barato sudando sobre la mesita. Se cargan los resultados de la búsqueda. Desplazo la pantalla.

Y sigo desplazándome.

Y sigo desplazándome.

La primera página está llena de cosas corporativas. Comunicados de prensa insulsos y anuncios de la junta directiva. Encuentro algunos artículos de revistas de negocios con títulos anodinos como *"Lazarev Global se expande a los mercados del sudeste asiático"* y *"El presidente da un paso atrás, su hijo toma el timón".*

Las fotos también son lo que esperaba. Ya sea estrechando la mano a un senador o cortando la cinta de algún nuevo proyecto, va vestido de punta en blanco, es corpulento y no sonríe.

La segunda página es más de lo mismo. La tercera también. Pero en la cuarta página hay una foto que me hace detenerme. Es más antigua. Los colores están desvaídos y la resolución es granulada. Lukas es más joven en ella, quizá de unos treinta y cinco años, y está de pie junto a una mujer.

Es guapa, con una espesa melena oscura recogida en un elegante moño y una piel pálida que resalta sobre un vestido rojo intenso. Tampoco sonríe.

El pie de foto dice: *Lukas Lazarev y su esposa Elena en la Gala de la Ópera Metropolitana de 1998.*

Esposa. La esposa de Lukas*.* Mi pulso se acelera por razones que no puedo o no quiero explicar.

Sigo navegando un poco más, hasta que encuentro un obituario de 2007.

Elena Lazareva, esposa del empresario Lukas Lazarev, falleció el 15 de marzo tras una breve enfermedad. Tenía 42 años.

Eso es todo lo que hay. No hay detalles sobre qué tipo de enfermedad se la llevó tan joven. Los afligidos familiares no ofrecen ningún recuerdo de lo generosa, brillante o hermosa que pudo haber sido. Según esto, vivió una vida plena y completa que, casualmente, cabe en dos de las frases más aburridas que he leído jamás.

Hago cuentas en mi cabeza. *Hace dieciocho años.* ¿Kir tendría entonces qué, once? ¿Doce? No veo ninguna mención a él por ninguna parte.

Sigo investigando, aunque de repente me siento un poco mareada. Wikipedia tiene una página sobre Lukas, pero es dolorosamente breve y se centra principalmente en la empresa. Nació en Rusia. Emigró a finales de los setenta. Llevó a Lazarev Global de una pequeña empresa de transporte marítimo a un conglomerado multinacional con un flujo de caja desmesurado.

Básicamente no hay nada antes de 1979. Es como si no hubiera existido hasta que apareció en Nueva York con una bolsa de viaje y un sueño.

Para ser un hombre que dirige una empresa de mil millones de dólares, es un fantasma.

Pruebo diferentes términos de búsqueda, utilizando todo el Google Fu que Jillian me ha metido en la cabeza a lo largo de los años. El nombre de Lukas entre comillas. Su nombre más "escándalo". Su nombre más "polémica".

No aparece nada útil. Hay algunos hilos de teorías conspirativas en Reddit que lo mencionan, pero en su mayoría son conspiranoicos anónimos parloteando sobre supuestos vínculos, altamente especulativos, con el crimen organizado. Un comentarista insiste en que la muerte de su esposa tuvo elementos sospechosos que la policía ignoró, pero el comentario fue bombardeado con votos negativos y nadie más se molestó en intervenir.

Curiosamente, en cuanto hago clic en el perfil del autor, me sale una página en blanco.

Y cuando vuelvo atrás…

La publicación ha sido eliminada.

Pruebo con otra. Lo mismo. La publicación desaparece. La cuenta se *esfuma.*

Eso es muy, muy raro.

Cierro el portátil y me termino el resto del vino. Estoy intentando poner todo en orden, pero el alcohol no ayuda. Además, no puedo dejar de darle vueltas a lo que ha pasado esta mañana.

Decir que ha sido uno de los días más raros de mi vida es quedarse muy corto. ¡El señor Lazarev sabía lo de Gideon, por el amor de Dios! La cantidad exacta de mi deuda, hasta el último céntimo.

¿Y qué fue todo eso de cocinar, dormir y tener novios? ¿Qué clase de entrevista de trabajo es *esa*?

Y luego está la ominosa advertencia de Kir. En los dieciocho meses que llevo como su asistente ejecutiva, nunca lo he visto ser otra cosa que descarado y seguro de sí mismo. Pero le *temblaban* las manos cuando me agarró entre las sombras y me susurró: *Mi padre colecciona cosas que le parecen interesantes.*

Me llevo las rodillas al pecho y las abrazo con fuerza.

¿*Qué* tengo de interesante?

Si sumo todo, tengo muchas más preguntas que respuestas. La descripción del puesto sigue siendo un misterio. Los documentos de mi nuevo ordenador que mencionó eran solo formularios estándar de RR. HH. y políticas corporativas, nada que explique por qué el presidente de una empresa de mil millones de dólares necesita una asistente personal que sepa hacer pasta, no duerma bien y nunca haya tenido un novio serio.

Por suerte, mi mejor amiga es una persona que se le da muy bien descubrir cosas que no quieren ser descubiertas. Cojo el móvil y llamo a Jillian.

Como siempre, contesta de inmediato. Esa chica vive prácticamente con el móvil pegado a la mano. —¡Hola, mi pequeño rayo de sol!

¿Qué tal?

Me muerdo las cutículas. —Tengo que hablar contigo de algo. Pero te lo advierto: es… bastante complicado.

—¡Oh, no! ¿Qué ha pasado? ¿Está bien Gideon?

—Gid está bien. Son cosas del trabajo. Cosas muy raras del trabajo. Me han trasladado a este nuevo puesto y mi jefe está...

—Mierda, espera —Se oyen ruidos de su lado. Alguien habla de fondo—. Rae, lo siento mucho, pero ahora mismo estoy hasta arriba. Es una locura: acabo de recibir una pista alucinante. En serio, esto podría ser algo gordo.

—¿Qué tipo de pista?

—Aún no puedo decirlo. Pero si sale bien, es material de portada. Te estoy hablando de algo que marcará mi carrera.

No me sorprende en absoluto. Jillian Pierce y yo nos conocimos en cuarto curso, cuando ella le dio un puñetazo a un chico que me llamó "fenómeno con frizz" en el patio. A él le rompió la nariz; a ella la castigaron; yo gané una mejor amiga. Desde entonces hemos sido inseparables.

Ella estaba allí cuando murieron mis padres. Se presentó en mi apartamento con bolsas de la compra llenas de comida precocinada y se sentó conmigo en el suelo de la cocina mientras yo lloraba hasta que no podía respirar. Estuvo allí durante la primera sobredosis de Gideon, y también durante la segunda y la tercera. Me cogió de la mano en las salas de espera de los hospitales, y ni una sola vez me dijo que debía rendirme con él.

Pero, a diferencia de mí, Jillian siempre supo lo que quería. Ya en la secundaria, fundó un club de periodismo y entrevistaba a los profesores sobre la calidad de la comida del comedor con una determinación de acero. Se licenció en Periodismo en Columbia, hizo un sinfín de prácticas prestigiosas y se abrió camino a duras penas

hasta conseguir el trabajo de sus sueños en el *New York Times* hace dos años. Ahora cubre noticias de sucesos y economía de la misma forma en que una vez me defendió en el recreo: de forma agresiva, con alguna que otra nariz rota para quienes se atreven a desafiarla.

Temo por cualquiera que se interponga en su camino.

—¡Qué emocionante! —digo con voz débil y sin mucho entusiasmo.

—Lo sé, lo sé —suspira—. Soy lo peor. Pero ¿podemos ir a cenar o algo así esta semana? ¿El miércoles, quizá? Te invitaré a un martini o tres y me puedes contar todo.

Me desplomo contra los cojines del sofá. —Sí. Vale. El miércoles. Quedamos.

—Eres la mejor, RaeRae. ¡Te quiero, adiós!

Dejo caer el móvil sobre la mesita y me quedo mirando el techo. Adiós a la idea de pedir una segunda opinión.

Supongo que estoy sola aquí.

7

RAE

VIGILANCIA DE AUDIO - Pasillo, planta 50

VOZ 1: "Es novata. Está muy nerviosa".

VOZ 2: "La última duró ocho meses".

VOZ 1: "Apuesto a que esta durará seis, como mucho".

VOZ 2: "Igual que la última".

A la mañana siguiente, salgo del ascensor antes de que el reloj haya dado las 7:00 a. m. O, al menos, *empiezo* a salir...

…pero antes de que mi primer pie toque siquiera el suelo de mármol de la planta 50, la mano de Lukas me agarra con fuerza por el bíceps.

—Ven conmigo.

No es una pregunta y no espera una respuesta. Me levanta del suelo y me arrastra a través de una puerta que no había visto cuando llegué aquí ayer. Avanzamos por un pasillo completamente a oscuras. Es pequeño y estrecho, y su colonia de sal marina y menta llena el espacio como un difusor de aceites esenciales.

Me esfuerzo por seguir el ritmo de sus enormes zancadas hasta que, tan de repente como me agarró, me suelta.

Estamos en una habitación sin ventanas que no sabía que existía.

Está destartalada en algunos lugares y vacía en todos los demás. Hay una única mesa desvencijada en el centro, rodeada por seis sillas. Cinco de ellas ya están ocupadas por hombres a los que nunca he visto antes.

Todos son corpulentos. No tanto como Lukas, pero casi. Sus trajes son oscuros y gruesos. Sus rostros, inexpresivos.

—Siéntate —ordina Lukas.

Señala una silla vacía en la esquina. Está apartada de la mesa. Está claro que no está pensada para formar parte de la conversación.

Hago lo que me dice.

Lukas ocupa la silla que queda al frente de la mesa. En cuanto lo hace, el ambiente de la sala cambia. Los hombres se enderezan. Su atención se agudiza.

—Informe —dice Lukas.

Uno de los hombres empieza a hablar. Tiene un acento muy marcado que no consigo identificar. De Europa del Este, quizá. Basándome en la llamada telefónica que recibió Lukas ayer, ¿supondría que es ruso? Aunque no lo sé con certeza. Tampoco sé de qué está hablando. Recita números, nombres y lugares que no significan nada para mí.

—El envío pasó la aduana el martes. Sin problemas. La ruta de Bratsk se mantiene.

Lukas asiente. —¿Y la terminal?

—Operativa. El equipo de Rymbayev terminó antes de lo previsto.

—Bien.

Otro hombre interviene. Este es más joven, con una cicatriz que le recorre la mejilla izquierda. —La situación en Red Hook se está volviendo un poco tensa, señor. Tenemos que discutir...

Lukas levanta una mano. —En un momento.

Eso es todo lo que hace falta. El hombre de la cicatriz cierra la boca y no vuelve a abrirla.

La mirada de Lukas se dirige hacia mí. —Señorita Everett.

Todas las cabezas de la sala se vuelven hacia mí.

—¿S-Sí? —balbuceo—. Eh, sí, s-señor. —Espero por Dios que no vaya a preguntarme dónde está Bratsk, o qué debería hacer Rymbayev con todo este fiasco de Red Hook, porque no tengo ni idea de lo que significa nada de eso.

—¿Por qué no estás tomando notas?

Me quedo paralizada. Tengo las manos vacías. No tengo bolígrafo. No tengo papel. —No sabía que tenía que...

—Eres mi asistente —me recuerda con un tono gélido y monótono—. ¿Qué pensaste que ibas a hacer?

Me arde la cara. Todos los hombres me están mirando ahora. *Juzgándome*. Lo noto.

—No tengo mi… No he podido ir a mi… mi escritorio, señor Lazarev. No puedo…

Con una mueca, mete la mano en la chaqueta y saca una pequeña libreta de cuero. La pluma estilográfica que ayer estaba sobre su escritorio está sujeta con un clip al lomo. Deja ambas cosas sobre la mesa junto a él y me mira fijamente a los ojos.

Su indicación es obvia: tengo que levantarme y acercarme a cogerlos.

Siento todas las miradas fijas en mí mientras cruzo la sala. Todo en mí me recuerda lo femenina que soy, lo vulnerable, lo sola. El taconeo de los zapatos, el susurro de la falda. ¿Por qué me he puesto una falda hoy? Qué tonta, tonta. Mi pelo largo… la fina seda de mi blusa… el tirante del sujetador que se me cae de un hombro por debajo… Mis muñecas, cuando estiro la mano para coger el cuaderno junto al codo de Lukas, parecen tan frágiles como para que él las envuelva con una sola mano y las rompa como cerillas, si quisiera.

Y en cuanto a él… Es todo un macho. El rey de la selva. Imponente en su sillón, ocupando la mitad de la habitación para sí solo, irradiando su aroma y su poder, ambos igualmente embriagadores, casi *demasiado* para creerlo.

Lukas no se mueve ni un centímetro cuando me acerco. Solo me observa. Sus ojos grises bajan hasta mis talones. Vuelven a subir, ahora más despacio, por mis caderas, mi cintura, el contorno de mi pecho.

Se detiene allí. Luego, me mira a los ojos.

Se me seca la garganta y aparto la mirada.

Agarro el cuaderno con el bolígrafo y lo aprieto contra mi pecho como un escudo de batalla antes de dar media vuelta y salir corriendo.

El camino de vuelta a mi silla en la esquina se hace eterno. Aún puedo sentir que todos me miran. Esos hombres grandes y aterradores con sus trajes oscuros, sus hombros el doble de anchos que los míos, sus cuerpos forjados para la violencia. La sala no tiene ventanas. Nadie sabe que estoy aquí. Si gritara, nadie me oiría. Si corriera, no daría ni dos pasos antes de que uno de ellos me alcanzara y me hiciera lo que fuera que tuviera pensado hacerme. Si eso pasara… ¿Lukas lo detendría?

Me hundo en el asiento y cruzo las piernas. Se me sube la falda. La vuelvo a bajar con dedos temblorosos.

La boca de Lukas se contrae, solo un poco.

Como si se hubiera dado cuenta de mi miedo.

Como si le *gustara*.

Se vuelve hacia sus hombres. —Continúa.

El hombre de las cicatrices retoma donde lo había dejado. Empiezo a escribir, aunque mi letra es temblorosa y horrible y no tengo ni idea de qué se supone que debo resumir.

Pero no me atrevo a hacer preguntas. Solo apunto los nombres, números y lugares que capto, e invento lo que se me escapa.

A decir verdad, todo esto es desconcertante. No se parece a ninguna reunión de la junta directiva en la que haya estado con Kir. No se habla de resultados trimestrales, ni de previsiones de mercado. No hay diapositivas de PowerPoint. No hay jerga corporativa.

Estos hombres hablan de envíos. Rutas. Tripulaciones. Territorios. Un juego completamente diferente. En un momento dado, alguien menciona "la limpieza" y todos asienten con complicidad.

Miro a mi alrededor, pero no hay ninguna explicación. Por lo que puedo ver, todos se han olvidado de que existo.

La reunión dura cuarenta y cinco minutos. Cuando termina, los hombres salen en fila sin dirigirme la palabra. Ni siquiera miran en mi dirección.

Lukas se queda sentado. Espera a que se cierre la puerta, y luego se gira para mirarme.

—¿Alguna pregunta?

Tengo unas mil. Pero tengo la sensación de que eso no es lo que quiere oír, así que me limito a decir—: No.

—Bien.

Entonces, él también se marcha.

Espero hasta que ya no oigo ningún signo de vida en el pasillo. Entonces me levanto y regreso a mi escritorio con las piernas temblorosas.

Las puertas de caoba de la oficina de Lukas están cerradas. No tengo ni idea de si está ahí dentro, o si se ha ido por alguna otra salida que yo no conozco, o si quizá se ha convertido en murciélago y ha salido volando por la ventana como Drácula.

Me siento frente al ordenador. Miro fijamente la pantalla. *¿Qué se supone que debo hacer ahora?*

El cuaderno sigue en mis manos. Al hojear las páginas, mis notas garabateadas parecen los desvaríos de un lunático. La mitad de las palabras están mal escritas. Algunas ni siquiera son palabras.

Decido pasarlas en limpio. Eso es lo que hacen los asistentes, ¿no? ¿Tomar notas y dejarlas presentables? Claro. Supongo. No es que tenga nada mejor con lo que ocupar mi tiempo.

Tardo veinte minutos en convertir mis garabatos en algo que se parezca a frases coherentes. Le doy un formato bonito. Listas con viñetas. Encabezados en negrita. Decido que a Lukas probablemente no le gustan los emojis, así que los omito. Cuando termino, le doy a imprimir.

La impresora debajo de mi escritorio cobra vida con un zumbido. Salen tres páginas, calientes y crujientes.

Las recojo y me dirijo a la puerta de Lukas. Llamo a la puerta, con la esperanza de que esté ahí dentro.

Gruñe. Supongo que eso significa que puedo pasar, así que empujo la puerta. Está en su escritorio, leyendo algo en su portátil. No levanta la vista.

—He mecanografiado mis notas de la reunión —digo—. Pensé que quizá te gustaría...

Al oír eso, levanta la vista.

Y algo cambia en su rostro.

Se pone de pie antes de que pueda terminar la frase. Atraviesa la habitación a zancadas. En cuanto está lo suficientemente cerca, me arranca los papeles de las manos.

—¿Qué es esto? —gruñe.

—Yo... Las notas. De la reunión. Las he mecanografiado, así que...

—¿Tú has impreso esto?

—¿Sí?

Observo horrorizada cómo rompe los papeles por la mitad, y luego otra vez por la mitad. Y otra vez. Sigue rompiéndolos hasta que no quedan más que unos tramos tristes en sus puños.

Luego, me lanza una mirada asesina. —Nunca —dice—*, nunca* imprimas nada. ¿Me entiendes? *Nunca*.

Doy un paso atrás. Mi espalda choca contra el marco de la puerta. —No sabía...

—Ahora ya lo sabes —Deja caer el último de los trocitos a sus pies —. Solo lápiz y papel. Nada de copias digitales. Nada de impresiones. Nada que se pueda rastrear o recuperar.

—Vale —murmuro. Se me hace un nudo en la garganta por el miedo y la vergüenza—. Lo siento. No sabía...

—Hablando de eso —Se gira para mirarme—. El bolígrafo que te di. ¿Dónde está?

Bajo la mirada hacia mis manos vacías. Entonces lo recuerdo: lo dejé sobre la mesa de la sala de reuniones cuando terminé de escribir.

Estaba tan nerviosa, tan ansiosa por salir de allí que olvidé recogerlo.

—Me lo dejé —digo—. En la sala de reuniones.

—Limpia este desastre —dice, señalando con la barbilla el confeti de papel que es todo lo que queda de mi intento de hacer algo bueno —. Luego ve a buscarlo.

—¿Ahora mismo?

—¿Tienes algo mejor que hacer con tu tiempo, Srta. Everett?

—No, señor. Lo siento, señor —Me arrodillo y empiezo a barrer todo lo que puedo alcanzar.

Los trozos están por todas partes, pero ese no es el problema; Dios sabe que he limpiado suficientes desastres desde que murieron mis padres. Este no es ni el primero ni el peor.

El problema es que puedo sentir la mirada del Sr. Lazarev.

No se ha movido. Simplemente está ahí de pie, elevándose sobre mí, mientras yo gateo por el suelo de su despacho recogiendo trocitos de papel.

Mi estúpida falda se me vuelve a subir por los muslos. La tiro hacia abajo. Inmediatamente se vuelve a subir.

Alargo la mano hacia un trozo de papel cerca de la pata de su escritorio y mi blusa, sintiéndose excluida de la fiesta de "Humillar a Rae", se abre de par en par. Me aprieto el brazo contra el pecho.

Esto es ridículo. Estoy de rodillas delante del padre de mi jefe. La postura es... Dios, la postura es tan...

Agarro otro trozo. Me arde la cara. Él sigue sin moverse.

¿Me está mirando el culo? Definitivamente me está mirando el culo. O tal vez solo estoy siendo paranoica. Quizás está mirando la pared o la ventana o, literalmente, cualquier otra cosa.

No me doy la vuelta para comprobarlo.

Cuando he reunido todos los trozos en mis manos ahuecadas, me levanto. Me tiemblan las piernas. Extiendo los restos con ambas manos, como si fuera una ofrenda.

—¿Ya me puedo ir? —pregunto con voz ronca.

Él asiente.

Huyo.

Cuando vuelvo al vestíbulo, tiro los restos a la papelera junto a mi escritorio. Todavía me tiemblan las manos, así que me las limpio en la falda, aunque no tengan nada.

Ahora, ¿qué…?

El bolígrafo. Claro. Tengo que ir a por el bolígrafo.

Me dirijo de nuevo hacia la puerta sin letrero por la que Lukas me arrastró esta mañana. Sigue ahí, mimetizándose con la pared como si no quisiera que la encontraran. La empujo para abrirla y entro en la oscuridad.

El pasillo está tan estrecho y a oscuras como antes. El ruido de mis tacones es tan doloroso y agudo para mis nervios de punta que los dejo en la entrada y me cuelo descalza.

Mientras camino, mantengo una mano en la pared para orientarme. Estoy a punto de llegar a la sala de reuniones cuando oigo voces.

Vienen de algún lugar delante de mí. Son voces graves y masculinas. Hablan en voz baja, como para que no se oiga.

Me quedo paralizada.

—…No sé en qué está pensando —Es el hombre con cicatrices de la reunión. Reconozco el tono ronco de su voz—. Es novata. Está muy nerviosa. ¿Has visto cómo le temblaban las manos?

Otra voz, esta más grave. Uno de los hombres mayores, quizá. —Aunque es guapa. Eso hay que reconocerlo.

—Ser guapa no le impedirá abrir la boca cuando las cosas se ponen feas.

—Ese es su problema, no el nuestro.

Se me hiela la sangre. Me aprieto contra la pared. Ahora la oscuridad me resulta asfixiante.

—¿Cómo se llamaba? —pregunta la voz más grave—. La chica nueva.

—Everett. Rae Everett.

Oír mi propio nombre en boca de ese hombre marcado por las cicatrices me pone los pelos de punta.

—¿Crees que sabe en lo que se ha metido?

Él se ríe entre dientes. —¿Y quién lo sabe?

—Nadie. Es casi una pena.

Pasos. Se acercan.

Aguanto la respiración. Mi corazón late tan fuerte que estoy segura de que pueden oírlo.

—Igual que la última —dice el hombre de las cicatrices. Su voz está ahí mismo ahora, a unos tres metros de distancia—. Ojos muy abiertos y buenas intenciones. No durará.

Los pasos pasan. Se abre una puerta en algún lugar detrás de mí. La luz se cuela por un segundo, luego desaparece.

Me quedo pegada a la pared durante lo que me parece una eternidad. Me arden los pulmones hasta que por fin me permito exhalar.

Igual que la última. ¿Qué significa eso? ¿Quién era "la última"? ¿Qué le pasó?

Me obligo a seguir avanzando. Un pie delante del otro. La puerta de la sala de juntas está justo delante.

La empujo para abrirla. La sala está vacía ahora. Las sillas siguen dispuestas alrededor de la mesa. El aire huele a humo de cigarrillo y a la colonia de Lukas.

El bolígrafo está justo donde lo dejé.

La cojo y echo a correr.

8

RAE

VESPER ROW - REGISTRO DE HUÉSPEDES N.º 9316

Fecha: miércoles, 12 de noviembre de 2025

2x Martini Sucio (con aceitunas extra): 34,00 $

1 pan plano Margherita: 18,00 $

1 botella de BFF Yap: Invaluable

No veo la hora de que llegue la noche del miércoles. Cuando dan las 6 de la tarde, ya estoy en nuestra mesa habitual en Vesper Row, en Nolita, antes incluso de que Jillian me envíe un mensaje diciendo que está en camino.

Pido dos Martini Sucios para las dos. Con aceitunas y queso azul extra. Necesito todo el apoyo moral que pueda conseguir.

Ha sido otro día extraño en el trabajo, en el sentido de que no ha pasado absolutamente nada. Cuando llegué a las ocho, la puerta de Lukas estaba cerrada, así que me senté en mi escritorio y esperé. No respondí a ningún correo electrónico, porque no me llegó ninguno.

No hice ninguna llamada, porque nadie me dijo a quién llamar. No tomé ninguna nota porque no hubo reuniones.

Al mediodía, me comí una barrita de muesli que llevaba en el bolso. Mientras masticaba, me pregunté si debería llamar a su puerta.

Decidí no hacerlo.

A las tres, reorganicé los cajones de mi escritorio. Me sorprendí a mí misma escuchando si había algún movimiento detrás de esa puerta. El crujido del cuero, el tintineo de un vaso, el clic de su mechero, cualquier cosa.

Me pregunté de nuevo si debía llamar. Una vez más, no lo hice.

A las cinco, sin señales de él, me rendí y me fui.

Por lo que supe, Lukas ni siquiera estaba allí. ¿Era algún tipo de prueba? ¿Se suponía que debía llamar, o que *no* debía llamar? ¿Aprobé o reprobé? ¿Es todo este asunto un juego elaborado cuyas reglas no entiendo?

Llega el martini. Doy un largo sorbo y dejo que la agradable sensación de calor se asiente en mi pecho.

¿Qué estoy haciendo? Hace una semana, mi vida tenía sentido. ¿Era estresante? Claro. ¿Me pagaban mal? Por supuesto. Pero al menos sabía cuál era mi lugar. Sabía quién era mi jefe y qué se esperaba de mí.

Ahora estoy sentada fuera de una oficina vacía, tomando notas en reuniones clandestinas y recibiendo gritos por usar una impresora.

Y lo más extraño, a lo que no puedo dejar de darle vueltas en la cabeza…

No es Kir.

No es Kir, quien me acorraló. No es Kir, quien me puso las manos encima. No es Kir, quien me susurró cosas que deberían haberme quitado el sueño.

Sinceramente, casi no pienso en él.

Cuando cierro los ojos, no veo pelo oscuro; veo *plateado*. No huelo a canela; huelo a sal marina, menta y humo de cigarrillo.

Es una locura, ¿verdad? El hijo es quien me tocó.

Pero el *padre* es el que no se me va de la cabeza.

Jilly llega diez minutos más tarde, con el pelo rojo al viento y las mejillas sonrojadas por el frío. —Lo siento, lo siento, lo siento. El tren F fue una pesadilla. Una banda de mariachis se subió a mi vagón y no paró de tocar hasta que les di propina.

—Uf. Qué mala suerte —Le empujo la bebida por la mesa—. Bebe.

—Bueno, no hace falta que me lo pidas dos veces —bromea. Se desliza en el reservado, se quita el abrigo y da un largo y sediento trago.

Es increíble que se salga con la suya haciendo cosas así. Jillian es de ese tipo de belleza que hace que otras mujeres la odien nada más verla. No es justo, la verdad. Tiene unas piernas interminables, unos pómulos por los que cualquier gata mataría y esa melena de pelo rojo cobrizo que siempre parece sacada de un anuncio de champú. Incluso ahora, con el pelo al viento y ligeramente sudada por su carrera hasta el bar, está impresionante.

Somos polos opuestos en todos los sentidos. Yo soy bajita y ella es alta. Yo soy suave y con curvas, y ella es delgada y angulosa. Mi pelo no sabe qué quiere ser; el suyo sabe exactamente lo que hace en todo momento. Tiene unos ojos verdes brillantes que no se pierden ni un detalle, pecas esparcidas por la nariz y una sonrisa que le ha librado de más multas por exceso de velocidad de las que puedo contar.

También es mi persona favorita en todo el planeta.

—Vale. —Deja la copa sobre la mesa y me clava esa mirada feroz de periodista—. Vamos al grano. ¿Qué pasa? Sonabas rara por teléfono

la otra noche.

Doy un sorbo vacilante a mi martini. —¿Por dónde empiezo?

—Por el principio es lo que se estila —dice con sarcasmo.

Frunzo el ceño, pero de un trago le cuento todo. Kir acorralándome en mi escritorio. Sus manos bajo mi camisa y las cosas que dijo. Y luego Lukas apareciendo de la nada, aunque aún está por ver si me salvó o me condenó.

—Espera, espera, espera —Jilly levanta una mano—. ¿El joven guapo te metió mano por debajo de la camiseta?

—i¿Eso es lo que te llama la atención de todo esto?!

—Soy periodista, Rae —dice con aire recatado—. Solo intento aclarar los hechos —Me hace un gesto con los dedos como si fuera la reina —. Sigue.

Le cuento lo de la oferta de trabajo que en realidad no era una oferta, la tarjeta con solo un número de teléfono. Cómo Kir me agarró en el pasillo antes de que pudiera irme, y cómo me advirtió sobre su padre.

—"Colecciona cosas que le parecen interesantes" —repito—. Eso es lo que dijo.

—Qué espeluznante.

—¡Y que lo digas!

Le cuento que el lunes, al llegar, me encontré con que mi escritorio había desaparecido. La extraña entrevista con preguntas sobre cocina, sueño y novios. El hecho de que Lukas, de alguna manera, sabe exactamente cuánto debo por la rehabilitación de Gideon.

—¿La cantidad *exacta*? —exclama Jilly—. Eso es muy específico.

—Lo sé.

—Es decir, sospechosamente concreto.

—Lo *sé*.

Se queda callada un momento mientras piensa. Casi puedo ver cómo su cabeza da vueltas.

—¿Y en qué consiste exactamente el trabajo? —pregunta—. ¿Este "proyecto especial"?

—¡Esa es la cuestión! No tengo ni idea. No me lo dice. Me paso todo el día sentada fuera de su despacho esperando a que pase algo.

Sus cejas perfectas se arquean bruscamente hacia abajo. —Hemos pasado de "específico" a "raro".

—Se pone aún más raro —Bajo la voz—. Ayer hubo una reunión. Un montón de tipos con pinta de dar miedo en una habitación sin ventanas. Hablaban de envíos, rutas y equipos. En un momento dado, alguien mencionó "la limpieza" y todos asintieron, como diciendo: *sí, la limpieza, totalmente normal*.

Las cejas de Jilly se arquean. —¿"La limpieza"?

—No sé qué significa —digo—. Pero no parecía precisamente que estuvieran hablando de pasar la aspiradora por las alfombras, ¿sabes?

Se limpia los labios con una servilleta de cóctel. —Todo esto suena muy sospechoso.

—¿Crees que no lo sé?

—Si lo sabes, cariño, ¿por qué sigues ahí?

Me quedo mirando mi martini. La única aceituna que queda se balancea en la ginebra como un pequeño salvavidas. —Necesito el dinero, Jill. Sabes que lo necesito. El tratamiento de Gideon no es barato y mis ahorros son prácticamente inexistentes.

—Pero hay otros trabajos.

—Ninguno que pague tan bien. Ninguno que pueda conseguir sin un título.

Ella suspira. —Tienes razón.

—Además... —Me bebo el resto de la copa de un trago—. Ahora tengo curiosidad. Está pasando algo raro y quiero saber qué es.

Jilly resopla. —Esa es *mi* frase. Se supone que soy yo la que persigue las historias.

—Quizá se me esté contagiando.

—Que Dios nos ayude a todos —Llama al camarero para pedir otra ronda—. Vale. ¿Qué opinas del padre? ¿De Lukas?

Dudo. Esta es la parte que me daba miedo.

—No lo sé —digo finalmente—. Es… intenso.

—¿Intenso cómo?

—Intenso como para aplastarme con una sola mano sin siquiera darse cuenta.

Jilly cruza los brazos sobre la mesa. —Y te atrae.

—¿Qué? —protesto—. ¡No! Yo no he dicho eso.

—No hizo falta —Ahora sonríe mientras me señala con una uña bien cuidada, con aire de zorra en el gallinero—. Se te iluminó toda la cara cuando empezaste a hablar de él.

—¡No es verdad!

—Claro que sí. Te has sonrojado y te falta el aliento.

—Estoy bebiendo ginebra, Jilly. La ginebra hace que la gente se sonroje.

—La ginebra hace que la gente *se sincere.* Y tú, mi pequeña romántica, estás a un martini de queso azul de contarme algunas

fantasías sexuales *muy* explícitas.

Le robo una aceituna de su copa y me la meto en la boca. —¿Podemos centrarnos, por favor? Estoy intentando averiguar si mi nuevo jefe es un genio del crimen y tú estás desviando la conversación hacia mi inexistente vida amorosa.

—Puedo hacer varias cosas a la vez —Pero se vuelve más seria—. Mira, te entiendo. Algo no cuadra. Las reuniones secretas, lo de no dejar rastro, todo eso. No augura nada bueno.

—¿Y qué hago?

Jillian reflexiona sobre la pregunta mientras el ruido del bar crece a nuestro alrededor. El tintineo de los vasos, las risas, la mala primera cita de alguien que se está poniendo terriblemente incómoda dos mesas más allá.

—Ten cuidado —sugiere finalmente—. Es todo lo que se me ocurre. Solo ten mucho, mucho cuidado.

—Lo haré —prometo—. Cuidado es mi segundo nombre.

—Tu segundo nombre es Edna.

Hago una mueca. —Como si necesitara que me lo recordaras.

Ella se ríe, pero hay preocupación en sus ojos. —Lo digo en serio, Rae. Si este tipo está metido en algo espeluznante, no querrás ser un daño colateral.

—Lo sé —Aparto mi copa vacía—. Créeme, lo sé.

Pedimos una pizza margarita para compartir mientras la conversación deriva hacia temas más seguros. —¿Y tú? —le pregunto—. ¿Algún prospecto romántico en el horizonte?

Jilly pone cara de asco. —Ni hablar.

—Vamos. ¿Ni siquiera un poco?

—Ni siquiera un poco —Arranca un trozo de corteza con un poco más de agresividad de lo habitual—. He terminado con todo eso. Para siempre. Moriré siendo monja.

Odio ese sonido de una puerta emocional que se cierra de golpe en su voz, seguido del chirrido de los cerrojos emocionales, el chasquido de las cadenas emocionales y el ruido de sillas emocionales que se arrastran y se empujan contra el pomo emocional. Estuve ahí para los malos momentos de Jill en un sentido literal y físico, bueno, con la excepción del año en que desapareció y se niega a dar explicaciones, pero ni siquiera yo conozco el alcance total de lo que pasó. Cuando se trata de asuntos del corazón, Jillian siempre se lo ha guardado todo para sí misma.

—Jilly Bean…

—Lo digo en serio —insiste—. Una monja. He renunciado a los hombres para siempre, salvo por el amoroso abrazo de mi Señor y Salvador.

Suspiro y le ofrezco mi porción de pizza. —Amén. La paz sea contigo. O lo que sea.

—¡Pero eso no significa que tengas que convertirte en una solterona amargada como yo! —Jilly golpea su porción de pizza contra la mía, como en un brindis cursi—. Eres joven. Eres guapa. Deberías salir ahí fuera, haciendo *match* con hombres mediocres y teniendo sexo horrible.

—Vaya —digo con cara de póquer—. Sí que sabes venderlo.

—Vale, pero en serio —insiste—. ¡Hablo en serio! ¿Cuándo fue la última vez que tuviste una cita?

Lo pienso. —¿En marzo?

—¿Marzo de *qué año*?

—El año pasado. Creo. Quizás el año anterior.

Deja la pizza y me coge las manos por encima de la mesa. —Tienes que volver a las aplicaciones. Hinge, Bumble, lo que sea que esté de moda entre los jóvenes hoy en día. Solo tienes que lanzarte y ver qué pasa.

Ahora me toca a mí poner cara de disgusto. —Ya las probé. Son deprimentes.

—Así es la vida de una mujer moderna, pero no puedes quedarte encerrada en tu departamento para siempre, suspirando por algún multimillonario maduro.

—"Suspirar" es una palabra muy dramática, Bean.

—Por eso me pagan tanto —Me agarra los dedos—. Descárgate Hinge esta noche. Lo único que tienes que hacer es mirar. Echar un vistazo. No tienes que hablar con nadie. Solo echar un vistazo. Vive un poco. Mira qué hay ahí fuera.

Retiro las manos y cojo mi copa. —Bien. Lo pensaré.

—¿Lo prometes?

—He dicho que lo *pensaré*.

Pone los ojos en blanco, pero deja el tema y pasamos a otros temas más agradables. Cuando nos hemos hartado de cotilleos, ginebra y pan plano, dividimos la cuenta y recogemos nuestras cosas. Me estoy poniendo el abrigo cuando recuerdo otra cosa que quería preguntarle.

—Oye, ¿qué pasó con esa pista tan generosa de la que me hablaste? ¿La del lunes por la noche?

Jillian se queda paralizada durante medio segundo. Luego vuelve a la normalidad y se ajusta la bufanda alrededor del cuello. —No puedo hablar de eso.

La miro con curiosidad. —¿Ni siquiera una pista?

—No —Pero sus ojos tienen ese brillo, esa emoción, esa alegría que se le nota cuando está metida en algo grande.

—¿Tan bueno, eh?

—Incluso mejor —Coge su bolso y se lo cuelga al hombro—. Pero no quiero contarlo. Todavía no. Cuando pueda hablar de ello, serás la primera en saberlo.

—Más te vale.

Me da un fuerte abrazo. —Te quiero, RaeRae. Cuídate.

—Yo también te quiero, Jilly Bean.

Sale por la puerta antes de que pueda decir nada más, y su pelo rojo desaparece entre la multitud de la acera.

Una vez que se ha ido, giro en dirección contraria y empiezo el camino a casa. Estoy a una manzana del metro cuando mi teléfono vibra con una notificación.

NÚMERO DESCONOCIDO

Vuelve a la oficina. Ahora mismo.

Me quedo paralizada en medio de la acera. Alguien choca conmigo y murmura algo grosero al típico estilo neoyorquino, pero apenas me doy cuenta.

No hay ni nombre ni explicación.

Pero sé exactamente quién es.

Con un suspiro, me doy la vuelta y empiezo a caminar de vuelta hacia la Torre Lazarev.

Cuando llego a la planta cuarenta, encuentro una pila de expedientes sobre mi escritorio, de cientos de páginas de grosor. Una nota adhesiva en la parte superior dice:

Recopila, clasifica y resume. Solo notas manuscritas. Déjalo en mi escritorio cuando termines.

— LL

Hojeo el primer expediente. Es un aluvión de nombres, fechas y números. Nada de eso me dice nada.

Miro el reloj. Ya son más de las nueve. Suspiro.

De tal palo, tal astilla.

9

RAE

REGISTRO DE CÁMARAS DE SEGURIDAD - Planta 50

02:52 a. m.: R. Everett (dormida en su escritorio)

02:52 a. m.: L. Lazarev [ENTRADA]

02:56 a. m.: L. Lazarev observando

02:57 a. m.: L. Lazarev observando

02:58 a. m.: L. Lazarev observando

02:59 a. m.: El sujeto se despierta

Pierdo la noción del tiempo en algún momento alrededor de la medianoche.

Lucho contra ello con todas mis fuerzas, pero cuando el sueño te llama, se lleva lo que quiere. Efectivamente, empiezo a cabecear. Los archivos se difuminan. Los nombres y los números se convierten en cadenas sin sentido. Mi letra cansada se vuelve más descuidada con cada página hasta que ni siquiera puedo leer mis propias notas.

Finalmente, me compadezco de mí misma y apoyo la cabeza sobre los brazos. —Solo un segundo —murmuro en voz alta a la oficina

vacía—. Solo para descansar la vista.

La habitación está cálida. El escritorio está fresco bajo mi mejilla.

Solo descansaré un minuto.

Solo un minuto.

Solo… uno…

Entonces vuelvo a estar en su oficina. Estoy de rodillas otra vez, recogiendo trozos de papel del suelo, pero son interminables. Por muchos que recoja, siempre hay más. Para empeorar las cosas, mi falda se empeña en subirse.

Él está de pie junto a mí. Puedo ver sus zapatos. De cuero negro, lustrados hasta brillar como un espejo. Alargo la mano hacia un trozo de papel cerca de su pie y mi blusa se abre como una boca entreabierta que suplica un beso.

—Mírame —gruñe Lukas.

Alzo la vista. Desde este ángulo parece tan alto. Se extiende por kilómetros hacia el techo.

Su mano desciende. Sus dedos se enredan en mi pelo. Al principio, el contacto es suave. Luego aprieta el agarre hasta que roza lo doloroso. Arqueo la espalda y el cuello para mirarle a los ojos.

—Buena chica —dice.

Me echa la cabeza aún más hacia atrás. Tengo el cuello al descubierto. Ahora respiro con dificultad.

—¿Sabes por qué te elegí? —Su voz rasga la oscuridad como el chisporroteo de una cerilla.

Niego con la cabeza ligeramente. Su agarre no me deja moverme mucho más que eso.

—Bueno, pronto lo sabrás.

Su pulgar recorre mi mandíbula. Baja hasta mi barbilla. La presiona contra mi labio inferior.

—Abre —dice.

Abro la boca.

Introduce el pulgar. Siento el sabor de la sal. La menta. El océano. El humo.

—Buena chica —dice de nuevo.

Esas dos palabras me provocan algo extraño. Me siento líquida y avergonzada, caliente y fría al mismo tiempo. Casi sin huesos en sus manos, como si fuera plastilina que él puede moldear y remodelar a su antojo.

Cierro los ojos. Su otra mano sigue en mi pelo, sujetándome en mi sitio. Estoy de rodillas delante de él y no quiero estar en ningún otro sitio.

Su pulgar se desliza más profundamente. Lo chupo sin pensar. Él emite un sonido gutural, grave y de aprobación.

—Eso es —ronronea—. Justo así.

Ahora estoy temblando. Aprieto los muslos. Hay un dolor entre mis piernas que cada vez es más difícil de ignorar.

Retira el pulgar. Un hilo de saliva une mis labios con su piel como una perla reluciente.

—Ahora —dice, y su mano libre se dirige a su cinturón…

—Despierta, señorita Everett.

Me despierto de un sobresalto tan rápido que casi me caigo de la silla.

Los expedientes se esparcen por todas partes. Mis notas salen volando. Jadeo como un pez fuera del agua.

Y Lukas Lazarev está de pie frente a mi escritorio.

Esta noche lleva un traje gris carbón. ¿O ya es de mañana? No lo sé. Mi cerebro no funciona. Mi cuerpo sigue atrapado en el sueño, palpitando, deseando.

—Te has quedado dormida —observa.

Lo miro parpadeando. —Yo... supongo que sí. Lo siento. Es que estaba...

—Trabajando.

—Sí.

Mira el montón de papeles que me rodean y luego vuelve a mirarme a la cara. —Levántate —dice—. Te voy a llevar a casa.

La sola idea de que eso ocurra me provoca un sonrojo al instante. —No hace falta. Puedo coger el metro.

—El metro dejó de funcionar hace una hora.

Echo un vistazo al reloj de mi ordenador. Son las 2:52 de la madrugada. Tiene razón.

—Vale, bueno, puedo llamar a un Uber.

—O puedes subirte a mi coche —Se dirige hacia el ascensor, seguro de que lo seguiré. Por desgracia, tiene razón—. Ven.

Recojo mis cosas con dedos torpes. Mi bolso, mi abrigo. Dejo los archivos y mis notas en una pila ordenada sobre el escritorio. Ahora eso es problema de la Rae del futuro.

El trayecto en el ascensor es silencioso. Lukas se queda a un lado; yo, al otro. Hay toda una cabina de ascensor entre nosotros, pero entre lo increíblemente grande que es él y lo somnolienta y nerviosa que me siento ahora mismo, ese espacio no parece ni de lejos suficiente para protegerme.

Probablemente sea por ese estúpido sueño. La escena aún está fresca en mi mente. Su pulgar en mi boca… Su mano en mi pelo… *Buena chica,* me dijo…

Aprieto los muslos y miro fijamente los números de las plantas que van bajando.

El aparcamiento está vacío, salvo por un reluciente sedán negro que solo puede pertenecer a un hombre. Se dirige a él con paso firme y me abre la puerta del copiloto. Me deslizo dentro.

El interior huele a él, igual que en mi sueño. A cuero, sal marina y menta.

Se sube. El motor ruge y comenzamos a movernos.

Nunca en toda mi vida he sido tan consciente de la presencia de otro ser humano. Sus manos son enormes sobre el volante y no puedo dejar de mirarlas. Los nudillos marcados por cicatrices, los dedos gruesos, los anillos de plata que reflejan la luz de las farolas. Esas manos podrían hacer *cualquier cosa*. Romper cualquier cosa. Sujetar cualquier cosa. Sujetar a *cualquiera*.

Me acurruco contra la puerta del copiloto.

La ciudad pasa a toda velocidad por fuera. Nueva York a las 3 de la madrugada es un animal diferente. Más tranquila, más solitaria. Cuando me atrevo a mirarlo de vez en cuando, lo veo reflejado en esos ojos grises.

Es imposible saber qué está pensando. Aunque eso no me impide intentar imaginarlo. ¿Qué ve un hombre como Lukas Lazarev cuando mira a una chica como yo? ¿Una niña indefensa que no sabe cómo lidiar con una noche de juerga? ¿Un desastre que se quedó dormido en su escritorio como una estudiante de primer año de la uni en la semana de exámenes? ¿Un desastre? ¿Una holgazana? ¿Una quemada? ¿Una fácil?

O tal vez no piensa en mí en absoluto. ¿Podría ser que solo sea otra tarea más en su lista? *Recoger a la asistente. Dejarla en su casa. Seguir con cualquier asunto oscuro que llene sus noches.*

Echo otro vistazo a su perfil, esperando encontrar respuestas, pero no hay nada que encontrar. Solo la línea marcada de su mandíbula y el plateado de su barba.

No es guapo en el sentido convencional. Sus rasgos son demasiado brutales para eso. Demasiado curtidos. Demasiado ásperos.

Pero hay algo en él que hace que sea difícil apartar la mirada.

Estaría bien que alguno de los dos dijera algo. Podría disculparme por quedarme dormida en el trabajo, supongo, aunque me parece justo, teniendo en cuenta que me arrastró de vuelta al trabajo pasada la medianoche. Pero estaría bien tener *algún* tipo de conversación. Cualquier cosa para llenar este silencio horrible y sofocante. Mejor aún, cualquier cosa que me haga olvidar ese *sueño* horrible y sofocante*.*

—¿Qué tal te va el trabajo?

Su voz rompe el silencio tan repentinamente que me sobresalto.

—¿El trabajo? —repito como un loro, tan elocuente como siempre.

—El trabajo. La vida en la planta cincuenta —Me echa un vistazo y luego vuelve a la carretera—. ¿Qué tal te está yendo?

Me quito un hilo de la manga del abrigo. Algo en la noche y en el estado confuso de mi conciencia me hace mucho más sincera de lo que sería normalmente. —Ni siquiera lo sé. No tengo ni idea de lo que estoy haciendo. Ayer pasé ocho horas sentada en mi escritorio mirando una puerta cerrada. Las plantas serpiente son ahora mis únicas amigas. Nos hemos unido por nuestra confusión compartida sobre por qué estamos allí.

Él se ríe sin sonreír. —El periodo de adaptación puede ser desorientador.

—Es una forma de decirlo —digo, mirándolo de reojo con recelo—. Yo pensaba más bien en algo así como una "pesadilla kafkiana", pero vale, quedémonos con "desorientador".

Esta vez, sí sonríe. Es pequeña, una nanosonrisa, pero transforma su rostro de una forma que no esperaba.

—Eres divertida —dice, como si ese pequeño y divertido descubrimiento lo sorprendiera.

—De verdad que no —le aseguro—. Es la falta de sueño. En realidad, soy tremendamente aburrida.

—Lo dudo —Cambia de carril con suavidad, con una mano apoyada con naturalidad sobre el volante—. Se te hará más fácil, ya lo verás. El trabajo. Entenderlo.

—¿De verdad? Porque ahora mismo me siento como si estuviera montando muebles de IKEA sin las instrucciones. A oscuras. Mientras alguien me grita. En sueco.

—Nadie te está gritando.

—Todavía —le replico—. Nadie me está gritando *todavía*.

Me froto los ojos cansados. Todo este viaje me resulta extraño y surrealista. Si lo pienso demasiado, creo que podría tener un colapso mental, así que me concentro en volver a jugar con ese hilo suelto de mi puño y en mirar por la ventana de vez en cuando.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —me atrevo a decir, envalentonada por la pequeña grieta en su exterior glacial.

Él asiente. —Adelante.

—¿Para qué eran todos esos archivos? Los que estaba resumiendo antes de, eh… —Hago un gesto vago—. Antes de que fundirme con mi escritorio.

Lukas se frota la barba con una mano adornada con un anillo de plata. —Antecedentes.

—¿De qué?

Su rostro curtido esboza una media sonrisa. —Como te dije, lo entenderás con el tiempo.

—¿De verdad?

—Sí. Si te quedas.

Si me quedo. Como si fuera una pregunta abierta, algo por decidir. Como si hubiera una chance de que no tuviera esa oportunidad.

Miro por la ventana. Ahora estamos cruzando el puente hacia Brooklyn. Las luces se reflejan en el agua. Normalmente, no me canso de esta vista. Es lo único de esta ciudad de lo que nunca me he cansado. La nieve es un lodo sucio y molesto, el metro es una placa de Petri con ruedas y Broadway es una estafa sobrevalorada, pero ¿esta vista? Esta *nunca* decepciona.

—¿Puedo hacerte otra pregunta?

Lukas asiente de nuevo, igual que antes. —Si quieres.

—La reunión de ayer —digo—. Todos esos hombres.

—¿Qué pasa con eso?

—¿Quiénes eran?

—Socios.

Me dan ganas de gritar. Esta es la conversación menos esclarecedora de mi vida.

Pero hay una pregunta más en la que no puedo dejar de pensar. La voz del hombre con cicatrices filtrándose en ese pasillo oscuro. *Igual que la última vez.*

—Última pregunta —Respiro hondo—. ¿Qué le pasó a tu asistente anterior?

Frunce el ceño. —¿De qué estás hablando? No he tenido asistente en casi dos décadas.

Yo frunzo el ceño a mi vez. —Pero los hombres de esa reunión —protesto—, tus "socios" estaban hablando de mí después de que te fueras. Los oí.

Me echa un vistazo, solo por un segundo. Luego, vuelve a la carretera. —¿Y?

—Dijeron que no duraría. Que era igual que la anterior, que ella tampoco duró.

Eso deja el coche sin aire. Lukas no muestra ningún signo externo, pero yo lo *siento*, como si me estuvieran robando el calor. Sus manos en el volante parecen helarse, de alguna manera, y sus ojos hacen lo mismo.

—La gente habla —dice Lukas al fin, con el rostro impasible y enigmático—. No significa nada.

Se detiene frente a mi edificio. El coche se para, pero el motor sigue encendido y al ralentí.

Entonces, se gira para mirarme. Esos ojos grises son indescifrables en la oscuridad. —Haces muchas preguntas, señorita Everett.

—¿Es un problema?

—Eso está por verse.

Me entretengo recogiendo mis cosas. Para cuando he reunido mi bolso y mis pensamientos dispersos, él ya ha salido y está rodeando el capó del coche. Me abre la puerta y espera allí, con la mano extendida, como si esto fuera una especie de cita.

No es una cita. Obviamente. Solo está siendo… educado, supongo que se diría así. ¿Es Lukas Lazarev capaz de ser educado? O tal vez sea una cuestión generacional. Los hombres de su época abren la

puerta a las damas, extienden el abrigo sobre los charcos y traen flores, lo hagan de corazón o no.

La idea de Lukas Lazarev blandiendo un ramo de rosas me hace reír de inmediato. Me tapo la boca con la mano para ahogar la risa.

Pero cuando salgo a la acera, se me quitan todas las ganas de reír. Hace un frío de muerte, y se me había olvidado lo fino que es este abrigo.

Me acompaña hasta la puerta. Su mano se cierne cerca de mi espalda, pero no me toca.

—Descansa un poco —me aconseja cuando llegamos a la entrada—. Mañana será un día ajetreado.

Busco a tientas mis llaves. Tengo los dedos torpes por el frío, y también por... No, solo por el frío. Definitivamente no por su proximidad.

—Gracias —logro balbucear—. Por traerme.

Solo cuando levanto la vista me doy cuenta de lo cerca que estamos. Desde aquí podría contar cada uno de los pelos de la barba de Lukas. Su aliento se condensa en el aire frío que nos separa.

Su mirada se posa en mi boca. Se detiene allí.

Mis labios se separan. No es mi intención; simplemente lo hacen.

El sueño vuelve a mí. Su pulgar presionando mi labio inferior… *Abre… Buena chica…* El sabor a sal y menta…

Él extiende la mano. Por un segundo, creo que va a tocarme la cara. Se me para el corazón.

Pero su mano desciende. Me arranca las llaves de los dedos rebeldes y abre la puerta él mismo, luego la empuja para revelar el destartalado vestíbulo de mi edificio.

No me muevo. No puedo. Mis pies están clavados en el cemento. Está tan cerca. Si me inclinara siquiera un centímetro...

—Buenas noches, señorita Everett.

Lukas se aleja. Se dirige de vuelta al coche.

Lo veo subir, veo cómo el sedán se aleja. Luego, con un enorme bostezo, empiezo a subir las escaleras.

Estoy a mitad de camino de mi apartamento cuando me doy cuenta. Nunca le dije dónde vivo.

Nunca le di mi dirección.

Simplemente lo sabía.

10

RAE

// HINGE_APLICACIÓN v2.4.1 - Algoritmo de emparejamiento de usuarios

// Usuario: rae.everett@email.com

// Sesión: VIE_23:01

PARA (PERFIL en hombresDisponibles) {

….si (perfil.edad < 60) { deslizarHaciaLaIzquierda(); }

….si (perfil.manos != "con cicatrices") { deslizarHaciaLaIzquierda(); }

….si (perfil.ojos != "grises") { deslizarHaciaLaIzquierda(); }

….si (perfil.ocupación != "multimillonario_jefe_de_la_mafia") {

deslizarHaciaLaIzquierda(); }

…si (perfil.nombre = "Lukas Lazarev") { deslizarHaciaLaDerecha(); }

}

El viernes por la noche me encuentro en mi sofá con una copa del mejor cabernet sauvignon de Two Buck Chuck en una mano y mi teléfono en la otra.

La voz de Jillian ha estado resonando en mi cabeza desde nuestra conversación del miércoles. *Echa un vistazo. No tienes que hablar con nadie. Solo echa un vistazo. Vive un poco.*

Así que aquí estoy. Disfrutando un poco. No es tan glamuroso como lo pintan las películas.

Abro Hinge primero. La interfaz me resulta vagamente familiar por mi último intento vago de encontrar el amor (o, si no el amor, al menos un rollo medio decente). Actualizo mis fotos, retoco mis descripciones y empiezo a deslizar.

Izquierda. Izquierda. Izquierda. Izquierda. Izquierda.

¿Un tipo llamado Brooks que pone "entusiasta de las criptomonedas" como única descripción de su personalidad? Eso es un "no" rotundo, si alguna vez he visto uno.

¿Dom, cuya biografía es solo la palabra "emprendedor" seguida de quince emojis de cohetes? A la izquierda sin dudarlo.

¿Un selfie sin camiseta frente al espejo de un hombre que se llama, *literalmente,* Chad? Ni siquiera necesito leer la biografía. Deslizo hacia la izquierda tan rápido que casi lanzo el teléfono al otro lado de la habitación en el proceso.

Uf. Si esto es "vivir un poco", creo que estoy lista para el dulce abrazo de la muerte.

Pero le prometí a Jill que le daría una oportunidad justa. Así que me tomo un sorbo de vino para darme ánimos y sigo adelante.

El siguiente es Rory, 28 años, ingeniero de software. No hay nada que me desagrade a primera vista, así que eso lo catapulta directamente a lo más alto de la pila. Sus fotos están bien. Sus comentarios están bien. Todo sobre él está simplemente *bien*. Bien

en el sentido en que un helado suave de vainilla está "bien". Bien como las galletas Graham o las repeticiones de *Friends* están "bien".

De todos modos, deslizo hacia la derecha.

Después de Rory viene Malcolm. Tiene 31 años y trabaja en finanzas. Parece bastante agradable. Normal. Apuesto a que tiene varios pantalones caqui y opiniones muy firmes sobre la cerveza artesanal.

Intento imaginarme saliendo con el señor Malcolm. Sentada frente a él en algún restaurante de moda, charlando sobre trabajo, aficiones y planes para el fin de semana.

La imagen simplemente no se forma.

En cambio, mi cerebro no deja de mostrarme ojos grises y pelo plateado, manos marcadas por cicatrices agarrando un volante. Una voz como grava empapada de pecado haciendo preguntas que no sé cómo responder.

Malcolm se va a la izquierda.

Esto es ridículo. Tanto la actividad en sí como mis objeciones. Es más que absurdo que así sea como funcionan las citas en el siglo XXI. ¿Qué ha sido de los romances grandiosos y arrebatadores al estilo de *Cumbres Borrascosas*, llenos de caricias prohibidas, miradas apasionadas de reojo y bailes de salón?

¿Dónde está el anhelo?

¿Dónde está la lujuria?

¿Dónde están los vestidos bonitos?

En su lugar, tenemos los vestidos ajustados de Temu que muestran al mundo cada gramo de celulitis que tienes y que hay que llevar con cinta adhesiva para el pecho que te arranca medio pezón cuando te la quitas al final de la noche. Tenemos aplicaciones de

citas en las que la mayoría son solo hombres sosteniendo peces de todo tipo. Tenemos a *Chad.*

Dios, *Chad* no me atrae para nada.

Pero, ¿qué me espera si rechazo a todos los Chads del mundo? Soledad, eso es lo que me espera. Telarañas en mi coño. Me comerán los muchos gatos que sin duda pronto empezaré a tener, y a nadie le importará hasta que los vecinos noten el olor de mi cuerpo en descomposición. Cuando eso ocurra, tendré una necrológica de dos frases, igual que la esposa de Lukas, pero sin nada de ese encanto misterioso.

Rae Everett murió de forma macabra tras una vida realmente triste y deprimente. Era virgen.

Me bebo la mitad de mi copa y me obligo a seguir desplazándome. No puedo acabar así. Volvamos a las aplicaciones.

David, 27 años, profesor. Tiene ojos amables y un perro lindísimo en su foto de perfil. Eso es prometedor, ¿no? A todo el mundo le gustan los perros.

Pero David mide 1,68 m según su biografía. Lo cual está bien: la altura no importa tanto. Yo ni siquiera mido 1,63 m; él seguiría siendo más alto que yo.

Pero ahora estoy pensando en cómo me sentí al estar junto a Lukas en el porche de mi casa. Parecía llenar cada centímetro de espacio disponible con solo *estar* ahí. Tuve que estirar el cuello para mirarlo. Y hay algo en eso, aunque sea algo *tonto*, un instinto ciego y primitivo de querer estar protegida por un hombre grande frente a los muchos peligros del mundo, que me hace sentir un cosquilleo por dentro, en el buen sentido.

También deslizo hacia la izquierda a David.

Esto es una tontería. Estoy siendo tonta. Cambio a Bumble. Nueva aplicación, nuevas oportunidades. ¿No es eso lo que dicen? Bueno,

probablemente alguien lo haya dicho antes.

Pero no. Diez minutos después, he deslizado hacia la izquierda a todo el mundo. Un entrenador personal cuyas selfies del gimnasio, excesivamente retocadas, me cansan solo con mirarlas. Un abogado que parece simpático, pero también de esos que hablarían de sí mismos durante tres horas seguidas. Un músico cuyo perfil no es más que fotos de él con una guitarra en poses cada vez más dramáticas y con cada vez menos ropa. Un agente inmobiliario. Un médico. Otro abogado. Un tercer abogado. Tantos abogados. ¿Por qué el mundo necesita tantos abogados?

Ninguno de ellos está mal, exactamente. Simplemente no son *lo que busco*.

Sé lo que *realmente* estoy buscando. Odio saberlo.

Busco a alguien que me acelere el pulso cuando entra en una habitación. Alguien que llene el espacio a su alrededor. Alguien cuya voz pueda clavarme a la pared sin siquiera tocarme.

Estoy buscando a Lukas Lazarev.

Y eso es un gran, gran problema.

Derrotada, tiro el móvil al cojín que tengo al lado y me bebo el último sorbo de vino.

Esto es patético. Soy patética. Soy una mujer de veinticinco años, sana, en la flor de la vida y razonablemente simétrica, en la ciudad con más vida del planeta Tierra. Y, sin embargo, estoy sentada sola un viernes por la noche, rechazando a hombres perfectamente válidos simplemente porque ninguno de ellos es un multimillonario de sesenta años al que le daría igual si estoy viva, muerta o comida por los gatos.

Decido darme una ducha. Voy a quitarme de encima este día extraño, esta semana extraña. Un poco de autocuidado puede arreglar un montón de cosas malas.

Al menos, eso es lo que decido *conscientemente.*

Pero mi subconsciente tiene otros planes.

En lugar de girar a la derecha hacia el baño, mis pies me llevan a la izquierda, hacia mi dormitorio. Hasta mi mesita de noche. Mis manos, actuando por su propia cuenta, abren el cajón de arriba. Sacan el juguete de silicona morado que compré hace tres años y que he usado quizá cuatro veces desde entonces.

No debería hacer esto.

De verdad, de verdad que no debería hacerlo.

Pero ya me estoy quitando los pantalones de chándal. Ya me estoy metiendo bajo las sábanas, cerrando los ojos.

El sueño vuelve como si nunca se hubiera ido.

La oficina de Lukas. El frío suelo de mármol bajo mis rodillas. Su mano en mi pelo, echándome la cabeza hacia atrás. Su pulgar presionando mi labio inferior.

—Abre.

Enciendo el vibrador. El suave zumbido llena la habitación silenciosa.

En mi cabeza, él está de pie sobre mí. Kilómetros y kilómetros y kilómetros interminables de él. Traje azul marino, anillos de plata, esas manos llenas de cicatrices que podrían romperme sin siquiera intentarlo.

—Buena chica.

Presiono el juguete contra mí a través de la ropa interior. Solo probando. Explorando.

La sensación me atraviesa como un rayo.

Estoy mojada. Estoy mojada desde que empecé a pensar en él. O quizá desde antes. Desde el trayecto en coche, o desde que su

mano me agarró el brazo al salir del ascensor. Desde el momento en que apareció en aquella oficina a oscuras como un demonio invocado desde las profundidades del infierno.

Aparto la ropa interior y me toco directamente.

Su pulgar está en mi boca. Lo chupo como si fuera lo único que me mantiene viva. Él emite ese gruñido grave en la garganta. Aprobando. Complacido.

—Así es, señorita Everett. Justo así.

Aumento la velocidad. La vibración retumba contra mi clítoris y me muerdo el labio para no gemir.

Su otra mano se desplaza hacia su cinturón. El cuero susurra mientras lo desabrocha. La hebilla tintinea.

Me imagino cómo se verá. Cómo se *sentirá*. Enorme, duro y exigente.

—Te ves tan hermosa de rodillas ante mí, Srta. Everett —dice en mi cabeza—. Justo donde debes estar.

Me arqueo hacia el juguete. La presión se acumula en mi vientre.

Me imagino sus dedos sustituyendo al vibrador. Gruesos y ásperos, sabiendo exactamente qué hacer. Empujando dentro de mí mientras su pulgar acaricia mi clítoris. Su aliento caliente contra mi oreja.

—Una buena chica, sí, pero también una chica muy mala. Deseando lo que no puedes tener… Anhelando lo prohibido… Eso es muy malo, Rae. ¿Y por qué te pone tan húmeda? ¿Por qué te llevo al borde del éxtasis?

Estoy a punto. Tan cerca. Me tiemblan los muslos.

—Córrete para mí —ordena el Lukas de mis sueños—. Ahora.

Lo hago.

El orgasmo estalla. Me tapo la boca con una mano para amortiguar el sonido. Todo mi cuerpo tiembla mientras sigue y sigue.

Cuando por fin se desvanece, me quedo jadeando en la oscuridad.

El vibrador zumba inútilmente contra mi muslo. Lo apago. Solo entonces caigo en la cuenta de todo lo que acabo de hacer.

Estoy jodida.

Me quedo tumbada allí un buen rato, mirando al techo. Luego me levanto a duras penas de la cama y me dirijo tambaleándome al baño.

Subo la temperatura del agua hasta que casi duele. Si consigo dar con la temperatura exacta de "hirviendo", podré quemar la vergüenza. Podré frotar las pruebas de mi piel y de mi cerebro.

Ese es el plan, al menos.

Como era de esperar, no funciona.

Por mucho que suba la temperatura, el agua no hace nada. Me froto hasta que mi piel se pone rosada, pero el fuego que arde en lo más profundo de mi vientre se niega a apagarse.

Cuando por fin salgo, sigo pensando en él. Me seco con la toalla de forma mecánica. Mi reflejo en el espejo empañado parece culpable, como alguien que acaba de hacer algo que no debería haber hecho.

Porque lo hice.

Me pongo una camiseta vieja y vuelvo a meterme en la cama. Las sábanas están arrugadas, pero ahora están frescas al tacto. Meto el vibrador morado de nuevo en el cajón sin mirarlo, para que sepa que no estoy contenta con lo que acaba de convencerme de hacer.

Mi cuerpo está satisfecho y relajado, ronroneando como no lo hacía desde hacía meses.

Pero mi cerebro no se calla.

¿Qué te pasa?, me pregunta. *Es tu jefe. ¡Es* viejo*! Sabe cosas de ti que no debería saber. Podría ser un delincuente. Seguro que tiene secretos oscuros.*

Todo cierto. Completamente, innegablemente cierto.

Y nada de eso cambia el hecho de que lo deseo.

Me doy cuenta de que dejé el móvil en el salón. Voy a buscarlo, pero cuando activo la pantalla veo que tengo seis llamadas perdidas, todas de Jillian. Eso no es propio de ella. Se me revuelve el estómago.

La llamo. Contesta al primer tono. —¡Por fin! —sisea—. Llevo un montón de tiempo intentando localizarte.

—Lo siento —digo—. Estaba en la ducha. ¿Qué pasa?

—Bueno, lo he buscado —Suena ahogada y cautelosa—. Tu jefe. Lukas Lazarev.

Me dejo caer en el borde de la cama. El agua gotea de mi pelo sobre mis hombros. —¿Y?

—Rae… —Hace una pausa—. Su mujer no murió. *Desapareció*. Nunca encontraron el cadáver.

11

RAE

LAZAREV GLOBAL - NÓMINA DE EMPLEADO

Periodo de pago: 17/11/25 - 01/12/25

Empleado: Everett, Rae - N.º de identificación 0129

Salario anual anterior: 67 000,00 $

Ajuste salarial: +53 000,00 $

Nuevo salario anual: 120 000,00 $

Aprobado por: L. Lazarev

Me despierto el sábado por la mañana con las palabras de Jillian aún resonando en mis oídos.

Desapareció. Nunca encontraron el cuerpo.

Jillian no pudo decirme mucho más que eso. Había recibido la pista de un investigador privado jubilado al que recurre como fuente de vez en cuando. El tipo había trabajado brevemente en el caso allá por 2007 antes de que le dijeran que lo dejara. No le dieron ninguna

explicación. Solo un cheque jugoso y una fuerte sugerencia de que buscara otros intereses.

¿Eso es todo lo que recordaba?, le pregunté.

Eso fue todo lo que *dijo,* corrigió ella. *Se puso raro cuando lo presioné para que me diera más detalles. Y este tipo trabajó en la brigada de homicidios de Brooklyn durante veinte años. No se asusta fácilmente.*

Ella prometió seguir investigando. Le dije que tuviera cuidado. Se rió y, apropiándose de mi respuesta, dijo que "cuidado" era su segundo nombre.

Su segundo nombre es Rose.

De más está decir que no dormí bien después de colgar. Cada vez que cerraba los ojos, veía el rostro de Elena Lazareva en esa vieja foto. El elegante recogido. La piel pálida. La ausencia total de sonrisa.

Cuanto más lo pienso, más me parece que esa mirada distante en sus ojos no era solo la de alguien a quien no le gustaban los paparazzi con sus cámaras ni las apariciones públicas. Era una mujer atrapada en una vida que temía.

…O quizá en un matrimonio que *temía.*

Pero eso es ridículo y lo sé. Me estoy inventando escenarios sin ningún fundamento en la realidad. Es solo que Lukas parece un hombre capaz de cosas terribles. No dejo de recordar la noche en que me pilló con la mano de su hijo subiéndome por debajo de la falda y la frialdad con la que dijo: *No le he educado bien…*

Me sacudo esos pensamientos. No puedo pensar en esto ahora mismo. Hoy se trata de Gideon. Y ya voy con retraso.

Me ducho de nuevo, esta vez a una temperatura normal. Elijo un conjunto cómodo: vaqueros, un jersey corto y suave, mis zapatillas

gastadas. El horario de visitas en Westgate empieza a las diez, y hay dos horas y media en coche hacia el norte, hasta Saugerties.

Cojo una barrita de muesli y mis llaves, y luego miro el móvil una vez más. No hay mensajes nuevos de Jillian. No hay mensajes misteriosos de números desconocidos.

Pequeñas bendiciones.

El trayecto es todo recto. Voy a buscar el Zipcar que he alquilado para el día, luego tomo la Thruway hacia el norte, salgo de la ciudad, paso los suburbios, paso los centros comerciales, y entro en la parte de Nueva York donde realmente hay árboles. Las hojas ya están cambiando de color. Los rojos y naranjas se difuminan ante mis ventanas.

El Westgate Recovery Center parece más un elegante hostal que un centro de rehabilitación. Probablemente esa sea la idea. Edificios de ladrillo rojo con contraventanas blancas se distribuyen por jardines muy bien cuidados. Todo el lugar dice: *Aquí se cura,* con la voz más agradable que hayas oído jamás.

Aparco en el puesto de visitantes y me registro en recepción. La recepcionista ya me reconoce, ya que esta ha sido mi rutina de los sábados durante casi dos meses. Sonríe y me hace pasar sin comprobar mi identificación.

—Hoy está en la sala común —me dice—. Está de buen humor.

Le doy las gracias y recorro el pasillo que ya conozco. Los suelos son de madera pulida. Las paredes están decoradas con fotografías de la naturaleza. Todo huele a lavanda y a ropa recién lavada.

Por supuesto, cuesta una fortuna, un riñón, un brazo y una pierna. Gideon solo lleva ocho semanas en un programa de seis meses, pero ya he firmado tantos cheques enormes que me ha dado sangrado de nariz.

Pero está funcionando. Al menos *creo* que está funcionando. En un momento sabremos con certeza si sigue siendo así.

La sala común está al final del pasillo. Es un espacio de color beige con muchas ventanas que dejan entrar mucha luz natural. Los pacientes y visitantes descansan en sofás y sillones, charlando o relajándose.

Gideon está tumbado en un puf al sol, leyendo una novela de bolsillo. Levanta la vista cuando entro y sonríe de oreja a oreja.

—¡Rae!

—Hola, Gid.

Se levanta y me da un gran abrazo. Ha engordado desde que llegó aquí. Ya no parece un esqueleto.

—Tienes buen aspecto —le digo.

Ahora tiene veintiún años, pero a veces sigo viendo al chico escuálido que solía seguirme por toda la casa lloriqueando para que jugara con él. Tenemos el mismo pelo rubio oscuro, aunque el suyo es más corto y revuelto. Los mismos ojos marrones, aunque los suyos son más claros y melosos. Ha heredado la altura de papá, casi metro ochenta, y la sonrisa de mamá. Esa combinación siempre lo hizo popular entre las chicas, cuando estaba lo suficientemente sano como para preocuparse por cosas así.

Últimamente, va bien afeitado y con la mirada clara. Su piel ha recuperado el color. Las ojeras que solía tener se han desvanecido hasta convertirse en sombras tenues. Lleva una sudadera gris suave con capucha y pantalones de chándal, el uniforme no oficial de la recuperación.

Vuelve a parecer mi *hermano*. No ese extraño demacrado que aparecía de vez en cuando en mi departamento el año pasado, temblando y delgado, suplicando por dinero que yo sabía que iría directamente a sus venas.

Ojalá pudiera explicar lo mucho que eso significa para mí.

Me mantiene a un brazo de distancia y me echa un vistazo de arriba abajo. —Pareces… cansada.

Le doy un golpecito en el hombro como la hermana mayor que soy. —Muchas gracias, listillo.

Él sonríe. Es esa sonrisa tonta, torcida e incontenible que recuerdo de cuando era pequeño. Antes de que todo se torciera.

Nos sentamos juntos en un sofá cercano. —¿Qué tal el viaje? —pregunta Gideon.

—Bien. No había mucho tráfico.

—Me alegro.

—¿Y tú? ¿Qué hay de nuevo? ¿Qué tipo de vudú te están haciendo todos esos brujos?

Vuelve a sonreír y se lanza a contar una historia sobre una de sus actividades. Lo miro, lo escucho e intento *disfrutar* de este momento en el que vuelvo a ver la vida en sus ojos.

Al menos, intento no ver la versión que encontré hace dos meses.

Quince de septiembre. El aniversario del accidente de mamá y papá. Sabía que sería un día difícil para él, pero no imaginé exactamente lo *difícil* que sería. Llamé varias veces. No contestó.

Debería haber sabido entonces que sería mucho más que "difícil".

Conduje hasta su apartamento después del trabajo. Tenía una llave, así que podría haber entrado, pero resultó que no fue necesario, porque la puerta estaba abierta.

Y Gideon estaba en el suelo del baño, con una aguja aún clavada en el brazo.

Pensé que estaba muerto. Durante los diez segundos más horribles de mi vida, estuve completamente segura de que mi hermano pequeño había muerto.

Pero no lo estaba. Su pulso era débil, pero estaba ahí. Llamé al 911 y lo acompañé al hospital. Luego me senté en la sala de espera durante dos días seguidos mientras le administraban Narcan y lo intubaban hasta que pudo respirar por sí mismo sin aspirar vómito hacia sus propios pulmones.

Cuando se despertó, le dije que esta era su última oportunidad. O iba a rehabilitación o yo había terminado. No podía seguir haciendo esto. No podía seguir encontrándolo medio muerto y recomponiéndolo, solo para que volviera a desmoronarse.

Él dijo que estaba de acuerdo.

Lo traje aquí en coche a la mañana siguiente.

—¿Y tú qué? —pregunta Gideon, golpeando la rodilla con la suya—. ¿Qué tal te va la vida? ¿Sigues trabajando para ese jefe imbécil?

Dudo y decido que, por muy bien y estable que parezca ahora mismo, todavía está casi en plena recuperación y no necesita escuchar todos los detalles escabrosos de mi última odisea. —En realidad, me han trasladado. Nuevo puesto.

—¿Ah, sí? —Arquea una ceja—. Eso está bien, ¿no?

—Es… diferente.

Él espera a que le dé más detalles. Como no lo hago, me da otro golpe. —¿En qué sentido diferente?

—Simplemente diferente —digo, mirando a cualquier parte menos a él para que no me llame mentirosa—. Todavía lo estoy averiguando.

—Estás actuando raro —observa. Inclina la cabeza—. ¿Pasa algo? ¿El nuevo jefe también es un idiota?

—¡No! No. Bueno, quiero decir, quizá, aún no lo sé. Es solo que… —Dejo la frase en el aire, buscando palabras que no existen en el inglés ni en ningún otro idioma que conozca—. Es mucho —concluyo sin convicción.

—¿Mucho en el buen sentido o en el malo?

—Aún no lo tengo claro.

Gideon frunce el ceño. —Me lo dirías si pasara algo, ¿verdad?

—Por supuesto.

—Porque sé que estoy aquí y se supone que debo centrarme en mí mismo o lo que sea, pero sigues siendo mi hermana. Sigo preocupándome por ti.

Me acerco y le doy una palmadita en la mano. —Estoy bien, Gid. De verdad. Solo cansada.

No parece convencido, pero lo deja así por el momento. Hablamos de otras cosas, como su compañero de habitación, un antiguo tipo de Wall Street que ronca como si una motosierra y un soplador de hojas tuvieran un bebé muy ruidoso.

—¿Comes bien? —le pregunto, ya que mamá no está aquí para preguntar.

—Más que bien —promete—. El chef de aquí solía trabajar en un restaurante de lujo de la ciudad. Ayer comimos salmón con una salsa de mantequilla al limón —Se besa los dedos como un chef italiano de dibujos animados—*. Incroyable*.

Me río. —Bien. Tienes que comer.

—Lo sé, lo sé —Se toca el dobladillo deshilachado de su sudadera con capucha, de una forma inquietantemente parecida a como yo jugaba con ese hilo suelto de mi abrigo cuando estaba en el coche de Lukas anoche. —Oye, Rae.

—¿Sí?

—¿Cuánto cuesta este sitio?

Al instante me siento mal, igual que siempre que pienso en dinero últimamente. Pero pongo buena cara para mi hermano. —No te preocupes por eso, enano.

Sin embargo, él sigue pareciendo preocupado. —He oído a unos tipos decir que son como quince mil al mes. ¿Es eso cierto?

No respondo. Como ambos sabemos, es en sí mismo una respuesta.

—Dios, Rae —Se pasa una mano por el pelo. Se le eriza como paja suelta—. Es una locura. ¿Cómo vas a...?

—Me las arreglo.

—¿Con qué dinero? ¡Tu trabajo no paga tanto! Sé que no.

—Me han subido el sueldo con el nuevo puesto —digo. Sigo sin mirarlo a los ojos.

—¿Cuánto te han subido el sueldo?

Miro mis manos. —Lo suficiente.

—Rae —Su voz es más aguda ahora—. Mírame.

Lo hago. Sus ojos escrutan mi rostro. Incluso cuando éramos niños, él siempre sabía cuándo mentía.

—¿Cuánto de tu sueldo dejas en este sitio? —pregunta con severidad.

—La mayor parte —admito en un susurro sumiso—. Casi todo.

—Mierda —Se lleva las manos a la cabeza—. No puedo permitirlo.

—Sí, bueno, eso no depende de ti.

—¡Esto es una locura! Tú te las apañas con nada para que yo pueda sentarme aquí a hacer yoga y comer salmón de lujo.

Le agarro la muñeca y se la aprieto. —Oye. *Oye.* Mírame.

Levanta la cabeza. Tiene los ojos húmedos y brillantes.

—Esto es lo que quiero —le digo con firmeza—. Que te recuperes: eso es lo único que me importa. Yo ya me las arreglaré con el dinero. Siempre lo hago.

—Pero...

—Sin peros —Aprieto más fuerte para que sienta lo mucho que lo digo en serio—. Tu trabajo es centrarte en recuperarte. Eso es todo. Deja que yo me ocupe de todo lo demás. ¿Vale?

Me mira fijamente. Luego exhala lentamente. —Vale —dice—. Pero que conste que lo odio.

—Anotado e ignorado —Le suelto la muñeca—. Ahora, cuéntame más sobre ese compañero de piso que ronca. ¿Deberíamos asfixiarlo con una almohada?

El viaje de vuelta a Brooklyn es más tranquilo que el de ida. El cielo se ha vuelto gris, amenazando con lluvia. Enciendo la radio solo para llenar el silencio.

Estoy a una hora más o menos de la ciudad cuando mi teléfono emite un pitido con una notificación de correo electrónico. Espero hasta la siguiente área de descanso para consultarlo, pero cuando lo hago, me quedo inmediatamente desconcertada.

Es de RRHH de Lazarev Global.

Revisión salarial anual: Notificación de ajuste

Frunzo el ceño. Mi revisión anual fue el mes pasado.

Abro el correo electrónico y lo leo dos veces. Luego, una tercera vez, solo para asegurarme.

Estimada Sra. Everett:

Tras una reciente revisión de su paquete retributivo, su salario anual se ha ajustado para reflejar su nuevo cargo y sus nuevas responsabilidades. Con efecto inmediato, su salario aumentará en 53 000 dólares al año.

Cincuenta y tres mil dólares…

…la cantidad exacta que le debo a Westgate por el tratamiento restante de Gideon.

Me siento en mi coche aparcado y vuelvo a leer el correo electrónico. La cifra no cambia.

Nunca solicité una revisión. Ni siquiera insinué a nadie que necesitara más dinero. La única persona que sabe exactamente cuánto debo…

…es Lukas.

12

LUKAS

REGISTRO DE LLAMADAS REALIZADAS - L. Lazarev (Línea privada)

Sábado, 23:58

A: [NÚMERO ENCRIPTADO]

Duración: 00:32

"Ven a la oficina el lunes. A las ocho en punto. Ya sabes qué ponerte".

Cierro el portátil y cojo el vodka.

La botella ya está medio vacía. No recuerdo haberla abierto. Tampoco recuerdo haberme servido el primer vaso. Pero aquí estoy, con tres dedos de mi cuarto vaso, haciendo cosas que no debería estar haciendo.

Aunque ya es demasiado tarde para detenerlo. El correo está enviado. El daño ya está hecho.

Cincuenta y tres mil dólares. La cantidad exacta que ella necesita.

Lo sé, porque lo sé todo sobre Rae Everett.

Conozco sus extractos bancarios y su puntuación crediticia. Conozco el historial médico de su hermano y el nombre del centro donde está ingresado. Sé cuánto *tiempo* lleva ingresado. Sé *cuánto* cuesta su estancia.

Lo sé todo.

Y lo *usé*.

Eso está claro. ¿El motivo? Eso es más confuso.

Al bajar por la garganta, el vodka arde como el fuego del infierno que me estará esperando cuando mi tiempo en esta tierra haya terminado. No soy un buen hombre. Dejé de fingir serlo hace décadas. Pero esto de Rae me hace sentir peor que casi cualquier otra cosa que haya hecho en mi puta vida.

Más sucio, de alguna manera.

Como si estuviera corrompiendo algo que debería permanecer puro.

Tiene veinticinco años, mierda. Escribe sus pequeñas notas de reuniones, bebe chai lattes y se preocupa por su hermanito. Lleva blusas baratas que se abren cuando se agacha. Se sonroja cuando la miro demasiado tiempo.

Tiene la mitad de mi edad.

Trabaja para mí.

No tiene ni idea de lo que soy en realidad.

Y aun así, la deseo.

Me termino el vaso y me sirvo otro más. Fuera, la lluvia arrecia. Un trueno retumba en algún lugar sobre el East River. Mi oficina está a oscuras, salvo por la lámpara del escritorio y el resplandor de la ciudad abajo.

Pienso en el viaje en coche de la otra noche. Se pegó contra el interior de la puerta del copiloto como si temiera que la tocara. Pero luego, cuando me quedé con ella en el porche, me miró como si *que la tocara* fuera justo lo que quería.

Podría haberlo hecho.

Podría haber hecho mucho más que eso, joder.

Mi polla estaba dura como una roca y mis intenciones eran negras como el pecado. Habría sido muy fácil dejarme llevar por mis deseos y llevarla dentro.

En cambio, le abrí la puerta como un puto caballero y me alejé.

Qué raro. Soy Lukas Lazarev; yo no soy de los que actúan con *delicadeza*. Cojo lo que quiero y me ocupo de las consecuencias más tarde, o nunca.

Pero con Rae, me encuentro dudando. Dando vueltas. *Merodeando.* La observo desde la distancia como un viejo lobo patético demasiado cansado para matar.

¿Qué estoy esperando? ¿Un permiso? Ella nunca me lo va a dar. Al menos, no abiertamente. Me tiene demasiado miedo. Como debe ser.

Pero, Dios mío, ella *quiere*.

Lo veo en sus ojos. Lo siento en cada jadeo. Aprieta los muslos cuando cree que no presto atención, como si ese pequeño y lamentable gesto fuera suficiente para salvarla de mí si decidiera tomar lo que tanto deseo.

Pero la broma le ha salido mal: yo presto atención. Siempre estoy prestando atención.

Dejo el vaso vacío sobre la mesa. La lluvia sigue cayendo.

Elena se reiría si pudiera verme. Obsesionado con una chica a la que no debería tocar, tirando dinero a sus problemas como si eso fuera a

compensar lo que le haré pronto.

Pero Elena lleva muerta dieciocho años.

Y Rae Everett está muy viva.

Hay una imagen grabada a fuego en mi mente. No es la de las manos de mi hijo yendo donde no deben ir, esa se ha consumido en el fuego de mi rabia y espero no volver a pensar en ella nunca más.

No, la imagen que no puedo borrar es la de Rae de rodillas en mi despacho.

La falda subiéndose poco a poco. La blusa bajándose. Se aferraba a ambas prendas como si pudiera encontrar una forma de arreglarlas que la salvara.

Pero no hay tal cosa.

Nada lo hará.

Me recuesto en la silla y cierro los ojos. Mi mano se dirige hacia el cinturón antes de que pueda detenerla.

No lo hagas, puto cerdo.

Desabrocho la hebilla de todos modos.

Me libero. Estoy empalmado. Llevo empalmado desde que empecé a beber. Desde antes de eso. Desde el trayecto en coche. Desde que me quedé en la oscuridad viéndola dormir en su escritorio, con los labios entreabiertos, completamente vulnerable.

Envuelvo mi polla con la mano y la acaricio. Despacio al principio. Probando.

Estaría bien de rodillas. No recogiendo papeles rotos, sino mirándome con esos grandes ojos marrones. La boca abierta, la lengua colgando. Esperando mis instrucciones.

Aprieto más fuerte y empiezo a bombear más rápido.

Esos labios suaves se sentirían tan bien si los pusiera a trabajar. Al principio se mostraría tímida, lo sé. Pero yo le diría qué hacer y cómo hacerlo. La movería de aquí para allá, la elogiaría cuando lo hiciera bien y la castigaría cuando lo hiciera mal.

Paciencia, adiestramiento... eso es cosa de viejos. Ese es el juego al que estoy jugando. La señorita Everett podría convertirse en una cosita muy buena con un poco de adiestramiento.

Ahora mismo, sin embargo, me falta paciencia. Tengo tantas ganas de correrme que se me cae la puta baba.

Mi mano se mueve más rápido. El líquido preseminal se escurre de la punta.

Me la imagino tumbada debajo de mí. Esas braguitas de algodón baratas apartadas, mis dedos dentro suyo, abriéndola. Estaría estrecha. Joder, estaría tan estrecha.

Sr. Lazarev…, gemiría. Incluso entonces, no se atrevería a decir mi nombre de pila. No sin permiso.

Gruño. Mis caderas se sacuden contra mi puño.

Se derrumbaría de una forma tan hermosa. Apretaría los ojos con fuerza y emitiría pequeños gemidos aterrorizados, como si se sintiera abrumada por lo que su propio cuerpo le hace. Pequeños jadeos y gemidos que no podría contener por mucho que lo intentara.

Le abriría la boca a la fuerza y le diría que los soltara. Que los soltara *todos*.

La haría correrse primero en mis dedos. Luego en mi lengua. Luego en mi polla. La arruinaría para cualquier otro.

El orgasmo me golpea como una puta palanca en las tripas. Me corro sobre mi puño, sobre mi camisa, sin importarme el desastre. Todo mi cuerpo se estremece.

Durante unos diez segundos, no hay nada más que liberación.

Luego, la realidad vuelve a golpearme.

Estoy sentado solo en mi oficina a oscuras, cubierto de mi propio semen, después de haberme masturbado pensando en una mujer lo suficientemente joven como para ser mi hija.

Busco un pañuelo y me limpio. Me arreglo la ropa y me vuelvo a abrochar el cinturón. Pero es cuando voy a coger mi trago cuando veo algo que no había notado cuando me senté por primera vez en el escritorio de mi despacho esta tarde.

Es una fotografía en un marco plateado, escondida detrás de una pila de archivos. El cristal está hecho añicos. Debajo hay una nota del servicio de limpieza. ***Lo sentimos mucho, señor Lazarev. Le reemplazaremos el marco.***

La recojo con cuidado. Un trozo de cristal se me clava en el pulgar.

Elena me mira. Esta foto es de antes de que todo se fuera a la mierda.

Aún recuerdo haberla visto dar sus últimos respiros. La luz de sus ojos se desvanecía, sustituida por el brillo apagado de la muerte. Recuerdo estar de pie junto a ella mientras abandonaba esta vida para siempre.

Dejo la foto sobre la mesa. La sangre del corte en mi pulgar mancha los cristales rotos.

Si necesitaba una prueba, aquí la tengo: un fantasma de mi pasado que me advierte que me mantenga alejado. Rae debe seguir siendo tabú. Ya he cruzado demasiadas líneas.

Tomo una decisión. Cojo el teléfono y marco el número. Responden casi al instante. La conversación es breve. Hago los pedidos para el lunes por la mañana.

Cuando cuelgo, miro el marco destrozado de Elena una vez más y esbozo una sonrisa burlona. Al final murió tan fácilmente. Jodidamente fácil. Apenas tuve que mover un dedo.

Luego abro el cajón inferior de mi escritorio, aquel donde guardo cosas que no quiero ver pero que no me atrevo a tirar, y la guardo allí. Elena vuelve al lugar al que pertenece. Boca abajo, enterrada, sellada.

El cajón se cierra con tanta fuerza que hace vibrar la botella de vodka. Luego me quedo allí sentado en la oscuridad, escuchando la lluvia, sangrando sobre mi camisa estropeada.

Llegará el lunes.

Pasarán cosas.

Y Rae Everett descubrirá exactamente para qué tipo de hombre trabaja.

13

RAE

NOTAS DE TRABAJO DE RAE - Lunes, 14:22

N.º de expediente: LG-2026-141B

CARGA-4029-SHG-NYC-PUERTO

BUQUE-IRON-KING-BRK-19

上海港 (CNSHA) - 中国最大的集装箱港口

Código del puerto: USNYC-413-AUTORIZADO

¡¿Qué coño significa esta mierda?!?!?!

El lunes por la mañana me despierta un cielo gris y un nudo en el estómago.

Subo en el ascensor hasta la planta 50 y salgo al interminable mármol blanco. Las plantas serpiente están exactamente donde las dejé. Mi escritorio está exactamente donde lo dejé.

Y la puerta de Lukas está cerrada.

Me siento. Miro fijamente la puerta. Espero.

No pasa nada.

Reviso mi correo electrónico. No hay nada nuevo, así que reviso mi teléfono. Tampoco hay nada ahí.

Luego abro mi aplicación bancaria por enésima vez. El dinero aún no está ahí. Recursos Humanos dijo "con efecto inmediato", pero la nómina no se procesa hasta el viernes, así que, por ahora, solo es una promesa. Un número tentador en una pantalla.

Cierro la aplicación y pongo el teléfono boca abajo sobre el escritorio, luego apoyo la cara boca abajo sobre el escritorio.

¿Qué se supone que debo hacer? ¿Ir allí y exigir respuestas? *Oiga, señor Lazarev, no he podido evitar darme cuenta de que sabe exactamente cuánto cuesta la rehabilitación de mi hermano y que coincide con mi nuevo "aumento de sueldo" hasta el último céntimo. ¿Te importaría explicarlo?* Eso saldría muy bien.

Como alternativa, podría agradecerle. Tirarme a sus pies y llorar con gratitud virginal. *Gracias por el aumento, señor. Es increíblemente generoso. ¡Alabado sea su linaje!* Por supuesto, si sigo ese camino, tendré que fingir que no me parece más que espeluznante que él tenga acceso a información que no debería tener.

O podría rechazarlo por completo. *No quiero tu limosna.* Devolver el aumento y marcharme con mi dignidad intacta.

Pero no puedo permitirme la dignidad. La dignidad, al fin y al cabo, no paga el salmón con salsa de mantequilla al limón. Y desde luego que no mantiene a Gideon en un lugar donde realmente está mejorando.

Necesito este dinero. Esa es la cruda realidad. Lo necesito desesperadamente.

Pero, ¿cómo puedo quedármelo si aceptarlo me parece mal? O, si no mal, al menos imprudente. Si acepto algo que no entiendo del todo, ¿qué haré cuando lleguen las consecuencias? Y créeme: llegarán. El

hecho de que firme un contrato con tinta invisible no significa que las repercusiones no vayan a ser muy reales.

Pienso en lo que dijo Jillian. *Ten cuidado.*

Pienso en lo que dijo Kir. *Mi padre colecciona cosas que le parecen interesantes.*

Pienso en Elena Lazareva y en un cadáver que nunca se encontró.

Durante todo este tiempo, la puerta de Lukas permanece cerrada.

Con un suspiro, me arranco de este inútil experimento mental y hago todo lo posible por ser productiva, para variar. Me sumerjo en los archivos que no terminé la semana pasada. En cuanto a diversión, es como retomar una migraña justo donde la dejé, pero hago todo lo que puedo por seguir adelante con las páginas.

Al menos, el trabajo no requiere pensar. No requiere pensar para mí, al menos, porque no le veo ni pies ni cabeza. Nombres, fechas, manifiestos de embarque, códigos de puerto… No tengo ni idea de lo que significa nada de eso, pero lo copio todo de todos modos. Al menos me da algo que hacer aparte de mirar fijamente esa puerta cerrada.

Llega y pasa la hora de comer. Hacia las dos, suena el teléfono de mi escritorio.

Doy un respingo. El aparato nunca había sonado antes. Ni siquiera sabía que estaba conectado.

Lo descuelgo con nerviosismo. —Oficina del Sr. Lazarev.

—Pásamelo —La voz es masculina, enfadada, con acento—. Ahora mismo.

Alejo el teléfono de mi oído, sorprendida, como si fuera a arrancarme un trozo de la cara si no tengo cuidado. —Lo siento, ¿quién habla?

—Dile que soy Afon. Y dile que se trata del asunto de Rymbayev.

Echo un vistazo a la puerta. Sigue inquietantemente cerrada. Mi mano se tensa sobre el auricular. —No está disponible en este momento. ¿Puedo tomarle un recado?

—No, no puedes tomar ningún puto recado —El tono áspero y enfadado de la voz del hombre delata que le encantaría atravesar el teléfono y estrangularme con sus propias manos—. Es urgente. Sácalo de la puta reunión en la que esté y ponlo al teléfono.

—Señor, de verdad que no puedo...

—Escúchame —Su voz se vuelve más grave—. Si no consigues que Lazarev se ponga al teléfono en los próximos sesenta segundos, va a morir gente. ¿Lo entiendes? *Va a morir gente*.

Se me hiela la sangre.

Dejo el auricular sin colgar y corro hacia la puerta de Lukas. Llamo con una mano temblorosa.

Pero no hay respuesta.

Llamo de nuevo, esta vez con más fuerza. —¿Señor Lazarev? —pregunto a través de la madera—. Hay una llamada urgente. ¿Alguien llamado Afon...? Dice que es sobre la situación del "Rumba-Eve"...?

Nadie responde.

Vuelvo al teléfono. —Lo siento, no está en su despacho. No sé dónde...

Pero lo único que oigo es un zumbido sordo.

La línea está muerta.

Cuelgo lentamente. El corazón me late tan fuerte que lo noto en la garganta.

Va a morir gente.

¿Qué clase de empresa *es* esta?

Va a morir gente.

¿Debería llamar a alguien? ¿A seguridad? ¿A Recursos Humanos? ¿A la policía?

Pero, ¿qué voy a decir? No tengo ni idea de nada. Me preguntarán qué pasa y empezaría a divagar sobre hombres misteriosos en habitaciones oscuras, robots aspiradores y jefes de mirada de acero y me meterían en el manicomio antes de que pudiera siquiera tomarme un respiro.

Vuelvo a mirar la puerta cerrada de Lukas. Tiene que saber de esta llamada. Quizá debería dejarle una nota. Algo breve. *Llamada urgente de Afon sobre Rymbayev. Llama de inmediato.*

Sí, eso es. Eso es profesional. Eso es lo que haría una buena asistente.

Cojo una nota adhesiva y garabateo el mensaje. Luego me acerco a su puerta y llamo una vez más, por si acaso.

Una vez más, no hay respuesta.

Pruebo el pomo. Gira.

La puerta se abre.

Y entro.

Me quedo paralizada al dar el primer paso, porque el olor me transporta de vuelta al sueño. *Su pulgar presionando contra mi labio. Su mano en mi pelo. "Abre...".*

Me estremezco y alejo ese pensamiento.

El escritorio está vacío. Lukas no está. No hay ningún indicio de que haya estado aquí hoy.

Entonces, oigo algo. Un sonido suave. Un movimiento. ¿Una voz?

Cuando me giro hacia el origen del sonido, veo que hay una zona de descanso en la esquina del fondo que no había visto la última vez que estuve aquí. Un largo sofá de cuero pegado a la pared.

Y en ese sofá hay una mujer.

Una mujer muy hermosa.

Una mujer muy *desnuda* y hermosa.

Está tumbada en una pose seductora. Su largo cabello rubio cae sobre el brazo del sofá, como una cascada color miel. Su piel, cada centímetro al descubierto, es de porcelana y sin imperfecciones. Parece sacada de un cuadro renacentista. O de una página central de *Playboy*.

—Oh. —Suena irritada al ver quién soy—. No eres Lukas.

—N-no —balbuceo, confirmando lo obvio—. No lo soy.

—Qué fastidio —Su acento es marcado. Ruso, supongo. Parece ser algo habitual por aquí—. Llevo todo el puto día esperando. ¿Dónde está?

Cuando no respondo, demasiado atónita para articular palabra, se incorpora, sin hacer el más mínimo esfuerzo por ocultar su desnudez. —¿Y bien? ¿Va a venir o no?

—Yo... —Intento tragar saliva, pero de repente tengo la boca seca y no puedo hablar—. No lo sé. No está aquí.

Pone los ojos en blanco. —Ya lo veo, tonta. Pero ¿cuándo *va* a llegar?

Sigo sujetando la nota adhesiva. Se arruga en mi puño. —No lo sé —repito.

Me mira entrecerrando los ojos por un momento. Sus ojos son verdes, penetrantes y desdeñosos. Luego, esboza una sonrisa burlona. —Bueno, si él no va a follarme, ¿lo harás tú?

No podría ni siquiera empezar a formular una respuesta.

Ella se ríe. No es un sonido agradable. —Olvídalo. No eres divertida. Ya te puedes ir —Agita la mano como si estuviera ahuyentando una mosca—. Dile que Natasha está esperando. Y que soy muy, muy cara.

Me siento mal. Me siento mareada. Me siento asqueada. Me siento acalorada. Siento tantas cosas a la vez que, si tengo que quedarme en esta habitación con aroma a menta y sal marina un segundo más, voy a empezar a gritar, y puede que nunca pare.

Haciendo uso de hasta la última gota de fuerza de voluntad que me queda, me doy la vuelta y salgo.

No corro. Al principio no. Cierro la puerta tras de mí. Paso junto a mi escritorio. Paso junto a las plantas serpiente, junto a los ascensores, hasta la escalera.

Entonces, corro tan rápido como puedo.

14

RAE

INFORME DE INCIDENTE DE LA POLICÍA DE NUEVA YORK N.º [OMITIDO]

Fecha: [OMITIDA], 2007

Agente informante: Det. M. Kowalski (N.º de placa [OMITIDO])

TIPO DE INCIDENTE: Persona desaparecida / Muerte sospechosa

SUJETO: [[redacted] LAZAREVA], Mujer, Edad [[redacted]]

VISTA POR ÚLTIMA VEZ: [OMITIDO] por su marido [[redacted] LAZAREV]

CAUSA DE LA MUERTE: [[redacted]]

DECLARACIONES DE LOS TESTIGOS:

- [NINGUNO DISPUESTO]

La escalera es fría, gris y está vacía. Me hundo en los escalones de hormigón y dejo que las lágrimas fluyan.

Esto es una tontería. ¿Por qué estoy llorando por esto?

¡Es mi jefe! ¡Puede tirarse a quien le dé la gana! No es asunto mío si tiene supermodelos rusas desnudas esperándolo en su despacho. Es *su* vida. *Sus* decisiones. No tiene nada que ver conmigo.

Pero las lágrimas siguen cayendo de todos modos.

Estoy enfadada conmigo misma por preocuparme. Estoy enfadada conmigo misma por haber tenido ese sueño. Por tocarme pensando en él. Por permitirme sentir *algo,* el más mínimo atisbo de *cualquier cosa,* por un hombre que está tan claramente fuera de mi alcance en todos los sentidos posibles.

Es multimillonario. Yo no soy nadie.

Él tiene mujeres como Natasha. Mujeres que parecen salidas de un vídeo porno. Mujeres que saben lo que hacen.

Yo soy una virgen que se pone nerviosa cuando escucha su nombre en su voz.

Me presiono las palmas de las manos contra los ojos. *Recompónte, Rae. Él no te quiere.* Nunca *te iba a querer.*

La puerta de la escalera se abre encima de mí.

¡Mierda, mierda, mierda! Me apresuro a borrar las huellas del llanto de mi cara, pero es demasiado tarde. Se oyen pasos en la escalera. Alguien está bajando.

—Vaya, vaya —la voz de Kir resuena en las paredes—. ¿Qué tenemos aquí? Oh, mierda… ¿Rae?

No levanto la vista. —Vete.

No me hace caso. Los pasos siguen acercándose hasta que veo sus zapatos de cuero lustrado en el escalón de abajo, borrosos a través de mis lágrimas obstinadas.

—Rae —dice de nuevo—, ¿qué ha pasado?

—Nada —Mantengo la mirada fija en el suelo—. Estoy bien. Son las alergias.

—¿A qué? ¿Al hormigón?

Casi me echo a reír. Pero entonces otra oleada de humillación me abruma y tengo que presionar la mano contra la boca para evitar emitir lo que sin duda sería un sonido realmente lastimero.

Kir se sienta a mi lado. —Oye —Me da un golpecito con el hombro—. Cuéntame.

—No hay nada que contar.

—Está claro que sí.

Niego con la cabeza. Las lágrimas ya están disminuyendo, pero tengo la cara hecha un desastre. Seguro que parezco un mapache empapado.

—¿Es mi padre?

Me estremezco. Él se da cuenta.

—¿Qué ha hecho?

—Nada —Me seco las mejillas de nuevo—. No ha hecho nada.

—¿Estás llorando en la escalera por nada?

—No estoy *llorando* —Para que conste, sí que estoy llorando. O lo estaba. Ahora solo me escurren unas lágrimas—. Solo necesitaba un minuto.

—Vale. Claro. Tu minuto ya ha empezado —Creo que está bromeando. Mira su reloj con un gesto teatral, pero no parece que lo haga con mala intención. Tampoco insiste más. Solo se sienta ahí a mi lado, lo suficientemente cerca como para que pueda sentir su calor a través de la chaqueta del traje.

Poco a poco, mi respiración se calma. Las lágrimas se secan. Cuando desaparecen, me siento vacía y exhausta, como si alguien me hubiera exprimido todas las emociones y hubiera dejado atrás un caparazón seco y vacío.

—No tienes por qué contarme lo que pasó —dice Kir al fin—. Pero si te hizo daño...

—No lo hizo. —Lo interrumpo antes de que pueda terminar—. No es eso.

—Entonces, ¿qué es?

Niego con la cabeza. —No puedo explicarlo.

—¿No puedes o no quieres?

—Eh… ¿ambas?

Él suspira. —Me parece justo.

Por fin lo miro. Sus ojos grises, tan parecidos a los de su padre, pero más cálidos en todo lo que importa, me observan con atención.

—Estoy bien —le digo—. De verdad. Solo he tenido un momento.

—Menudo momento.

—Sí —Esbozo una sonrisa débil—. Menudo momento.

Se mueve y suspira a mi lado, apoyándose contra la pared interior. Luego se aclara la garganta. —Sabes, me alegro de haberte encontrado —dice—. Te debo una disculpa.

Parpadeo. ¿Me golpeé la cabeza al salir corriendo de la oficina de Lukas o algo así? Este giro de los acontecimientos no tiene sentido.

—¿…Qué?

—Por aquella noche en la oficina —Se pasa una mano por el pelo oscuro—. Me pasé de la raya. Me pasé de la raya de verdad.

No sé qué decir. Esto no es lo que esperaba de él. Ni por asomo.

—He estado pasando por una mala racha últimamente —Ahora no me mira; se mira las manos, como si hubiera algo invisible en ellas —. No es una excusa. La verdad es que no *hay* excusa. Pero es que… necesito que sepas que no tenía nada que ver contigo.

—¿Con qué, entonces?

Se ríe. Es un sonido triste. —Todo. Nada. Mi padre. Esta empresa. El puto desastre en que se ha convertido mi vida —Niega con la cabeza —. Me desquité contigo y eso estuvo mal.

Estudio su perfil. La mandíbula angulosa. Los ojos cansados. Ahora mismo parece mucho mayor de treinta años. Parece *agotado*.

—¿Qué tipo de desastre? —pregunto, sintiendo curiosidad a pesar mío.

—Del tipo del que no puedo hablar —Por fin me mira—. No puedo… o no quiero. Todavía no. Quizá nunca. Pero estoy trabajando en ello. Intentándolo, al menos.

—Vale.

—¿Vale?

—Sí —Me encojo de hombros—. Vale.

Frunce el ceño. —¿Eso es todo? Básicamente te agredo en mi despacho y tú solo dices: "Vale".

—No me has agredido —Hago una pausa y matizo—. Casi, quizá. Pero te detuviste.

—Porque entró mi padre.

—Aun así —Me dedico a tirar del hilo de mi manga que no deja de deshilacharse. A este paso, voy a deshacer todo el abrigo antes de que acabe el mes—. Te detuviste. Y ahora te estás disculpando. Eso cuenta para algo.

Me mira como si me hubiera salido una segunda cabeza. —Eres una persona extraña, Rae Everett.

—Sí, bueno. Se necesita ser uno para reconocer a otro.

Eso le arranca una sonrisa de verdad. Pequeña, pero auténtica. —Lo digo en serio —dice—. Lo siento. Por todo.

Pienso en aquella noche. Su mano en mi muslo, su aliento en mi cuello. El miedo y la confusión y el doloroso latido de mi corazón aterrorizado.

Luego pienso en él, sentado aquí conmigo ahora, en una escalera fría, comprobando cómo estoy mientras lloro.

La gente es complicada. Todos tenemos traumas ocultos. Yo lo sé mejor que la mayoría.

—Acepto tus disculpas —le digo.

Exhala. Parte de la tensión abandona sus hombros. —Gracias.

—No es nada —Me froto la cara una vez más e intento recomponerme—. En serio, no es nada. Ni lo menciones. Tengo una reputación que mantener.

Se ríe de nuevo. —Tu secreto está a salvo conmigo —promete.

Me levanto con esfuerzo. Me tiemblan las piernas, pero aguantan.

—Déjame acompañarte —se ofrece Kir.

—No —Niego con la cabeza—. Estoy bien. De verdad.

—Rae...

—Tengo que volver al trabajo —Me esfuerzo por sonar firme—. Gracias por venir a ver cómo estaba. Pero ya estoy bien. Promesa de meñique.

Parece que quiere discutir, pero no lo hace. —Vale —dice—. Pero si necesitas algo...

—Sé dónde encontrarte.

Lo dejo en la escalera y subo por las escaleras hasta el piso 50. Empujo la puerta y doy unos pasos hacia mi escritorio.

Entonces, me quedo paralizada.

…Porque Lukas ha vuelto.

15

RAE

EVALUACIÓN DEL RENDIMIENTO DEL EMPLEADO - CONFIDENCIAL

Empleada: Everett, Rae

Evaluada por: L. Lazarev

PUNTOS FUERTES:

✓ Puntual (cuando se la amenaza)

✓ Sigue las instrucciones (al final)

✓ Le queda bien el rojo

ÁREAS DE MEJORA:

✗ Control de las emociones (llora en las escaleras)

RECOMENDACIÓN: Retenerla. Por ahora.

Lukas me da la espalda mientras mira algo en mi escritorio. Quizá los archivos que sigo revisando. O la nota adhesiva arrugada que se me cayó cuando huí de Natasha la Desnuda.

Aún no me ha visto. Todavía podría dar media vuelta. Correr de nuevo y esconderme en esa escalera hasta que se vaya o se retire a su despacho.

Pero antes de que me decida, se gira.

Su cabello plateado está más corto que el viernes. Recortado al ras por los lados, pero aún tupido en la coronilla. La barba también. Ahora está más cuidada, más precisa. No sé decidir si me gusta más así, o un poco más salvaje y desenfrenada, como estaba cuando nuestras miradas se cruzaron por primera vez.

Pero, sea como sea, está guapo.

Está *impresionante*.

Aunque resulta un poco gracioso imaginarlo haciendo algo tan mundano como cortarse el pelo. No debería serlo: es algo normal y humano. Los multimillonarios van a la peluquería como todo el mundo. Se sientan en las sillas, charlan un rato y dan buenas propinas, supongo.

Pero, de alguna manera, la idea de que Lukas Lazarev haga algo tan corriente parece imposible. Como imaginar a un tiburón parándose a tomar un café.

Sea como sea, el efecto es innegable. El nuevo corte hace que su mandíbula parezca más marcada y sus pómulos más pronunciados. El gris de sus ojos parece más frío en contraste con las líneas marcadas de su rostro.

Esa mirada plateada me recorre de arriba abajo. Se fija en mi rostro manchado, en mis ojos enrojecidos y, lo peor de todo, en las marcas de lágrimas que no he conseguido borrar.

—Señorita Everett —dice con voz fría y cruel—. ¿Dónde estabas?

—Estaba... —Me aclaro la garganta y lo intento de nuevo—. Me alejé un momento.

—Te alejaste... —repite él, como si no estuviera familiarizado con el concepto—. ¿Eso figura en la descripción de tu puesto?

Me quedo desconcertada. —Lo... lo siento. Es solo que estaba...

—Responde a la pregunta, Srta. Everett. ¿Está en la descripción del puesto "alejarse un momento"?

Bajo la mirada al suelo, a mis pies. Podría decir: *¿Qué descripción del puesto? ¡No me has dado ninguna!* Pero tengo la sensación de que sería una muy mala idea. En lugar de eso, digo—: No, señor. Lo siento, señor.

—Entonces, ¿por qué lo hiciste?

Quiero explicarlo, pero me quedo en blanco. En realidad no estoy segura de qué se supone que debo decir. No creo que le interese especialmente mi respuesta, sea cual sea. Tiene otros motivos en mente. Y, si quiere hacerme sentir como si valiera menos que el polvo bajo sus pies, lo ha conseguido. Podemos darlo por terminado aquí mismo.

—Recibí una llamada urgente mientras estabas fuera esta mañana, señor —balbuceo—. Alguien llamado Afon. Dijo que era sobre la… la situación de *Rymbayev*. Dijo que… —Trago saliva—. Dijo que iba a haber muertos.

El rostro de Lukas no cambia. Ni un solo gesto. —¿Y?

—Y traté de encontrarte. Llamé a tu puerta. Pero no estabas allí. Así que entré para dejarte una nota y yo... —Me detengo justo a tiempo —. Me alejé después de eso.

—A llorar.

No me molesto en negarlo. No tiene sentido: puede ver la prueba en mi rostro. —Sí.

Da un paso hacia mí. —Te lo preguntaré una vez más: ¿Para eso te pago, Srta. Everett? ¿Para llorar en las escaleras cuando las cosas se ponen difíciles?

—No, señor.

—Entonces, ¿para qué te *pago*?

—Para... —Se me hace un nudo en la garganta—. Para ayudarte.

—¿Y me estabas ayudando hace un momento? ¿Llorando sola en la escalera?

—No.

—No —asiente él—. No lo estabas haciendo.

Me obligo a mirarlo a los ojos. Son gélidos. El hombre de la semana pasada que me llevó a casa, me abrió la puerta y me dijo que durmiera un poco ha desaparecido por completo.

Ese hombre bien podría no haber existido nunca.

—Lo siento —digo—. No volverá a pasar.

—Sé que no volverá a pasar. Porque si pasa, hemos terminado aquí. ¿Lo entiendes?

—Sí, señor.

—Bien —Se da la vuelta y se dirige hacia su despacho—. Vuelve al trabajo.

Lo veo alejarse. Pero se detiene en la puerta. —Y, señorita Everett —llama por encima del hombro.

Me quedo paralizada a medio camino de mi escritorio. —¿Sí?

—La próxima vez que sienta la necesidad de llorar, hágalo en su tiempo libre. No en el mío.

~

PASA UNA HORA. Quizá más. No levanto la vista de los papeles de mi escritorio y no miro la hora.

Entonces se abre la puerta de Lukas.

Levanto la vista antes de poder evitarlo. Pero no es él.

Es Natasha.

Ahora lleva un abrigo de piel. Es enorme, blanco y obscenamente elegante. ¿Ha despellejado a un oso polar? ¿Ha tejido una nube? Sea lo que sea, la envuelve por completo, arrastrándose tras ella como si fuera una especie de reina de las nieves. El cabello rubio le cae suelto sobre los hombros. Su maquillaje sigue siendo perfecto.

Parece que acaba de salir de una pasarela. O de una película de James Bond. *Esto,* según su atuendo, *es una mujer que bebe champán para desayunar, siempre combina el sujetador con las braguitas y nunca en su vida se ha preocupado por cuánto cuesta algo.*

Me arde la cara al recordar su cuerpo. Las largas y pálidas extremidades. Los enormes pechos que desafían la gravedad. La franja de pelo rubio, cuidadosamente recortada, que desaparecía entre sus muslos.

Me pregunto cómo sería ser ella.

¿Te refieres a acostarte con Lukas?

No puedo evitarlo; el pensamiento se cuela en mi mente, indeseado e insistente. ¿Qué se sentiría estar inmovilizada bajo su cuerpo? ¿Tener esas manos llenas de cicatrices sobre mi piel? ¿Oír esa voz ronca diciéndome qué hacer?

Si siguiera siendo yo, sin duda sería un desastre. Torpe, descoordinada y completamente perdida. Nunca lo he hecho antes,

así que no sabría dónde poner las manos, cómo moverme ni qué sonidos emitir.

Pero *Natasha* sí lo sabría.

Si hay alguien en el mundo capaz de manejar a un hombre como Lukas Lazarev, esa es ella. Esta mujer impresionante y audaz que espera desnuda en sofás de cuero y pregunta a desconocidos si quieren follársela… Probablemente sabe cosas que ni siquiera puedo imaginar. Trucos, técnicas y juegos con la lengua. Noventa y nueve formas secretas de volver loco a un hombre. Es un artículo andante de *Cosmo Sex Tips*.

Apuesto a que no ha estado nerviosa ni un solo día en su vida.

Natasha se da cuenta de que la estoy mirando. Sus labios rojos se curvan en una sonrisa.

Cambia de rumbo y se dirige hacia mi escritorio. El abrigo de piel susurra con cada paso. Para mí es un milagro que no se tuerza un tobillo con esos tacones de aguja de quince centímetros, pero no parece inmutarse en absoluto.

Me pongo tensa y se me entumecen las manos cuando se detiene justo delante de mí. Su perfume me envuelve como una provocación. —Ratoncita —me susurra—, un consejo. De mujer a mujer.

Trago saliva y asiento, porque me parece que es más o menos lo correcto en esta situación.

Se inclina hacia mí. Sus ojos verdes se clavan en los míos. —Este no es un juego al que deberías jugar.

—Yo... —Parpadeo como un ciervo atónito—. ¿Perdón? ¿Qué juego?

Natasha se ríe. —Eres linda. Ya veo por qué le gustas.

Antes de que pueda preguntar "a quién", me agarra la barbilla y me besa.

En la *boca*.

Sus labios son suaves y cálidos y saben a fresas. El beso dura unos dos segundos antes de que ella se aparte y vuelva a sonreír. Esta vez, hay un brillo pícaro en su mirada.

—Buena suerte si decides quedarte, eso sí —dice con indiferencia—. La vas a necesitar.

Da una pirueta y se aleja contoneándose. Las puertas del ascensor se abren y se cierran, llevándosela.

Me quedo sentada en mi escritorio, más confundida que nunca, con el sabor del pintalabios de fresa de otra mujer en la boca.

16

RAE

AMERICAN EXPRESS CENTURION

Solicitud aprobada

NOMBRE DEL TITULAR: RAE EVERETT

Número de cuenta: [OCULTO POR MOTIVOS DE SEGURIDAD — CLIENTE CON UN PATRIMONIO NETO MUY ELEVADO]

Límite de crédito: N/A

Me llevo los dedos a los labios. Quedan manchados con el tono rojo sangre del pintalabios de Natasha. Cojo un pañuelo y me lo limpio, pero la sensación de hormigueo persiste.

Este no es un juego al que deberías jugar.

¿Qué juego? No estoy jugando ningún juego. Solo intento hacer mi trabajo y que no me despidan.

Pero mientras lo pienso, sé que no es cierto. No del todo. Aquí está pasando algo que no entiendo. Algo que tiene que ver con mujeres

desnudas, llamadas telefónicas misteriosas y un jefe que sabe mucho más de lo que debería.

Hago una bola con el pañuelo y lo tiro a la basura. Ojalá pudiera hacer lo mismo con mis pensamientos. Si pudiera sacármelos de la cabeza, arrugarlos y tirarlos, podría respirar más tranquila.

Pero tal y como están las cosas, me quedo atrapada con ellos en la cabeza.

Natasha me besó. Una mujer me besó. En la boca. En el trabajo.

Eso da para varias sesiones de terapia, si es que alguna vez puedo permitírmelas.

Y luego está la otra parte.

Eres linda. Entiendo por qué le gustas.

¿Le gusto? ¿A *quién*? ¿Lukas?

Niego con la cabeza. Eso no puede ser. A Lukas no le *gusto*. Acaba de amenazarme con despedirme por llorar en la escalera.

Nada de esto tiene sentido, la verdad. ¿Por qué estaba ahí dentro, para empezar? i¿Y nada menos que desnuda?! ¡Esto es un lugar de trabajo, no un club de sexo!

Quiero decir, puede que siga siendo la dueña nada orgullosa de mi virginidad, pero no soy idiota. Sé lo que significa cuando una mujer se tumba *al natural* en el sofá de un hombre. No vino a jugar al *Scrabble*.

Pero si se trataba de una especie de rollo de mediodía, ¿por qué hablaron de mí?

Ya no sé qué pensar. No sé qué es real. Mierda, ni siquiera sé si estoy despierta o soñando.

Me recuesto en la silla y cierro los ojos.

La primera vez que *se me pasó* por la cabeza tener sexo fue con un chico llamado Kenny Menéndez en mi penúltimo año de instituto. Sus padres estaban fuera de la ciudad y me invitó a su casa para "estudiar". Los dos sabíamos lo que eso significaba.

O al menos, eso creíamos.

Yo creía que lo sabía.

Nos besamos en el sofá de su sótano durante lo que me parecieron horas. Tenía las manos sudorosas y su aliento sabía a Doritos rancios. Cuando por fin se armó de valor para intentar desabrocharme el sujetador, lo intentó torpemente al menos media docena de veces antes de que me diera pena y lo hiciera yo misma.

Entonces, su mano bajó por la parte delantera de mis vaqueros de cintura alta de AE.

Y me entró el pánico.

No porque me sintiera mal. No me sentía mal. Me sentía… normal. Incluso bien. Sus dedos no me hacían daño, pero eran tan torpes y demasiado ansiosos.

Pero cuando empezó a apretar mis partes íntimas como si fueran botones de un mando de PlayStation, algo en mi cerebro simplemente se apagó. No podía dejar de pensar en mi madre y en lo que diría si se enterara. O si la puerta del sótano estaba cerrada con llave. No podía dejar de pensar en la extraña mancha del techo sobre la cabeza de Danny.

Al final, le dije que parara. Lo hizo. Se lo tomó bien. Decepcionado, pero bien.

Nunca volvimos a hablar del tema. Dos semanas después, empezó a salir con una futbolista llamada Brittany Crawford.

He tenido oportunidades desde entonces, si hubiera querido aprovecharlas. Unas cuantas citas en la universidad antes de

graduarme. Un chico en mi gimnasio el año pasado, que me invitó a tomar algo.

Pero cada vez que se acercaba *el momento*, encontraba una excusa para decir que no.

Demasiado ocupada. Demasiado cansada. Demasiado asustada.

Siempre demasiado asustada.

Y ahora estoy aquí. Veinticinco años, todavía virgen, y enloqueciendo por un hombre que, casi con toda seguridad, acaba de acostarse con una escort de lujo en el sofá de su oficina.

Abro los ojos y miro fijamente al techo.

Este no es un juego al que deberías estar jugando.

Quizá Natasha tenía razón. Debería cortar por lo sano y largarme. Buscar otro trabajo y olvidarme por completo de Lukas Lazarev.

Pero no huyo. Me quedo en mi escritorio y sigo trabajando. Anoto nombres, fechas y códigos de envío hasta que siento que mi cerebro se ha hinchado tanto que ya no cabe en mi cráneo.

El sol se desplaza por el suelo. Las sombras se alargan. El edificio tiembla y suspira a mi alrededor.

Entonces, la puerta de Lukas se abre de nuevo.

Alzo la vista y lo veo salir. Lleva algo: un sobre blanco, grueso y oficial.

Se detiene junto a mi escritorio. No dice nada, solo me tiende el sobre.

Su rostro no delata nada mientras se lo cojo, rozándolo con las yemas de los dedos. Esos ojos grises son inexpresivos e indescifrables. Entonces, sin decir una palabra, se da la vuelta y camina hacia el ascensor.

Lo veo alejarse. Las puertas se abren. Entra. No mira atrás.

Cuando se ha ido, miro el sobre. Mi nombre está escrito a máquina en la parte de atrás con pulcras letras negras.

Srta. Rae Everett

Pesa. Es importante. Un sobre que cambia las cosas. No es exactamente mi carta de admisión a Hogwarts, llego como una década y media tarde para eso, pero quizá algo por el estilo, más o menos.

Deslizo el dedo bajo la solapa y la abro de un tirón. Dentro hay una sola hoja de papel. El mensaje es breve y va al grano.

Srta. Everett,

Asistirá a la Gala anual de Lazarev global este sábado por la noche como mi invitada.

Se requiere vestimenta de gala.

Un coche la recogerá a las 18:00.

—LL

La Gala Lazarev. He oído hablar de ella. Todo el mundo en la empresa lo ha hecho. Es el evento social del año. Código de vestimenta de etiqueta, invitados de primera fila. Fuentes de champán y caviar. Prada, paparazzi, ostentación, glamour a raudales.

Y Lukas quiere que asista.

Como su *invitada*.

Le doy la vuelta al papel. Hay algo pegado con cinta adhesiva en el reverso.

Una tarjeta de crédito.

Es negra mate. No tiene ningún límite impreso, porque sospecho que las tarjetas como esta no *tienen* límites.

El nombre grabado en relieve en la parte inferior dice **RAE EVERETT**.

Hay otra nota debajo. Más pequeña, escrita a mano esta vez.

Para el vestido.

Y para cualquier otra cosa que necesites.

Sostengo la tarjeta entre los dedos. Es más gruesa que una tarjeta de crédito normal. Tarjetas como esta abren puertas, se abren paso entre la multitud y hacen que los vendedores se peleen por atenderte.

Nunca había tenido nada parecido.

Pienso en mi armario en casa, esa triste colección de blusas de Target y faldas lápiz de rebajas. Nada en mi armario tiene cabida en la Gala Lazarev.

Lukas lo sabe.

Y ahora me entrega una tarjeta de crédito sin pensarlo dos veces, como si el dinero fuera aire y me estuviera dejando respirar por primera vez en mi vida.

Miro la tarjeta y la nota que la acompaña otra vez.

Para el vestido. Y para cualquier otra cosa que necesites.

Lo que "necesito" es pagar el alquiler. Lo que "necesito" es que Gideon siga con el tratamiento. Lo que "necesito" es ordenar mis emociones descontroladas y olvidarme por completo de los arruinadores de vidas de ojos grises.

Pero ahora mismo, al parecer, lo que *también* necesito… es un vestido.

Doy la vuelta al sobre para comprobar si se me ha pasado algo por alto. Al hacerlo, se cae otro pequeño objeto y aterriza en mi escritorio.

Lo recojo. Es una tarjeta de cita, con letras doradas en relieve.

Maison Élise

Cita privada

Jueves, 14:00 h

Debajo, con la misma letra que la nota sobre la tarjeta de crédito:

El vestido ya ha sido elegido.

¿Él… eligió mi vestido? Si hay que creer en esta nota, ¿Lukas Lazarev entró en alguna boutique de lujo y eligió mi atuendo para su gala? No sé si debería sentirme halagada u ofendida. Quizás ambas.

Dejo la tarjeta de la cita junto a la tarjeta de crédito. Están ahí, sobre mi escritorio, como dos piezas de un rompecabezas que no pedí resolver.

No tengo ni idea de qué es Maison Élise ni de dónde está. Nunca he oído hablar de ella, pero supongo que no es un sitio con un perchero de rebajas.

Mientras me siento a reflexionar sobre qué demonios me está pasando, la advertencia de Kir resuena una vez más en mi cabeza: *Mi padre colecciona cosas que le parecen interesantes.*

Empiezo a pensar que el sábado por la noche es cuando me convertiré oficialmente en parte de su colección.

17

RAE

De: Rae Everett (raerae2000@hotmail.com)

Para: Jillian Pierce (jillybeanxo@gmail.com)

Asunto: No te vas a creer lo que acaba de pasar...

En cuanto llego a casa, hago una llamada.

Y apenas Jillian contesta el teléfono, empiezo a soltar un torrente de palabras. —Joder, Bean, había una mujer desnuda y pensé que él no estaba en su oficina, pero entré y allí estaba ella y me preguntó si había ido a acostarme con ella, pero yo le dije: Dios mío, claro que no, así que salí corriendo, pero entonces Kir me encontró, pero luego la mujer me besó, pero Kir se disculpó, ¿te lo puedes creer? Y luego Lukas me dio un sobre y ya había elegido el vestido, pero se supone que tengo que ir a esa boutique y también hay una tarjeta de crédito, ¿y has oído hablar de Maison Élise? ¡Dios mío, por favor, ven conmigo, Jillian, por favor! Me estoy volviendo loca, Jillian, por favor, Jillian, ¡Dios mío, ¿qué voy a hacer?

Cuando termino, estoy jadeando y resoplando.

Jillian sigue sin decir ni una palabra.

Me aclaro la garganta y añado con voz chillona—: Esta es la parte en la que me dices que todo va a salir bien, Jill.

—Lo primero es lo primero —responde—. Voy a necesitar que respires hondo.

Me obligo a hacer una inhalación profunda y ruidosa como prueba de que obedezco. Es difícil, ya que siento que mis pulmones se han encogido hasta el tamaño de nueces, pero lo hago de todos modos.

—Bien hecho. Ahora, exhala por la boca.

Exhalo.

—Bien. Otra vez.

Lo repetimos dos veces más. El pánico empieza a remitir, solo un poco.

—¿Mejor? —pregunta Jillian.

—…Un poco.

—Me sirve —Oigo un crujido al otro lado de la línea. Probablemente se esté acomodando para una larga conversación—. Ahora, desentrañemos este desastre poco a poco. Primero: me ha parecido oír las palabras "mujer desnuda" en algún momento. Cuéntame ese jugoso detalle.

Esta vez, moviéndome un poco más despacio, le cuento todo, toda la humillante saga. Natasha en el sofá. Kir en la escalera. El abrigo de piel. El beso. El pintalabios con aroma a fresa que tuve que limpiarme de la cara.

—Espera, espera, espera —Jillian me interrumpe—. ¿Te *besó*? ¿En la *boca*?

—¿No lo había dejado claro?

—¿Hubo lengua?

—¡Jillian!

—¡Solo pregunto! Son detalles importantes.

—Sin lengua —digo—. Fue rápido. Como un amuleto de la suerte. Un amuleto de la suerte muy raro e invasivo.

—Eh —Suena decepcionada—. ¿Y luego se largó sin más?

—Me dijo que "no debería jugar a este juego". Sea lo que sea que eso signifique.

—¿Qué juego?

—¡No lo sé! Eso es lo que estoy diciendo. No sé qué está pasando. No sé por qué me está pasando todo esto.

Jillian se queda callada un segundo. —Vale. A ver, a ver si lo entiendo: hay una mujer desnuda. Hay una advertencia misteriosa. Hay un beso lésbico de infarto. Y ahora hay una invitación a una gala, una tarjeta de crédito negra y un vestido que, según dicen, ya te han elegido.

—Sí. Eso lo resume más o menos todo.

—Entendido. Entonces mi gran pregunta, supongo, es… —Puedo oírla sonreír a través del teléfono—. ¿Cuál es el problema real?

—¿Cuál es el...? ¡Jillian, el problema es *todo*! —Casi me arranco el pelo—. ¡Todo! ¡Toda la situación!

—Explícamelo con detalle. ¿Qué es lo que te está volviendo loca exactamente?

Me presiono la frente con la mano libre. —No sé qué quiere de mí. No sé por qué está haciendo todo esto. El aumento, la gala, el vestido. Nada de esto tiene sentido.

—Quizá solo quiera que vayas a su fiesta de peces gordos —sugiere —. Quizá solo necesite una cita.

—Para eso tiene a Natasha —me quejo.

—Natasha suena a prostituta, Rae. No se lleva a prostitutas a eventos de etiqueta.

—¿Cómo lo sabes? ¿Hay algún manual sobre el protocolo de las prostitutas que tenga que pedirte prestado?

—No te hagas la sabelotodo —Más crujidos—. Mira, esto es lo que pienso. Es un evento de trabajo. Tu jefe te ha invitado. Eso es normal. Bueno, vale, quizá no sea *normal*, teniendo en cuenta todo lo demás, pero tampoco es algo *inaudito*.

—¿Crees que debería ir?

—Creo que no tienes muchas opciones, cariño. Es tu jefe. Te ha dado una orden directa. Si no apareces, básicamente estás renunciando —Luego suspira de una forma que significa que estamos pasando a la parte de la charla donde *la mejor amiga da consejos de vida—. También* creo que esta es una oportunidad realmente importante.

—¿Oportunidad? —pregunto confundida.

—¿No te acuerdas de todo eso de que "el cuerpo de la esposa nunca se encontró" que hablamos? —espeta.

—Claro que me acuerdo —murmuro.

La verdad es que el pensamiento va y viene, pero, en mi defensa, tengo que lidiar con muchas cosas a la vez.

—Bien. Es importante que lo recuerdes, porque te quiero y me gustaría mucho que no murieras en circunstancias misteriosas como ella. Pero, hablando de misterio, esta es una buena oportunidad para aclarar algunas cosas.

Frunzo el ceño. —¿En qué sentido?

—En el sentido de que es una oportunidad para investigar un poco.

Ante eso, tomo aire. —¿Una oportunidad para hacer *qué* acabas de decir*?*

—Escúchame. Esta gala es la oportunidad perfecta para averiguar más. Estará en público, rodeado de gente importante. Probablemente sea el lugar más seguro en el que podrías estar con él, sinceramente. Y es una oportunidad para verlo en un contexto diferente. Ver cómo se comporta fuera de la oficina. Provocarlo y ver cómo reacciona. Si alguien en la fiesta te parece interesante, intenta sonsacarle información.

Me muerdo el labio. —¿De verdad crees que puedo averiguar algo?

—Creo que vale la pena intentarlo —insiste Jill—. Además, me he topado con un muro al intentar averiguar más. Es una pista fría y sin salida tras otra, y todas las fuentes se callan en cuanto oyen el nombre "Lazarev". Alguien quiere que todo esto quede enterrado —Exhala—. Pero si estás allí con él, en su mundo, quizá veas algo, oigas algo. Vaya, quizá incluso conozcas a alguien que la haya conocido.

—¿Y entonces qué?

—¡No lo sé! Esa es la cuestión. No lo sabrás hasta que estés allí —Vacila, insegura, y luego añade—: Pero Rae, necesito que me prometas una cosa.

—¿Qué?

—No vayas a ningún sitio a solas con él. No podemos confiar en él, cariño. No puedes confiar en él.

Mi ritmo cardíaco se ha acelerado lenta pero inexorablemente a lo largo de esta conversación. Ahora me late con fuerza en el pecho y empiezo a preocuparme por la integridad estructural de mi caja torácica.

—¿De verdad crees que es tan peligroso? —pregunto.

—Creo que aún no sabemos a qué nos enfrentamos. Y hasta que lo sepamos, debemos asumir lo peor —Se oye un crujido de estática cuando Jillian se cambia el teléfono al otro oído—. Su mujer desapareció, Rae. Nunca se encontró su cuerpo. Y a todos los que trabajaron en ese caso les pagaron para que callaran o los intimidaron. Eso no es normal.

Dejo el teléfono y lo pongo en altavoz para poder dar vueltas por mi apartamento. —Pero ¿y si él…?

—¿Y si él qué? ¿La mató? —insiste—. Sí. Esa es la pregunta, ¿no? Y por eso precisamente tienes que tener cuidado. Pero también es por eso por lo que esta gala podría ser útil. Allí estarás a salvo. Rodeada de testigos. Y quizá descubras algo que nos ayude a averiguar qué pasó realmente.

Dejo de dar vueltas y me quedo mirando mi reflejo en la ventana oscura. Parezco pequeña y asustada.

—No sé si podré hacerlo —susurro.

—Sí que puedes —promete Jillian—. Eres una de las personas más fuertes que conozco, mi cielo. Has pasado por un infierno y sigues en pie. Puedes con una simple fiesta.

Suspiro y apoyo la frente contra el cristal. —Ojalá tuviera tu confianza. O la de Natasha.

—Vales más que nosotras dos juntas, cariño. Y oye —añade—, míralo así: ¡vestido gratis! ¡Fiesta gratis! ¡Champán gratis, seguro! Ve a emborracharte a costa del jefe. Hay peores formas de pasar un sábado por la noche.

—¿Y si pasa algo? ¿Algo malo?

—Entonces, te vas —sugiere—. Finges una migraña, dices que tienes el periodo, te vas sin decir nada y enfrentas las consecuencias más tarde. Haz lo que tengas que hacer —Su voz se suaviza—. Pero no vas a saber qué pasa hasta que vayas. ¿Verdad?

Exhalo lentamente. —Verdad.

—Pues ve. Ponte el vestido. Bebe alcohol. Y envíame mensajes con novedades o daré por hecho que te han asesinado de forma espantosa. Sería horrible, obviamente, pero al menos podría escribir tu obituario.

—Te odio —Cierro los ojos—. ¿Al menos vendrás conmigo? ¿A la boutique?

—Eh, claro —Se ríe a carcajadas, encantada—. No me lo perdería por nada del mundo.

18

RAE

[ESCRITO A MANO EN PAPEL CON MEMBRETE DE MAISON ÉLISE]

Säsha:

El Sr. Lazarev va a enviar a una cliente hoy. Sigue sus instrucciones al pie de la letra. No me decepciones.

Y, sobre todo, no lo decepciones a él.

Creo que nunca he visto una sonrisa más grande que la que luce Jillian cuando se me acerca con aire presumido el jueves por la tarde. Lleva lo que yo llamo su "atuendo de reportera": unos elegantes vaqueros pitillo oscuros con unas botas negras endiabladamente puntiagudas, una chaqueta de cuero negro desgastada y una bufanda gruesa de color carmesí.

—Pareces francesa —le digo.

Se abanica juguetonamente. —Dios mío, ¿me estás coqueteando?

—Ni en tus sueños.

—Es que he oído que últimamente te gustan las chicas, así que es lógico preguntar.

Al instante me sonrojo con una mezcla de rojo y palidez que me hace sentir como una señal de pare. —Cállate —murmuro.

—¿Demasiado pronto? —pregunta Jillian—. Sí, demasiado pronto. Me disculpo —Ella vuelve a animarse y da un pequeño saltito de alegría—. ¡Aunque hoy hay mucho por lo que emocionarse! ¿Lista para ver lo que tu Sugar Daddy te ha elegido?

Eso no ayuda en nada a calmar mi cara sonrojada. —Por favor, no lo llames así.

—¿Prefieres Zaddy? ¿Zorro plateado? ¿El vejestorio que te paga las facturas?

—En realidad, preferiría silencio.

Me coge del brazo. —Mala suerte. Soy una parlanchina. Vamos.

Maison Élise está en el Meatpacking District. El edificio no tiene letrero, solo una pequeña placa de latón junto a una puerta negra anónima. Si no supieras que está ahí, pasarías de largo sin darte cuenta.

Jillian silba en voz baja. —Qué elegante.

Arrugo la nariz. —Ya lo odio.

Ella abre la puerta y yo me detengo en el umbral. Los sitios como este tienen un olor, pero no es solo por los difusores de aceite de lujo escondidos en el techo, es el olor del *dinero*. Dinero antiguo, dinero nuevo, mucho dinero, *cualquier tipo* de dinero. Aprendí a reconocer ese olor después de que murieran mamá y papá.

No tenían seguro de vida, ni familiares vivos por ninguna de las dos partes. La modesta cuenta de ahorros que dejaron se agotó en un abrir y cerrar de ojos. Los funerales no son baratos, y tampoco los aparatos dentales para adolescentes de quince años malhumorados. La universidad, no hace falta decirlo, era un gasto que no podíamos permitirnos. En tres meses, había dejado los estudios para empezar a trabajar en dos empleos y hacer turnos extra en un tercero

siempre que podía. El resto de mi tiempo libre lo pasaba mintiéndole a mi hermano pequeño sobre por qué no podíamos permitirnos unas zapatillas nuevas cuando a las viejas se les hacían agujeros en la puntera.

En aquella época, sitios como Maison Élise no dejaban entrar a chicas como yo. Pasaba por delante de las boutiques de Manhattan con Gideon, mirando de reojo los opulentos escaparates y sintiéndome juzgada por ellos.

Mira, pero no toques, parecían decir. *Sueña, pero no esperes.*

¿Ahora se supone que debo entrar aquí como si fuera la puta Mary Poppins con una American Express negra y fingir que este es mi lugar? ¿Todo porque Lukas Lazarev lo dijo?

La cuestión es que *no* pertenezco a este lugar. *Nunca* lo haré. Por muchos vestidos elegantes o fuentes de champán que haya, nada puede cambiar de dónde vengo. La lencería cara no puede arreglar lo que perdí. Los tacones caros no pueden deshacer en quién me convertí para sobrevivir.

Jillian me toca la muñeca. —¿Estás bien, mi cielo?

—De maravilla —miento—. Acabemos con esto.

Entramos. Tras un breve vestíbulo iluminado con velas, atravesamos otra puerta y llegamos a la zona principal de la tienda. El espacio es pequeño, pero deslumbrante. Paredes blancas, suelos blancos, muebles blancos, todo blanco, como si el color fuera un concepto por el que solo deben preocuparse los pobres.

Al parecer, también lo es el concepto de "artículos a la venta". En una esquina hay un único perchero con ropa. Contiene unas diez prendas en total. Mi regla general se cumple: el precio de cualquier artículo dentro de una tienda es inversamente proporcional al número de artículos. Si hay una sola camiseta en un perchero, sabes muy bien que esa cosa está tejida con la melena de un unicornio e impregnada con las lágrimas de varias deidades menores.

Mientras parpadeamos para adaptarnos a la luz, una mujer se desliza hacia nosotras. Mide al menos metro ochenta, es tan delgada que me hace arrepentirme de mi desayuno y es elegante sin esfuerzo, con el pelo teñido de blanco platino de una forma que solo las chicas más cool pueden permitirse. Su vestido negro con paneles transparentes tiene tantas hebillas y cremalleras... Como si pudiera ocultar todos sus jugosos secretos.

—¿Señorita Everett? —pregunta.

—Soy yo —confirmo.

—Soy Säsha. La estábamos esperando —Sus ojos se posan en Jillian —. Y a su… invitada.

—Es mi apoyo emocional humano —explico—. No voy a ningún sitio sin ella.

Jillian apoya la cabeza en mi hombro y saluda con la mano. —¡Hola! Estoy aquí para juzgar cosas y beberme cualquier alcohol gratis que tengan por ahí.

Hay que reconocer que Säsha se lo toma con calma. Hace una reverencia y sonríe. —Por supuesto. Es un placer. Por aquí, señoras.

Nos guía a través de una cortina hasta una sala privada. Dentro, me encuentro, *sorpresa,* con más paredes blancas, un sofá de terciopelo blanco y un espejo de tres hojas con marco blanco que refleja todos los ángulos que he tenido jamás y algunos más.

¿De verdad la parte de atrás de mi cabeza se ve así?

—Por favor, pónganse cómodas —dice Säsha—. Voy a traer el vestido.

Desaparece tras otra puerta. Jillian se deja caer en el sofá. —Este sitio es una locura —susurra—. ¿Crees que tendrán algo para picar?

—Concéntrate, por favor —murmuro.

—*Estoy* concentrada —jura—. Estoy concentrada en los aperitivos.

Me muevo incómoda, sin saber si sentarme, quedarme de pie o, no sé, adoptar alguna postura. Me siento como si estuviera en la consulta del ginecólogo: una parte de mí cree que hay un acuerdo tácito de que se supone que debo desnudarme, pero la otra parte está secretamente aterrorizada de que Säsha vuelva y diga: *Eh, señora, ¿por qué está desnuda?*

Antes de que pueda decidirme sobre si me quito la ropa, vuelve Säsha. Lleva una funda para ropa, larga y negra. La cuelga de un gancho junto al espejo.

—El señor Lazarev fue muy claro —explica.

Me cuesta un gran esfuerzo no decir: *Oh, seguro que sí.*

Desliza lentamente la cremallera de la bolsa. La tela del interior refleja la luz.

…Y dejo de respirar.

Es de un rojo intenso y oscuro, como el vino, la sangre o las rosas de terciopelo aplastadas. El vestido llega hasta el suelo y tiene una abertura increíblemente alta en un lado, una abertura que dice *ni se te ocurra llevar ropa interior.* El escote desciende en forma de V pronunciada, haciendo hincapié en el pecho. La espalda está casi completamente al descubierto, sujeta únicamente por tirantes finísimos que se entrecruzan a lo largo de la columna vertebral.

Es elegante. Es precioso. Es un vestido que hace que la gente deje de hablar y empiece a babear cuando entras en una habitación.

Estaba tan segura de que lo iba a odiar.

Pero no, de verdad que no.

Jillian debe estar pensando lo mismo, porque se endereza en su asiento. —Joder.

—Cierto —asiente Säsha con una sonrisa enigmática.

Extiendo la mano y toco la tela. Es más suave que cualquier cosa que haya sentido jamás. Me gustaría que me enterraran en ella. De hecho, es tan suave que me plantearía que me enterraran en ella ahora mismo.

—¿Te gustaría probártelo? —pregunta Säsha.

Empiezo a decir que sí, pero luego lo pienso mejor. Voy a sonar como si Minnie Mouse se hubiera bebido un tanque entero de helio si intento hablar en voz alta, así que mantengo la boca cerrada y solo asiento.

Me quito la ropa rápidamente y ella me ayuda a ponérmelo. La tela es una caricia contra mi piel. Al principio es fresca, pero luego se calienta con mi cuerpo como si estuviera hecha para mí. Como si me estuviera esperando.

Lo cual, me doy cuenta mientras ella me sube la cremallera por la espalda, es más o menos lo que ha pasado.

—El señor Lazarev me facilitó sus medidas —dice Säsha, como si leyera mis pensamientos—. Tiene un gusto excelente para la moda femenina. —Ajusta uno de los tirantes, charlando sin pensar en nada en concreto—. Su mujer le enseñó bien, hasta que...

Se detiene y cierra la boca de golpe.

La miro a los ojos a través del espejo. —¿Hasta que ella qué?

—¡Nada! —La sonrisa de Säsha ha vuelto, pero ahora es más tensa, obviamente falsa, y tan frágil que siento que se haría añicos como una muñeca de porcelana si la tocara—. Dese la vuelta, por favor. Déjeme ver la espalda.

Me doy vuelta… y me quedo sin aliento. El espejo me muestra a una desconocida. El vestido se ciñe a cada curva. La abertura deja al descubierto mi pierna casi hasta la cadera. La espalda descubierta me hace sentir desnuda y poderosa al mismo tiempo.

Jillian deja escapar un silbido bajo. —¡Mierda, chica! Te ves despampanante.

—Es el vestido —protesto.

—Eres *tú* —me corrige—. El vestido solo realza lo que ya tienes.

Säsha asiente. —Su amiga tiene toda la razón. El vestido la favorece, pero el cuerpo que hay debajo es el que realmente hace el trabajo.

Me vuelvo hacia el espejo. La mujer que me devuelve la mirada parece segura de sí misma. Sexy. Quizás incluso un poco peligrosa.

No siento nada de eso. Pero puedo fingirlo por una noche, ¿no? ¿Quizá? ¿Es posible? Espero que sí.

—¿Con qué frecuencia hace esto? —suelto de pronto.

Las manos de Säsha se detienen sobre el tirante de mi vestido. —¿Perdón?

—El señor Lazarev. ¿Con qué frecuencia envía a mujeres aquí para que elijan vestidos?

Sueno un poco más que un poco grosera, pero necesito la respuesta a una pregunta que me ha estado rondando la cabeza: *¿Soy solo una Natasha de segunda?*

La sonrisa de Säsha vacila. Es breve, apenas perceptible, pero la capto en el espejo. —No estoy autorizada a discutir los asuntos privados de mis clientes —dice con cautela.

Con la mirada, añade: *No te atrevas a hacer otra pregunta.*

Mantengo su mirada en el espejo. Un pequeño duelo de miradas para ver si se mantiene firme.

Ella aparta la mirada primero.

—El vestido le queda perfecto —declara, volviendo al tema de trabajo—. Siguiente: zapatos, complementos y lencería. El señor

Lazarev mencionó…

—¡Oh, joder!

Säsha y yo miramos alarmadas hacia el sofá. Jillian se ha levantado de un salto y está mirando boquiabierta su teléfono. ¿Creo que incluso está babeando un poco?

—Eh, Jill…? —pregunto—. ¿Va todo bien?

Sigue demasiado ocupada soltando una sarta de palabrotas como para responder de inmediato. Mientras la observo, se echa la chaqueta por encima, se envuelve la cara con la bufanda y se apresura a tragar el último sorbo del champán que se estaba tomando a sorbos. —¡Mierda, mierda, mierda!

Extiendo la mano para tocarle el hombro. —Oye, cariño. ¿Qué pasa?

Me mira y sé al instante que es algo del trabajo. Ese brillo febril en sus ojos lo delata. —Me acaba de enviar un mensaje una fuente. Es sobre la gran noticia en la que he estado trabajando —Se guarda el móvil en el bolso—. Tengo que irme. *Ya mismo*.

—Espera, Jill...

—Lo siento mucho, cariño. Te llamaré esta noche, ¿vale? De todos modos, no me necesitas. Estás increíble. Te follaría. Varias veces. Y luego te invitaría a desayunar a la mañana siguiente. El vestido es perfecto, tú eres perfecta, te quiero, ¡adiós!

Y entonces se ha ido. La cortina se agita detrás de ella y me quedo sola con Säsha y un espejo de tres caras que refleja cada ángulo de mi pánico creciente.

Säsha carraspea. —Bien. Bueno. Como iba diciendo… El señor Lazarev mencionó que quizá sea necesario llevar lencería específica. Dado el corte del vestido.

Miro mi reflejo para evaluar todos los ángulos de ataque con los que contamos aquí. El escote profundo. La espalda abierta. La abertura

que llega hasta el hueso de la cadera.

No se equivoca. Mi ropa interior de Duane Reade no va a servir.

—Tengo algunas opciones preparadas —continúa Säsha. Desaparece por la puerta lateral y regresa con una bandeja de plata pulida. Sobre ella hay varios retales de tela que supongo que se supone que son ropa interior. Tengo que entrecerrar los ojos para examinarlos, porque son prácticamente invisibles.

Algunas tienen tirantes. La mayoría no. Unas pocas parecen mantenerse unidas solo por una plegaria y buenas intenciones. Diría que una incluso tiene *malas* intenciones, por lo que parece.

Me arde la cara. —Normalmente no...

—Por supuesto —Deja la bandeja sobre el sofá—. ¿Le gustaría probar algunas opciones? ¿Para ver qué queda mejor con el vestido?

Quiero decir que no. Quiero coger mis vaqueros anchos y huir lejos de estos instrumentos de tortura.

Pero Säsha parece pensar que "no" ni siquiera es una opción. De hecho, ya me está pasando la primera prenda y, con educación pero firme, me está conduciendo detrás de, adivinaste, la mampara de privacidad totalmente blanca que apareció cuando no miraba.

Con un suspiro de derrota, me doy cuenta de que estoy atrapada. Supongo que es más fácil dejarse llevar que nadar a contracorriente.

Me quito el vestido con cuidado y lo cuelgo.

Luego me pongo la primera prenda. Es, a todos los efectos, nada en absoluto. Solo una sugerencia de tanga color piel, con tirantes invisibles, que convierte mis partes íntimas en la nada vacía de una Barbie.

Pero ni siquiera yo puedo negar que *tiene* algún efecto.

Me miro en el pequeño espejo que hay detrás de la mampara. De alguna manera inexplicable, soy una mujer diferente a la que era

cuando no llevaba puesta esta prenda que no es exactamente ropa interior. Es ostentosa, en cierto modo. Como si fuera un objeto *destinado* a ser consumido. Una comida servida en vajilla fina, esperando a que alguien coja el tenedor.

¿Es Lukas quien tiene apetito?

¿También *lo* eligió él?

La idea me revuelve el estómago. No puedo evitar preguntarme si se paró en esta misma habitación y señaló los retazos de tela, imaginando cómo se verían sobre mi piel.

Me estremezco, me doy la vuelta y me quito las braguitas.

Pruebo la segunda prenda. Es un sujetador sin tirantes que realza y moldea sin ningún tipo de aros visibles. Una vez más, hace milagros. La NASA debe de haber participado en el diseño, porque de repente he pasado de una copa B a*... ¿Te lo puedes creer?* Pura incredulidad ante una copa DD, con la boca abierta.

Y de nuevo, me pregunto…

¿Será esto *suficiente para él?*

Es una pregunta vergonzosa para una mujer moderna, Gloria Steinem se horrorizaría, pero no puedo negar que se me pasa por la cabeza. Tampoco puedo negar que me hace pensar en Natasha y sentir más de esa vergüenza ardiente por quedarme corta en todos los sentidos.

Su cuerpo perfecto. Su total falta de preocupación. Me miró desde ese sofá, desnuda como el día en que nació, y simplemente *dio por hecho* que yo quería acostarme con ella.

¿Cómo sería eso?

No me parezco en nada a ella.

Niego con la cabeza. Esto es ridículo, y creo que los difusores de aceite de aquí deben estar mezclados con THC, porque siento como

si estuviera alucinando.

Reviso el resto por una extraña sensación de obligación. La tercera prenda es una especie de juego de liguero que aprieta en sitios raros. El siguiente sujetador me sube las tetas hasta la barbilla. La última prenda, un body de encaje transparente, está bien, supongo, pero me siento como si llevara la honda que usó David para matar a Goliat.

Cuando he revisado todo el lote, decido que ya he tenido suficiente.

—Creo que me pondré mi propia ropa —murmuro desde detrás del biombo.

Säsha parpadea. —¿Su propia…?

—Sí —Estoy a cuatro patas detrás del biombo, esforzándome por alcanzar la ropa donde la dejé. No es precisamente elegante—. Tengo cosas en casa. Me servirán.

No lo harán, pero Säsha no lo sabe.

—Sra. Everett, el vestido realmente requiere...

—Lo sé.

—Y el señor Lazarev mencionó explícitamente...

—Estoy segura de que lo hizo —la interrumpo—. Pero ya me las arreglaré. Gracias por mostrarme las opciones.

Estoy a punto de pasar detrás del biombo para cambiarme cuando Säsha carraspea. —Muy bien. Hay una cosa más, señora Everett.

—Oh, Dios —Me estremezco—. ¿Y ahora qué?

Parece incómoda por primera vez desde que llegué. Su fría compostura se está desmoronando. —El señor Lazarev fue muy específico sobre una última cosa. Exige pruebas fotográficas de que el vestido le queda bien.

La miro boquiabierta, segura de haber oído mal. —Pruebas… fotográficas.

—Sí —Juega nerviosamente con una de las muchas cremalleras cromadas de su vestido—. Fue bastante insistente.

—Estás bromeando.

—Oh, ojalá fuera así.

Suelto una carcajada que suena descabellada, incluso para mis propios oídos. —¿Y qué? ¿Se supone que tengo que enviarle a mi jefe una selfie desde el probador?

Säsha hace una mueca de dolor. —Entiendo que esto es inusual. Pero fue muy claro. Sin foto, no hay vestido.

—Que no haya vestido me parece genial, la verdad —digo—. Me pondré algo de mi armario. Problema resuelto.

—Señora Everett —suplica—, el señor Lazarev pagó esta cita por adelantado. Pagó el vestido. Pagó los arreglos. Pagó todo lo que ve en esta habitación —Señala las bandejas de joyas, los zapatos alineados junto al espejo, la ropa interior esparcida que me niego a ponerme—. Si se va sin enviar la foto, seré *yo* quien tenga que explicar por qué. Y no quiero hacerlo bajo ningún concepto.

La miro de forma extraña, como si la viera con otros ojos. —¿Te ha hecho algo? —le pregunto.

—¡No! —niega rápidamente con la cabeza—. No, nada de eso. Es solo que no es un hombre al que quiera decepcionar. Eso es todo.

Nos quedamos allí un momento, dos mujeres atrapadas en la órbita de un hombre que ninguna de las dos entiende del todo.

—Está bien —digo—. Una foto. Pero no voy a sonreír.

Exhala con alivio audible. —Por suerte, no había instrucciones al respecto.

Doy un paso atrás, detrás de la mampara. Lentamente, me vuelvo a poner el vestido. Luego saco mi teléfono.

Esto es humillante. Esto es *más* que humillante. Pero la cara de Säsha no deja de aparecer en mi mente. Esa oleada de miedo cuando habló de decepcionarlo…

Levanto el móvil y abro la aplicación de la cámara. La imagen me capta de cintura para arriba. Tela roja, hombros desnudos, pelo revuelto.

Parezco aterrorizada.

Borrar.

Lo intento de nuevo. Esta vez, inclino el móvil hacia abajo. Más vestido, menos cara de pánico.

Sigue sin estar bien. Mi expresión dice: prueba de vida.

Borrar.

Tercer intento. Ejerzo presión hacia atrás en los hombros, levanto la barbilla y canalizo a mi Natasha interior. *¿Cómo me vería si fuera alguien que encaja con Lukas Lazarev?* Entonces, hago la foto.

El resultado es… diría que "aceptable". No es genial, pero sirve. Parezco alguien que asiste a una gala, no alguien a quien apuntan con un arma.

Tendrá que servir.

Busco el contacto de Lukas. Mi pulgar se cierne sobre el botón de enviar.

Esto sigue pareciéndome mal. Intimo de una forma que no había previsto. Pero la oportunidad de dar marcha atrás ya ha quedado muy atrás. Ya estoy metida en esto. Sea lo que sea "esto".

Pulso enviar antes de poder convencerme de no hacerlo.

19

LUKAS

HOME DEPOT - Recibo n.º 439-8038-NYC

Fecha: jueves, 20/11/25, 14:22

Cajero: Miguel R.

(1) Cortapernos, 24" 49,99 $

(1) Tijeras de alta resistencia 34,99 $

(2) Bridas industriales (paquete de 100) 23,98 $

(1) Lona de plástico, 10 x 12 18,99 $

(1) Lejía, potencia industrial 12,99 $

(3) Sacos de obra, 42gal 29,99 $

Subtotal: 170,93 $

Impuestos: 12,82 $

Total: 183,75 $

Siempre he creído que un hombre muestra su verdadero carácter cuando empiezas a quitarle partes de sí.

El hombre que tengo delante aún no me ha mostrado su verdadero carácter. Pero bueno, solo le faltan unos pocos dedos. Aún le queda mucho por perder.

Gime detrás de la mordaza cuando ve que mis ojos se posan en él. Sus manos, lo que queda de ellas, están atadas con bridas a una tubería en el sótano de un almacén en Brighton Beach. El suelo de hormigón está manchado de cosas que preferiría no catalogar.

Miro a Afon, que afila sus tijeras y se prepara para reanudar el trabajo. —¿Crees que a nuestro amigo le apetecería hablar ahora? —le pregunto.

Afon se encoge de hombros y esboza una sonrisa burlona. Su mejilla marcada por cicatrices se arruga con el movimiento. —Supongo que siempre puedes preguntárselo, jefe. No le he cortado la lengua… —Hace una pausa y luego añade—: Todavía.

Asiento y me vuelvo hacia nuestro cautivo. —¿Qué le parece, señor Ochoa? ¿Está listo para tener una conversación sincera?

El hombre atado asiente frenéticamente. Las lágrimas y los mocos le corren por la cara. Intenta decir algo a través de la mordaza, pero solo le salen sonidos ininteligibles y amortiguados.

Le hago una señal a Afon. Él le arranca la mordaza.

—¡Por favor! —gime el hombre—. Por favor, te contaré todo. Te diré lo que quieras.

—Eso es lo que dijiste hace una hora —Me agacho frente a él—. Y luego me mentiste.

—Yo no...

—Me dijiste que no habías hablado con nadie. Eso era mentira —Alargo la mano para agarrarle la cara. Se aparta, pero no tiene

adónde ir. Le aprieto las mejillas con la mano mientras giro su cabeza de un lado a otro.

Está pálido y tiembla bajo mi tacto, probablemente por la pérdida de sangre. Pero sus ojos aún tienen ese brillo que indica que conserva la lucidez. Está aquí. Está despierto.

Es hora de hablar.

—Empecemos por el principio —sugiero—. Quiero que finjas que no sé nada y me cuentes exactamente lo que pasó.

El hombre empieza a abrir la boca, pero le hago callar. —Recuerda —le advierto—, que mentirme sería una muy mala elección.

Observo cómo se le mueve la garganta. El sudor y la sangre resbalan por su nuez y desaparecen bajo el cuello endurecido de su camisa.

Entonces, asiento. —Muy bien. Empieza.

El hombre respira temblorosamente. Sus dedos restantes traquetean contra la pipa. —Hace un par de semanas —comienza—, un equipo de construcción en Astoria encontró huesos en una excavación. Lo comunicaron.

—¿Y?

—Y los restos llegaron a mi morgue —Traga saliva—. Yo estaba de guardia esa noche.

Espero. Afon se acerca un poco más, y las tijeras reflejan la luz.

—Los huesos eran antiguos —continúa el hombre—. La mujer llevaba muerta dieciocho años, quizá más. De mediana edad.

—Sigue.

—Hice lo que me pagaste por hacer, señor —tartamudea el hombre, con mirada suplicante—. Lo registré como no identificado y rellené

los papeles mal a propósito. Me aseguré de que se quedara en el atraso y de que nadie se diera cuenta nunca.

—¿Y luego qué pasó?

Sus ojos se dirigen rápidamente hacia Afon y luego vuelven a mí.

Este es el momento crucial. Su primera respuesta a esta pregunta fue una mentira, y eso es lo que lo ha traído aquí. Queda por ver si es tan tonto como para cometer el mismo error dos veces.

Ochoa baja la barbilla hasta el pecho. —Llamó una periodista. Del *Times*. Dijo que estaba trabajando en un reportaje, casos sin resolver, personas desaparecidas, mierdas por el estilo, y que había recibido un soplo. Preguntó por alguna mujer sin identificar reciente.

Aprieto la mandíbula. —¿Qué le dijiste?

—¡Nada! Lo juro. Le dije que no podía hablar de casos abiertos. Eso es todo.

Me llevo un dedo pensativo a los labios. —Eso no es lo que he oído. Afon, ¿es eso lo que has oído tú?

Afon niega con la cabeza. —No, señor, no es eso —Vuelve a coger las tijeras…

Ochoa vuelve a ponerse a llorar. —Vale. ¡Vale! Me ofreció dinero. Mucho dinero. Más de... —Se detiene.

—Más de lo que te pagué —termino yo.

Asiente. Unos cuantos movimientos espasmódicos y patéticos de la cabeza.

—¿Qué le diste?

—Solo la fecha y el lugar donde encontraron los restos. Eso es todo —jura—. No le di ningún nombre. ¡No había ningún nombre que dar aunque quisiera!

Me levanto. Me crujen las rodillas. Mierda, me estoy haciendo demasiado viejo para esta mierda.

—Y los huesos —continúo—. ¿Dónde están ahora?

—Siguen en el depósito de cadáveres, en la cámara frigorífica. Nadie los ha reclamado. Nadie ha preguntado por ellos, excepto la periodista.

Lo miro con atención. —¿Estás seguro?

—Sí. Reviso los registros todos los días. No hay nada.

Miro a Afon, que arquea una ceja.

—¡Por favor, por favor, Dios, ¡por favor! —suplica Ochoa—. Te lo he contado todo. No hablaré con nadie más. Haré desaparecer todo el papeleo. ¡Haré que todo esto desaparezca!

—Deberías haberlo hecho desde el principio —le digo con frialdad desde donde estoy, por encima de él.

El miserable desgraciado tose sobre su regazo, con la mirada baja. —Lo sé. ¡Lo sé! Lo siento, señor Lazarev. Pero, por favor…

Me alejo de él. Las paredes de hormigón del sótano están cubiertas de gotas de condensación. La única bombilla del techo zumba como si un mosquito estuviera atrapado en el cristal.

Dieciocho años. Ese es el tiempo que he mantenido esto enterrado. Y ahora, por culpa de unos cuantos idiotas con un martillo neumático y este imbécil de técnico de la morgue, algún reportero está husmeando por ahí, haciendo preguntas que podrían desentrañarlo todo.

Pienso en Elena. Aunque no en su rostro ni en su voz; no soporto recordar las partes de ella que conocí.

Solo la recuerdo con el vestido rojo.

—Limpia esto —le digo a Afon.

Mi teniente asiente.

El hombre empieza a gritar antes incluso de que llegue a las escaleras.

No miro atrás.

20

LUKAS

// MMS ENTRANTE — DISPOSITIVO PRIVADO [L. LAZAREV]

// Jueves, 20 de noviembre de 2025, 14:47:03 EST

// Remitente: +1 (718) [redacted]-[redacted]48 [RAE EVERETT]

TIPO_DE_ARCHIVO: imagen/jpeg

TAMAÑO_DEL_ARCHIVO: 3,2 MB

RESOLUCIÓN: 3024 x 4032

Mis zapatos dejan huellas rojas en el hormigón mientras subo. Saco el móvil para ver si me he perdido algo. Tras deslizar el dedo por la habitual avalancha de mensajes y llamadas, y unos cuantos correos electrónicos enfadados de la despechada Natasha, algo detiene mi desplazamiento.

Es otro mensaje. El que estaba esperando.

Me detengo en el rellano. Me parece mal abrirlo aquí. Tengo las yemas de los dedos pegajosas de sangre, al igual que las suelas de mis botas. El hedor a óxido y orina del sótano se me ha pegado.

Aunque me duchara, no hay forma de borrar lo que las cosas que he visto y hecho aquí abajo han hecho a mi alma. Soy un hombre ennegrecido por el pecado. Demasiados años haciendo cosas malas, cosas violentas, me han manchado de una forma que nunca se podrá borrar.

Abrir el mensaje aquí y ahora sería arrastrar a Rae a este lío. Mierda, ella es exactamente lo contrario de este lugar. Es pequeña y temerosa, inmaculada. Llena de braguitas blancas de algodón y un rubor que se extiende desde sus mejillas hasta la clavícula... y quizá más abajo.

Abrir su mensaje aquí sería un pecado mayor que cualquiera de los que he cometido antes.

Lo hago de todos modos.

Es una foto. Mi corazón y mi polla laten al unísono mientras gira el molinete hasta que, por fin, se carga. Y…

Mierda.

Lleva el vestido rojo, el que elegí para ella. La tela granate resbala por el suave contorno de sus pechos. Lleva el pelo suelto y despeinado alrededor de la cara. Su expresión es cautelosa, casi desafiante.

Parece que quiere matarme.

Parece que quiere que la devore.

Me desplomo contra la pared de la escalera. El hormigón está frío y húmedo contra mi hombro. Todavía puedo oír sonidos amortiguados desde abajo, gritos y golpes sordos, pero nada me ha parecido nunca menos importante.

Me fijo en su rostro. Esos ojos marrones. Esa mandíbula tan obstinada. Se esfuerza por parecer indiferente, como si esto no fuera nada.

Pero puedo ver el rubor en sus mejillas, y veo más allá de su fachada.

Sintió algo cuando se puso ese vestido. *Sintió* algo cuando pulsó "enviar".

Eso es exactamente lo que quería.

Bajo la mirada hacia mis manos. Hay sangre bajo mis uñas, rayas marrones secas en los nudillos y una salpicadura en el puño que no había notado hasta ahora.

Estas manos han hecho cosas terribles esta noche.

Estas manos han hecho cosas terribles durante *décadas*.

Y, dentro de unos días, quiero poner estas manos sobre ella.

Cierro los ojos. Su imagen arde detrás de mis párpados. Seda roja contra piel pálida. Esa barbilla pequeña y desafiante. Qué bien se sentiría deslizar estos dedos por la raja húmeda de su coño…

Mierda, casi me corro en los pantalones del traje.

Me enderezo y me doy dos bofetadas en la cara, tan fuertes como para ver las estrellas. —¿Qué coño te pasa, hombre? —me gruño a mí mismo—. Tiene veinticinco años. Es virgen. Es tu puta empleada.

Es todo lo que no debería desear.

Y, sin embargo, la deseo. Oh, por el amor de Dios, la deseo tanto que casi puedo saborearlo.

Me guardo el teléfono en el bolsillo con rabia y subo el resto de las escaleras. Es una noche miserablemente fría. Cuando empujo la puerta oxidada de la azotea, el frío casi me deja sin aliento.

Brighton Beach me llama desde abajo, con las farolas iluminando de naranja el pavimento agrietado. A unas cuantas manzanas, el paseo marítimo bulle con los rezagados de la madrugada. Puedo oler el océano bajo la neblina de basura y gases de escape.

Saco un cigarrillo y lo enciendo. La primera calada me quema la garganta, pero la agradezco. Necesito algo que despeje esta niebla mental.

Esto es un puto problema.

Me estoy obsesionando. De una forma malsana. Y sí, la obsesión es lo que me ha traído a donde estoy en la vida, pero la obsesión por las cosas *correctas*. No por lo que sea que le llames a una chica como Rae.

Llegué a este país sin nada. Tenía catorce años, no hablaba ni una palabra de inglés, no me quedaba familia a la que le importara si vivía o moría. Solo traía una bolsa de lona llena de dinero robado y una necesidad ardiente de sobrevivir.

La Bratva me encontró. O quizá yo los encontré. Sea como sea, en una semana ya estaba haciendo recados. Entregando paquetes, cobrando deudas, aprendiendo qué huesos se rompen más fácilmente y qué herramientas hacen gritar más fuerte a los hombres asustados.

A los veinte, tenía mi propia banda. A los treinta, tenía mi propio territorio. A los cuarenta, tenía toda la costa este en la palma de mi mano.

Los negocios legítimos llegaron después. Primero los inmobiliarios, luego el transporte marítimo, después la tecnología. Capa tras capa de dinero limpio se amontonaba sobre los cimientos manchados de sangre.

Hice lo que había que hacer.

Rompí lo que había que romper.

Y nunca me permití desear nada que pudiera usarse en mi contra.

Hasta que llegó Elena.

Doy otra calada. El humo se enrosca y desaparece en el cielo nocturno. Cuarenta años de disciplina. Cuatro *putas* décadas con la cabeza gacha y las manos ocupadas.

Y ahora, esta chica de ojos de cervatillo amenaza con echarlo todo por tierra.

La puerta de la azotea se abre con un chirrido a mis espaldas. De la oscuridad sale Afon, secándose las manos con un trapo. El trapo está oscuro y mojado. Lo tira a un lado.

—Listo —dice.

Asiento. —¿El cadáver?

—Para mañana será ceniza.

Tiro la colilla al suelo y la aplasto con el pie. —Bien.

Se acerca y se coloca a mi lado; juntos contemplamos el horizonte de Brooklyn. La ciudad sigue su curso, felizmente ajena a lo que acaba de suceder en el sótano.

—La periodista —murmuro—. Va a ser un problema. ¿Qué sabemos de ella?

Afon asiente con gravedad. —Tenemos un nombre. Tenemos una foto.

—Enséñamela.

Saca su teléfono, toca la pantalla y lo levanta.

Miro la foto. Pelo rojo. Pecas. Un rostro agudo e inteligente.

—Se llama —dice Afon—, Jillian Pierce.

21

RAE

R. EVERETT — MEDIDAS (en pulgadas):

Busto: 34 | Cintura: 26 | Caderas: 36

Cuello: 13 | Hombros: 14 | Brazos: 22

Longitud de la entrepierna: 32 | Altura de la cintura: 10 | Contorno de muslo: 21

Instinto de supervivencia: 0 (EE. UU.) / 0 (UE)

Un mensajero de rostro solemne se presentó esta bonita mañana de sábado al amanecer. Yo todavía estaba en pijama, con el pelo revuelto y el aliento a café en todo su esplendor. Me entregó una bolsa de ropa sin decir palabra y desapareció antes de que pudiera siquiera firmar el recibo.

La dejé sobre la cama y no la he vuelto a tocar desde entonces.

Ahora son las cinco de la tarde. El coche estará aquí en una hora, suponiendo que Lukas sea un hombre de palabra, lo cual creo que es una apuesta segura. Mientras tanto, no he hecho nada para prepararme.

De hecho, parezco Óscar el Gruñón. Estoy delante del espejo con unos pantalones de chándal grises y una vieja sudadera con capucha de la universidad, negándome obstinadamente a mirar la bolsa de ropa.

Todo esto es una pésima idea. Debería llamar para decir que estoy enferma. Intoxicación alimentaria. Migraña. Muerte súbita, incurable. Un caso realmente trágico.

Cualquier cosa sería mejor que entrar en esa gala del brazo de Lukas Lazarev como si fuera su último trofeo.

Porque de eso se trata, ¿no? Hacia eso se ha ido encaminando todo. El traslado de trabajo. El aumento de sueldo. El vestido. La tarjeta de crédito. La cita en la boutique, tras la cual una dependienta que temía por su vida me obligó a enviar una prueba fotográfica de que parecía lo suficientemente follable para el gran jefe.

Estoy siendo coleccionada.

Kir me lo advirtió. Natasha me lo advirtió. Mierda, incluso Jillian me lo advirtió, y fue ella quien me *dijo* que fuera.

Me ajusto la sudadera con capucha para cubrirme mejor. Si me quedo envuelta en este algodón gris institucional, estaré a salvo. Pero ponerme un vestido rojo brillante… eso es un problema.

Una mujer inteligente lo dejaría. Mierda, incluso una mujer no tan inteligente habría dicho *"Sayonara"* hace varios delitos.

Y, sin embargo, aquí estoy.

La verdad es que no tengo otra opción. Tengo que hacerlo, porque el tratamiento de Gideon cuesta un montón de jodido dinero. También mi alquiler, mis facturas, mi vida. El simple hecho de *respirar* en público en Nueva York cuesta un cheque de cien dólares.

Lukas lo sabe.

Lo que significa que sabe que estoy atrapada.

Vuelvo a mirar la bolsa de ropa. Dentro hay seda roja y promesas peligrosas. Una versión de mí misma que no reconozco.

¿Qué significa ponérmelo?

De la nada, mi mente se remonta al día después del funeral. Estaba allí de pie, igual que ahora, en nuestro destartalado apartamento de alquiler, con solo diecinueve años y muerta de miedo, preguntándome cómo coño iba a evitar que mi hermano acabara en una tumba prematura. Lo recuerdo claramente. ¿Los años posteriores? No tanto. Son un borrón de comidas saltadas y lágrimas solitarias. Solo lo superé diciéndome a mí misma que el mes siguiente sería más fácil, que el año siguiente sería mejor. Que, sin duda, tarde o temprano, tendría un respiro.

Esta es la oportunidad.

Este es el pacto con el diablo que he estado esperando.

Camino hacia la cama y bajo la cremallera.

La tela roja se derrama como sangre. Son todas las malas decisiones que he tomado, enrolladas en un paquete precioso y aterrador.

Me quito el chándal. Pero cuando ya lo tengo a medio bajar por las piernas, me detengo y frunzo el ceño. Hay una caja más pequeña metida dentro de la bolsa de ropa. La saco y abro la tapa.

Dentro encuentro la lencería de la boutique. Toda: el tanga que se desvanece, el sujetador que desafía la gravedad, ese artilugio de liguero, la honda de David, toda la colección diseñada por la NASA. Säsha debe de haberla empaquetado y enviado junto con el vestido, aunque le dije que no la necesitaba.

Me quedo mirando el contenido durante un buen minuto. Me parece una especie de encrucijada.

Lukas eligió esto. O, al menos, lo aprobó. Se plantó en esa boutique, o llamó, o envió un correo electrónico, o usó la telepatía para comunicar sus deseos a sus subordinados, lo que sea que hagan los

multimillonarios, y tomó decisiones sobre lo que tocaría mi piel esta noche.

Cumplir con todos sus caprichos y deseos, por muy pervertidos que puedan parecer, me ha parecido mi única opción últimamente. Y sí, ya he aceptado que me voy a poner este vestido y me voy a colocar a su lado esta noche.

¿Pero eso significa que tengo que hacerlo llevando las braguitas que él ha elegido personalmente?

Cierro la caja. Luego me acerco a mi cómoda y saco mi propia ropa interior. Es todo lo contrario a lo que hay en la caja. Es de algodón, blanca, aburrida. Venía en un paquete de tres. Definitivamente no está diseñada para ser invisible bajo la seda roja. Puede que incluso se note un poco.

Pero, ¿sabes qué?

No. Me. Importa.

Esto es lo único que puedo controlar esta noche. Esta pequeña e insignificante rebelión que nadie verá jamás, pero, Dios mío, al menos es *algo*. Un término medio entre la sumisión y la rebeldía.

Me pongo la ropa interior y me abrocho el sujetador. Luego me apresuro a ir al baño.

Gracias a mi interminable indecisión, no tengo mucho tiempo. Cojo mi rizador y me peino el pelo en mechones desordenados. Nada sofisticado, solo las ondas justas para que parezca intencionado en lugar de como si hubiera caminado hacia la gala a través de un túnel de viento. Unas cuantas horquillas sujetan los mechones delanteros para que no me caigan en la cara.

El maquillaje es rápido y sencillo. Máscara de pestañas ahumada, un poco de bronceador en los pómulos y un brillo de labios nude que encontré en el fondo de mi bolso. No tengo nada que esté a la altura

del dramatismo de este vestido, así que ni lo intento. Que él sea la estrella del espectáculo; yo solo soy la acompañante en este viaje.

Cuando termino de peinarme y maquillarme, me pongo el vestido y me subo la cremallera. Lo siguiente son los tacones. Son rojos, por supuesto, y altísimos, obviamente. Al menos diez centímetros, quizá más. Me los calzo y me pongo de pie.

Inmediatamente me tambaleo, así que me aferro a la cómoda para mantener el equilibrio. *Por Dios...* ¿cómo caminan las mujeres con estas cosas? Natasha parecía capaz de correr una maratón sin sudar ni una gota. Yo parezco Bambi bajo los efectos de relajantes musculares.

El tiempo apremia, así que cojo el bolso de mano más elegante que tengo, lo cual no es decir mucho, y meto el móvil dentro. Luego me coloco delante del espejo. Y…

…la mujer que me devuelve la mirada es una diosa.

El vestido rojo es pura magia: como un aumento de glúteos, una abdominoplastia y un aumento de pecho, todo en uno. La abertura es atrevida, el escote es pronunciado, y decir que el escote es pronunciado es quedarse muy corto respecto a lo mucho que se ven mis pechos.

Parezco *cara*. Como si supiera la diferencia entre el prosecco y el champán, o qué tenedor usar para la ensalada. Esta mujer de rojo nunca se ha comido un ramen directamente de la olla mientras estaba de pie sobre el fregadero.

Pero mis ojos me delatan. Están muy abiertos y asustados, los ojos de una niña que se disfraza con la ropa de su madre.

Aliso la tela con las manos. Está fresca y resbaladiza bajo mis palmas. —Puedes hacerlo —le digo a mi reflejo—. Es solo una noche. Unas pocas horas. Sonríe, asiente, no tropieces, no te mueras.

Respiro hondo. Luego, otra vez.

Mi teléfono vibra dentro del bolso de mano. Lo saco y miro la pantalla.

Sr. Lazarev

El coche está abajo.

Trago saliva. Pues allá vamos.

22

RAE

GALA ANUAL DE LAZAREV GLOBAL

Hotel Plaza, Gran Salón de Baile

Sábado, 22 de noviembre de 2025 | 18:00 h

El coche es un Rolls Royce negro con cristales tintados. El conductor, vestido con el uniforme completo de chófer, incluida la gorra con visera con el logotipo de las dos *L* entrelazadas, me sostiene la puerta sin decir palabra. Me deslizo al interior.

Nos alejamos de la acera. Mientras nos alejamos, veo cómo mi edificio se va haciendo cada vez más pequeño por la ventana trasera. Mi cutre y pequeña escalera de incendios. Mi cutre y pequeño aire acondicionado de ventana. Mi cutre vida, cada vez más pequeña, hasta que doblamos una esquina y desaparece.

Miro mi teléfono, más que nada por ansiedad o por una esperanza fuera de lugar. No tengo instrucciones de Lukas a partir de este momento, así que voy totalmente a ciegas.

Supuse que estaría en el coche. Definitivamente no está. Es un tipo difícil de pasar por alto.

Así que me siento sola en la parte trasera de este elegante sedán, con un vestido que me parece demasiado sexy incluso para rozar la piel de alguien como yo, de camino a una fiesta en la que no conozco a absolutamente nadie.

No veo cómo esto podría salir mal, ¿y tú?

El conductor nos lleva por el puente hacia Manhattan, atravesando Midtown, y luego hacia el norte, en dirección al Upper East Side. Pasamos por restaurantes de los que solo he leído, edificios con porteros con guantes blancos, mujeres con abrigos de piel bajándose de otros sedanes negros.

Es dolorosamente obvio que no pertenezco a este lugar. *No pertenezco a este lugar. No pertenezco a este lugar. No pertenezco...*

El coche se detiene. Hemos llegado.

Alzo la vista y veo que estamos frente a un enorme edificio de piedra. Parece un museo, o una mansión, o quizá ambas. Las columnas enmarcan la entrada. Una alfombra roja se extiende desde la acera hasta las puertas principales. Los fotógrafos se alinean a ambos lados, con sus cámaras disparando flashes.

—¿Señora? —El conductor me está abriendo la puerta. Ni siquiera me había dado cuenta de que había salido.

Piso la acera. Los tacones se me tambalean, pero me sujeto a la puerta del coche.

—Gracias —digo.

Él asiente, sin sonreír, y se da la vuelta.

Y me quedo sola.

No hay soledad peor que estar sola entre la multitud. Gente glamurosa pasa a mi lado hacia la entrada, vestida de punta en blanco. Todos parecen haber hecho esto mil veces antes. Se ríen, se dan besos al aire y posan para las cámaras como si nada.

Me quedo ahí parada como un cono de tráfico con un vestido de cóctel.

¿Dónde está Lukas? Dijo que asistía como su invitada. ¿No implica eso que él también estaría aquí para, no sé, *acompañarme*?

Saco el móvil y lo compruebo de nuevo, solo para asegurarme. Una vez más, no hay nada.

Un fotógrafo apunta su cámara en mi dirección. El flash me ciega. Parpadeo y doy un paso atrás.

—Lo siento, lo siento —le murmuro.

Cuando se da cuenta de que soy claramente una don nadie, frunce el ceño, como si estuviera enfadado conmigo por haberle hecho perder espacio en la tarjeta de memoria de su cámara.

La multitud sigue fluyendo a mi alrededor. Soy una roca en un río.

Vale. Vale, no pasa nada. Puedo hacerlo. Puedo entrar sola en una fiesta. He hecho cosas más difíciles. He pagado facturas. He presentado la declaración de la renta. He visto a Gideon desintoxicarse en una cama de hospital.

Esto solo es una fiesta tonta.

Enderezo los hombros, aprieto mi bolso de mano y empiezo a caminar con paso firme hacia la entrada.

El interior es aún más intimidante que el exterior. Lámparas de cristal cuelgan de techos que parecen increíblemente altos. Cuadros con marcos dorados cubren las paredes. Un cuarteto de cuerda toca en un escenario que se eleva al fondo. Dondequiera que mire, hay dinero en sus muchas formas: relojes, vestidos de gala, zapatos de tacón rojo, joyas del tamaño de pequeños cometas colgando de las orejas de las ancianas. Una exhibición de riqueza verdaderamente obscena.

Mientras me quedo boquiabierta, un camarero aparece a mi lado con una bandeja de plata. —¿Un canapé? —me ofrece.

Cojo algo sin mirar. Es diminuto y tiene lo que sospecho que podrían ser huevas de pescado por encima.

Se acerca otro camarero. —¿Champán? —me pregunta. Asiento y cojo una copa, solo para tener algo que hacer con las manos.

—Gracias —les digo a ambos. Ninguno responde antes de desaparecer de nuevo en la masa amorfa de la multitud. Supongo que aquí los modales no son tan importantes.

Doy un sorbo a mi copa y le doy un mordisco al canapé. Entonces, a mitad de bocado, lo veo.

Lukas está al otro lado de la sala, de pie junto a una columna de mármol. Lleva un esmoquin negro que le queda a la perfección. Su cabello plateado está peinado hacia atrás. Su barba está bien cuidada.

Parece una estrella de cine. O, como, el presidente o algo así.

Está hablando con alguien a quien no reconozco, con una postura relajada pero imponente. Incluso desde aquí puedo ver cómo la gente se siente atraída hacia él, orbitando a su alrededor como planetas alrededor del sol.

Entonces, sus ojos encuentran los míos.

La conexión es dolorosamente breve. En el reloj, solo pasan unos segundos. Tres, dos, quizá ni siquiera eso. Pero en mi corazón suceden un millón de cosas.

Primero se oprime. Un latido fuerte y doloroso, un agarre en torno al vacío que anhela ser llenado.

Luego, se suelta. Una calidez me recorre de la cabeza a los pies. Me *siento* como el champán, burbujeando por dentro. Estoy derretida y sonrojada de la mejor manera posible.

Luego vuelve a apretar, esta vez con más fuerza…

…porque él ya ha apartado la mirada.

Vuelve a dirigirse al hombre con el que estaba hablando. Dice algo. El hombre se ríe.

Y yo me quedo sintiéndome fría, fría, fría.

Tengo huevas de pescado en la boca y el champán perdiéndose en mi mano. Me siento llamativamente expuesta con este vestido. Por un breve segundo en mi apartamento, pensé que quizá tenía un buen aspecto. Pero el gélido rechazo de Lukas desde la distancia ha hecho añicos esos pensamientos.

Me trago el canapé y lo acompaño con un trago de champán. Más que un trago, en realidad. Más bien un sorbo. Un sorbo y medio, si somos sinceros. Puede que hayan sido dos. Demándame.

¿Pero qué se supone que debo hacer ahora? ¿Ir corriendo hacia allí y darle un golpecito en el hombro, como diciendo *oye, hola, estoy aquí*? ¿Quedarme aquí parada como una planta de maceta hasta que él decida hacerme caso?

Ninguna de las dos opciones me parece muy atractiva.

Una mujer vestida de verde esmeralda me roza al pasar, a punto de tirarme la copa de la mano. No se disculpa ni, de hecho, se fija en mí en absoluto.

Aquí soy invisible. Una completa desconocida. Si Lukas quería humillarme, lo ha conseguido. Si quería que me sintiera como basura, le doy una estrella dorada. Un sobresaliente. Un diez sobre diez. Es muy, muy bueno en esto.

¿Es demasiado pronto para irme? Aunque lograra encontrarlo, el chófer probablemente seguirá el ejemplo de Lukas y fingirá que no existo. Siempre podría coger un Uber. Huir de vuelta a casa, a mis pantalones de chándal y a un litro de helado Ben & Jerry’s con sabor a depresión, suena muy bien en este momento.

Pero mis pies no se mueven. Estoy atrapada por el orgullo o la terquedad, o quizá simplemente por los tacones de diez centímetros que ya me están matando los pies.

También está lo que Jillian y yo hablamos: sacar trapos sucios. De todos modos era una búsqueda inútil, un auténtico tiro al aire, pero se llevaría una gran decepción si me rindiera tan fácilmente.

Tienes carácter, mujer, casi puedo oírla decirme al oído. *Dale buen uso. Hay una mujer muerta ahí fuera que quizá tenga una historia que contar. ¿No quieres escucharla? ¿Por ella? ¿Por ti? Si no por otra cosa, ¿no quieres darle una lección a ese cabrón?*

—Viniste.

Doy un respingo tan fuerte que casi derramo lo que me queda de mi segunda copa de champán. Kir ha aparecido a mi lado. Al igual que su padre, parece que ha venido aquí directamente de rodar un anuncio de colonia.

Su esmoquin es de satén azul medianoche. Lleva el pelo oscuro peinado hacia atrás. Sus ojos grises arden mientras recorren mi cuerpo de arriba abajo y, luego, se estremece imperceptiblemente.

—Por el amor de Dios, Kir —Me llevo una mano al pecho—. Me asustaste.

—Lo siento. —Aunque no parece que lo sienta. Me quita de la mano la copa casi vacía y la sustituye por una nueva de la bandeja de un camarero que pasa por allí—. Parecía que necesitabas que te rellenaran la copa.

—Gracias. Lo necesito.

Me recorre con la mirada de arriba abajo otra vez, aunque con un poco menos de intensidad en los ojos esta segunda vez. —Rojo —dice por fin—. Una elección atrevida.

—En realidad, es la elección de tu padre.

Una sombra se cierne sobre su rostro. —Por supuesto —Da un buen trago a su propia bebida—. Bueno, ya que estás aquí, asegurémonos de que mi padre saque partido a su inversión.

23

RAE

CONTRATO DE TRABAJO — ANEXO 3.31(b)

El empleado reconoce que todo su tiempo personal, sus pensamientos y su autonomía física pueden estar sujetos a la discreción del empleador. El empleado renuncia a su derecho a oponerse.

Firme aquí: _____

Kir me guía entre la multitud con la palma de la mano apoyada en mi espalda. El intenso calor de su mano contra mi piel desnuda contrasta de forma increíble con la frialdad de su padre. Incluso desde el otro lado de la sala, con la espalda hacia mí, el frío de Lukas me hace temblar. Casi me alegro de tener al hijo a mi lado para que me mantenga caliente.

—Sonríe —me insta con un gesto de los labios—. La gente nos está mirando.

Hago que mis labios se curven hacia arriba. —¿Qué tal así?

—Si lo que pretendes es parecer que tienes indigestión, deberían darte un Oscar.

Finjo un grito ahogado. —¡Cómo te atreves a burlarte de mis problemas gastrointestinales!

Él se ríe entre dientes. —Respira, Rae. Relájate. Estás impresionante, así que si la gente te está mirando, no puedes culparlos.

Me sonrojo y me encojo al mismo tiempo. Cerca de la barra, un grupo de mujeres me está mirando con esa mezcla de aprensión, envidia y admiración que las chicas maliciosas siempre sienten ante las nuevas incorporaciones a su entorno. Me resulta muy extraño que los hombres nunca parezcan darse cuenta.

Pero, como era de esperar, cuando miro en su dirección, las tres cabezas rubias se giran al unísono.

—Me siento como si estuviera en una pecera —murmuro.

—En cierto modo, lo estás —coincide Kir con una risa.

—¿Eso me convierte en el pez o en la comida para peces?

Nos detenemos junto a una imponente escultura de hielo con forma de LG, el logotipo de Lazarev Global. Kir reflexiona sobre mi pregunta. —Ambas cosas, creo. Depende de quién esté mirando.

Un camarero pasa deslizándose con una bandeja de algo envuelto en tocino. Kir coge dos y me da uno.

—Come —dice—. Necesitas algo en el estómago. El champán aquí es más fuerte de lo que parece.

Puede que tenga razón, porque, ahora que lo menciona, me siento un poco mareada y aturdida. O tal vez sea solo que no aguanto el alcohol y me he bebido dos copas en apenas unos minutos.

Le doy un mordisco. Es algún tipo de vieira. Deliciosa, obviamente. Eso es algo que se da por sentado en un sitio como este.

—Bueno —digo entre bocado y bocado—, ¿qué se supone que voy a hacer aquí esta noche exactamente?

—Al parecer, lucir hermosa en mi brazo. —Se lleva su propio aperitivo a la boca—. Ya que mi padre parece decidido a ignorarte.

Sigo su mirada al otro lado de la sala. Lukas se ha trasladado a otro grupo de invitados y ahora está estrechando la mano a un hombre mayor con una chaqueta de aspecto militar cubierta de medallas. Incluso desde aquí, puedo ver que el general No-sé-quién está absolutamente *adulando* al infame Lukas Lazarev. Me sorprende que no se haya tirado al suelo para empezar a lamerle las botas.

—No tiene sentido. *Él* me invitó —murmuro—. Escogió mi vestido, envió un coche, todo el paquete. Y ahora, ni siquiera…

—Bienvenida a la experiencia Lukas Lazarev —dice Kir apretando la mandíbula—. Él colecciona. Exhibe. Admira desde la distancia. ¿Obtener un reconocimiento real? Eso es raro. Hay que ganárselo.

—¿Ganárselo cómo?

Kir no responde. Solo se termina el último sorbo de champán y deja la copa vacía en una bandeja que pasa por allí.

—Vamos —dice—. Salgamos a charlar con la gente.

Me resisto. —De verdad, de verdad que no quiero socializar.

—No *todos* son vampiros y sanguijuelas, te lo prometo —Me empuja hacia un grupo de gente cerca del escenario—. Hay algunos humanos decentes aquí. Te los presentaré.

—Kir...

—Relájate, Rae —Su mano se aprieta con más fuerza contra mi espalda—. Estás en una fiesta. Lo menos que puedes hacer es intentar divertirte.

Antes de que pueda protestar más, llegamos al grupo. Tres mujeres, dos hombres, todo de diseño, dientes perfectamente blancos por todas partes.

—Señoras, señores —anuncia Kir con una sonrisa amplia—. Me gustaría presentarles a Rae Everett. Es el miembro más indispensable de nuestro equipo en Lazarev Global.

Lo miro parpadeando. *¿Indispensable? ¿Desde cuándo? ¿Quién es este hombre extraño, encantador y cortés al que solía llamar tirano?*

Una mujer con un elegante corte de pelo negro a lo garçon me tiende la mano. —Yara Soto. Me encargo de las relaciones públicas de la fundación benéfica de los Lazarev.

—¡Hola! —Le estrecho la mano. Su apretón es firme—. Encantada de conocerte.

—Y este es David Barrera —continúa Kir, señalando a un hombre alto de mirada amable—. Se encarga de nuestras colaboraciones internacionales.

David asiente con cordialidad. —Es un placer conocerla, señora Everett.

—Y Ariel Villegas, por supuesto —continúa Kir—. Ella organiza la mitad de los eventos sociales de Manhattan.

Ariel, una pelirroja vivaz con un vestido de lentejuelas doradas, saluda con una mano bien cuidada. —Solo la mitad. Estoy holgazaneando.

—Rae se ha estado encargando de algunos proyectos delicados —explica al grupo—. En realidad, mi padre me la quitó.

—¿Ah, sí? —Ariel me mira con una ceja levantada, dubitativa.

—No tuve mucho que decir al respecto —admito.

Kir sonríe. —Es modesta. No te dejes engañar. No pudo evitar ponerle las manos de encima.

Sonrío y sigo dando vueltas. Los nombres pasan volando a mi lado. Olvido la mayoría de ellos inmediatamente. Pero Kir mantiene su mano en mi espalda todo el tiempo. Llena los huecos cuando me

atasco en una charla trivial. Hace que parezca interesante, realizada. Incluso divertida. Es muy amable por su parte.

—Se te da bien esto —murmuro cuando por fin nos separamos para ir a por más bebidas.

—¿Qué?

—Ser encantador. Caerle bien a la gente.

Se encoge de hombros. —Es una habilidad de supervivencia. Cuando creces como yo, lo aprendes o te ahogas.

Pienso en crecer a la sombra de Lukas Lazarev, aprendiendo a sonreír y a actuar mientras tu padre te observa, o, peor aún, *no* te observa, desde el otro lado de la habitación, juzgándolo todo.

—Debe haber sido duro —digo en voz baja.

El rostro de Kir se ensombrece. —Fue lo que fue.

Frunzo el ceño. —Entonces, ¿por qué lo haces?

Sus ojos vuelven a posarse en su padre al otro lado de la sala. Lukas se está riendo de algo que dice una hermosa mujer vestida de negro.

—Porque él lo espera —murmura Kir. Me tiende una copa de champán recién servida—. Ya basta de eso. Bebe. La noche es joven.

Seguimos hablando con una interminable procesión de gente. Mientras Kir está conmigo, me tratan como si lo mereciera. Al parecer, su aura real se extiende hasta mí. No se me escapa cómo insiste en tocarme. Su mano permanece cerca en todo momento. Mi cintura. Mi codo. La curva de mi cadera.

No sé a qué juego está jugando. Pero estoy demasiado cansada y confundida para detenerlo.

En algún momento, un trío de jazz sustituye al cuarteto de cuerda y el ambiente se anima. Mientras las parejas se dirigen hacia la pista de baile, Kir inclina la cabeza.

—¿Bailas conmigo?

—La verdad es que no...

Me coge de la mano. —Una canción.

Me lleva al centro de la pista de baile, donde todo gira, y me rodea la cintura con el brazo. Mi mano libre se posa en su hombro.

—¿Ves? —dice mientras empieza a balancearse—. No está tan mal.

—Te voy a pisar los pies.

—He sobrevivido a cosas peores.

Nos movemos en círculos lentos. La música es suave, melancólica, pero agradable. —No dejas de mirar hacia la puerta —observa.

—No, no lo hago —digo con sinceridad.

—Entonces, lo estás buscando.

No respondo. Esa acusación es cierta.

También es oportuna, porque justo cuando intento mentir con un vago e inverosímil —No estoy... —lo siento. Esa punzante sensación. El calor, no, el *frío,* de la atención de *alguien* en particular clavándose en la nuca.

Kir también lo siente. Ambos levantamos la vista al mismo tiempo.

Lukas está de pie cerca del borde de la pista de baile. Ya no está hablando con nadie. No está charlando, riendo, ni haciendo de anfitrión cortés.

Nos está mirando.

Su rostro es de piedra. Su mandíbula también. Esos ojos gris oscuro están fijos en la mano de Kir, que descansa sobre mi cadera al descubierto.

El champán que he estado bebiendo toda la noche se convierte en ácido en el estómago.

La música sigue sonando y las parejas siguen bailando a nuestro alrededor. Pero los tres estamos atrapados en una especie de terrible enfrentamiento triangular.

Entonces, Lukas da media vuelta y se dirige con paso firme hacia la cabina del DJ.

—Mierda —susurra Kir.

Veo a Lukas abrirse paso entre la multitud. La gente se aparta para dejarlo pasar sin que se lo pida. Se mueve como un hombre con un propósito. Un propósito *enfurecido*.

—¿Qué está haciendo? —susurro.

Kir afloja el agarre sobre mí. —Nada bueno.

La música se corta a mitad de la canción. Un chirrido de retroalimentación resuena por los altavoces.

—¡Damas y caballeros! —retumba la voz del presentador por todo el salón de baile. Suena nervioso y confundido, como si alguien le acabara de entregar un nuevo guion y le hubiera dicho que lo leyera *o, de lo contrario*... Que, supongo, es exactamente lo que ha pasado —. ¡Tenemos un pequeño cambio en el programa de esta noche!

Un murmullo recorre la multitud. Todos los que están en la pista de baile se detienen y miran a su alrededor.

—Como saben, la Fundación Lazarev se compromete a apoyar causas que nos tocan el corazón —El maestro de ceremonias baraja unos papeles—. Y esta noche vamos a añadir un evento muy especial a las festividades de la velada.

La mano de Kir se aferra a mi cadera. Fuerte. Lo interpreto como una mala señal.

—¡Vamos a celebrar una subasta de solteros y solteras! ¡Todos los beneficios se destinarán directamente a nuestra iniciativa de mentoría juvenil!

Se oyen exclamaciones, risas y charlas emocionadas.

A mí, en cambio, se me hiela la sangre.

Al parecer, a Kir también. Su rostro se ha puesto tan pálido como cuando su padre apareció aquella noche en su despacho. —Tenemos que irnos —dice. Su voz es baja y urgente—. Ahora.

Me arrastra hacia el borde de la pista de baile. Me aprieta la muñeca con tanta fuerza que me deja marca.

—¿Qué está pasando? —tropiezo con mis tacones—. Kir, ¿qué...?

—No hables. Solo camina. Mejor aún, corre.

Me empuja hacia la salida. Tiene la mandíbula apretada y sus ojos recorren la sala una y otra vez. Estamos a punto de llegar a la puerta cuando...

—Y nuestra primera participante —anuncia el presentador—, generosamente ofrecida por el propio Kir Lazarev: ¡la señorita Rae Everett!

Un foco se dirige directamente hacia mí. Es tan brillante que enceguece. Me quedo paralizada.

Cientos de rostros se vuelven hacia mí. Salen los teléfonos. Los flashes de las cámaras se disparan.

Miro a Kir. Su rostro está pálido y sin color. Sus labios se mueven en silencio mientras articula—: *Yo no lo hice.*

—Kir —digo con voz ronca—, ¿qué está pasando?

—No lo sé —Sigue agarrándome la muñeca, pero sus dedos se han vuelto helados—. Te lo juro por Dios, Rae, yo no...

—¡Señorita Everett! —el presentador nos saluda desde el escenario —. ¡Por favor, únase a nosotros!

Dos hombres vestidos con trajes negros aparecen de la nada a ambos lados de nosotros. No se parecen a ningún guardia de seguridad que haya visto antes. Uno de ellos se inclina hacia Kir y murmura—: El señor Lazarev quiere que la suelte ahora mismo.

Kir aprieta la mandíbula. Su agarre sobre mi muñeca se hace más fuerte por un segundo. Luego se afloja, quebrado.

—Ve —dice con voz hueca—. No luches. Será peor si luchas.

—¿Luchar contra *qué*?

Pero él está retrocediendo. Los hombres de negro cierran filas a mi alrededor.

Y el foco se apaga como una estrella fugaz.

24

RAE

LUKAS LAZAREV Cheque n.º 4429

420 Park Avenue, Nueva York, NY 10022

A NOMBRE DE: Youth Mentorship Initiative

Cinco millones con 00/100---------DÓLARES

NOTA: Para la chica de rojo

Los hombres de negro no me tocan. Aunque tampoco tienen por qué. Aunque tengan órdenes de mantener las manos quietas, no es que yo vaya a irme a ninguna parte.

Porque el foco de luz es en sí mismo una jaula. El público es un muro. Todas las salidas están bloqueadas por teléfonos, caras y esa luz implacable y deslumbrante.

Camino hacia el escenario, porque no hay ningún otro sitio adonde ir. El sonido de mi respiración nerviosa se ve ahogado por los aplausos. La gente aplaude. Creen que esto es entretenimiento. Creen que yo estoy al tanto de la broma.

Están muy equivocados.

Subo los escalones hacia el escenario. El presentador me sonríe como si fuera un cerdo premiado en una feria del condado.

—Damas y caballeros, ¿no es impresionante?

Se oyen más aplausos, junto con un silbido lascivo procedente de algún lugar del fondo.

Recorro la sala con la mirada, buscando a Kir, una salida, o a cualquiera que pueda ayudarme.

En cambio, encuentro a Lukas.

Se ha colocado cerca del fondo del salón de baile, con los brazos cruzados y el rostro impenetrable. No aplaude ni sonríe. Solo *observa*.

El maestro de ceremonias, un hombre mayor con un bigote sudado y una pajarita mal anudada, me toca el codo. Me sobresalto. —No seas tímida, cariño. Ven, ponte aquí —Me guía hasta un lugar en el centro del escenario donde todos puedan verme—. Así es.

Estoy temblando. Lo noto en las manos, en la mandíbula, en mis patéticos tobillos temblorosos. El vestido rojo parece un blanco pintado sobre mi cuerpo.

—¡Bien, pues! —dice el maestro de ceremonias, dirigiéndose al público—. ¿Quién quiere abrir la puja por una velada con la encantadora señorita Everett?

Una velada. Ha dicho *"una velada".* ¿Qué significa eso siquiera? ¿Cena? ¿Baile? ¿Algo peor?

Esto es un error. Nunca acepté esto. Quiero bajarme de esta montaña rusa, muchas gracias.

Se levanta una mano cerca de la barra. —¡Cinco mil!

Una carcajada recorre el público. El presentador niega con la cabeza, fingiendo decepción. —Vamos, señores. ¡Mírenla! ¡Es preciosa! Podemos ofrecer más.

Otra voz se alza, en algún lugar a mi izquierda. —¡Diez mil!

Eso abre las compuertas.

—¡Quince!

—¡Veinte!

Las cifras suben, y las filas se hinchan con más y más hombres gritando desde las profundidades anónimas y sombrías de la multitud. Se me revuelve el estómago un poco más con cada uno. Me están *vendiendo*. Aquí mismo, ahora mismo, delante de Dios, de Lukas y de la alta sociedad de Manhattan, me están subastando como si fuera una cómoda antigua en una venta de objetos de segunda mano.

Vuelvo a mirar a Lukas. A pesar de la luz penetrante que me ciega los ojos y de la penumbra que proyecta sobre la multitud reunida, todavía puedo verlo, allá al fondo, elevándose por encima de todos desde su atalaya.

No se ha movido. Su rostro sigue impasible e inflexible.

¿Es *esto* lo que quería? ¿Para esto me trajo aquí? ¿Para humillarme delante de todo el mundo?

—¡Cincuenta mil! —Sorprendentemente, esta vez es la voz de una mujer. No veo quién es, pero siento una punzada de traición de género.

El presentador silba. —¡Cincuenta mil dólares! ¿Alguien ofrece sesenta?

Aprieto mi bolso de mano tan fuerte que el cierre se me clava en la palma. Por extraño que parezca, el dolor me devuelve a la realidad. Al menos, me recuerda que sigo aquí, que sigo respirando.

Por desgracia, también me recuerda que no estoy *soñando*, así que no todo es bueno.

—¡Sesenta!

—¡Setenta y cinco!

Oh, qué bonito. Para alguien valgo setenta y cinco mil dólares. La idea me da ganas de reír. O de gritar. O de vomitar. Quizás las tres cosas.

A medida que la subasta continúa, los números empiezan a difuminarse. Me arde la cara bajo las luces y el sudor me resbala por la espalda.

—¡Cien mil!

La voz arrogante proviene de mi derecha. Me giro y veo a un hombre alto y delgado, de unos treinta años, con el pelo peinado hacia atrás y una sonrisa que me pone los pelos de punta. Lleva un reloj que puedo ver perfectamente desde aquí arriba, incrustado de diamantes.

—¡Vaya, que me parta un rayo, si no es Preston Howell! —anuncia el presentador—. ¡El director ejecutivo de Howell Technologies! Damas y caballeros, ¡qué grupo tan ilustre se ha reunido aquí esta noche! ¿Quién se quedará con el premio mayor?

Preston me guiña un ojo cuando me ve entrecerrar los ojos en su dirección. —Vales cada céntimo, cariño. Te prometo que te lo pasarás en grande.

Siento un vuelco en el estómago. Algunas personas se ríen, mientras que otras hacen chistes obscenos en voz baja que finjo no oír.

Voy a vomitar.

—¡Cien mil es la puja actual! —exclama el presentador—. ¿Alguien ofrece ciento veinte?

El silencio es sepulcral. La sonrisa de Preston se ensancha. Cree que ha ganado.

Entonces...

—Quinientos mil dólares.

La voz me resulta familiar.

Kir.

La sala se queda completamente en silencio. Incluso al presentador se le cae la mandíbula.

Lo ubico entre la multitud. Está de pie cerca del borde de la pista de baile, donde lo dejé, con la copa de champán aún en la mano. Pero no me mira.

Está mirando a su padre.

Sus miradas se cruzan. Gris sobre gris. Fuego sobre hielo. Pasa algo entre ellos que no puedo descifrar, algo antiguo, amargo y peligroso.

La sala estalla en exclamaciones y susurros escandalizados. Uno a uno, los asistentes se van pasando el mensaje de lo que está sucediendo. Todas las miradas se dirigen hacia los dos Lazarev, que se lanzan miradas asesinas desde extremos de la sala, esperando a ver qué va a pasar a continuación.

Yo también estoy esperando.

Lukas no se mueve. No levanta ni una paleta ni una mano. Solo vuelve a hablar, esta vez más alto.

—Cinco millones.

…

…

…

Me quedo con la boca abierta.

A Kir le pasa lo mismo.

Preston Howell levanta las manos. —¡Por Dios, Lazarev! Es una subasta benéfica, no una puta adquisición hostil. Ni un concurso para ver quién la tiene más larga…

Lukas lo ignora. Sus ojos se cruzan con los míos al otro lado de la sala.

Y, por primera vez esta noche, me *mira* de verdad.

No a través de mí.

No más allá de mí.

A mí.

A *mí.*

La sala contiene la respiración.

Lukas se arregla la chaqueta. Se mueve como si tuviera todo el tiempo del mundo. Un botón. Dos. —Cinco millones de dólares —repite. Su voz llega a todos los rincones de la sala sin esfuerzo, como un estampido sónico que avanza lentamente—. La subasta ha terminado. La chica me pertenece.

Las manos del presentador tiemblan mientras levanta el micrófono. —¡Cinco millones! ¡V-vendida! ¡Al señor Lukas Lazarev!

Estallan unos aplausos dispersos, aunque nerviosos e indecisos. La gente no sabe si debe aplaudir o huir.

Me quedo horrorizada en el escenario. Mi cerebro no procesa lo que acaba de pasar. Cinco millones de dólares. Por *mí*. Por una velada *conmigo*.

¿Qué significa eso?

Lukas empieza a abrirse paso entre la multitud. La gente se apresura aún más frenéticamente para apartarse de su camino que la primera vez. Pero aun así, con todas las miradas puestas en él, se toma su tiempo. Se mueve como el agua entre las rocas.

Suave. Implacable. *Inevitable*.

Llega al escenario y sube los escalones. Sus ojos no se apartan de mi rostro.

De cerca, es abrumador. El esmoquin negro le queda como una armadura. Su cabello plateado refleja las luces del escenario y brilla.

Se detiene frente a mí, tan cerca que puedo oler su colonia, esa menta oceánica, y un almizcle ahumado y primitivo debajo.

Sus ojos recorren mi cuerpo de arriba abajo. Es un lento recorrido de la cabeza a los pies, absorbiendo cada centímetro de seda roja que se ciñe a mis curvas.

Me siento más desnuda que si realmente estuviera aquí arriba con mi traje de Natasha.

Esto es exactamente lo que él imaginó; lo sé con absoluta certeza. Cuando eligió este vestido, cuando lo envió a mi apartamento, cuando organizó el coche y los diamantes y todo lo demás... estaba imaginando este momento exacto.

A mí, de pie aquí.

Expuesta. En exhibición.

Suya.

La humillación me quema en el pecho. ¿Es así como se siente ser su "algo interesante"? ¿La última baratija de la colección de Lukas Lazarev?

Pero debajo de la vergüenza hay otra cosa. Algo que se parece muchísimo a… *orgullo.*

Porque pagó cinco millones de dólares. Por *mí*.

No por Natasha, con su figura perfecta y su confianza inquebrantable. No por ninguna de las ricachonas guapísimas de la alta sociedad que hay en esta sala.

Por mí. La chica común, corriente, con ropa interior de algodón.

Un pequeño rincón de mi corazón está muy, muy contento.

Su mirada completa su recorrido y vuelve a mi rostro. Esos ojos grises están oscuros. *Hambrientos*.

—Señor Lazarev... —empiezo a decir.

Me coge de la mano.

Sus dedos se cierran alrededor de los míos. Son fríos al tacto y firmes, y *no* están pidiendo permiso.

Luego se da la vuelta y me lleva fuera del escenario.

Tropiezo tras él. Mis tacones se enganchan en los escalones, pero él no reduce el paso. Su fuerte agarre se aprieta y me mantiene en pie.

La multitud se hace a un lado para dejarnos pasar. Es un mar de seda y diamantes y de ojos grandes y curiosos. Todo el mundo nos mira y susurra detrás de sus manos. No puedo oír lo que dicen, pero creo que es mejor así.

A un lado, veo a Preston Howell frunciendo el ceño mientras se toma su copa. Veo a Ariel, la pelirroja vestida de oro, con la boca abierta de asombro. Veo mil rostros que no reconozco, todos mirándome boquiabiertos y horrorizados.

Luego veo a Kir.

Ahora está solo, como si nadie se atreviera a acercarse a él. Su copa de champán cuelga olvidada a su lado.

Su rostro está ceniciento, sus ojos grises, vacíos. Parece como si un caballo le acabara de dar una patada en el estómago.

Lukas cambia de rumbo para pasar junto a él. Nos acercamos sin detenernos, lo justo para que Lukas se incline y le suelte a su hijo una sola frase al pasar:

—Ya deberías haber aprendido, chico —gruñe—. No comparto lo que es mío.

25

RAE

HOSPITAL SILVER HILL - ADMISIÓN DE PACIENTES

Fecha: 15 de marzo de 2021

Paciente: [OMITIDO]

Edad: 24

Diagnóstico de ingreso: TEPT agudo, episodios disociativos

Resumen del informe del incidente—: Paciente encontrado inconsciente tras un encuentro con [OMITIDO]. Traumatismo psicológico grave. El paciente es incapaz de hablar con coherencia sobre los hechos. Frases repetidas: "No paraba" y "Le dije que no".

Parte pagadora: Howell Technologies (acuerdo de confidencialidad adjunto)

Duración de la estancia: 191 días (en curso)

Lukas me arrastra por un pasillo lateral. Cuando cierra la puerta tras nosotros, el ruido del salón de baile se desvanece.

Incluso en este pequeño pasillo de servicio, la opulencia es una locura. Apliques de cristal bordean las paredes, proyectando charcos de luz cálida sobre el suelo de mármol, que está adornado con lechada dorada.

Le arranco la mano. Lo consigo, y así es como sé que me ha dejado hacerlo.

Porque, si Lukas Lazarev no quisiera soltarme, simplemente no lo haría. Y yo no tendría nada que decir al respecto.

—¿Qué *demonios* ha sido eso? —chillo.

Mi voz resuena contra las paredes, fuerte y aguda. Lukas se detiene y se vuelve hacia mí. Su ceño fruncido, impasible, no cambia.

—Eso —dice—, era una subasta benéfica.

Le señalo con el dedo en el pecho. —No te atrevas a hacerte el tonto conmigo. ¡Acabas de pagar cinco millones de dólares para humillarme delante de todo el mundo!

—He donado cinco millones de dólares a un programa de mentores para jóvenes —declara con tono solemne—. Deberías agradecerme.

Me río histéricamente, justo en su cara. —¡¿Qué parte de "subastarme como si fuera ganado" merece gratitud?! ¡Me has vestido con esta, esta… *cosa,* y me has exhibido por ahí, y has dejado que una horda de gente me agite dinero en la cara por diversión! ¿Qué es eso si no es un ritual de humillación?

—Yo pujé más alto que ellos.

—¡Esa no es la puta cuestión!

Da un paso hacia mí. Yo me mantengo firme. —Entonces, ¿cuál *es* la cuestión, señorita Everett?

Sé a dónde quiere llegar, y sé que quiere que lo diga. Así que, tras una inhalación temblorosa, digo—: Kir…

Siento que se me llenan los ojos de lágrimas y no estoy muy segura de por qué. Tristeza por Kir, tal vez.

Algo que dijo esta noche se me quedó grabado.

—Debió ser duro.

—Fue lo que fue.

—Entonces, ¿por qué hacerlo?

—Porque él lo espera.

Alzo la mirada para encontrar la de Lukas. —¿Por qué le hiciste eso?

Un músculo de su mandíbula se contrae. —¿De eso se trata? ¿De mi hijo?

—Parecía destrozado, Lukas. Lo has humillado delante de todos sus conocidos.

—Sobrevivirá.

—Eso no es... —Niego con la cabeza—. ¿Por qué? ¿Qué hizo que fuera tan terrible? Fue amable conmigo. Bailó conmigo. Eso es todo.

Lukas entrecierra los ojos. —Metió las manos en algo que no le pertenece.

Me echo atrás de inmediato. —Yo no le pertenezco a nadie.

—A partir de esta noche, sí —Extiende la mano. Sus dedos apartan un mechón de pelo de mi cara. El contacto es sorprendentemente suave, pero no hay nada de tierno en la mirada de sus ojos—. He pagado por ti. Eso te convierte en mía.

Le aparto la mano de un manotazo. —No estamos en el siglo XIX. No se puede *comprar* a la gente así como así.

—Ya lo verás.

Nos quedamos allí de pie en el cavernoso pasillo. Mi pecho se agita con fuerza. El suyo está perfectamente inmóvil.

—A tu hijo le importa lo que pienses —digo impotente—. Dios sabe por qué, pero le importa. Y tú acabas de destrozarlo delante de todo el mundo. ¿Para qué? ¿Para demostrar algo? ¿Para mostrar a todos quién manda? Eres el Lobo Feroz, ¿eh?

Lukas no responde de inmediato. Solo me mira con esos ojos grises e indescifrables.

Luego, dice—: Mi hijo necesitaba recordar cuál es su lugar.

—¿Su *lugar*?

—Sí —Se acerca y yo retrocedo hasta que mi espalda choca contra la pared y no hay ningún sitio más adonde ir. —Y tú también.

—¿Qué lugar es ese? —le pregunto con tono acusador. Me tiemblan los dedos y la voz, pero no aparto la mirada—. ¿Arrodillada a tus pies? ¿Es eso lo que quieres? ¿Quieres que me humille?

—Dímelo tú, señorita Everett. ¿Es ahí donde quieres estar?

—En este momento, quiero estar en cualquier sitio menos aquí.

—Oh, no creo que eso sea cierto en absoluto —Lukas se ríe sin alegría. Su dedo áspero me roza la parte inferior de la barbilla—. Creo que estás *exactamente* donde quieres estar.

Quiero negarlo, pero mi pulso me delata. Late con fuerza contra mi garganta, transmitiendo cada cosa vergonzosa que siento al hombre que está provocando esos sentimientos.

Porque esta es la horrible verdad: *estoy* exactamente donde quiero estar.

Apretada contra la pared por un hombre que acaba de gastarse cinco millones de dólares para reclamarme, y me *encanta*.

Acobardada ante un hombre que me aterroriza, y *ardiendo* de calor y deseo.

Poseída por un hombre que hace que mi sangre cante, que mi piel se erice y que mi interior se contraiga con algo que nunca antes había sentido…

…y lo *deseo* tanto que casi no puedo respirar.

Me odio a mí misma por eso. Todas esas pequeñas cosas que están pasando en mi cuerpo, las odio a todas y cada una de ellas.

Desprecio cómo mi respiración se vuelve entrecortada.

Mis pezones se han endurecido contra la seda de este maldito vestido, y quiero arrancármelos y tirarlos lejos para siempre.

¿Este calor líquido que se filtra por mis extremidades como miel, acumulándose entre mis muslos, calentando mi bajo vientre hasta convertirlo en algo fundido y vivo? Es horrible, horrible, horrible.

Lukas me observa mientras lucho. Sus ojos grises siguen cada microexpresión que se dibuja en mi rostro. No hay nada que se le escape. Tampoco tiene que preguntar qué está causando todo esto.

Lo sabe.

Es él.

Parece sumamente satisfecho. No engreído, eso requeriría emoción humana. No, esto es algo mucho más frío y antiguo. Insensible, en realidad. Como un científico que observa cómo se confirma una hipótesis.

Su pulgar recorre mi mandíbula. —Tu cuerpo sabe lo que quieres —murmura—. Aunque tu orgullo no quiera admitirlo.

—Mi cuerpo no sabe nada —susurro.

Es una mentira patética, pronunciada de forma patética. Bien podría haber dicho: *Sí, papi, lo que tú quieras*.

—¿No? —Gira la palma de la mano para apoyarla contra mi cuello y poder sentir mi pulso—. Entonces, ¿por qué te late tan rápido el corazón?

—Porque estoy *enfadada*.

Lukas niega con la cabeza. —Tengo otra palabra para eso.

Seguro que sí. Lo que él está pensando probablemente coincide con el torbellino de palabras que me rondan por la cabeza en este momento.

Ansia.

Miedo.

Confusión.

Deseo.

Deseo, deseo, deseo.

Lukas me observa mientras me debato internamente. Su rostro no se mueve ni un ápice, pero algo brota en sus ojos. Un raro destello de *calor* bajo todo ese hielo. Fuego en la tundra.

—Quiero que entiendas algo, Rae. —Se inclina hacia mí, casi nariz con nariz—. No pagué cinco millones de dólares solo para poseerte. Los pagué para que nadie más pudiera hacerlo.

Si no fuera porque me sujeta por el cuello, me habría derretido en el suelo. —¿Qué? —gimo.

Lukas frunce los labios. —Por ejemplo, ¿sabes qué tipo de hombre es Preston Howell? ¿Sabes lo que les hace a las mujeres que llaman su atención?

—Yo…

—Las usa y las desecha —Su mano se cierra en un puño contra la pared de mármol—. Hay un rastro de chicas balbuceantes y

destrozadas en hospitales psiquiátricos de todo el país, cortesía de *él*.

Trago saliva con dificultad. —No lo sabía.

—Por supuesto que no. No sabes nada de este mundo —Su aliento es cálido y fragante contra mi cara—. Has entrado aquí esta noche con un vestido que grita "tómame", y no tienes ni idea de qué tipo de depredadores te acechan.

—*Yo* no elegí el vestido —espeto—. ¡Lo elegiste *tú*!

Su boca se tuerce hacia un lado. ¿Es arrepentimiento? No. No puede ser. Eso no tiene ningún sentido.

—Sí —admite—. Lo hice.

—¿Y eso en qué te convierte? ¿En otro depredador?

Lukas no responde al principio. Sus ojos recorren mi rostro como si buscaran algo. No sé qué.

—Quizá —concede finalmente—. Pero llámalo como quieras, deberías tenerme miedo.

—Créeme, lo tengo.

—Bien —Se despega de la pared y da un paso atrás. La repentina distancia me deja helada—. Entonces, quizá me escuches cuando te diga que te mantengas alejada de mi hijo.

Suelto una risa amarga. —Kir es la única persona de tu empresa que se ha portado bien conmigo.

—Kir está jugando. Eres demasiado ingenua para darte cuenta.

Niego con la cabeza. —¿Qué juego? Se disculpó por haber intentado ligar conmigo. Me ha presentado a la gente esta noche. Me ha hecho sentir como si realmente perteneciera a este lugar.

—Te estaba utilizando para llegar a mí.

—¡No todo gira en torno a *ti*, Lukas!

—Con Kir, sí lo es —gruñe—. Todo lo que hace está calculado para provocarme. Cada mujer a la que persigue, cada trato que hace... todo está diseñado para demostrar que él es mejor que yo.

—Quizá solo quiera tu aprobación.

La mirada que me lanza Lukas es casi de lástima. —No sabes de lo que estás hablando.

—Entonces, explícamelo.

—No.

—¿Por qué no?

—Porque no es asunto tuyo —Se da la vuelta—. La noche ha terminado. Haré que un coche te lleve a casa.

Me aparto de la pared. —¿Eso es todo? ¿Me sacas a rastras del escenario, me atrapas en un pasillo y ahora simplemente vas a despedirme?

—Sí —No se vuelve—. Eso es exactamente lo que voy a hacer.

Se aleja furioso por el pasillo. Tras un minuto de indecisión y una mirada nostálgica hacia la puerta por la que entramos, lo sigo.

Salgo al exterior, a la gélida noche. El chófer de antes está esperando en una entrada lateral, con su coche ronroneando detrás de él. Lukas está junto a la puerta trasera, manteniéndola abierta en una burla de caballerosidad.

No lo miro mientras me subo al asiento trasero. Aunque la calefacción del coche está a tope.

Lukas no se sube. Se inclina, con una mano apoyada en el techo del coche, y asoma la cabeza por la puerta abierta. Me agarra de la muñeca para que no pueda escaparme. Su cara está a pocos centímetros de la mía.

—Una cosa más —dice.

Aguanto la respiración.

Sus labios rozan el pabellón de mi oreja. El contacto me envía una sacudida por la columna vertebral.

—Me he dado cuenta de que no llevabas la lencería que te envió Säsha.

Se me hiela la sangre. *¿Cómo es que...?*

—La próxima vez que recibas instrucciones mías —continúa, con su voz ronca y grave rozando mi piel—, las seguirás al pie de la letra… o podrías encontrarte en el escenario de la próxima gala, sin llevar nada puesto —Su aliento es cálido, pero sus palabras son hielo—. ¿Me he explicado bien?

Se agacha hasta la abertura lateral de mi vestido y la aparta lo justo para dejar al descubierto el sencillo borde blanco de mis braguitas. Sus dedos en un lugar tan íntimo me hacen sentir ardor y escalofríos a la vez.

Su rostro se contorsiona en una mueca de irritado disgusto al ver la prueba de mi rebeldía.

Entonces, Lukas retira la mano. Se endereza. Mira al conductor y asiente una sola vez.

Cierra la puerta y, así, sin más, la noche más extraña de mi vida llega a un final rápido y despiadado.

26

LUKAS

PERMISO DE DEMOLICIÓN DE NUEVA YORK

Estructura a demoler: Vínculo padre-hijo

Ubicación: El Hotel Plaza

Fecha: 22 de noviembre de 2025

Método: Humillación pública

Posibilidad de reconstrucción: No

Las luces traseras desaparecen al doblar la esquina. Me quedo allí de pie durante mucho tiempo después, en la oscuridad gélida, sin mirar nada.

Me duele la polla. No es el tipo de dolor bueno, sino el que significa que estoy en problemas.

El vestido rojo fue un error. Lo supe cuando lo elegí. Lo supe cuando vi la foto. Y lo supe con toda certeza esta noche, cuando Rae entró en ese salón de baile y todas las cabezas se giraron.

Elena vestía de rojo la noche que nos conocimos. No le quedaba bien, pero eso no importaba. Seguía siendo la mujer más hermosa

que había visto jamás.

Rae no es Elena. Lo sé. El parecido es, como mucho, superficial. El color del pelo, sí, y el de los ojos. Los rasgos delicados de sus rostros comparten cierta forma.

Vale, está bien, son prácticamente idénticas.

Pero cuando se subió a ese escenario esta noche, temblorosa y desafiante, sentí que algo familiar se resquebrajaba dentro de mí. Algo que creía haber sellado y enterrado para siempre, literalmente, hace dieciocho años.

Saco mi paquete de cigarrillos y enciendo uno. El humo me quema los pulmones desde dentro hacia afuera. Últimamente me doy cuenta de que los necesito cada vez más. Cada vez que pienso en Rae, fumo. Así es como he fumado medio cartón en una semana.

Blyat'. Esto es un puto desastre, y acabo de convertirlo en algo muy *público*.

He pagado cinco millones de dólares por una mujer que tiene la mitad de mi edad. Una virgen que trabaja para mí.

Soy un hombre enfermo, muy enfermo.

Me doy la vuelta hacia el edificio. El cigarrillo cuelga de mis labios, a medio fumar. Pero parece que mi noche de errores no ha terminado…

…porque Kir me está esperando en la entrada lateral.

Está encorvado contra el marco de la puerta, con los brazos cruzados. Su esmoquin está ahora arrugado y su pelo ha perdido el peinado tan pulcro, como si se hubiera estado pasando las manos por encima obsesivamente.

—Padre —Ningún hijo vivo ha pronunciado jamás esa palabra con más desdén.

Doy otra calada mientras reanudo mi paseo hacia la puerta que él bloquea. —Apártate, hijo.

No lo hace. —Tenemos que hablar.

—No, no tenemos que hablar.

—Acabas de pagar cinco millones de dólares para comprar a mi empleada —Un aire de peligro temerario hierve bajo su tono—. Creo que eso justifica una puta conversación.

—Ya no es tu empleada —Dejo caer el cigarrillo y lo aplasto con el talón—. Es mía.

—Es un puto ser humano.

—¿Desde cuándo te importa eso?

Los tendones de su cuello se marcan con nitidez mientras me mira con ira. —¿Qué se supone que significa eso?

—Significa que te vi acorralarla en tu despacho hace dos semanas, y entonces te parecía mucho más una "presa" que un "ser humano" —Me acerco, pero él no retrocede—. No finjas que te importa un comino su bienestar.

Levanta la barbilla con orgullo. —Ya me disculpé por eso.

Resoplo. —Qué noble.

—Fue un error. Estaba borracho y con la cabeza hecha un lío, y no… —Se detiene y respira con dificultad—. Esa no es la cuestión.

—Entonces, ¿cuál es?

—La cuestión es que estás obsesionado con ella —Me señala con el dedo en el pecho—. He visto cómo la miras. Como si fuera...

—Cuidado, chico.

—Como si fuera...

—Te lo advierto...

—Como si fuera *mamá*.

Siento la ira de una forma diferente a la mayoría de los hombres. Todas las historias que he leído describen la ira como una llama al rojo vivo que te atraviesa y quema todo lo que toca. Quizá por eso siempre he fumado: para intentar sentir algo de eso por mí mismo.

Porque la rabia que siempre he sentido es muy, muy diferente.

Exteriormente, mi rostro se queda en blanco y cada centímetro de mi cuerpo permanece perfectamente inmóvil. Pero bajo la superficie, es como el invierno. Frío, jodidamente frío. No un frío protector, ni un frío agradable, sino el frío más desagradable que jamás haya existido, un frío violento a un grado de aniquilar toda la vida a su paso. Es un frío que apaga el alma y el aliento. Es un frío *mortal*.

Es extraño, entonces, que el chico que comparte mi ADN sea puro fuego. Puedo verlo en sus ojos. Llamas gemelas.

—Es verdad, ¿no? —La mirada de Kir es ahora brillante y furiosa—. Pelo rubio, ojos marrones, misma complexión. Incluso tiene más o menos la misma edad que tenía mamá cuando la conociste.

—No sabes de qué coño estás hablando, Kirill.

—Sé que has estado solo durante dieciocho años. No has mirado a otra mujer desde que ella murió —Aprieta los puños a los lados—. Y ahora de repente compras vestidos y envías coches y pagans una fortuna por una chica que resulta ser la viva imagen de...

—¡Basta!

—...la mujer a la que *asesinaste*.

Mi mano se mueve por sí sola, impulsada por una rabia gélida. El sonido de la bofetada rebota en las paredes de piedra.

La cabeza de Kir se gira bruscamente hacia un lado. Una marca roja florece en su mejilla, justo donde le golpeé.

No se la toca. Simplemente se vuelve para mirarme. Ahora sus ojos son duros. Por una vez, se parecen a los míos.

—¿Te sientes mejor? —pregunta con sarcasmo.

No respondo. Me arde la palma de la mano.

—¿Sabes cuál es la diferencia entre nosotros, padre? —Se arregla la chaqueta y se alisa el pelo, recomponiéndose poco a poco—*. Sé* que estoy destrozado. *Sé* que estoy jodido. No finjo lo contrario. ¿Pero tú? —Niega con la cabeza—. Tú realmente crees que tienes el control. Sigues pensando que todo esto, el dinero, el poder, el miedo que infundes en la gente, te hace *fuerte*.

Se hace a un lado, despejando por fin la entrada.

—Estás tan destrozado como yo —concluye—. Solo que tú lo ocultas mejor.

Dicho esto, Kir se da la vuelta para marcharse.

No se lo permito.

Una vez más, mi mano se lanza por su cuenta. Esta vez, lo agarra por el cuello. Un empujón y queda inmovilizado contra la pared de piedra, con mi antebrazo presionado contra su garganta. El impacto le deja sin aliento.

—No vas a alejarte de mí —le gruño—. Soy tu puto *padre.*

La marca roja en su mejilla ya se está oscureciendo hasta convertirse en un moratón. Pero él no aparta la mirada. Sus ojos se clavan en los míos, burlones.

—¿Qué vas a hacer? —espeta—. ¿Darme otra bofetada? Adelante. No cambiará nada.

—Crees que sabes lo que pasó con tu madre, pero no sabes una mierda.

—Tenía doce años, no era ciego —Tiembla de rabia—. Veía los moratones en sus brazos, padre. Veía cómo se estremecía cuando entrabas en una habitación. Dejó de comer. Dejó de *hablar*.

Aprieto con más fuerza su cuello. —Yo...

—¿Cuánto tiempo pasará hasta que Rae también desaparezca? ¿Así es como va a ser? ¿Se irá marchitando hasta que un día, *de repente*, ya no esté?

Algo dentro de mí grita como si me estuvieran desgarrando. No es culpa, nunca culpa. Pero es *algo*. Una fisura en el hielo que me ha mantenido en pie durante casi dos décadas.

Lo suelto y doy un paso atrás. Me tiemblan las manos, aunque prefiero morir antes de dejar que él lo vea.

—No entiendes lo que significa proteger lo que es tuyo —digo. Mi voz suena muy mal. Demasiado ronca. Demasiado humana—. En nuestro mundo, la protección es diferente. Tiene que serlo.

—*Tu* mundo —me corrige Kir—. No el mío.

—¡Es el mismo mundo, chico! Todo lo que he construido, la empresa, la Bratva, el imperio, existe para que lo que es mío nunca pueda ser arrebatado. Una cosa permanente en esta vida —Lo miro a los ojos—. Eso es lo que heredarás.

Kir se ríe en mi cara. —¿Crees que quiero algo de esto? ¿Dinero manchado de sangre? ¿Secretos? ¿Cadáveres enterrados en putos sótanos?

Me quedo inmóvil.

—No quiero lo que tú tienes. Estoy intentando construir algo que no requiera asesinatos para mantenerse.

El frío en mi pecho vuelve, más profundo y más doloroso que antes. —No puedes elegir qué partes heredas, Kirill. Te lo quedas todo o te vas con las manos vacías.

—Pues que se joda todo. Quizá me vaya.

—Si alguna vez siquiera te lo planteas, no tienes nada que hacer al frente de Lazarev Global —Me arreglo los puños y vuelvo a endurecer mi expresión hasta convertirla en piedra—. Y desde luego no tienes nada que hacer cerca de Rae Everett —Me acerco un paso —. Así que mantente alejado de ella. Deja de intentar hacerte el héroe. No puedes salvarla de mí. Mierda, chico, ni siquiera puedes salvarla de ti mismo.

Kir abre la boca para soltar alguna respuesta mordaz. Puedo ver cómo se forman las palabras, cómo se acumula el veneno.

No le doy la oportunidad.

—¿Quieres ser útil? —lo interrumpo—. ¿Demostrar tu valía? Bien. Tengo un trabajo para ti.

Duda. La sospecha se refleja en su rostro.

—Hay una periodista llamada Jillian Pierce —continúo—. Quiero que la mates.

Kir se queda sin palabras.

Lo miro a los ojos. —Así es la herencia, hijo. Este es el precio del imperio que dices despreciar.

Me mira fijo. La marca en su mejilla se está volviendo más morada.

—Quieres que demuestre que no soy como tú —resume lentamente, atónito—. Convirtiéndome *exactamente* en alguien como tú.

—Quiero que demuestres que entiendes lo que está en juego —Lo empujo a un lado y me dirijo hacia la puerta—. Esa mujer, Pierce, es un problema. Los problemas se resuelven. Si no puedes con eso… entonces no eres hijo mío.

Dicho esto, lo dejo atrás y vuelvo al interior.

27

RAE

GOOGLE TRENDS - 24 de noviembre de 2025

Búsquedas en tendencia (Nueva York):

1. —rae everett— ↑ 2 847 %

2. —subasta Lazarev— ↑ 1 923 %

3. —quién es rae everett— ↑ 1 647 %

4. —la chica de los 5 millones de dólares— ↑ 1 234 %

5. —novia de Lukas Lazarev— ↑ 1 089 %

Los rumores empiezan el lunes por la mañana y no paran.

Los oigo desde el momento en que entro en el edificio. La chica de ojos brillantes y llena de energía que me sustituyó frente a la oficina de Kir en la planta cuarenta, ¿Madison, creo que se llamaba? ¿Mallory? ¿Marcy?, entra desde la calle al mismo tiempo que yo. Me sostiene la puerta educadamente hasta que se da cuenta de quién soy. Cuando lo hace, se le cae la mandíbula y se pone pálida. Se aleja a toda prisa sin siquiera saludar, pero no sin antes dejarme ver la expresión de su rostro.

Lástima. Curiosidad. Una buena dosis de miedo.

Para el martes, gente que no conozco busca excusas para mirarme fijamente cuando voy y vuelvo del trabajo. No dicen nada. Solo se quedan boquiabiertos, como si fuera una atracción en un zoológico.

Aquí tenemos a la rara y exótica Chica de la Subasta de la Oficina. Fíjense en la blusa barata y la mirada perdida. ¡Por cinco millones de dólares, pueden llevarse una!

Estoy más agradecida que nunca de que mi nuevo trabajo con Lukas me tenga aislada en la planta cincuenta, completamente sola. Además, estoy aún más sola de lo habitual, porque Lukas no viene a trabajar ni un solo día esta semana.

Pero eso no me mantiene completamente a salvo. Todavía tengo que ir y volver.

El miércoles llegan los valientes. Un chico de Contabilidad cuyo nombre desconozco me pregunta en el ascensor cómo me va el día. Sus ojos no dejan de desviarse hacia mi pecho.

—Estoy bien —le digo sucintamente, esperando que capte el *por favor, déjame en paz* implícito.

Se queda ahí. —Debió de ser una locura, ¿no? ¿El sábado por la noche?

—No quiero hablar de eso.

—Pero cinco millones de dólares... —Sonríe con deleite lascivo—. ¿A qué tiene que renunciar una chica por eso, eh?

—Ya te he dicho que no quiero hablar de eso.

Llega a su planta y se aleja con paso ligero. Pero lo escucho reírse a carcajadas con sus amigos mientras se va.

El jueves de Acción de Gracias, pensé que tendría un respiro de la locura. Voy a trabajar aunque sea festivo, porque prefiero guardar mis días libres para algo divertido. Pero parece que el diablo no se

toma vacaciones, porque al volver de comer veo que algún imbécil descarado ha dejado un ejemplar del *Post* en mi escritorio. En la página seis hay una foto borrosa mía en el escenario, con la boca abierta y los ojos desorbitados por el miedo. El titular dice: ***DRAMA FAMILIAR DE LOS LAZAREV: Padre multimillonario supera la puja de su hijo en una impactante subasta de 5 millones de dólares.***

No leo el artículo. Lo tiro a la basura y espero que eso sea el final del asunto.

Pero para el viernes, está por todas partes.

Mi teléfono vibra a las 2:15 p. m. con un correo electrónico de una dirección que no reconozco. Sin asunto, solo un enlace. Con el corazón en un puño, hago clic en él.

Me lleva a la versión online del artículo, directamente a la sección de comentarios. Lo que veo allí me da ganas de vomitar.

Demasiado fea para ser una cazafortunas, pero oye, bien por esta chica por intentarlo

¿Quién coño es esta zorra?

Probablemente se acuesta con media ciudad, jajaja

Parece aterrorizada. La verdad, me da un poco de pena

No te compadezcas. Sabía en lo que se metía. Las chicas así siempre lo saben.

¿Alguien más se ha fijado en que se le marcan los pezones a través del vestido? ¡Menuda puta!

Cierro el navegador y noto que se me llenan los ojos de lágrimas.

Los cuchicheos ya han sido bastante duros. Las miradas, las preguntas nada sutiles de gente que no tiene por qué preguntar. Pero verlo escrito, ver cómo unos completos desconocidos critican mi cuerpo, mis decisiones y mi vida…

Algo dentro de mí se rompe.

Me levanto de mi escritorio de un empujón. Mi silla choca con la pared con un golpe sordo. Subo las escaleras a toda prisa, de dos en dos. Las lágrimas me nublan la vista, pero sigo subiendo, y subiendo, y subiendo, hasta llegar arriba.

La puerta de acceso a la azotea es pesada, pero la empujo con el hombro y salgo tambaleándome al frío.

Afuera, como era de esperar, hace un tiempo horrible. A finales de noviembre en Nueva York, ¿quién lo hubiera pensado? Me he olvidado el abrigo. No me importa.

Camino hasta el borde y me aferro a la barandilla. La ciudad se extiende a mis pies. Coches diminutos. Gente diminuta. Todos ellos viviendo sus diminutas vidas, completamente ajenos a que la mía se está desmoronando.

—Mamá —susurro al viento—, papá… Ya no sé qué estoy haciendo.

El viento no responde. Nunca lo hace.

—Pensaba que lo tenía todo bajo control. Gideon está mejorando. Eso es algo, ¿no? Las facturas están pagadas. Mantengo la cabeza gacha y trabajo duro —Suelto una risa ahogada—. Pero ¿de qué ha servido todo eso? Salgo en la página seis del diario. Gente que no conozco me llama puta en los comentarios.

Una paloma se posa en la barandilla a unos metros de distancia. Ladea la cabeza hacia mí como si estuviera escuchando.

—Lo odiarías —continúo—. A Lukas, quiero decir. Papá, probablemente intentarías darle un puñetazo. Mala idea, pero lo intentarías. Y mamá, me echarías esa mirada, como diciendo: *Rae, cariño, ¿en qué estás pensando?*

Es una gran pregunta. La verdad es que no sé en qué estoy pensando. No sé nada.

—Los echo de menos —digo con voz ronca—. Echo de menos tener a alguien a quien llamar cuando todo va mal. Alguien que me diga que no estoy loca. O que sí *estoy* loca, pero que me quiere de todos modos.

La paloma, harta de mis quejas, se va volando. El viento arrecia. Estoy sola otra vez.

Me seco la cara con el dorso de la mano. Tengo las mejillas mojadas. ¿Cuándo empecé a llorar?

No importa. No hay nadie aquí para verlo.

O al menos, eso pensaba.

Pero cuando me doy la vuelta, veo, precisamente a él, a Kir en el extremo más alejado del tejado. No me ha visto, creo. Me da la espalda y tiene las piernas colgando sobre el precipicio.

Durante un minuto aterrador, creo que está a punto de saltar. Entonces, me doy cuenta de que solo está sentado, con la postura encorvada, con un aspecto tan desdichado como el mío.

Dudo un segundo. Luego, me acerco.

Mis pasos crujen sobre la grava. Kir no se da la vuelta. O no me oye o no le importa.

Cuando me acerco, veo por qué. Ya no lleva la chaqueta del traje, la camisa está por fuera y arrugada, y tiene el pelo revuelto. Hay una botella de algo marrón apoyada contra su cadera.

—¿…Kir?

Se sobresalta. Luego gira la cabeza lo justo para verme.

—Rae. —Suena completamente destrozado—. Qué sorpresa.

Me siento a su lado, aunque no demasiado cerca, por miedo a que, de alguna manera, Lukas nos vea y reaccione mal. El hormigón me hiela a través de la falda.

—Tienes un aspecto horrible —le digo.

—Qué curioso. Así me siento —Levanta la botella y da un trago—. ¿Quieres un poco?

—Son las tres de la tarde.

—¿Eso es un no?

No respondo. Solo lo miro.

Tiene los ojos inyectados en sangre, como si llevara días sin dormir. Tiene un moratón en la mejilla que se está volviendo amarillo por los bordes. Parece que alguien le ha pegado.

—Kir, ¿qué te ha pasado?

Se ríe con sarcasmo. —¿Qué *crees* que ha pasado?

—¿Tu padre?

—¡Denle un premio a la chica, amigos! —Aplaude con sarcasmo y luego da otro trago a su bebida—. Aunque supongo que, técnicamente, ya lo hicieron. Por valor de cinco millones de dólares.

Hago una mueca de dolor. —Yo no pedí eso.

—Lo sé —Se limpia la boca con el dorso de la mano—. Pero no importa. Ahora eres suya. Así es como funciona esto.

—No soy *suya*. No soy de nadie.

Kir me mira. Hay algo roto en sus ojos. Es desgarrador.

—Aún no lo entiendes —suspira—. Pero lo harás.

—¿Entender qué?

—Te va a arruinar, Rae —Sus ojos se pierden en el paisaje urbano gris y nevado que se extiende ante nosotros—. Lo quiera o no, lo hará. Eso es lo que les pasa a las personas a las que les pone las manos encima.

El viento arrecia. Tiemblo.

—Estás borracho —digo.

—No lo suficiente para lo que se avecina.

Nos quedamos sentados en silencio durante un minuto. Manhattan se agita a nuestros pies.

—¿Esto ya ha pasado antes? —pregunto con cautela.

Kir se queda muy quieto. Luego, casi a regañadientes, casi imperceptiblemente, asiente. —Mi madre —dice con voz ronca.

No debería haber preguntado. Pero ya es demasiado tarde para dar marcha atrás.

—¿Qué… qué le pasó?

Se ríe de nuevo. Ese mismo sonido hueco, áspero, irremediablemente destrozado.

—Quería dejarlo —Dirige su mirada turbia hacia mí—. Mira adónde la llevó eso.

Se me revuelve el estómago. —¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que está muerta, Rae —Se gira para mirarme. Sus ojos grises se parecen mucho a los de su padre. Pero mientras que los de Lukas son fríos, los de Kir están simplemente *vacíos*—. Dieciocho años bajo tierra. Y fue mi padre quien la puso allí.

Me alejo de él. La muerte en su rostro me hace sentir más frío del que el aire jamás podría. Es una neblina gris que lo consume todo, que extiende sus dedos gélidos para arrastrarme hacia ella.

Cada célula racional de mi cuerpo me grita que me levante, que salga, que me aleje lo más posible de la familia Lazarev. Que compre un billete de autobús a algún lugar cálido. Que me cambie el nombre. Que me corte el pelo. Que empiece de nuevo.

—Kir… —susurro—. ¿Estás seguro?

Se termina la botella y luego la lanza con indiferencia por encima del hombro. Estalla en un millón de fragmentos en la azotea detrás de nosotros. Ni siquiera se molesta en mirarla.

En cambio, clava sus ojos en mí. No podría apartar la mirada aunque quisiera. Todo lo que veo son los ojos grises de un hombre Lazarev, atormentados por cosas que apenas puedo empezar a comprender.

Se levanta tambaleándose, rechazando mi oferta de ayuda. Me quedo de pie junto a él, mordiéndome el labio y preguntándome qué demonios le pasa a este hombre.

—Nadie abandona a mi padre, Rae —dice—. No mi madre, no tú —Y mientras se aleja tambaleándose, borracho, oigo cómo añade entre dientes—: Ni siquiera yo.

28

RAE

SOLICITUD DE ANULACIÓN

Enviada por: L. Lazarev (ADMIN)

Dispositivo de destino: WKSTN-50F-EVERETT

Autorización: No se requiere

> BLOQUEAR todas las aplicaciones

> Desactivar dispositivos de entrada

> Mostrar mensaje a pantalla completa

ESTADO: EJECUTADO

La puerta de acceso a la azotea se cierra de golpe tras Kir. Se ha ido.

Me dejo caer hacia atrás y ocupo su asiento vacío, con los pies colgando al borde del abismo. El pavimento me mira con ansia desde unos cincuenta pisos más abajo. Aquí arriba, sin embargo, solo estamos los pájaros, el viento implacable y yo. Me atraviesa la

blusa y la piel. Me castañean los dientes, pero me quedo donde estoy. Este parece un buen lugar para ordenar mis pensamientos.

O al menos intentarlo. Pero por mucho que mi pequeño cerebro, tan sobrecargado, intente procesarlo todo, simplemente no funciona.

Quizá sea por lo rápido que ha cambiado todo. Hace dos semanas, yo solo era *Rae Everett.* Asistente ejecutiva, huérfana, hermana mayor, virgen. Nadie especial. Apenas digna de atención.

Entonces, Kir me acorraló en mi escritorio. Sus manos fueron a lugares donde no debían. Me susurró cosas que me pusieron los pelos de punta. Y, antes de que pudiera averiguar cómo hacer que parara, su padre apareció de la nada y volvió las cosas aún más locas.

Hace dos semanas, al menos para mí, él era simplemente Lukas Lazarev. Presidente de Lazarev Global. Multimillonario. Viudo. Un enigma, tan remoto y distante como una montaña.

Ahora, quizá tenga que añadir...

¿…Asesino?

Me abrazo a mí misma. El frío se me está metiendo en los huesos.

En esas dos míseras semanas, Lukas me ha dado tantas señales de alarma como las Naciones Unidas en su conjunto.

Me trasladó a su planta: *bandera roja.*

Me dio un aumento que coincidía al céntimo con los gastos de rehabilitación de Gideon: *una bandera roja muy espeluznante e invasiva.*

Sabía cosas de mí que no debería saber. El tratamiento de mi hermano. Mi cuenta bancaria. Mis medidas de pecho, cadera y cintura: *bandera roja, bandera roja, bandera roja de las grandes.*

Luego, hablando de rojo, me obligó a arreglarme según *sus* especificaciones de tonos rojos, y después tuvo el descaro de

tratarme como basura delante de todo el mundo que haya sido alguien en Nueva York.

Comprarme así… nada menos que delante de las narices de su propio hijo, cuando Kir solo intentaba protegerme… Me estremezco. Cada vez que cierro los ojos, sigo viendo el resplandor de esos focos y la horda de gente gritando cifras, cada una mayor que la anterior, y siento ese ardiente pinchazo de vergüenza.

Cinco millones de dólares.

La subasta ha terminado.

La chica me pertenece.

Si eso hubiera sido el final, ya habría sido mucho.

Pero no fue el final. Ni por asomo.

Una vez que terminó de humillarme delante de todo el mundo en los cinco distritos, me arrastró fuera de ese escenario, me metió en un coche, puso la mano donde *no* debía y me reprendió por, **revisa las notas**, ¡¿no llevar las *braguitas* que a él le gustan?!?!

Todo eso viniendo de un hombre que, ahora ya está prácticamente confirmado, mató a su mujer. Hablando de fijarse en la paja de mi ojo en lugar de en la viga del suyo.

Sin embargo, eso no le impidió añadir una amenaza extra, como la duodécima de una docena de banderas rojas de esa noche.

La próxima vez que recibas instrucciones mías, las seguirás al pie de la letra…

…o puede que te encuentres en la próxima gala sin llevar nada puesto.

Me siento débil. Me siento mareada. Me siento muy, muy mal.

Y creo que sé por qué.

Es porque, a pesar de todo… a pesar de toda esa espantosa y pesadillesca atrocidad…

…cuando pienso en Lukas Lazarev…

…sigo mojándome.

Así es como sé que soy tan depravada como él.

Me quedo en el tejado hasta que ya no siento la cara. Eso está bien, porque significa que tampoco siento mis *emociones*. Es extrañamente relajante sumergirse en la nada helada. Como una meditación guiada dirigida por Frosty, el muñeco de nieve.

Pero al final, tengo que arrastrarme de vuelta al interior.

La escalera está caliente. Siento un cosquilleo en la piel a medida que la sensibilidad vuelve a mis extremidades. Por suerte para mí, aún me queda un atisbo de calma.

Para cuando llego a la planta 50, casi me he convencido de que puedo superar el resto del día. Solo unas horas más. Entonces podré irme a casa, meterme en la cama y fingir que nada de esto está pasando mientras hiberno durante el fin de semana más merecido de la historia de los fines de semana.

De vuelta en mi escritorio, me siento, acerco la silla e intento concentrarme.

Pero cuando muevo el ratón, mi ordenador no se activa como debería. Doy unos golpecitos al teclado. Nada. Vuelvo a mover el ratón. No.

La pantalla permanece en negro durante tres largos segundos. Cuatro. Cinco.

Entonces, vuelve a parpadear y cobra vida.

Pero en lugar de mi escritorio, solo hay una cosa en la pantalla. Texto blanco sobre fondo negro.

Es hora de cobrar la velada que me debes.

Baja.

El coche está esperando.

Mi corazón se detiene y vuelve a latir varias veces en el espacio de un minuto.

Miro a mi alrededor, preguntándome si me están gastando una broma. Pero la única otra persona que trabaja en esta planta es Lukas, así que ¿quién me iba a gastar una broma?

Las luces están normales. El aire acondicionado zumba. Todo está tal y como debería estar.

…Excepto por el mensaje en mi pantalla.

Lo que más me apetece es agacharme en silencio, desenchufar el ordenador y luego lanzarlo por el tejado, por si acaso. Esa es la respuesta adecuada a algo tan depravado. Sea lo que sea por lo que Lukas Lazarev haya venido a buscarme, no puede ser nada bueno.

Pero él sabe que me tiene.

Porque tiene a Gideon.

Al fin y al cabo, eso es lo que importa. A Gideon le faltan cincuenta y tres mil dólares para librarse por fin de su adicción a la heroína, y no puedo ser la hermana egoísta que lo condene a una vida de adicción solo porque le tengo miedo a mi jefe.

Aunque realmente pensara que Lukas fuera a hacer algo horrible, *seguiría* adelante con esto, porque Gideon se lo merece.

Y también porque gran parte de la culpa de que esté metido en este lío es mía. Todavía recuerdo aquella noche, mi teléfono vibrando, el

gruñido de Tyler, los mensajes, las llamadas, tantas llamadas… *Es culpa mía. Todo es culpa mía.*

Niego con la cabeza. Kir puede darme todas las advertencias sobre Lukas que le quepan en la boca y eso no cambiará nada. Es matemática, ¿no? Gideon se merece cosas buenas. Yo me merezco cosas malas. Así que, si bajar a reunirme con Lukas y seguirlo por la madriguera del conejo hasta el infierno significa que tanto Gideon como yo obtenemos lo que nos merecemos, bueno, entonces, dos más dos son cuatro y todo está bien en el mundo. Todo es justo.

Se me ocurre, mientras preparo mis pertenencias, que todo esto es una explicación muy pulcra y martirial de por qué estoy haciendo lo que estoy haciendo. ¿No soy valiente, lanzándome al olvido por el bien de mi hermano? ¿No soy *noble?*

Pero no es solo *por él, ¿verdad?* se burla una voz omnisciente en mi cabeza. *Aunque Gideon no fuera más que un sueño, irías. Quieres ir. No por tu hermano, sino por ti misma.*

Esa vocecita ardiente e insistente sigue cacareando en lo más recóndito de mi mente por mucho que intente acallarla. Suena casi como si Lukas me susurrara desde el interior de su despacho.

Tienes la piel caliente y enrojecida, Rae. Tienes las pupilas dilatadas y... oh, ¿es emoción *lo que percibo? ¿Adrenalina a borbotones, pezones erectos?*

No le tienes miedo *a la oscuridad, cariño.*

Estás enganchada *a ella.*

Me obligo a ignorarlo. Esto es por Gideon, nada más. Tiene que serlo.

Así que, con la decisión tomada, me pongo de pie y me coloco el bolso al hombro. Al hacerlo, el primer mensaje desaparece y aparece uno nuevo. Lo único que me sorprende es lo poco sorprendida que estoy.

Buena chica.

Nos vemos pronto.

29

RAE

PLAN DE VUELO INTERNACIONAL

Presentado: 28 de noviembre de 2025, 17:34 EST

Aeronave: Gulfstream G650 (N-339LZ)

Operador: Lazarev Global LLC

Salida: Teterboro, Nueva Jersey (KTEB)

Destino: Burdeos, Francia (LFBD)

Duración del vuelo: 7 h 12 m

Pasajeros: 2

Notas del piloto: Transporte VIP. Se requiere discreción.

El coche está esperando en la acera. Es el mismo Rolls Royce negro y el mismo conductor silencioso de la gala.

Una vez más, se niega a mirarme mientras me subo al asiento trasero. Simplemente vuelve a su sitio al volante, se aleja del edificio

y se incorpora al tráfico.

Observo a través de las ventanillas tintadas mientras nos movemos. El centro de la ciudad da paso al túnel. Luego nos dirigimos hacia el norte, con destino a Dios sabe dónde.

Mi teléfono vibra en mi mano.

JILLIAN PIERCE

¿Dónde estás? ¿Tomamos algo esta noche???

Lo dejamos para otro día. Me ha surgido algo.

:(¿Todo bien?

No sé cómo responder a eso con detalle, así que, por ahora, solo le envío un emoji sonriente y un pulgar hacia arriba. Le pondré al corriente en cuanto sepa qué pasa.

El trayecto dura más de lo que esperaba. Para mi sorpresa, salimos de Manhattan por completo. El perfil de la ciudad se va reduciendo en el retrovisor hasta convertirse en una simple mancha de luces centelleantes contra el cielo que se oscurece.

Supuse que íbamos a un restaurante, algún sitio elegante con una lista de espera de tres meses y raciones del tamaño de un sello postal.

Pero no nos dirigimos hacia ningún barrio de restaurantes que yo conozca.

Nos dirigimos a ninguna parte. Edificios industriales. Solares vacíos. Un tramo de valla metálica coronada con alambre de púas.

Entonces lo veo.

Un aeródromo privado.

El coche atraviesa una verja y se adentra en la pista. Hay un jet esperando. Elegante, blanco, audaz.

Y al pie de la escalera está Lukas.

Parece todas las malas ideas que he tenido jamás.

Lleva un traje oscuro, con el botón superior de la camisa desabrochado. Su cabello plateado refleja los últimos rayos de la luz del día que se desvanece. Incluso desde aquí, puedo ver las cicatrices en sus manos: líneas pálidas que se entrecruzan en sus nudillos, recuerdos de una vida de la que no sé nada. Como siempre, me sorprende lo imponente que es. No solo es alto, aunque tengo la sensación de que podría mirar por encima del techo del avión si quisiera. No, Lukas Lazarev ocupa *espacio*. Sus hombros tensan la chaqueta. Su pecho es un muro. Sus muslos parecen lo suficientemente gruesos como para aplastar sandías. O cráneos.

Sus ojos se posan en los míos a través de la ventanilla tintada. Grises como el metal de un arma. Fríos como una tumba en enero.

Pero hay algo más ahí también… Algo que me deja sin aliento y hace que mis muslos se aprieten contra el asiento de cuero…

Hambre.

El conductor detiene el coche y sale para abrirme la puerta. El aire frío se cuela dentro. Mis zapatos resuenan contra el pavimento mientras cruzo el asfalto vacilante hacia él.

Lukas me observa mientras me acerco. Sus ojos recorren mi cuerpo. Haciendo inventario de su nuevo trofeo, supongo.

—¿Adónde vamos? —le pregunto en cuanto estoy lo suficientemente cerca como para que me oiga.

Su boca se curva en una sonrisa cruel y siniestra. —No pensabas que iba a gastarme cinco millones de dólares en una simple cena, ¿verdad? —Se gira y señala las escaleras—. Después de usted, señorita Everett. Nos espera una larga noche.

30

RAE

DECLARACIÓN DE ADUANAS FRANCESA

Pasajera: Everett, Rae

Vuelo: Privado (N-339LZ)

Procedencia: Estados Unidos

ARTÍCULOS A DECLARAR:

☐ Efectivo por valor superior a 10 000 euros

☐ Alcohol o tabaco

☐ Mercancías para uso comercial

✓ Una virginidad (a punto de perderse)

Me agarro con fuerza a la barandilla de las escaleras del avión y subo con cuidado, paso a paso.

Soy dolorosamente consciente de que Lukas me sigue de cerca. Su mirada me quema la espalda. Quizá más abajo. Probablemente más abajo.

El interior del jet es, como era de esperar, lujoso. Asientos de cuero color crema tan anchos que podrían considerarse sofás, detalles en nogal veteado, apliques en la pared. Un puto jarrón con flores, nada menos. ¿Seguro que eso no es un peligro?

Se ve un dormitorio a través de una puerta en la parte trasera, ¿por qué no me sorprende?, y lo que parece un cuarto de baño completo más allá de esa, que incluye una bañera con patas tan grande como para ahogar a un elefante.

O a un Lazarev.

Me hundo en uno de los enormes asientos y me aferro a los reposabrazos. Los motores rugen en cuanto mi trasero toca el cuero.

Lukas se acomoda frente a mí, perfectamente a gusto. Con las piernas bien abiertas, acaparando el espacio entre nosotros. Parece totalmente despreocupado, como si volara a destinos desconocidos con mujeres compradas en subastas todos los días de la semana.

Quizá lo haga. ¿Qué demonios sé yo?

—Relájate —me aconseja, observándome mientras me aferro al cuero—. Si quisiera hacerte daño, no necesitaría el espacio aéreo internacional.

—Sabes —comento con una risa aguda—, eso no es tan tranquilizador como crees.

Él busca en un compartimento oculto junto a su asiento. —¿Te tranquilizaría más una copa?

—Paso.

—Te ayudará a calmar los nervios.

—¿Quién dice que estoy nerviosa?

—Tus nudillos, por ejemplo.

Bajo la mirada y veo que tengo los puños tan apretados que podrían servir como modelo anatómico. Me obligo a soltar los reposabrazos y aflojar la presa. Me duelen los dedos de apretar con tanta fuerza.

—Vale. Quizá esté un poco nerviosa. Pero es una reacción totalmente racional ante un secuestro.

—¿Secuestro? —se ríe—. Subiste a este avión por tu propia voluntad.

—¡Después de que dejaras mensajes crípticos en mi ordenador y me enviaras un código de vestimenta!

—Yo lo llamaría una invitación, no una amenaza.

—Viniendo de ti, no veo la diferencia.

Sus ojos grises brillan. —Sabes, señorita Everett, puede que me entienda mejor de lo que sospechaba.

El avión comienza a rodar por la pista. Observo por la ventanilla cómo el aeródromo se desvanece ante mis ojos, hasta desaparecer por completo. Las luces de la ciudad se hacen cada vez más pequeñas, hasta convertirse en simples puntos de luz sobre el terciopelo negro de la noche.

De verdad lo estamos haciendo. Estoy de verdad en un jet privado con Lukas Lazarev, llevando ropa que él ha elegido, con destino desconocido.

Que Dios nos ayude a los dos.

—Al menos dime adónde vamos —le digo.

Saca el tapón de la licorera y se sirve dos dedos de whisky. —Ya lo verás.

Esa es otra respuesta evasiva más de un hombre que parece alérgico al concepto de calmar los nervios de una mujer. Estoy irritable y ansiosa de la cabeza a los pies.

¿Qué dice de mí, entonces, que deje el tema de lado? ¿Es pulsión de muerte lo que me ha traído a bordo esta noche? ¿Es una década de lujuria pospuberal no correspondida? Si hubiera dado el paso aunque fuera una sola vez antes, ¿perdería Lukas Lazarev su control sobre mí?

¿O hay algo en *él en particular* que siempre me habría atrapado, en cualquier línea temporal, en cualquier vida? ¿Estaba yo *siempre* destinada a subir a este avión, a tener esta conversación? ¿Estaba él *siempre* destinado a mirarme con esos ojos hambrientos y lobunos, sin pestañear, sin apartar la mirada? ¿Estamos *ambos* atrapados en esto?

Al igual que el propio Lukas, el universo solo tiene respuestas evasivas. Estas punzadas de ansiedad no van a desaparecer a corto plazo.

—Entonces, ¿cómo es esto? —suelto, incapaz de soportar el incómodo silencio—. ¿Nos quedamos aquí sentados en silencio hasta que aterricemos en el Misterioso Destino X?

—Podemos hablar, si eso es lo que prefieres —Se pasa una mano por la barba, lo que libera una oleada de su aroma. Humo, menta, caos aguamarina.

—¿Hablar de qué? —pregunto.

—De lo que quieras —Agita el whisky en su vaso—. ¿Es tu primera vez en un avión privado?

Frunzo el ceño. —*¿Tú* qué crees?

—Hace mucho que aprendí a no dar nada por sentado.

Agito una mano grandilocuente en el aire, al estilo de una princesa, y pongo una expresión de aburrido desdén. —Oh, sí, Madre y yo solíamos escaparnos a la campiña francesa con bastante frecuencia —digo con un acento insoportable—. Las mermeladas de verano son sencillamente para *morirse*.

La cara de Lukas no cambia en absoluto, y sin embargo tengo la clara sensación de que esa es su forma de reírse. —Qué coincidencia. Ahí es donde vamos ahora.

Me quedo sin habla y toda mi actitud de calma indiferencia se esfuma. *—¿A dónde* vamos*?*

—A Burdeos —responde—. Tengo un viñedo allí.

—Un viñedo —repito con tono monótono—. En Francia.

—Varios, en realidad. No solo en Francia. Pero este es mi favorito.

Me llevo la mano a la frente. —Déjame resumir lo que acabamos de acordar: me vas a llevar a Francia. A cenar.

—A cenar, sí. Entre otras cosas.

—…Es lo más ridículo que he oído en mi vida.

Da un sorbo lento a su whisky. —Te dije que la velada valdría cinco millones de dólares, Srta. Everett. Un restaurante de carne mediocre en Midtown no está a la altura.

—¡Tampoco volar seis horas cruzando el Atlántico!

—Siete, en realidad. Pero mi piloto es bueno. Recuperaremos el tiempo perdido.

Lo miro fijamente. No está bromeando. Quiero decir, él nunca bromea, pero ahora mismo está *especialmente* serio.

—Ni siquiera tengo pasaporte —digo con voz débil.

Lukas deja su copa en la mesita auxiliar, junta las manos entre las rodillas y se inclina hacia mí. Es como si se me acercara un rascacielos. La idea de que algo sea tan grande y esté tan cerca de mí hace que mi cerebro emita unos chirridos extraños y confusos.

—Esas cosas no importan para un hombre en mi posición.

Me estremezco mientras me inclino hacia atrás y vuelvo la cara hacia la ventana, sobre todo para que él no pueda ver los rubores rojos que sin duda brillan en mis mejillas.

—Piensas en todo, ¿verdad? —murmuro—. En todo menos en decir "por favor" y "gracias".

Lukas se ríe. Suena como rocas deslizándose por la ladera de una montaña. —Esas cosas tampoco importan para un hombre en mi posición.

Se recuesta en su asiento. Estoy agradecida, porque eso significa que su aroma ya no me está volviendo loca en la misma medida.

Entonces, me lanza una mirada extraña. —Además —murmura—, no creo que te interesara especialmente un hombre que tiene que *suplicar* por lo que quiere, ¿verdad, Rae?

Que me llame por mi nombre es un pequeño y sorprendente puñetazo en el estómago. Pero el verdadero, el que me deja sin palabras por un momento, es la respuesta obvia a su pregunta burlona.

¿No fue hace solo unas noches cuando me senté y deslicé el dedo por los mejores hombres aprobados por algoritmos que Nueva York tenía para ofrecer, y los encontré a todos insatisfactorios? Esa sensación de *"están bien"* era tan abrumadora. Sabía, sin tener que averiguarlo yo misma, que si deslizaba hacia la derecha y salía en una cita, todos estarían perfectamente bien. Todos me abrirían la puerta, pagarían la cuenta y me dirían que estaba guapa.

Pero ninguno de ellos me haría *sentir* nada. Ni un cosquilleo, ni una chispa, ni siquiera una leve curiosidad por saber qué pasaría si intentaran besarme.

Y luego está Lukas Lazarev, que nunca me ha pedido permiso para nada, que simplemente ha tomado y tomado… y tomado y tomado y *tomado…*

Él me hace sentirlo *todo.*

—No tienes ni idea de lo que me interesa —intento protestar.

La sonrisa de Lukas se agudiza. —No estoy de acuerdo. Creo que sé exactamente lo que te interesa.

—Bueno, me encantaría estar al tanto de una vez por todas —digo, cruzando los brazos con terquedad—. Ya que, al parecer, eres el mayor experto del mundo en todo lo relacionado con Rae Everett. Adelante, entonces. Explícame quién soy.

Lukas no duda. —Te interesa el control —Vuelve a coger su whisky y hace rodar el vaso entre su enorme mano—. No tenerlo, sino más bien renunciar a él.

Me arde la cara. —¿Qué estás diciendo?

—Tienes un trabajo en el que recibes órdenes. Te sometes a todos los que te rodean. Llevas años ocupándote de tu hermano, de tus facturas, de los problemas *de los demás* —Su lengua se asoma para lamer una gota de whisky que se le ha escapado por la comisura de los labios—. Estás agotada de tener que encargarte de tu propia supervivencia.

Quiero discutir, pero ¿cómo hacerlo? Tiene toda la razón.

—Lo que quieres —continúa—, es alguien que se encargue de las cosas por ti. Alguien a quien no haya que dirigir, mimar o tranquilizar. Alguien que simplemente… *lo haga*.

El avión da una sacudida al atravesar una zona de turbulencias. Cuando se estabiliza, suelto un tímido y poco convincente—: Te equivocas.

Lukas me mira fijamente. —¿En serio? Demuéstralo.

—¿Cómo?

—Dime que te lleve a casa —Sus ojos grises se clavan en los míos—. Ahora mismo. Di la palabra y daré la vuelta a este avión.

Él espera.

Yo espero.

Él espera…

Yo espero…

Y…

…sonríe.

—Eso es lo que pensaba.

Está tan seguro de haber ganado. Por un segundo, estoy a punto de darle la razón. Solo porque es tan bueno despertando en mí esa ardiente oleada de vergüenza líquida. Me recorre cada centímetro del cuerpo y me hace sentir mareada y loca.

Le gusta hacerlo; lo noto. Una parte de mí también lo disfruta.

Pero si sigo dejando que me haga efervescer como una botella de refresco, voy a perderme en Lukas Lazarev.

Y Kir ya me advirtió de lo que pasa si dejo que eso ocurra.

Así que tengo que defenderme. *Tengo* que hacerlo.

Este juego lo podemos jugar los dos.

—Sabes mucho sobre mí —digo, enderezándome—. Pero ¿qué hay de ti?

Levanta una ceja. —¿Y yo qué?

—Lo justo es justo. Está claro que has hecho los deberes. Has husmeado en mis finanzas, en mi historia familiar, en mis preferencias en ropa interior —Me obligo a mantener su mirada—. Así que cuéntame algo sobre Lukas Lazarev.

—¿Qué te gustaría saber?

—Quiero saber qué le pasó a tu mujer.

El cambio es instantáneo.

En un segundo, está recostado en su asiento, con un whisky en la mano, irradiando esa diversión depredadora, contento de bromear y burlarse. Al siguiente, es como si alguien hubiera pulsado un interruptor.

Su rostro se vuelve inexpresivo.

Sus hombros se tensan.

Tiemblo ante la embestida de un escalofrío repentino e inexplicable.

Lukas deja el vaso sobre la mesa. El tintineo del cristal contra la madera es muy, muy fuerte. —Elena creía que me conocía —dice con una voz ronca y peligrosa—. Se equivocaba.

Espero algo más. Una explicación. Una negación. Por el amor de Dios, *algo*.

No dice nada.

Se levanta. El movimiento es brusco, casi violento en su brusquedad. —Disculpa.

No espera mi respuesta. Solo camina hacia la parte delantera del avión, pasa por delante de la zona del bar y desaparece en el dormitorio. La puerta se cierra de golpe.

Me quedo allí sentada, atónita por lo rápido que acaba de suceder todo. *Dieciocho años bajo tierra,* me dijo Kir. *Y fue mi padre quien la metió allí.*

Miro fijamente la puerta por la que ha desaparecido. Una parte de mí quiere seguirlo. El resto de mí sabe que no debe hacerlo.

31

RAE

AYUNTAMIENTO DE SAINT-ÉMILE-SUR-VIGNE

Aviso a los habitantes — 29 de noviembre de 2025

Se ha observado:

- Un hombre al que conocemos demasiado bien

- Una mujer que se parece a la anterior

- El mismo vestido blanco con flores azules

- Los mismos ojos tristes

[La historia se repite. Rezamos para que termine de otra manera].

El avión aterriza justo cuando los primeros rayos pálidos del amanecer atraviesan el horizonte. No he dormido. Ni siquiera lo intenté. He estado como... preparándome, más o menos. Mental y emocionalmente. En la práctica, eso significa que he pasado las últimas siete horas alternando entre mirar por la ventanilla el océano negro e infinito y repasar las palabras de Lukas una y otra vez.

Elena creía que me conocía.

Se equivocaba.

Lukas sale del dormitorio con el mismo aspecto impecable que tenía cuando entró. Ni un pelo fuera de lugar, ni una sola arruga en su traje. Si nuestra conversación sobre su difunta esposa lo ha afectado, ahora no hay rastro de ello.

—Hemos llegado —dice. Como si no me diera cuenta.

Me desabrocho el cinturón de seguridad y me pongo de pie con las piernas entumecidas por estar sentada tanto tiempo. Los tacones no ayudan. Tampoco el agotamiento que me pesa en cada músculo.

Un elegante coche negro espera en la pista. El conductor es diferente al de Nueva York, bueno, sí, obviamente, pero la mirada en sus ojos es exactamente la misma. Al igual que su compañero de Nueva York, no me presta ninguna atención mientras abre la puerta y espera.

Me subo al asiento trasero. Lukas me sigue. Arrancamos.

La campiña francesa se despliega a nuestro alrededor bajo la suave luz gris de la madrugada. Las colinas onduladas, cubiertas de pulcras hileras de viñedos, ocultan muros de piedra derruidos cubiertos de hiedra. Todo parece antiguo e intacto, como si hubiéramos retrocedido en el tiempo.

—Es precioso —murmuro antes de poder contenerme.

Lukas mira por la ventana y asiente. —Compré esta tierra hace treinta años. Antes de que nadie supiera mi nombre.

—¿Por qué aquí?

—Porque nadie viene aquí a menos que yo quiera.

El coche serpentea por un camino estrecho bordeado de cipreses. En lo alto de la colina, una finca emerge de la niebla. Es un castillo construido con piedra color miel, con ventanas altas y un tejado de pizarra que se ha vuelto verde con el paso del tiempo. Las rosas

silvestres trepan por las paredes. Una fuente seca se encuentra en la entrada circular.

—Mi hogar lejos de casa —explica Lukas cuando el coche se detiene —. Cuando necesito desaparecer.

Salgo al suelo de grava que cruje bajo mis pies. El aire de la mañana es fresco y huele a tierra y a flores frescas.

El conductor no nos sigue al interior. Simplemente vuelve al coche y se marcha.

Veo cómo el coche desaparece cuesta abajo y luego dirijo la mirada hacia la casa. No he oído ni un solo ruido en el interior. —¿No hay personal? —pregunto.

Lukas niega con la cabeza. —Hoy no.

—¿No hay seguridad?

—Aquí no.

Me giro para mirarlo. —Así que solo estamos nosotros.

—Solo nosotros —confirma. Sus ojos grises se clavan en los míos—. ¿Te da miedo?

No respondo. Ambos sabemos que sí.

Me lleva dentro. El vestíbulo está en penumbra, lleno de madera oscura y suelos de piedra pulidos por siglos de pisadas. Las puertas se alinean a ambos lados del pasillo. Todas y cada una de ellas están cerradas.

Probablemente estén cerradas con llave. Como todo lo demás en este hombre.

Lukas me lleva por una escalera que cruje bajo nuestros pies. El pasillo de arriba es estrecho. Retratos descoloridos cuelgan de las paredes. Personas muertas con ropa antigua, observándonos pasar.

Se detiene ante una puerta cerca del final. —Tu habitación.

Miro más allá de él. Hay otra puerta a unos tres metros más adelante en el pasillo. —¿Y esa?

—La mía.

Empuja mi puerta para abrirla. La habitación es bonita, en cierto modo polvorienta. Una cama con dosel y sábanas blancas entre ventanas que dan al viñedo y una chimenea que no se ha encendido en años.

—El baño está por ahí —Asiente hacia una puerta en la pared del fondo—. Conecta con mi habitación, para que lo sepas.

Me acerco y pruebo el pomo. Gira con facilidad, y cuando miro más de cerca, veo por qué: no hay cerrojo.

—Es una casa antigua —dice detrás de mí. Supongo que esa es su idea de una explicación, pero en mi opinión es muy insuficiente. Como era de esperar, no luce avergonzado.

—Claro —Suelto el pomo—. Casa antigua. Por eso no hay cerrojo entre tu baño y el mío.

—Podría instalar uno, si te molesta.

—¿Importaría si dijera que sí?

Se encoge de hombros. —Probablemente no.

—Qué bonito.

—Duerme un poco —dice, volviéndose hacia la puerta—. No descansaste en el avión —Se detiene en el umbral—. Nos veremos para cenar al atardecer.

Luego se marcha.

Me quito los zapatos y la ropa y me tiro de cabeza a la cama. Es vieja, pero sigue siendo cómoda. Las sábanas huelen a lavanda y a

algo más antiguo, más mohoso. Historia, tal vez.

O a cadáveres, sugiere la mitad de mi cerebro envenenada por los crímenes reales.

Cadáveres o no, Lukas tenía razón: no dormí en el avión y, de hecho, estoy agotada. Me quedo dormida antes de que mi cabeza toque del todo la almohada.

ME DESPIERTO PRESA DEL PÁNICO. Por un segundo, no sé dónde estoy, quién soy, qué hora es, nada.

Entonces, todo vuelve a mi mente.

Francia. Lukas. El baño sin cerrojo.

Me incorporo y miro a mi alrededor. Todo está exactamente como lo dejé, salvo por una cosa: hay un sencillo vestido de verano colgado sobre el sillón junto a la ventana. Es de algodón color melocotón con tirantes delicados, ligero y funcional. La sencilla ropa interior doblada debajo parece realmente ropa interior en lugar de hilo dental vaginal, por lo que estoy eternamente agradecida. En el suelo hay un par de sandalias de cuero.

Recojo el montón y me dirijo al baño.

La ducha es uno de esos viejos artilugios europeos con grifos de latón que chirrían y una presión de agua capaz de arrancar la pintura de un buque de guerra. Giro la manivela hasta que el agua sale hirviendo y me meto bajo el chorro de espaldas a la puerta.

La puerta *sin cerrar*.

No puedo dejar de pensar en ello. Todo mi cuerpo es un cable con corriente, cada terminación nerviosa crepitando de conciencia. El vapor se enrosca a mi alrededor y empaña el espejo, pero no sirve para ocultar la imagen grabada a fuego en mi cerebro: esa manilla

de latón. Esa manilla sin cerrar, desprotegida, completamente accesible para cualquiera que quisiera entrar, pero especialmente para Lukas Lazarev.

No lo haría.

…Pero podría.

Me arriesgo a echar un vistazo por encima del hombro. El pomo está ahí, brillando inocentemente a través del vapor. Inmóvil.

Estoy siendo tonta. Todo esto es una locura, por supuesto, pero ni siquiera él iría tan lejos. ¿O sí? No. Pero quizá…?

Cállate, Rae. Solo dúchate y respira.

Echo la cabeza hacia atrás bajo el chorro y dejo que el agua me golpee con fuerza en la cabeza. Me tiemblan los dedos al coger el champú. Me recuerdo a mí misma que soy una mujer adulta. Me he duchado en gimnasios públicos, en residencias universitarias con baños mixtos. Todo eso me pareció bien, así que ¿por qué no iba a estar bien esto?

Respuesta: Porque en ninguno de esos sitios estaba Lukas Lazarev al otro lado de la pared.

¿Qué harías si entrara?

Gritar. Obviamente. Taparme. Exigirle que se fuera.

¿Lo harías, de verdad?

Echo otro vistazo a la manilla.

Un pequeño demonio dentro de mí, algo vergonzoso y mezquino, casi *desea* que se gire. Solo para que se rompa esta tensión insoportable. Solo para poder dejar de *imaginar* y empezar a *saber.*

Y entonces podría sentir el horror que corresponde. Indignación. Violación. Consternación.

En lugar de... *esto.*

Me froto la piel con jabón hasta que me escuece para castigarme por pensamientos que no debería tener. El agua golpea mi espalda mientras me lavo con implacable eficiencia: champú, aclarado, jabón, aclarado. No le doy a mi cerebro poco fiable más tiempo para divagar.

Cuando termino, me seco a toda prisa y me pongo la ropa nueva. Me queda a la perfección. Una vez más, no me sorprende.

Salgo de la habitación y camino nerviosamente por el pasillo, de vuelta por donde entramos. La escalera cruje bajo mis sandalias mientras bajo. Mantengo una mano apoyada en la barandilla de madera desgastada.

Estoy a mitad de camino cuando lo veo.

Lukas está de pie en el vestíbulo de abajo, iluminado por la luz del sol de la tarde que entra por las altas ventanas. Se ha quitado el traje y lleva algo que nunca esperé ver: pantalones oscuros de lino y una sencilla camisa blanca abotonada, por fuera, con las mangas remangadas hasta los codos. Su cabello plateado está húmedo por la ducha, peinado hacia atrás de la frente de una forma que lo hace parecer casi humano.

Sin embargo, la ropa informal no hace nada por disminuir su imponente corpulencia. Al contrario, la acentúa. Sin la armadura de un traje a medida, puedo ver los gruesos cordones de músculo de sus antebrazos, los tendones de su ancho cuello.

Cuando me ve, sus ojos grises se clavan en los míos de inmediato. Y sé, simplemente *lo sé*, que puede adivinar exactamente en qué estaba pensando bajo la ducha. Cada mirada paranoica hacia la puerta sin cerrar. Cada vergonzoso aleteo de anticipación.

Es como si lo llevara escrito en la cara.

Sus labios se curvan, solo un poquito. —¿Has dormido bien? —pregunta.

Reanudo mi descenso por las escaleras antes de responder. —Bien, gracias.

Me detengo a unos peldaños del final, lo que me coloca a la altura de sus ojos por una vez. Es una sensación extraña, mirar directamente a esos ojos color plomo sin tener que estirar el cuello. Casi como si fuéramos iguales.

No es que fuera tan tonta como para pensar que él permitiría eso.

—Te has cambiado —observo, señalando con un gesto su atuendo informal.

—Tú también —Su mirada se desliza hacia el vestido veraniego y luego vuelve a subir—. El color melocotón te sienta muy bien.

—Gracias. Lo elegí yo misma. —Hago una pausa y luego añado con sarcasmo—: Oh, espera. No, no lo hice.

Ahí está de nuevo esa sombra de una no-sonrisa. —De nada.

Cruzo los brazos. —¿Y cuál es el plan? Has mencionado la cena, pero no veo a ningún camarero, y a menos que haya un restaurante con estrella Michelin escondido detrás de esas parras, no sé muy bien cómo...

—Yo cociné.

Parpadeo. —Tú… ¿tú qué?

—Cociné —Lo dice como si fuera lo más obvio del mundo—. La comida está esperando en la terraza.

Lo miro boquiabierta. —Me estás diciendo —digo lentamente—, que has preparado la cena. Con tus propias manos. En una cocina.

—Ahí es donde se suele cocinar, sí —Ladea la cabeza—. ¿Por qué te sorprende tanto?

—Es solo que no me esperaba eso… que tú… que…

Cuando aún estoy a mitad de la frase sobre qué es exactamente lo que no me esperaba, una lista que podría llenar varios libros largos, Lukas extiende la mano.

Sus dedos encuentran el tirante de mi vestido de verano, que se me ha deslizado ligeramente del hombro. Me lo ajusta como alguien que corrige la inclinación de un cuadro que ama más que a la vida misma. Sus nudillos rozan mi clavícula en el proceso. Es solo un roce, pero de alguna manera más íntimo que si me hubiera levantado en volandas y me hubiera besado hasta dejarme sin aliento.

Me *arregla*. Como si fuera suya para arreglarme.

Mi respiración se detiene de golpe.

Lukas se da cuenta. Sus ojos se detienen en mis labios entreabiertos, y luego, a regañadientes, vuelven a subir. —¿Cuánto tiempo ha pasado? —pregunta con un gruñido sísmico.

Trago saliva. —¿Cuánto tiempo desde qué?

—Desde que un hombre te tocó —dice—, y lo *hizo de verdad*.

Mi cara se enrojece. Siento cómo el calor se extiende por mi cuello, floreciendo por mi pecho como un incendio forestal fuera de control. Me encantaría desviar la atención, mentir, decir algo ingenioso y desdeñoso, pero no hay nada que pueda decir para calmar este momento, y él lo sabe.

Lukas observa cómo se extiende el rubor. Vuelve a hacer eso, en lo que ni un solo milímetro de su rostro cambia de forma perceptible, pero estoy segura de que se está riendo.

Luego se da la vuelta.

—Por aquí —dice, y me lleva hacia la terraza.

32

RAE

NOTAS DE CATA - CHÂTEAU LAZAREV 2007

ASPECTO: Granate intenso, casi opaco. Lágrimas pronunciadas.

OLOR: Cereza negra, cuero, tierra húmeda. Cedro. Tabaco. Ligera mineralidad.

SABOR: Con cuerpo. Taninos bien integrados, sorprendentemente suaves para la añada. Fruta negra, grafito, sutil influencia de roble.

FINAL: Persistente. Complejo. Melancólico.

Me aparto de la mesa y gruño como un animal de granja al que han soltado ante el comedero.

—Eso ha sido... —Busco la palabra adecuada y no se me ocurre nada—. Ni siquiera lo sé. ¿Delictoso, quizá? Debería ser ilegal cocinar así.

La terraza da al viñedo, que ahora está bañado por esa luz rosada del atardecer que solo existe en la región vinícola francesa y en las películas de Nancy Meyers. Las velas parpadean sobre la mesa entre nosotros, iluminando los restos de lo que sin duda ha sido la mejor comida de toda mi vida.

Coq au vin, con una salsa tan rica que me la quería beber directamente de la olla.

Zanahorias asadas que sabían como si las hubiera glaseado personalmente el fantasma de Julia Child.

Pan fresco que habría hecho palidecer al maná bíblico.

Me serví tres raciones. No había comido tres raciones de nada desde el Día de Acción de Gracias de 2021, y aquello acabó conmigo engullendo puñados de Tums y desmayándome en el sofá de Jillian mientras un Garfield hinchable gigante del desfile de Macy's acechaba mis sueños de coma alimenticio.

Lukas me mira desde el otro lado de la mesa. Sigue saboreando su vino. Apenas ha tocado su plato.

—¿Te ha gustado? —pregunta.

—¿Que si me ha gustado? —repito, casi ofendida—. Prácticamente le *he hecho el amor* a ese coq au vin. Si no hubieras estado sentado ahí, habría lamido el plato.

—No te lo habría impedido.

La forma en que lo dice, divertido, como si guardara la imagen para más tarde, hace que mi estómago dé un pequeño y complicado salto.

Agarro mi copa de vino para darle algo que hacer a mis manos. Es mi segunda copa, una más de las que suelo permitirme, pero circunstancias excepcionales requieren medidas excepcionales. Y si que un presunto asesino me invite a cenar y a beber vino en un viñedo francés no se considera excepcional, no sé qué lo es.

—¿Dónde aprendiste a cocinar así? —le pregunto.

Lukas agita el vino en la copa. —Me enseñó mi madre.

Espero a que añada algo más, pero no lo hace. Así que, con el vino aflojándome la lengua, me vuelvo entrometida. —¿Las madres rusas

enseñan a sus hijos a preparar cocina francesa auténtica y sin fallos?

—La mía sí —Vuelve la cara para mirar hacia el horizonte—. Creía que un hombre debía ser capaz de alimentarse a sí mismo. Y a los demás.

No es gran cosa, pero lo guardo en mi memoria de todos modos. Otra migaja. Un fragmento más del rompecabezas de mil millones de piezas que es Lukas Lazarev.

—Parece una buena mujer —digo con cautela.

—Lo era.

Las velas siguen bailando entre nosotros, proyectando sombras onduladas sobre sus nudillos marcados por cicatrices. Ha envuelto una mano alrededor del tallo de su copa de vino, y me encuentro mirando fijamente esas líneas pálidas que se entrecruzan en su piel, preguntándome qué significan, de dónde vienen.

—No hablas mucho de tu familia —me atrevo a decir.

—Tú tampoco.

Touché. Doy otro sorbo de vino. Me está calentando por dentro. El aire de la tarde se ha enfriado, pero sigue impregnado del aroma de las uvas y la tierra.

—No hay mucho que contar —digo—. Al menos, nada que tú no sepas ya —Lo miro, pero como él no dice nada y no parece en absoluto avergonzado, me encojo de hombros y relleno los huecos, por si acaso—. Mis padres murieron cuando tenía diecinueve años. Mi hermano está en rehabilitación. Trabajo demasiado y duermo muy poco. Fin.

—Eso no es el final —Sus ojos grises reflejan la luz de las velas—. Eso es apenas el principio.

—¿Qué te hace decir eso?

—Que sigues aquí —Deja la copa sobre la mesa—. La mayoría de la gente ya se habría largado.

—A la mayoría de la gente no la compraron en una subasta por cinco millones de dólares.

—La mayoría de la gente no es como tú.

No sé qué responder a eso. El vino me recorre agradablemente las venas, aflojando un pequeño nudo de tensión en el pecho que llevaba días apretado. Semanas. Quizá años.

—Haces que parezca que soy especial —digo—. No lo soy. Solo soy terca.

—¿Así es como lo llamas?

—¿Cómo lo llamarías *tú*?

Su mirada se clava en la mía al otro lado de la mesa iluminada por las velas. —Valiente.

Me río, porque la idea me parece absurda. —No soy valiente. Las personas valientes hacen cosas valientes a propósito. Yo solo estoy demasiado cansada para seguir teniendo miedo.

—Estás muy decidida a discutir conmigo, señorita Everett.

—Alguien tiene que hacerlo. Tengo la sensación de que la gente no suele decirte que no.

—No lo hacen.

—Probablemente eso no sea saludable.

—Desde luego que no para los pocos que *se* atreven.

Tiemblo a pesar del cálido aire de la tarde. Me da demasiado miedo mirarlo a los ojos ahora mismo, así que vuelvo a echar un vistazo a sus manos.

Es una locura cómo algo puede ser tan grande y peligroso, y sin embargo sostener con tanta ternura esa delicada copa de vino. Tenía las yemas de los dedos callosas cuando me ajustó el tirante del vestido, pero su tacto era suave como las nubes.

Puede cocinar coq au vin con esas manos.

¿Podrá también matar con ellas?

El pensamiento se cuela en mi mente sin ser invitado, como una serpiente en el jardín. Intento alejarlo, pero el vino tiene otros planes.

¿Habría sido rápido, me pregunto? ¿Una pistola en la nuca de su mujer, frío y eficiente, igual que con todo lo demás? ¿O lento y personal, esos dedos gruesos y brutales apretando su garganta mientras veía cómo la vida se le escapaba de los ojos?

¿Sintió algo? ¿Rabia? ¿Tristeza? ¿Alivio? ¿Culpa?

¿O simplemente *lo hizo?* ¿Un asesinato rápido, y luego a ocuparse de asuntos más urgentes?

Me estremezco por segunda vez. Lukas se da cuenta. —¿Tienes frío? —pregunta.

Hago un gesto con el hombro. —Un poco —miento—. Se está poniendo el sol.

Parpadea y vuelve a mirar hacia fuera, como si no se hubiera dado cuenta de nada de lo que ocurre a nuestro alrededor. —Así es. La cena ha terminado.

Me levanto y empiezo a recoger los platos. —Déjame limpiar, al menos. Es lo menos que puedo hacer después de que tú...

—Déjalo.

El tono de *no te atrevas a discutir* en la voz de Lukas es tan natural que me pregunto si siquiera se da cuenta de que lo hace. En cualquier caso, vuelvo a dejar el plato en su sitio.

Se levanta de la silla, desplegando toda su estatura en el crepúsculo que se cierne sobre nosotros. El último rayo de sol se refleja en el plateado de su cabello, fundiéndolo por un instante antes de desaparecer tras las colinas.

—Hay algo que quiero enseñarte —dice—. Por aquí.

Me lleva a través del vestíbulo, pasando por la escalera, hacia una puerta que no había visto antes. Está empotrada en la pared de piedra, más antigua que el resto, colgada de bisagras de hierro que se han vuelto de color naranja por el óxido.

Cuando la abre, veo lo que hay detrás: una estrecha escalera que desciende hacia la oscuridad.

—Después de ti —dice Lukas.

Miro fijamente hacia la oscuridad. La escalera desaparece tras los primeros peldaños, tragada por sombras tan densas que bien podrían ser sólidas.

—¿Quieres que vaya yo *primero?* —chillo—. ¿Al sótano de los asesinatos?

Él suspira. —No es un "sótano de los asesinatos".

—Eso es exactamente lo que diría alguien con un sótano de los asesinatos.

Su mano me roza la parte baja de la espalda y ejerce una presión suave. —Ve.

Aprieto los dientes. *Sé valiente, Rae,* me digo a mí misma. Y entonces me lanzo.

Un pie encuentra el primer escalón. Otro. Otro.

Las losas están resbaladizas y hundidas en el centro por siglos de uso. Avanzo con una mano en la fría pared para mantener el equilibrio mientras descendemos hacia el espacio exterior. Detrás de mí, los pasos de Lukas cubren los míos, pesados y sin prisa.

Ya está, pienso. *Así es como voy a morir.*

Al menos he tenido una buena última comida.

La oscuridad me oprime los ojos. No veo por dónde voy. De hecho, no veo nada en absoluto, salvo el tenue contorno de mi propia mano contra la piedra.

Al cabo de un rato, llegamos al fondo. O al menos, lo que supongo que es el fondo, porque la pared se aleja de mis dedos. Siento como si estuviera de pie al borde de un acantilado, contemplando un abismo infinito.

Lo siento mucho, Gideon, pienso para mis adentros. *Lo siento mucho, Jillian. Ambos pensarán que soy una idiota por meterme en esta situación, y ambos tendrán razón. Espero que los "te lo dije" los satisfagan.*

Aprieto los ojos con fuerza. *Hazlo de una vez.*

Lukas se detiene un escalón más arriba. Siento el aura cálida de su mano acercarse a mi garganta. Estoy esperando… esperando… esperando…

Entonces, se oye un clic. La luz inunda el espacio.

Parpadeo, temporalmente cegada. Cuando mi visión se aclara, estoy de pie al pie de la escalera, muy viva, mirando fijamente a un…

…Bueno, no es un sótano de asesinatos.

Resulta que es una bodega. Ahora que lo pienso, parece bastante obvio. Me da un poco de vergüenza.

Arcos de piedra se extienden en la distancia, agrupados sobre interminables estantes de madera que albergan miles de botellas. Las paredes brillan por la humedad y el aire es cortante por el frío. Bombillas antiguas cuelgan de luminarias de hierro corroído y proyectan charcos de luz que no sirven para disipar ni las sombras ni las telarañas de las esquinas.

Es precioso. De una forma inquietante.

—Pensabas que iba a matarte —deduce Lukas desde detrás de mí. Su aliento es cálido contra mi oído.

—La idea se me pasó por la cabeza —admito.

—¿En mi propia bodega? —Suena ofendido—. Nunca lo haría. La humedad de tu cadáver en descomposición arruinaría el producto.

—De verdad que tienes que trabajar en tu definición de "tranquilizador" —Me cruzo de brazos, temblando. La temperatura debe de haber bajado veinte grados respecto a la que había en la terraza—. ¿Cuántos años tiene este lugar?

—La bodega data del siglo XVI. Las botellas más antiguas son de 1892.

Lukas me guía hacia el interior de la bodega, volviendo a colocar su mano en la parte baja de mi espalda. No la necesita ahí, el camino está despejado y la luz es suficiente, pero la mantiene ahí de todos modos y yo se lo permito. Es una agradable placa caliente contra el frío que se cuela a través de mi fino vestido de verano.

—Esta sección es de Burdeos —dice, deteniéndose ante una estantería llena de botellas oscuras. Se coloca muy cerca detrás de mí. Demasiado cerca. Su pecho casi roza mis omóplatos y, cuando habla, su aliento me acaricia la nuca—. 1945. 1961. Grandes añadas.

Asiento como si entendiera algo de vinos más allá de "tinto" y "blanco". Para ser claros, no lo entiendo, y hasta eso me cuesta algunos días.

Nos lleva a otra fila, sin dejar de rozarme. —Estos son de Borgoña. Más delicados. Pequeños bastardos temperamentales.

—Debes sentirte identificado.

Me ignora. Serpenteamos por el laberinto de estantes hasta que se detiene en un pequeño nicho apartado del resto. Aquí, una sola botella descansa sola sobre un pedestal de piedra, cubierta de un polvo tan espeso que parece terciopelo.

—Esta —dice—, es mi orgullo y mi alegría.

Me inclino para acercarme y entrecierro los ojos para leer la etiqueta. El año no se distingue a primera vista bajo la suciedad. Pero, tras frotarla con cuidado con el pulgar, leo…

2007

Ni siquiera tengo que hacer cálculos. La respuesta me viene directamente a la mente. *2007*. Hace dieciocho años…

…El mismo año en que murió Elena.

Me giro hacia Lukas y me doy cuenta de mi error al instante.

Está justo ahí. A unos centímetros de distancia. Tan cerca que puedo ver las hebras plateadas de su barba, las tenues arrugas en las comisuras de sus ojos, la dilatación de sus pupilas en la penumbra.

No da un paso atrás.

Yo tampoco.

El frío de la bodega me araña los hombros desnudos, pero allí donde Lukas está cerca, *ardo*. Su aliento cálido recae sobre mi frente. Su pecho sube y baja lento, regular, mientras que el mío titubea como un coche que no arranca.

Esto es lo que hay. Lo sé con absoluta certeza. Este es el momento en el que todo cambia. Toda esa distancia, la frialdad, todo va a evaporarse. Lo que sea que haya estado encerrado en él se liberará.

Y la vergonzosa verdad es que yo *quiero que sea así.*

Quiero que acorte la distancia. Que me empuje contra la fría piedra y tome lo que lleva semanas rondando. Quiero dejar de pensar, de

cuestionar, de luchar contra la atracción que me ha estado arrastrando hacia él desde la primera noche que entró en la oficina de Kir.

Porque tenía toda la razón en lo que adivinó sobre mí antes: estoy tan, tan cansada de llevar las riendas.

No puedo seguir fingiendo que tengo todo bajo control cuando la verdad es que me estoy ahogando, joder. Llevo años ahogándome, desde que el coche de mis padres se estrelló contra la barrera de la autopista y me dejó con los pedazos sangrantes de una vida que nunca pedí heredar.

Las facturas de la rehabilitación de Gideon, el apartamento que apenas puedo permitirme, el terror constante y punzante de que un pago atrasado, un mal día, un *solo puto error* haga que todo se derrumbe a mi alrededor…

Es demasiado para una sola persona.

Y aquí está Lukas Lazarev, con sus aviones privados, sus viñedos franceses y sus cinco millones de dólares que gasta como si fueran céntimos. Un hombre que no pide permiso, que simplemente *se encarga de* las cosas, tal y como yo he estado deseando desesperadamente que alguien hiciera por mí durante mucho, mucho tiempo.

Es una fantasía que alguien me cuide así, y más aún él. Sé que lo es. La idea de que alguien pueda aparecer de repente y hacer que todo desaparezca… eso es cosa de cuentos de hadas. No es real.

Pero Dios, qué fantasía es.

Y si alguna vez hubiera un lugar donde las fantasías se hicieran realidad, sería un lugar como este: la polvorienta bodega de paredes de piedra de una mansión cubierta de hiedra en la pintoresca campiña francesa, sin nadie ni remotamente cerca para oírme gritar, o gemir, o suplicar clemencia, o suplicar *más*.

Sus ojos grises se clavan en los míos, más oscuros que nunca. El músculo de su mandíbula palpita. Sus manos cuelgan a los lados, con los puños tan apretados que puedo ver el blanco de sus nudillos incluso en la tenue luz.

Espero.

Espero a que acorte la distancia. Ambos sabemos que él quiere esto; ambos sabemos que yo también.

Entonces, ¿a qué se debe el retraso?

No es que él piense que voy a rechazarlo. Aunque quisiera, no podría, y aunque pudiera, no lo haría. Diré que sí. Que Dios me ayude, diré que sí a cualquier cosa que me pida.

Está cerca. Es enorme. Perfumado. Océanos, polvo, menta verde, uvas aplastadas, humo y pollo asado, y el almizcle de un hombre más grande que la vida misma. Me doy cuenta de que estoy de puntillas, por pura casualidad. Me estiro para alcanzarlo y él se inclina hacia mí, y esa mano en mi cadera se curva como una garra que me arrastra hacia él, y nuestros cuerpos están pegados, alineados de pies a cabeza; soy una cosita diminuta entre sus brazos enormes, soy suya, soy suya, soy...

—Deberías irte a la cama, Rae.

Parpadeo. —¿…Qué?

Su rostro parece dolorido. Casi agonizante, en realidad. Como si algo lo estuviera destrozando desde dentro.

—Vete —gruñe—. Mientras aún te lo permita.

No me muevo. No puedo. Mis pies se han pegado al viejo suelo de piedra, y mi cerebro está pasando un mal rato intentando procesar el golpe que *esto* supone.

—Lukas...

—¡He dicho que *te vayas!*

El rugido resuena en las paredes del sótano, rebota entre los arcos de piedra hasta que suena como si cien versiones de él estuvieran gritando a la vez. Las botellas traquetean en sus estantes. Una fina niebla de polvo cae del techo.

Así que corro.

33

RAE

MEMORÁNDUM INTERNO — DIVISIÓN DE LÍMITES PERSONALES

Se informa de que todos los protocolos de seguridad se han visto comprometidos. La barrera entre lo correcto y lo incorrecto se ha reducido a un simple tirador de latón.

El colapso es inminente.

Tengan cuidado.

Vuelvo a mi habitación, pero no duermo.

No es que esperara hacerlo, la verdad. Entre las siete horas de desconexión que me tomé esta tarde y el jet lag que me ha desajustado el ritmo circadiano, mi cuerpo no tiene ni idea de en qué zona horaria se supone que debe funcionar.

Pero no es solo la confusión temporal lo que me mantiene despierta.

También es la puerta.

La puerta del baño, que está abierta, concretamente, y que puedo ver desde mi posición en esta cama con dosel si giro la cabeza

ligeramente hacia la izquierda. La luz de la luna se cuela por las ventanas altas y proyecta una franja suave sobre el suelo, que termina justo en ese pomo de latón.

El pomo que no se cierra con llave.

El pomo que conecta mi habitación con la suya.

Me acuesto boca arriba, mirando al techo, escuchando cómo la vieja casa se asienta a mi alrededor. Cada crujido hace que mi corazón se acelere. El viento sacude los cristales de las ventanas y, en algún lugar no muy lejos, una contraventana golpea contra la piedra.

No va a venir, me reprendo a mí misma. *Te dijo que huyeras. Prácticamente te echó del sótano.*

Pero la puerta sigue abierta.

Y yo me quedo despierta.

El reloj de la mesita de noche marca las 2:24 de la madrugada cuando oigo lo que estaba esperando.

Pasos.

Son pesados, sin duda los de Lukas, y se mueven por la habitación al otro lado de la puerta del baño. Todo mi cuerpo se tensa bajo las sábanas. Cada músculo se bloquea.

Ya viene. Estoy segura.

Los pasos se hacen más fuertes y se acercan. Puedo seguir su recorrido por el baño solo con el oído. Mi corazón late tan violentamente que ahoga el ruido de la persiana al golpear.

Ahí vienen, más cerca, más cerca, más cerca… Casi… casi…

Entonces los pasos pasan.

Más lejos. Más lejos, más lejos…

No se detienen en mi puerta. Ni siquiera un momento. Siguen por el pasillo, hacia las escaleras, y se desvanecen en las entrañas de la casa hasta que no queda nada más que silencio y mi propia respiración entrecortada.

Me quedo tumbada allí lo que me parece una eternidad, esperando a que mi pulso se normalice.

Cuando por fin dejo caer las piernas al borde de la cama, me digo a mí misma que es porque tengo sed. Sed de verdad. Deshidratada por el vino, el vuelo y el llanto que definitivamente no dejé escapar en mi almohada antes.

No voy a seguirlo.

Solo necesito agua. Aire. O, bueno, algo.

Cojo una bata que encuentro en el armario, me la pongo por encima del pijama y salgo al pasillo.

La casa por la noche es mucho más oscura, más antigua y mucho menos acogedora. Los retratos de las paredes parecen observarme mientras camino descalza hacia las escaleras, sus ojos pintados siguiendo mi descenso con siglos de juicio silencioso.

Solo voy a por agua, les digo en silencio. *No hay nada raro en eso. Ni mucho menos.*

La cocina está en la parte trasera de la casa, pasando por el vestíbulo y la sala de estar. Sigo el tenue resplandor de la luz de la luna que entra por las ventanas hasta que la encuentro.

Él está allí.

Lukas está de pie junto a la encimera, de espaldas a mí, sin camisa, los músculos de sus anchos hombros esculpidos por la luz plateada de la luna. Un vaso con algo transparente, vodka, supongo, cuelga de sus dedos. Los platos de la cena están apilados ordenadamente en el escurridor junto al fregadero, las ollas y sartenes fregadas, todas las superficies limpias.

Lo observo un momento. Cuando respira, me doy cuenta con un grito ahogado y agudo de que lo que había confundido con una sombra moteada en su espalda no es eso en absoluto.

El mínimo movimiento de su inhalación basta para revelarme la verdad: toda la espalda de Lukas está absolutamente *plagada* de cicatrices. También hay tatuajes descoloridos, tan antiguos que se han vuelto grises y difuminados en los bordes, pero son las cicatrices las que no puedo dejar de mirar. Tiras gruesas y fibrosas de tejido anudado, que sobresalen casi un centímetro de su piel, discurriendo en paralelo a ambos lados de su columna vertebral.

¿Qué tipo de dolor debe haber causado eso? ¿Quién pudo haberlo hecho? *¿Por qué?*

¿Por qué ha pasado este hombre?

¿Qué le ha costado?

Me imagino cruzando la cocina y pasando mis dedos por el espacio entre sus omóplatos, donde se concentran las cicatrices más graves. ¿Sería caliente o frío al tacto? ¿Suave o duro? ¿Se estremecería? ¿Se giraría y me inmovilizaría contra la encimera, como me inmovilizó contra aquella pared en la gala? ¿O simplemente me dejaría?

En mi mente, ya lo estoy haciendo. Estoy trazando los surcos, siguiendo cada línea desde el origen hasta el final. La piel estaría caliente, decido. Incluso ardiente, a pesar del frío de la casa y del propio hombre.

Me pregunto qué sonidos emitiría. Si se quedaría quieto y en silencio, o si algo se rompería dentro de él como pensé que pasaría cuando estábamos en el sótano antes, algún cofre que ha mantenido sellado durante dieciocho años, y que por fin, *por fin*, dejaría entrar a alguien.

Mis dedos se curvan contra el marco de la puerta, con las uñas clavadas en la madera. No me muevo. Me quedo ahí de pie, en las sombras, viendo cómo la luz de la luna se filtra plateada sobre la

topografía de su trauma, y anhelando algo que no tengo derecho a desear.

—¿No podías dormir? —pregunta Lukas sin darse la vuelta.

Me quedo paralizada en la puerta. —¿Cómo sabías que estaba aquí?

—Es una casa antigua —Da un sorbo lento—. Los suelos hablan.

Me sirve un vodka y me lo tiende. Dudo solo un segundo antes de cruzar la habitación y cogérselo. El vaso está frío contra mi palma y, cuando lo llevo a los labios, la bebida traza una línea limpia y brillante por mi garganta.

Los dos nos quedamos en silencio. Sin embargo, el silencio no es agradable. Ni siquiera se *acerca* a serlo. Es un silencio que muerde y quiere su libra de carne de cada uno de nosotros.

No miro a Lukas; él no me mira a mí. Ambos miramos al frente, por la ventana que hay sobre el fregadero, donde las estrellas brillan sobre las lejanas hileras de parras. Mis dedos juguetean con el vaso. El vodka me arde en el estómago, pero no sirve para distraerme del tumulto que se está produciendo en otras partes de mi cuerpo.

Mi bata me parece demasiado fina. El cinturón que me ciñe la cintura me queda demasiado flojo. Todo en este momento me hace sentir como si estuviera al borde de algo vasto y oscuro, esperando a que el suelo se derrumbe bajo mis pies.

Así es como me sentí en el último escalón de la escalera de la bodega: como si un pequeño empujón de Lukas fuera todo lo que hiciera falta para que perdiera el equilibrio para siempre.

Entonces Lukas deja su vaso sobre la encimera.

El tintineo contra la encimera resuena como un disparo en el silencio. Me quita el mío de las manos con delicadeza y lo coloca junto al suyo. Se vuelve hacia mí de nuevo, bloqueando la luz.

Su mano, cuando se desliza para acariciar mi mandíbula, es áspera y cálida, abarcando desde mi barbilla hasta mi pómulo con holgura.

Me siento tan pequeña entre sus manos. Frágil. Rompible.

Su pulgar recorre con rudeza mi labio inferior. Es un roce lento, posesivo. Como si todo lo que toca le *perteneciera*.

No me atrevo a moverme. Está decidiendo algo. Puedo verlo suceder detrás de esos ojos de tormenta.

No tengo ni idea de qué puede ser.

—Solo tengo la fuerza de voluntad para decir esto una vez más esta noche, Rae, así que aquí va: vuelve a tu habitación.

Su voz suena tensa, quebrada en los bordes, como el cristal a punto de calentarse hasta su punto de ruptura.

El pulgar de Lukas se queda inmóvil contra mi labio. Sus ojos se oscurecen.

Se inclina hacia mí, tan cerca que puedo saborear el vodka en su aliento. Sus labios se ciernen a un centímetro de los míos.

—Porque si te quedas —continúa—, no pediré permiso para lo que venga después.

Me quedo paralizada. Ni siquiera es que esté decidiendo plantarme; es que he olvidado cómo moverme. Mis pulmones olvidan cómo respirar. Mi corazón olvida cómo latir. Todo en mí se vuelve ardiente, líquido y *ansioso.*

Lukas ve que no voy a ir a ninguna parte. Suspira. Es el sonido pesado y derrotado de un hombre que pierde una batalla que sabía desde el principio que nunca iba a ganar.

Entonces, su boca encuentra la mía.

Después de toda esta atormentada expectativa, no es el beso que esperaba. Es casi tímido. Sus labios rozan los míos, átomos rozando

átomos, justo cuando el reloj de pie del salón, detrás de nosotros, da las 3:00 de la madrugada. Me besa durante esos tres interminables golpes.

Bongggg.

Bongggg.

Bongggg.

Entonces se acaba, y él se ha ido.

Se aleja con tanta violencia que tropiezo hacia delante, hacia el espacio donde antes estaba él. Mi mano se aferra al borde de la encimera para no caerme.

Lukas ya está a mitad de la habitación y no mira atrás. Sus pies descalzos golpean las baldosas mientras gira bruscamente la esquina. Veo desaparecer su espalda llena de cicatrices, escucho el crujido de las escaleras mientras las sube de dos en dos, oigo el portazo lejano de una puerta en algún lugar por encima de mí.

Después de eso, ya no hay nada.

Me quedo allí de pie durante mucho tiempo, tocándome los labios donde aún perdura su fantasma.

Por fin, yo también me voy a la cama. Esta vez, duermo.

34

LUKAS

<u>INFORME DE INVESTIGACIÓN DE RENTA VARIABLE:</u>

ÍNDICE DE AUTOCONTROL DE LAZAREV (LSCI)

Calificación: *BAJADA* a VENDER

Notas del analista: Desinvertir *de inmediato*.

Subo las escaleras y arrastro un sillón hasta la puerta del baño contiguo. La bloquearía, la cerraría con un cerrojo y clavaría tablones de madera sobre ella si pudiera, porque no confío en mí mismo para no arrancar esa maldita puerta de sus bisagras, irrumpir allí y hacerle a Rae todo lo que llevo tanto tiempo queriendo hacerle.

Luego me arranco los pantalones del pijama, porque cualquier cosa que toque mi piel es mucho en este momento. Jodidamente demasiado. Estoy a punto de estallar, ardiendo al rojo vivo. Soy una amenaza para mí mismo y para el mundo.

Pero, sobre todo, para *ella.*

Mierda, la voy a arruinar. Este viaje fue un error, un puto error enorme. ¿Qué coño me estoy haciendo a mí mismo? ¿Qué coño le estoy haciendo a *ella*?

Nunca me había sentido tan impotente. Me superan mis propios deseos. No tiene sentido, pero la falta de sentido no detendrá la tormenta que se avecina.

Me masturbo dos veces, pero incluso cuando tengo la mano pegajosa por mi propio semen vergonzoso, mi polla sigue dura.

Por *ella.*

Por ella.

Voy a arruinar a Rae Everett, joder.

La única pregunta es cuánto tiempo pasará hasta que eso ocurra.

35

LUKAS

AVISO DE RETIRADA DE PRODUCTO

N.º de retirada: CPSC-2094-0316-EL

Artículo: Vestido blanco de verano, con flores azules, comprado en 2003

Motivo de la retirada: Peligroso si lo lleva una mujer equivocada. Puede causar confusión entre el pasado y el presente, entre un fantasma y una chica.

A la mañana siguiente, me despierto más tranquilo.

La fiebre ha bajado. La locura que se apoderó de mí anoche ha remitido, dejando tras de sí algo casi parecido a la lucidez. Me ducho, me afeito y me pongo unos pantalones de lino y una camisa sencilla. Preparo café y, mientras lo bebo, me asomo a la ventana de la cocina y veo cómo el sol se eleva sobre el viñedo.

Puedo hacerlo. Puedo mantener las manos alejadas de ella. Un día más, quizá dos, y volaremos de vuelta a Nueva York. Ella vuelve a su escritorio; yo vuelvo al mío.

Más jodidamente sencillo, imposible.

Me estoy sirviendo la segunda taza cuando oigo sus pasos en las escaleras. Me giro…

…y cualquier idea de "sencillez" se esfuma.

Rae lleva un sencillo vestido de algodón con tirantes finos y un dobladillo que le roza las rodillas. La tela es blanca, suave y gastada, descolorida por años de lavados, con pequeñas flores azules bordadas en el tejido. No tiene nada de especial, pero ese no es el problema.

El problema es que *conozco* ese vestido.

Lo conozco porque lo compré en un mercadillo a las afueras de Burdeos hace veintitrés años. Elena lo llevó puesto el último verano que vinimos aquí. Lo llevó puesto mientras vendimiaba. Lo llevó puesto mientras bailaba descalza en la terraza.

Lo llevó puesto la última vez que fuimos felices.

Rae se detiene en la entrada de la cocina y me sonríe, nerviosa y encantadora. Lleva el pelo suelto sobre los hombros, aún húmedo por la ducha. Juega con el tirante del vestido.

Mierda, no tiene ni idea de lo que lleva puesto.

—Lo encontré en el armario —explica. Debe de darse cuenta de cómo lo miro boquiabierto—. Espero que no te importe.

La taza de café se me resbala de los dedos y se hace añicos contra las baldosas. No puedo hablar. Se me ha cerrado la garganta.

Arquea las cejas y da un paso cauteloso hacia mí. Sus pies descalzos se deslizan por el suelo de baldosas, sorteando la taza rota y el charco de café que se extiende.

—Lu... eh, señor Lazarev, ¿estás bien? —Frunce el ceño—. Estás pálido.

No estoy bien en absoluto. Estoy todo lo contrario a bien.

Mi polla está tan dura que me duele. Cada gota de sangre de mi cuerpo se ha precipitado hacia el sur, dejando mi cerebro vacío y mi visión nublada. El vestido se ciñe a sus caderas igual que se ceñía a las de Elena. El escote cae de la misma manera. El dobladillo se balancea de *la misma puta manera.*

Pero no es Elena quien lo lleva puesto.

Es Rae.

Y, de alguna manera, eso lo empeora. Y lo mejora. Y lo hace mucho más confuso que cualquier cosa que haya sentido en dieciocho largos y fríos años.

Pensaba que el vestido rojo era malo. Esto, sin embargo… esto es un desastre.

—Estoy bien —logro decir—. No te muevas. Hay algunos fragmentos afilados por aquí.

Me dirijo hacia el desastre, pero Rae se me adelanta. Coge un paño de cocina de la encimera y se arrodilla sobre las baldosas de terracota.

—Déjame a mí —insiste—. Tú preparaste la cena anoche. Yo puedo limpiar un poco de café. No es ningún problema.

Debería detenerla. De hecho, lo que debería hacer es levantarla de un tirón, empujarla escaleras arriba y ordenarle que se ponga *literalmente cualquier otra cosa.* Pero sigo sin poder moverme ni hablar. Solo puedo quedarme ahí de pie como una estatua muda mientras ella se arrodilla a mis pies.

El vestido se le sube por los muslos mientras se arrastra hacia delante para limpiar el derrame. Piel suave y pálida. Un atisbo, un atisbo tentador, de algo blanco y de algodón debajo.

Recoge con cuidado los fragmentos más grandes y los deja a un lado sobre la toalla. Sus dedos son delicados y precisos. —Ya está — dice con satisfacción, sentándose sobre los talones. Me mira con

esos grandes ojos marrones—. Creo que he recogido casi todo. ¿Tienes una escoba por ahí?

Me duele la mandíbula de tanto apretar los dientes. —En el armario —le digo con voz ronca—. Por ahí.

Se levanta con elegancia y se dirige con paso sigiloso hacia el armario. El vestido se arremolina alrededor de sus piernas. Observo cómo se mueve la tela e intento calmar mi pulso antes de que mi presión arterial, que se dispara, me lleve a una muerte prematura.

Contrólate. Solo es una mujer con un vestido. Y además, un vestido viejo. No significa nada para ella.

Pero para mí lo es *todo*.

Rae encuentra la escoba y el recogedor, y luego barre los restos con movimientos familiarizados que delatan que no es la primera vez que limpia los desastres de otros.

—Me estás mirando fijamente —comenta sin levantar la vista.

—¿De verdad?

—Sí, de hecho, lo estás haciendo. —Tira los fragmentos a la basura y deja la escoba a un lado—. ¿Seguro que no pasa nada? Estás raro desde que bajé.

—No, señorita Everett. No pasa nada.

—Bueno, eso no es muy convincente, ¿verdad?

Se gira para mirarme. Apoya las manos en las caderas. Esa postura tensa la tela sobre su pecho. Puedo ver el contorno difuso de sus pezones marcándose contra la tela. No debe de llevar sujetador.

Obligo a mis ojos a fijarse en su rostro. —Solo estoy planificando nuestro día —miento.

—¿Ah, sí? —dice ladeando la cabeza—. ¿Qué tenías en mente?

—Pensaba llevarte a dar un paseo por el viñedo. Después podemos ir al pueblo —Me obligo a relajar los hombros—. A menos que prefieras quedarte aquí.

—No, me parece bien —Sonríe, con naturalidad y sinceridad—. Me gustaría.

Nos sentamos en la terraza mientras ella toma su café y se come un croissant. Aprovecho para recomponerme, para volver a tomar las riendas. Cuando está lista, salimos por la puerta trasera.

El aire de la mañana trae un frío húmedo procedente de la Gironda, mezclado con el olor a tierra empapada y el dulce aroma, tenue y persistente, de las uvas que hace tiempo que se cosecharon. Rae camina a mi lado, todavía descalza, con las sandalias colgando de los dedos.

El viñedo se extiende ante nosotros en hileras ordenadas. En esta época del año, con la vendimia ya muy atrás, los colores se han desvanecido y las vides han perdido sus hojas. Las ramas desnudas y raquíticas sobresalen y la niebla se entrelaza alrededor de las raíces agrupadas.

—Es impresionante —dice Rae en voz baja.

La observo mientras lo absorbe todo. Parece tranquila y satisfecha de una forma que nunca ha mostrado en Nueva York.

Lo que esa imagen me hace sentir es indescriptible. Renunciaría a todos los amaneceres sobre el viñedo que he visto a cambio de un minuto de *verla* contemplarlo.

Estamos a mitad de camino cuesta abajo cuando Rae se detiene. Algo a la izquierda ha llamado su atención.

—¿Es eso un establo?

Sigo su mirada. El viejo edificio de piedra se encuentra en el límite de la finca, medio oculto por un grupo de robles. Había olvidado que se veía desde aquí.

—Lo es.

—¿Tienes caballos?

—Tres. Venían con la finca.

Su rostro se transforma por completo. Los ojos le brillan, los labios se le entreabren. Parece una niña en la mañana de Navidad. —¿Podemos…?

Niego con la cabeza. —Hoy no. El mozo de cuadra se los ha llevado al pueblo para que les cambien las herraduras.

Se le cae el alma a los pies. Se da cuenta enseguida y vuelve a esbozar su sonrisa habitual, pero no se me escapa la punzada de decepción.

—Oh. No pasa nada. Quizás la próxima vez. No es que vaya a haber otra… Bueno, ya sabes. Da igual.

No habrá una próxima vez. Los dos lo sabemos, aunque ninguno de los dos lo diga en voz alta.

—Siempre he querido montar a caballo —confiesa mientras volvemos a ponernos en marcha—. Desde que era pequeña. Mi madre solía prometerme que me llevaría a uno de esos sitios donde se hacen rutas a caballo, pero nunca tuvimos dinero. Y luego, después de que ella muriera… —Deja la frase en el aire y se encoge de hombros—. La vida se interpuso.

Eso podría acabar fácilmente con todo, pero ver cómo se apaga ese brillo en sus ojos me produce algo, algo punzante y desagradable. Lo odio, mierda. Odio que su decepción me haga daño.

Esto es exactamente lo que temía.

No el deseo: he aceptado el hecho de querer follarla. Eso es puramente biológico y fácil de justificar. ¿Pero esto? ¿Esta necesidad de hacerla *feliz*? ¿De borrar cada arruga de descontento de su rostro?

Eso es *peligroso*.

Ya he sido vulnerable antes. Casi me destruyó. Me niego a volver a serlo.

Y, sin embargo…

—Mañana —me oigo decir—. Mañana te llevaré a montar a caballo.

Se detiene y se gira de golpe para mirarme, efervescente de sorpresa. —¿De verdad?

—De verdad.

Su sonrisa se amplía. Es deslumbrante. —Gracias.

—Vamos —le digo, agarrándola de la muñeca para que vuelva a caminar—. El pueblo no está lejos.

Rae se pone a mi lado. Pero está sonriendo de oreja a oreja.

Mi cabeza es un caos de imágenes mientras caminamos. No puedo dejar de pensar en anoche. Cuando probó ese primer bocado de coq au vin, simplemente *resplandeció.* Cuando la salsa le chorreó por la barbilla antes de que ella la atrapara con el dedo, pensé que iba a estallar allí mismo. La mancha morada que el vino dejó en su lengua… ¿qué sabor tendría si me dejara llevar…?

No es solo su belleza lo que me obsesiona. Por muy exquisito que sea su físico, hay algo más abstracto en juego. Rae nunca había probado una comida así. Nunca había estado en un lugar como este. Nunca había montado a caballo ni volado en un avión privado ni lucido diamantes que la pondrían enferma si supiera lo que valen.

Y yo le di todo eso.

Aun así, no es suficiente para saciarme. Quiero darle más. Todo. Cada primera vez que nunca ha tenido, cada experiencia que su vida cruel le ha negado.

Quiero ver su cara cuando pruebe el champán que cuesta mil dólares la botella.

Quiero oír el sonido que hace la primera vez que un hombre pone su boca entre sus piernas y lo hace *bien*.

Quiero a Rae Everett de formas peligrosas, muy peligrosas.

Y la cosa no hace más que empeorar.

36

LUKAS

DECLARACIÓN DEL TESTIGO - IRÉNÉE SAVATIER [Propietario, Au Pain Doré]

(Traducido del francés) La vi con ese vestido y, por un momento, pensé que era [OMITIDO].

Saint-Émile-sur-Vigne es todo lo que un pueblo francés debería ser. Sus relucientes calles empedradas serpentean entre edificios de piedra con contraventanas azul real y delicados geranios rosas que se desbordan de las jardineras. Rae camina a mi lado, girando la cabeza para abarcarlo todo. No deja de pararse para asomarse a los escaparates y exclamar ante cosas que, de otro modo, me aburrirían hasta las lágrimas: una estantería de cerámica pintada a mano, el mostrador de una carnicería con embutidos, una florista arreglando girasoles en cubos de hojalata.

No hay nada tan pequeño o corriente que no pueda captar su atención. Se diría que es su primer día en la tierra.

La dejo entretenerse. No tengo ningún otro sitio al que ir.

—¿Tienes hambre? —Asiento hacia una panadería en la esquina—. Los mejores croissants de la región.

—No digas más —Ella corre hacia allí, cantando alegremente. Yo la sigo a un ritmo más lento.

La panadería es pequeña y estrecha, con espacio apenas para tres clientes a la vez, y mucho menos para uno tan grande como yo. Una vitrina de cristal muestra pasteles dorados y panes crujientes, y el olor a mantequilla y levadura flota denso en el aire.

Madame Savatier está detrás del mostrador. Lleva aquí desde que tengo memoria. Nada ha cambiado en ella en décadas: ni el pelo blanco recogido en la nuca, ni la harina espolvoreada en su delantal, y sobre todo no la mirada recelosa e impaciente que lanza a todo el que entra por la puerta.

—Monsieur Lazarev —me saluda. Su francés es tenso y formal—. Ha pasado bastante tiempo.

—Demasiado, Madame —respondo.

Rae se queda a mi lado, mirando los pasteles. No habla francés, así que se limita a esperar con paciencia a que yo la ponga al corriente de lo que está pasando.

La mirada de Madame Savatier se desliza hacia ella.

Y entonces ocurre.

Los ojos de la anciana se abren como platos. Solo por un momento. Una fracción de segundo, en realidad. Su mano se tensa sobre las pinzas que sostiene. Su boca se entreabre.

No dice nada en voz alta. Sabe que no debe.

Pero yo veo ese destello de reconocimiento que no es reconocimiento en absoluto.

No ve a Rae.

Ve a Elena.

El vestido, el pelo. La postura, la complexión. De pie en esta panadería donde Elena estuvo cientos de veces, pidiendo los mismos croissants de almendra, es como si mi mujer hubiera vuelto a la vida tras dieciocho años bajo tierra.

Hay que reconocer que la anciana se recupera rápidamente. Se da la vuelta y se entretiene con algo detrás del mostrador.

Rae no se da cuenta de nada. Está señalando un pain au chocolat, preguntándome cómo se llama, completamente ajena al fantasma en el que se ha convertido.

Pido para los dos. Mi voz suena extraña en mis propios oídos. Ahogada, ronca, extraña.

Madame Savatier mete los pasteles en una bolsa y me los entrega. Sus ojos se cruzan con los míos brevemente. Hay una pregunta ahí. Una advertencia, tal vez.

Finjo no verla.

—Parecía un poco tensa —señala Rae mientras volvemos a salir a la luz del sol.

—Es un pueblo antiguo —digo con brusquedad—. Costumbres antiguas. No siempre son tan amables con los forasteros.

Rae asiente y le da un mordisco a su croissant. Las migas de hojaldre caen sobre el frente del vestido. El vestido de *Elena*. Ella las sacude sin pensarlo.

No puedo dejar de dar vueltas a la cabeza. No es que no se me haya ocurrido antes el parecido, pero cuanto más tiempo pasamos aquí, más imposible resulta ignorarlo. Cuando lleva el vestido de verano de Elena y el sombrero de paja de Elena que cogió del gancho junto a la puerta, caminando por los senderos que Elena recorrió mil veces antes… podría *ser* ella.

Pero no lo es.

Ese es el problema.

Elena era mi igual. Entendió quién era yo desde el primer momento en que nos conocimos. Había visto la violencia antes que yo y sabía cómo se sentía en su propia piel. No había nada delicado en ella, nada que necesitara protección. Era peligrosa por derecho propio.

Rae no es nada de eso. Es joven. Inocente. Un rayo de sol en forma humana. El hecho de que, aun así, quiera quebrarla es lo que me ha mantenido despierto por las noches desde el momento en que entré en la oficina y encontré a mi hijo con la mano bajo su falda.

Seguimos deambulando un rato mientras yo lucho por mantener una conversación normal. Cuando atravesamos la plaza del mercado, Rae se detiene en cada puesto. Coge tarros de miel y los sostiene a contraluz. Huele pastillas de jabón de lavanda y cierra los ojos. Me pide que le traduzca los nombres de quesos que nunca ha oído nombrar.

Yo me encargo de todo. Traduzco. Explico. Veo cómo se le ilumina el rostro con cada nuevo descubrimiento y compro todo aquello sobre lo que sus dedos tan solo se detienen.

Un anciano que vende aceitunas me reconoce. Asiente una vez, sin decir nada. Al igual que Madame Savatier, sus ojos se detienen en Rae un instante de más.

La alejo de allí.

—Eres muy popular aquí —dice, mirando por encima del hombro al anciano vendedor de aceitunas.

No sigo su mirada. —Llevo viniendo treinta años. La gente se acuerda.

—¿También se acuerdan de tu mujer?

Me niego a dejar que vea cómo se me contrae el rostro. No vacilo en mi paso. —Algunos, quizá.

Se queda callada un momento. Noto que está preparando algo. La siguiente pregunta. Un dedito del pie se cuela por la línea que he trazado en la arena.

—¿La traías aquí a menudo? —pregunta.

Asiento con gravedad. —Todos los veranos.

—Le debe de haber encantado.

No respondo. No puedo.

Porque sí, a Elena le encantaba. Al igual que a Rae, le encantaban los croissants, los adoquines y el olor de las uvas madurando al sol. Le encantaba este pueblo. Y, sobre todo, le encantaba el hombre en el que me convertía cuando estaba aquí.

Y aun así la maté.

37

LUKAS

MIEL DE LAVANDE

Peso neto: 250 g | Lote: 0119

Ingredientes: Miel (100 %)

AVISO: Tarro de cristal. Manipular con cuidado. Si se cae, el contenido no se podrá recuperar.

Al terminar el día, regresamos al castillo. Entre nosotros balancea una bolsa de papel marrón, llena de todas las cositas que Rae suplicó que compráramos durante la tarde de paseo. Tiene migas en la barbilla y las mejillas sonrojadas por el vino y el queso que compartimos en una pequeña cafetería cerca de la plaza.

Sin embargo, lleva unos minutos pensativa y callada. Veo que le da vueltas a algo en la cabeza, pero no la presiono.

Llegamos a la puerta principal. La empujo para abrirla y me aparto para dejarla pasar.

En cambio, se detiene en el umbral, se gira hacia mí y se pone de puntillas.

Sus labios rozan mi mejilla. Es un beso suave y breve, pero he sufrido torturas con baterías de coche más sutiles. Una descarga de corriente me recorre el cuerpo, una agonía eléctrica momentánea.

—Gracias —me dice. Su aliento es cálido contra mi boca—. Ha sido el día más bonito que he tenido en mucho tiempo.

Sus labios son suaves, como pétalos de flor. Estúpidos y jodidos pétalos.

Lo más sensato aquí es dar un paso atrás. Es la única opción, en realidad. O al menos, es la única que no acaba con ella destrozada contra las piedras del suelo de este puto castillo.

Pero no me muevo ni un centímetro.

La culpa la tiene ese maldito vestido. El vestido de Elena. Me roza el brazo. El mismo algodón fino, las mismas flores azules descoloridas en el dobladillo. El aroma de Rae baila bajo él, diferente al de Elena, más dulce, más fresco. Menos a humo y secretos, más a… rayos de sol.

Puta *luz del sol.*

El calor se acumula en lo más profundo de mis entrañas. Un horno familiar y peligroso que se aviva solo. Mi mano se crispa a mi lado, deseando agarrarla, aplastarla contra el marco de la puerta y saborear si ese sol es real o solo otro truco.

Sus ojos miran los míos. Grandes, marrones, confiados. Chica tonta. ¿No sabe lo que les pasa a las cosas que me interesan? ¿No sabe que las colecciono hasta que se hacen añicos?

Aléjala. La orden resuena inútilmente en el espacio vacío donde antes residía mi control. *Hazlo. Hazlo ahora.*

Pero sus labios siguen ahí, esperando. Una invitación a la ruina. Una invitación que soy demasiado jodidamente débil para rechazar.

Así que cedo.

Mis manos encuentran la cintura de Rae y la empujo contra el marco de la puerta. La bolsa cae al suelo y un tarro de miel sale rodando, pero a ninguno de los dos nos importa.

El grito de sorpresa de Rae se apaga contra mi boca cuando la beso. Esta vez no es suave. No es breve. La beso como si llevara dieciocho años muriéndome de hambre y ella fuera la primera comida que veo.

Sus dedos se aferran a mi camisa. Me atrae hacia ella en lugar de empujarme. Es todo el permiso que necesito.

Profundizo el beso. Mi lengua se desliza contra la suya y ella emite un sonido, un pequeño gemido que va directo a mi polla. Su espalda se arquea contra la madera. Sus caderas se empujan hacia delante, buscando fricción.

Se lo doy. La inmovilizo allí con mi cuerpo, dejándola sentir exactamente lo que me hace. Ella jadea de nuevo. Sus uñas se clavan en el lino de mi camisa.

—Lukas… —susurra contra mi boca—. ¿Qué me estás haciendo?

Al oír eso, me quedo quieto.

Lo oigo de nuevo: *Lukas, ¿qué me estás haciendo?*

Pero ya no es la voz de Rae.

Es la de Elena.

Está de pie donde estaba Rae hace un momento. Su cabello es más fino que cuando nos conocimos, y tiene las puntas quemadas. Las ojeras le rodean los ojos. Ha perdido peso, demasiado peso. Los huesos de su clavícula sobresalen bajo los tirantes finos de un vestido blanco de algodón con flores azules en el dobladillo.

Soy yo quien le está haciendo esto. La vida conmigo la está matando día a día. Se está consumiendo, consumiendo, consumiendo.

Pronto terminaré el trabajo.

—No puedes seguir haciendo esto —me suplica. Su voz suena cansada. Jodidamente cansada.

—Haré lo que considere mejor —gruño—. No te estaba pidiendo permiso.

—Lukas, yo...

—He dicho que no. He terminado con esta discusión, Elena. No vuelvas a sacarlo a colación.

Sus ojos se encuentran con los míos. Son de un ámbar intenso y profundo, cálidos y brillantes, y llenos de tristeza.

—¿Crees que tú decides? —gruño. Mi cara está a centímetros de la suya—. ¿Crees que esta es una decisión que te corresponde a ti?

—Es mi cuerpo —susurra—. Mi vida.

—Tu vida me pertenece —Mis dedos se clavan en sus hombros con tanta fuerza que le dejan moretones—. Yo decido cuándo termina. Yo decido cómo. No tú. Yo.

El recuerdo se fragmenta. La luz del sol lo blanquea todo de nuevo.

Y entonces, vuelvo.

Rae me está mirando fijamente. Tiene los labios hinchados de tanto besarme y los ojos muy abiertos por la preocupación.

—¿Lukas? —me toca la cara—. ¿Dónde te has metido hace un momento?

La suelto y doy un paso atrás. La distancia entre nosotros se abre como una herida abierta y supurante.

—Esto ha sido un error.

La mano de Rae se aparta de mi cara. —¿Qué?

—Esto está mal —Doy otro paso atrás. La distancia ayuda, pero solo un poco—. Tienes la mitad de mi edad. Eres demasiado...

Me detengo antes de poder terminar la frase, apretando la mandíbula con tanta fuerza que me duelen las muelas.

—¿Demasiado *qué*? —Ella me sigue, acortando la distancia que acabo de crear—. Di lo que ibas a decir.

La fiebre ha vuelto y es peor que nunca. La otra noche, con Kir fuera de la gala, intenté obligarme a sentir rabia como la sienten los hombres normales. No pude entonces; lo único que sentí fue el invierno interminable en el que he vivido desde el día en que nací.

Hasta ahora, claro está.

Aquí, con ella, ardo, ardo, ardo. Soy un incendio forestal que arde sin control, y ella es la cerilla que lo ha provocado todo.

Solo hay una forma de apagar estas llamas hambrientas: hacer que ella diga que no.

—Intacta —escupo por fin, esforzándome al máximo por decirlo de una forma que le duela para mantenerla alejada, donde no pueda causarle un daño más duradero—. Una virgen. Y no voy a arruinarte de esa manera.

38

RAE

FORMULARIO DE MEDIDAS DISCIPLINARIAS DE RR. HH.

Empleado: Lukas Lazarev

Infracción: Lenguaje inapropiado en el lugar de trabajo (véase la transcripción)

Muestra de la transcripción: Te [CENSURADO] tu [CENSURADO] hasta que [CENSURADO] en mi [CENSURADO] [...]

Intacta.

Una virgen.

Lo dice como si fuera un diagnóstico. Una enfermedad horrible, desfigurante y terminal que él es demasiado noble para agravar. Como si mi inexperiencia fuera algo precioso y frágil que hay que proteger del lobo feroz.

Por un lado, estoy mortificada. Hay una parte muy real de mí que quiere meterse en el agujero más cercano y morir de vergüenza porque este hombre, de alguna manera, ha adivinado la verdad más humillante sobre mí.

Por otro lado, también estoy *furiosa.*

¿Quién demonios es *él* para juzgar mis decisiones? O mejor aún, mi *falta* de decisiones.

No *elegí* ser virgen a los veinticinco años. No es que me haya estado reservando para el matrimonio o esperara a algún príncipe de cuento de hadas en un caballo blanco. La vida no ha dejado de darme golpes en la cabeza por mucho que le suplicara que parara.

Mis padres murieron. Gideon se hundió. Dejé la universidad para tener tres trabajos y mantener un techo sobre nuestras cabezas mientras mi hermano pequeño intentaba destruirse a sí mismo con cada pinchazo.

Así que no, imbécil, salir con chicos no era precisamente una prioridad cuando tenía que elegir entre la compra y la factura de la luz. El romance pasó a un segundo plano frente a la pura y jodida *supervivencia*. Y cuando las cosas se estabilizaron, si es que se puede llamar "estable" a este precario paseo por la cuerda floja, estaba tan atrasada que todo me parecía imposible.

¿Cómo le explicas a un chico en una segunda cita que nunca has hecho *nada* de esto antes? No se lo explicas, así es como.

No me mantuve "intacta" porque quisiera seguir siendo un regalo inmaculado y envuelto para el hombre adecuado. Me mantuve intacta porque el mundo no paraba de quitarme y quitarme y quitarme, y ya no me quedaba nada que dar.

¿Y ahora *él* va a usar eso en mi contra? ¿Justo él, de entre todas las personas? ¿El mismísimo Rey Tomador?

—¿Y si *quiero* que me arruinen?

La pregunta sale a borbotones de mi boca y chisporrotea en el aire entre nosotros, aún más vergonzosa en voz alta de lo que era en mi cabeza.

Pero, a juzgar por la reacción de Lukas, se diría que es *él* quien se siente avergonzado.

Observo cómo su ancha espalda se queda inmóvil. —Tendrás que encontrar a otra persona.

Su voz es monótona y definitiva. La sentencia de muerte de lo que fuera que esto fuera, de lo que yo pensaba que podría ser.

Luego, para que no haya lugar a dudas, se aleja.

Me quedo en la puerta, clavada en el sitio, viéndole desaparecer por las escaleras. El tarro caído ha rodado hasta detenerse contra el zócalo y la bolsa de pasteles yace arrugada a mis pies. El sol de la tarde se cuela por las ventanas y lo baña todo en una luz cálida y melosa, tan alegre, como si mi corazón y mi orgullo no acabaran de ser arrancados con un sacabolas.

Busca a otra persona.

Como si pudiera. Como si hubiera alguien más que me hiciera sentir como él.

—¡Lukas!

No se detiene cuando lo llamo. Está en lo alto del rellano y gira hacia su dormitorio, sin dar señales de que vaya a reducir el paso.

—¡No te atrevas a alejarte de mí!

Eso, precisamente eso, lo detiene. Se detiene con una mano en el pomo de la puerta. Sus hombros son una cordillera bajo la camisa.

—Vete a tu habitación, Rae.

—¡No! —Llego a lo alto de las escaleras, ligeramente sin aliento—. No, no me voy a ir a ningún sitio hasta que me expliques qué demonios estás haciendo.

Se gira lentamente. Sus ojos grises vuelven a ser nubes de tormenta, oscuros y agitados por algo de cansancio. —No te debo

ninguna explicación.

—¡Y una mierda! —Acorto la distancia entre nosotros hasta quedar justo delante de él, estirando el cuello para mirarlo a los ojos—. Me has traído en avión desde el otro lado del océano. Me has comprado un vestido. Me has preparado la cena. Me has besado ¡dos veces! y ahora, ¿me dices que "busque a otra persona"? ¿Qué clase de juego es este?

Un músculo se le contrae en la mandíbula. —No es un juego.

—Entonces, ¿qué demonios es? —le pregunto—. Porque desde mi punto de vista, parece que estás haciendo todo lo que está en tu mano para que te desee y, luego, castigarme por hacer precisamente eso. ¿Te divierte? ¿Es algún tipo de afición enfermiza?

Sus fosas nasales se dilatan. —No sabes lo que estás pidiendo.

—¡Pues dímelo! —levanto las manos—. Usa tus palabras, Lukas. Explícamelo como si tuviera cinco años, porque parece que soy demasiado tonta para entender por qué sigues alejándome justo después de acercarme a ti.

Me agarra la muñeca con fuerza. —¿Quieres saber por qué? —pregunta con voz ronca—. Porque no soy un buen hombre, Rae. He hecho cosas que ni te imaginas. Saldrías corriendo y gritando si supieras la mitad.

—Entonces déjame huir —le suplico—. Déjame tomar esa decisión por mí misma.

Aprieta mi muñeca con más fuerza. Puedo sentir un temblor recorriendo sus dedos, como si estuviera luchando contra algo dentro de sí mismo.

—No lo entiendes —dice—. No me refiero a malas decisiones ni a pequeños remordimientos sin importancia. Me refiero a la sangre que tengo en las manos. Sangre *de verdad*. De esa que no se quita con agua.

El temblor de su mano se extiende por el brazo. Todo su cuerpo está tenso, como un resorte enrollado más allá de su punto de ruptura.

Parece *destrozado.*

En este momento, Lukas Lazarev parece un hombre al que han arrastrado por el infierno y han dejado pudrirse y morir bajo el sol abrasador. Su cabello plateado está revuelto, con mechones cayéndole sobre la frente, donde mis dedos debieron de despeinárselos durante nuestro beso. Su barba, que normalmente está tan meticulosamente arreglada, está erizada. Un rubor le sube por el cuello bronceado, desapareciendo en el cuello abierto de su camisa de lino.

Pero son sus ojos los que más me destrozan.

Esos ojos gris tormenta están inyectados en sangre. Las arrugas que enmarcan su boca parecen más profundas que ayer. Es una masa agitada de tensión y rabia.

Es hermoso, eso es lo que es. Devastadoramente, ruinosamente hermoso.

—No te pido que seas bueno —susurro—. Te pido que seas *sincero*.

—Sincero —repite él—. *Sinceridad.* ¿Quieres sinceridad?

—Sí.

Me suelta la muñeca. Pero en lugar de dar un paso atrás, da un paso adelante y me acorrala contra la pared del pasillo.

—Aquí tienes una honestidad que quizá puedas entender, chiquilla: si no vas a tu habitación ahora mismo y cierras esa puerta, te profanaré de formas que ni siquiera puedes empezar a imaginar.

Contengo el aliento. Toda mi fuerza de voluntad se ha esfumado, así, de un plumazo, con un chasquido de sus dedos. Una vez más estoy acorralada entre él y la pared, igual que hace un momento abajo. Pero ahora, en lugar de un beso bañado por el sol con la

campiña francesa sumiéndose en el crepúsculo índigo como telón de fondo cinematográfico, estoy encerrada sola en un pasillo oscuro revestido de piedra mientras las sombras se ciernen cada vez más cerca.

—He sido paciente —continúa Lukas, con una voz que se convierte en un gruñido que resuena en mis huesos—. He sido *prudente.* He hecho todo lo que estaba en mi mano para mantener mis manos alejadas de ti, y tú sigues presionando. Provocando. *Deseando*.

Su rostro está a centímetros del mío. Cada plano y cada línea de él están tensos y son crueles.

—No merezco que me desees, Rae. Soy aquello de lo que las madres advierten a sus hijas. Soy el monstruo que se esconde debajo de la cama. Y si sigues asomando tus bonitas muñecas por el borde de la oscuridad, tarde o temprano, te atraparé.

Su barba y sus labios rozan mi oreja mientras susurra.

—¿Quieres saber lo que te haría? —pregunta—. Bueno, primero, te arrancaría ese bonito vestido del cuerpo con los dientes. Te inmovilizaría y pondría mi boca sobre tu coño húmedo y te haría gritar hasta quedarte ronca. Te abriría con los dedos hasta que tu garganta se rindiera de tanto llorar y lo único que pudieras hacer fuera temblar. Luego lamería las lágrimas de tus mejillas y haría que me dieras las gracias por cada una de ellas. Me suplicarías, por supuesto que me suplicarías; me suplicarías de una forma jodidamente bonita, pero yo no me detendría, ¿verdad? No. Ni por asomo. Solo estaríamos empezando.

Se acerca aún más.

—Te arrastraría hacia mí, te colgaría la cabeza por el borde de la cama y te follaría la garganta hasta que te corrieran lágrimas negras por las mejillas. Luego te daría la vuelta, te hundiría la cara en el colchón y te metería mi polla a fondo en tu coño empapado, Rae. Llegaría hasta el fondo y me quedaría ahí, haciéndote retorcerte de

espasmos por lo grande y cruel que es. Te agarraría por la raíz del pelo y te levantaría para poder ver cómo se te ponen los ojos en blanco, ver cómo intentas recordar cómo respirar conmigo enterrado tan profundo que me saborearías en el fondo de la garganta. ¿Y cuando me suplicaras que me moviera, porque quedarte así te está matando? Te haría decir *"por favor"*. Te haría decir mi nombre, pero no "Lukas" en ese momento, no. En ese momento, solo sería *el Sr. Lazarev.* Y te haría decirle *al puto Sr. Lazarev* exactamente a quién pertenece este coño antes de darte una *sola*. *puta*. *embestida*.

Su pulgar recorre mi tráquea, como si estuviera sopesando lo fácil que le resultaría partirla.

—A partir de ahí, te arruinaría. Te follaría hasta que te doliera todo. Perderías la noción de dónde terminas tú y dónde empiezo yo. Te llenaría y vería cómo se derrama y lo volvería a meter solo para oír ese sonido que harías. Una y otra vez. Hasta el amanecer. Hasta que no pudieras caminar. Para cuando terminara, estarías tan borracha de polla y empapada de semen que nunca más serías capaz de soportar tener a nadie más dentro de ti por el resto de tu vida.

Aprieto los muslos. El fuego se agita en lo más profundo de mi vientre, traicionero e innegable.

Y entonces, sin más, el calor se desvanece. Lukas da un paso atrás. Cierra los ojos, fríos como una tumba invernal.

—Pero no lo haré —dice con tono seco—. Porque te mereces algo mejor que las manos de un monstruo sobre ti. Vete a la cama, Rae. Y cierra la puerta. No te gustará lo que pasará si no lo haces.

Se da la vuelta y entra en su habitación. La puerta se cierra detrás de él.

Me quedo allí, temblando, dolorida, sola.

Y mojada.

Jodidamente.

Mojada.

39

RAE

RESEÑA DEL PRODUCTO: VESTIDO DE SEDA ROJO

Puntuación: ★★★★★ (5/5 estrellas)

Pros: Se ciñe a cada curva. Llega hasta el ombligo. Hace que los multimillonarios pierdan el control.

Contras: ...hace que los multimillonarios pierdan el control *de forma peligrosa.*

Al día siguiente, Lukas ha desaparecido.

Me despierto tarde, aturdida y desorientada tras una noche intranquila salpicada de sueños que me niego a examinar demasiado de cerca. Cuando por fin me arrastro hasta abajo, la cocina está vacía de Adonis de cabello plateado.

Tampoco hay café, lo cual es aún más molesto.

Así que me preparo uno yo misma. Está horrible, demasiado flojo, un poco quemado, pero me lo bebo de todos modos, de pie junto a la ventana donde Lukas estuvo ayer por la mañana. El viñedo se extiende ante mí, dorado y precioso. Le importa un comino mi crisis personal.

Cuando me acabo el café y sigo sintiéndome inquieta, salgo a buscarlo.

Miro en los dormitorios. Vacíos.

La terraza. Vacía.

La bodega, aunque me da un miedo de muerte. Vacía.

Al mediodía, he dejado de buscarlo y me he retirado a la biblioteca. Es una habitación preciosa, llena de estanterías que llegan hasta el techo, cada una de ellas repleta de volúmenes encuadernados en cuero en francés, ruso, inglés y algunos otros idiomas que no tengo la cultura suficiente para reconocer. Me acurruco en un sillón mullido y cojo un libro al azar de la estantería más cercana.

Está en francés. No sé leer francés, pero me quedo mirando las páginas de todos modos, pasándolas a intervalos regulares como un loco mientras mi mente divaga.

Te follaría la garganta hasta que te corrieran lágrimas negras por las mejillas.

Paso la página.

Te obligaría a decirle al puto Sr. Lazarev exactamente a quién pertenece este coño.

Paso la página.

Pero te mereces algo mejor que las manos de un monstruo sobre ti.

Cierro el libro de un portazo.

Esto es ridículo. ¿Por qué estoy haciendo esto? Él ha dejado muy claro que no quiere saber nada de mí, al menos, no de ninguna manera que importe.

Excepto que eso no es cierto, ¿verdad?

Me *quiere*. Eso quedó claro por la forma en que me besó. Por la forma en que su cuerpo se apretó contra el mío, caliente, duro y hambriento. ¿Qué fue ese monólogo obsceno y devastador que me susurró al oído, si no la prueba de que se siente tan enloquecido y cachondo como yo?

Me desea.

Simplemente se ha convencido a sí mismo de que no puede tenerme.

Por lo que sé, tiene razón. Quizá sea realmente un monstruo, como dice. Si tiene siquiera un poco de razón, debería salir corriendo y gritando en dirección contraria, reservar el primer vuelo de vuelta a Nueva York e ir directamente a una comisaría a solicitar una orden de alejamiento. Sin pasar por la casilla de salida, sin cobrar doscientos dólares.

Pero no quiero huir, y la única "restricción" que quiero es que él me sujete a la cabecera de la cama más cercana y haga lo que quiera conmigo.

Así que trazo un plan.

¿Es imprudente? Casi seguro.

¿Me acercará eso a que Lukas cumpla sus amenazas/promesas? Ni idea.

¿Pero es mejor que dar vueltas por los pasillos de este castillo sin vida como un fantasma victoriano, volviéndome más loca con cada minuto que pasa?

Es decir, eso espero.

Supongo que ya lo veremos.

El vestido que encuentro es un arma letal.

Está enterrado en el fondo del armario de mi dormitorio, escondido detrás de sensatos vestidos de lino y elegantes vestidos de algodón. En cuanto lo saco, sé que es el indicado.

Para empezar, es *rojo*. No el sutil rojo vino del vestido de gala que Lukas eligió para mí, sino un rojo descarado, atrevido, del tipo *arrésteme, agente, porque he pecado*.

Y, para empezar, no es lo que nadie en su sano juicio llamaría *recatado.* El vestido de gala tenía cierta elegancia, pero este básicamente está pidiendo sexo a gritos. El escote desciende hasta más o menos a la altura de mi ombligo, sujeto por nada más que la esperanza y lo que parece ser un único broche decorativo. El dobladillo se detiene a mitad del muslo, *generosamente* a mitad del muslo, si soy sincera. Incluso en una enana como yo, la cobertura brilla por su ausencia, por decirlo suavemente.

Es perfecto para lo que tengo en mente.

Me ducho, me afeito todo lo que se puede afeitar y dedico mucho tiempo a peinarme y maquillarme, utilizando productos que encuentro en el cuarto de baño.

El resultado no está mal, la verdad. Mi pelo rubio oscuro cae en ondas suaves sobre mis hombros. Mis ojos parecen más grandes, más oscuros, más sensuales. Mis labios están pintados del mismo tono de rojo que el vestido.

La ilusión de que sé lo que estoy haciendo se mantiene... hasta que tengo que bajar las escaleras, momento en el que mis rodillas empiezan a temblar tanto que tengo que agarrarme a la barandilla para mantener el equilibrio.

Oh, sé realista, Everett. Solo es una cena. Con tu aterrador jefe de pelo plateado que anoche amenazó con follarte hasta el olvido, sí, pero aun así, solo es una cena. Una comida que has tenido muchas veces antes. No es para tanto.

Encuentro a Lukas en la terraza.

Está de espaldas a mí, contemplando el viñedo mientras los últimos rayos de la maldita puesta de sol se desvanecen en el horizonte. Tiene una copa de vino en la mano, medio vacía. Lleva la camisa por fuera, las mangas remangadas hasta los codos y el cuello desabrochado. Ahora que sé dónde fijarme, puedo ver las tenues marcas de sus cicatrices donde la tela se ciñe a su espalda.

Y ahora que sé cómo interpretarlo, solo un poquito mejor que antes, intuyo que parece cansado. Sigue siendo dolorosamente guapo, pero cansado. Desgastado de alguna manera que no acabo de definir.

Me pregunto qué habrá estado haciendo todo el día. ¿Tiene a Natasha o a alguien como ella escondida en otro castillo a la vuelta de la esquina? ¿O estaba en el confesionario de la iglesia más cercana, suplicando a un sacerdote que lo absuelva de sus pecados?

Esta última imagen me hace reír. En primer lugar, por lo que me dijo no hace mucho: *No creo que te interese especialmente un hombre que tiene que suplicar por lo que quiere.* El mensaje era claro: Lukas Lazarev no suplica. Ni por mujeres, ni por sexo, y desde luego tampoco por la absolución de Dios. Si tuviera que adivinar, diría que le importa un comino cualquier vida después de la muerte o la condenación eterna.

La otra razón por la que me hace gracia imaginar a Lukas confesándose es porque, si algún sacerdote vivo oyera la mitad de las cosas que me gruñó al oído anoche, estoy bastante segura de que le daría un infarto en el acto. Todo el confesionario ardería en llamas profanas.

Apuesto a que Lukas saldría ileso de entre las cenizas.

—La cena está casi lista —dice sin darse la vuelta—. Espero que te guste...

Se gira.

Se detiene.

Y durante un momento glorioso y sobrecogedor, veo a Lukas Lazarev quedarse sin palabras.

Sus ojos recorren mi cuerpo con toda la sutileza de un mazo. Se detienen en mi escote, se deslizan hacia abajo, hasta el dobladillo del vestido, y luego vuelven a subir hasta mi rostro con un esfuerzo visible. Aprieta la mandíbula. Sus nudillos se blanquean alrededor de la copa de vino.

Ahí está: esa mirada. La de anoche. Cruda y hambrienta.

Te tengo, hijo de puta.

Pero entonces, tan rápido como apareció, el calor se desvanece. Su rostro se suaviza hasta convertirse en algo frío y distante.

—Quítatelo.

Me quedo desconcertada. —¿Perdón?

¿Es un *"quítatelo"* en plan sexy? ¿O un *"quítatelo"* en plan *¿cómo te atreves a mancillar esta tela con tu culo de campesina?*

—Ese vestido no es tuyo —gruñe—. Quítatelo.

Lo de "campesina", confirmado. No parece nada contento.

—¿De verdad crees que voy a desnudarme solo porque no te gusta mi ropa? —le pregunto incrédula.

Por dentro, me sorprende un poco mi propia descaro, pero le echo la culpa al día tan raro que hemos tenido y al entorno un tanto surrealista. Poco a poco, me estoy convirtiendo en una versión de mí misma que no sabía que existía: una mocosa luchadora y de lengua suelta.

Y eso está haciendo que Lukas se ponga morado de rabia.

—Joder, Rae.

No se ha movido de su sitio junto a la barandilla, pero, de alguna manera, siento que la distancia entre nosotros se está reduciendo. Como si el aire mismo se comprimiera, se volviera más pesado, más caliente y más difícil de respirar.

Frunzo los labios. —No.

Los ojos de Lukas se encienden. —No era una petición.

—Menos mal que no recibo órdenes de ti, entonces.

Casi espero que el tallo se rompa en su puño. Un poco espero que luego me apuñale con el cristal roto.

—No tienes ni idea de a qué estás jugando.

—¿Yo? Yo no estoy jugando a nada. *¡Tú eres* el que se está volviendo loco por nada! —Doy un paso adelante, y no sé si es lo más valiente o lo más estúpido que he hecho nunca—. Desde donde yo estoy, parece que ni siquiera puedes lidiar con un trozo de tela roja.

—No voy a seguir con esto contigo —Niega con la cabeza—. Te lo diré una vez más: quítatelo.

No me muevo.

—Oblígame.

No puedo creer que acabe de decir eso. Más aún, no puedo creer que lo haya dicho y que luego no haya salido corriendo inmediatamente para salvar mi vida. Sigo aquí de pie, con la barbilla levantada, el corazón latiendo tan fuerte que lo noto en las sienes.

Esto va en serio. La bodega solo fue el preludio; ahora por fin hemos llegado al *verdadero* momento del asesinato de estas pequeñas vacaciones francesas improvisadas.

Lukas deja su copa de vino sobre la barandilla de piedra. No me mira mientras se endereza hasta alcanzar toda su altura.

Luego empieza a caminar hacia mí.

El primer paso es pausado. Pero el segundo es un poco más rápido. El tercero, aún más rápido. Para cuando da el cuarto, está cargando contra mí, con el vapor prácticamente saliéndole por las orejas, rojo y acalorado como nunca lo había visto antes.

Retrocedo, pero es demasiado tarde. No hay adónde ir. Me acorrala contra la pared mientras la oscuridad se apodera de su rostro.

Su mano se desliza por encima de mi hombro. Me estremezco, preparándome para… no sé qué. El impacto. El dolor. *Algo.*

En cambio, sus dedos encuentran la cremallera de mi espalda.

Sin embargo, solo la baja un par de centímetros. Lo justo para aflojar la tela que me cubre los omóplatos.

—No juegues a juegos que no puedes ganar, chiquilla.

Luego se aleja de un tirón, retrocede por la terraza y desaparece por una puerta al otro lado, aislándose lo más lejos posible de mí, con tantas paredes entre nosotros como pueda interponer.

Solo cuando estoy cien por cien segura de que se ha ido, miro hacia allí y por fin veo la comida que ha preparado, esperándonos bajo un par de campanas de plata.

Me hundo en una de las sillas y levanto la campana. Debajo, encuentro confit de pato con la piel crujiente, patatas asadas relucientes con hierbas y judías verdes tan perfectamente escaldadas que podrían salir en una revista.

Tiene tan buena pinta que sería un desperdicio dejarlo pasar.

Me bebo toda la botella de vino que ha decantado y devoro mi plato. Tal y como le prometí anoche, me como hasta la última migaja y luego lamo el plato hasta dejarlo limpio. Está *así* de bueno.

Aunque ojalá no lo estuviera. Quiero que esté horrible para poder añadir "chef mediocre" a la lista de razones por las que debería dejar

de desear a Lukas, pero no. Por supuesto que no. El hombre me tortura con sus palabras, su presencia, sus inexplicables tonterías de frío y calor, y luego tiene la osadía de ser además un cocinero fenomenal.

Para cuando la botella está vacía, las estrellas han salido en el cielo y no estoy ni un pelo más cerca de entender nada de esto. Solo estoy borracha de vino, sola y más confundida que nunca.

¿Cómo puede acabar esto? No hay ningún "felices para siempre" a la vista, eso está claro. Ningún príncipe azul me ha dicho nunca cosas tan obscenas o crueles como las que me ha dicho Lukas Lazarev.

Virgen. Intacta. La mitad de mi edad. Como cocodrilos en el foso que rodea el castillo de una princesa, todos esos obstáculos dan vueltas y vueltas, cada día más hambrientos.

Pero lo que pasa con los fosos es que impiden el paso *en ambos* sentidos. Ningún caballero con armadura brillante puede entrar, y la princesa no puede salir.

A veces, sin embargo, las princesas se impacientan. A veces, las princesas miran a todos esos cocodrilos y piensan: *¿Sabes qué? Que se jodan. Muerde si te atreves. Pero voy a intentar escapar.*

Porque, ¿qué otra opción tengo? ¿Volver a Nueva York con el rabo entre las piernas? ¿Regresar a mi triste y pequeño apartamento, a mi montaña de facturas interminables, a mi desfile de citas mediocres de Hinge? ¿Pasar el resto de mi vida preguntándome qué habría pasado si hubiera tenido el valor suficiente para saltar?

No.

No he cruzado un océano para comer confit de pato sola en una terraza mientras el hombre que lo ha preparado se esconde de mí como si fuera radiactiva.

Me sirvo los últimos sorbos de vino y contemplo las estrellas. Son increíblemente brillantes aquí arriba, lejos de la contaminación

lumínica de la ciudad. Todo un universo de cosas ardientes, con millones de años de antigüedad, y aquí abajo solo estoy yo, una pobre y triste persona con mi pequeño y triste drama.

Lukas cree que me está protegiendo al alejarme de él.

Se equivoca.

No necesito protección. Lo necesito *a él*.

De una forma u otra, voy a hacer que se dé cuenta de eso.

40

RAE

SOLICITUD DE REUNIÓN

Lugar: La puerta entre nosotros

Hora: 2:00 a. m.

Asistentes: Lukas Lazarev, Rae Everett

Orden del día: Por determinar...

Al parecer, dormir es para perdedores. Estoy tumbada en la cama, todavía con el vestido rojo puesto porque no me he atrevido a quitármelo.

¿Patético? Muchísimo.

Pero hay algo en quitármelo sola que se parece demasiado a admitir la derrota. Si me lo desabrocho yo misma, básicamente estoy reconociendo que Lukas ha ganado. Que su fría retirada ha funcionado. Que voy a doblar mi pequeña rebelión y guardarla de nuevo en el armario, donde pertenece.

La pequeña y dócil Rae, que siempre hace lo que le dicen. Que sigue la corriente para llevarse bien con todos. Sumisa hasta el extremo.

Pero, ¿qué hay de la Rae en la que siento que me estoy convirtiendo mientras estoy aquí, con él? ¿La Rae luchadora? ¿La Rae lengua suelta? ¿La Rae que le dice *"házmelo"* a hombres peligrosos que le doblan la edad?

Esa Rae no se rinde.

Esa Rae no se echa atrás.

Me *gusta* esa Rae.

Inquieta, me quedo mirando las vigas del techo. El vino que he bebido se ha convertido en un agradable aturdimiento, cálido y relajante en mis extremidades. Ya no estoy lo suficientemente borracha como para hacer alguna tontería de verdad, aunque lo estuve por un rato, allí sola en la mesa, cuando varias ideas descabelladas se me pasaron por la cabeza, pero sí lo suficiente como para que la voz de la razón haya sido amordazada y atada de pies y manos.

No juegues a juegos que no puedes ganar, pequeña.

Quizá Lukas tenga razón: no puedo ganar esto. Quizá los cocodrilos del foso me hagan pedazos antes de que consiga cruzarlo.

Pero al menos lo habré intentado, ¿no? ¿No vale eso algo?

El reloj del pasillo da las dos. Luego las dos y media. Luego las tres.

Poco después, un sonido familiar y arrastrado llega a mis oídos, igual que la noche anterior.

Pasos.

Son indudablemente los suyos. Aunque no supiera que somos las únicas dos almas en esta casa, siento que a estas alturas ya sabría que son los suyos. Podría distinguirlos en una estampida de búfalos: nadie más camina así, con esa seguridad que le recorre desde la cabeza hasta la planta de los pies.

Pero inquieto. Tan inquieto. Igual que yo.

Porque está paseándose de nuevo.

De un lado a otro, de un lado a otro. Puedo imaginarlo ahí fuera, con las manos entrelazadas a la espalda, la mandíbula temblando, librando la guerra que sea que esté rugiendo dentro de su cabeza.

Entonces los pasos se detienen…

Justo al otro lado de nuestra puerta contigua.

No respiro. No parpadeo. Cada célula de mi cuerpo está pendiente de los cinco centímetros de madera que nos separan.

Se hace el silencio.

Un silencio largo y agonizante.

Y entonces...

El pomo se mueve.

En la oscuridad, es casi imperceptible. Solo un leve temblor del metal, un atisbo de movimiento en la penumbra. Pero yo lo veo. La palanca de latón se hunde una fracción de centímetro, no se engancha en nada, porque, obviamente, no hay cerrojo en el que engancharse, y luego se detiene y retrocede.

Lo está probando.

Está ahí mismo, al otro lado de esa puerta, probando a ver si tiene fuerzas para resistirse.

Mis dedos se aferran a las sábanas. Cada terminación nerviosa me grita que grite, que diga algo, lo que sea…

Ábrela. Por favor, por el amor de Dios, solo ábrela…

Le envío ese pensamiento con todas mis fuerzas. Me lo imagino atravesando la madera en un rayo telepático, envolviéndolo, impulsándolo hacia adelante.

Abre la puerta, Lukas. Estoy aquí. Te estoy esperando. He estado esperando.

Pero el pomo no se mueve de nuevo.

Pasa un segundo.

Dos segundos.

Un minuto.

Dos.

Y entonces oigo una respiración entrecortada y agitada, como si se la estuvieran arrancando contra su voluntad.

Al principio, creo que simplemente está ahí de pie, luchando consigo mismo, atrapado entre lo que quiere y lo que cree que es correcto.

Pero entonces se oye otro sonido. Un arrastrar de pies. Tejido contra tejido. El crujido de las tablas del suelo al desplazarse bajo el peso redistribuido.

Se me corta la respiración cuando la comprensión me golpea de golpe.

Dios mío.

No está simplemente ahí de pie.

Se está *masturbando*.

En plena noche, cuando todas las malas ideas son más intensas, con solo una puerta entre nosotros, Lukas Lazarev se está tocando. Con la mano envuelta alrededor de su polla y moviéndola mientras piensa en…

¿¡En mí!?

Mis muslos se aprietan instintivamente. Me invaden tantas cosas a la vez que es un milagro que sobreviva a la avalancha. Horror, asco,

indignación... todas ellas van y vienen tan rápido que más valdría que ni siquiera se hubieran molestado.

Porque lo que viene después es mucho, mucho más poderoso.

Lujuria.

Anhelo.

Un deseo ardiente, potente, irresistible, que hace babear.

¿Y mi mano? Mi mano se desliza hacia el sur sin mi permiso, con los dedos recorriendo mi vientre hacia el dobladillo de este ridículo vestido rojo.

La seda se amontona alrededor de mis caderas mientras sigo adelante. Mi otra mano encuentra mi pecho a través de la fina tela, acariciando su peso, con el pulgar rodeando mi pezón hasta que se yergue contra el tejido. Me muerdo el interior de la mejilla.

Al otro lado de la puerta, la respiración de Lukas se vuelve más entrecortada. El arrastrar de pies se acelera.

No llevaba bragas debajo de este vestido, así que, cuando mis dedos llegan entre mis piernas, se deslizan por la humedad. Estoy vergonzosamente excitada, húmeda, hinchada y con un dolor que nunca antes había experimentado. Ni con mi vibrador en casa, ni con ninguno de los encuentros torpes y decepcionantes que conforman mi patético historial de citas.

Esto es diferente.

La culpa es *suya.*

Separo mis labios con dos dedos y rodeo mi clítoris. Al principio solo estoy jugando, pero cuando todo el día ya ha sido una larga provocación, resulta que no necesito mucho. La primera caricia de verdad me envía una descarga de placer tan intensa que tengo que taparme la boca con la mano libre para sofocar el gemido que intenta escapar.

A través de la puerta, le oigo gruñir. Es tan masculino, gutural y simplemente *obsceno*.

Mientras tanto, froto mi clítoris con caricias firmes y deliberadas, siguiendo el ritmo que imagino que su mano está marcando alrededor de su polla. ¿Está pensando en el vestido? ¿En arrancármelo con los dientes, como amenazó? ¿En abrirme de par en par y...

Otro sonido suyo. Casi dolorido esta vez.

Arqueo la espalda sobre el colchón. Deslizo un dedo dentro de mí, luego dos, curvándolos hacia mi ombligo mientras mi pulgar sigue acariciando mi clítoris.

Quédate callada, Rae. No puede saberlo. No puede…

Pero, pensándolo bien, ¿por qué no puede?

¿Por qué soy *yo* la que tiene que sufrir en silencio mientras él gruñe y gime al otro lado de esa puerta?

Vuelvo a pensar en la princesa. En los cocodrilos. En las consecuencias. Y decido…

A la mierda.

Dejo escapar el gemido.

Es suave. En realidad, poco más que un suspiro. Un pequeño y delicado gemido que se escapa de mis labios antes de que pueda pensarlo mejor.

Durante un horrible e interminable segundo, creo que he calculado mal. ¿Se va a marchar enfadado? ¿He ido demasiado lejos...?

Y entonces, Lukas *gime.*

Es profundo, atormentado y, sobre todo, *intencionado*. Es una respuesta a mi llamada de apareamiento; lo sé en lo más profundo de mi ser.

Significa que me ha oído.

Lo sabe.

Y no va a parar.

Ahora me estoy volviendo más atrevida, embriagada por lo mejor de Burdeos y lo peor de Brooklyn. Mis dedos se mueven más rápido, con más destreza, con más urgencia. Abro más las piernas y una rodilla cae a un lado mientras me complazco con descarado abandono.

A través de la puerta, el ritmo de Lukas se adapta al mío. Puedo oír el sonido húmedo de su mano sobre su polla, los jadeos que marcan cada caricia. Nos movemos al unísono, separados por una puerta endeble y toda una vida de razones por las que esto no debería estar pasando.

No me importa ni una sola de ellas.

Mis dedos están hundidos hasta los nudillos dentro de mí, pero imagino que es la mano de Lukas, esos dedos marcados y poderosos haciendo lo que prometió.

Te abriría con los dedos hasta que tu garganta se rindiera de tanto llorar.

Otro gemido sale de mi garganta. No me molesto en reprimirlo.

Ahora estoy subiendo, esa tensión familiar se enrosca con más fuerza en mi interior. Pero esta vez es diferente. Porque ya no son solo *mis* dedos: es el peso fantasma de *él* presionándome contra el colchón.

Es *su* barba rozando mis muslos.

Es *su* boca en mi centro, lamiendo y chupando hasta que grito hasta quedarme ronca, tal y como él juró que haría.

Mis caderas se sacuden contra mi mano. Añado un tercer dedo, abriéndome, imaginando la imposible plenitud de él dentro de mí.

Llegaría hasta el fondo y me quedaría ahí, haciéndote temblar por lo grande y cruel que es.

—Oh, Dios —suspiro, demasiado perdida como para preocuparme de si me oye.

Lo oye. Vacila un segundo, luego redobla el ritmo. Los sonidos que salen de él ahora son casi animales: gruñidos y rugidos que hacen que se me curven los dedos de los pies y que mis paredes se aprieten alrededor de mis propios dedos.

Estoy a punto. Justo al borde. Todo mi cuerpo tiembla, el sudor me brota en las sienes, la seda roja retorcida y arrugada debajo de mí.

Haré que le digas al puto Sr. Lazarev exactamente a quién pertenece este coño.

Esa es la contraseña mágica. El clímax me atraviesa como una devastación sagrada, retorciendo mi columna vertebral en un arco imposible. Cada vértebra se despega del colchón como si una mano invisible se hubiera metido dentro de mi pecho y me hubiera empujado hacia los cielos.

—¡Lukas…!

Su nombre sale a borbotones de mi boca cuando me corro. Me aprieto alrededor de sus dedos, oleadas tras oleadas de placer crepitan a través de mí mientras me arqueo, jadeando, temblando, completamente deshecha.

Treinta segundos después, le oigo derrumbarse. Y mientras lo hace…

—Rae.

Mi nombre en su boca, con *esa* voz, destrozada y reverente, me provoca una réplica que me recorre el cuerpo y casi me hace gritar. Aprieto los muslos, aguantando los últimos temblores mientras su respiración se va calmando poco a poco al otro lado de la puerta.

Tengo los dedos pegajosos y me duele la garganta cuando por fin vuelvo en mí. Tengo que mirar a mi alrededor para convencerme de que este mundo sigue siendo real, de que no nos hemos colado accidentalmente en algún universo alternativo depravado.

Dije su nombre cuando me corrí.

Él dijo el mío.

Eso tiene que significar algo, ¿no? *Tiene* que importar. No gimes el nombre de alguien así a menos que se haya clavado tan hondo bajo tu piel que no puedas arrancarlo.

Las tablas del suelo crujen. Los pasos de Lukas se alejan hacia su habitación.

Luego, silencio.

Me quedo tumbada en la oscuridad, con el vestido rojo subido hasta las caderas, mirando fijamente la puerta que nunca se abrió. Y pienso: *Esto no ha terminado.*

No puede ser.

No después de eso.

~

O QUIZÁ SÍ PUEDA. Porque, cuando bajo las escaleras a la mañana siguiente, hay dos maletas junto a la puerta.

La mía y la suya.

Me quedo paralizada al pie de la escalera, con una mano aún en la barandilla.

No me lo preguntó. Ni siquiera tuvo la decencia de decírmelo a la cara.

Simplemente decidió: *nos vamos.*

Me ha dicho una y otra vez que este es el tipo de hombre que es. Un hombre que me moverá de aquí para allá como a una muñeca, como a un peón. Pero hay algo diferente en este juego de poder en particular. Algo que no acaba de cuadrar.

Porque Lukas Lazarev no huye de nada.

Es un hombre capaz de mirar fijamente a salas de juntas llenas de ejecutivos hostiles sin pestañear. Hace menos de veinticuatro horas, me acorraló contra una pared y amenazó con violarme de todas las formas imaginables, y cada una de esas palabras depravadas las decía en serio.

Pero anoche se quedó de pie frente a mi puerta y se tocó mientras me escuchaba hacer lo mismo. Gimió mi nombre.

Y ahora, huye de vuelta a Nueva York como si los sabuesos del infierno le pisaran los talones.

Todo apunta a una verdad obvia:

Lukas Lazarev está *aterrorizado*... de *mí*.

41

RAE

AVISO DE SALIDA [URGENTE]

Vuelo: Burdeos → Nueva York

Pasajeros: un (1) hombre que huye asustado + una (1) mujer que acaba de darse cuenta

—Bien. Estás despierta.

Me giro y veo a Lukas salir de la cocina. Ya no lleva la ropa de lino ligera y cómoda que ha llevado estos dos últimos días. Ha vuelto a ponerse una camisa Oxford almidonada y planchada, con cuello alto. Lleva el pelo peinado y engominado; lo mismo ocurre con su barba. Unas gafas de sol de aviador le ocultan los ojos.

Vuelve a llevar puesta su armadura de batalla.

—El coche nos está esperando ahí fuera —dice—. Despegamos en veinticinco minutos.

—Genial —digo, con un tono monótono y amargo como el café del día anterior—. Así que eso es todo.

Lukas se detiene en seco. —¿Perdón?

—Oh, nada —Cruzo los brazos sobre el pecho—. Es solo que me hace gracia, eso es todo.

—¿Qué tiene de gracioso?

—Tú —Señalo con la barbilla hacia las maletas—. Hace un segundo decías que *cinco millones de dólares significan que vales más que una simple cena.* Y, de repente, ahora es: *Vamos a dar por terminado este espectáculo.* Supongo que debería haber sabido que eras un charlatán. ¿Acaso *tienes* algún caballo en ese establo?

Aprieta la mandíbula detrás de esa barba perfectamente cuidada. Las gafas de sol hacen imposible leerle los ojos, lo cual, estoy segura, es precisamente lo que busca.

—Los caballos...

—…eran una farsa. Sí, lo sé, lo pillo. Como todo lo demás —Ahora estoy siendo mezquina y malcriada, y lo sé, pero no puedo parar. La humillación de anoche, de que me *oyera*, de dejar que él *me* oyera, de correrme con su nombre en los labios, se está convirtiendo en algo horrible.

Consiguió lo que quería.

Al menos uno de los dos lo hizo.

—¿Ya has terminado? —pregunta. Me habla como si fuera una niña pequeña haciendo una rabieta y estuviera esperando a que me agotara.

—No, en realidad —espeto—. No he terminado. Acabo de empezar. Eres muy, muy bueno con todo lo de la fachada, ¿verdad? Sabes cómo entrar en una habitación, cómo cultivar un aura. Pero ¿cuando se trata de cumplir todas esas promesas sucias? Bueno, en ese momento, te conviertes en otro tipo más. Así que, sí. Me hace un poco de gracia.

Lukas frunce los labios con desdén. —"Otro tipo más" —repite—. ¿Es eso lo que crees que soy?

—Es lo que *sé* que eres.

Da un paso hacia mí. Luego otro. Se quita las gafas de sol, revelando unos ojos que arden con algo que no había visto antes.

—No tienes ni idea de lo que estás hablando.

—¿No? —me mantengo firme—. Hablas mucho, Lukas. Con toda esa mierda de que *te voy a arruinar*. Pero cuando llega el momento de pasar de las palabras a los hechos, te escondes en tu habitación como un niño asustado.

Sus fosas nasales se dilatan. —Ten cuidado, Rae.

—¿O qué? ¿Me vas a amenazar otra vez? Añádelo a la lista de mierdas que has prometido y luego has sido demasiado cobarde para cumplir —Me río en su cara—. Ni siquiera eres capaz de llevar a una chica a dar un puto *paseo a caballo.*

El rostro de Lukas está crispado por la tensión. Incluso con su espesa barba, puedo ver toda la ira retorciéndose bajo la superficie de su piel.

—Vale —dice por fin—. ¿Quieres tu puto paseo en poni? Acabemos de una vez.

Saca el móvil y envía un mensaje, luego se lo vuelve a meter en el bolsillo.

—El piloto esperará —Se da la vuelta y empieza a caminar a zancadas hacia la parte trasera de la casa, hacia el camino que lleva a los establos—. Mueve el culo, Rae.

Corro tras él, mis sandalias golpeando las losas mientras lucho por seguir el ritmo de sus largos y furiosos pasos. El sol de la mañana calienta mucho más que ayer, convirtiendo el viñedo en una bruma resplandeciente de ceniza y marrón.

Los establos están escondidos detrás de una arboleda de olivos. Es una estructura preciosa. Paredes de piedra desgastada, un tejado de

terracota, toda una fantasía rústica de la campiña francesa.

Para cuando entro, Lukas ya va por la mitad de preparar el caballo más grande que hay allí. Está tirando de correas, ajustando estribos y haciendo otras cosas de caballos de las que no tengo ni idea.

Lo que *sí* sé es que el caballo que ha elegido parece el que montaría la Parca. La bestia es negra, aterradora y enorme. Casi puedo ver mi reflejo en su brillante pelaje de obsidiana. Patea y resopla mientras Lukas trabaja, con un aire tan irritado como el de su amo.

En cuestión de minutos, nuestro semental está listo.

—Solo, eh… —Miro a mi alrededor, repentinamente invadida por los nervios—. ¿Solo uno? ¿No hay, como, un caballito más dulce para mí?

—Dijiste que nunca habías montado, ¿verdad? —pregunta Lukas con tono seco e impaciente.

Niego con la cabeza.

—Entonces te vienes conmigo. No tengo tiempo para enseñarte. Ni tampoco para explicarle a la policía local cómo acabaste con el cuello roto.

—¿Porque tu francés no es tan bueno? —pregunto con esperanza.

Él resopla. —Porque me harían demasiadas preguntas molestas.

Otra vez con sus mensajes tranquilizadores.

Antes de que pueda formular otra réplica sarcástica, las manos de Lukas se cierran alrededor de mi cintura.

Me levanta como si fuera la maldita Pulgarcita. Simplemente me iza hacia arriba y me deposita de lado sobre la silla de montar. Solo tengo tiempo de agarrar un puñado de crin antes de que él se suba detrás de mí.

Luego, su brazo me rodea la cintura y me atrae hacia su pecho.

Oh, esto ha sido un grave error.

Su cuerpo es un muro de calor a mi espalda, sólido y ancho. Puedo sentir cada respiración que toma y cada contracción de sus músculos mientras recoge las riendas con su mano libre. El caballo se agita impaciente bajo nosotros. Me habría caído al suelo de inmediato si no fuera porque los muslos de Lukas sujetan los míos.

—Agárrate —me dice al oído. El consejo es un poco innecesario, teniendo en cuenta las circunstancias, pero le doy puntos por la caballerosidad, supongo.

Entonces da una patada con los talones y nos ponemos *en marcha*.

El semental sale disparado del establo como una bala de un arma. Tras la penumbra del establo, la luz del sol me ciega por una fracción de segundo. Cuando parpadeo para despejar la vista, veo que estamos galopando a toda velocidad por un camino de tierra entre las viñas. El viento azota mi cabello con furia y el brazo de Lukas es una banda de hierro que me rodea el estómago.

Al principio es un poco emocionante. La velocidad, la potencia. Lukas monta como hace todo lo demás: con un control total y aterrador.

Pero entonces espolea al caballo para que acelere.

Y más rápido.

Y aún más rápido.

El camino gira bruscamente más adelante y, en lugar de reducir la velocidad, clava los talones con más fuerza. Las pezuñas del semental levantan nubes de polvo. Tomamos la curva a una velocidad tal que siento que se me sube el estómago a la garganta, con el cuerpo del caballo inclinado en un ángulo que parece catastróficamente incorrecto. Juraría que noto cómo mi mejilla roza la tierra.

—¡Lukas! —grito por encima del estruendo de los cascos—. ¡Reduce la velocidad!

Si acaso, acelera aún más.

Ahora vamos a toda velocidad. Incluso el camino se estrecha y serpentea entre muros de piedra desmoronados, seguimos ganando velocidad con cada zancada. Las ramas me azotan la cara. La respiración del semental es agitada, con espuma salpicando por las comisuras de la boca.

—¡Lukas, *para*!

Su brazo se aprieta a mi alrededor, pero esa es la única respuesta que obtengo.

De repente, me siento muy, muy estúpida. He provocado al oso. Me he burlado de él, lo he incitado, lo he llamado cobarde. El hombre es un *asesino,* por el amor de Dios. Y yo lo acabo de llevar al límite.

¿Qué demonios pensaba que iba a pasar?

El camino se abre sin previo aviso, arrojándonos a un claro que no sabía que existía. Lukas tira de las riendas y el semental se detiene en seco. Mi corazón se ha trasladado a algún lugar cerca de mi esófago. Cuando por fin consigo que vuelva a su sitio, observo a nuestro alrededor.

Es una gruta. Una gruta apartada, como sacada de un cuento de hadas… si el cuento lo hubiera escrito alguien con una imaginación muy oscura. Montones de rocas escarpadas se alzan por tres lados, cubiertas de enredaderas trepadoras y musgo tan espeso que parece terciopelo. Un manantial natural brota de algún lugar bajo las rocas, alimentando un estanque de agua. El vapor se eleva en pequeños arabescos desde la superficie espejada. Todo a la sombra de un dosel de olivos retorcidos cuyas ramas se entrelazan sobre nuestras cabezas.

Precioso.

Además, aislado. Un lugar donde alguien podría desaparecer y no ser encontrado jamás.

Lukas se baja de la silla de montar. Enlaza las riendas alrededor de una rama baja, luego vuelve y me baja del caballo con la misma facilidad con la que me subió.

Las rodillas me fallan ligeramente cuando mis sandalias tocan la grava, pero su agarre me estabiliza. Luego me suelta y da un paso atrás.

—Todo lo que ves desde aquí me pertenece —dice, señalando con un gesto las colinas circundantes. Su voz es coloquial, casi agradable. No hay rastro de la ira que acababa de canalizar durante nuestro viaje hacia la muerte hasta aquí—. Kilómetros y kilómetros en todas direcciones.

Trago saliva con dificultad. —Eso es… ¿bonito?

—Significa que no hay nadie por aquí, señorita Everett. —Lleva las gafas de sol sujetas al cuello de la camisa, así que puedo ver todo el brillo de sus ojos color plomo—. Ni vecinos, ni turistas, ni excursionistas. Ni. Una. Sola. Alma.

Ahora que lo menciona, la gruta parece un poco menos idílica de repente.

Y por si acaso no me había quedado claro, añade…

—Eso significa que no hay nadie que pueda oírte gritar.

Oh.

Claro.

La voz de Jillian resuena en mi cabeza, metálica y lejana: *Su mujer no murió, Rae. Desapareció. Nunca encontraron el cuerpo.*

¿Es así como ocurrió? ¿Llevó a Elena a algún lugar bonito y aislado como este? ¿La cautivó, la sedujo, le hizo creer que era especial… y luego… y luego…

Doy un paso involuntario hacia atrás. Mi tacón se engancha en una roca y tropiezo.

Lukas me observa. —Querías saber quién soy realmente —dice en voz baja—. ¿No es así, Rae?

Sigo retrocediendo, pero me cuesta avanzar. Mis sandalias no dejan de resbalar sobre el musgo resbaladizo bajo mis pies. —Lukas, yo…

—Me llamaste cobarde. —Otro paso. Suena casi amable. Creo que prefería la versión enfadada—. Un charlatán. *Solo otro tipo más*.

—No quería decir...

—Oh, sí, sí que lo querías decir. No te eches atrás ahora, Rae. Cada palabra la dijiste en serio —Ahora está tan cerca que puedo ver cómo le late el pulso en la garganta.

Mi espalda choca contra algo sólido: una de las rocas que rodean la gruta. No me queda ningún sitio adonde ir.

—He matado a hombres, Rae —Sus ojos se clavan en los míos—. Con estas mismas manos. He hecho cosas que te harían vomitar si te las describiera con detalle. No soy un buen hombre. No soy un hombre de fiar. No soy el tipo de hombre que tiene un final feliz. Tampoco lo tiene nadie lo suficientemente desafortunado como para quedar atrapado en mi órbita. Así que cuando te quedas ahí y me llamas cobarde, cuando te burlas de mí por no *haber seguido*, deberías entender exactamente lo que estás pidiendo.

Muévete, Rae. Muévete, muévete, MÚEVETE.

Me lanzo hacia un lado, desesperada por poner distancia entre nosotros, por encontrar un camino de vuelta al caballo, a la civilización, a cualquier lugar que no *sea* este…

Pero al moverme, mi sandalia se engancha en una raíz.

Mi tobillo se tuerce.

Y entonces caigo.

Lukas no hace nada por detenerme.

Mi espalda golpea el agua y la fuente termal me engulle por completo. Está sorprendentemente caliente, caliente como la sangre, como un útero, pero oscura y turbia. No sé dónde está arriba. Mi vestido rojo se hincha a mi alrededor como un paracaídas.

Lo último que veo antes de que se apague la luz es el rostro de Lukas, mirándome desde el borde.

42

RAE

MINISTERIO DE ECOLOGÍA

ESTUDIO DEL YACIMIENTO: GROTTO 7B

Municipio: Saint-Émile-sur-Vigne

Propiedad: Finca Lazarev (privada)

Fuente de agua: Manantial termal natural, 28 °C

Profundidad: 2,4 metros (centro), 0,6 m (bordes)

Peligros: Riesgo de ahogamiento

Incidentes civiles registrados: 1

Mientras me dure el aliento, se está casi de maravilla aquí abajo.

A medida que me hundo más en la gruta, el agua lo distorsiona todo. Lukas es una mancha de sombra y plata, inmóvil en el borde. Pero aún se ve lo suficientemente claro como para que yo note un detalle muy importante:

No está intentando alcanzarme.

Es entonces cuando mis pulmones empiezan a arder. No terriblemente, todavía no, pero los primeros susurros de *oye, chica, necesitamos aire pronto* se están colando. Muevo las piernas, pero la seda empapada de mi vestido se enreda alrededor de mis muslos como una camisa de fuerza.

A través de la superficie ondulante, veo a Lukas mirándome ahogarme. Sus manos cuelgan holgadas a los lados. Su rostro, lo que puedo distinguir a través del agua ondulante, está totalmente inexpresivo.

Dios mío. De verdad me dejará morir.

Así es como acaba todo. No con un enfrentamiento dramático, ni con una confesión entre lágrimas, sino con un charco de agua turbia y un tirano sin emociones observándolo todo.

El ardor en mi pecho se intensifica. Mi visión empieza a verse borrosa por los bordes.

Lukas. Por favor…

Con las últimas fuerzas que me quedan, me arrastro hacia la luz.

El vestido se resiste a cada centímetro del camino. Se enreda alrededor de mis piernas como si quisiera arrastrarme hacia lo que sea que yace en el fondo de este manantial. Más cadáveres, tal vez.

Algo que Lukas me dijo una vez me viene a la mente: *Estás agotada de tener que encargarte de tu propia supervivencia.*

Cuando lo dijo, sentí como si me hubiera dado una bofetada. Así es como sé que tenía razón: la verdad siempre duele como el demonio. Quizás *estoy* desesperada por que alguien aparezca y me salve, que cargue con el peso que he estado llevando desde que murieron mis padres y Gideon se derrumbó y me convertí en la única adulta funcional en mi propio y triste universo.

Pero no pienso demostrarle que tiene razón.

No aquí.

No así.

Pateo con fuerza, moviendo las piernas en tijera a través del agua tibia, y me elevo como una flecha para romper la superficie con un jadeo que me desgarra la garganta.

Ah, aire. Dulce, glorioso, aire que da vida. Nunca lo había apreciado tanto como ahora.

Lo aspiro a grandes bocanadas, manteniéndome a flote mientras mi corazón late con fuerza. Tengo el pelo pegado a la cara, el rímel se me ha corrido y lo que queda de mi vestido es básicamente un trapo mojado pegado a mi cuerpo.

Pero estoy viva. *Me* he salvado.

Lukas no hizo una mierda.

De hecho, sigue sin hacer nada. Se queda ahí, con las manos firmemente metidas en los bolsillos, mirándome mientras mantengo la cabeza a flote.

—Crees que la maté, ¿verdad? —pregunta en voz baja—. A mi mujer.

Mi risa es delirante. *¿Vamos a hablar de esto ahora, aquí, así? Muy bien. Vale. Como usted quiera, señor.*

—Se me pasó por la cabeza —admito.

El rostro de Lukas se contorsiona sin moverse, esa familiar muestra de emoción que no sé cómo logra y que implica que no se muestra nada en absoluto. Entonces, con una mueca, se agacha, me agarra de la muñeca y me saca del estanque con un movimiento fluido.

Ahora estoy pegada a él, empapando su impecable camisa Oxford en cuestión de segundos. Todo mi cuerpo tiembla, pero lo peor es lo expuesta que estoy.

El vestido se me ha pegado a la piel de la cabeza a los pies, y mi chapuzón improvisado lo ha vuelto completamente transparente.

Es como si estuviera desnuda.

—No maté a mi mujer —dice—. No como tú crees que lo hice.

Me toca a mí decir que eso es una tontería, o al menos exigir una explicación mejor. Pero antes de que pueda hacerlo, la mano de Lukas se clava en mi pelo mojado y me tira de la cabeza hacia atrás.

—Pero tampoco soy un buen hombre.

Y entonces, me besa con toda su pasión.

Su boca es dura e implacable. Siento el sabor a sal y azufre del agua del manantial en mis propios labios. Me atrae hacia él con la mano aún agarrada a mi pelo mientras su lengua se adentra en mi boca y se entrechoca con la mía.

Su otra mano recorre mi cuerpo hacia abajo. Cuando su palma me acaricia el pecho a través de la tela empapada, me arqueo hacia él automáticamente. La seda es tan fina ahora que es como si no existiera. Su pulgar encuentra mi pezón y lo rodea, una vez, dos veces, y luego lo presiona con la fuerza justa para hacerme gemir en su boca.

Se traga el sonido. Me lo arrebata como si fuera suyo. Mierda, quizá lo sea.

Luego me hace retroceder, con un agarre implacable, sin que su boca se separe de la mía. Mis omóplatos chocan con la corteza, uno de los olivos que rodean la gruta, y el impacto me arranca el poco aliento que me queda de los pulmones.

Lukas no me da tiempo a recuperarme. Su muslo se abre paso entre los míos, grueso y musculoso, y*, oh, Dios*, la presión contra mi centro lo es todo. No hay nada entre su pierna y mi núcleo dolorido y palpitante, salvo un susurro de seda transparente y el algodón húmedo de mi ropa interior.

Me froto contra él. Es descarado, pero me da completamente igual cómo me haga parecer.

Su barba me raspa la mandíbula mientras desliza la boca por mi cuello y acaricia con la nariz la delicada piel de allí. Muevo las caderas de nuevo, buscando la fricción, persiguiendo lo que se me ha negado durante días.

—Eso es —gruñe contra mi piel—. Toma lo que necesites.

Mi mano se mueve torpemente entre nosotros, llevada por un impulso que no podría detener aunque quisiera. Mis dedos encuentran la parte delantera de sus pantalones y cuando recorro con la palma toda su longitud a través de la lujosa tela, mi cerebro se vuelve loco.

Es *enorme*.

Es decir, más que grande. Devastadoramente enorme. Me hace preguntarme si todo lo que creía saber sobre anatomía era erróneo. Ni siquiera en mis sueños más salvajes podría haber imaginado algo tan enorme e intimidante. Se tensa contra mi palma, grueso, duro y recuerdo de nuevo lo que dijo en el pasillo:

Te penetraría hasta el fondo y me quedaría ahí, haciéndote retorcerte de espasmos por lo grande y cruel que es.

Tampoco mentía sobre eso.

Lo acaricio a través de la tela, recorriendo su longitud desde la base hasta la punta, y me recompensa con un sonido que podría ser lo más satisfactorio que he oído jamás: Lukas Lazarev, gimiendo.

Por *mí.*

Sus caderas se empujan contra mi mano. —No tienes ni idea —dice con voz ronca—, de con qué estás jugando.

—Muéstramelo —le susurro contra la boca.

Pero justo cuando creo que realmente lo va a hacer, Lukas se echa hacia atrás.

Sus pupilas están tan dilatadas que el gris de sus iris casi ha desaparecido, tragado por el negro. Nunca he visto a nadie tan consumido por el deseo. Bueno, si pudiera echar un vistazo en un espejo, quizá lo haría, pero, por lo demás, solo él ocupa el primer puesto de la clasificación, él solo.

Y entonces se aleja.

La pérdida de su calor es cruel. Me desplomo contra el árbol, temblando, mojada y desaliñada.

—Aquí no —dice solemnemente—. Así no.

Lo miro parpadeando, todavía aturdida y con un dolor punzante de la cabeza a los pies. —¿Por qué no?

La vena de su sien late visiblemente. Su pecho sube y baja con respiraciones controladas y mesuradas que no ocultan en absoluto cómo aprieta los puños para no volver a tocarme.

—Porque, cuando finalmente te posea —dice lentamente, articulando cada sílaba—, no será contra un árbol como un animal.

Cuando.

No si.

Cuando.

43

RAE

De: Jillian Pierce (jillybeanxo@gmail.com)

Para: Rae Everett (raeraeevvy2000@hotmail.com)

Asunto: ¿DÓNDE COÑO ESTÁS?

El vuelo de vuelta a casa son siete horas de exquisita tortura.

Lukas se sienta en el mismo asiento que ocupó en el viaje de ida, a solo unos metros de mí, pero mentalmente, bien podríamos estar en aviones diferentes, o incluso en planetas distintos. Abre su portátil antes incluso de que hayamos alcanzado la altitud de crucero y procede a ignorarme por completo.

No sé qué esperaba. Supongo que algún tipo de conversación, como mínimo. ¿Es eso realmente pedir demasiado para una chica?

Pero ni siquiera consigo eso. Lo único que oigo es el constante *tac-tac-tac* de su teclado y algún que otro gruñido cuando lee algo que le desagrada. No es precisamente una forma de "abrir nuestros corazones".

Me giro hacia la ventanilla y veo cómo Francia se va reduciendo a un mosaico de verdes y marrones, para luego desaparecer por completo

bajo un manto de nubes.

Mi vestido ya se ha secado casi por completo, pero está rígido y me resulta incómodo sobre la piel. La azafata me ofreció ropa de recambio cuando subimos al avión, pero la rechacé. Una parte perversa de mí quiere que Lukas tenga que ver las pruebas de lo que hizo. O, mejor dicho, de lo que *casi* hizo.

No es que esté mirando. Pero, ya sabes, por si acaso.

Me retuerzo en mi asiento, y el movimiento envía una oleada de sensaciones recordadas a través de mi cuerpo. Su muslo. La presión. Me froté contra él como si hubiera perdido la cabeza, como una gata en celo.

Sin embargo, no consigo arrepentirme.

Mientras el Atlántico pasa bajo nosotros, intento dormir. Pero cada vez que cierro los ojos, vuelvo a estar en esa gruta, con la boca de Lukas sobre la mía, su mano en mi pelo, su calor duro presionado contra mi palma…

Cuando te posea.

No "si".

Cuando.

En algún lugar sobre Groenlandia, la azafata me trae una manta. Me la envuelvo alrededor de los hombros y me quedo mirando la nuca de Lukas. Su cabello plateado sigue perfectamente en su sitio, sin un solo mechón fuera de lugar.

Mientras tanto, yo parezco algo que el gato ha arrastrado, ahogado, mordisqueado y luego decidido que no valía la pena comerse.

Ahora que lo pienso, eso es exactamente lo que pasó.

La pantalla del portátil proyecta una luz azul sobre su rostro. Frunce el ceño ante algo que está leyendo. Sea lo que sea, no son buenas noticias.

No es tu problema, me recuerdo a mí misma. *Lo ha dejado muy claro.*

Pero sigo sin poder dejar de mirarlo.

Las horas pasan lentamente. Duermo a ratos, sueño que me ahogo y me despierto con un grito ahogado. La azafata trae comida que no puedo saborear. El sol se pone en el horizonte. Es bonito, pero no siento absolutamente nada cuando lo miro.

Por fin, el piloto anuncia el descenso. Lukas cierra su portátil y lo guarda en su maletín. Todavía no me ha mirado. Ni una sola mirada desde que salimos de la gruta.

El aterrizaje es suave. El avión rueda hasta un hangar privado, donde dos todoterrenos negros esperan en la pista, con los motores en marcha y las lunas tintadas.

Lukas se levanta de su asiento y se abrocha la chaqueta con rigidez. Coge su maletín y revisa su teléfono. Solo cuando ya no le queda nada más que hacer se gira hacia mí.

Pero, aun así, sigue sin mirarme *del todo*. Su mirada se posa en algún punto más allá de mi hombro izquierdo. —Mi chofer te llevará a casa —dice—. Tengo asuntos que atender.

Eso es todo. Sin explicaciones. Sin reconocer lo que ha pasado entre nosotros.

Una vez más, me despiden.

—Por supuesto —me oigo decir. Mi voz suena distante, como si perteneciera a otra persona—. Asuntos de trabajo.

Lukas no responde. Ya se dirige hacia la puerta, con el teléfono pegado a la oreja, gritando algo en ruso que no entiendo.

Me recojo el vestido estropeado y lo sigo.

El todoterreno me deja en mi edificio justo cuando la última luz se desvanece del cielo. Subo las escaleras a duras penas, porque el ascensor vuelve a estar averiado. Para cuando llego a mi piso, siento como si mis piernas estuvieran hechas de plastilina.

Mientras busco a tientas las llaves y empujo la puerta para abrirla, estoy mentalmente catalogando el orden de las operaciones: ducha, vino, cama, crisis existencial, repetir. No puedo esperar.

Lo que *no* me espero es que la lámpara de mi salón ya esté encendida.

Ni que haya alguien sentado en mi sofá.

El sonido que sale de mi boca no es digno. Se parece más al grito primitivo de una película de terror, justo antes de que la chica final reciba una puñalada en el pecho.

—¡Por Dios, Rae! —Jillian salta del sofá—. ¡Soy yo! ¡Solo soy yo!

Me agarro al marco de la puerta porque es lo único que me mantiene en pie. El corazón me late tan fuerte que lo noto en los ojos.

—¿Qué *coño* pasa, Jill? —jadeo—. ¡Casi me das un infarto!

—¿Casi te doy un infarto? ¿*yo?* —Jillian se pone las manos en las caderas. Ahora que me he calmado un poco, veo su cara: está *furiosa.* Lleva el pelo rojo recogido en un moño descuidado y tiene ojeras como si no hubiera dormido en días—. ¿Me estás tomando el pelo? Desapareces de la faz de la tierra durante tres días, sin mensajes, sin llamadas, nada, cero, ¿y *soy* yo la que tiene que dar explicaciones?

La miro parpadeando, todavía intentando controlar mi pulso. —Yo… ¿qué?

—Tres días, Rae —Levanta tres dedos y me los señala—. Uno, dos, tres. Setenta y dos horas. Te llamé como noventa y cinco veces. Te envié tantos mensajes que estoy segura de que me ha dado

síndrome del túnel carpiano. ¿Y qué he recibido a cambio? Nada. Silencio total. Pensé que te habías *muerto*.

La culpa me abruma. Con todo el caos de Francia, se me olvidó por completo que mi teléfono no servía para nada en el extranjero. Ni de coña puedo permitirme un plan internacional, así que durante todo el fin de semana no ha sido más que un pisapapeles rectangular muy caro.

—Bean, lo siento muchísimo. No tenía cobertura. Estaba en Francia —Hago una pausa y frunzo el ceño—. Pero ¿cómo sabías que había vuelto…?

—Porque he estado actualizando obsesivamente tu ubicación, tonta. En cuanto tu móvil volvió a conectarse y se conectó a una torre, vine a buscarte. Esa es la única razón por la que sabía que estabas viva.

La miro boquiabierta, incrédula, pero ella pone los ojos en blanco como si estuviera exagerando. —Soy periodista, Rae. Mi trabajo consiste, literalmente, en encontrar a gente que no quiere ser encontrada —Cruza los brazos—. Además, eres mi mejor amiga, y me preocupaba que Lukas Lazarev te hubiera asesinado y tirado el cadáver en la Costa Azul.

Solo oír el nombre de Lukas me pone los pelos de punta, y no estoy preparada para analizar por qué. —Bueno, al menos no me mató —digo con voz débil—. Obviamente.

—Ob-via-men-te —replica Jillian con descaro—. Pero sí que te llevó a Francia. ¡¿Qué demonios con eso?!

Excelente pregunta. ¿Por dónde *empiezo* siquiera?

—Es… complicado —digo.

Jillian arquea tanto las cejas que desaparecen entre su línea de pelo. —Te has esfumado a otro continente con un hombre que puede que haya matado a su mujer o puede que no, ¿y "complicado" es lo mejor que se te ocurre?

—¿Puedo al menos darme una ducha primero? —digo pasando una mano por mi aspecto de criatura del pantano—. Huelo a sudor.

El ceño fruncido de Jillian se suaviza, pero solo ligeramente. —Vale. Pero te voy a cronometrar. Tienes quince minutos, y luego me lo cuentas todo. Todo. Absolutamente todo —Me da la vuelta y me empuja suavemente hacia el baño—. Ve. Tic-tac.

Camino arrastrando los pies por el pasillo, con mis sandalias chapoteando contra el parqué. La puerta del baño se cierra detrás de mí y veo mi reflejo en el espejo.

Tengo peor aspecto del que pensaba. El rímel me corre en dos ríos negros por las mejillas, mi zona T es un desastre dermatológico y mi pelo está… bueno, cuanto menos se diga al respecto, mejor. En cuanto al vestido, me cuelga arrugado y derrotado, con un tirante colgando de un hilo y el dobladillo cubierto de lo que realmente espero que sea solo barro. Me lo quito y lo dejo caer en el suelo.

La ducha está hirviendo. Me pongo bajo el chorro y dejo que el agua intente arrastrar la suciedad del viaje, la sal de la gruta, la persistente sensación fantasma de las manos de Lukas sobre mi cuerpo.

No funciona, obviamente. No se puede frotar *el deseo* para eliminarlo.

Pero lo intento con todas mis fuerzas. Me lavo el pelo dos veces, me pongo acondicionador una vez y paso una cantidad vergonzosa de tiempo simplemente ahí de pie, con la frente apoyada contra los azulejos, reviviendo cada momento de las últimas setenta y dos horas. El agua ya sale fría cuando por fin la cierro.

Me envuelvo en mi toalla más raída y vuelvo a mi dormitorio. Jillian ha decidido hacerse útil en mi ausencia, porque hay una copa de vino esperándome en la mesita de noche y mi chándal más cómodo extendido sobre la cama. No me la merezco.

Me pongo el chándal y una camiseta oversize, y luego me recojo el pelo mojado en un moño desordenado en la coronilla. El vino me entra suave y fácil. Demasiado fácil, probablemente, teniendo en cuenta que no he comido nada sustancioso desde ayer.

Cuando por fin hago mi aparición en el salón, Jillian está sentada en el borde del sofá. —Habla —me ordena sin preámbulos.

Así que lo hago.

Le cuento lo del viñedo, la cena, la bodega donde Lukas casi me besa y luego me gritó que me fuera. Le cuento el encuentro de medianoche en la cocina, las tres campanadas del reloj de pie y cómo huyó después como un murciélago salido del infierno.

Se lo toma todo con bastante calma. Al menos, hasta que le cuento lo de la gruta.

—¿Se limitó a ver cómo te ahogabas? —pregunta Jillian con voz incrédula—. ¿Se quedó ahí parado sin hacer *nada*?

—Durante un minuto, sí —Doy un largo y reconfortante sorbo de vino—. Luego me sacó y me dijo que no había matado a Elena. Al menos, no como yo creo que lo hizo.

—¿Qué demonios significa *eso*?

—Ni idea. No dio muchos detalles —Miro fijamente mi copa—. Estaba demasiado ocupado frotándome contra un árbol.

Jillian se atraganta con el vino. —¿Perdón?

—Sí —Siento cómo el calor me sube por el cuello—. La cosa se descontroló un poco.

Deja la copa de vino y me lleva las manos al regazo. —Cariño, *todo* esto se está descontrolando un poco. Estoy preocupada por ti.

Me acurruco con las rodillas contra el pecho. El chándal es suave y familiar, pero no consigue disipar el frío que se ha instalado en mis huesos. —Sé cómo suena, créeme. Pero siento que me estoy

volviendo loca, Jill. Cuando me toca, simplemente… no puedo pensar con claridad. Es como si mi cerebro se desconectara.

—A eso se le llama estar cachonda, nena. No es una defensa legal.

—Bueno, sí, tienes razón. Pero es más que eso —Me quito un hilo suelto de los pantalones; las viejas costumbres nunca mueren—. Cuando me mira, siento que soy la única persona en todo el mundo. Y sé que probablemente solo sean sus tácticas de manipulación, pero…

—Pero parece real —termina Jillian por mí.

Asiento con tristeza. —Demasiado real.

Ella suspira, largo y profundamente, y me abraza. Me derrumbo contra su hombro como un globo desinflándose, mientras toda la tensión y la confusión de los últimos tres días finalmente me abruman.

—Eres una idiota —me susurra al oído—. Lo sabes, ¿verdad?

—Soy totalmente consciente.

—Y esto probablemente va a acabar en desastre.

—También soy consciente de eso.

—Y *yo* voy a tener que recoger los pedazos cuando todo se vaya al traste.

—Te compraré bombones. Montones de bombones.

Ella se aparta y me acaricia la cara con las manos. Sus pulgares me secan las lágrimas que ni siquiera sabía que estaba derramando. —Vale —dice finalmente—. Veo que no voy a poder disuadirte de esto.

—¿No estás enfadada?

—Oh, estoy furiosa —Me suelta la cara y vuelve a coger su copa de vino—. Pero también te conozco, Rae. Una vez que has decidido

algo, eres como un perro con un hueso. Terca hasta el extremo. Es uno de tus peores defectos.

—Gracias, Bean. Se nota el cariño —Me seco los ojos con el dorso de la mano—. En fin, basta ya de hablar de mí y de mis terribles decisiones de vida. ¿Qué tal tú? Parece que llevas una semana sin dormir.

Algo sombrío pasa por los ojos de Jillian antes de encogerse de hombros con indiferencia. —Oh, ya sabes. Lo de siempre. Siguiendo pistas, molestando a gente poderosa, esquivando a bichos raros.

Lo último me llama la atención. —¿Bichos raros?

Me hace un gesto para que no le dé importancia, pero, por algún instinto tácito, se lleva la mano al cuello. Se sube el cuello de la chaqueta, ajustándoselo como si tuviera frío. —Probablemente no sea nada. Últimamente tengo esta sensación, como si… ¿alguien me estuviera observando? — Se ríe, aunque es una risa demasiado forzada para ser real—. Seguro que solo es paranoia. Es algo que viene con el trabajo en mi profesión.

Se me revuelve el estómago. —Jill, eso no parece nada. ¿Crees que tiene que ver con esta historia?

Se encoge de hombros. —Quizá sí, quizá no.

—¿Has pensado en tomarte un respiro?

—¡Ni hablar! —Su mandíbula se tensa en esa línea decidida que me resulta tan familiar—. Estoy cerca de algo grande, Rae. Lo noto — Hace una pausa, y luego añade en un susurro—: Hay historias de las que no puedes alejarte. Incluso cuando probablemente deberías.

—Pero si alguien te está siguiendo...

—Entonces tendré cuidado —Me clava una mirada penetrante—. Además, no estás precisamente en posición de darme lecciones sobre instinto de supervivencia. ¿Ya has dejado tu trabajo?

—No, pero...

—Entonces, yo no voy a dejar el mío.

Nos miramos fijamente durante un largo rato, dos mujeres testarudas que se niegan a seguir sus propios consejos. Entonces, a Jillian se le tuerce la boca, y siento que a mí me pasa lo mismo, y antes de darme cuenta, las dos nos estamos riendo, abrumadas por esas risitas incontrolables y descabelladas que solo surgen cuando estás tan cansada que no puedes pensar con claridad.

—Dios, somos unos desastres —digo, mientras cojo la botella de vino de la mesita del salón.

—Unos desastres totales y absolutos —coincide ella mientras me tiende su copa para que se la vuelva a llenar—. Pero al menos somos un desastre juntas.

Nos sirvo a las dos y me acurruco en los cojines del sofá, metiendo los pies debajo. La familiar comodidad de la presencia de Jillian me ayuda a respirar tranquila por primera vez en días. Enciendo la tele para tener ruido de fondo y charlamos un rato.

Al final, la conversación se va apagando. Jillian bosteza tan abiertamente que puedo verle las muelas, y me doy cuenta de que yo no estoy muy lejos de ella. El cambio de husos horarios está afectando mucho a mis ciclos de sueño.

—Quédate a dormir —le digo, señalando con la cabeza hacia mi dormitorio—. Es tarde y no me gusta la idea de que te vayas sola a casa si alguien te ha estado siguiendo.

Parece que quiere discutir, pero otro bostezo la interrumpe. —Vale. Pero te voy a robar tu almohada buena.

—No esperaba otra cosa.

Seguimos mi rutina nocturna como lo hemos hecho cientos de veces antes. Cuando por fin nos metemos en mi cama, Jillian a la izquierda como siempre, vuelvo a sentirme a salvo.

—Oye, Rae —Su susurro es suave en la oscuridad.

—¿Sí?

—Ten cuidado, ¿vale? No quiero perderte.

—Tendré cuidado —le prometo.

No estoy segura de que ninguna de las dos se lo crea.

Cuando me despierto, el otro lado de la cama está frío. Acaricio las sábanas a ciegas, todavía medio dormida, esperando encontrar el calor familiar de Jillian. Pero mi mano no encuentra más que algodón arrugado y el hueco donde antes estaba su cuerpo.

—¿Jill? —digo con voz ronca, incorporándome sobre un codo.

Busco a tientas mi teléfono en la mesita de noche. La pantalla me dice que son las 4:53 de la madrugada, lo cual es una hora intempestiva según cualquier criterio razonable, pero especialmente según el de Jillian. Esa mujer dormiría hasta el mediodía si el mundo se lo permitiera.

Hay un mensaje esperándome.

JILLIAN PIERCE

He tenido que salir corriendo. La fuente por fin ha accedido a reunirse. Te llamaré más tarde. No hagas ninguna tontería mientras no estoy. Besos, Bean

A mi cerebro, aún aturdido por el sueño, le cuesta un rato analizar si "fuente" significa algo inofensivo o algo que debería preocuparme. Teniendo en cuenta todo lo que me contó anoche sobre que la seguían, me inclino por lo segundo.

Pero antes de que pueda caer demasiado en esa espiral, me fijo en la pequeña insignia roja de notificación que aparece sobre mi aplicación de correo electrónico.

Veinticuatro mensajes nuevos.

Eso no puede ser nada bueno.

Toco el icono y me desplazo por la basura habitual: spam, boletines a los que no recuerdo haberme suscrito, un recordatorio sobre mi libro de la biblioteca vencido. Pero cerca de la parte superior hay uno que me hace sentarme más erguida.

De: Kir Lazarev

Para: Todos los empleados

Asunto: Anuncio de la Iniciativa de Innovación Estratégica de Lazarev Global

Mi pulgar se queda suspendido sobre la pantalla. Sea lo que sea esto, ya no me gusta.

Abro el correo electrónico.

Equipo:

Me complace anunciar el lanzamiento de una nueva iniciativa multifuncional diseñada para identificar y desarrollar la próxima generación de talentos de liderazgo dentro de nuestra organización. Este programa reunirá a un grupo selecto de empleados con alto potencial de todos los departamentos para trabajar directamente con la alta dirección en proyectos estratégicos.

Tras una cuidadosa consideración, las siguientes personas han sido seleccionadas especialmente para la primera promoción...

Hay una lista de nombres. La ojeo sin leerla realmente, porque ya sé lo que voy a encontrar.

Y, efectivamente, ahí está, el tercero por la cola:

- Rae Everett, asistente ejecutiva, Oficina del presidente

Lo leo de nuevo, solo para asegurarme de que no estoy alucinando. Pero no, mi nombre está ahí sin duda, píxeles negros sobre una pantalla blanca, devolviéndome oficialmente a la órbita de Kir Lazarev.

Esto no es una coincidencia. No puede serlo. Esto significa que me estoy convirtiendo en una pieza de ajedrez en el retorcido juego que los hombres Lazarev están jugando entre ellos.

Pienso en Lukas en el avión, ignorándome por completo, y pienso en Kir en la escalera, advirtiéndome de que nadie abandona a su padre, ni siquiera él.

Y ahora esto.

Especialmente seleccionada.

¿Para qué, exactamente?

44

LUKAS

VEINTICUATRO HORAS ANTES

DIRECTORIO DEL PERSONAL DEL NYT

Jillian Pierce | Metro / Investigaciones

Columbia '18. Becaria Polk. Cubre temas de delincuencia, corrupción y poder en Nueva York. Entre sus trabajos recientes se incluye una investigación en curso sobre una de las familias más prominentes de Nueva York.

Contacto: jpierce@nytimes.com

Se protegen las fuentes confidenciales.

Observo cómo Rae baja con paso firme las escaleras del avión, se sube al coche que la espera y desaparece. El coche no es más que otra mancha negra anónima perdida en la gris extensión de la ciudad.

Se ha ido.

Bien.

Pero no se ha ido del todo, ¿verdad? Porque todavía puedo olerla en mi ropa. El azufre de la gruta. Esa mierda barata de vainilla que se pone en el pelo. Su sudor, dulce y fragante.

Mi polla se remueve. Incluso ahora, de pie en una pista privada con el móvil vibrando en el bolsillo y una docena de incendios esperando a ser apagados, mi cuerpo me traiciona.

Basta con recordar cómo se frotaba contra mi muslo, esos gemidos entrecortados que emitía, su mano acariciándome y sus ojos abriéndose como platos cuando vio que no había exagerado ni un puto centímetro…

Me muerdo el interior de la mejilla hasta que la erección se apaga. Luego me subo a mi propio coche.

Tengo trabajo que hacer.

Mi chofer me entrega la edición matutina del *New York Times* mientras me acomodo en el asiento de cuero. La fuerza de la costumbre me hace abrirlo, ojeo los titulares y compruebo si hay algo que requiera atención inmediata.

Pero no paso de la portada antes de que algo me golpee como una puta hacha en la garganta.

Debajo del titular principal hay un nombre que no debería estar ahí:

JILLIAN PIERCE

PORTADA. En la parte superior. Es un artículo mordaz sobre el aprovechamiento de las lagunas normativas en la industria farmacéutica; no tiene nada que ver conmigo ni con Elena.

Pero esa no es la cuestión.

La cuestión es que esta mujer *sigue viva.*

Le encargué a Kir una sola tarea, *una* sola, y mi hijo, ese desastre, ni siquiera fue capaz de cumplirla.

¿Qué coño hace Jillian Pierce todavía viva?

Le dije expresamente que se encargara de ello. La periodista está husmeando demasiado, haciendo preguntas sobre huesos que llevan enterrados dieciocho años. Las preguntas adecuadas planteadas a las personas equivocadas podrían desmoronar todo lo que he tardado media vida en construir.

Y mi hijo, mi heredero, mi *sangre*… ha fallado.

Aprieto los dedos sobre el periódico hasta que las páginas se arrugan. El conductor me mira por el retrovisor. —¿Adónde, señor Lazarev?

—A la oficina —gruño—. Necesito hablar con mi hijo.

El ascensor me deja en la planta cuarenta. Mi ira crece con cada paso mientras recorro la distancia que me separa del despacho de esquina de Kir.

Su recepcionista, una rubia delgada de veintitantos años con una expresión de *"deseo de complacer"* pintada en el rostro, se levanta apresuradamente de su escritorio al verme acercarme. —Señor Lazarev, está en una reunión…

No cambio el paso.

—Señor, no puede simplemente…

Mi mano ya está en el pomo de la puerta. Pero me detengo, solo lo suficiente para clavarle una mirada. —¿"No puede"? —repito en voz baja.

El rostro de la chica se pone del color de la nieve recién caída. —Yo… yo tomaré nota de las llamadas —susurra.

Chica lista.

A través de las paredes de cristal, puedo verlo presidiendo una reunión. Cuatro desventurados compinches con trajes planchados están sentados alrededor de su escritorio, pendientes de cada una de sus palabras.

Sin duda, algún tipo de sesión estratégica. A mi hijo le encantan sus sesiones estratégicas casi tanto como le encanta decepcionarme.

No me molesto en llamar a la puerta.

La puerta golpea contra la pared con tanta fuerza que hace vibrar los trofeos enmarcados que Kir tiene colgados allí. Todas las cabezas se giran en mi dirección. Cuatro rostros palidecen uno tras otro.

Cinco, si contamos el de Kirill.

—Fuera —ladro.

Al principio, nadie se mueve.

Así que añado—: *Ahora*.

Eso los despega de sus asientos. Los portátiles se cierran de golpe y las sillas se arrastran hacia atrás. Los cuatro ejecutivos se apresuran a pasar junto a mí en un torbellino de terror. Ninguno de ellos es tan valiente como para mirarme a los ojos.

La puerta se cierra con un chasquido tras el último.

Kir no se ha movido de su asiento detrás del escritorio. Está recostado, con los brazos cruzados y el rostro cuidadosamente impasible. Pero conozco a mi hijo. Puedo leerlo como un puto libro abierto.

—Padre —dice—. Qué placer tan inesperado.

Me acerco a su escritorio y le tiro el periódico delante. Señalando con el dedo la firma que me llamó la atención, gruño—: Te encargué un trabajo. Un *puto* trabajo. ¿Era eso demasiado para ti, hijo?

Kir ni se molesta en mirar el periódico. Me mira a los ojos, tranquilo y arrogante. —¿Te refieres al asesinato que me encargaste porque estás demasiado ocupado follándote a mi asistente como para hacerlo tú mismo?

El rechinar de mis dientes resuena en mi cráneo. Mis manos se cierran en puños a los lados, los nudillos se me ponen blancos, y tengo que obligarlas conscientemente a abrirse antes de hacer algo de lo que me arrepienta.

Kir se da cuenta de mi lucha interna. —Adelante —me provoca—. Pégame otra vez. Esa siempre ha sido tu solución para todo, ¿no? No puedes ganar con tus palabras, así que ganas con los puños.

—Cierra la boca, chico.

Una sonrisa burlona se dibuja en la comisura de sus labios. —¿Estamos irritables esta mañana? Nunca pensé que vería este día. El legendario Lukas Lazarev, perdiendo la compostura. Por una *chica* —Inclina la cabeza y chasquea la lengua—. Sabes, padre, todos estos años viéndote actuar, y nunca te vi nervioso, ni una sola vez. Ni siquiera parecías tan alterado cuando murió mi madre.

Por mucho que lo deteste, tiene razón.

Mierda, tiene *razón.*

Durante sesenta años, mi autocontrol ha sido la base de todo lo que he construido. Hielo en mis venas, acero en mi columna vertebral. Eso es lo que soy. Eso es lo que he *tenido* que ser.

Pero desde que Rae Everett entró en mi órbita, ese hielo se ha ido agrietando. Derritiéndose. Convirtiéndose en algo peligrosamente parecido a *un sentimiento*.

No me gusta.

Bajo la mano y me obligo a respirar. —Cuida tu lengua —repito entre dientes.

—Diré lo que me dé la gana —se burla Kir—. ¿Crees que no sé lo que estás haciendo? ¿Los viajes, los mimos? Es patético. *Eres* patético.

—Ten cuidado.

—¿O qué? —se levanta de la silla, igualando mi altura aunque nunca iguale mi envergadura—. ¿Me harás lo mismo que le hiciste a mamá?

Le diría una vez más que se calle de una vez, pero he criado a este chico yo solo desde que tenía doce años: sé cuándo ese brillo febril en sus ojos significa que está a punto de decir algo imprudente.

—Tú la mataste —me acusa—. Todo el mundo lo sabe. Toda la puta ciudad lo sabe.

—¿Cuántas veces tengo que decirte que no sabes de lo que estás hablando?

Da un salto alrededor de su escritorio para plantarme cara. —Tenía doce años, padre. ¡Doce! Un día, mi madre estaba allí, y al día siguiente, se había ido, y tú nunca derramaste ni una sola puta lágrima. Nunca explicaste una puta cosa. Solo me dijiste que estaba muerta y ya está.

Mi pecho es un horno y cada palabra que pronuncia aviva más las llamas. ¿Es así como se siente arder de emoción? Quiero recuperar mi frialdad.

—Te *quería* —continúa Kir, implacable—. Te quería más que a nada en el mundo. Y tú...

—*Ya basta*.

—...la enterraste en algún lugar donde nadie la encontraría jamás, y luego volviste al trabajo como si nada hubiera pasado. ¿Alguna vez

la quisiste siquiera? ¿Eres siquiera capaz de…

Mi mano se lanza antes de que pueda detenerla. Agarro a mi hijo por el cuello y lo empujo hacia atrás. Su columna vertebral golpea la ventana con tanta fuerza que el cristal tiembla en su marco. La ciudad se extiende cuarenta pisos por debajo de nosotros, con solo un fino cristal separando a mi hijo de convertirse en una mancha sobre el asfalto.

—Podría matarte ahora mismo —le advierto.

—Pero no lo harás —dice con voz ronca, sacando las palabras a pesar de la presión de mi mano. Una risa brota de algún lugar de su pecho, húmeda y ahogada. —Porque soy el único heredero que tienes.

Una vez más, tiene razón.

Si todos los cadáveres que he dejado a mi paso, toda la sangre, el sudor y las lágrimas, se reducen a esto, y tras mi muerte todo se desmorona, ¿qué sentido tuvo?

Estoy jodido de cualquier manera. O se desvanece en la nada, o se lo entrego a este advenedizo de mirada de acero.

Menuda broma del destino. Esto es lo que me queda tras toda una vida de lucha: un hijo que me odia, un legado construido sobre huesos enterrados y una mujer que tiene la mitad de mi edad y a la que no debería desear.

Con una mueca de asco, lo suelto.

Doy un paso atrás, poniendo distancia entre nosotros antes de que el animal que hay en mí haga algo de lo que el hombre se arrepentirá. Mis puños se han subido durante nuestro pequeño altercado; los enderezo, primero uno y luego el otro.

—Mata a la periodista antes de que acabe el mes —digo. El hielo está volviendo, gracias a Dios—. O le daré todo lo que necesita para destruirte a ti en lugar de a mí.

Kir se frota la garganta, donde mis dedos han dejado su marca. Sus ojos arden con un odio tan puro que casi resulta hermoso. Al menos eso lo ha heredado de mí.

—¿Y Rae? —pregunta.

—Rae es mía. Tócala otra vez y olvidaré que eres mi hijo.

Los dos sabemos que lo digo en serio.

Los dos sabemos que ese es el problema.

Me doy la vuelta, me voy y no miro atrás.

La puerta ni siquiera ha terminado de cerrarse detrás de mí cuando oigo el chasquido seco del cristal al romperse, seguido del ruido sordo de algo caro que acaba estrellándose contra la pared.

Me alegro. Que el chico se enfurezca. Montará su rabieta como el niño malcriado que siempre ha sido, a pesar de los trajes de diseño y el despacho de esquina que le di. Al final, solo está perjudicando su propia causa.

Porque los hombres enfadados cometen errores. Actúan sin pensar, se mueven sin calcular y exponen sus puntos débiles ante cualquiera que tenga la paciencia suficiente para esperar.

Y si algo soy, es paciente.

Todos mis años en este juego me han enseñado eso. No se construye un imperio perdiendo los estribos. Se construye canalizando esa energía hacia algo útil: hacia la ventaja, la presión o, sobre todo, hacia el lento e inexorable estrangulamiento que hace que tus enemigos se destruyan a sí mismos.

¿Kir cree que ahora me odia? No tiene ni puta idea.

Todo lo que tengo que hacer es presionar un poco más. Aplicar la presión adecuada en las grietas adecuadas. Y mi hijo, mi decepcionante, desafiante y predecible hijo, se derrumbará.

El ascensor llega con un tintineo suave. Entro, alisándome los puños una vez más.

A mis espaldas, algo más se rompe.

45

RAE

MIÉRCOLES POR LA MAÑANA

LAZAREV GLOBAL — ORDEN DE TRABAJO DE INSTALACIONES N.º LG-40-1202

Ubicación: Sala de conferencias 40-A

Prioridad: URGENTE

Solicitud: Limpieza a fondo de la silla n.º 3. Está empapada.

Las puertas del ascensor se abren en mi antigua planta y salgo a territorio enemigo.

Bueno, no es exactamente *enemigo*. Más bien… territorio complicado. Lo cual, para ser justos, parece ser el único tipo de territorio en el que habito últimamente.

La recepcionista de Kir, la rubia letalmente delgada con personalidad de golden retriever, levanta la vista y luego vuelve a apartarla mientras paso junto a su escritorio. Parece casi nerviosa, por alguna razón. Normalmente, me detendría a preguntarle qué le pasa, pero ahora mismo tengo un asunto urgente que tratar con su jefe.

La puerta de Kir está abierta. Está de pie detrás de su escritorio, revolviendo papeles con el ceño fruncido. —¿Puedo ayudarte, Rae?

—Sí, la verdad. —Le enseño mi teléfono, con el correo electrónico de esta madrugada aún brillando en la pantalla—. ¿Qué demonios es esto?

Ni siquiera levanta la vista. —Una nueva iniciativa. Todo está en el correo.

—He leído el correo, Kir. Lo que quiero saber es por qué aparece mi nombre ahí.

—Porque te han seleccionado.

—¿*Quién*?

Se detiene en medio de lo que estaba haciendo y, por fin, me mira. —El comité de selección revisó a candidatos de toda la organización —dice con el tono de palabrería corporativa más típico que le he oído jamás—. Tus métricas de rendimiento destacaron.

—Bueno, eso es una sarta de tonterías.

Levanta una ceja. —¿Perdón?

—Llevo en la planta 50 como dos semanas. No he hecho nada impresionante. Apenas he hecho nada —Cruzo los brazos—. Así que o alguien me ha pedido específicamente para esto, o ha habido algún tipo de error.

Kir deja su carpeta sobre la mesa. Sigo intentando encontrar una grieta en esa fachada de señor director ejecutivo que se ha puesto para poder vislumbrar al hombre atormentado con el que hablé en esa azotea hace apenas una semana.

—Te lo explicaré todo en la reunión inicial —dice mientras se levanta —. Que empieza en unos tres minutos. Así que, si no te importa, sígueme…

—Espera —Mi mirada se queda clavada en algo. O más bien, en la ausencia de algo—. ¿Qué ha pasado con tu placa?

Solía haber un premio colgado en la pared detrás de su escritorio. Algún tipo de reconocimiento al liderazgo de la Harvard Business School, una pieza compleja de cristal soplado, latón pulido y latín pretencioso. Lo vi la primera vez que pisé esta oficina, cuando solo era la asistente de Kir y la mayor complicación de mi vida era decidir si pedir comida tailandesa o sushi para su almuerzo de trabajo.

Ahora solo hay un espacio vacío. Una sombra rectangular donde antes colgaba el marco.

Kir se calla de golpe. —Vamos a llegar tarde.

—Pero...

—*Ahora*, Rae.

Su mano se cierra alrededor de mi codo y me empuja hacia la puerta. La recepcionista nos mira marcharnos con los ojos muy abiertos y preocupados. Sea cual sea la explicación que me merezca, está claro que no la voy a recibir aquí.

La sala de reuniones ya está media llena cuando llegamos. Reconozco algunas caras de diferentes plantas: una mujer de Asuntos Jurídicos, un chico de Desarrollo de Productos, alguien que estoy bastante segura de que trabaja en Finanzas y cuyo nombre se me escapa por completo.

Kir me suelta el codo y se dirige con paso firme hacia la cabecera de la mesa, todo seriedad. Pero hay algo raro en él. Una energía nerviosa que zumba bajo su pulida apariencia.

Sus dedos tamborilean contra el borde de la mesa. Su mirada no deja de lanzarse hacia la puerta, como si esperara que el puto Kool-Aid Man irrumpa en cualquier momento.

—Gracias a todos por estar aquí —comienza. Su voz es un poco demasiado rápida, las palabras se amontonan unas sobre otras

como si estuviera compitiendo contra un reloj invisible—. Esta iniciativa representa una oportunidad significativa para la colaboración interfuncional y...

La puerta se abre de par en par. Todas las cabezas de la sala se giran.

Lukas ocupa todo el umbral como un frente tormentoso que se aproxima. El atuendo de hoy es traje negro, corbata negra, anillos negros, reloj negro. Su presencia absorbe todo el oxígeno de la sala.

El rostro de Kir se relaja. La energía tensa se desvanece. —Padre — saluda.

—Hijo —responde Lukas.

Como si Dios me odiara, la única silla vacía de la sala está justo a mi izquierda. Lukas se acerca con aire despreocupado, echa la silla hacia atrás y se acomoda en ella. No me mira ni reconoce mi existencia de ninguna manera. Simplemente se recuesta, cruza un tobillo sobre la rodilla opuesta y hace un gesto con la mano a su hijo.

—Sigue.

Kir se queda quieto un momento. Luego, se alisa la corbata y retoma donde lo había dejado.

Intento concentrarme; de verdad que lo intento. Saco el móvil para tomar notas, inclino el cuerpo hacia la pantalla de la presentación y asiento como alguien que está prestando atención y no se está fijando en el hombre sentado quince centímetros a su izquierda.

Durante las tres primeras veces que se utiliza la palabra “sinergia”, sigo más o menos el hilo.

Entonces, noto algo en mi rodilla.

Una mano. Pesada y cálida a través de la fina tela de mi falda larga.

Todo mi cuerpo se pone rígido.

Echo un vistazo, pero Lukas no da señales de que esté pasando nada debajo de la mesa. Sus ojos no se apartan de la pantalla de la presentación. Su expresión sigue siendo de aburrimiento total, como si estuviera sufriendo otra tediosa revisión trimestral en lugar de subirme la falda cada vez más arriba.

No sé qué hacer.

Tras unos cuantos "estratégicos", "anchos de banda" y "apalancamientos" más, mi falda se ha subido lo suficiente como para darle acceso. Lukas desliza la mano por debajo del dobladillo. El primer roce de su dedo contra la parte interna de mi muslo casi me hace levitar de la silla.

Agarro el borde de la mesa con tanta fuerza que se me ponen blancos los nudillos. Mis muslos se aprietan por puro instinto, pero eso solo atrapa su mano con más firmeza entre ellos.

—¿Rae? —La voz de Kir atraviesa la neblina.

Alzo la vista. Todos me están mirando. —¿S-sí?

—¿Qué opinas sobre el tema? —pregunta.

—Yo... Bueno, tú... ¿Podrías repetir la pregunta?

Kir frunce el ceño. —Si…

—La Srta. Everett solo estaba reflexionando sobre los retos de integración inherentes a las iniciativas interdepartamentales —interrumpe Lukas, con un tono de voz casi burlón—. ¿No es así, Srta. Everett?

Su dedo traza una lenta espiral ascendente en la parte interna de mi muslo. Más arriba. Aún más arriba.

—S-sí —consigo balbucear—. Integración. Retos. Sí.

Kir entrecierra los ojos, pero sigue adelante. Gracias a Dios. —Bien. Bueno, como decía, la primera fase se centrará en…

Dejo de escuchar. *No puedo* escuchar. Toda mi concentración se centra en no hacer ni un ruido mientras los dedos de Lukas encuentran el borde de mi ropa interior.

Recorre la banda elástica. Lento. Metódico. Empieza a aventurarse por debajo de ella…

En otra versión de este momento, me levanto de un salto, agarro mi carpeta y salgo furiosa sin decir una palabra, dejando que el portazo hable por mí.

En esa versión, tengo dignidad. Instintos de supervivencia que funcionan. Carácter.

En *esta* versión, me muevo en mi asiento para facilitarle el acceso.

Su dedo se desliza bajo el algodón.

El sonido que casi se me escapa de la garganta habría acabado con mi carrera si se hubiera filtrado. Por suerte, me trago la mayor parte y convierto lo que queda en una tos que hace que el tipo de Finanzas me eche un vistazo con leve preocupación.

—Lo siento —susurro—. Tengo la garganta seca. Temporada de alergias, ya sabes.

El rostro de Lukas no delata nada. Por la emoción que muestra, bien podría estar esculpido en mármol.

Pero su dedo... su dedo sabe *exactamente* lo que está haciendo.

Encuentra mi clítoris con la yema de su dedo medio y presiona hacia abajo. Nunca me he esforzado tanto por no gritar.

Se queda ahí un momento, hasta que me doy cuenta de que empiezo a retorcerme y a balancearme, ansiando más. En respuesta, su dedo comienza a moverse.

No rápido… Dios, no, nada de esto es rápido. Traza círculos diminutos y precisos sobre ese bulto hinchado de nervios. Parece como si estuviera escribiendo su nombre allí. Firmándome.

Me tiemblan los muslos. Aprieto los labios hasta que se me entumecen.

Entonces cambia de rumbo. Dos dedos se deslizan por mi humedad, recogiéndola, extendiéndola. Arrastra esa lubricación de vuelta hasta mi clítoris y el deslizamiento se vuelve sin fricción y *perfecto*.

La base de su palma se frota contra mi hueso púbico mientras sus dedos trabajan. Encuentra un patrón que me desata: círculo lento, presión, liberación. Círculo lento, presión, liberación. Creando algo fundido en mi interior.

Estoy empapada. Puedo sentir cómo empapa mi ropa interior, probablemente resbalando por mis piernas.

A medida que continúa, la presión interna aumenta y aumenta. Mi visión se vuelve borrosa. Las diapositivas de la presentación se convierten en manchas de color sin sentido.

Kir sigue hablando, pero las palabras no tienen ningún sentido para mí en este momento. Pertenecen a un mundo en el que su padre no me está follando con los dedos a plena vista.

Lukas aumenta el ritmo ligeramente, y eso es todo lo que hace falta.

El orgasmo me inunda como un grito silencioso. Los dedos de los pies se me encogen dentro de las bailarinas. No emito ningún sonido ni me muevo ni un centímetro; solo me quedo allí sentada, inmóvil en mi silla, mientras mi cuerpo estalla desde dentro hacia fuera.

Lukas no me mira ni una sola vez.

Cuando por fin vuelvo en mí, su mano se retira con la misma naturalidad con la que llegó y alisa la falda sobre mis muslos antes de volver a descansar sobre su propia rodilla.

Nadie en la sala de reuniones tiene ni idea de que acabo de correrme.

Kir concluye con algo sobre "próximos pasos" y "sesiones de alineación", pero solo es ruido de fondo. Estoy ocupada intentando recordar cómo poner mi cara de manera que no grite *que acabo de tener un orgasmo delante de mis compañeros de trabajo*.

A mi lado, Lukas mete la mano en el bolsillo del pecho y saca un pañuelo de seda negro.

Mientras lo observo, lo despliega. Luego empieza a limpiarse la mano. Cada dedo, uno por uno, a la vista de todos los que están en la mesa. Limpiando *mis fluidos* de sus nudillos marcados por cicatrices.

El tipo de Finanzas echa un vistazo y luego desvía la mirada con el ceño fruncido. La mujer de Legal ni siquiera se da cuenta. Pero *yo* sí. Siento cada caricia de la seda contra la piel como si me lo estuviera haciendo a mí.

Cuando termina, vuelve a guardar el pañuelo en el bolsillo de la chaqueta.

—Mucha suerte con esta nueva y audaz iniciativa —le dice Lukas a Kir—. Estoy deseando ver los resultados.

Se pone de pie. Se abrocha la chaqueta.

Y luego sale de la sala.

Poco después, la reunión se disuelve. La gente sale en grupos de dos y tres, agarrando sus portátiles y tazas de café. Espero hasta que casi todos se hayan ido, y entonces me levanto con las piernas temblorosas.

Mi ropa interior está destrozada. Completamente destrozada. Puedo sentir la prueba de lo que acaba de pasar con cada movimiento, un recordatorio resbaladizo de que soy una persona muy, muy enferma.

Estoy a punto de llegar a la puerta cuando una mano me agarra por el codo.

—Rae.

Me giro y veo a Kir mirándome con preocupación.

—Estás sonrojada. —Frunce el ceño—. ¿Estás bien? ¿Te ha hecho algo ese idiota?

Siento que las rodillas me fallan. Las mantengo firmes a base de fuerza de voluntad.

—Estoy bien —digo—. Es que hace calor aquí dentro. Nos vemos luego, Kir.

Luego me largo de allí antes de que otro Lazarev intente arruinarme la vida.

46

RAE

LE BERNARDIN — COMEDOR PRIVADO

Reserva: Lazarev, L.

Fecha: Viernes, 12 de diciembre de 2025 | 20:00

Invitados: 14

Una semana y media después, estoy a punto de tirarme desde la azotea.

Kir ha vuelto a por mí con todas sus fuerzas. Cualquier tregua que hubiera entre nosotros en esa azotea, cualquier frágil acuerdo que creyera que habíamos alcanzado, se ha esfumado.

Ahora le molesta que "Rae duerma lo suficiente" y que "Rae consuma las calorías necesarias para mantener un funcionamiento cerebral adecuado".

IIELG, que es la "Iniciativa de Innovación Estratégica de Lazarev Global", para quienes sigan esto desde casa, se ha convertido en mi cámara de tortura personal. Kir me tiene al frente de media docena de líneas de trabajo, todas las cuales requieren entregables que parecen multiplicarse de la noche a la mañana como los conejos más

cachondos del mundo. Cada mañana trae una nueva avalancha de correos urgentes. Cada tarde se alarga hasta altas horas de la noche y muchas lágrimas de frustración.

Después de acumular más de cien horas desde mi regreso de Francia, ahora es viernes... creo. Estoy mirando fijamente una hoja de cálculo que ha empezado a latir y respirar como un organismo vivo. Las celdas se mueven sin duda, arrastrándose por la pantalla en pequeñas ondas fluorescentes.

El café de mi taza se enfrió hace horas, pero me lo bebo de todos modos, haciendo una mueca ante los posos amargos. Es mi cuarta taza de hoy. ¿O quizá la quinta? No lo sé. Los números han dejado de significar nada.

Al otro lado de la oficina diáfana, los demás miembros de la iniciativa hace tiempo que han recogido y se han ido a casa. Sus escritorios están oscuros y vacíos, con los monitores durmiendo plácidamente.

Debe de estar bien.

Vuelvo a centrar mi atención en el informe que se supone que debería haber terminado para... Echo un vistazo a la fecha límite en el correo de Kir para confirmarlo... Sí, *ayer*.

Excelente. Fantástico. Me encanta.

Lo peor ni siquiera es la carga de trabajo; es que Lukas ha estado completamente ausente. Según los rumores, ha estado de viaje. A Moscú, al parecer. O quizá a Londres. Los chismes varían dependiendo de quién los cuente.

No es que me importe. Obviamente. Estoy demasiado ocupada siendo asesinada lentamente por las tablas dinámicas como para dedicar un solo pensamiento al hombre que me tocó en una sala de reuniones y luego desapareció como un fantasma.

Mis ojos se cierran. Solo por un segundo. Solo para descansar.

Y quizá solo para recordar por un momento lo increíblemente bien que me sentí al correrme en la mano de Lukas Lazarev…

Cuando me despierto de golpe, tengo la mejilla pegada al teclado y he rellenado unas once mil filas de Excel con la letra R.

Me incorporo, limpiándome la baba de la comisura de la boca. El reloj de la esquina de mi monitor marca las 7:41 p. m.

Tengo tantas ganas de decirle a Kir que se joda. Cualquier cosa es mejor que dedicar los mejores años de mi vida a esta tontería sin sentido.

Pero entonces oigo un ruido en los ascensores. Cuando miro para ver quién es, empiezo a preguntarme si quizá esa "tontería sin sentido" no era mejor que esta alternativa.

Tengo que parpadear de nuevo para asegurarme de que estoy viendo bien. Pero no, es él: Lukas, caminando a zancadas hacia mí, pareciendo la sombra más grande que jamás haya existido.

Su chaqueta de traje es de color carbón, de doble botonadura, con una solapa tremendamente afilada. Los gemelos cuadrados brillan en dorado a juego con su reloj y su pelo parece de un blanco fantasmal.

Se detiene junto a mi escritorio. —Coge tus cosas —dice sin preámbulos—. Vienes conmigo.

Lo miro entrecerrando los ojos, todavía medio dormida y sin duda alucinando. —Perdona, ¿qué?

—Tengo una cena con unos compañeros y tú vas a venir conmigo —Mira su reloj—. Salimos en diez minutos.

—No puedo simplemente... —Señalo con gesto de impotencia mi escritorio, que es un desastre, las hojas de cálculo desparramadas por la pantalla, el café frío, el estado general de desolación de mi existencia—. Tengo plazos que cumplir. Los plazos de tu hijo, en realidad. Que ya están vencidos.

—Los plazos de Kir pueden esperar.

—Él dijo específicamente...

—A mí, específicamente, me importa una mierda lo que haya dicho Kir —La mirada de Lukas me recorre de arriba abajo, catalogando cada centímetro arrugado. La blusa arrugada, el rímel que estoy segura de que se me ha corrido por la mitad de la cara—. Pareces agotada.

—Vaya, gracias.

—No era un cumplido —Aparta mi silla del escritorio y me levanto a toda prisa para no caerme—. Te quedan ocho minutos para recomponerte. Te sugiero que los aproveches bien.

Me paso seis de esos ocho minutos en el baño intentando parecer una persona que no lleva diez días pudriéndose en su escritorio. Los dos minutos restantes los desperdicio mirándome en el espejo y preguntándome en qué nueva pesadilla me están metiendo.

El trayecto en coche transcurre en silencio. Lukas se pasa todo el tiempo con el móvil, revisando correos electrónicos con la intensidad concentrada de un hombre que ha olvidado que existe alguien más. Observo la ciudad a través de la ventanilla e intento no pensar en la última vez que estuvimos solos juntos en un vehículo. No lo consigo, en su mayor parte.

Nuestros compañeros de cena ya están sentados cuando llegamos. Hay de todo tipo: financieros de Wall Street altos y de aspecto engreído, algunos capitanes de la industria de aspecto rudo y barbudo, y unos cuantos chicos de la tecnología con aspecto pulido que llevan camisetas caras bajo sus chaquetas a medida. Una docena más o menos en total, incluyéndonos a nosotros.

—¡Lukas! —El mayor del grupo se levanta para estrecharle la mano a Lukas—. ¿Y quién es esta?

—Mi asistente —dice Lukas—. La señorita Everett tomará notas.

Esa es toda la presentación que me hacen. Ni siquiera un nombre de pila. Me dan muchas ganas de hacer una reverencia burlona y decir: *Sirvo a voluntad de nuestro señor.*

Pero dudo que Lukas aprecie mi humor, así que, en su lugar, esbozo una sonrisa forzada y me siento en el extremo más alejado de la mesa, sacando mi teléfono para documentar diligentemente cualquier perla de sabiduría que estos titanes del mundo decidan impartir.

Lo que sigue casi me hace quedarme dormida.

La conversación gira en torno a rondas de financiación de la Serie B, estrategias de penetración en el mercado y algo llamado "creación de valor sinérgico" que me da ganas de arrancarme las orejas. Asiento y escribo notas que se vuelven cada vez más descaradas a medida que avanza la noche.

• El tipo con demasiado gel en el pelo cree que la IA "revolucionará el sector de la alimentación". ¿Sabe siquiera lo que eso significa? ¿Lo sabe alguien?

• Se ha descorchado la segunda botella de vino. Nadie me ha ofrecido nada. Qué groseros.

• El calvo acaba de decir "mover la aguja" por sexta vez. Ahora estoy pensando en "meterle una aguja" en el ojo.

Pero peor que la aburrida charla de negocios es el propio Lukas.

Porque es *cordial*.

Se ríe de sus chistes, sonríe con los dientes y todo. Habla de las tendencias del mercado con auténtico interés. Pide el tartar de

wagyu para la mesa y recuerda las restricciones alimentarias de todos.

Es, en todos los sentidos posibles, una persona completamente normal disfrutando de una cena completamente normal.

Y, al igual que en la sala de reuniones y en la gala anterior, no me mira ni una sola vez. Ni siquiera un breve gesto que reconozca que existo más allá de mi capacidad para transcribir su tediosa conversación.

Para cuando llega el postre, estoy temblando por una mezcla tóxica de agotamiento y confusión. Uno de los chicos de tecnología se acerca para cambiarse de sitio con su amigo, que está a mi derecha, justo cuando llega el *baked Alaska*.

—Parece que preferirías estar en cualquier otro sitio —murmura, lo suficientemente bajo como para que los demás no lo oigan.

Levanto la vista de mi teléfono, pillada en medio de una respuesta sarcástica. —¿Es tan obvio?

—Solo para alguien que preste atención —Se le arrugan las comisuras de los ojos. Es guapo, con ese aire llamativo de joven rico: pelo oscuro, barba sin afeitar, un bronceado que dice "*en yate*" en lugar de "*cama solar*"—. Por cierto, soy Preston. Aunque sospecho que ya lo sabías.

Ahora que lo menciona, sí, de hecho lo sé. Pujó por mí en la subasta. Medio millón de dólares, si no recuerdo mal, antes de que Lukas se entrometiera con su chequera ilimitada y una advertencia.

Hay una estela de chicas desquiciadas y destrozadas en hospitales psiquiátricos de todo el país, cortesía suya.

Eso es lo que dijo Lukas sobre mi nuevo amigo Preston. En aquel momento, fue suficiente para ponerme los pelos de punta.

Ahora, sin embargo, me pregunto si no era solo otra de las tonterías de Lukas.

Al fin y al cabo, Lukas me advirtió de muchas cosas, y luego *hizo* muchas cosas que se parecían muchísimo a las mismas cosas de las que me había advertido. Así que perdóname si ahora mismo no confío precisamente en su criterio.

—Rae —digo, tendiéndole la mano—. Aunque sospecho que eso también lo sabías ya.

El apretón de manos de Preston es cálido y firme. —Es difícil olvidar a una mujer que provocó una guerra de pujas de cinco millones de dólares.

Me sonrojo. —"Provocó" es una palabra generosa para describirlo. Yo era más bien una mercancía.

Él se ríe. —Tienes razón. Aunque yo diría que te subestimaron bastante.

Es una frase tan ingeniosa, pronunciada con un encanto tan natural, que casi pongo los ojos en blanco. Pero hay algo desarmante en la forma en que lo dice, como si fuera plenamente consciente de lo ridículo que suena y me invitara a reírme con él.

—Los halagos te llevarán muy lejos, señor Howell.

Pone una cara de asco. —Oh, Dios... Preston, por favor —Hace una señal al sumiller, que se acerca al instante con una copa de vino más y sirve—. Y no es adulación si es verdad. Toma, parece que tú lo necesitas más que nadie en esta mesa.

El vino es oscuro y aterciopelado. Doy un largo sorbo y siento cómo se me suelta parte de la tensión de los hombros.

—Bueno —continúa Preston, girando el cuerpo hacia mí de una forma que crea una pequeña burbuja de intimidad en medio del caos —, ¿qué hace realmente la asistente de Lukas Lazarev? Además de aguantar cenas interminables con un montón de viejos aburridos como yo, quiero decir.

—¿Sobre todo? Soporto interminables cenas con viejos aburridos como tú —Agito mi teléfono—. También hojas de cálculo. Muchas, muchas hojas de cálculo.

—Suena emocionante.

—No tienes ni idea.

Él sonríe. —Bueno, si alguna vez quieres hablar de algo que no sea la creación de valor sinérgico, soy un excelente oyente. Y te prometo que en mis cenas hay mucha menos jerga.

Al otro lado de la mesa, Lukas está absorto en una conversación con uno de esos tipos de Wall Street, con la atención puesta en cualquier sitio menos en mí.

Bien. Si quiere fingir que no existo, yo puedo hacer lo mismo.

Me vuelvo hacia Preston con mi sonrisa más cálida. —Puede que te tome la palabra.

Para ser un hombre con una reputación tan siniestra, es fácil hablar con Preston. Me pregunta por mi pasado, mis intereses, si siempre he vivido en Manhattan. Preguntas normales formuladas con una curiosidad que parece genuina. Cuando hago una broma sobre haber dejado la universidad, se ríe y me toca la rodilla, solo un apretón rápido, nada abiertamente inapropiado, y me dice que, de todos modos, la educación formal está sobrevalorada.

—La mitad de los chicos de esta mesa tienen un máster en Administración de Empresas —murmura entre dientes—, y siguen siendo las personas más aburridas que he conocido nunca.

Mientras habla, su brazo se desliza hasta posarse sobre el respaldo de mi silla. No exactamente alrededor de mis hombros. Solo colgando *por* ahí, cerca y con naturalidad, sin darle ninguna importancia.

—Apuesto a que una mujer tan guapa y exitosa como tú debe tener hombres haciendo cola a la vuelta de la esquina —comenta—.

¿Novio? ¿Novios, en plural?

Doy otro sorbo de vino para ganar un momento. —Nada serio por ahora —digo con cautela.

—Me cuesta creerlo —Su sonrisa es de un blanco deslumbrante, llena de las carillas más grandes y brillantes que he visto nunca—. Ellos se lo pierden, supongo.

Es encantador, pero no es mi tipo. Ni por asomo. Mi tipo, al parecer, es mucho mayor, mucho más corpulento y mucho, mucho más grosero. Lo cual no dice nada bueno de mi salud mental.

—Te estás sonrojando —observa Preston con una sonrisa—. ¿Por qué no me cuentas en qué piensas?

—Créeme, no vale la pena que te lo cuente.

—Lo dudo —Vacila, como si estuviera luchando con un secreto embarazoso, y luego dice—: Sabes, me decepcionó que Lazarev me ganara en la puja de la subasta. Tenía planes para nuestra velada juntos.

—¿Planes? —pregunto confundida.

—Nada siniestro, palabra de scout —Levanta las manos en señal de rendición fingida y se ríe—. Solo cenar. Bailar. Quizá una copa en mi casa de los Hamptons. Tengo una bodega excelente.

—Qué civilizado.

—Puedo ser civilizado cuando la ocasión lo requiere —Sus ojos se posan en mis labios por un instante antes de volver a encontrarse con mi mirada—. Aunque me han dicho que soy más divertido cuando no lo soy.

La frase se sitúa en algún punto entre el coqueteo y la depredación. No acabo de decidir cuál de los dos.

Lo que sí *puedo* decidir es que el vino me ha subido directamente a la cabeza con el estómago vacío, y Preston Howell está empezando

a parecer una opción viable para poner celoso a cierto multimillonario que me ha dado la espalda.

Es entonces, por supuesto, cuando llega Lukas.

Aparece junto a mi silla, con una mano apoyada en el respaldo, exactamente donde estaba la de Preston hace un momento. Pero mientras que el brazo de Preston tenía un aire desenfadado, casi perezoso, la presencia de Lukas es una declaración de guerra con los nudillos blancos.

—Preston —dice, con una voz aparentemente agradable, pero que delata todo lo contrario bajo la superficie—. Veo que has conocido a mi asistente.

La sonrisa de Preston no se tambalea, pero algo detrás de sus ojos sí lo hace. —Solo le hacía compañía, Lukas. Parecías ocupado.

—Lo estaba. —La mirada de Lukas finalmente se posa en mí, y su intensidad me clava a la silla—. Pero ahora tengo un momento libre.

Se inclina hacia mí y, durante un segundo vertiginoso, envenenado por las comedias románticas, creo que va a besarme allí mismo, delante de todo el mundo, delante de Preston Howell y de una docena de tiburones de Wall Street.

En cambio, sus labios rozan el pabellón de mi oreja. Su aliento es cálido. Su voz es hielo.

—Has sido una chica mala esta noche, señorita Everett —murmura, tan bajo que solo yo puedo oírlo—. Quítate la ropa interior y dámela.

47

RAE

SERVICIOS EJECUTIVOS DE LAZAREV GLOBAL

Recogida de ropa de tintorería — Pedido urgente

Artículo: (1) Pañuelo de bolsillo de seda negro

Propietario: L. Lazarev

Estado: Manchado. *Otra vez*.

Me río.

Está bromeando, claro. Es decir, *tiene* que estar bromeando. Ni siquiera Lukas Lazarev, el rey de traspasar los límites y de la conducta inapropiada en el trabajo, esperaría realmente que yo, en un restaurante con estrella Michelin lleno de testigos…

Miro por encima del hombro, pero ya no está. Ha vuelto a su extremo de la mesa como si nada hubiera pasado.

Vale. Está bien. Me está poniendo a prueba. A ver si me pongo nerviosa, si me sonrojo.

Bueno, la broma le ha salido mal. Soy una causa perdida, claro, pero tendrá que esforzarse más que *eso*.

—¿Todo bien? —pregunta Preston cuando volvemos a estar solos.

—¡Genial! —respondo alegremente, intentando que mi voz suene lo más animada posible—. Solo es una broma privada. Bueno, ¿me estabas contando lo de tu bodega?

Preston retoma la saga de su bodega con renovado entusiasmo. Algo sobre un Château Margaux de 1982 y una guerra de pujas en Christie's. Asiento, haciendo los ruidos de interés apropiados, mientras mi cerebro elabora justificaciones cada vez más elaboradas de por qué no debería excusarme para ir al baño y seguir las órdenes de Lukas.

Porque no voy a hacerlo. Obviamente. Sería una locura.

Pasan sesenta segundos. Luego noventa.

Justo cuando empiezo a relajarme, contenta de que Lukas haya pasado a torturar a otra persona, vuelvo a sentir su presencia detrás de mí.

Océano.

Menta.

Humo.

Peligro.

Su barba me hace cosquillas en la oreja. —Si no lo haces tú misma —susurra—, voy a tirar todos los platos de esta mesa y te la voy a quitar delante de todo el mundo —Suspira, como si al fin y al cabo no fuera tan mala idea—. Tú decides.

Luego se ha ido otra vez.

Preston sigue hablando. Al menos, su boca se mueve. Pero su voz suena como si viniera de muy lejos.

Me quedo mirando mi copa, dándome cuenta de cómo los temblores de mi mano hacen que el vino se mueva de arriba abajo por las

paredes.

No lo haría.

¿…O sí?

Esa es una pregunta muy tonta. Sé a ciencia *cierta* que lo haría.

Trago saliva y dejo caer una mano a un lado. Me acomodo en el asiento, con total naturalidad, como si solo intentara ponerme cómoda después de tres horas sentada en esta silla tan incómoda. Esa mano libre agarra un puñado de tela y empieza a subirme la falda.

—…Y la mirada en sus ojos cuando se lo compré justo delante de sus narices, Rae, no te lo creerías...

—Mmm —digo—. Increíble.

Una vez que la he subido lo suficiente, mi mano se desliza bajo el dobladillo, igual que hizo la de Lukas en la reunión de Kir. Mis dedos se enganchan en la cintura de mi ropa interior. Deslizo la tela por mis caderas con movimientos minúsculos y graduales. Un milímetro cada vez. Preston gesticula ampliamente, describiendo algún viñedo de Napa, completamente ajeno al hecho de que en este momento estoy haciendo algo sumamente inapropiado bajo este mantel de lino blanco.

Me arde la cara. Siento el calor irradiando de mis mejillas como si me hubiera dado una fiebre repentina y localizada.

El encaje se engancha en mis muslos. Me muevo de nuevo, cruzando los tobillos, y aprovecho el movimiento para deslizar la tela más allá de mis rodillas.

——¡Y el color, Dios, el *color*...!

—Tan bonito —digo con voz ronca—. Los colores. Me encantan.

Ahora baja por mis pantorrillas. Ya casi está. La ropa interior se amontona alrededor de mis tobillos.

Entonces, en el último segundo, se engancha en mi talón. *Mierda.*

Me agacho, fingiendo ajustarme la correa del zapato. Mis dedos se mueven con torpeza bajo la mesa mientras intento desenganchar a ciegas el encaje del cuero.

Preston se detiene a mitad de la frase. —¿Estás bien? ¿Se te ha caído algo?

—Solo mi zapato —digo con voz ahogada—. Se me ha soltado la hebilla.

—Ven, déjame...

—¡No! —grito. Luego, en voz más baja—: No, ya lo tengo. Casi… lo tengo. ¡Todo bien!

Por fin consigo soltar la ropa interior. La aprieto en mi puño, un diminuto trozo de encaje negro, aún caliente por mi cuerpo, y me enderezo.

Preston me está mirando fijamente. —¿Segura que te encuentras bien, Rae? Te has puesto bastante roja.

—Es cosa de la estación —Empiezo a hacer un gesto con la mano hacia las ventanas a modo de explicación, pero luego me doy cuenta de que en esa mano tengo mis braguitas, así que la vuelvo a bajar —. Las flores —Señalo con la barbilla el centro de mesa floreciente —. Hay mucho… polen —En mi cabeza, me pregunto cuánto tiempo más podré seguir usando esa excusa para salir de situaciones sociales terriblemente dolorosas.

—Eh, sí. Claro —No parece convencido, pero lo deja pasar—. En fin, como iba diciendo sobre el 82...

Dejo de prestarle atención por completo.

Mi ropa interior está apretada en mi palma sudorosa. De repente, mi vestido me parece vergonzosamente fino y la brisa del aire

acondicionado está llegando a lugares donde no debería. Cada terminación nerviosa por debajo de la cintura está gritando.

Y en algún lugar al otro extremo de esta mesa, Lukas Lazarev está esperando.

No me atrevo a mirarlo. Si lo miro ahora mismo, o bien arderé en llamas o treparé por encima de esta mesa y haré algo que hará que nos arresten a los dos.

Así que mantengo la mirada fija en los labios de Preston, que no paran de moverse, y me pregunto qué demonios se supone que debo hacer ahora.

La respuesta llega unos instantes después.

Lukas se levanta de su silla y se abrocha la chaqueta. —Si me disculpan —dice sin dirigirse a nadie en particular.

Recorre toda la mesa. Al pasar junto a mi silla, extiende la mano hacia mí, con la palma hacia arriba. Nada en él indica que sea siquiera consciente de mi existencia, salvo esa enorme mano, *a la espera.*

Mi corazón se acelera cuatro veces más. Sin mirar, coloco mi ropa interior en la palma de Lukas.

Sus dedos se cierran alrededor de los míos por un instante. Un único apretón, y luego me suelta.

Se guarda la ropa interior en el bolsillo sin detener el paso y desaparece tras la esquina, en dirección a los baños.

Me quedo allí sentada, desnuda bajo mi vestido, sintiéndome más viva que nunca.

Durante el resto de las copas después de la cena, siento el aire sobre mi piel desnuda y el frío del asiento de cuero contra mis muslos. Cuando me muevo, recuerdo que Lukas ahora posee una parte de mí.

Por fin, ya pasada la medianoche, la cena llega a su fin. Preston me agarra del codo justo cuando el grupo empieza a dispersarse. —Ha sido un placer conocerte en persona, Rae —Saca una tarjeta de visita y me la entrega—. Me encantaría seguir hablando contigo algún día. ¿Quizás tomando ese vino del que te hablé?

Me mira expectante, sin duda esperando a que saque mi teléfono, marque su número y cierre el trato que él cree que hemos estado negociando toda la noche.

Abro la boca para responder, ni siquiera estoy segura de lo que voy a decir, sinceramente; algo educado y evasivo, cuando una mano se posa en mi espalda.

—Ella está conmigo —dice Lukas.

No levanta la voz ni hincha el pecho ni hace ninguna de las típicas posturas de macho alfa que he llegado a esperar de los hombres que marcan su territorio. Simplemente lo dice. El cielo es azul y el agua moja, y Rae Everett *le* pertenece.

La sonrisa de Preston se congela. —No me había dado cuenta de que estaban juntos.

—Ahora ya lo sabes.

Su mirada se desvía hacia mí y luego vuelve a Lukas. Sea lo que sea lo que ve en el rostro del hombre mayor, le hace dar un pequeño paso atrás.

—Bueno. —Se guarda la tarjeta de visita en el bolsillo con una sonrisa triste—. No puedes culpar a un tipo por intentarlo.

—En realidad, sí puedo —dice Lukas—. Y lo hago.

Preston se ríe y levanta las manos en señal de rendición—. Mensaje recibido, alto y claro. Rae, ha sido un placer conocerte. Lukas, siempre es un placer.

Se retira hacia la salida, uniéndose a la corriente de invitados que se marchan.

En cuanto se marcha, la mano de Lukas se desliza desde mi espalda baja hasta mi cadera. Aprieta el agarre, clavándome los dedos en la fina tela de mi vestido.

—Es hora de irse —dice.

—¿Adónde?

No responde.

Afuera, el chofer, con el rostro adusto, tiene el coche esperando. Lukas abre la puerta él mismo y me ayuda a subir, protegiéndome con su cuerpo para que no le enseñe al mundo, por accidente, un destello al estilo Britney Spears de mis partes íntimas.

Una vez que me he acomodado, se sube al asiento trasero conmigo. La puerta se cierra detrás de él con un suave *golpe sordo*.

Mira por la ventana mientras nos alejamos de la acera. La luz recorre su rostro: dorada, luego sombra, luego dorada de nuevo. Su ceño fruncido está tallado en el mismo granito frío de siempre.

Entonces mueve la mano para pulsar un botón en la puerta.

Una mampara tintada se eleva entre nosotros y el conductor, aislándonos en nuestro propio mundo privado. El sonido de su cierre se apaga rápidamente en el silencio repentino.

Por alguna razón que no entiendo, se me seca la boca.

Lukas se gira hacia mí. A la tenue luz de las farolas que vamos dejando atrás, sus ojos son casi negros. Dos vacíos que se tragan todo lo que tocan.

—De rodillas —dice—. En el suelo.

Cuando dudo, inclina la cabeza un grado.

—Señorita Everett… no me haga repetirlo.

48

RAE

LAZAREV GLOBAL — SERVICIO DE COCHES EJECUTIVOS

Vehículo: Maybach S680 (Matrícula: LZR-001)

Conductor: Dmitri K.

Fecha: 12 de diciembre de 2025

00:11 — Salida de Le Bernardin. 2 pasajeros.

00:12 — El pasajero trasero levanta la mampara de privacidad.

00:34 — Se bajó la mampara. Llegada a 412 DeKalb Ave, Brooklyn.

00:35 — 1 pasajero bajó. Quedó 1.

ESTADO DEL VEHÍCULO: El interior necesita una limpieza a fondo.

De rodillas. En el suelo.

El espacio entre los asientos y la mampara mide tal vez medio metro de ancho, como mucho. Miro hacia abajo, a la alfombrilla de goma texturizada, y luego vuelvo a mirar a Lukas.

Su expresión no ha cambiado. Una vez más, no está bromeando.

Mi corazón late contra las costillas con tanta fuerza que me sorprende que las ventanas no estén traqueteando. Cada pensamiento racional que he tenido me grita que le diga que se vaya a la mierda. Soy su *empleada*, por el amor de Dios, y esto es tremendamente, espectacularmente inapropiado.

Pero a estas alturas ya sé que no debo desobedecer.

Me deslizo hacia delante desde el asiento de cuero, con el vestido subiéndome por los muslos mientras me meto en el estrecho espacio. La tela se engancha, se arruga y deja al descubierto mucha más piel de la que sería decente. No lo arreglo. ¿Para qué molestarse? Hace mucho tiempo que no hay nada decente entre nosotros.

Mis rodillas golpean la alfombrilla con un ruido sordo que siento hasta la médula. Mis hombros se encajan entre las rodillas abiertas de Lukas mientras el borde del asiento se me clava en los omóplatos. Cuando el coche toma una curva, tengo que apoyar una mano en su muslo solo para no caerme de lado.

El músculo bajo mi palma es firme. Puedo sentir su calor a través de la fina tela de sus pantalones. Mi otra mano flota inútil en el aire, sin saber dónde ir ni qué hacer.

Estoy atrapada aquí abajo, en este espacio minúsculo, con él elevándose sobre mí, y la dinámica de poder nunca ha sido más literal. Mi coronilla apenas llega a su pecho desde este ángulo. Sus muslos enmarcan mis hombros como las paredes de una jaula.

Cuando estoy en posición, levanto la vista hacia él.

Tengo que inclinar la cabeza hacia atrás para verle la cara. Me encuentro con que me está mirando con esos ojos oscuros e indescifrables. Las farolas reflejan el blanco de su pelo, el espeso plateado de su barba. Parece un lobo vestido de Brioni.

Parece un villano salido de un sueño húmedo. No, de una pesadilla húmeda. ¿Existe eso? Ahora sí.

Es *viejo*. Eso es lo que no puedo dejar de notar desde aquí abajo. Las arrugas alrededor de sus ojos, las manos curtidas con su red de cicatrices pálidas, el gris que lo impregna todo. Ha vivido vidas enteras de las que nunca sabré nada. Ha amasado fortunas. Ha enterrado secretos. Ha enterrado *personas.*

Y yo tengo menos de la mitad de su edad y estoy de rodillas en la parte trasera de su Maybach, sin nada debajo del vestido simplemente porque él me dijo que me lo quitara.

Todo en él grita dinero. Poder. *Experiencia*.

Todo en mí grita: *¿Qué estás haciendo ahí abajo?*

Obtengo mi respuesta cuando inclina la barbilla. Un único, casi imperceptible movimiento de cabeza hacia su regazo.

La instrucción es clara.

Me tiemblan las manos mientras busco su cinturón. El cuero es suave como la mantequilla, la hebilla fría contra mis dedos torpes. Lo desabrocho con la destreza de alguien que nunca ha manejado un objeto básico antes, y luego paso a su cremallera.

Meto la mano dentro. Mis dedos rozan la carne caliente y dura a través de los calzoncillos de seda, y oigo cómo se le corta la respiración, solo un poquito, pero lo suficiente para saber que le estoy afectando. Es una sensación embriagadora.

Entonces lo libero de un tirón.

Él sale disparado… y me da de lleno en la cara.

Me echo hacia atrás por instinto, con la mejilla ardiendo por el impacto, y me encuentro mirando fijamente a...

Oh.

Dios.

Mío.

Es enorme. Ya lo sabía, porque lo sentí presionado contra mí en la gruta, frotándose contra mi cadera mientras me inmovilizaba contra ese olivo. Pero verlo así, enrojecido y rígido, curvado ligeramente hacia arriba como si se esforzara por llegar hasta mí, es algo completamente diferente.

Una gota de líquido preseminal brota de la hendidura, a punto de derramarse. La observo, hipnotizada.

Probablemente podría quedarme allí sentada durante horas, mirándola, y tal vez lo haría… si la mano de Lukas no se deslizara por mi cabello.

Sus dedos se enredan lentamente hasta que me agarra con firmeza por la base del cráneo. No tiene que tirar con fuerza para recordarme quién tiene el control aquí.

Con la más mínima presión, me guía hacia delante.

Dejo que presione la punta de su polla contra mis labios cerrados. El sabor me invade de inmediato: sal y almizcle. Cierro los ojos.

—Saca la lengua —dice.

Obedezco sin pensar y, guiándome por puro instinto, rozo la punta contra su hendidura, lamiendo esa gota de líquido preseminal como si llevara toda la vida esperando hacer precisamente eso.

Su muslo se tensa de inmediato bajo mi mano firme. Me resulta adictivamente placentero afectarle así. Él es hielo todo el tiempo, las veinticuatro horas del día, los siete días de la semana, pero cuando le pongo la boca encima, se derrite.

—Buena chica.

El elogio envía una descarga de calor directamente entre mis piernas, a ese lugar vacío y dolorido donde solía estar mi ropa interior. Me retuerzo de rodillas, desesperada por una fricción que no voy a conseguir.

Pero si no piensa tocarme, al menos me ganaré más elogios. Es casi igual de bueno.

Hundo las mejillas y lo introduzco un poco más. Solo la punta. Mis labios tienen que estirarse para abarcar su grosor, y siento cómo se tensan las comisuras de mi boca para acomodarlo.

Él empuja más profundo y tengo que abrir más la boca. Ya me empieza a doler la mandíbula por el esfuerzo, pero aún nos queda mucho para terminar.

Otro centímetro. Luego otro. Me arden los labios. Puedo sentir cada protuberancia y cada vena, su calor contra mi lengua.

Intento respirar por la nariz y relajar la garganta como he leído en las novelas románticas, pero, a decir verdad, me cuesta mucho.

Solo está a mitad de camino y ya me siento demasiado llena, como si no hubiera espacio para nada más: ni aire, ni pensamientos, nada más que él. Mis dedos se clavan en su muslo y gimo.

Me avergüenza mostrar mi inexperiencia… hasta que ocurre algo: la otra mano de Lukas se acerca para acariciar mi mejilla.

Su pulgar me seca una lágrima que se me ha escapado por la mejilla. El gesto es casi tierno, si es que un hombre como él es capaz de algo así. Es como si reconociera lo difícil que es lo que me está pidiendo y apreciara el esfuerzo que estoy haciendo para complacerlo.

Entonces empuja aún más profundo.

Se me escapa un pequeño sonido involuntario, a medio camino entre un arcada y un gemido. Mi garganta se contrae, tratando de adaptarse y aceptar lo que parece biológicamente imposible.

Estoy atascada. No puedo más. No hay manera, de ninguna forma; simplemente no está pasando.

Todo el momento se siente así, en realidad. No es solo mi garganta la que se encuentra al borde del precipicio: es él, soy yo, es este coche, esta noche, todos nosotros. No podemos ir más allá. No deberíamos. Es una muy mala idea.

…Hasta que, con un gruñido, Lukas atraviesa de un golpe ese techo de cristal.

Su agarre en mi pelo se aprieta hasta el punto de doler, los dedos se retuercen, *tiran*, y de repente, la exploración cuidadosa se acaba. Sus caderas se desplazan hacia delante en el asiento.

Ya no me deja marcar el ritmo.

Está tomando el control.

Su mano mueve mi cabeza hacia atrás, luego hacia adelante, hacia atrás, luego hacia adelante, marcando un ritmo que no tiene nada que ver con lo que yo puedo soportar y todo que ver con lo que *él* necesita.

Me está follando la boca.

Mis manos se alzan para agarrarme a sus muslos mientras intento mantenerme firme ante el embate. La saliva se acumula en las comisuras de mi boca, lágrimas frescas brillan en mis mejillas, ambas desbordándose, goteando por mi barbilla en cálidos hilos.

Debería sentirme mortificada. ¿Por qué no lo detengo? ¡Soy una persona y no solo un agujero cálido y dispuesto para que él lo use!

Pero, ¿cómo puedo hacerlo, cuando estoy tan excitada que apenas puedo pensar con claridad? Lo único que puedo hacer es gemir a su alrededor como el desastre absoluto que soy.

El rey del hielo se derrite cuando te sometes a él.

¿Quién lo hubiera dicho?

La siguiente embestida golpea la parte posterior de mi garganta y mi cuerpo se rebela. Tengo arcadas, fuertes y violentas, todo mi torso

se convulsiona con la necesidad instintiva de *rechazar*. Mis manos empujan contra sus muslos para crear distancia. Su pene es tan grande que siento como si me estuviera partiendo por dentro.

Pero su mano me mantiene en mi sitio. —Puedes hacerlo —dice—. Respira por la nariz.

Mi garganta se contrae a su alrededor, los músculos se tensan y se relajan en oleadas que no puedo controlar. Más lágrimas resbalan por mi rostro, calientes y humillantes, mezclándose con la saliva que ya cubre mi barbilla. Pero me obligo a relajarme, a rendirme, a dejar que él lo consiga.

Él empuja más profundo.

Siento cómo se desliza más allá de esa barrera mientras mi garganta se estira para dar cabida a algo para lo que nunca fue diseñada. La sensación es abrumadora: plenitud y presión, y la necesidad ardiente de aire arañándome los pulmones.

A esto se refería.

Lukas me dijo que él, y solo él, podía ver la parte secreta de mí que quiere que sea otra persona quien me posea. Pensé que estaba mintiendo. Claro que lo estaba, ¿no? Era un maniático del control enfermo, que proyectaba sus propios deseos retorcidos en mí, viendo lo que quería ver.

Pero resulta que no se equivocaba.

Porque ahora mismo, con la mandíbula dolorida, la garganta ardiendo y las lágrimas corriendo por mi rostro, me siento más poderosa que nunca en mi vida.

No tiene sentido. Estoy de rodillas en la parte trasera de un coche, siendo utilizada como un *objeto* para el placer de otra persona. No hay nada poderoso en eso. Nada feminista ni empoderador ni ninguna de esas palabras de moda de hoy en día que se supone que me deben importar.

Y sin embargo.

Cada vez que él empuja más profundo, cada vez que mi cuerpo cede para hacerle sitio, siento que mi carga se aligera. Empujón tras empujón, me dejo llevar.

Él tiene el control.

Eso significa que yo no tengo que tenerlo.

Cuando por fin se retira, jadeo a su alrededor, con el pecho agitado. La saliva une mis labios hinchados a su polla en hilos brillantes.

No me deja respirar mucho tiempo. Me empuja la cara de nuevo hacia él. Estoy sudada, confundida y delirante, completamente perdida en el momento.

Ahora me está follando la garganta en serio. Me *está utilizando*.

Y lo peor, y lo mejor, también, es que no quiero que pare.

Estoy llorando, ahogándome y luchando por respirar entre su interminable grosor. Tampoco he estado nunca tan excitada en toda mi vida.

Mi mano libre se desliza entre mis propias piernas. Necesito aliviar el insoportable dolor que se acumula allí. Mis dedos rozan la carne húmeda e hinchada, y...

—No te atrevas.

El gruñido de Lukas vibra a través de todo su cuerpo y llega al mío. Lo siento en la mandíbula, en la garganta, en el pecho.

—Esto es para mí —me advierte—. Solo para mí.

Gimoteo alrededor de él, pero obedezco, volviendo a poner mi mano en su muslo. La privación me vuelve más desesperada. Cada terminación nerviosa clama por algo que no se me permite tener.

Puedo sentir cómo se hincha contra mi lengua, cómo se pone más duro.

Está a punto.

Efectivamente, unas cuantas embestidas más tarde, su liberación llega acompañada de un gruñido. Sus caderas se sacuden hacia arriba una última vez, hundiéndose tan profundamente como puede, y entonces siento el pulso caliente de él liberándose directamente en mi garganta. Me mantiene allí, con su mano como una tenaza de hierro en mi pelo, manteniéndome inmovilizada mientras se vacía dentro de mí.

Trago saliva convulsivamente. Una vez. Dos veces. Tres veces.

Parece que no va a terminar nunca, oleada tras oleada de calor inundando mi boca y mi garganta, llenándome de formas que nunca imaginé.

Cuando por fin afloja el agarre, me echo hacia atrás, jadeando y tosiendo. Tengo los labios hinchados y la cara es un desastre de lágrimas, saliva y maquillaje corrido. Me duele la mandíbula. Me duele la garganta. Me laten las rodillas por culpa de la implacable alfombra del suelo.

Nunca me he sentido más degradada.

Nunca me he sentido más *deseada*.

Me arrodillo allí, entre sus piernas, con el pecho agitado, y lo miro a través de mis pestañas mojadas. Estoy esperando algo, pero ni siquiera sé qué. ¿Una palabra? ¿Una caricia? ¿Algún reconocimiento de que lo que acaba de pasar significó algo?

Lukas se recoge. Se sube la cremallera y se ajusta la hebilla del cinturón. Sus manos alisan la tela arrugada de sus pantalones, borrando cualquier rastro de lo que acaba de pasar.

En cuestión de segundos, recupera la compostura.

Mete la mano en el bolsillo de la chaqueta y saca su pañuelo de bolsillo, el mismo que usó para limpiarse mi semen de los dedos en la sala de reuniones de Kir, me doy cuenta con una sacudida, y me lo tiende.

Acojo el pañuelo con las manos temblorosas.

Hago todo lo posible por limpiarme la cara, secándome las lágrimas, la saliva y el rímel corrido, pero es inútil. Todavía puedo saborearlo: sal y almizcle cubriendo mi lengua, aferrándose a la parte posterior de mi garganta. Hay rastros de él por todas partes, por dentro y por fuera, grabados en mi cuerpo de formas que el agua y el jabón no pueden borrar.

El coche se detiene suavemente frente a mi edificio.

Ni siquiera me había dado cuenta de que estábamos cerca. Sigo de rodillas en el suelo cuando la mampara se baja medio centímetro.

—Hemos llegado, señor —dice el conductor sin mostrar emoción alguna.

Me subo a trompicones al asiento, con las piernas temblorosas y medio adormecidas por haber estado de rodillas. Un hormigueo me recorre las pantorrillas mientras la sangre vuelve a fluir a lugares a los que se le había negado el paso. Me aliso el vestido con manos temblorosas, tratando de ponerme presentable, pero sé que debo de tener un aspecto completamente desaliñado.

Lukas se inclina por encima de mí y abre mi puerta, dejando entrar el aire fresco de la noche. Salgo a la acera. El frío de la madrugada golpea mi piel desnuda, provocándome piel de gallina en mis brazos y recordándome, como si pudiera olvidarlo, que sigo sin llevar nada debajo de este vestido.

Me giro para mirarlo. Para mi sorpresa, Lukas me está tendiendo algo por la ventanilla.

Mi ropa interior.

El encaje negro cuelga de sus dedos, balanceándose suavemente con la brisa nocturna. Es una burla, un recordatorio de todo lo que ha pasado esta noche.

Extiendo la mano hacia ella automáticamente, todavía aturdida. Mis dedos están a unos centímetros de distancia cuando, de repente, él retira la mano hacia el interior del vehículo.

Se le escapa una risa. No es ese sonido cálido y poco común que oí en Francia, el que lo hacía parecer casi humano. Esto es algo completamente distinto.

Frío. Cortante. *Cruel.*

Se guarda la ropa interior en el bolsillo sin decir palabra. Esos ojos oscuros no me revelan nada. Da dos golpes en la mampara y el coche se aleja de la acera.

Me quedo allí, en la acera, desnuda bajo el vestido, con la mandíbula aún dolorida, mientras él desaparece en la noche. Me quedo mirando la calle vacía.

¿Qué es más loco: que eso acabe de pasar…?

¿O que yo quiera más?

49

LUKAS

NYU LANGONE DENTAL — ADMISIÓN DE URGENCIAS

Fecha: 13 de diciembre de 2025 | 02:41 a. m.

Paciente: Howell, Preston J.

Motivo de consulta: Molar avulsionado (n.º 19, primer molar inferior izquierdo)

Mecanismo de la lesión: "Tropecé y me caí". Cuando se le pidió que diera más detalles sobre el mecanismo, el paciente dejó de hablar.

El coche se aleja y no miro atrás. No puedo.

Si miro atrás, veré a Rae allí de pie en la acera, con el maquillaje estropeado y los labios hinchados, los ojos llenos de preguntas que no tengo intención de responder. Si miro atrás, podría hacer algo catastróficamente estúpido.

Como salir del coche e ir hacia ella.

Presiono la palma de la mano contra mi pecho, tratando de aliviar la presión que se acumula allí. No sirve de nada.

Por eso tuve que hacerlo así. La empujé hasta ponerla de rodillas y le follé la garganta como si no fuera más que un cuerpo caliente; lo hice de forma cruda, transaccional y *cruel*, porque si no lo hubiera hecho, habría hecho algo mucho, mucho peor.

La única alternativa era *la ternura*.

La alternativa era apartarle el pelo de la cara y decirle que es lo primero que he sentido en dieciocho años. Admitir que, cuando me mira con esos ojos marrones, me derrito de una forma que nunca pensé que sería capaz.

No puedo permitirme eso.

Ahora no.

Nunca.

La ternura mata a la gente en mi mundo.

Aprendí esa lección muy pronto en la vida. Solo hacen falta unos cuantos funerales inoportunos para que la lección cale de verdad. Te quedas junto a un hoyo en el suelo y ves cómo entierran un cuerpo, y aprendes muy, muy rápido que debes ser duro. Debes ser *frío.*

He construido todo lo que tengo sobre los cimientos de esa frialdad.

La Bratva no sigue a hombres blandos. Los hombres que me obedecen se han comprometido a seguir la fuerza, la crueldad y la voluntad de hacer lo que hay que hacer sin pestañear. Todos los hombres de mi organización me han visto meter balas en cráneos. Me han visto grabar la lealtad en la carne cuando las palabras no bastaban. Me respetan porque me temen.

Y Kir…

Mi hijo necesita un padre que le enseñe a sobrevivir en esta vida. No uno que se distraiga con una mujer que le dobla la edad, con ojos tristes y una boca aguda. Si me ve ablandarme, si ve que *deseo* algo más allá del poder y el control, pensará que es posible tenerlo todo.

No lo es. Yo lo sé mejor que nadie.

La mampara se baja. —¿A casa, señor? ¿O a la oficina?

Ninguna de las dos opciones me atrae. Mi casa es básicamente un mausoleo.

La oficina es peor, sin embargo. Luces fluorescentes y el aroma persistente del perfume de Rae adherido a cada superficie de la planta 50…

Mierda, todavía puedo saborearla en la lengua.

—Ninguna de las dos —Carraspeo—. Upper West Side. La 89 con Broadway.

Mientras cruzamos la ciudad, meto la mano en el bolsillo y encuentro el trozo de encaje negro que le pedí a Rae que me diera. Mis dedos lo aprietan y mi polla empieza a endurecerse de nuevo. Me pierdo en su calor, en su suavidad.

Pronto, el coche se detiene y me saca de mi ensimismamiento. —Llegamos, señor.

Salgo del vehículo y me adentro en las sombras al otro lado de la calle, frente al edificio de ladrillo rojo que es mi destino. Una ventana de un piso superior brilla con luz amarilla en la noche.

La rabia que ha estado bullendo desde que dejé a Rae no ha desaparecido. Se ha intensificado durante el trayecto hasta aquí, alimentándose de sí misma, sacando las garras.

Ella sabe lo que ha hecho esta noche. Lo ha hecho a propósito. Y él también.

Así que ahora debo hacer esto.

Cuando llamo a la puerta, Preston Howell abre, vestido con ropa de estar de cachemira, con un whisky en la mano. Su sonrisa se desvanece al reconocer a su visitante nocturno.

No espero a que me invite a pasar: entro y cierro la puerta tras de mí.

—L-Lukas —dice Preston mientras da un paso atrás, recuperando la compostura—. Esto es inesperado. ¿Te puedo ofrecer un trago?

Recorro con la mirada el vestíbulo, decorado con buen gusto. En la pared cuelga una obra de arte original, un Basquiat, si no me equivoco. Flores frescas en un jarrón de cristal. La vida construida con el dinero de papá y el encanto de un magnate tecnológico, todo dispuesto para proyectar una sofisticación sin esfuerzo.

No siento más que desprecio por él.

—No —digo—. Pero vas a necesitar uno bien fuerte.

El recuerdo de la cena de esta noche me revuelve el estómago. Durante tres putas horas, vi a Preston Howell invadir el espacio de Rae, tocarle la rodilla, pasar el brazo por el respaldo de su silla como si tuviera algún puto derecho a estar cerca de ella.

Esa puta *sonrisa*. Odié esa sonrisa. Miré a mi alrededor y vi un montón de objetos que podría usar para joderla. Él la miraba y sonreía como si fuera solo cuestión de tiempo antes de tenerla a sus pies.

Quiero romper cada hueso de esas manos que la tocaron.

Quiero aplastarle esa cara de satisfacción hasta que ni su propia madre reconozca la pulpa.

Quiero enrollar mis dedos alrededor de su garganta y *apretar* hasta que se le salgan los ojos de las órbitas, sus piernas dejen de patalear y la luz en él se apague para siempre.

La violencia se enrosca en mi pecho, negra y hambrienta, exigiendo su libra de carne. Me cuesta hasta la última gota del control que he cultivado durante sesenta años mantenerme clavado en este sitio en lugar de pintar de rojo las paredes de su vestíbulo con sus jodidos intestinos.

Preston debe de ver algo de esa rabia en mis ojos, porque da un paso atrás. Luego otro.

No avanzo hacia él. No lo necesito. Simplemente camino hacia delante a un ritmo mesurado mientras él sigue retrocediendo. Sin embargo, cuando su espalda choca contra el borde del piano, se queda sin espacio para huir.

—Esta noche has tocado algo que me pertenece —le informo.

La risa de Preston es entrecortada y nerviosa. —Lukas, vamos. Solo estábamos hablando. Ella es tu asistente; no me había dado cuenta de que ustedes estaban...

—Oh, te habías dado cuenta.

Observo el momento en que el verdadero miedo se refleja en sus ojos. No es tonto. Sabe que está jodido.

—Soy un hombre razonable, Preston. —Me ajusto el puño de la camisa—. Creo en las respuestas proporcionadas. Le has puesto las manos encima, así que voy a quitarte algo a cambio.

Saco un par de alicates del bolsillo de mi chaqueta. El metal brilla opacamente a la luz de la lámpara mientras los coloco sobre la tapa cerrada del piano.

Me doy la vuelta y me alejo. —Así es como funciona esto —digo, acomodándome en un sillón de cuero. Cruzo una pierna sobre la otra, perfectamente a gusto—. Vas a arrancarte uno de tus propios dientes. Tú eliges cuál. No soy exigente.

Preston mira los alicates con horror.

—O —continúo—, te sacaré varios. Junto con otras partes que quizá eches más de menos —Mi mirada se posa significativamente por debajo de su cinturón.

El color se le va de la cara por etapas, pasando del rosa al gris y al blanco cadavérico. —Estás jodidamente loco —susurra.

Extiendo la mano, le arranco el whisky de su mano temblorosa, luego me recuesto en la silla y le doy un sorbo.

—Rae parecía bastante cautivada por tu sonrisa esta noche —digo—. Veamos si sigue pensando que es bonita después de esto.

Señalo los alicates con la palma abierta.

—Cuando estés listo, Preston. Tengo toda la noche.

Cuando todo termina, Preston yace desplomado contra el piano, un despojo encogido. Los alicates yacen en el suelo de madera, junto al muñón ensangrentado de su molar. Está llorando, sangrando y, a juzgar por la mancha oscura que se extiende por su pijama de cachemira, meándose encima. Unos gemidos patéticos se escapan por el agujero en su encía.

Me levanto y me aliso la chaqueta, luego me bebo lo que queda de su whisky de un solo trago. El tipo es un puto cerdo, pero tiene buen gusto para el alcohol.

Cuando se vacía, tiro el vaso.

Preston grita cuando el vaso golpea el suelo y se hace añicos. Se apresura a retroceder, pegándose al piano como si pudiera teletransportarse a través de él y escapar de mí.

Me agacho hasta que mis labios quedan a centímetros de su oreja. —Si vuelves a *pensar* en su nombre —siseo—, volveré a por el resto. ¿Lo entiendes?

Llora y asiente frenéticamente. La sangre y los mocos le gotean por la barbilla.

Le doy una palmadita en la espalda. Luego me ajusto los puños y salgo de nuevo a la noche, dejando a Preston Howell sangrando y destrozado a mis espaldas.

Que te sirva de jodida lección, amigo mío.

Nunca.

Toques.

Lo que es.

Mío.

50

RAE

CENTRO DE RECUPERACIÓN WESTGATE

CÁMARA DE SEGURIDAD DEL APARCAMIENTO

16:32 — Sedán con cristales tintados (sin matrícula) aparcado en el puesto de visitantes

16:48 — Un hombre salió del vehículo. Se lo vio hablando con R. Everett y J. Pierce.

16:53 — El sujeto se marchó.

ALERTA DE INCIDENTE: No se tomó ninguna medida, por decisión administrativa.

El sábado sale el sol y me permite verme bien.

Ojalá no lo hiciera.

Estoy arrodillada frente a mi espejo de cuerpo entero, evaluando el daño físico causado por el desastre a cámara lenta de anoche. Mis rodillas magulladas me duelen, mis labios están hinchados y parecen picados por una abeja, y cuando trago saliva, mi garganta responde con un rotundo *ni de coña.*

Con una mueca de dolor, me levanto a duras penas y me dirijo al baño, donde me echo agua fría en la cara e intento no pensar en el hecho de que Lukas Lazarev todavía tiene mi ropa interior en algún bolsillo.

Lo más extraño, sin embargo, de entre todos los giros y vueltas extraños que ha dado mi vida en el último mes, es cómo me *siento*.

Hay una sensación superficial de vergüenza. Está un poco a la izquierda de *la culpa* y un poco al sur de *"Mi divina feminidad ha sido mancillada pecaminosamente",* aunque tiene elementos de ambas cosas. Desde un punto de vista puramente objetivo, tomé muchas decisiones equivocadas anoche. También dejé que Lukas tomara otras decisiones equivocadas en mi nombre.

Pero eso es solo en la superficie. Casi una distracción de lo que realmente arde debajo.

Y es que me siento *viva.*

Una y otra vez, eso es a lo que vuelvo. Estoy rebosante de vida. Básicamente estoy levitando por mi apartamento mientras me ducho y me visto, preparo café y me como un yogur y una barrita proteica. Estoy saltando, riéndome sin motivo, *tarareando.*

Sí, Jillian me llama su "cielo", y por naturaleza soy una persona positiva, pero esto es exagerado incluso para mis estándares.

¿Dónde están las lágrimas de rabia, eh? ¿Dónde están las entradas angustiosas del diario? Eh, hola... *¿dónde están las denuncias policiales?*

Todo eso falta. Porque Lukas me quitó algo anoche.

Y estoy muy agradecida.

He pasado seis años apretando los dientes. Anoche, en cambio, los abrí.

Me. Sentí. Tan. Bien.

Eso es lo que me dio. No un orgasmo, ni siquiera me dejó tocarme, el muy cabrón. Lo que me dio fue *liberación.* Permiso para dejar de pensar, dejar de planificar, dejar de estar al mando de cada pequeño detalle de mi triste y mísera existencia.

Él tomó el control. Lo único que tuve que hacer fue arrodillarme allí y permitirlo.

Quizá por eso no siento que me hayan degradado. Me siento como si hubiera dado la primera respiración profunda desde que tenía diecinueve años.

Dicho esto, fue mucho que asimilar, emocionalmente hablando. Necesito algo normal y honesto. Por suerte para mí, es sábado, y sé justo lo que me hace falta.

Recojo a Jillian a las diez y ponemos rumbo a la Taconic Parkway en mi destartalado Honda. El viaje hacia el norte del estado es justo lo que me hacía falta. Dos horas de colinas onduladas y valles nevados, con Jillian a cargo del reproductor y comentando sin parar todo lo que vemos, desde el lamentable estado de los baches de Nueva York hasta la sospechosa cantidad de señales de cruce de ciervos que nos encontramos.

—Solo digo que, si hay tantos ciervos, quizá deberíamos preocuparnos —dice, entrecerrando los ojos con recelo ante otra señal amarilla mientras sorbe por la pajita de su café helado.

—¿Crees que están tramando algo? —bromeo—. ¿Una rebelión?

—No te burles —me advierte con solemnidad—. Serás la primera fusilada cuando llegue el levantamiento de los ciervos.

Me río y Jillian me lanza una mirada cálida. —Ahí está —dice con aprobación—. Empezaba a preocuparme que mi alegre mejor amiga hubiera sido secuestrada.

—Solo estoy cansada —le aseguro—. He trabajado hasta tarde.

—¿Ha hecho algo nuevo? —pregunta.

—No, no, no. Solo estaba atascada en un… un duro proyecto.

Alerta de eufemismo del año.

Trago saliva y aparto la mirada para que no vea mi cara encendida. —Nada fuera de lo normal.

—Mmm —no insiste, lo cual agradezco. Jillian tiene un sexto sentido para saber cuándo necesito espacio y cuándo necesito que me interrogue. Ahora mismo, me está dando lo primero.

Cambio de tema antes de que pueda indagar más. —Hablando de estar distante y distraída —digo, mirándola de reojo—, últimamente has estado un poco ausente.

Los dedos de Jillian se aprietan alrededor de su café helado. —¿A qué te refieres?

—Me refiero a que tú, señorita *nunca dejo el móvil más tiempo del necesario,* has tardado una eternidad en responder a mis mensajes esta semana. Y ahora, esta mañana, no dejas de mirar el móvil como si esperaras recibir la noticia de que te ha tocado la lotería.

Ella suspira, largo y profundamente, y se desploma contra el asiento del copiloto. —Cosas del trabajo —dice de forma simple y evasiva.

—Supongo que todavía no puedes hablar de ello, ¿no?

—No —Niega con la cabeza—. Sigo sin poder hablar de ello. Pronto, pero todavía no. Es delicado. Y, sinceramente, cuanto menos sepas ahora mismo, mejor.

Tengo unas diez mil preguntas entrometidas que me gustaría hacerle. Pero antes de que pueda empezar, el centro de tratamiento aparece a través de un claro entre los árboles desnudos.

Westgate en invierno es tan bonito como lo era antes de que se cayeran todas las hojas. Hay una sencillez tranquilizadora en él. Nieve en el estanque, hielo en las ramas de los árboles, un gran

cielo gris que lo envuelve todo. Aparco en el puesto de visitantes y apago el motor.

Gideon se alegra muchísimo de vernos cuando entramos. En cuanto nos ve, se abalanza hacia mí y me envuelve en un abrazo de oso que me levanta del suelo.

—¡Vale, vale! Suéltame antes de que me rompas algo —jadeo.

Me vuelve a poner en el suelo, pero no me suelta enseguida. Cuando por fin da un paso atrás, lo miro bien por primera vez en dos semanas.

Ha engordado aún más. Ya no parece que sus pómulos estén a punto de salirse de su cara. Tiene los ojos claros. Se le nota el color en las mejillas.

Parece *sano*.

—¡Vaya, vaya, vaya, si son las "Joyas" de la familia! —Gideon envuelve a Jillian en un abrazo. Ella finge quejarse de lo mucho que odia ese apodo, incluso mientras lo abraza—. ¿Por fin te has arrancado de ese reportaje sensacionalista en el que estás trabajando?

—Por ti, sí —dice Jillian mientras le revuelve el pelo como si aún fuera un niño pequeño—. No podía perderme ver a mi hermano Everett favorito.

—¡Oye! —protesto.

Gideon sonríe. Me encanta ver esa sonrisa en él; lo hace parecer el hermano pequeño que recuerdo de antes del accidente, el que solía robarme los dulces de Halloween y echarle la culpa al perro que no teníamos.

Nos acomodamos en la sala de visitas, que ha sido decorada para las fiestas que se acercan con copos de nieve de papel, un árbol alegremente decorado en la esquina y una menorá ligeramente torcida sobre la repisa de la chimenea. Gideon nos cuenta cómo le

ha ido la semana. Nos perdemos en una charla alegre durante un rato.

Hasta que de repente se detiene y se pone serio. —He estado pensando —murmura, inquieto y mirando a todas partes menos a mí —, en lo que vendrá después. Me refiero a cuando salga de aquí.

Se me acelera el corazón. En seis años, nunca ha hablado del *"después"*. Siempre se ha tratado de superar *el día de hoy*, de sobrevivir a *esta* hora, de llegar a la próxima sesión de terapia o lo que sea. El futuro era algo abstracto y abrumador que ninguno de los dos se atrevía a nombrar.

—¿Sí? —logro decir.

—Hay una escuela pública cerca de Albany. Tienen un programa de cocina —Se encoge de hombros, intentando parecer despreocupado, pero puedo ver esa esperanza inquebrantable que arde en su interior—. Siempre se me dio bastante bien cocinar, antes… ya sabes. Antes de todo. Y me gustaba. Pensé que quizá podría informarme sobre eso.

Jillian se inclina y le aprieta la mano. —¡Gid, eso es increíble!

—Es solo una idea —se apresura a decir—. No he presentado ninguna solicitud ni nada. Y tendría que resolver lo del dinero...

—Ya lo resolveremos —lo interrumpo—. Lo que necesites. Haremos que funcione.

Entonces me mira, y veo el mentón de nuestro padre y la sonrisa de nuestra madre resplandeciendo en este chico roto en proceso de curación. —Ya has hecho tanto, Rae. No quiero que…

—Gideon. —Me inclino y le cojo la otra mano, de modo que los tres formamos una pequeña cadena—. Eres mi hermanito. No hay nada en este planeta que no haría por ti. Lo sabes.

Su nuez de Adán se mueve al tragar saliva. —Lo sé —dice—. Es solo que ya has hecho tanto por mí, incluso cuando no me lo merecía, y

yo… yo solo… quiero que te sientas orgullosa, Rae. Algún día. Quiero ser alguien por quien ya no tengas que preocuparte.

Las lágrimas que he estado conteniendo finalmente ganan la batalla. Una se escapa por mi mejilla, luego otra.

—Me haces sentir orgullosa —le digo con una mirada severa para que sepa que lo digo en serio—. Cada día que luchas contra esto, me haces sentir orgullosa.

Nos quedamos un rato más, hasta que llega la hora de irnos si queremos llegar a la ciudad antes de que anochezca. Jillian se excusa para ir al baño y yo aprovecho para pasar por la oficina administrativa.

La mujer detrás del mostrador, Jessica, me saluda con una sonrisa. —¡Srta. Everett! ¿Ha venido a pagar?

—Así es —Saco mi chequera del bolso y la relleno. Es más fácil que las primeras veces. Ya no me tiemblan las manos. Antes me impedían escribir, cuando Gideon ingresó por primera vez y tenía que hacer cálculos en el reverso de servilletas para averiguar si podía permitirme tanto su tratamiento como mi alquiler en el mismo mes.

El aumento ayuda. El aumento de Lukas.

Intento no pensar en eso mientras firmo y arranco el cheque.

Jessica lo coge con otra sonrisa y lo archiva. —¿A la misma hora la semana que viene?

—A la misma hora la semana que viene —confirmo, y vuelvo a buscar a Jillian.

El aparcamiento está en silencio cuando salimos. Solo se oye el crujir de la grava bajo nuestras botas, y el canto lejano de algún pájaro que no recibió el aviso de volar al sur para pasar el invierno.

Entonces, veo un rostro extrañamente familiar. Me fijo bien, pero no hay duda:

Kir Lazarev está aquí.

Kir está apoyado contra un sedán con cristales tintados, mirando su teléfono como si tuviera todo el tiempo del mundo. Cuando nos ve, su rostro se ilumina con una sonrisa relajada y encantadora.

—¡Rae! Vaya, ¿te lo puedes creer? Qué pequeño es el mundo.

Todos los músculos de mi cuerpo se tensan. ¿Qué demonios hace él aquí?

A mi lado, Jillian se pone tensa. Lo noto sin siquiera mirarla. —¿Esto es malo? —murmura entre dientes.

A medida que se acerca a nosotras, la mirada de Kir se desliza hacia Jillian. Se detiene allí un instante de más, recorriendo su pelo rojo, sus pecas, la línea firme de su mandíbula. Algo frío se desliza tras su sonrisa. No me gusta nada cómo se ve.

—Kir —digo, demasiado rápido—. ¿Qué haces aquí?

Guarda el teléfono en el bolsillo, con la mirada aún fija en Jillian. —Visitando a un amigo.

No hay ningún amigo. Lo sé al instante, de esa forma en que siempre se nota cuando alguien te miente a la cara y ni siquiera se esfuerza por ocultarlo. Está aquí por una razón… y, como demuestra con su siguiente pregunta, esa razón no tiene nada que ver conmigo.

—Jillian Pierce, ¿verdad? —Kir le tiende la mano para saludarla—. He oído hablar mucho de ti.

Jillian no se la da. —¿Quién eres? —pregunta sin rodeos.

Su sonrisa se vuelve más aguda. —Kir Lazarev. El jefe de Rae. Bueno… —Inclina la cabeza y sonríe con falsa timidez—. Uno de ellos, al menos.

Se guarda la mano en el bolsillo y todos nos quedamos allí de pie, incómodos, durante un minuto. No sé dónde mirar, pero Jillian y Kir se lanzan miradas asesinas. Es odio a primera vista.

—Deberíamos irnos —intervengo—. Nos queda un largo viaje de vuelta.

—Por supuesto —Kir se hace a un lado y señala con un gesto magnánimo mi Honda destartalado, como si fuera un aparcacoches del Ritz—. Conduzcan con cuidado, señoritas —Mantiene la mirada fija en Jillian—. Las carreteras por aquí son *muy* peligrosas.

Luego se desliza dentro de su coche, el motor ronronea al arrancar y se aleja entre los árboles desnudos como si nunca hubiera estado aquí.

El aliento de Jillian se condensa en el aire frío. —¿Qué *coño* ha sido eso?

No respondo. Estoy demasiado ocupada tratando de averiguar a qué Lazarev se supone que debo temer ahora.

51

LUKAS

TRANSCRIPCIÓN DEL MENSAJE DE VOZ

Destinatario: L. Lazarev (línea privada)

Llamada de: Harrison Miles, abogado (Miles & Kagan LLP)

Fecha: 14 de diciembre de 2025 | 01:29

Duración: 0:02:14

"Lukas. Soy Harrison. No te llamaría a estas horas si no fuera una emergencia, así que aquí va...".

Estoy en lo más profundo del distrito industrial de Brooklyn, no muy lejos de la costa. Supuestamente, es terreno neutral, aunque ese término no significa nada cuando estás rodeado de hombres que te cortarían el cuello por el precio adecuado.

O por cualquier precio.

Una única bombilla desnuda se balancea sobre nuestras cabezas. Cada vez que se mueve, los moteros rebeldes reunidos frente a mí parecen menos hombres y más como los desechos de Satanás que se han arrastrado desde el infierno.

Frente a mí, Mason "Reaper" Cole está tumbado en una silla plegable. Es el presidente de este club de moteros, los Iron Kings. Es un hombre grande, no tan grande como yo, pero casi, con una barba negra trenzada que le llega al pecho y tatuajes de arañas trepando por su cuello. El parche del club con la calavera coronada de su chaqueta está descolorido por años de sudor y polvo de la carretera.

Detrás de mí, Afon es el que está más cerca, con la mano apoyada en la pistola que lleva bajo la chaqueta. Otros dos de mis vors flanquean el perímetro.

—Los tiempos están cambiando, hermano —comenta Reaper.

Arqueo una ceja. —Eso es nuevo para mí.

—Un quince por ciento —dice, entrelazando los dedos sobre el vientre—. Esa es la nueva cifra. Mis chicos están pasando un mal rato ahí fuera, Lazarev. La DEA anda merodeando por todos los puertos de la costa este, esas malditas cucarachas. Cada envío que hacemos es un caso federal en potencia.

No digo nada.

Reaper espera, pero cuando ve que no voy a responder, echa un vistazo por encima del hombro a sus chicos.

Así es como funciona. Dejas que tipos como Reaper den vueltas con lo mismo mientras tú te quedas ahí sentado como una estatua. La mayoría de los hombres no aguantan el silencio.

En su defensa, el argumento de Reaper no es descabellado. La vigilancia portuaria *ha* aumentado en los últimos años. Sus hombres *están* asumiendo más riesgos. El doce por ciento es donde acabaremos, y probablemente él lo sabe, pero tiene que empezar por alto para que sus soldados piensen que ha luchado por ellos.

Yo mismo estoy haciendo los cálculos. El doce por ciento del volumen trimestral previsto, menos los gastos generales, comparado

con el costo de encontrar una distribución alternativa si este acuerdo se viene abajo…

Pero mientras calculo, algo que he hecho sin esfuerzo miles de veces antes, mi mente pierde el hilo y acaba en otro lugar por completo.

Ojos marrones. Labios hinchados. Lágrimas en las mejillas sonrojadas.

Mierda.

—¿…Me sigues, Lazarev?

Parpadeo. No he oído los últimos treinta segundos de la negociación.

Es un error peligroso por mi parte.

En una sala llena de hombres que solo respetan la crueldad, mostrar debilidad, aunque sea por un momento, puede joderte por completo.

Me aclaro la garganta. —Un once por ciento. Y los Iron Kings asumen el costo de cualquier cargamento incautado.

Reaper entrecierra los ojos. Detrás de él, su sargento de armas frunce el ceño y escupe al suelo para mostrar lo que piensa de esa contraoferta.

—¿Quieres que asumamos las pérdidas? —pregunta Reaper acariciándose la barba—. Es mucho que tragar, teniendo en cuenta que somos nosotros los que tenemos el cuello en la guillotina.

Puedo sentir cómo la tensión va en aumento, espesa como el humo en este almacén de mierda. Mi mano permanece perfectamente inmóvil sobre la mesa, pero soy muy consciente de la Makarov enfundada en la parte baja de mi espalda.

—El riesgo y la recompensa se enfrentan al margen, amigo mío —le digo—. Ambos tenemos que llevarnos nuestra parte. El once por ciento es mi oferta final.

—Hm —Reaper tamborilea con los dedos sobre la mesa. Luego sonríe, mostrando un diente de oro que brilla en la penumbra—. He oído que tienes una chica nueva —dice con voz arrastrada.

Me quedo paralizado.

—Una chica lindísima, por lo que he oído. Y *joven*, además. ¡Qué viejo verde! —Se rasca la frente—. Trabaja para tu chico, ¿verdad?

La bombilla desnuda se balancea. Las sombras serpentean por el hormigón.

—Quizá deberíamos hablar de un catorce por ciento, ¿eh? —La sonrisa de Reaper se ensancha. Cree que ha encontrado una baza, algo con lo que presionarme—. No me gustaría que se corriera la voz sobre dónde vive, qué ruta toma para ir al trabajo cada mañana. Ya sabes cómo es esto: los pajaritos cantan.

Quizá me equivocaba: Reaper no es tan listo como pensaba. Porque sigue sonriendo, con su diente de oro brillando, creyendo que ahora tiene la sartén por el mango.

No tiene ni puta idea de lo que acaba de hacer.

—Di su nombre —le digo en voz baja—. Me gustaría que lo hicieras.

Se detiene. Aunque nunca sabré si se da cuenta de su error o no, porque antes de que tenga la oportunidad de retractarse, la mierda empieza a salpicar.

La violencia brota de mí tan de repente que ni siquiera Afon está preparado. Salto por encima de la mesa y agarro a Reaper por el cuello. Él cae de espaldas y se rompe el cráneo contra el suelo de hormigón. Aterrizo con fuerza sobre su pecho.

Los Iron Kings buscan sus armas, pero Afon y mis otros *vors* ya tienen las pistolas desenfundadas. Todos se quedan paralizados. Puntos rojos bailan sobre cortes del cuero. Pistolas se amartillan. Nadie respira.

Estoy demasiado ocupado despedazando a un hombre como para que me importe una mierda.

Estoy a horcajadas sobre el pecho de Reaper, con una mano aplastándole la tráquea y la otra empuñando un cuchillo que ha empezado a separar su mandíbula de la mejilla.

—Di su nombre —le siseo de nuevo—. Dilo, dame tenga una buena excusa para arrancarte la lengua y hacértela tragar.

Reaper gorgotea bajo mi agarre. Su diente de oro ya no brilla; hay demasiada sangre llenándole la boca. Por muy grande que sea, en mis manos no es más que un niño. Abandono la sonrisa dentada que le estoy tallando en la boca y, en su lugar, presiono el cuchillo contra su mejilla, justo debajo del ojo izquierdo. Lentamente, lo deslizo hacia abajo. La sangre fresca brota tras el paso de la hoja, una delgada línea roja a medida que la carne se abre. Oh, quedará una cicatriz preciosa. Jodidamente preciosa.

—¿Crees que puedes amenazar lo que es mío? —susurro—. ¿Crees que no voy a quemar hasta los cimientos tu puto club?

El cartílago de su garganta se está doblando bajo mi agarre. Sería tan fácil aplastarlo por completo. Un castigo adecuado para su crimen.

Las piernas de Reaper se retuercen contra el hormigón. Unos kilos más de presión y nunca volverá a respirar. Solo unos pocos más. Solo unos pocos…

—Jefe. —La voz de Afon atraviesa la neblina roja—. Sus chicos se están poniendo nerviosos.

Es suficiente para sacarme del trance. A duras penas.

Alzo la vista y veo a media docena de moteros enfurecidos. Mis propios hombres están listos para convertir este lugar en un matadero. Un solo movimiento en falso y estaremos limpiando restos de sesos de las paredes durante semanas.

Lo inteligente es calmar los ánimos. No me apetece… pero sé que debo hacerlo.

Me inclino hasta que mis labios quedan a centímetros de la oreja de Reaper. Le brota sangre de las comisuras de la boca. —Ahora te llevas el ocho por ciento —le susurro—. Y si alguna vez me entero de que has vuelto a *pensar* en ella, mataré a todos los hombres de tu club, quemaré sus cuerpos y me mearé en las cenizas —Dejo que eso cale—. Después encontraré a sus familias y haré lo mismo.

Suelto su garganta y me levanto.

—Hemos terminado aquí.

Estoy a medio camino de la puerta del almacén, con Afon y mis hombres formando un triángulo protector a mi alrededor, cuando suena mi teléfono.

El tono de llamada me deja helado.

Es el asignado a Harrison Miles, mi abogado. Ese hombre no llama para charlar ni para dar buenas noticias. Solo llama cuando algo ha salido catastróficamente mal, de forma irreversible.

Saco el teléfono del bolsillo y contesto con tono monótono. —¿Qué?

—Sr. Lazarev… —Traga saliva. No me gusta nada cómo suena eso—. La junta directiva de Lazarev Global ha convocado una sesión de emergencia. Mañana por la mañana, a las nueve en punto.

—¿Por qué motivo?

Vuelve a titubear, lo que me gusta aún menos. —Señor… El Sr. Kir ha exigido un voto de censura contra su liderazgo. Está intentando destituirlo.

Salgo a la noche y me apoyo contra la pared.

Mierda... mi hijo por fin ha dado el paso.

Debería haberlo visto venir. Ha estado preparando algo y yo estaba demasiado distraído para darme cuenta.

Bueno, aquí vienen las consecuencias.

—Ve a por el coche —le digo a Afon—. Y llama a todo el mundo. Si mi hijo quiere guerra, le daré una que nunca olvidará.

52

LUKAS

LAZAREV GLOBAL

Sesión de emergencia del Consejo de Administración

Fecha: 15 de diciembre de 2025

Moción: Voto de censura contra el presidente L. Lazarev

Propuesta por: K. Lazarev (director ejecutivo)

Las puertas del ascensor se abren a las 8:45 de la mañana y salgo a la planta ejecutiva.

Afon se pone a mi lado. Agradezco que esté aquí. Es un recordatorio silencioso de que la lealtad aún existe en este mundo, incluso cuando la propia sangre te traiciona.

A nuestras espaldas, las puertas de acero se cierran con un susurro.

La planta cuarenta está más tranquila de lo habitual. Las secretarias fingen trabajar y a los ejecutivos junior de repente les fascinan sus zapatos. Las noticias vuelan en el mundo empresarial estadounidense, y aún más rápido cuando el hijo del director ejecutivo está intentando dar un golpe de estado.

Que así sea. Que nos miren.

Recorro el pasillo por el que he caminado diez mil veces antes, pasando por las salas de reuniones donde he negociado acuerdos por valor de miles de millones y los retratos de los miembros del consejo que deben sus puestos a mi apoyo.

En el acero pulido de una vitrina, veo mi reflejo. El pelo en su sitio, el traje impecable, los anillos de plata relucientes.

Parezco un hombre que lo tiene todo bajo control.

Pero eso es una jodida mentira.

Algo cambió anoche. Me han manchado tantas cosas: los lloriqueos de Preston Howell, la sangre de Reaper, pero lo peor de todo, las lágrimas y el sabor de Rae. Me estoy convirtiendo en alguien a quien ya no reconozco.

Las puertas de la sala de juntas se abren al acercarme y entro en la arena.

Todos los asientos están ocupados. A mi izquierda se sientan los leales. Hombres que entienden que Lazarev Global no es más que la cara legítima de algo mucho más antiguo y mucho más oscuro.

A mi derecha está la coalición de Kir. Rostros más jóvenes, estadounidenses, graduados de Wharton, Booth y Harvard. Creen que lo saben todo porque entienden las hojas de cálculo y los precios de las acciones. Pero nunca han visto lo que ocurre en los almacenes después de medianoche. No entienden una puta cosa.

El propio Kir ocupa el trono en el extremo más alejado de la mesa. Tiene las manos juntas en forma de pirámide delante de él. Es delgado, tenso, con el pelo oscuro peinado hacia atrás desde su orgullosa frente.

Entonces la veo.

Rae está sentada contra la pared del fondo, entre los demás asistentes. Tiene el rostro pálido y las manos temblorosas. Nuestras miradas se cruzan durante una fracción de segundo. Ella desvía la mirada primero.

Y así, sin más, todos los pensamientos de rebelarme desaparecen.

Es sorprendente lo rápido que ocurre. Me pasé toda la noche encerrado con mis lugartenientes, planeando cómo aplastar esta rebelión. Tengo la cabeza llena de tácticas y puntos de presión.

O, mejor dicho, la tenía.

Una sola mirada de una chica es todo lo que hace falta para que todo pierda relevancia.

No voy a luchar contra esto. *No puedo*. No si hay siquiera una mínima posibilidad de que ella se vea atrapada en el fuego cruzado.

Kir se levanta de su asiento. —Señoras y señores de la junta, gracias por atender esta sesión de emergencia —No hay rastro en su voz del temblor furioso que oí cuando lo tuve acorralado contra la ventana de su despacho. Suena jodidamente *letal*. Una parte de mí está casi orgullosa—. Quiero dejar claro que lo que voy a compartir proviene de un profundo respeto por el legado de mi padre.

La primera diapositiva aparece en la pantalla detrás de él. Es un titular de prensa sensacionalista: ***MULTIMILLONARIO OFRECE 5 MILLONES DE DÓLARES POR UNA RUBIA MISTERIOSA*.**

—En los últimos meses han surgido patrones preocupantes —continúa Kir—. Patrones que, como miembros de esta junta, tenemos el deber fiduciario de examinar.

Hace clic en otra diapositiva. Esta muestra el ajuste salarial de Rae, resaltado en rojo.

—Cambios no autorizados en la remuneración, realizados al margen de los protocolos estándar de RR. HH.

A continuación, aparece una cronología de "reasignaciones de personal" que traza cada uno de mis movimientos para aislarla en mi planta.

—Absentismo. Gastos ridículos e inexplicables. Un comportamiento cada vez más errático… La lista sigue —Su mirada se cruza con la mía al otro lado de la mesa—. Mi padre lo ha dado todo por esta empresa. Quizá demasiado. Quizá sea hora de que dé un paso atrás antes de que sus… complicaciones personales… pongan en peligro todo lo que hemos construido.

La sala estalla.

Mordecai Mays se pone en pie antes incluso de que Kir termine de hablar. Lleva en esta junta desde la salida a bolsa, cuando Lazarev Global no era más que una empresa de transporte con ambiciones por encima de su nivel.

—Esto es absurdo —escupe Mordecai—. La empresa nunca ha sido más rentable. El precio de las acciones se ha triplicado en cinco años. ¡*Triplicado*! ¿Y tú pides un voto de censura porque el presidente ha ajustado el sueldo de una asistente?

—No se trata del sueldo, Mordecai —La voz de Alanna Lambert se impone sobre los murmullos. Ella dirige el comité de auditoría—. Se trata de un patrón de comportamiento. Lazarev Global ya no puede seguir siendo la sórdida hucha de Lukas.

Kingston Fernández carraspea. —¿Alguien más ha oído hablar de Preston Howell? —Al recibir miradas de desconcierto como respuesta, explica—: Anoche se retiró de la sociedad de San Francisco. Supuestamente, por "motivos personales". Pero tengo fuentes que dicen que pasó algo, una visita al hospital o algo así, no está claro. Los rumores son desagradables.

Observo cómo se desarrolla todo como si fuera otra persona a la que están ejecutando. *Blyat',* sería tan fácil contraatacar. Un poco de dinero para sobornos por aquí, unas palabras tranquilizadoras por

allá, y *puf,* los miembros de la junta se quedarían tranquilos, y el levantamiento se reduciría a nada más que polvo y un recuerdo lejano.

Pero entonces miro a Rae y me quedo callado.

Está ahí sentada, pálida y temblando. Por *mi culpa*. Arrastrada a este circo porque no pude mantener mis manos llenas de cicatrices alejadas. Está ahí porque soy egoísta y obsesivo, y me he visto comprometido exactamente de la forma que Kir describe.

Hace dieciocho años, enterré a Elena y juré que nunca volvería a dejar que nadie me importara.

Ahora este imperio se está desmoronando porque olvidé mi juramento.

Así que a la mierda. Debería desmoronarse.

En breve se someterá a votación. —Todos aquellos a favor de destituir a Lukas Lazarev como presidente, por favor...

Me levanto.

La moción para votar se queda en la garganta del secretario. Todas las miradas de la sala se dirigen hacia mí.

Miro a Kir al otro lado de la interminable mesa de conferencias. Veo a su madre en la forma de su mandíbula. Ahí, mierda, justo ahí, está el niño que solía subirse a mi regazo y suplicarme que mantuviera alejados a los monstruos. Pero ese niño ya lo he perdido. Se ha convertido en un hombre que me odia por razones que ansío arreglar, pero no puedo.

Sin embargo, no siento más que un extraño y liberador *amor* por él.

—¿Quieres la compañía, Kir? —digo en voz baja—. Tómala.

Se oyen exclamaciones ahogadas. El rostro de Kir se queda en blanco por la sorpresa. Su mano queda suspendida en el aire,

olvidada. Por primera vez desde que entró en esta habitación con la mirada asesina, vuelve a parecer un niño.

Me abrocho la chaqueta.

—Pero *a ella* no te la llevas.

A mi alrededor, la sala estalla. Las voces se superponen. Gritos, rugidos, confusión, locura. Kir está gritando algo y mis abogados y lugartenientes están gritando otra cosa, pero no oigo nada de eso, porque he dejado de escuchar.

Camino hacia Rae.

Los asistentes se dispersan como cuervos asustados a medida que me acerco. Todos menos ella: no se mueve ni un centímetro. Esos ojos marrones están muy abiertos, húmedos y fijos en mí como si fuera una alucinación en la que no acaba de creer.

Le cojo de la mano y la ayudo a levantarse. Protegiendo a Rae con mi cuerpo, nos apresuramos hacia la puerta y salimos al pasillo. La gente sale en tropel tras nosotros, gritando mi nombre, gritando el suyo, pero no miro atrás.

—¿Adónde vamos? —pregunta Rae, temblorosa y confundida.

Me giro sobre mí mismo. Ella casi se estrella contra mi pecho. Le sujeto la cara con ambas manos, se la levanto y la beso como debería haberla besado desde el principio. Siento como si toda mi alma saliera de mi boca y fuera a vivir en su cuerpo a partir de este día.

Cuando me aparto, tiene los labios entreabiertos y respira entre jadeos superficiales.

—A casa —le digo—. Nos vamos a casa.

53

RAE

DEPARTAMENTO DE FINANZAS DE NUEVA YORK — REGISTRO DE LA PROPIEDAD

Distrito: Manhattan

Manzana: 1141 | Parcela: 22

Propietario: Lazarev, Lukas A.

Última entrada registrada: marzo de 2007

Cuando se cierran las puertas del ascensor, libero mi mano del agarre de Lukas y me vuelvo hacia él.

—¿Qué demonios acaba de pasar?

No responde. Se queda ahí de pie, con las manos en los bolsillos, mirándome con esos ojos grises.

—¡Lukas! Acabas de... Tú... lo has dejado *todo*. ¿Por qué? ¿Por *mí*?

Nada. Ni siquiera un atisbo de expresión.

—¡Di algo! —Estoy a punto de perder los nervios—. ¿Por qué harías eso? ¿Qué *significa* todo esto?

El ascensor desciende. Planta treinta y ocho. Treinta y siete. Treinta y seis. Con cada número que pasa, mi pánico aumenta.

Me besó. Me besó allí mismo, a la vista de todo el mundo; mierda, me sorprendería que los tabloides no estuvieran ya preparando la portada de mañana.

¿¡Y no me da ninguna explicación?!

El ascensor nos deja en el vestíbulo, y la mano de Lukas se posa en mi espalda, guiándome más allá de los guardias de seguridad, que se han quedado con la boca abierta, con la mandíbula caída sobre el suelo de mármol. Sigo lanzándole preguntas, pero él las esquiva todas.

—Lukas, no puedes simplemente...

—Después.

—Pero la empresa…

—Ya.

—*Kir*...

—Rae. —Suspira—. Después.

Su chofer espera junto a un Mercedes negro, con el motor ya rugiendo. Nos abre la puerta trasera sin decir palabra, y Lukas me ayuda a subir antes de deslizarse a mi lado.

Atravesamos Manhattan en silencio. Observo cómo los lugares emblemáticos me pasan rápidamente por la ventana e intento orientarme en un mundo que de repente se ha puesto patas arriba.

Cuando por fin nos detenemos, no es en el lujoso ático en el que siempre me lo había imaginado viviendo. En cambio, estamos frente a una sobria casa de piedra rojiza en Brooklyn, escondida en una calle arbolada que parece un secreto que la ciudad se olvidó de compartir.

Lukas me abre la puerta y me tiende la mano. —Ven —me dice en voz baja.

A pesar de que todos mis instintos racionales me gritan que huya, la acepto.

Pero me planto cuando llegamos a la puerta. —Lukas, de verdad no puedo… No puedo estar aquí ahora mismo —Trago la oleada de pánico que se me sube por la garganta—. Tengo que llamar a Jillian. Tengo que averiguar qué significa esto para mi trabajo, para los pagos del tratamiento de mi hermano y para la inevitable tormenta mediática que está a punto de abatirse sobre los dos…

—Quédate.

Parpadeo. —¿Eh?

—Quédate —repite.

Es el cambio en su tono lo que me atrapa. Llevo semanas escuchando cada una de sus órdenes, pronunciadas con un tono que me hace flaquear las rodillas y evaporar el sentido común. Esto… no es eso.

Esto es una *súplica.*

—¿Quieres saber algo, Rae? —pregunta con esa voz suave, quejumbrosa y ronca—. Estoy aterrorizado.

De hecho, doy un paso atrás.

—No de Kir —Niega lentamente con la cabeza—. Ni de perder la empresa. Ya he perdido cosas antes. Sé cómo sobrevivir a eso.

Se frota la barba y mira al cielo.

—Estoy aterrorizado porque no sé cómo hacer esto. No sé cómo ser otra cosa que lo que he sido durante dieciocho años. Frío. Controlado. Intocable —Extiende la mano para acariciar mi mejilla con su palma canosa—. Pero tú me haces querer intentarlo.

Lo miro con incredulidad. Durante todo el camino hasta aquí, me repito una y otra vez que solo soy una víctima colateral en esta extraña guerra entre padre e hijo. Esto no tiene nada que ver conmigo, en realidad no; no soy más que un símbolo, una sustituta de lo auténtico.

Ahora, Lukas está aquí, diciéndome que eso es falso.

Se trata de mí.

—*Me* aterrorizas —le susurro con voz ronca, atónita por lo que está pasando—. Por lo que eres y lo que has hecho. Por lo que me haces desear.

Su pulgar recorre mi pómulo. —Tienes razón al temer eso —admite —. No soy un buen hombre, Rae. Nunca he fingido serlo.

—Entonces, ¿por qué estoy aquí?

—Porque soy una persona *egoísta*.

El corazón me late con fuerza en el pecho. —Lukas…

—Quédate —repite—. Por favor. Dame… dame una semana —Aprieta fuerte mis manos entre las suyas—. Es lo único que te pido. Siete días para demostrarte quién soy realmente. No soy el monstruo del que te advirtió Kir, Rae. Solo soy… —Se queda callado, buscando una palabra que parece no encontrar—. Un hombre.

Me quedo sin palabras. No podría responder de ninguna manera aunque quisiera.

—Entonces puedes decidir —dice—. Si quieres huir, no te lo impediré. Si decides marcharte y no volver a verme nunca más, me aseguraré de que estés bien cuidada: tu hermano, tus deudas, todo. Pero primero dame una semana.

Dudo.

Luego asiento.

Es la tontería más grande que he hecho nunca. Más tonta que aceptar este trabajo en primer lugar, más tonta que enviarle esa foto con el vestido rojo, más tonta que esto y aquello y lo otro.

Pero asiento de todos modos.

Lukas exhala el aire que llevaba tanto tiempo conteniendo. Luego abre la puerta y me lleva dentro.

Lo sigo en silencio, demasiado confundida para hacer otra cosa que obedecer. La casa de piedra rojiza es preciosa. Techos altos adornados con molduras originales que se extienden sobre suelos de madera noble que crujen suavemente bajo los pies. Pero también está intacta. Partículas de polvo flotan a la luz de los pálidos rayos del sol invernal. Sábanas blancas cubren los muebles como mortajas. El aire huele a rancio y a conservado.

Es un cementerio.

Lukas cierra con llave y echa el cerrojo a la puerta tras de mí, y luego me lleva más adentro. Se mueve por el espacio como un hombre que regresa a una tumba. Sus dedos se deslizan por una silla cubierta con una sábana, dejando huellas en el polvo. Se detiene ante una repisa donde quizá alguna vez hubo fotografías, ahora vacía salvo por una sola flor marchita en un jarrón de cristal.

—Este era mi hogar —dice en voz baja—. Antes.

—¿Antes de qué? —pregunto, aunque creo que ya lo sé.

Lukas se dirige a una ventana y corre una pesada cortina, dejando que la luz gris se derrame sobre las polvorientas tablas del suelo. —Antes de que todo cambiara.

Me abrigo con los brazos, sintiendo de repente frío a pesar del abrigo que aún llevo puesto. —¿No has vuelto aquí desde entonces?

—Ni una sola vez en dieciocho años —Deja caer la cortina y la luz se apaga una vez más—. No desde el funeral.

—Entonces, ¿por qué me has traído aquí ahora?

Se gira para mirarme. Al hacerlo, parece angustiado. —Porque es el único lugar donde nadie buscará.

Desaparece tras un arco y regresa con dos vasos de cristal y una botella de whisky tan vieja que la etiqueta se ha desvanecido hasta quedar completamente en blanco.

—Bebe —dice, poniéndome un vaso en las manos y sirviéndome un poco de licor.

Lo cojo y le doy un sorbo, tosiendo cuando me quema la garganta.

Lukas se acomoda en un sillón cubierto con una sábana frente a mí. Parece extrañamente fuera de lugar aquí, este hombre enorme y pulido con su traje a medida, rodeado de fantasmas y telarañas.

—¿Por qué te marchaste realmente? —le pregunto—. Me refiero a la reunión de hoy. Ni siquiera intentaste defenderte.

Remueve el whisky y observa cómo sube por las paredes del vaso. Durante un rato, creo que no va a responder.

—Anoche —comienza lentamente—, estaba en una negociación. Con hombres peligrosos. De esos que te destriparían por mirarlos mal.

Enrosco los pies debajo de mí, en el sofá polvoriento.

—Su líder creyó haber encontrado una baza. *A ti.* Dijo tu nombre y yo… perdí los estribos —Lukas aprieta la mandíbula.

El pánico me sube por la garganta al pensar que unos desconocidos violentos saben quién soy, pero lo trago, porque ahora mismo esto no tiene que ver conmigo. —¿Qué pasó?

Sus ojos grises se alzan hacia los míos. —Le puse la bota en la garganta y le grabé en la cara un recordatorio de que no soy un hombre con el que se pueda jugar. Rae… Casi mato a todos los que estaban en esa habitación.

Me quedo boquiabierta. Lukas lo ve y asiente con tristeza.

—He hecho cosas terribles, Rae. Peores de lo que puedas imaginar. He ordenado matar a hombres sin pensarlo dos veces. A veces, yo mismo he matado. Pero nunca… —Se interrumpe, sacudiendo la cabeza—. Nunca he perdido el control así. Ni una sola vez.

Deja el vaso sobre la mesa y se inclina hacia delante, apoyando los codos en las rodillas, clavándome una mirada con sus ojos claros.

—Eres lo único que he deseado en dieciocho años y que no he tomado por la fuerza, Rae Everett. ¿Entiendes cuánta moderación requiere eso?

Trago saliva. Lo que va a salir de mi boca a continuación lo cambiará todo para siempre, pero no podría evitarlo ni aunque mi vida dependiera de ello.

—Entonces, tómame.

Lukas se queda inmóvil.

—Lo digo en serio —digo, redoblando la apuesta—. Estoy harta de andarme con cuidado. Estoy harta de tener miedo de lo que quiero.

Se pone de pie antes de que pueda pestañear y se acerca a mí. Sus manos se cierran alrededor de mi cintura y me levanta, ocupa mi lugar y luego me arrastra a su regazo, de modo que quedo a horcajadas sobre él en ese sillón polvoriento mientras los fantasmas observan desde las sombras.

—No sé cómo hacer esto —me susurra con voz ronca en la garganta —, sin hacerte daño.

—Pues que se joda todo —Entretejo los dedos en el cabello plateado de su nuca y le levanto la cara hacia la mía—. Quizá no quiera seguir intacta.

54

RAE

[ESCRITO A MANO Y PEGADO A LA PUERTA DEL DORMITORIO]

No entrar.

No llamar a la puerta.

No interrumpir.

Lo que ocurra esta noche en esta habitación nos pertenece.

— LL

Lukas se levanta y me levanta con él, acunándome contra su pecho. Mis brazos se enroscan alrededor de su cuello. Puedo sentir los latidos de su corazón contra mi mejilla.

Ninguno de los dos se atreve a hablar mientras me lleva en brazos por el interior a oscuras del edificio de ladrillo rojo. Mis fosas nasales se llenan de su aroma. Menta y aguamarina. Un ligero toque a humo de cigarrillo. Su almizcle. Su calor.

Las escaleras crujen bajo su peso mientras sube. Cada peldaño parece una cuenta atrás hacia algo inevitable. Llevamos

precipitándonos hacia ello desde la noche en que me encontró en la oficina con el corazón en un puño y la mano de Kir bajo mi camisa.

Cuando llega al rellano del segundo piso, Lukas se detiene frente a una puerta cerrada. Aprieta la mandíbula. Está sopesando algo; lo veo en la forma en que sus ojos grises se alejan por un instante.

Entonces, una vez tomada la decisión, empuja la puerta y me lleva dentro.

El dormitorio parece congelado en el tiempo. El polvo removido se desliza a través de los rayos de luz moribunda. Más sábanas blancas lo cubren todo, excepto un objeto.

La cama.

Domina el centro de la habitación como un altar dedicado a un amor que se pudrió hace mucho tiempo. Es una imponente cama con dosel con las cortinas corridas. Las columnas de madera oscura están talladas con formas fantásticas que no consigo distinguir en las sombras.

Se me corta la respiración al darme cuenta: *aquí es donde él dormía con Elena.*

Esta es la cama que compartían. La habitación donde su esposa una vez vivió, una vez rió, una vez lo amó… Me siento como una intrusa. El aire mismo parece enrarecido, conteniendo recuerdos que no tengo derecho a presenciar.

Él no ha puesto un pie aquí en dieciocho años.

Y ha decidido traerme.

Justo aquí.

Justo ahora.

Lukas me acuesta con ternura sobre el colchón. La cama suspira bajo nosotros, los viejos muelles crujen suavemente al ser perturbados después de tanto tiempo.

Lo miro. Esto debe significar algo para él, pero sus ojos son oscuros e indescifrables.

—Lukas —susurro—, esta habitación...

—Lo sé —me responde en un susurro—. Sé lo que es.

Se inclina sobre mí, con una rodilla apoyada en el colchón y el otro pie aún plantado en el suelo. Como si no estuviera del todo decidido. Una parte de él sigue decidiendo si quedarse o huir.

—Entonces, ¿por qué? —Alzo la mano y sigo la línea marcada de su mandíbula, sintiendo el roce áspero de su barba plateada contra mis dedos—. ¿Por qué me has traído aquí?

Lukas acerca su rostro a mi palma y deposita allí un beso. —Porque ya he dejado de huir de fantasmas.

Se arrodilla entre mis muslos. Incluso agachado así, sigue siendo mucho más alto que yo, imponente en todos los sentidos.

—¿Puedo? —Toca el botón superior de mi blusa.

Tras un instante de vacilación, asiento en silencio.

Desabrocha el botón y luego se detiene. Espera. Sus ojos vuelven a encontrarse con los míos, pidiendo permiso para el siguiente.

Asiento de nuevo.

Botón a botón, pregunta a pregunta, me desnuda. Cada vez, me pregunta: *¿Puedo desabrochar esto? ¿Puedo bajarlo?*, y cada vez, espera a que asienta antes de continuar.

Mi camisa cae al suelo. Mi sujetador. Luego mi falda. Y todo lo demás.

Cuando por fin estoy desnuda bajo él, él sigue completamente vestido. El contraste me hace estremecer. Es su traje contra mi piel desnuda, su control contra mi vulnerabilidad. Su todo contra mi nada.

Me tumba sobre la cama y luego apoya su peso sobre mí, sosteniéndose con los antebrazos para no aplastarme. Una mano se eleva para acunar mi rostro.

—¿Estás segura de que estás preparada? —pregunta.

Como respuesta, me arqueo y lo beso con toda la fuerza que consigo reunir.

Con eso, la cuidadosa moderación de Lukas se hace añicos.

Su lengua se adentra en mi boca mientras una mano enorme se enreda en mi pelo y la otra me agarra con fuerza por la cadera. Es una guerra, labios contra labios, chocando y resonando, desordenada y esperanzada a la vez. Cuando por fin se separa, los dos estamos jadeando.

—Ahora te tengo —me susurra contra los labios—. Te tengo, cariño. Solo respira.

Me seca con besos las lágrimas que no sabía que estaba derramando. ¿Cuándo ha pasado eso? Estoy hecha un desastre debajo de él, temblando, con las mejillas mojadas y desesperada, y él me mira como si nada hubiera sido jamás menos patético o más hermoso.

—Vamos a ir despacio —me dice—. Primero voy a conocer cada centímetro de ti. Voy a enseñarle a tu cuerpo qué se siente al disfrutar antes de quitarte nada. ¿Lo entiendes?

Asiento, todavía temblando.

Me recompensa con un beso tan tierno que podría morir.

Entonces su boca comienza su descenso. Empieza por mi cuello, presionando un beso de boca abierta allí donde late mi corazón.

—Qué suave —susurra—. He querido hacer esto desde el momento en que te vi en la oficina de Kir, ¿sabes? Lo he *soñado*.

Baja más, saboreando el hueco de mi clavícula con la lengua. Cuando llega a mis pechos, el tiempo se detiene. Su lengua rodea un pezón lentamente durante unas cuantas vueltas torturadoras antes de que sus labios lo envuelvan. La suave succión me hace jadear. Luego, sus dientes me rozan ligeramente y casi salto del colchón.

—Qué sensible —se ríe contra mi piel—. Mi chica perfecta.

Intento alcanzarlo, pero me agarra las muñecas y me las inmoviliza suavemente por encima de la cabeza.

—No —me reprende—. Esta noche se trata de ti. Deja que me encargue de ti.

Lukas me suelta las muñecas y desliza una mano por mi cuerpo. Deliberadamente lento, dándome tiempo para detenerlo y cambiar de opinión si quisiera.

La broma le sale cara: lo mataré si *se* detiene.

Su palma áspera roza mis costillas, recorre la curva de mi cintura y se desliza por el suave contorno de mi cadera. Cada centímetro de piel que toca parece arder.

Cuando llega a la parte superior de mis muslos, se detiene. —¿Puedo?

Es una maravilla escuchar esas palabras en su boca. ¿Este hombre, una montaña de fuerza, que toma, toma y toma, optando por *preguntar* en lugar de tomar? Inconcebible.

Cuando asiento, me abre las rodillas y se acomoda entre ellas. Contempla la unión de mis muslos y exhala suavemente.

—Tu coño es jodidamente precioso, Rae.

Entonces, extiende una mano y, con mucho cuidado, acaricia mi clítoris.

Al principio me sobresalto y él usa su mano libre para calmarme, con la palma extendida, cálida y firme, sobre mi bajo vientre.

—Tranquila. Yo te tengo. Solo siente.

Su dedo se desliza dentro de mí y grito ante la intrusión. Incluso esto es demasiado. De repente me aterra no estar preparada para lo que viene.

—Shh —me susurra—. Respira. Tu cuerpo sabe qué hacer.

Me obligo a exhalar, a relajarme y a confiar en él. Cuando me relajo un poco, empieza a moverse con movimientos superficiales, con el pulgar aún acariciando mi clítoris. Cuando añade un segundo dedo, gimo.

Me besa el hueso de la cadera a modo de disculpa. —Sé que es mucho —murmura contra mi piel—. Pero tengo que prepararte, cariño. Tengo que asegurarme de que puedas recibirme.

Curva los dedos dentro de mí y su pulgar empieza a difuminarse mientras recorre mi clítoris cada vez más rápido. Me está dando cuerda como a un juguete de niño, cada engranaje y cada trinquete dentro de mí se tensa, se tensa, hasta que...

—Mm. Ahí está —gruñe con oscura satisfacción—. Déjate llevar. Córrete en mis dedos, Rae. Muéstrame cómo te ves cuando te derrumbas.

Lo hago. Le agarro la muñeca mientras me sacuden fuertes espasmos, retorciéndome y gimiendo su nombre. Siento como si me estuvieran pasando por una picadora de carne y saliera del otro lado en trocitos inconexos.

Al final, la fuerza cede. Mientras caigo hacia atrás y me recupero de las réplicas, Lukas retira los dedos y se los lleva a la boca para chuparlos hasta dejarlos limpios sin apartar la mirada de mí.

—Delicioso —dice con voz ronca—. Como néctar.

Entonces baja la cabeza entre mis muslos.

—¡Lukas! —exclamo, sintiéndome de repente avergonzada.

Entre mis piernas, siento que sonríe. —Nadie te ha probado antes, ¿eh? —pregunta—. Bien. Eso significa que esto también me pertenece.

Pega su boca a mi clítoris y chupa, rozando mis muslos con su barba plateada, y la combinación de sensaciones es demasiado. Cuando intento cerrar las piernas por reflejo, él las abre más con sus anchos hombros, dejándome abierta y vulnerable.

—Quédate quieta y abierta —gruñe—. Déjame adorarte como es debido.

Dos de sus gruesos dedos se deslizan de nuevo dentro de mí mientras su boca sigue succionando mi clítoris. Ahora estoy sollozando, con las manos aferradas a su cabello plateado, dividida entre atraerlo hacia mí y empujarlo, porque es demasiado. Mi cuerpo inexperto no sabe cómo procesar este nivel de placer. Cada terminación nerviosa está gritando, sobrecargada, a punto de fallar.

—No puedo —jadeo—. ¡Lukas, no puedo…!

—Sí que puedes —me dice, con la voz amortiguada contra mi piel—. Lo harás. Córrete para mí otra vez, cariño. Quiero saborear tu miel.

Este orgasmo es aún más intenso que el primero. Todo mi cuerpo se sacude, mi visión se vuelve blanca y, por un momento, realmente me desmayo.

Cuando vuelvo en mí, él está besándome la parte interna de los muslos y murmurando elogios en ruso y en inglés. —*Takaya krasivaya*, tan perfecta, lo has hecho muy bien, estoy muy orgulloso de ti.

Su barba está empapada de mi excitación.

Puede que sea lo más excitante que he visto en mi vida.

Lukas vuelve a subir por mi cuerpo y me envuelve en sus brazos. Su mano me acaricia el pelo mientras yo tiemblo incontrolablemente contra su pecho.

—Lo estás haciendo muy bien —me susurra en la sien—. Tan valiente. Tan perfecta.

Aún no puedo articular palabra. Pensar tampoco es una opción. Todo mi sistema nervioso se ha reconfigurado en quince minutos, y no estoy segura de si alguna vez me recuperaré.

Además, aún nos queda mucho por hacer.

Cuando por fin recupero el aliento, él se aparta para mirarme a la cara. Esos ojos grises escrutan los míos con una intensidad que me arrebata de nuevo todo el aire que había logrado recuperar.

—¿Quieres parar?

Lo miro parpadeando, segura de que he oído mal.

¿Que si quiero parar? Miro mi cuerpo con confusión, segura de que voy a encontrar algo que comunique silenciosamente algún tipo de angustia. Pero lo que veo es exactamente lo *contrario* de "espera un momento".

Estoy empapada de sudor y temblando. Pequeños temblores me sacuden cada pocos segundos, recorriendo mis extremidades en ondas y emergiendo por mi boca en forma de suspiros entrecortados. Mis pezones están tan erectos que casi duelen, y entre mis piernas, estoy palpitando, dolorida, ansiosa y jodidamente empapada.

En cuanto a Lukas… Incluso con la ropa puesta, no puede ocultar *su* deseo. Esas pupilas están abiertas de par en par como las puertas del infierno, más negras que el negro, ebrias de lujuria. Una mirada a su entrepierna muestra que está tan abultado que es un milagro que no se le hayan rasgado los pantalones. Esas manos siguen

temblando al ritmo de mis temblores, y las respiraciones que escapan de sus labios son más bien gruñidos ahogados.

Está claro que *yo* no quiero parar.

Está claro que *él* tampoco quiere parar.

Y, sin embargo, ahí está, haciendo una pausa para asegurarse de que estoy bien, lista y dispuesta.

Esa cortesía. Ese *cuidado*. Me derrito como nunca antes.

Niego con la cabeza frenéticamente y le agarro el cinturón. —No te atrevas a parar —le digo, con la voz ronca de gritar su nombre—. Lo quiero todo, Lukas. Todo de ti. La bestia *y* el hombre.

Porque eso es cierto, ¿no? Lo que me atrajo de él al principio fue lo pecaminoso y tabú que resultaba. *No debería* desearlo, *no podría* desearlo, no se me permitía desearlo, era una mala idea y él era un mal hombre, y desearlo seguramente nos arruinaría a los dos.

Por eso precisamente lo deseaba tanto que me estaba matando.

Me he pasado toda la vida pintando dentro de las líneas como una niña buena, y eso me ha dejado tan vacía por dentro. Entonces, este hombre, una auténtica apisonadora, irrumpe de la nada y lo pone todo patas arriba. Me ha hecho empezar a cuestionar esas líneas que creía grabadas en piedra. ¿Y si todo eso es inventado? ¿Y si *no pasa nada* porque sea mayor, o prohibido, o dé miedo? Desde luego, a *él* no le importa nada de eso. *Vive* en esos espacios grises que siempre me habían dicho que estaban prohibidos. *Prospera* en ellos. Va y viene entre lo correcto y lo incorrecto como le da la gana. Es capaz de empujar a un hombre contra la pared con mirada asesina en un momento, y al siguiente acariciar mi cara como si estuviera hecha de frágil cristal. Las manos marcadas por cicatrices también pueden temblar. Una boca cruel y obscena también puede preguntar: *¿Puedo?*

La bestia es real; no hay forma de negarlo. La he visto con mis propios ojos. He sentido su sombra caer sobre mí en bodegas, piscinas de grutas y asientos traseros (y espacios para los pies) de coches lujosos. Es un hombre duro, con una polla dura y unos bordes aún más duros.

Pero el caballero es igual de real. Solo un caballero podría preparar una cena como él lo hizo. O besarme como lo hizo mientras me cogía de la mano y me sacaba de aquella sala de reuniones.

Temo a las dos mitades.

Deseo a las dos mitades.

Observo y veo en tiempo real cómo se desmorona el último vestigio del autocontrol de Lukas. Gruñe sin decir palabra, luego se agacha para capturar mi boca en un beso salvaje.

Luego se levanta y… bueno, "quitarse la ropa" no le hace justicia en absoluto. Se despoja de todo lo que lleva puesto como si le ofendiera, o le quemara, o hubiera dicho algo malo sobre mí y mereciera ser castigado por ello.

Los botones de su camisa no tienen ninguna oportunidad. Cuando agarra la tela con ambas manos y la rasga, estos se esparcen por el suelo polvoriento. Le sigue el cinturón, arrancado de sus presillas con un *chasquido* que me hace tensar los muslos. Luego, sus pantalones y sus calzoncillos, todo ello hecho trizas y arrojado a un lado, olvidado al instante.

Cuando por fin está desnudo sobre mí, dejo de respirar.

Oh.

Dios.

Mío.

Sabía que era grande. Lo había notado a través de la ropa y lo había sentido en mi boca, pero verlo, *ver* realmente lo que espera meter

dentro de mí, justo antes de hacerlo, es algo completamente distinto.

Es enorme *por todas partes*. Hombros como losas de granito, pecho cubierto de vello plateado, abdominales marcados que no deberían existir en un hombre de su edad. Mis ojos siguen descendiendo, hasta donde sobresale de su cuerpo, increíblemente grueso, con la punta ya reluciente y tensándose hacia mí.

Al verlo, el miedo se interpone en mi excitación.

Lukas lo ve de inmediato. —Escúchame —Me rodea la cara con sus manos enormes, acariciándome las mejillas con los pulgares—. Cabrá. Me aseguraré de ello.

Trago saliva, pero de repente tengo la boca tan seca que la garganta me duele al moverse. —Déjame… déjame tocarte primero —le suplico—. Para… familiarizarnos.

Lukas se ríe entre dientes, pero cuando mis dedos rozan su pecho, que se cierne sobre mí, esa risa se convierte en un siseo. Casi se diría que lo he quemado.

Me deja tirar de él para acostarse a mi lado. Apoyándome en las rodillas, dejo que mis dedos empiecen a recorrer todo su cuerpo.

Toco primero su pecho. Músculos duros bajo una piel cálida, suavizados por ese polvo de vello plateado. Mis dedos trazan los surcos de viejas cicatrices, finas líneas blancas esparcidas por sus costillas, esporádicas y feas. Algunas se han desvanecido hasta ser casi invisibles. Otras están elevadas y son ásperas al tacto.

—¿Qué pasó aquí? —susurro, siguiendo una que se curva a lo largo de su costado.

—Asuntos del pasado —murmura—. Nada que importe ahora.

No insisto. En cambio, dejo que mis manos se deslicen hacia sus hombros y luego rodeen su espalda. Él se gira para dejarme seguir explorando.

Lo que encuentro allí me deja sin aliento.

Las cicatrices son catastróficas. Es el patrón más extraño que he visto jamás: una enorme rejilla de marcas de pinchazos, cada una rodeada de tejido moteado, que se repite una y otra vez. Cuando lo vi sin camiseta desde el otro lado de la cocina en Burdeos, pensé que eran líneas rectas, pero ahora me doy cuenta de que eran simplemente tantos puntos de puñaladas repetidos que se difuminaban en interminables cadenas montañosas. Parece como si lo hubieran atravesado una y otra y otra vez con algo de garras afiladas. De omóplato a omóplato, de la nuca a la base de la columna, como si alguien hubiera trazado los contornos exactos de sus vértebras y hubiera vuelto una y otra vez para extraer más y más.

Tengo tantas ganas de preguntarle. Pero no es el momento. Por la forma en que se le corta la respiración, es obvio que no quiere hablar de ello.

Así que mis manos se deslizan hacia abajo, pasando por el hueco de su columna torturada, y luego vuelven a rodear su pecho. Se da la vuelta sobre su espalda una vez más para mirarme de frente. Recorro con mis dedos los músculos ondulados de sus muslos, el hueco de sus caderas, la profunda V donde sus abdominales se curvan hacia abajo. Su respiración es tensa y sus ojos nunca se apartan de mí.

Tengo la sensación de que me dejaría pasar horas así, si quisiera. Si eso lo que necesitara.

Pero estoy demasiado excitada para eso, y ahora que ya me he "familiarizado", estoy lista para más. Necesito algo de él, sí, pero no son solo estos toques ligeros como plumas mientras me trago mi miedo y mi inexperiencia. Es otra cosa. Es…

Esto.

—Mierda, Rae —gime mientras envuelvo con delicadeza mis dos manos alrededor de la base de su polla, que se yergue orgullosa en el aire—. Nunca he… Vas a… *Mierda.*

Estoy casi delirantemente embriagada. Nunca en un millón de años pensé que escucharía a Lukas Lazarev así: tartamudeando, babeando, sin saber qué decir. Solo hicieron falta mis dos manos sobre él y se está desmoronando.

Es la euforia más embriagadora que he sentido jamás.

Lo acaricio una vez, lentamente, maravillándome de cómo se siente. Como piel de terciopelo estirada sobre hierro. Late contra mis palmas. Está tan caliente al tacto que casi espero que mis manos salgan chamuscadas.

—Me vas a matar —dice con voz ronca, echando la cabeza hacia atrás contra la almohada, con la garganta al descubierto—. Muerte en manos de una virgen. Menuda forma de morir.

Me río a pesar mío. —¿Sería eso tan malo?

—Lo *peor*. —Sus caderas se estremecen involuntariamente mientras lo aprieto suavemente—. Porque significaría que moriría antes de llegar a estar dentro de ti. Y eso, cariño… eso es inaceptable.

Me inclino y le doy un beso en el pecho, justo sobre su corazón atronador. Su mano se levanta para acunar mi nuca.

—Basta de explorar —gruñe—. Te necesito. *Ahora*.

El mundo da vueltas. De repente, vuelvo a estar boca arriba, inmovilizada bajo su peso infinito y cálido, y su polla está rozando mi entrada.

Lukas se inclina para alinearse conmigo. Ese roce suyo me hace retorcerme, pero con su otro brazo rodeándome la cabeza y su corpulencia inmovilizándome no hay dónde ir. Estoy envuelta en él. Completamente arropada. Nunca me he sentido más segura.

—Mírame, Rae —me ordena con voz ronca—. Quiero que me mires a los ojos mientras cruzamos esta línea.

Mi mirada encuentra la suya. Esos ojos grises están ahora fundidos, ardiendo con algo que va mucho más allá de la lujuria. Hay reverencia ahí. Miedo. *Esperanza*. Todo lo que ha pasado dieciocho años enterrando, saliendo a la superficie de golpe.

Y entonces empieza a avanzar.

Lento.

Inexorablemente.

Abriéndome centímetro a centímetro de forma devastadora.

El dolor es inmediato y agudo, arrancándome el aliento de los pulmones. Mi cuerpo lucha por adaptarse a su tamaño, mi delicada complexión resistiéndose a su enorme envergadura. Es tan *grande*, demasiado grande, aterradoramente grande, y siento cómo cada milímetro de su invasión me parte en dos.

Gimo.

Lukas se queda paralizado. Todo su cuerpo tiembla por el esfuerzo de contenerse, cada músculo tenso, las venas marcadas en su cuello. Puedo sentir cómo late dentro de mí, y la quietud le cuesta todo.

—Respira —susurra—. Solo respira, cariño. Te tengo.

Dejo que su voz sustituya a la mía. *Respira, Rae. Él te tiene.*

Entonces, exhalo y me relajo. El ardor remite un poco. Sigue ahí, y es agudo, pero ahora es más soportable.

Lukas observa mi rostro, leyendo cada pequeño detalle. Cuando mi respiración por fin se estabiliza, se inclina y toma mi boca en el beso más suave que jamás hayamos compartido. Es amor puro donde nuestros labios se unen.

Entonces, allí donde se unen nuestras caderas, rompe la última barrera.

Incapaz de contenerme, grito dentro de su boca. Lukas se traga el sonido por completo, hundiéndose hasta el fondo mientras mi virginidad se desgarra a su alrededor. El dolor es cegador, abrasador, como una hoja de cuchillo que me parte desde dentro hacia fuera. Mis uñas arañan su espalda con tanta fuerza que le hacen sangrar.

Siento cómo late dentro de mí. Mi cuerpo se aferra a su miembro, y sé que él también lo siente: la calidez resbaladiza de la sangre mezclándose con mi excitación, cubriéndolo, marcando este momento como irrevocable.

Y así, sin más, ya no soy virgen.

Ahora le pertenezco a Lukas Lazarev.

55

RAE

HISTORIAL DE GOOGLE TRANSLATE

Dispositivo del usuario: iPhone de Rae Everett

Fecha: 15 de diciembre de 2025 | 04:17 a. m.

Ruso → Inglés:

"Ya tvoya" → "Soy tuyo"

"Moya devochka" → "Mi chica"

"Krasivaya" → "Hermosa"

"Nikogda ne otpushchu" → "Nunca te dejaré ir"

En un momento soy virgen.

Al siguiente, soy suya.

Pocas veces en la vida tenemos la oportunidad de sentir que un capítulo termina y otro nuevo comienza de forma tan definitiva. Pero en este caso, es así de sencillo.

El dolor sigue ahí, pero a medida que pasan los segundos y Lukas permanece dentro de mí, dándome tiempo para adaptarme, algo nuevo empieza a surgir para acompañarlo.

Una *sensación de que todo está bien.*

La chica buena se ha ido. No estoy segura de quererla de vuelta.

No cuando Lukas mira así a la chica mala*.*

Me suelta la cara para entrelazar sus dedos con los míos y pegar nuestras manos unidas al colchón a ambos lados de mi cabeza. —Estás sangrando sobre mi polla —me dice—. ¿Sabes lo jodidamente bonito que es eso? ¿Lo perfecta que eres?

Se balancea hacia delante y hacia atrás a modo de prueba y yo jadeo.

—Eso es. Sí. Sí —Su frente se apoya en la mía—. Te tengo, cariño. Te tengo.

Empieza a moverse con embestidas superficiales, dejando que mi cuerpo se adapte, susurrando elogios y obscenidades en oleadas alternas. Lo estrecha que estoy. Lo valiente que soy. Lo bien que lo estoy recibiendo. Cómo me está arruinando para cualquier otro hombre que pueda existir jamás, y lo hermoso que es presenciarlo.

El dolor sigue desvaneciéndose y el placer sigue creciendo. Cuando por fin me atrevo a arquearme bajo él para pedir más, él suelta una risa oscura de satisfacción.

—Mi buena chica —gruñe—. Mi chica perfecta. Dime cómo te sientes.

Apenas puedo articular palabras, pero consigo jadear—: Llena. Tan llena. Te siento *por todas partes*.

Su gemido de respuesta es pura satisfacción masculina. —Bien —Sus caderas se clavan más profundamente—. Ahora, dime a quién perteneces.

Quiero responder, pero por alguna razón, dudo. Ojalá supiera por qué, pero no lo sé.

Pero la vacilación me pasa factura, porque hace que Lukas se detenga. Se retira casi por completo y se queda ahí, con solo la punta de él todavía dentro de mí.

—Dilo —exige—. Dime quién es el dueño de este cuerpo ahora.

El vacío es insoportable. Me aprieto alrededor de la nada, anhelando que me llene de nuevo. Al final, siempre iba a derrumbarme.

—A ti. Soy tuya, Lukas.

Con una sonrisa de satisfacción, se clava de nuevo dentro de mí con tanta fuerza que el somier cruje en señal de protesta. Grito, pero él lo acalla con un beso. Es vertiginoso, ese vaivén entre lo brutal y lo tierno. Me ahogo en ambos, sin saber cuál de los dos deseo más.

Me suelta una de las manos para deslizarla entre nuestros cuerpos. Sus dedos encuentran el lugar donde estamos unidos, resbaladizo por la sangre y la excitación, y mis caderas se sacuden involuntariamente.

—Voy a hacer que te corras con mi polla —promete—. Tienes que ver de lo que eres capaz.

Vuelve a acariciarme. Ajusta el ángulo de sus caderas con cada embestida, buscando, experimentando, y cuando encuentra la velocidad y la profundidad que me hacen tartamudear, su sonrisa es salvaje.

—Allá vamos.

Empiezo a asustarme de lo que me espera. Lukas se desliza dentro y fuera de mí, abriéndome una y otra vez. Mis muslos gritan por lo abiertos que están para él. Todo es tan nuevo y abrumador que mi mente no sabe dónde centrarse.

Quiere memorizar cada pequeño detalle de este momento: la dulzura de su aliento y el sabor ácido de su sudor; la firmeza de sus músculos y la suavidad de su barba cuando me besa. Que él me abrace y me folle, que me acune y me bese… Llevo semanas soñando exactamente con esto, pero ahora que está aquí, es demasiado.

Sollozo. Lo único que puedo hacer es aferrarme a sus hombros y rendirme a él.

—Puedo sentir los latidos alrededor de mi polla —gruñe Lukas, asombrado—. Estás a punto, cariño. Déjate llevar. Quiero sentir cómo tu coño virgen se corre conmigo dentro.

Nunca supe que quería todo esto hasta que me quitaron la idea misma de "mis" deseos. Es como si mi cuerpo y mi mente hubieran hablado dos idiomas diferentes toda mi vida, y Lukas es la primera persona que domina ambos.

Me *conoce*. Me *siente*. Me *entiende*. Me *sostiene*. Sus palabras obscenas son como si me follara verbalmente al mismo tiempo que me folla físicamente. Cuando me acuna y me cuida en todos los sentidos, ¿cómo *no* dejarme llevar? ¿Cómo *no* correrme justo cuando él me lo dice?

Efectivamente, basta con un *"Ya casi estás, cariño; déjate llevar…"* y entonces llega.

Grito de nuevo. Me duele la garganta de contenerlo, pero esto no se puede ocultar. Mis uñas le arañan los hombros y el cuello mientras me aferro y exploto como una estrella moribunda.

Es un calor creciente y burbujeante, concentrado en el centro exacto de mis caderas y extendiéndose para tocar cada una de las células que componen a Rae Everett. Todas ellas cantan, tararean, vibran, *extasiadas*.

Ya no controlo nada: ni mis palabras ni mis extremidades, ni mi sumisión ni mi futuro. Lukas lo tiene todo, y se lo he entregado de

buen grado, porque me he dado cuenta de una cosa por encima de todo:

Puedo confiar en él.

Estoy a salvo en sus brazos. Arruinada para otros hombres, sí, y destrozada para una vida normal, sí, pero mientras él diga que me tiene, le creo.

Me corro tan fuerte y durante tanto tiempo que es casi como sintonizar la radio en otra emisora. Parpadeo y salgo del mundo consciente. Solo soy consciente de lo bien que se siente todo, este baño cálido y dichoso de contracciones y liberaciones que recorre mi cuerpo, el crepitar estático de una sensación sin fondo. Y sigue y sigue y sigue.

Tarda mucho, mucho tiempo en volver a sintonizar la realidad.

Cuando lo hace, me doy cuenta de que Lukas está besando cada parte de mi cuerpo. Sigue dentro de mí y más duro que nunca, pero está bajando la intensidad para ver cómo estoy. Su barba me raspa la parte inferior de los pechos y las curvas de las costillas. Me besa los dedos de los pies y de las manos, el cuello, las mejillas.

También habla, un torrente constante de elogios y ánimos. —Lo has hecho jodidamente bien, cariño. Eres perfecta para mí. Estoy jodidamente orgulloso de ti.

Nos quedamos así durante mucho tiempo; ni siquiera sé cuánto. Con los miembros entrelazados, la respiración sincronizada, aún acurrucados de la forma más íntima en que dos personas pueden estar conectadas.

Nunca me dijeron esto en la clase de educación sexual del instituto, que un hombre puede estar excitado dentro de ti y *no* estar centrado egoístamente en correrse. Por cómo me lo enseñaron, uno pensaría que a todos los hombres vivos les importa una sola cosa cuando se trata de las abejas y las flores: ellos mismos.

Pero Lukas no. No sé si es un autocontrol sobrehumano, o su edad y experiencia, o algo que es único en él y solo en él, pero se entrega por completo a la pausa. De alguna manera, sabe que lo necesito. Una chica solo puede aguantar hasta cierto punto de una vez. A veces, al subir la montaña, hay que parar y disfrutar de las vistas.

Él sigue besándome mientras vuelvo a conectar plenamente con mi cuerpo. Estoy lánguida y con las extremidades flojas. Pero poco a poco, empiezo a mover las caderas de nuevo. Al principio con timidez, solo pequeños y tímidos movimientos, pero cada uno se siente tan bien que el siguiente es un poco más entusiasta.

Y un poco más.

Y un poco más.

Hasta que…

—No tenemos por qué —me susurra al oído—. Ya has pasado por mucho hoy.

Me muerdo el labio, y luego digo lo único que vale la pena decir. —Sé que no tengo por qué. Pero… —Me giro para mirarlo—. Lukas, te deseo —De repente se me ocurre algo y echo la cabeza hacia atrás, nerviosa—. ¿A menos que tú no quieras…?

En respuesta, se ríe en mi cara. Me duele por un segundo hasta que empuja las caderas apenas unos centímetros, y sin embargo me deja sin aliento. Siento como si me estuviera pinchando en la garganta. —¿No notas lo jodidamente duro que estoy, Rae? Salir de ti ahora mismo sería lo más imposible que he hecho nunca. Quiero follarte el resto de mi vida, sin parar nunca. Pero lo dejaría por ti. Por *ti*.

Me quedo sin palabras. ¿Es posible que una chica se derrita y se vuelva a formar tantas veces en una sola experiencia sexual? ¿Es médicamente recomendable?

No lo sé y no quiero averiguarlo nunca.

Lo único que sé es esto—: Yo tampoco quiero que pares —Le agarro la cara y lo atraigo hacia mí en nuestro beso más apasionado hasta ahora—. Nunca. Nunca, nunca, nunca.

Él suspira en mi boca abierta. —Vas a joderme por completo, cariño —Me besa, con una ternura que duele, acariciándome el pelo mientras permanece profundamente hundido—. No me merezco esto. No estás hecha para un viejo bastardo acabado como yo.

Podría discutir, pero una mirada a sus ojos me dice que nunca me creería. De verdad cree que no tiene redención. Pero yo sé que no es así.

Así que, aunque no diga esa parte en voz alta, sí digo lo que nos dará a ambos lo que queremos.

—¿Desde cuándo te importa lo que te mereces, eh? —le pregunto, medio en serio y medio en broma—. Nunca te has parado a pedir permiso, así que no lo hagas ahora. ¿Me quieres, Lukas?

Asiente, con el rostro solemne. —Más que a la vida misma, Rae.

Asiento a mi vez. —Bien. Entonces sé egoísta y *tómame*.

Esas son las palabras mágicas. Tras una última inhalación temblorosa, todos los restos del caballero que hay en Lukas desaparecen…

…y la bestia toma el control.

Se retira de mí sin previo aviso. Gimo ante el repentino vacío. Pero antes de que pueda siquiera expresar mi queja, sus manos están en mis caderas, tirando de mí como si fuera una muñeca de trapo hasta ponerme a cuatro patas.

Apenas tengo tiempo de apoyar las manos contra el colchón antes de que vuelva a embestirme por detrás.

Oh, Dios.

El nuevo ángulo es… Es…

Grito, retorciendo los dedos entre las sábanas polvorientas. Pero desde esta posición, no hay nada que pueda hacer salvo recibirlo. *Recibirlo*, cada centímetro devastador, enterrado tan profundamente dentro de mí que los límites entre nosotros ya no importan.

Mis mejillas se enrojecen ante lo vulnerable que me siento. A cuatro patas, completamente a su merced. Nunca me he sentido tan expuesta en mi vida.

Corrección: Lukas me agarra el pelo con el puño, me inclina hacia él, me pellizca el pezón y me estimula el clítoris de una forma que me hace gemir tan fuerte como puedo…

Entonces me siento más expuesta que nunca.

Con mi pelo a modo de asa, me arquea hasta que mi columna se dobla y mis omóplatos tocan su pecho. No tengo más remedio que seguirlo donde me lleve. Mis pechos rebotan con cada embestida salvaje mientras me susurra al oído que mi coño está "tan apretado, tan apretado, *jodidamente* apretado".

Su otra mano recorre todo mi vientre para sujetarme contra él. Puedo sentir cada uno de sus dedos marcados por cicatrices presionando mi piel pálida, las cicatrices contra la piel impecable. La diferencia de tamaño entre nosotros nunca ha sido más evidente. Es tan enorme. Tan abrumadora y aterradoramente *grande.* Yo soy un pequeño juguete masticable en comparación.

—Mira. Justo ahí.

Me agarra la garganta con la palma de la mano y me gira la cara hasta que veo hacia dónde señala: un espejo, deslustrado y viejo, colgado en la pared justo delante de nosotros.

Y en él… estoy yo.

En teoría, soy yo. En realidad, no reconozco a la mujer que me devuelve la mirada.

Está desmelenada. Desnuda, con el rostro bañado en lágrimas, destrozada. El rímel le corre por las mejillas y tiene los labios hinchados y mordidos hasta dejarlos enrojecidos. Su cabello es una maraña enredada en el puño del hombre que está detrás de ella.

Parece una puta.

Parece una reina.

Parece una criatura hecha enteramente de necesidad.

Detrás de ella, detrás *de mí*, Lukas se yergue como un señor de la guerra conquistador que reclama su mayor premio.

Puro poder masculino brutal. Puro dominio entretejido de plata. Su pecho brilla con sudor, su mandíbula está apretada en feroz concentración y sus ojos grises me atraviesan a través del espejo.

Sus labios se curvan en una mueca salvaje. —Mírame mientras te follo —gruñe, apretándome aún más fuerte el pelo con la mano—. Mira lo que te voy a hacer.

Si tuviera aire en los pulmones, me reiría a carcajadas.

Como si pudiera apartar la mirada.

La mujer del espejo ya no es realmente humana. Se retuerce y gime mientras se convierte en lo que Lukas Lazarev quiere que sea: un recipiente para su propio placer egoísta.

Sus embestidas se vuelven frenéticas. Es casi como si *intentara* hacerme daño, y yo lo deseo, lo deseo con todas mis fuerzas. El sonido de la piel contra la piel es húmedo y delicioso.

Ya no me está haciendo el amor. Me está *utilizando*, exprimiendo todo lo que quiere de mi cuerpo.

Sus dedos se clavan en mis caderas con tanta fuerza que sé que llevaré los moratones de sus huellas durante días. Me alegraré de ello, pienso. Sus marcas en mi piel, prueba de que esto ha sucedido.

Extiendo las manos hacia atrás, desesperada. Quiero tocarlo para poder aferrarme a algo sólido mientras mi mundo se fractura en pura sensación. Pero Lukas me agarra las muñecas, me las retuerce a la espalda y me las esposa juntas a la altura de la cintura con una sola mano. Con la otra, me empuja la cara contra las almohadas.

—*Moya* —gruñe en ruso. Luego, en inglés—: Mía. *Ty moya, Rae.* Eres mía.

—Yo... yo... yo... —intento responder, pero me está follando tan fuerte ahora que hablar es imposible.

—Dilo —exige de todos modos, dándome una palmada en el culo por si acaso.

—No sé... no sé cómo...

—*Ya tvoya* —Me presiona la mejilla con más fuerza contra el colchón. Mi nariz se llena del más leve aroma a detergente de lavanda, que aún perdura después de todos estos años—. Dilo. *Ya tvoya*.

Lo intento. Mi cerebro está hecho papilla. Mi cuerpo ya no me pertenece. Pero obligo a mi boca a cooperar lo mejor que puedo.

—*Sí… tvoya* —jadeo torpemente—. Soy tuya.

Eso lo vuelve aún más salvaje. Su ritmo se vuelve inhumano, su agarre en mis muñecas me deja moretones mientras se inclina para susurrarme al oído.

—Nadie más tendrá esto jamás —gruñe—. Mataré a cualquier hombre que intente tocarte. ¿Me entiendes, Rae? Los *destruiré*, maldita sea.

—Unhh —es lo mejor que se me ocurre. Ya ni siquiera tiene sentido decir si me estoy corriendo o no. La línea entre ambas cosas se ha difuminado; vivo en un estado de orgasmo permanente. No recuerdo cómo era la vida antes de que Lukas me reclamara y, la verdad, tampoco quiero recordarlo.

—Abre la boca —me ordena.

Obedezco sin pensar. Sus dedos se deslizan dentro, presionando mi lengua. Dos de ellos, gruesos y ásperos, llenando mi boca del mismo modo que el resto de él llena el resto de mí.

—Pruébate a ti misma.

La excitación salada y dulce se mezcla con el sabor metálico de mi propia sangre. Mi virginidad perdida, cubriendo sus dedos, ahora cubriendo mi lengua. Gimo alrededor de sus nudillos como la depravada en la que me he convertido.

Satisfecho, Lukas los retira lentamente, rozando mi labio inferior, y se los lleva a su propia boca. Me levanto sobre mis manos para verlo chuparlos hasta dejarlos limpios a través del espejo. Sus ojos nunca se apartan de los míos mientras los lame uno tras otro.

—Estás jodidamente deliciosa —me dice—. Mi chica perfecta, perfecta.

Sus manos se deslizan por mi espalda, agarrándome, acariciándome, antes de rodearme finalmente el cuello. Un collar de dedos marcados por cicatrices se cierra sobre mi pulso acelerado y aprieta lo justo para que jadee y gima mientras el mundo empieza a volverse borroso por los bordes.

—¿Dónde lo quieres? —gruñe mientras sigue penetrándome—. Dime dónde.

Sé lo que me está pidiendo. Mi cerebro enloquece ante las implicaciones, la imprudencia, la permanencia, el riesgo, pero mi cuerpo ya ha tomado una decisión. Probablemente la tomó hace semanas, si soy sincera.

—Dentro —susurro—. Quiero sentirlo. Hazme tuya, Lukas.

Se estremece contra mi espalda. Un temblor que recorre todo su cuerpo y que siento en cada punto donde estamos unidos. —Di "por favor".

Es una última exigencia. Una prueba final de mi rendición.

Me encuentro con sus ojos en el cristal empañado. Plata y nubes de tormenta. Dieciocho años de dolor y soledad, y yo, de alguna manera, *yo*, la que lo rompió todo.

—Por favor, Lukas —digo con voz ronca—. Por favor, córrete dentro de mí.

—Buena chica —dice él con voz ronca.

Y entonces se deja llevar.

Lukas hunde la cara en la curva de mi cuello y se corre con un rugido. Su polla palpita dentro de mí, llenándome con oleadas y oleadas de calor líquido. Puedo sentir cada gota, primero dentro de mí y luego en mis muslos, porque es simplemente demasiado para que mi cuerpo lo contenga.

—¿Lo sientes? —jadea contra mi garganta—. ¿Me sientes dentro de ti?

Mi cuerpo se estremece. Nunca antes había experimentado algo así. Ni siquiera encuentro las palabras para responderle.

—Ahora eres mía, Rae —dice—. Marcada. Reclamada. *Arruinada*.

Cuando por fin se queda quieto, se separa de mí y los dos caemos sobre la cama. Estoy boca abajo porque creo que ya ni siquiera tengo fuerzas para darme la vuelta.

Los únicos sonidos son nuestra respiración entrecortada y el susurro de la casa al asentarse con el viento. Al menos, hasta que Lukas vuelve a hablar.

—Gracias.

Me quedo paralizada, segura de haber oído mal. Pero lo repite.

—Dios, Rae. Gracias por confiarme esto —Su frente se presiona contra el dorso de mi mano flácida—. Nunca lo mereceré, pero soy

demasiado egoísta para dejarte marchar.

56

RAE

[PANTALLA DE BLOQUEO — iPhone de L. Lazarev]

Lunes, 15 de diciembre de 2025 | 7:03 a. m.

AFON (17 llamadas perdidas)

CHAT DE GRUPO DE LA JUNTA (613 mensajes sin leer)

RELACIONES PÚBLICAS DE LAZAREV GLOBAL: *URGENTE: Solicitudes de los medios de comunicación sobre la dimisión*

ÚLTIMA HORA DE LA CNN: *El patriarca Lazarev dimite en un dramático...*

Lukas se inclina para atraerme hacia sus brazos. Sin decir una palabra, empieza a deslizar la otra mano arriba y abajo por mi cuerpo. Es como si necesitara tocar cada centímetro, para tranquilizar a alguien, a él mismo o a mí, no sé a quién, de que ha vuelto a colocar todas las piezas en su sitio y en perfecto estado de funcionamiento.

Sus dedos trazan las marcas oscuras en mis caderas donde me agarró. Mis muñecas tienen marcas iguales. Me levanta la barbilla y examina la irritación de la barba que se extiende por mi cuello, luego

deja que su mirada se desplace hacia abajo, donde la misma abrasión áspera adorna mis pechos y la parte interna de mis muslos.

Cuando su mano se desliza entre mis piernas y sale manchada de rojo, todo su rostro se desmorona.

—Te he hecho daño. —Suena angustiado.

Le agarro la muñeca antes de que pueda apartarse. Lentamente, llevo sus dedos ensangrentados a mis labios y los beso.

—Me has dado todo lo que te pedí —le corrijo.

Me mira fijamente durante un buen rato. Luego se levanta de la cama, todavía desnudo y reluciente con nuestros fluidos mezclados, y desaparece en el cuarto de baño contiguo.

Corre el agua. Me quedo tumbada, escuchando los sonidos de sus movimientos, aturdida y feliz. Todavía estoy asimilando el hecho de que acabo de tener sexo. Ya no soy virgen.

No me arrepiento ni un segundo.

Lukas regresa con un paño húmedo y tibio y procede a limpiarme. Borra las huellas de mi virginidad perdida con movimientos cuidadosos y metódicos. Cada vez que encuentra un moretón, se detiene para presionar sus labios contra él, como si pudiera curar la marca solo con sus besos.

Esta es la parte de la que no te hablan. No del sexo en sí, sino de lo que viene después. La vulnerabilidad de que te vean así, destrozada, ensangrentada y deshecha, y que alguien te cuide como si nada en toda la historia del mundo hubiera sido jamás tan hermoso.

—Nunca he… —empieza Lukas, y se detiene. Mueve la mandíbula antes de volver a intentarlo—. En toda mi vida, nunca he sentido nada parecido.

No sé qué decir, así que simplemente alargo la mano y le toco la mejilla. Su barba es suave bajo mi palma, su piel cálida. Acerca su

rostro a mi mano y me da un beso en la palma.

—Quédate —murmura contra mi piel—. Todo el tiempo que me dejes tenerte, por favor, te lo ruego: quédate.

Me quedo. Por supuesto que me quedo. ¿Cómo podría marcharme después de eso?

Yacemos abrazados en los restos húmedos y manchados de la cama. Mi cabeza descansa sobre su pecho, subiendo y bajando al ritmo de su respiración, con los latidos de su corazón constantes bajo mi oído. Sus dedos peinan mi cabello con caricias lentas e hipnóticas.

Al cabo de un rato, empiezo a mirar a mi alrededor. Me doy cuenta de que, al igual que el resto de la casa, las paredes están completamente desnudas. No hay ni rastro de la mujer que una vez vivió aquí. Nada, salvo la propia cama.

Lukas sigue mi mirada. Parece entender mi pregunta tácita antes incluso de que pueda articular las palabras.

—Pedí que quitaran todo —explica. Sus dedos no dejan de acariciar suavemente mi cabello—. Hace años. Todo, excepto la cama.

Me apoyo en el codo para mirarlo. La luz de la luna que se cuela a través de las cortinas polvorientas ilumina el plateado de su cabello y las profundas arrugas que se marcan alrededor de sus ojos. Parece más mayor bajo esta luz. Más vulnerable.

—¿Por qué la conservaste?

Su pecho sube y baja debajo de mí. Estoy segura de que no responderá… hasta que lo hace.

—Porque necesitaba recordar lo que se sentía al querer morir.

Se me corta la respiración.

—Algunas noches me tumbaba aquí e intentaba que mi corazón se detuviera —continúa. Su mirada está fija en el techo, como si no pudiera soportar mirarme mientras dice esto—. Durante meses

después de que ella se fuera, años, incluso, cerraba los ojos y me concentraba en el silencio y le rogaba a cualquier dios que pudiera estar escuchando que simplemente me dejara ir.

Se aparta para mirarme a la cara y suspira. —Te traje aquí para exorcizar su fantasma. Quería demostrarme a mí mismo que podía volver a sentir algo, pero me aterrorizaba no ser capaz de llevarlo a cabo. Pensé que me quedaría paralizado y vería su rostro en lugar del tuyo.

Sus ojos buscan los míos. Grises y plateados, como nubes de tormenta, con lágrimas cayendo por los bordes.

—Pero no fue así —jura—. Te vi *a ti*, Rae. Solo a ti. Y, por primera vez en dieciocho años, quiero vivir.

57

LUKAS

Informe de sueño de Apple Health

Lazarev, Lukas | 15–16 de diciembre de 2025

Tiempo de sueño: 7 h 42 m

Calidad: 98 %

Pesadillas: 0

Tengo tres pensamientos cuando me despierto antes del amanecer con Rae todavía enredada en mis brazos.

Primero: *esto es un error.*

Segundo, medio latido después: *me da igual.*

Y tercero, mucho más lento, más una comprensión atónita que otra cosa: *he dormido toda la noche.*

Ninguna pesadilla me ha arañado con sus garras. No me he despertado sobresaltado a las tres de la madrugada, con imágenes de la luz desvaneciéndose de los ojos de Elena aún rebotando en mi cráneo. Mi piel está, afortunadamente, libre de sudor frío, mi corazón no late a toda velocidad y ni una sola vez he intentado

alcanzar la pistola que guardo en un cajón de la mesilla de mi ático, al otro lado de la ciudad.

Simplemente *dormí.* Profundamente, sin sueños y de un tirón.

Rae se retuerce contra mí mientras duerme, murmurando algo ininteligible. Miro hacia abajo. Su cara está apoyada en el hueco de mi hombro y su aliento se extiende cálido y uniforme sobre mi piel. Una de sus piernas está echada sobre mi cadera. Su brazo cuelga sobre mi pecho como si temiera que desapareciera si no me sujeta.

El impulso de despertarla es casi abrumador. Mierda, qué bien se sentiría darle la vuelta y meterme dentro de ella otra vez… Quiero morderle la curva del hombro hasta que grite. Quiero llenarla una y otra vez hasta que mi semen le gotee por los muslos y no haya duda de a quién pertenece.

La bestia que hay en mí se agita, más hambrienta que nunca.

Pero no me muevo.

En cambio, la observo dormir.

El primer susurro gris del amanecer se cuela a través de las cortinas que no se han tocado en casi dos décadas. La encuentra como si fuera su objeto favorito sobre el que brillar. La luz convierte su piel en algo sagrado: pálida como el hueso, sonrojada de rosa y púrpura donde mis manos la agarraron con demasiada fuerza o mi boca exigió demasiado. Sus pestañas son medias lunas oscuras contra sus pómulos, delicadas como pinceladas, y quiero tocarlas con la yema de los dedos solo para demostrar que es real.

Sus labios están entreabiertos e hinchados. Arruinados, en realidad. Y allí, en la curva de su clavícula, hay un moratón con la forma exacta de mis dientes. No era mi intención marcarla tan fuerte. No era mi intención mancharla.

Pero lo hice.

Y no lo siento.

Sigue siendo lo más bonito que he visto en mi vida.

Mire donde mire, hay algo nuevo en ella que no he dedicado suficiente tiempo a admirar. Me dan ganas de darme una patada a mí mismo: ¿cómo se me pudo pasar por alto la gama de colores de su pelo? No es solo un rubio sucio esparcido sobre la almohada: es beige y ceniza, con toques de fresa y notas de caramelo. ¿Cómo no me había dado cuenta antes de que al final de cada exhalación hay un pequeño gemido suspirante? ¿Cómo es posible que nunca haya visto aparecer y desaparecer ese diminuto hoyuelo en su mejilla mientras respira, una y otra vez, como un pequeño remolino formado por una marea que entra y sale, entra y sale, entra y sale, un secreto para mí y solo para mí?

Podría pasarme toda la vida mirándola. Viendo más y más y más.

Y lo que hicimos anoche…

Mierda, podría pasarme toda la vida volviendo a hacerlo también.

Al final, la bestia voraz se calma lo suficiente como para que pueda salir de la cama. Tengo cuidado de no despertarla. Arreglo las mantas alrededor de los hombros de Rae y me pongo los pantalones que dejé tirados anoche.

La casa de piedra rojiza se siente diferente mientras bajo las escaleras descalzo. Menos como una tumba. El polvo sigue ahí, y los muebles cubiertos, todo el aire viciado de una casa que lleva dieciocho años conteniendo la respiración.

Pero algo en ella ha cambiado.

O tal vez *soy yo* quien ha cambiado.

Encuentro la cocina y me pongo a preparar café. Los granos están más que viejos, pero el molinillo manual funciona bien y el filtro de goteo está listo para usar tras un enjuague bajo el fregadero. Caliento agua y dejo que el café se filtre, luego me sirvo una taza.

Mientras me siento en un taburete en la encimera y lo bebo, mirando todo y nada a la vez, mi mente divaga. Es vagamente consciente de todas las muchas cosas que reclaman mi atención.

Mi propio hijo intentó expulsarme de la empresa que fundé. Curiosamente, ahora mismo no parece importarme. No siento ira, *ni* de la variedad ardiente *ni* de la fría. Simplemente se me ocurre, como un hecho "*Kir te usurpó"* y luego se desvanece de nuevo con la misma calma.

Los medios de comunicación querrán hincar el diente en esta historia como los buitres que son. Es material de primera para la prensa sensacionalista, y nunca han dejado pasar la oportunidad de ir a por mí. Me costó todo lo que tenía mantenerlos alejados de Elena.

Mi empresa ya no es mía. Eso significa que ahora tengo los días por delante. Soy lo suficientemente rico como para vivir cien vidas, aunque nunca volviera a ganar ni un céntimo, pero la idea de tanta incertidumbre me resulta extraña, a mí, un hombre que lo ha tenido todo meticulosamente planeado desde el día en que nació.

En cuanto a la Bratva, eso está por verse. El negocio y la Bratva siempre han ido de la mano, así que la idea de que uno exista fuera de mi control mientras el otro persiste me resulta desconcertante. Aún no he decidido muy bien cómo abordarlo.

No llego a tomar ninguna decisión, sin embargo, antes de que mis cavilaciones se vean interrumpidas por el repiqueteo de unos pasos en las escaleras.

Rae aparece en la puerta con mi camiseta puesta. A ella le queda como un vestido, le llega más allá de las rodillas y el cuello le queda torcido, aunque ha intentado ajustársela subiéndose las mangas. Va descalza sobre el suelo de madera. Su pelo es un desastre enredado y revuelto.

Me mira con esos enormes ojos marrones, todavía somnolienta, un poco insegura. Como si ella tampoco estuviera muy segura de que esto sea real.

Mierda. No hay límite a lo que haría para mantenerla exactamente así para siempre.

—¿Café? —le pregunto—. Está viejo, pero aún se puede beber.

Ella asiente con entusiasmo y se arrastra hacia mí. Le sirvo una taza y ella la envuelve con ambas manos, inhalando el vapor. Cuando da el primer sorbo, emite un pequeño sonido de agradecimiento que me llega directo a la polla.

Tranquilo, chico, me regaño mentalmente.

Pero no puedo evitar acercarme a ella. Le agarro la muñeca y la atraigo hacia mí. Ella tropieza y grita sorprendida, el café salpica hasta el borde de la taza, así que soy lo suficientemente cortés como para quitarle la taza de las manos y dejarla en la encimera antes de sentarla en mi regazo.

Rae jadea, pero lo disimulo con un beso.

Soy paciente. Siento que tengo todo el tiempo del mundo para saborearla y sentir cómo se derrite. Mi lengua se desliza contra la suya y ella se derrite en mi regazo.

Cuando por fin me aparto, sus labios están hinchados de nuevo. Decido que los quiero así siempre.

—Buenos días —le susurro contra la boca.

—Buenos días —responde ella con un susurro.

La acomodo con más firmeza en mi regazo, con un brazo rodeándole la cintura y el otro pasando por detrás de ella para coger mi café. Encaja aquí como si estuviera hecha para ello. Su cabeza cae sobre mi hombro y deja escapar un suspiro de satisfacción.

Nos quedamos así, entrelazados en un taburete de cocina en una casa llena de fantasmas, tomando café mientras la luz del amanecer se intensifica a nuestro alrededor.

—¡Oh! —dice Rae tras un minuto de tranquila paz—. Se me había olvidado. Te he traído el teléfono. No paraba de vibrar.

Me lo entrega. Echo un vistazo a la pantalla. Tengo cientos de llamadas perdidas y mensajes de texto. Afon, mi abogado, la mitad de la junta… la lista sigue.

Rae observa mi rostro mientras me siento, examino todo y no hago nada. Frunce el ceño, preocupada. —¿No deberías…?

En respuesta, lo apago por completo y lo guardo en un cajón.

Se queda pálida. —¡Lukas…!

—Lo que esté ardiendo, que siga ardiendo —Le rodeo la cara con las manos y se la levanto para poder besarla de nuevo—. Aún no he terminado de ser egoísta.

58

RAE

Resumen de actividad diaria del Apple Watch

Usuario: Everett, Rae

Fecha: 16 de diciembre de 2025

06:14 a. m.: ❤️ Se ha detectado un aumento de la frecuencia cardíaca. Parece que estás haciendo ejercicio.

06:31 a. m.:🏆 ¡Has completado tu anillo de actividad! Un gran comienzo del día.

07:45 a. m.: ❤️ Se ha detectado un aumento de la frecuencia cardíaca.

09:30 a. m.: ❤️ Se ha detectado un aumento de la frecuencia cardíaca.

09:48 a. m.:🏆 ¡Has duplicado tu objetivo de “Movimiento”!

11:22 a. m.: ❤️ Se ha detectado un aumento de la frecuencia cardíaca.

12:40 p. m.: ❤️ Se ha detectado un aumento de la frecuencia cardíaca.

12:41 p. m.:🏆 ¡Has TRIPLICADO tu objetivo de movimiento! Nuevo récord personal.

15:22: ❤️ Se ha detectado un aumento de la frecuencia cardíaca.

15:39:🏆 Hoy has quemado más calorías que en cualquier otro periodo de 24 horas anterior.

17:15 — [RELOJ RETIRADO POR EL USUARIO]

En el segundo día en el edificio de ladrillo rojo, la conciencia llega en segundo lugar.

El placer llega primero.

Soy consciente del calor. Un calor húmedo y una presión devastadora entre mis piernas. Mis caderas se elevan por sí solas, persiguiendo algo que mi cerebro aún no ha identificado, y entonces...

—¡Ah!

Abro los ojos de golpe mientras la lengua de Lukas traza un tortuoso recorrido por mis pliegues. El sonido que se me escapa no es digno en absoluto. Está a medio camino entre un gemido y un sollozo y sale como algo parecido a —OhDiosmíoLukas, ¿quéestáshaciendo? Porfavornopares.

Parpadeo lo suficiente como para ver que sus manos me sujetan las caderas contra el colchón. Me retuerzo contra su boca como una mujer poseída, con los dedos arañando las sábanas enredadas en busca de apoyo. Pero eso no basta para mantenerme con los pies en la tierra, así que me aferro a su cabeza.

Él murmura contra mí en señal de aprobación, o tal vez como advertencia de lo que está a punto de suceder, y la vibración hace que las chispas me recorran la columna vertebral. Su lengua rodea mi clítoris y luego desciende más abajo.

—Lukas... —jadeo, tirándole del pelo de una forma que tiene que dolerle, aunque él no da señales de ello—. Lukas, voy a...

Él responde succionando mi clítoris con la boca y deslizando dos dedos dentro de mí.

Me viene *de golpe*.

En un segundo estoy babeando sobre la almohada, y al siguiente me arqueo fuera de la cama con un grito entrecortado, apretándome alrededor de sus dedos mientras me corro tan fuerte que… babeo sobre la almohada. Mis muslos intentan cerrarse alrededor de su cabeza, pero él los separa de un empujón y sigue adelante, sacándome hasta el último temblor hasta que quedo temblando y jadeando, hecha un desastre.

Cuando mi visión por fin se aclara, él está apoyado en los codos entre mis muslos, mirándome con una sonrisa de satisfacción.

Tiene la barba mojada. —Buenos días —dice.

Lo miro fijamente. Mi cerebro está desconectado, así que lo mejor que puedo hacer a modo de respuesta es—: Tú… Eso es… No puedes simplemente…

—¿No puedes simplemente qué? —Gira la cabeza para darme un beso en la parte interior del muslo—. ¿Despertarte como es debido?

Como es debido. Como si hubiera un manual de instrucciones para lo que sea en lo que se ha convertido mi vida.

Ayer nos pasamos todo el día alternando entre el sexo y el sueño, como si todo lo que salía de nuestros cuerpos nos estuviera pasando factura. En algún momento, Lukas pidió ropa y comida para los dos. No sé qué aplicación tienen a su disposición los multimillonarios para este tipo de entregas y no me molesté en preguntarlo. Aunque *Uber de suministros para una maratón sexual de una semana* es un nicho muy prometedor. Algún emprendedor debería aprovechar esa oportunidad.

Cada vez que intentaba hablar del mundo exterior, Lukas me callaba con un beso en la boca… o *con* algo más *en* la boca. Está claro que está ignorando sus problemas. Me siento cómplice de ello, pero Lukas Lazarev no es precisamente un tipo al que sea fácil convencer una vez que se le ha metido algo en la cabeza. Así que, tras unos cuantos intentos débiles por discutirlo, dejo el tema.

Así es más fácil. "*Déjame manejar las cosas a mi manera*", no deja de decirme, y ¿no es eso con lo que he soñado toda mi vida? No puedo precisamente mirarle los dientes al regalo ahora que está aquí mismo, desnudo ante mí.

Ahora que soy un desastre débil y derretido, Lukas sube por mi cuerpo. Me besa a medida que avanza, sin dejar ningún rincón sin explorar. Cada centímetro se baña de atención. Cuando sus labios finalmente se encuentran con los míos, saboreo mi propio sabor en él, sal y deseo pegajoso.

Interrumpe el beso, pero no se aleja mucho. Se inclina sobre mí, de modo que su rostro es lo único que puedo ver. Es tan guapo y rudo, como si un leñador se hubiera dedicado a las finanzas internacionales. Su barba está un poco rebelde tras un par de días sin recortarla, pero me gusta así. Hay más donde pasar mis dedos. Como estoy haciendo ahora mismo.

—Quiero decirte algo —dice—. Lo siento.

Parpadeo. —¿Por despertarme con la lengua entre las piernas? Porque me parece que eso es justo lo contrario de algo por lo que deberías disculparte.

—No por esto —dice, sacudiendo la cabeza—. Por la otra noche. En el coche. Cuando yo…

Ah. *Eso.* Bueno, entiendo que ahí una disculpa podría estar justificada.

—Te usé como si no fueras nada —continúa—. Luego me fui como si no significaras nada para mí. Como si fueras solo otra... —Se

detiene. Traga saliva—. No lo eras. No lo eres. Y lo siento.

Yo… no sé qué decir.

Pero él no ha terminado.

—Intentaba que me odiaras —explica—. Pensé que si era lo suficientemente cruel, lo suficientemente frío, al final verías cómo soy y huirías.

Me coge la mano y se la lleva a los labios, y luego besa cada nudillo por turno. Uno. Dos. Tres. Cuatro.

—Si yo pudiera verte como nada más que un objeto y tú pudieras verme como nada más que un cabrón, entonces habría sido muy fácil que todo esto llegara al final al que debería haber llegado hace mucho tiempo. Ese era el plan, al menos —Se ríe con amargura—. No funcionó.

—No —asiento—. No funcionó.

Me sostiene la mirada. Nunca lo mostraría en su rostro, pero puedo sentir en su *aura* que se ha preparado para mi veneno. Lo aceptaría sin retroceder si eso es lo que yo quisiera. Pero…

—No te odié —le digo—. Ni siquiera cuando quería hacerlo. Me empujaste de rodillas y… bueno, los dos sabemos lo que pasó — Recorro la línea de su mandíbula con la yema del dedo—. Me sentí humillada. Pero nunca te *odié*.

—Deberías haberlo hecho.

—Quizá —Me encojo de hombros—. Pero no se me da muy bien hacer lo que debería.

Sus labios se curvan. No es exactamente una sonrisa, pero casi. El atisbo de una, tal vez. La promesa de futuras sonrisas por venir.

—Entonces somos dos —dice.

Se da la vuelta y me tira hacia él, de modo que quedo tumbada sobre su pecho como una manta humana. Su mano encuentra su lugar habitual en mi pelo.

—Pasaré todo el tiempo que me dejes compensándote —promete.

—Puedes empezar dándome de comer —digo con una sonrisa—. Estoy bastante segura de que ayer quemé más calorías que en toda mi vida junta. Me muero de hambre.

Él se ríe y empieza a moverse. Intento incorporarme con él, pero eso resulta ser un error inmediato.

Ay.

Un dolor agudo y repentino me atraviesa el abdomen. No es un dolor fuerte, exactamente. Es más bien un recordatorio. Un dolor profundo y agradable que irradia desde músculos que ni sabía que tenía, catalogando cada una de las cosas que me hizo ayer con vívidos y punzantes detalles.

El rostro de Lukas se ensombrece al verme hacer una mueca de dolor. —No te muevas.

Por puro instinto obstinado, empiezo a protestar —…No estoy hecha de cristal, sabes… —pero él me empuja suavemente hacia las almohadas con una mano ancha contra mi esternón.

—Quédate. Te lo traeré.

No espera a que le dé mi consentimiento antes de levantarse de la cama en todo su esplendor desnudo y dirigirse a zancadas hacia la puerta.

Lo veo marcharse. Porque, *obviamente,* lo veo marcharse. El hombre tiene el físico de una estatua griega que alguien olvidó poner en un museo, con hombros anchos, la espalda llena de cicatrices y un trasero que se flexiona en cuatro dimensiones. Las cicatrices de su espalda casi brillan bajo el sol de la mañana, y cada músculo se

mueve bajo su piel sedosa mientras sus zancadas lo llevan fuera de la habitación.

La puerta se cierra tras él, y yo me dejo caer contra las almohadas con una sonrisa boba extendiéndose por mi rostro.

Acabo de acostarme con Lukas Lazarev.

Varias veces.

Y ahora está abajo preparándome el desayuno.

Con.

El.

Culo.

Desnudo.

Me quedo mirando al techo e intento imaginarme la escena que me estoy perdiendo: él moviéndose por esa cocina polvorienta sin nada más que su traje de Adán, flexionando los músculos mientras coge una sartén. Quizás se queme con la cocina y suelte una palabrota en ruso. Un *"Blyat'"* gutural y masculino que sonará casi exactamente igual que cuando le miré a los ojos ayer por la tarde y le dije que se corriera dentro de mí otra vez.

Me estoy convirtiendo en una mantenida, y ojalá lo odiara más de lo que lo odio en realidad. Pero ese es el problema: no lo odio. Mi cerebro está oficialmente vacío. No soy más que una feliz estática, una cálida tranquilidad y ese delicioso dolor entre los muslos.

Podría acostumbrarme a esto.

Pronto, la puerta se abre de par en par y Lukas regresa. Lleva una bandeja de madera tallada, sobre la que descansa el festín más increíble que nadie haya preparado jamás en quince minutos.

Huevos revueltos, cremosos a la perfección. Tostadas con mantequilla derritiéndose en lagos dorados. Frutas como fresas,

arándanos y rodajas de mango dispuesta en forma de flor. Como si hubiera visto un tutorial de TikTok sobre emplatado de cinco estrellas mientras se cocinaban los huevos.

—¿Acabas de hacer esto? —pregunto estúpidamente.

Deja la bandeja sobre mi regazo y se acomoda en el borde de la cama. —Tengo muchos talentos.

—Ya lo creo.

Sin embargo, antes de que pueda coger el tenedor, él mismo lo coge. Recoge un bocado de huevos y me lo acerca a los labios.

Lo miro boquiabierta.

—Abre —me ordena.

—Tengo las manos en perfecto estado, para tu información.

—Déjame mimarte, cariño. Abre.

Si me lo pides así. Sonrojada, abro la boca.

Los huevos están asquerosamente buenos. Ligeros y mantecosos, con un toque herbáceo de cebollino. Emito un sonido de agradecimiento un tanto vergonzoso, y los ojos de Lukas se oscurecen de satisfacción.

Me da otro bocado. Luego otro. Rápidamente supero lo ridículo de la situación y decido disfrutar de lo que*, en realidad*, *resulta bastante* sexy.

No es habitual en la vida de una chica que un hombre como Lukas Lazarev deje que su dedo roce tu labio inferior después de meter ahí una rodaja de mango rociada con miel. Tendría que ser una tonta para no apreciarlo.

Pero aún no han inventado nada tan bueno como para que yo no encuentre la manera de estropearlo.

Así que, entre bocado y bocado, una pregunta que me ha estado rondando la cabeza se me escapa de los labios.

—Sé que realmente no quieres hablar de ello, pero tengo que preguntarlo. —Lukas frunce el ceño, pero me deja continuar—. ¿Por qué lo hiciste realmente? Simplemente saliste de la sala de juntas sin oponer resistencia. Kir se lo va a quedar todo, ¿verdad?

Lukas suspira y deja sobre la mesa una tostada a medio comer. Su mirada se dirige hacia la ventana, pero tengo la sensación de que no está viendo nada. Me mira antes de hablar por fin.

—Te vi la cara.

Me detengo. —¿…Qué?

Me coge la mano y la coloca sobre su regazo. —Miré al otro lado de la sala y te vi mirándome. Y supe… *supe* que*,* si me enfrentaba a Kir, ganaría. Nunca tuve ninguna duda. Pero no podía estar seguro de que no te verías envuelta en el fuego cruzado. Y para mí, ese riesgo no valía la pena. Le dije lo que pensaba: que se quedara con la empresa. Siempre y cuando yo te tuviera a ti.

Oh, este hijo de puta tan persuasivo.

Justo cuando pensaba que no podía derretirme más, me vuelve a derretir por completo.

Lo agarro, mis dos manos no bastan para rodearle completamente la muñeca, y lo arrastro a la cama con todas mis fuerzas. Las migas de las tostadas vuelan por todas partes, pero no me importa. Estoy demasiado ocupada empujándolo de espaldas y subiéndome encima.

Sus ojos se oscurecen mientras me siento a horcajadas sobre sus caderas. Puedo sentir cómo se levanta debajo de mí. Ya está duro, empujando hacia mí como si ayer *no* hubiéramos tenido sexo cinco o seis veces. Todo lo que dicen sobre la resistencia sexual de los hombres mayores es mentira, me estoy dando cuenta. No hace falta ninguna pastillita azul: Lukas Lazarev no se cansa de mí.

Y yo tampoco de él.

Cuando me hundo sobre él, ambos gemimos. La sensación de estiramiento es casi demasiado intensa. Es jodidamente *grande*, y yo sigo muy dolorida desde ayer, pero esa deliciosa sensación de plenitud lo eclipsa todo. Empiezo a balancearme hacia adelante y atrás, arriba y abajo, frotándome para acomodarme sobre él y a su alrededor.

Sus manos se tensan contra las sábanas. Cada músculo de su cuerpo se contrae. Me está dejando llevar la iniciativa, me doy cuenta. Dejándome tomar lo que quiero.

Lukas Lazarev compartiendo el control… Nunca pensé que vería ese día.

Hacemos el amor así. Encuentro una forma de montarlo que hace que las venas de su frente palpiten. Me acaricia los pechos con las palmas y me acaricia el clítoris, y cuando nos corremos, lo hacemos casi al mismo tiempo. Veo por un instante cómo se le ponen los ojos en blanco antes de que a mí me pase lo mismo.

Cuando vuelvo en mí, estoy desplomada sobre su pecho. Los dos respiramos con dificultad. Me roza tiernamente la mejilla con los nudillos.

Le miro y sonrío. —¿Sabes una cosa? Creo que me gusta todo este rollo del "sexo".

Él se ríe, me empuja sobre mi espalda y volvemos a caer en ello una y otra vez.

59

RAE

MENSAJES: L. Lazarev → Natasha V.

LL: Se acabó.

LL: No vuelvas a contactar con este número.

NV: Es la chica, ¿verdad? La ratoncita de la oficina.

NV: Oh, Lukasha... ¿No has aprendido qué les pasa a las cosas que amas?

[CONTACTO BLOQUEADO]

Para el tercer día, he perdido la cuenta de cuántas veces lo hemos hecho. En algún punto entre "muchas" y "chica, ¿cómo es que sigues en pie?".

Estoy agotada en todos los sentidos. Mi vagina suplica clemencia, me duele la mandíbula, tengo los pezones irritados y mi cerebro me envía mensajes urgentes y repetidos sobre descansar, hidratarme y, tal vez, posiblemente, ponerme unos pantalones en algún momento de este siglo.

Nunca he sido más feliz.

Es como si hubiera pasado veinticinco años andando por ahí con el volumen bajado a dos, y Lukas lo hubiera subido hasta el once. Ha habido un proceso de adaptación, pero no se puede negar que, ahora, cada terminación nerviosa está despierta, cada sensación amplificada. Incluso el dolor entre las piernas me parece un regalo. Como mínimo, es la prueba de que esto es real, de que no estoy soñando. Un hombre con *ese* aspecto *me* desea tanto que está dispuesto a dejar pruebas.

Apenas hemos salido del dormitorio. El edificio de ladrillo rojo se ha convertido en nuestro universo privado, aislado de un mundo que ya no tiene importancia.

Al caer la tarde, Lukas me prepara un baño y se mete detrás de mí. Debe de haber encargado esta bañera a medida o habérsela comprado de segunda mano a los entrenadores de orcas de SeaWorld, porque ningún otro dispositivo de baño en el mundo podría albergar tanto a él *como* a una segunda persona.

Esta, sin embargo, sí. El cuarto de baño se llena de vapor dulcemente perfumado mientras me recuesto contra su pecho, con la espuma flotando hasta mi barbilla.

—Guarda eso, señor —le advierto cuando noto que su pene me empuja en la parte baja de la espalda—. Este baño es *solo* para descansar y relajarse.

—Eso es lo que dijiste sobre la encimera de la cocina —dice con tono burlón—, y sin embargo no te oí quejarte cuando se sirvió el postre…

—Oh, cállate. —Le salpico con agua por encima del hombro—. La encimera de la cocina fue idea tuya, por si lo habías olvidado. Literalmente me levantaste y me dejaste allí como si fuera un guiso.

—No te quejaste.

—Estaba *comiendo*.

—Yo también —responde él.

Mis mejillas se sonrojan a pesar del calor del baño. Le rodeo con el brazo y me acurruco bajo él. Incluso con el aroma de la bomba de baño que saqué de un armario, sigo percibiendo su olor. Ese almizcle ligeramente sudoroso que tanto me gusta. Cierro los ojos y me recuesto sobre él.

—Esto es agradable —murmuro.

—Mm —Sus labios rozan mi sien—. Había olvidado cómo se sentía esto.

—¿Qué?

—La paz.

Coge el bote de champú que hay en el lavabo y se echa un poco en la palma de la mano. Espero que me lo pase, pero, en lugar de eso, empieza a masajearme el cuero cabelludo él mismo.

Hasta este preciso instante, "que mi jefe me lavara el pelo" no habría ocupado un lugar destacado en mi lista de fantasías eróticas. Supongo que tendré que revisar esa lista, porque esto está subiendo rápidamente en la clasificación.

Es tan absurdamente *íntimo*. Sus dedos, con las yemas anchas, masajean en círculos lentos, acariciándome desde las sienes hasta la coronilla. Me recuesto contra él y suspiro.

—¿Por qué estás siendo tan delicado? —le pregunto, con una voz apenas por encima de un susurro.

Sus manos no se detienen. —Porque pasé semanas intentando ahuyentarte. Te quedaste. Lo menos que puedo hacer es tratarte como te mereces.

No es mi intención llorar. Pero las lágrimas brotan de todos modos, calientes mientras resbalan por mis mejillas y se mezclan con el agua del baño. Mis hombros tiemblan por el esfuerzo de contener

esta marea de *sentimientos* que me embiste sin ni siquiera un permiso firmado.

—¿Rae? —pregunta Lukas, deteniéndose—. ¿Qué pasa?

—Nada —digo—. Es una tontería. Es solo que… Nadie ha…

No puedo terminar la frase. El peso de que alguien se preocupe por mí me está aplastando de la mejor manera posible.

Lukas no dice nada. Solo me inclina la cabeza hacia atrás y me aclara el champú con las manos ahuecadas llenas de agua, con cuidado de que la espuma no me entre en los ojos. Luego coge el acondicionador.

—Mi madre solía hacer esto —me oigo decir—. Cuando era pequeña. Los domingos por la noche, antes de ir al colegio… era la "Noche de spa de las chicas Everett". Me lavaba el pelo y me contaba historias de cuando era joven. Luego me dejaba trenzar el suyo. Incluso cuando lo hacía fatal, al día siguiente iba al trabajo y se lo contaba a todo el mundo.

Las manos de Lukas se detienen un instante y luego siguen con su trabajo. —Háblame de ella.

Y lo hago.

Le hablo de su risa, fuerte y entrecortada, completamente indigna, capaz de llamar la atención en cualquier habitación. De cómo quemaba todo lo que intentaba cocinar, excepto las tortitas, que le salían perfectas siempre. La forma en que bailaba en la cocina al son de viejas canciones de Motown y tiraba de mi padre por la corbata cuando llegaba a casa del trabajo para obligarlo a bailar con ella, aunque él tuviera tanto ritmo y movimiento de caderas como nuestro frigorífico, y cómo él la quería lo suficiente como para dejarla salirse con la suya.

Luego le cuento lo del accidente. La llamada telefónica. La expresión de Gideon cuando le conté lo que había pasado.

Lukas escucha sin interrumpir. Sus dedos se deslizan por mi pelo, desenredando los nudos con una paciencia inagotable.

—Llevas mucho tiempo cuidando de todos los demás —observa en voz baja.

—Alguien tenía que hacerlo.

—Ya no —Sus brazos me envuelven por detrás, apretándome contra su pecho—. Ahora estoy aquí.

Me hundo en el silencioso consuelo de su abrazo como si fuera una especie de baño caliente. Pero hay una inquietante incertidumbre retorciéndose dentro de mí, a pesar de lo bien que me siento aquí y ahora. Quiero ser feliz, pero no puedo hasta que haya aclarado las cosas sobre este tonto asunto.

—¿Lukas? —me aclaro la garganta para que mi voz no suene tan chillona—. ¿Puedo preguntarte algo?

—Lo que sea.

—Es una tontería. Pero me ha estado molestando.

—Lo que sea —repite él—. Lo que sea.

Dibujo patrones sin sentido en el agua de la bañera. —Esa mujer, Natasha, la que estaba en tu oficina aquel día… —Siento cómo se le tensa el pecho contra mi espalda—. ¿Quién es ella para ti?

Se queda en silencio el tiempo suficiente como para que empiece a arrepentirme de haber preguntado. Luego exhala lentamente, y su aliento agita el pelo húmedo de mi sien.

—Un recuerdo de quién solía ser.

Espero a que continúe. Al final, lo hace.

—Después de que Elena muriera, no quería sentir nada. Natasha me venía bien. Ella conocía el acuerdo y nunca pidió más —Sus brazos me aprietan con más fuerza—. Ya no será un problema.

—¿Has terminado con ella?

—No había nada que terminar. Nunca ha habido nada —Me da un beso en el hombro—. Ella era un sustituto del vacío. Tú eres algo completamente diferente.

Me giro entre sus brazos, con el agua chapoteando contra los bordes de la bañera, hasta quedar frente a él. Sus ojos grises se ven suaves a la luz de las velas y le acaricio la barbuda mandíbula con mis manos mojadas.

—Gracias por decírmelo —digo—. Sé que no ha sido fácil.

—Nada contigo es fácil, Rae Everett —Pero sonríe. Una sonrisa de verdad, no esa mueca sarcástica a la que me he acostumbrado. Esta le llega a los ojos y le arruga las comisuras de una forma que hace que mi corazón dé un salto acrobático y poco aconsejable.

—Bien —le digo—. Te vendría bien un reto.

Se ríe. Al igual que esa rara sonrisa, la risa auténtica transforma todo su rostro.

—Eres un problema —murmura, acercándome hasta que nuestras frentes se tocan—. Lo supe en cuanto te vi.

—¿Sí? —lo provoco con una sonrisa pícara—. ¿Y qué vas a hacer al respecto?

—Quedarme contigo —dice simplemente.

Me besa de nuevo, esta vez en los labios. Le devuelvo el beso y él me besa un poco más, y yo le devuelvo el beso y él me besa un poco más, y simplemente… seguimos así un rato. Besándonos en la bañera como adolescentes nerviosos.

Pero es agradable. No hay expectativas sobre lo que va a pasar después. Es como si hubiéramos salido del tiempo y del espacio y hubiéramos encontrado un pequeño rincón seguro que es nuestro y solo nuestro.

Qué maravilla.

Qué emoción.

Qué vida.

Qué hombre.

Cuando por fin nos separamos después de besarnos durante un buen rato, estoy sin aliento, arrugada y más feliz de lo que me corresponde.

—Deberíamos salir —digo—. Me estoy convirtiendo en una pasa.

—Aunque eres una pasa muy sexy —Sonríe, otra sonrisa auténtica, dos en una noche, las estoy coleccionando como si fueran Pokémon, y se levanta de la bañera en una cascada de agua.

Intento no quedarme boquiabierta y fracaso estrepitosamente. ¿Quién puede culparme? El hombre es un regalo para la vista.

Me envuelve en una toalla limpia y mullida que también vino de ese misterioso cargamento de Uber, y luego me lleva al dormitorio a pesar de mis protestas de que soy perfectamente capaz de caminar.

Pero no pasa nada.

No me importa que me lleven en brazos por una vez.

60

LUKAS

[ENCONTRADO: Dormitorio 2B, sellado durante 18 años]

Crayón sobre cartulina. Tres muñecos de palitos cogidos de la mano bajo un sol amarillo.

Escrito en la parte superior con letras mayúsculas temblorosas:

MI FAMILIA POR KIRILL LAZAREV, 7 AÑOS

En nuestro cuarto día de cautiverio autoimpuesto, me despierto entre sábanas frías y un espacio vacío donde debería estar Rae.

El pánico es instantáneo y primitivo. Extiendo la mano y no encuentro más que sábanas arrugadas. El fantasma de su calor ya se está desvaneciendo.

Se ha ido.

Me pongo de pie de inmediato. *Se ha ido. Por fin vio lo que eres y huyó.*

Me lo merezco. Mierda, además sabía que iba a pasar. He estado viviendo con los días contados desde el momento en que la toqué, y ahora ha llegado la hora de pagar los intereses.

Pero saber que iba a pasar no impide que el aullido se acumule en mi garganta.

Recorro la casa a toda prisa, gritando su nombre. —¡Rae! ¡Rae!

No recibo respuesta. Aunque me respondiera, no estoy seguro de que pudiera oírla por encima del rugido de la sangre en mis oídos.

Bajo las escaleras de tres en tres. Mi rodilla protesta, una vieja lesión, más antigua que la propia Rae, pero no reduzco el paso.

—¡Rae!

La cocina está fría. La bandeja del desayuno de ayer está sobre la encimera, los platos rascados pero sin lavar. No hay rastro de ella aquí.

No se habría ido sin despedirse. ¿O sí?

¿Por qué no lo haría? Eres un monstruo. Un asesino. Un miserable bastardo que mató a su mujer y lleva pudriéndose por dentro desde entonces.

Mierda. Debería haberlo sabido: esto es lo que pasa cuando dejas entrar a alguien.

Recorro a toda prisa el resto de la planta baja. El baño: vacío. El salón: vacío. El estudio: vacío. El pánico empieza a consumirme.

Piensa, cabrón. ¡Piensa!

Pero no puedo pensar. Solo necesito encontrar a Rae. En cuanto vuelva a tenerla entre mis manos, todo irá bien.

Subo cojeando las escaleras tan rápido como puedo, a pesar de que mi rodilla grita de dolor. He revisado todas las habitaciones de la planta baja. La casa no es tan grande. ¿Dónde coño se habrá metido?

Empujo cada puerta del pasillo del segundo piso. Armario, aseo, armario...

Entonces me detengo.

Esta solía ser la habitación de Kirill.

Una cama con forma de coche de carreras está aparcada en una esquina, sepultada bajo una década y media de polvo. Los pósters de Superman cuelgan flojos de donde una vez estuvieron clavados a las paredes. La luz del sol que se cuela por las rendijas de las persianas ha descolorido la pintura. Las figuras de acción se encuentran en plena batalla sobre la cómoda, enzarzadas en una guerra que nunca terminará. Sobre la cama, un móvil de planetas cuelga inmóvil. Su universo ha dejado de girar.

Apoyo una mano contra el marco de la puerta mientras lucho por respirar.

No he puesto un pie en esta habitación en dieciocho años.

El pasado me invade como un golpe contundente en la garganta. Puedo oír la voz de Elena, cantando a Kir para que se duerma. Su manita buscando la mía.

Papá, quédate.

Siempre, siempre me quedaba.

Hasta que no.

~

Kir seguía llevando el pijama de Batman, con capa y máscara incluidas, a pesar de que había cumplido siete años en verano. Montaba un escándalo cada vez que Elena o yo intentábamos quitarle algo de eso.

Pero ni siquiera Batman podía evitar que temblara mientras dormía.

Estaba en mi estudio, como siempre, cuando oí su voz romper el silencio de la casa de piedra rojiza.

—¡Papá, papá, hay monstruos!

Dejé caer los papeles y corrí por la casa. En aquellos días mi rodilla no estaba tan mal, así que llegué rápido. Irrumpí por la puerta y me arrodillé junto a su cama.

Era tan pequeño. Un pequeño de pelo oscuro, flacucho como el demonio, todo huesos. Tenía las rodillas nudosas pegadas al pecho cuando entré en la habitación. Sus ojos estaban húmedos y enormes en la penumbra.

En cuanto estuve lo suficientemente cerca, extendió los brazos y lo levanté en volandas. Sus dedos se aferraron a mi camisa con la fuerza frenética de un niño que sabía sin lugar a dudas que su padre podía arreglarlo todo.

—Tiho, syn —le susurré al oído—. Zdes' net nikakikh monstrov. A esli by oni byli, ya by ubil kazhdogo iz nikh.

Tranquilo, hijo.

Aquí no hay monstruos.

Y si los hubiera, mataría a todos y cada uno de ellos.

Me había creído. Por supuesto que sí. Al fin y al cabo, yo era su padre. Yo era invencible. Yo era el muro inquebrantable entre él y todo lo terrible del mundo.

Poco a poco, su respiración se fue calmando y aflojó el agarre de mi camisa. El sueño lo volvió a llevar a la superficie.

Me quedé allí sentado durante horas después de que se quedara dormido, observando cómo respiraba mi hijo. En ese momento, habría matado a cualquier cosa que lo amenazara. Habría destrozado el mundo con mis propias manos.

¿Y ahora?

Ahora, mi hijo me mira y me ve como un monstruo.

¿Cuándo ocurrió eso? ¿Cuándo se transformó aquel niño pequeño y tembloroso que creía en mí sin dudar en el hombre de mirada fría que intentó destrozarme delante de una sala de juntas llena de testigos?

¿Fue la noche en que murió su madre?

¿Fue en los años posteriores, cuando me sumergí en el trabajo, el vodka y las mujeres vacías mientras él se criaba a sí mismo entre los escombros de nuestra familia?

¿O fue más lento? ¿Una erosión gradual, año tras año, silencio tras silencio, hasta que un día se despertó y se dio cuenta de que su padre no era ningún héroe? ¿Solo un caparazón vacío que llevaba la piel de un hombre muerto?

Me late la rodilla. Me duele el pecho.

Me convertí en el monstruo.

Yo lo hice.

NIEGO con la cabeza enfadado hasta que el recuerdo se disipa. Así, sin más, este lugar vuelve a ser lo que es, lo que ha sido durante casi dos décadas: simplemente una habitación abandonada. Nada más.

En cualquier caso, no hay señales de que Rae haya estado aquí. Habría visto sus huellas en el polvo que cubre todas las superficies.

Retrocedo lentamente y cierro la puerta detrás de mí en silencio, igual aquella noche hace tantos años, como si aún pudiera despertar al niño que una vez fue mi hijo si hago demasiado ruido.

Cuando la puerta se cierra, levanto la vista… y ahí está. Rae se detiene a mitad de camino, a la mitad de las escaleras que llevan al tercer piso.

—Hola —dice, sonriendo como si no acabara de quitarme diez años de vida—. Estás despierto.

El alivio que me embarga es tan violento que casi me da vergüenza. Me tiemblan las manos. Las cierro en puños para que no se dé cuenta.

—¿Dónde coño estabas? —espeto.

Arquea las cejas ante mi tono. —Explorando. Hay una pequeña terraza en el tercer piso, ¿lo sabías? No podía dormir, así que subí a ver el amanecer —Inclina la cabeza y entrecierra los ojos—. Lukas, ¿estás bien? Parece que has visto un fantasma.

Subo las escaleras a toda prisa, sin importarme el dolor de rodilla, y la atraigo contra mi pecho. Ella emite un pequeño sonido de sorpresa, pero no se resiste.

—Me desperté y ya no estabas —murmuro con cansancio—. Pensé… Pensé que te habías ido.

Rae se aparta lo justo para mirarme a la cara. Su cuerpo se tensa contra el mío. —Aunque quisiera irme —dice lentamente—, ¿adónde iría?

Frunzo el ceño. —¿Qué quieres decir?

—No tengo trabajo, Lukas. Básicamente, soy una de las personas más buscadas por el FBI. La prensa me ronda como buitres, esperando a que salga a la calle para poder devorarme viva —Se ríe sin gracia—. No digo que esté intentando irme a ningún sitio; de verdad que no. Es solo que tampoco es que tenga muchas opciones.

—Ya te lo he dicho: yo me encargaré de todo. De la prensa, del trabajo, de lo que necesites...

—Lukas, no quiero que me *cuides*. Bueno, sí, quiero, pero no así… No de *esa manera.* No como si fuera una maldita planta de interior.

Se zafa de mis brazos. La dejo ir, aunque me duele como si me arrancaran un miembro.

—Quiero que me *elijas* —continúa—. No *que me adquieras* o *me colecciones*. No *que me tengas,* como a una mascota tierna a la que das de comer y de beber y le acaricias la cabeza cuando te apetece —Tiene los ojos llorosos, pero la mandíbula apretada—. Necesito saber que estoy aquí porque tú *me* quieres.

Un poco de mi antigua ira surge en mí, aunque últimamente fluye por otros canales. Mi mano encuentra la cintura de Rae y la empujo hacia atrás hasta que su espalda choca contra la barandilla de la escalera. La vieja madera cruje bajo la presión, pero me da igual si se astilla y nos arrastra a los dos con ella; solo necesito que entienda que lo que voy a decir a continuación va en serio.

—Cariño… ¿crees que renuncié a una empresa de mil millones de dólares porque quería una *mascota*? —La aprisiono con ambos brazos, con las manos agarradas a la barandilla a ambos lados de sus caderas—*.* Te elegí *a ti*, Rae. Cada hora que no contesto ese teléfono, te estoy eligiendo a ti. Cada reunión a la que no acudo, cada crisis que ignoro, cada puente que se reduce a cenizas mientras estoy aquí con la polla dura y el pecho abierto… eso es *elegirte*.

Ella me mira fijamente. Esos ojos marrones buscan algo en mi rostro. No sé qué es lo que busca, pero sea lo que sea, rezo a Dios para que lo encuentre.

—¿Quieres saber si eres la elegida? —Me inclino hasta que mi frente descansa contra la suya—. Cariño, si tan solo tiemblas, prendería fuego a todo lo que he amado en mi vida solo para calentarte.

Siento su incertidumbre en el aliento vacilante que sale de sus labios. —Demuéstralo —susurra.

—Dime cómo y lo haré.

Reflexiona un segundo. Luego, dice—: Vale. Dime algo que nunca le hayas contado a nadie.

Su rostro está inclinado hacia el mío. El resplandor matutino que entra por la claraboya sobre nuestras cabezas ilumina las tenues pecas que salpican su nariz. Sus labios en forma de arco de Cupido son carnosos y suaves. Las líneas paralelas entre sus cejas, esas que solo aparecen cuando frunce el ceño, van y vienen, como si no estuvieran seguras de si lanzarse de lleno a la duda o a la fe.

Quiere la verdad. *Una* verdad, *cualquier* verdad, siempre y cuando sea real.

Todavía podría mentir. Soy bueno mintiendo. Llevo haciéndolo mucho tiempo. Dieciocho años y contando.

Pero ella lo sabría. *Sé* que lo sabría.

Así que, en lugar de eso, le doy lo que me pide.

—Abracé a Elena mientras la mataba —digo con voz ronca. Me aclaro la garganta—. Y me sentí jodidamente bien viéndola morir.

Nunca lo había dicho en voz alta. Ni a Kir, ni a los curas, ni a la policía, ni a la interminable lista de personas que me dieron el pésame. Ni siquiera a los fantasmas que me persiguen a las tres de la madrugada.

Pero lo digo ahora.

A *ella.*

61

RAE

NOTA DE VOZ — Rae Everett

Duración: 0:00:22

"Te amo, Lukas". [Pausa.] "¿Ves? Puedo decirlo. Puedo decírselo a un puto teléfono. Es solo que no puedo decírselo a la cara".

Me sentí jodidamente bien viéndola morir.

La Rae de hace un mes se horrorizaría al ver lo que hago cuando oigo esas palabras.

Porque no salgo corriendo a gritar para alertar a los vecinos, a la policía o a los medios de comunicación. No le doy una bofetada y le llamo demonio.

Alzo las manos y le acaricio la cara.

La barba de Lukas es áspera contra mis palmas. Tiene la mandíbula tan apretada que puedo sentir el hueso crujiendo bajo mis dedos. Esos ojos grises están húmedos y salvajes, preparados para la repulsión que claramente espera. Unas lágrimas sorprendentes le resbalan por las mejillas rugosas. Dos finos hilos brillantes.

Me pongo de puntillas y presiono mis labios contra su párpado izquierdo, besando las lágrimas hasta que desaparecen. Luego el derecho. Suaves toques de mis labios, apenas perceptibles. Un espejismo, un sueño.

Lukas se estremece.

No es algo insignificante. Puede que empiece así, pero tras un momento o dos, se convierte en un temblor que le recorre todo el cuerpo, originándose en algún lugar profundo de su pecho e irradiándose hacia fuera hasta que puedo sentirlo en mis propios huesos. Se le escapa un sonido: ni un sollozo ni un gemido, sino algo diez veces más desgarrador que cualquiera de los dos.

Su frente se apoya en mi hombro y sus brazos me envuelven con tanta fuerza que apenas puedo respirar.

Pero ahora mismo no necesito aire.

Solo necesito abrazarlo mientras se derrumba.

Siguiendo una señal tácita, nos dejamos caer juntos sobre las escaleras. La madera es dura bajo mi espalda, el borde de un escalón se me clava en la columna, pero no me importa. No podría importarme menos aunque lo intentara.

La boca de Lukas encuentra la mía. Nos besamos, pero eso no es suficiente. Mi mano se cuela por debajo del dobladillo de su camiseta para tocar su piel cálida, y él se estremece de nuevo.

Le quito la camisa por la cabeza. Él me arranca los pantalones cortos de dormir y, al final, aunque es un desastre y estamos descoordinados, encontramos la manera de quitarnos todo. Después de eso, no hay nada entre nosotros salvo piel y calor y el estruendo de nuestros corazones.

—Rae. —Mi nombre se desmorona en su garganta—. Rae, Rae, Rae…

—Lo sé —Me acurruco contra él—. Lo sé. Tómalo. Toma todo lo que necesites.

Me penetra.

Grito. No es por el dolor, aunque todavía queda un vestigio de ese dolor de ayer y de anteayer. Esto es otra cosa. Se siente como volver a casa, a un lugar que no sabía que existía hasta que este hombre lo esculpió en mí con sus propias manos.

Lukas se queda así un minuto, hundido profundamente, con la frente pegada a la mía, respirando entrecortadamente. Una lágrima cae de su mejilla sobre mi cara, cálida y salada.

Pronto, sin embargo, empieza a moverse. Hacemos el amor en la escalera. No es nuestro mejor momento. Sus embestidas son desiguales, casi torpes, y le tiemblan las manos donde me agarra las caderas. A mí también me tiemblan las manos.

Le rodeo el cuello con ambos brazos y lo atraigo hacia mí hasta que no queda ni un centímetro de distancia entre nosotros. —Te tengo — le susurro al oído, adelantándome a sus palabras—. Te tengo, Lukas. No voy a irme a ninguna parte.

Antes que en ninguna de las otras veces, él termina. Pero eso no parece el final. Incluso cuando el acto físico ha terminado, él sigue aferrándose a mí como si aún no hubiera conseguido lo que tanto necesita.

Ojalá supiera qué hacer. No puedo darle la absolución. No soy cura ni tampoco una santa. Lukas siempre habla de lo joven que soy en comparación con él, de lo "pura" que soy, pero aunque estuviera de acuerdo con él, que, para que conste, no lo estoy, eso no es algo que pueda compartir.

Ha hecho cosas malas; eso es obvio. No puedo quitarle eso ni puedo hacer que esté bien.

Pero puedo hacer *esto,* ¿no? Abrazarlo mientras el dolor se apodera de él.

Al cabo de un rato, cuando su respiración se calma, Lukas levanta la cabeza de mi hombro. Tiene los ojos enrojecidos y las pestañas pegadas por las lágrimas, pero me mira como si yo hubiera colgado el sol, la luna y todas las estrellas del cielo.

Me derrite por dentro cuando dice lo último que esperaba oír:

—Te amo, Rae Everett.

Y yo digo…

Nada.

Me quedo paralizada. Abro la boca y muevo los labios, intentando decirlo, porque las sílabas están ahí, en fila y listas para salir, *yo también te amo*, pero no me salen. Es como si se me hubiera cerrado la garganta. Alguien debe de haberme echado hormigón por el esófago mientras no miraba.

¡Dilo! Dilo, idiota. Acaba de abrirse a ti. Te ha contado su secreto más oscuro. Está llorando en una escalera con su polla todavía dentro de ti, y acaba de decirte que te ama. SOLO DILE LAS MISMAS PALABRAS.

Pero no puedo.

No sé por qué. O mejor dicho, sí lo sé, pero no puedo permitirme pensarlo conscientemente y, *mierda*, desde luego que no puedo confesarlos en voz alta. No soy tan valiente como acaba de demostrar Lukas. Soy una cobarde de pies a cabeza.

Y eso lo va a arruinar todo.

Cuanto más tiempo me quedo en silencio, más cambia su rostro. Es como ver cómo se cierra la cámara acorazada de un banco. La vulnerabilidad se retira. Los engranajes chirrían. Se echan los

pestillos. El acero, acero helado, grueso, frío, se interpone entre nosotros y se sella en su sitio con un *golpe seco* e irreversible*.*

Lukas se separa de mí. La pérdida es repentina y fría. —No tienes que decirme lo mismo.

Su voz es perfectamente tranquila y serena. Se diría que es un momento sin importancia alguna, no una confesión de amor. Como si me hubiera ofrecido un postre y yo hubiera dicho: *No, gracias, estoy llena.*

Se pone de pie y se viste rápidamente. Yo también me incorporo a toda prisa, tirándome la camiseta de dormir por la cabeza, sintiendo de repente la necesidad de cubrirme.

—Lukas, espera...

—Te he dicho que no tienes que repetirlo —Se pone los pantalones sin mirarme—. Lo decía en serio.

Pero *no* lo decía en serio. *Sé* que no. Ahora lo conozco lo suficientemente bien como para leer todas esas pequeñas señales.

También sé algo más sobre él:

Cuando Lukas Lazarev no consigue lo que quiere…

…lo toma a la fuerza.

Termina de vestirse y baja las escaleras sin decir una palabra más. Me quedo sola en las escaleras, sabiendo con absoluta certeza que acabo de joderlo todo.

Lo que no sé es hasta qué punto.

62

RAE

<u>TÉRMINOS Y CONDICIONES</u>

Participantes: L. Lazarev (Administrador), R. Everett (Jugador)

REGLAS:

1. El jugador no podrá alcanzar el clímax sin el permiso expreso del administrador.

2. El administrador hará una (1) pregunta a intervalos que él elija.

3. El juego concluirá cuando el jugador dé una respuesta veraz.

4. No hay límite de tiempo.

5. Solo hay una respuesta correcta, y el jugador ya sabe cuál es.

El resto del día transcurre en una neblina de normalidad forzada que me pone los pelos de punta.

Lukas no habla a menos que se le dirija la palabra. Limpia un poco la casa y luego prepara la cena. Es perfectamente amable en sus respuestas a todo lo que le pregunto. Sonríe y asiente en los momentos adecuados.

Es espantoso.

¿Qué le ha pasado al hombre que lloraba en la escalera esta mañana? ¿Quién es este autómata insípido y educado que controla su cuerpo? Estoy muy, muy confundida.

Pico en la comida e intento igualar su energía, pero la sensación de que algo no va bien no desaparece. Incluso el vino sabe a vinagre agrio en mi lengua.

Cuando se retiran los platos, Lukas dobla la servilleta y la coloca junto a su vaso vacío. Me mira y, por primera vez en todo el día, veo una chispa de vida en sus ojos.

—Sube —dice—. Túmbate en la cama.

Dejo el tenedor sobre la mesa con un golpe seco. —Lukas, deberíamos hablar de lo que ha pasado...

—Sube —repite con paciencia infinita—. Túmbate en la cama.

—Lukas, lo digo en serio. Esta mañana, cuando dijiste...

—Rae. —Se inclina sobre la mesa y me coge la mano. De alguna manera, incluso esto me resulta forzado y extraño—. Quiero enseñarte algo. Eso es todo.

—¿Mostrarme qué?

—Pronto lo entenderás. —Se lleva mi mano a los labios y la besa—. No estoy enfadado, cariño. Te lo prometo. Solo necesito que confíes en mí.

Lo miro con recelo. —Me estás asustando.

—Lo sé —Me da otro beso, esta vez en la parte interior de la muñeca—. Pero ya has confiado en mí antes, así que confía en mí ahora —Sus ojos están llenos de tristeza mientras me mira y repite —: Sube. Túmbate en la cama. Ahora subo.

Suspiro. —Está bien.

Lukas no dice ni una palabra mientras me levanto y dejo caer la servilleta sobre la mesa. Se limita a mirarme mientras me alejo.

Subo las escaleras lentamente. Cuando entro, el dormitorio está exactamente como lo dejamos esta mañana: las sábanas enredadas, las almohadas torcidas, el leve aroma a sexo y sueño flotando en el aire. Me quedo en la puerta un buen rato y miro la cama como si fuera a morderme.

Al final, sin embargo, hago lo que me han dicho. Me tumbo boca arriba, todavía completamente vestida, y miro al techo. A través de los huecos del techo de mimbre de la cama con dosel, puedo ver que el yeso se está agrietando, con diminutas grietas en forma de telaraña que se extienden de esquina a esquina.

Echo un vistazo hacia la puerta, pero aún no oigo ningún ruido. Mi ansiedad se duplica. *¿Qué demonios está pasando?*

Unos minutos más tarde, la puerta por fin se abre. Lukas entra con un vaso de vodka en la mano. Se dirige a la mesita de noche y lo deja allí sin mirarme a la cara.

De espaldas a mí, se lleva la mano al cuello y desata el nudo de la corbata. La afloja y la deja colgar de su puño. El susurro de la seda me pone la piel de gallina en los brazos.

—Pon las manos por encima de la cabeza —me ordena con voz ronca y tranquila.

Trago saliva. —Luk...

—Pon las manos por encima de la cabeza, Rae. Y no vuelvas a hablar a menos que yo te lo diga.

¿Qué estás haciendo? grita una parte lejana y sensata de mi cerebro. *Esto no está bien. Algo anda mal aquí.*

Pero no lo digo en voz alta. Solo pongo las manos sobre la cabeza, tal y como me ha pedido.

Mientras observo, mete la mano en el cajón de la cómoda y saca tres corbatas más. Luego se da la vuelta y se acerca a mí con aire despreocupado. Siento un nudo en el estómago.

Lukas me ata la primera corbata de seda alrededor de la muñeca izquierda. La tela está fresca contra mi piel y es engañosamente suave para algo que sujeta con tanta firmeza. Pasa los extremos por un poste de caoba y tira con fuerza.

Tiro instintivamente, pero el nudo no se mueve.

—Bien —dice con un gesto de satisfacción.

Lo vuelve a hacer con la muñeca derecha. Luego se agacha junto a mis pies y ata primero uno, y luego el otro, a los otros dos postes de la cama.

Cuando termina, se endereza y me mira. Estoy atada, con una extremidad por poste, con las piernas y los brazos abiertos y confundida.

Entonces, extiende una mano. Una sola y áspera yema de dedo me roza la garganta.

Trago saliva con dificultad. Esa yema traza un camino lento y sinuoso hacia abajo. A lo largo de mi garganta. Entre mis clavículas. Hacia abajo, hacia abajo, hacia abajo por el centro de mi esternón. El fino algodón de mi vestido no hace nada para atenuar la sensación.

Cuando llega a mi ombligo, se detiene. —Vamos a jugar a un juego —dice.

Empiezo a responder, pero luego recuerdo que se supone que no debo hablar, así que me callo.

—Regla número uno —Su dedo rodea mi ombligo, lento y suave—. No te corres hasta que yo te dé permiso.

—¿Qué...?

—Shh —Rápidamente me pone la yema del dedo sobre los labios—. No lo olvides, Rae: no debes hablar. Ni una sola palabra. Asiente si lo entiendes.

Asiento dócilmente.

Una vez que queda claro que estoy escuchando, su mano vuelve a mi estómago. Lento, lento, *lento*, empieza a subirme el vestido. Se eleva desde mis rodillas, subiendo por mis muslos. Se detiene cuando queda justo por encima de mi ropa interior.

Su dedo recorre el borde de mis braguitas, siguiendo el elástico hasta donde se une con mi muslo. Atraviesa la cintura hasta llegar a la altura de mi ombligo, y luego baja en línea recta, trazando una línea de norte a sur que pasa por mi centro.

—Ya estás mojada —señala con una expresión distante, casi triste—. Eso está bien. Así será más fácil.

Quiero preguntarle *qué* es exactamente lo que facilitará, pero me muerdo la lengua. Las reglas son claras: no hablar.

Repite esa misma vuelta insoportable: recorre las costuras exteriores de mi ropa interior, se detiene justo en el centro y luego desciende flotando sobre la mancha húmeda que va creciendo. Es el roce más ligero posible, pero mientras da la cuarta vuelta, y la quinta, siento cómo se acumula un gemido de frustración detrás de mis labios apretados.

Al final, suspira. Sus dedos se enganchan en la cintura de mis bragas y tiran de la tela hacia abajo. Me quita las bragas, las dobla con cuidado y las deja a un lado.

Luego, vuelve a sentarse a mi lado.

Sus ojos permanecen fijos en los míos mientras su mano me rodea la pantorrilla y se desliza hacia arriba. Gira hacia la parte interior de mi muslo a medida que sube más y más. El primer roce de su yema alrededor del perímetro de la carne desnuda y resbaladiza de mi

centro me hace jadear. Pero tiene cuidado de evitar el lugar donde más lo deseo. Todo está *cerca, casi ahí,* pero nunca da justo en el blanco.

Empiezo a tener la sensación de que eso es muy, muy intencionado.

Lo hacemos una y otra vez. Por encima de mi cadera, cruzando mi cintura, bajando por el otro lado. El círculo se hace cada vez más pequeño, pero solo un milímetro o dos cada vez. Quizás ni siquiera eso.

Me empieza a doler la garganta de contener los gemidos, pero no me atrevo a hacer ruido. No cuando él parece tan… tan…

¿Cuál es siquiera la palabra para describirlo? ¿*Solemne,* tal vez? ¿*Triste,* más o menos? No estoy segura, y él no tiene prisa por explicarse.

Deben de pasar otros veinte minutos así, con ese movimiento tan ligero como un susurro, una y otra vez. La expresión de Lukas no cambia en absoluto.

Cuando por fin, *por fin*, pasa por encima de mi clítoris, casi me echo a llorar. Lo toca una vez, casi como si pulsara un botón, y mis caderas se arquean hacia arriba.

Asiente como diciendo: *Justo a tiempo.* Pero luego vuelve a ese camino sinuoso.

Podría llorar. ¿Por qué está haciendo esto? ¿Cuál es el objetivo final? Ha estado tan ansioso por mí desde que nos encerramos por primera vez en el edificio de ladrillo rojo, tan abierto y deseoso, lleno de vida y amor.

Este hombre que me está torturando parece casi *sombrío* mientras lo hace.

Empezamos desde el principio otra vez. Movimientos grandes y amplios, luego cada vez más pequeños, hasta que, *gracias a Dios,* vuelve a tocar mi clítoris. Un poco más de presión que la última vez,

y después, desliza esa yema hacia abajo para sumergirse en la humedad que brota. Suspiro y me retuerzo.

Ahora traza un nuevo rumbo. Va de mi clítoris hinchado y palpitante a mi humedad. Uno, luego el otro. Sigue siendo demasiado suave para hacerme correrme, dijo que tenía que esperar a que me diera permiso para eso, de todos modos, pero es más que suficiente para volverme *loca.* Si no fuera por las ataduras alrededor de mis muñecas y tobillos, le habría estado arañando para *que se diera prisa de una vez.*

Pero él lo había previsto.

Supongo que por eso estoy atada.

La segunda mano de Lukas se eleva. Empieza a dar vueltas alrededor de mi capullo hinchado con la yema de un dedo, mientras que el otro se encarga de subir y bajar, subir y bajar por mi entrada, aunque nunca lo desliza dentro de mí. Aun así, su rostro es de piedra.

Puedo sentir cómo los tentáculos de un orgasmo empiezan a acumularse en lo más profundo de mi vientre. Esa nueva pero ya familiar opresión. Mis pezones se endurecen, mi respiración se intensifica y me encuentro tirando de mis ataduras. Empiezo a parpadear inconscientemente y me levanto hacia sus manos provocadoras.

Estoy cerca... solo necesito un poquito más. Más presión, fricción, cualquier cosa.

Me lo da… más o menos. Dos dedos se deslizan dentro mientras su otra mano sigue trabajando mi punto sensible.

Sí. Sí. Oh, sí, estoy a punto, me voy a correr, y este jueguito tan divertido ha merecido la pena, no lo he perdido, no pasa nada, solo quería enseñarme algo nuevo, y aquí está, aquí está, aquí está...

Espera.

¿Qué?

Las manos de Lukas han desaparecido de repente, y él se ha levantado y se está alejando. Mi coño se contrae en torno a *la nada.* El orgasmo que nunca llegó se desvanece.

Se levanta de la cama sin decir palabra. Se aleja hacia la cómoda, coge su vaso de vodka y da un sorbo lento. Se cuida mucho de no mirarme.

Estoy jadeando, tirando de las ataduras, mi cuerpo gritando por liberarse. El dolor entre mis piernas es casi insoportable.

Lukas da otro sorbo de vodka. Su rostro sigue de espaldas, sus anchos hombros recortados contra la tenue luz que entra por la ventana, cuando habla.

—¿Me amas, Rae?

Tengo tantas ganas de responder. Las palabras están *ahí mismo*: dos estúpidas palabras, cinco letras, la frase más fácil del idioma español. La gente la dice todos los días sin pensar. Los desconocidos se la dicen a los camareros. Las chicas borrachas la dicen en las colas del baño.

Pero no puedo decírselo al hombre que más se lo merece.

Se me hace un nudo en la garganta. La lengua se me vuelve de plomo.

Te lo está preguntando directamente. Todo lo que tienes que hacer es…

No me sale nada.

Lukas asiente en cámara lenta, como si esperara exactamente eso. Se vuelve hacia mí y veo que sus ojos se han oscurecido y que su barba ya no puede ocultar el malicioso fruncimiento de sus cejas.

—Entonces, supongo que tendremos que seguir adelante.

Deja el vaso y vuelve a la cama.

Y es entonces cuando lo comprendo: esto no son preliminares. No es ningún juego perverso que quiera enseñarme.

Esto es *tortura.*

Va a llevarme al límite hasta que me derrumbe.

El tiempo deja de tener sentido.

Los minutos se difuminan en horas, o quizá sea al revés. Las únicas referencias que tengo son las cimas y las caídas del placer esperado y negado.

Una y otra vez.

Y otra vez.

Y *otra vez*.

Me tortura con la misma rutina de dedos unas cuantas veces más. Luego, su boca sustituye a sus dedos. Se ha pasado los últimos tres días aprendiendo cada pequeño detalle que me excita. Es capaz de hacer que se me curven los dedos de los pies y que se me doble la columna. Es capaz de sacarme de la garganta todos los gemidos posibles.

Estoy tan cerca que casi puedo saborearlo, tan cerca que sollozo contra la almohada, tan cerca que *le suplico* con la mirada, ya que no me permite usar la voz...

Y cada vez, él se aleja.

Cuando lo hace, me pregunta—: ¿Me amas, Rae?

Intento responder. Dios, lo intento con tanta fuerza que se me marcan las venas del cuello y me duele la mandíbula por el esfuerzo.

Pero las palabras quedan atrapadas tras un muro invisible, un terror infantil que no puedo nombrar. Una parte primitiva de mí que aprendió hace mucho tiempo que decir esas palabras en voz alta solo lleva a perder lo que se ama.

Así que, cada vez, no sale nada.

La expresión de Lukas nunca cambia. Solo asiente, se limpia la boca con el dorso de la mano y vuelve a empezar.

La cosa empeora.

Saca su pene erecto a través de la cremallera de sus pantalones y se arrastra por mi humedad, rozando mi clítoris con cada pasada. La sensación es exquisita y horrible a partes iguales. Puedo sentir el borde de su glande rozando mi entrada, provocándome, prometiéndome… pero sin cumplir nunca, jamás.

—¡Por favor! —gimo, olvidándome de las reglas.

Sus ojos se posan en los míos. —¿Me amas?

Mi boca dibuja las palabras. *Te. Amo.*

Pero lo único que sale es un gemido entrecortado.

Lukas suspira y se aleja. Lo siguiente que siento es frío.

Me retuerzo contra las ataduras mientras algo suave e inflexible presiona contra mi entrada. Un juguete de algún tipo, me doy cuenta vagamente, aunque no tengo ni idea de dónde lo ha sacado.

Desliza el juguete dentro de mí lentamente, centímetro a centímetro. Es mucho más pequeño que él, pero implacable como una descarga eléctrica, de una forma que ningún cuerpo humano podría ser jamás. Sin calor, sin pulso y, desde luego, sin piedad. La fría silicona me llena por completo.

Cuando lo enciende, casi grito.

Las vibraciones añaden un nuevo y fresco círculo a este infierno. Estoy subiendo de nuevo, más rápido esta vez, la sensación es tan intensa que roza el dolor...

…hasta que lo apaga.

—¿Me amas?

Nada.

Nada.

Nada.

Luego más. Gritos ahogados, ansiosos, desesperados...

—¿Me amas?

—Lo intento, pero...

Nada.

Ahora estoy llorando. Son lágrimas de verdad, que me resbalan por las sienes y empapan mi cabello. Tengo las muñecas enrojecidas de tanto forcejear contra las ataduras de seda.

Y aún así, no puedo decirlo.

¿Por qué no puedo decirlo?

Sé que lo amo. Lo sé desde hace días, quizá semanas. Me encanta cómo se ríe cuando se olvida de estar a la defensiva. Me encanta cómo me peina el pelo con sus manos llenas de cicatrices. Amo al monstruo y al hombre, al asesino y al cocinero, a la bestia en todas sus formas.

Pero las palabras. No. Salen.

Están atrapadas tras dieciocho años de *"ten cuidado"* y *"no te encariñes*" y *"todos los que quieres acaban marchándose".* Están atrapadas tras un accidente de coche que se llevó a mis padres y un

hermano que sigue recayendo y toda una vida aprendiendo que el amor no es más que un sinónimo de pérdida.

Lukas lo ve todo en mi rostro.

Y vuelve a empezar.

Esto es… esto es *perverso.* Mi cuerpo se ha convertido en un único nervio al descubierto, desollado y abandonado retorciéndose en la penumbra. Estoy sonrojada de la cabeza a los pies, mi clítoris está increíblemente hinchado, y sigo apretando con fuerza con la esperanza de encontrar suficiente fricción y resistencia para correrme.

Pero nunca lo consigo. Me siento mareada y agotada, al límite, enloquecida.

Tras unas cuantas rondas más de provocación y privación despiadadas, Lukas saca el juguete, dejándome con espasmos y agarrándome con tristeza a la nada. Se levanta de la cama y se dirige a la cómoda. Observo a través de mis ojos nublados por las lágrimas cómo saca algo del cajón: algo pequeño y curvado, con una correa unida.

Vuelve a mi lado y se arrodilla junto a mi muslo. Su cuerpo me tapa la vista, así que no puedo ver lo que está haciendo. Lo único que noto es cómo sus manos me atan algo alrededor del muslo.

Solo cuando se aleja veo lo que ha hecho. Hay un vibrador atado a mi pierna, colocado de manera que está cerca de donde lo necesitaría para correrme.

Cerca… *pero no lo suficiente.*

—Lukas —digo con voz ronca, olvidando las reglas de nuevo mientras el pánico me invade—. Por favor, no...

Me pone un dedo sobre los labios. —Cállate, señorita Everett. No es momento de hablar.

Su mano alisa la correa, comprueba la tensión, ajusta el ángulo, asegurándose de que todo está bien. El vibrador se encuentra a unos cinco centímetros de mi centro hinchado y dolorido. Quiero mentirme a mí misma y decir que ya casi hemos terminado, teniendo en cuenta que llevamos horas en esto.

Pero sé que no es así.

Lukas se endereza, se aleja y coge su vaso de vodka de la mesita de noche. Da un sorbo lento, mirándome por encima del borde.

—Estaré abajo —dice—. Vendré a ver cómo estás dentro de una hora más o menos.

—¿Qué? —balbuceo—. ¡¿Una hora?! ¡Lukas, no puedes simplemente…!

—Cállate, Rae. —Se dirige hacia la puerta—. Tengo toda la noche, cariño. Nada más que tiempo.

Se detiene en el umbral. Su pulgar encuentra el pequeño mando a distancia en la palma de su mano. Lo pulsa…

…y el vibrador cobra vida con un zumbido.

Jadeo cuando me invade la sensación. Es un pulso bajo y constante que se irradia desde mi muslo, lo suficientemente cerca como para hacer que mis caderas se sacudan involuntariamente, pero lo suficientemente lejos como para que el alivio permanezca a un pelo de distancia.

Es como estar en el desierto con agua goteando por mis labios, pero sin llegar nunca a tocar mi lengua.

Pensaba que ya me habían torturado.

Me equivocaba.

Esto es lo auténtico.

Lukas me observa durante un largo rato. Sus ojos grises son suaves. Tristes, casi. No hay triunfo en su expresión, ni crueldad, ni ira.

Solo hay paciencia.

El vibrador pulsa contra mi muslo. Mi cuerpo se tensa hacia él inútilmente, mis caderas se retuercen en busca de una fricción que no llega. La sensación va creciendo y creciendo, una avalancha a cámara lenta de deseo que no tiene adónde ir.

Estoy temblando. Me duele todo el cuerpo.

Y en algún lugar del oscuro enredo de mi pecho, dos pequeñas palabras intentan abrirse paso a duras penas.

Te amo.

¿Por qué no puedo simplemente *decirlo*?

63

RAE

HACE SEIS AÑOS

INFORME DE ACCIDENTE DE LA POLICÍA DEL ESTADO DE NUEVA YORK

Tropa K — Cuartel de Poughkeepsie

Fecha del incidente: 15 de septiembre de 2019

Vehículo 1: Honda Accord de 2011

Vehículo 2: Freightliner de 2018 (comercial)

Detalles: Colisión frontal. El vehículo 1 cruzó la línea central. Carretera helada. Ambos ocupantes del vehículo 1 fueron declarados muertos en el lugar.

El aplicador de rímel temblaba en mi mano, dejando una mancha oscura debajo de mi ceja izquierda que me hacía parecer el Batman de Robert Pattinson. Maldije entre dientes y cogí un bastoncillo de algodón, retocando el desastre en el espejo empañado que había colgado en la pared de mi habitación desde que tenía doce años.

Tyler Brennan vendría a recogerme en veinte minutos.

El.

Tyler.

Brennan.

No hace falta decir que se trataba de una situación muy grave.

Me cambié de camiseta por cuarta vez, o quizá por decimocuarta; ¿quién lleva la cuenta?, quitándome de un tirón el jersey oversize que gritaba *me estoy esforzando demasiado por demostrar que no me esfuerzo* y sustituyéndolo por una camiseta henley burdeos ajustada.

Luego volví a ponerme el jersey. Y luego otra vez la camiseta Henley.

Solo quería que quedara *bien.* Tyler era el tipo de chico que se pasaba la vida gracias a sus buenos genes y al dinero de su familia, el capitán del equipo de lacrosse que nunca me había mirado ni una sola vez durante los cuatro años de instituto. El hecho de que ahora me estuviera mirando era una emergencia de código rojo.

Algo había cambiado desde que volví para las vacaciones de invierno tras mi primer semestre. Nos encontramos en el centro comercial y, de repente, empezó a enviarme mensajes privados, llamándome "Rae universitaria" como si fuera una broma privada entre nosotros, enviándome mensajes a las 2 de la madrugada para preguntarme en qué estaba pensando.

Como si supiera que estaba pensando en él, mi teléfono sonó.

TYLER BRENNAN (EL CHICO GUAPO DEL INSTITUTO)

Voy por ti ahora mismo. Ponte algo sexy, jajaja

Me temblaban las manos mientras volvía a coger la máscara de pestañas y terminaba de maquillarme.

Mi teléfono volvió a sonar mientras me ponía la chaqueta. El nombre de mi madre apareció en la pantalla, junto con su foto de contacto, una divertida captura de pantalla de Snapchat de ella de las pasadas Navidades, con esa estúpida diadema de reno que se iluminaba y de la que estaba tan orgullosa.

Me molestaba que me estuviera acribillando con mensajes en lo que claramente era una noche crucial en mi vida, la noche en que por fin me libraría de esta virginidad que llevaba años colgando de mi cuello como una cadena, pero aun así estaba a punto de contestar. Al fin y al cabo, era mi madre.

Pero entonces otra notificación se deslizó desde la parte superior de la pantalla.

TYLER BRENNAN (EL CHICO GUAPO DEL INSTITUTO)

estoy fuera

Eso lo decidió todo. Silencié la llamada de mamá y metí el teléfono en el bolsillo trasero, cogiendo las llaves de casa del gancho junto a la puerta. Vi mi reflejo en el espejo del pasillo: mejillas sonrojadas, rímel aplicado de forma descuidada, ojos ligeramente enloquecidos, camiseta Henley burdeos.

Espero que piense que soy bonita.

Estaba a mitad de las escaleras cuando mi móvil volvió a sonar. Por Dios, ¿qué parte de *no contesté la primera vez* no entendió mamá?

Pero esta vez era Gideon.

GIDDY, HERMANITO 💀

¿Cuándo vienes a recogerme???

¡Mierda! Me había olvidado por completo. Gideon estaba en casa de su amigo Simon, al otro lado de la ciudad. Se suponía que tenía que

recogerlo a las nueve.

Mis pulgares volaban por la pantalla mientras me acercaba a la puerta principal.

Me ha surgido algo. ¿Puede ir a recogerte mamá?

No esperé a que respondiera. Afuera, los faros de Tyler atravesaban la oscuridad invernal y su bocina dio dos toques cortos e impacientes. Salí corriendo a su encuentro.

El coche de Tyler olía a marihuana, colonia barata y ambientador Black Ice Little Trees, pero era un BMW y él era rico, guapo y popular, así que supuse que así era como se suponía que debía oler. Además, no sería muy propio de una *chica rica, guapa y popular* quejarse de eso.

Arrancó antes de que yo hubiera abrochado el cinturón de seguridad, con una mano ya deslizándose hacia mi rodilla.

—Mierda, Rae, sí que estás diferente —dijo, mirándome de reojo con esa perezosa media sonrisa que había rondado mis fantasías del instituto—. Mejor. *Mierda*. La universidad te sienta bien.

Se suponía que debía sentirme halagada. Sabía lo suficiente como para darme cuenta de eso. Pero *"diferente"* y *"mejor"* significaban que antes había estado *peor*, ¿no?

No es que necesitara que me lo recordaran. Tyler me había ignorado durante cuatro años seguidos porque no merecía la pena fijarse en mí.

—Gracias —dije de todos modos, porque eso es lo que hacen las chicas ricas, guapas y populares.

Su mano subió un poco más. Cuando pasó por encima de un desgarro en mis vaqueros rotos, sentí su palma húmeda sobre mi piel desnuda. —Estaba pensando —dijo—. Mis padres están en

Aspen hasta Año Nuevo. ¿Podríamos saltarnos todo eso de la cena y la bolera y volver a mi casa?

Me encogí y dudé. No era así como me había imaginado que iba a ser esta noche. Se suponía que iba a haber una cita de verdad, una conversación divertida, ese ambiente de *el amor está en el aire* antes de que pasara nada.

Pero insistir en esas cosas no me había llevado a ninguna parte durante todo el instituto. ¿A una chica rica, guapa y popular le importaría atiborrarse de fettuccine de mala muerte antes de cerrar el trato?

No, claro que no. A ella le valdría cualquier cosa.

—Claro —me oí decir—. Suena divertido.

Él sonrió. —Genial.

La habitación de Tyler era una locura. Estaba bastante segura de que el televisor de pantalla plana colgado en la pared era más grande que la cama en la que dormía en casa. Sin embargo, a él no le importaba lo más mínimo nada de lo que había en su casa. Lanzó las llaves a un cuenco y falló, se quitó los zapatos de una patada sin mirar dónde caían y se dirigió con aire despreocupado al carrito de bebidas de sus padres como si tuviera todo el derecho a estar allí.

Vertió un poco de Grey Goose en una taza de café y me la pasó, quedándose con el resto de la botella para él. La cogí y le di un sorbo tímido, aunque en realidad no bebía. Las chicas ricas, guapas y populares bebían Grey Goose sin poner caras, así que yo bebí Grey Goose sin poner caras.

Tyler se bebió de un trago lo que debían de ser cinco o seis chupitos directamente del cuello de la botella. A partir de ahí, las cosas se volvieron un poco confusas. De alguna manera, acabamos en su cama.

No estaba del todo segura de cómo habíamos llegado hasta allí. En un momento estábamos de pie junto a la ventana; al siguiente, su boca estaba sobre la mía y estábamos tumbados.

No besaba mal, pero tampoco bien. Tenía los labios finos y agrietados, pero al menos no me ahogaba con la lengua. Su mano se deslizó bajo mi camiseta Henley. Sus dedos estaban fríos y ligeramente húmedos contra mi estómago. Me estremecí antes de poder evitarlo.

Relájate, me regañé a mí misma. *Esto es lo que querías. De eso se trata todo esto.*

Pero había una voz en mi cabeza que no dejaba de susurrar: *Esto no me parece bien.*

Mandé a la mierda a esa voz y volví a concentrarme en el beso. Me estaba tocando las tetas a través de la camiseta, con un poco de demasiada fuerza, pero fingí que mi mueca de dolor era más bien un gemido. Al fin y al cabo, estaba buenísimo, y todo el mundo quería acostarse con él. Si no me gustaba, probablemente era *yo* la que estaba haciendo algo mal, no él.

Mi teléfono empezó a vibrar en la mesita de noche. Se detuvo y luego volvió a empezar.

Tyler gimió contra mi boca. —Ignóralo.

Lo hice. Su peso me empujó hacia las almohadas y sus manos forcejeaban con el botón de mis vaqueros. Cuando levanté las caderas, desistió del botón y, con un tirón , me los bajó, junto con la ropa interior. El aire frío me golpeó la piel desnuda y me estremecí.

Entonces, mi teléfono volvió a sonar.

Esta vez, no paraba. No dejaba *de sonar*, vibrando con tanta fuerza que empezó a deslizarse por la mesita de noche hacia el borde.

Tyler se apartó con un bufido de irritación. —Por Dios, apágalo.

Alcé la vista y vi que, en algún momento, se había quitado los pantalones y se estaba colocando un condón en el pene erecto. De repente, sentí calor y tensión por todo el cuerpo, pero también se me puso la piel de gallina y sentí frío.

Sacudiéndome los pensamientos negativos, alcancé mi teléfono. La pantalla era un borrón de notificaciones. Una llamada perdida tras otra. ¿Qué demonios?

Mamá (2)

Giddy, hermanito 💀

Mamá (3)

Mamá

Mamá (4)

Mamá

Número desconocido (3)

Se me hizo un nudo en el estómago. Algo iba mal. Lo supe al instante, como se sabe en los sueños antes de que aparezca el monstruo. Una certeza fría y dura.

Tyler intentó atraerme hacia él. Sus labios estaban húmedos contra mi cuello, su erección me rozaba insistentemente el muslo. —Cariño, vamos...

El teléfono volvió a sonar.

—Tengo que...

—Vamos, Rae, no pasa nada... —Su mano se posó en mi cadera, tirando de mí hacia él.

Pero no estaba bien. Nada estaba bien. Lo sentía en los huesos, en el hueco detrás de las costillas, donde se suponía que latía mi corazón.

Agarré el teléfono con los dedos entumecidos.

LLAMADA DE: NÚMERO DESCONOCIDO

Mi pulgar falló dos veces antes de que lograra contestar. —¿H-hola?

Al principio, solo se oyó un breve zumbido de estática al otro lado de la línea. Entonces se oyó la voz de una mujer.

—¿Habla Rae Everett?

—¿Sí? ¿Puedo preguntar quién llama?

—Soy la agente Wilkinson, de la policía estatal. Ha habido un accidente. Sus padres…

Me sentí mareada, como si me hubieran robado fotogramas de la película de mi vida. No dejaba de saltarse partes, faltaban fragmentos, las cosas no cuadraban.

La agente seguía hablando: *Ruta 9… choque frontal… sus padres… Tiene que ir al hospital, señorita.*

El teléfono se me cayó de los dedos. Rebotó una vez en el colchón y luego rodó hasta la alfombra. Podía oír la voz metálica que seguía saliendo por el altavoz, preguntándome si estaba allí, si lo había entendido, si había alguien que pudiera llevarme si yo no podía conducir.

Tyler estaba diciendo algo. O al menos, su boca se movía, aunque yo no oía nada. Su mano sobre mi hombro me sacudió, al principio con suavidad, luego con más fuerza, pero yo no lo noté. No podía oír, sentir ni percibir nada en absoluto, salvo ese vasto y abismal vacío que se abría en el centro de mi pecho, tragándose todo por completo.

TRES DÍAS DESPUÉS, me encontraba de pie al borde de dos agujeros en el suelo. El cielo estaba gris y lloviznaba. A mamá le habría hecho gracia.

Menudo cliché, habría dicho. *¿No podía el universo hacerlo mejor?*

Pero mamá ya no decía nada.

Los ataúdes bajaron uno a uno. Primero papá, luego mamá. Observé cómo las cuerdas los bajaban a la tierra y no sentí nada. O más bien, sentí *todo*. Tanto que todo se anuló.

Gideon estaba a mi lado, sin hablar ni moverse. No me había dirigido ni una palabra desde el hospital. Ni una sola. Ni cuando identificamos los cuerpos ni cuando elegimos los ataúdes. Ni cuando parientes que ni siquiera reconocía se presentaron en nuestra casa con guisos y condolencias.

Me culpaba. Y tenía razón.

Cuando el último doliente abandonó por fin el velatorio, me quedé de pie frente al espejo, todavía con el vestido negro de luto puesto. Me hice una promesa.

Nada de chicos. Nada de sexo. Nada de amor.

El amor destruye. Ahora lo había aprendido.

Nunca volvería a olvidarlo.

64

RAE

USGS — INFORME DE ACTIVIDAD SÍSMICA

Estación: Brooklyn, Nueva York (Código de red: US-BK)

Fecha: 19 de diciembre de 2025

Hora: 23:58:04 EST

Se han detectado vibraciones anómalas en una zona residencial. Clasificación: No es un terremoto.

Pero algo cambió.

Cuando Lukas regresa, me encuentra sollozando, destrozada, angustiada. Se lo cuento todo. Todo sale de mí en un torrente entrecortado y sin aliento.

Me siento tironeada en tantas direcciones a la vez. Hay anzuelos en cada centímetro de mi piel, tirando, tirando, tirando.

Al final, me derrumbo.

—Te amo, Lukas. Te amo, te amo, te amo.

Se quita la ropa y se desliza dentro de mí, y en el momento en que lo hace, me corro tan fuerte que el mundo se vuelve negro.

CUANDO ME DESPIERTO, estoy desatada y Lukas me acuna contra su pecho. Tiemblo como nunca antes había temblado. Es como si mi alma se estremeciera.

Pero él es tan grande y tan cálido. Aquí estoy a salvo. Él me tiene. Aquí estoy a salvo. Estoy en casa.

Lukas me besa el pelo y me seca las lágrimas secas. —Te amo, Rae Everett. Cuidaré de ti. Lo juro por Dios, siempre lo haré.

65

RAE

MUSEO NACIONAL DE ARQUEOLOGÍA, NÁPOLES (Exposición 4.12)

Molde de yeso, dos figuras abrazadas. Recuperado en Pompeya, 1748.

A menudo llamada "Los amantes", aunque su identidad sigue siendo desconocida.

Parece que hemos encontrado el camino al epicentro del universo. Todo gira a nuestro alrededor: estrellas y planetas, cometas y asteroides y naves espaciales alienígenas, sobre un eje anclado justo aquí, en esta cama, donde descanso en el hueco de los brazos de Lukas.

La luz del cielo pasa del negro de la medianoche al gris turbio y al blanco dorado del amanecer, y Lukas sigue abrazándome. Los temblores se van apagando. Las lágrimas también. Mi respiración se calma y los anzuelos se retraen, uno a uno, hasta que vuelvo a ser solo yo.

Limpia, sí, y diferente, tal vez, pero más ligera de lo que he estado en años.

Me giro entre los brazos de Lukas y lo miro. Tiene la barba despeinada y el pelo plateado revuelto. Parece destrozado. Los dos lo estamos. Ha sido una noche muy larga.

—¿Qué significa esto? —susurro.

Lukas me mira. —No lo sé.

Es algo tan poco propio de Lukas. Por alguna razón, eso me hace sentir mejor.

—Pero lo resolveremos juntos —continúa, rozándome la frente con un beso barbudo—. Pase lo que pase. Por muy complicado que se ponga.

Me acurruco más cerca y hundo la cara en la cálida columna de su cuello. Huele a vodka y a sexo, a cigarrillos y al océano.

—Juntos —repito.

—Juntos —repite él.

Me abraza un rato más. Podría quedarme así para siempre. Recuerdo haber oído hablar de esa pareja de Pompeya que se abrazó mientras el volcán descargaba cenizas a su alrededor. Los arqueólogos los exhumaron siglos después, pero seguían sin soltarse.

Así es como me siento. Como si mi vida estuviera estallando en cenizas y fuego infernal y él fuera lo único a lo que me queda aferrarme.

Pero los fénix renacen de sus cenizas, ¿no?

Quizá yo también pueda hacerlo.

Lukas suspira, y cuando lo miro de reojo, veo en su rostro los signos de que hay malas noticias. —¿Qué pasa? —le pregunto.

—Tengo que irme —murmura contra mi cabello—. El mundo ha estado en pausa, pero no seguirá así para siempre. Tengo que

reunirme con mis abogados y con cualquiera que aún me sea leal.

Gimo. —¿Ahora?

—Por desgracia —Su pecho sube y baja bajo mi mejilla—. Kir no se quedará de brazos cruzados. Sea lo que sea lo que esté planeando, tengo que adelantarme. Se ha quedado con la empresa y se la puede quedar, pero hay más cosas a las que podría aspirar si así lo decide. Tengo que asegurarme de que estás a salvo.

Sé que tiene razón. Ninguno de nuestros problemas se ha resuelto por arte de magia solo porque hayamos pasado la mayor parte de la semana escondiéndonos de la realidad. El mundo exterior sigue ahí fuera, afilando sus cuchillos.

—De acuerdo —digo, aunque cada célula de mi cuerpo me grita que me enrosque en él como un koala y me niegue a soltarlo—. Haz lo que tengas que hacer.

Lukas me levanta la barbilla y me besa. —Volveré antes de que anochezca —promete.

Y entonces se ha ido.

Me quedo tumbada un rato. Estoy agotada, sobre todo porque me pasé media noche al borde de un orgasmo cruelmente negado, pero también porque terminé recibiendo el impacto emocional equivalente al del autobús descontrolado de la película *Speed.* Todo me duele de una forma extraña. Quiero llorar como un bebé.

Renacer no es una sensación agradable; pregúntale a cualquier recién nacido que llora. Pregúntale a Lukas cuando lloraba en esas escaleras. Esta mierda *duele.*

Pero también se siente bien.

Al final, me levanto a duras penas de la cama y me arrastro hasta el baño. Por desgracia, el espejo no refleja nada que me interese ver. Arreglar el deplorable estado en el que me encuentro no es algo que vaya a pasar ahora mismo, pero hago lo mejor que puedo.

Me doy una ducha rápida y luego me trenzo el pelo como solía hacerlo mamá. Repetir los viejos gestos me sienta bien. Es como un pequeño homenaje.

Una vez que termino la trenza y me vuelvo a poner la ropa, bajo a la cocina. Mientras me como una manzana, saco mi teléfono de un cajón, donde lo dejé tirado hace días después de que Lukas hiciera lo mismo con el suyo. Como era de esperar, está muerto como un clavo.

Encuentro un cargador, lo enchufo y espero a que aparezca el pequeño icono de la manzana. Después de lo que parece una eternidad, la pantalla se ilumina.

Las notificaciones caen en cascada como si fueran el premio gordo de una máquina tragaperras. Mensajes de texto, correos electrónicos, llamadas perdidas... se amontonan unos encima de otros tan rápido que ni siquiera puedo leerlos. El nombre de Jillian aparece unas treinta veces. Correos del trabajo con asuntos cada vez más frenéticos. Alertas de noticias en las que aparece mi nombre. Aparece una notificación de mensajes de voz que dice *"49"*.

¿¡Cuarenta y nueve mensajes de voz?! Por Dios bendito. Eso es como el total de toda mi vida, duplicado de un solo golpe.

Empiezo a revisar primero los mensajes de texto, buscando cualquier cosa que parezca urgente. Los mensajes de Jillian van desde ***"¿¿¿dónde estás???"*** hasta ***"RAE, CONTESTA EL TELÉFONO"*** y ***"Juro por Dios que si estás muerta te voy a matar".*** Hay cierto consuelo en su coherencia, si no en su lógica.

Pero entonces veo algo que me inquieta.

LLAMADAS PERDIDAS (11): CENTRO DE RECUPERACIÓN WESTGATE

Toco el mensaje de voz que me han dejado con los dedos entumecidos. Suena en mi oído.

—Sra. Everett, la llama Jessica Moyer desde el Centro de Recuperación Westgate. Me pongo en contacto con usted de nuevo porque figura como familiar más cercano del Sr. Gideon Everett y no hemos podido localizarla. Lamento informarle que su hermano...

El resto del mensaje se desvanece en un ruido estático. O tal vez sea solo la sangre que ruge en mis oídos. Late con un ritmo de dos sílabas, como una acusación, repetida hasta la saciedad.

Ha vuelto a pasar.

Otra vez.

Otra vez.

66

RAE

DESAPARECIDO: GIDEON EVERETT

21 años. Pelo rubio oscuro, ojos marrones, 1,80 m.

Visto por última vez: Centro de Recuperación Westgate, Saugerties, Nueva York. 19 de diciembre.

(917) 525-0148.

Por favor, ayúdenme. Es mi hermano. Es todo lo que tengo.

El teléfono me parece un bloque de hielo contra la oreja mientras vuelvo a marcar. Quizás lo he oído mal. Como si la conexión fuera mala. Solo un extraño caso de malentendido, sin daño, sin falta...

—Sra. Everett, le llama Jessica Moyer desde el Centro de Recuperación Westgate...

No. Lo oí bien la primera vez.

—Me pongo en contacto con usted una vez más porque figura como familiar más cercano del Sr. Gideon Everett y no hemos podido localizarla.

Otra vez.

Otra vez, retumba mi corazón acusador. *Otra vez, otra vez.*

—Lamento informarle que su hermano ha abandonado nuestro centro por su propia voluntad, en contra del consejo médico. Se marchó ayer por la mañana y no hemos podido localizarlo.

No siento alivio, porque no son buenas noticias. Pero saber que está desaparecido, y no muerto, es como recibir un puñetazo en el estómago. Caigo de rodillas en el suelo de la cocina y aspiro aire con un jadeo tembloroso y entrecortado.

Entonces, la desesperación vuelve a arremolinarse en mi interior.

—Dadas las circunstancias de su tratamiento, queríamos informarle que los pacientes que se dan de alta contra el consejo médico durante esta fase de recuperación corren un riesgo significativamente mayor de recaída. Si tiene noticias de Gideon, por favor, anímelo a regresar o buscar un tratamiento alternativo de inmediato. Puede ponerse en contacto conmigo en...

Cuelgo antes de que pueda terminar. "Riesgo elevado de recaída", eso es jerga médica para decir *tu hermano probablemente se esté metiendo una dosis en algún callejón mientras hablamos.*

Me arrastro hasta uno de los taburetes de la cocina. De repente, las piernas no me responden. La manzana a medio comer yace sobre la encimera, con la pulpa ya oscureciéndose donde le di un mordisco. Verla me revuelve el estómago.

He estado *aquí*, en este precioso edificio de ladrillo rojo escondido, felizmente aislada, dejándome tocar, excitar, follar y *amar* hasta el olvido. Y mientras tanto, Gideon…

Gideon estaba...

Gideon estaba *recayendo.*

Salió por esas puertas sin que nadie lo detuviera, porque su hermana, la única persona *que juró que siempre estaría ahí,* la que se suponía que contestaría el teléfono pasara lo que pasara, apagó

el suyo para irse de juerga a Fantasy Land con una bestia vestida de Brioni.

Tuve una elección, y elegí a Lukas. Elegí los orgasmos y las confesiones susurradas y la exquisita tortura de ser deseada tan completamente que el resto del mundo dejaba de existir.

Por eso, Gideon se ha ido.

Apoyo la frente contra la fría encimera de mármol. Las náuseas van y vienen.

Se suponía que debías cuidar de él, susurra una voz que se parece inquietantemente a la de mi madre. *De eso se trataba. Por eso te quedaste. Por eso lo dejaste todo, ¿no es así?*

No puedo esperar. Lukas podría estar fuera durante horas, y cada minuto que paso aquí sentada es otro minuto que Gideon pasa cayendo en picado hacia el fondo.

Me levanto a toda prisa del taburete y abro cajones a tirones hasta que encuentro un bolígrafo y un trozo de papel. Mi letra es horrible.

Gideon se ha ido de Westgate. Me voy a buscarlo. Lo siento. Llamaré cuando pueda.

—Rae

Lo dejo sobre la encimera, donde Lukas lo verá, con la manzana a medio comer encima. Una triste y pequeña escena de crisis doméstica.

Luego cojo mi chaqueta y mi móvil, que está muerto pero cargándose, el veintiuno por ciento de batería tendrá que bastar, y salgo disparada por la puerta.

Tengo que caminar dos manzanas desde el edificio de ladrillo rojo antes de encontrar una calle principal con tráfico de verdad. Levanto la mano en cuanto veo un taxi amarillo y, por algún milagro, se detiene.

—¿Adónde? —pregunta el conductor mientras abro de un tirón la puerta del pasajero y me subo de un salto.

—A Brownsville, por favor. Havemeyer Court y Ashford Spur —Me va a costar una fortuna llegar hasta allí desde aquí, y tendré demasiado tiempo para quedarme sentada con mis pensamientos en espiral, pero esa dirección es el primer lugar al que se me ocurre que podría ir un Gideon en recaída.

Es un viejo antro de drogas en el que solía pasar el rato. No es el tipo de lugar al que me apetezca entrar a toda prisa. Pero, dadas las circunstancias, no es que tenga otra opción.

Haré lo que sea necesario para mantener a salvo a mi hermano.

El conductor gruñe y se incorpora al tráfico. Me desplomo contra el asiento de vinilo agrietado y respiro. A través de la ventana, las casas de piedra rojiza dan paso a las bodegas, y las bodegas dan paso a la gris extensión de la BQE.

Cuando me siento un poco más tranquila, busco el contacto de Gideon y le doy a llamar, aunque ya sé lo que va a pasar. Efectivamente, salta directamente el buzón de voz.

—Hola, soy Gid. Deja un mensaje. O no. Probablemente no lo escucharé.

Suena el pitido y se me hace un nudo en la garganta. Me obligo a soltar con voz entrecortada—: Gideon, soy yo. Sé que te has ido de Westgate. No estoy... no estoy enfadada, ¿vale? Solo necesito saber que estás a salvo. Por favor, llámame. O envíame un mensaje. O envía una paloma mensajera. Lo que sea. Solo... por favor.

Seis horas después, se me han acabado las ideas. He mirado a través de las ventanas sucias de la casa de crack y no he visto nada. El bar donde solía conseguir droga no ha sabido nada de él en más de tres

meses. El banco de Prospect Park donde lo encontré hecho polvo demasiadas veces está, por suerte, vacío.

He vuelto a llamar a Westgate, a su padrino, a los hospitales locales, a los centros de intercambio de jeringuillas. Ninguno tiene ninguna pista.

Mi hermano está perdido en esta ciudad enorme e interminable, y no sé dónde demonios está.

De alguna manera, aún no he llorado. Quizás lloré hasta quedarme sin lágrimas anoche, o quizás solo estoy reprimiendo todas mis emociones. Muy al estilo de Lukas, debo decir.

Pero siento que las lágrimas están a punto de brotar ahora que he llegado a un callejón sin salida. Me dejo caer en unos escalones torcidos en medio de la nada y escondo la cara entre las manos.

El hormigón está brutalmente frío a través de mis vaqueros. Una paloma se acerca contoneándose, sin que le importe lo más mínimo mi crisis existencial. Me pregunto distraídamente si es la misma paloma que me vio derrumbarme en la azotea de Lazarev Global. Si es así, debe de pensar que soy un auténtico desastre.

Debe ser bonito ser una paloma. Sin hermanos a los que salvar, sin multimillonarios a los que amar. Lo único que importa son las migas de pan y el cielo abierto.

Alzo la cabeza y miro la puesta de sol. A través de mis ojos llorosos, es un hipnótico caleidoscopio de belleza mandarina. Me pregunto si Gideon también la estará contemplando, desde dondequiera que esté.

Vuelvo a mirar mi teléfono, que cuelga de mi mano. Me queda un cuatro por ciento de batería. Pero cuando deslizo el dedo hacia abajo, veo que tengo una llamada perdida. Debo haber estado hablando por teléfono con los hospitales o donde sea y no haber oído el pitido de llamada entrante.

Esta es de Jillian. Pulso "reproducir" y escucho, con una desagradable sensación que empieza a recorrerme el pecho por razones que no acabo de descifrar.

Al principio, solo se oye su respiración. Suena como alguien que lleva un rato llorando y está intentando con todas sus fuerzas dejar de hacerlo.

Luego, su voz.

—Rae, lo siento.

Pausa. Un sollozo. Un trago de saliva.

—Lo único que te pido es que, cuando lo veas… por favor, no me odies, ¿vale? Por favor, no lo hagas. Te quiero. Es solo que…

Su voz se corta de repente. Miro hacia abajo. Mi teléfono está muerto.

¿Qué ha hecho?

67

RAE

🔴 **APLICACIÓN DEL NYTIMES — ¡ÚLTIMA HORA!**

El multimillonario Lukas Lazarev, buscado en relación con la muerte de su esposa; hallados los restos tras 18 años. Por Jillian Pierce.

Desliza para leer más →

Me levanto de un salto y empiezo a correr.

En realidad no sé lo que estoy buscando hasta que lo veo. Por suerte, la bodega de la esquina tiene un letrero de neón brillante que dice ***ABIERTO AHORA.***

También tiene carteles que dicen ***CERVEZA FRÍA*** y ***PRODUCTOS DE THC DISPONIBLES***, y es buenos saberlo, por si acaso. Me vendrían muy bien unas sustancias que alteren la mente en este momento.

Empujo la puerta con tanta fuerza que la campanilla que hay encima de ella chilla. El chico de aspecto aburrido detrás del mostrador levanta la vista de su teléfono, alarmado. —¿Le puedo ayudar, señorita?

—Un periódico.

—¿Eh?

Estoy sin aliento. Lo intento de nuevo. —Necesito un... un periódico. ¿Tiene el New York Times?

Señala con la barbilla hacia el estante junto a la puerta. —Sí. Por ahí.

Me abalanzo hacia la pila y, en mi prisa, casi tiro un expositor de Takis. Con las manos temblorosas, busco a tientas el ejemplar que está encima de la pila. La mitad superior de la portada trata sobre las negociaciones sobre el mineral enriquecido iraní. Si eso es de lo que Jillian me está advirtiendo, bueno, gracias por el aviso, pero no es realmente tan relevante.

Pero cuando le doy la vuelta a la mitad inferior…

…todo se va al traste.

EL PATRIARCA LAZAREV BUSCADO EN RELACIÓN CON LA MUERTE DE SU ESPOSA; SE ENCUENTRAN SUS RESTOS TRAS 18 AÑOS

Y debajo, en letra más pequeña: ***Investigación exclusiva de Jillian Pierce.***

Me hundo en un asiento, con las piernas cruzadas, justo allí, en el suelo sucio, y empiezo a leer.

NUEVA YORK — Los restos humanos descubiertos el mes pasado en una obra en Astoria, Queens, han sido identificados positivamente como los de Elena Lazareva, esposa del industrial multimillonario Lukas Lazarev, cuya muerte en 2007 a causa de "una breve enfermedad" es ahora objeto de una investigación por homicidio.

La identificación, confirmada el martes por la Oficina del Forense Jefe, ha llevado a la policía de Nueva York a reabrir el caso, de hace dieciocho años, como investigación de homicidio. Fuentes cercanas a

la investigación afirman que el Sr. Lazarev, de 60 años, es ahora el principal sospechoso.

Elena Lazareva, de soltera Sergeeva, fue declarada fallecida en marzo de 2007 a los 42 años, y su marido atribuyó su muerte a "una breve enfermedad". Se celebró un funeral privado, aunque familiares en Rusia dijeron posteriormente a los investigadores que nunca se les informó del servicio ni se les dieron detalles sobre su entierro. No se realizó ninguna autopsia en ese momento, y su certificado de defunción, firmado por un médico que desde entonces ha perdido su licencia médica, indicaba como causa un paro cardíaco.

Los restos fueron desenterrados durante las excavaciones para una nueva urbanización en Northern Boulevard. Los trabajadores descubrieron fragmentos óseos envueltos en láminas de plástico deterioradas a unos dos metros bajo el nivel del suelo. También se recuperaron varios objetos del lugar del entierro, aunque la policía se ha negado a dar más detalles.

Según el informe preliminar del forense, obtenido en exclusiva por The Times, el análisis toxicológico de los restos detectó trazas de barbitúricos en las muestras de tejido. Los hallazgos han llevado a los investigadores a clasificar la muerte como un presunto envenenamiento, aunque el estado de degradación de los restos ha complicado los esfuerzos por determinar la sustancia y la dosis exactas.

"El estado de los restos indica que no se trató de una muerte accidental", afirmó el Dr. Tadeo Chapman, un patólogo forense consultado por The Times. "El método de entierro sugiere un ocultamiento premeditado".

La investigación también se ha visto complicada por la desaparición de Giovanni Ochoa, de 41 años, técnico de la morgue de la Oficina del Forense Jefe, quien fue uno de los primeros en manipular los restos. La esposa del Sr. Ochoa denunció su desaparición tres días después de que los huesos llegaran a las instalaciones. Sus compañeros de trabajo dijeron a The Times que el Sr. Ochoa se

había mostrado "nervioso" en los días previos a su desaparición y que, según se informa, se le había visto hablando con un hombre no identificado fuera del edificio. La policía no ha relacionado oficialmente su desaparición con el caso Lazarev, pero fuentes familiarizadas con la investigación afirman que los detectives están investigando si el Sr. Ochoa pudo haber sido objeto de un ataque debido a su acceso a los restos.

Antiguos empleados del servicio doméstico, que hablaron bajo condición de anonimato, describieron el matrimonio de los Lazarev como marcado por la inestabilidad. "Había discusiones", dijo un antiguo empleado que trabajó en la residencia de los Lazarev entre 2005 y 2007. "Discusiones muy acaloradas. Ella le tenía miedo hacia el final".

[Véase la cobertura relacionada: El imperio Lazarev: una cronología, página A15]

No se pudo contactar con el Sr. Lazarev para recabar sus comentarios. Su abogado, Harrison Miles, emitió un comunicado en el que calificó las acusaciones de "especulaciones infundadas" y prometió "defender enérgicamente contra cualquier cargo".

La policía de Nueva York ha emitido una orden de detención contra el Sr. Lazarev por sospecha de asesinato en segundo grado.

El periódico se arruga entre mis puños. No me doy cuenta de que estoy llorando hasta que la primera lágrima salpica la página.

Hay tantas razones por las que no puedo creer que esto esté pasando. Jillian es al menos dos o tres de ellas.

Mi mejor amiga, mi *alma gemela*, la mujer a la que le he contado todo… *Ella* escribió esto.

Llevaba todo este tiempo investigándolo. Mientras yo me enamoraba de Lukas Lazarev, ella estaba preparando un caso contra él.

Lo siento. Por favor, no me odies.

Ahora el mensaje de voz tiene sentido. Sabía que esto me destrozaría.

Y aun así lo hizo.

Tengo tantas ganas de enfadarme. Pero la cuestión es que…

La cuestión es que nada de lo que escribió es realmente *falso.*

Elena Lazareva *está* muerta. Sus huesos *fueron* enterrados en el suelo. Y el hombre al que amo *es* buscado por su asesinato, por lo que parecen ser motivos muy convincentes.

No es que sea una novedad para mí. Por el amor de Dios, aunque Kir no lo hubiera dicho, el propio Lukas lo confesó. Me dijo literalmente *esta semana* que "se sintió jodidamente bien verla morir". ¿Qué es eso si no una prueba irrefutable?

Lo que se me ha clavado en la cabeza como una astilla rebelde es la sensación de que esta no es toda la historia.

Claro, está impreso aquí en blanco y negro para que todo el mundo lo lea, pero esto no es todo. Esto *no puede* ser todo. Lukas no es un matón maltratador que envenenó a su mujer y tiró su cadáver a una fosa poco profunda porque ya no podía soportar verla. Un hombre así no habría llorado en mis brazos mientras me contaba que había visto cómo se apagaba la luz de sus ojos.

Pero quizá eso es solo lo que quiero creer. ¿Soy una tonta? ¿Estoy demasiado involucrada? ¿Estoy tan enredada con él ahora que ya no puedo ver con claridad?

No lo sé. Quizás el amor realmente te vuelve estúpida.

Si es así, y si resulta que me equivoco, entonces soy la chica más estúpida de Nueva York.

Me siento en el suelo mugriento de la bodega hasta que el chico detrás del mostrador carraspea de forma significativa. Levanto la vista.

—¿Vas a pagar eso? —gruñe.

Rebusco en mis bolsillos con los dedos entumecidos, encuentro un billete de cinco arrugado y lo dejo sobre el mostrador sin esperar el cambio.

Afuera, las farolas se están encendiendo. Hago balance de mi situación. Mi teléfono está muerto, mi hermano ha desaparecido y mi amante es buscado por asesinato. Las cosas van de maravilla.

Sin un destino claro en mente, empiezo a caminar. Mis pies me llevan hacia la entrada de metro más cercana. El torniquete se traga mi último pase de la MetroCard y bajo al andén.

Llega el tren. Me subo. Al principio, entrecierro los ojos para mirar el mapa como si no supiera adónde voy.

Pero eso es mentira. De repente, sé exactamente adónde voy.

De vuelta al edificio de ladrillo rojo.

De vuelta con Lukas.

Porque, a pesar de todo lo que he leído, necesito oírlo de *él*. Necesito mirarlo a los ojos y preguntarle directamente:

¿Mataste a tu mujer?

Y si es así…

¿Por qué?

68

RAE

ESTADO DE NUEVA YORK — TRIBUNAL SUPREMO, CONDADO DE QUEENS

ORDEN DE DETENCIÓN | Expediente n.º 2025-QN-114-CR-00893

EL PUEBLO DEL ESTADO DE NUEVA YORK contra LUKAS LAZAREV

Cargo: asesinato en segundo grado (Ley Penal § 125.25)

El vagón del metro se sacude a través de los túneles. Cada parada parece durar una eternidad y media. Estoy inquieta y nerviosa, y una mujer mayor al otro lado del pasillo no deja de lanzarme miradas preocupadas, probablemente porque parezco haber estado llorando en el suelo sucio de una bodega, lo cual, de hecho, es cierto.

El tren finalmente me escupe en mi parada. Subo las escaleras de dos en dos y salgo al aire frío de la noche. Mis pulmones arden con el frío de diciembre mientras corro. El periódico arrugado sigue apretado en mi puño y pequeños fragmentos de la historia de Jillian siguen dando vueltas en mi cabeza.

No fue una muerte accidental…

También se recuperaron varios objetos...

Orden de detención...

Quizá aún haya tiempo. Si consigo avisarle, podremos ganarnos la oportunidad de resolver esto juntos, tal y como él prometió.

Juntos. Dijo *juntos.*

Yo lo decía en serio. ¿Y él?

Entonces doblo la esquina hacia su calle y me doy cuenta de que ya no habrá nada que podamos hacer juntos.

Llego demasiado tarde.

La calle es un baño de luces rojas y azules intermitentes. Los coches patrulla de la policía de Nueva York están aparcados desordenadamente, bloqueando toda la manzana, junto con sedanes camuflados y un todoterreno negro que solo puede ser del FBI. La cinta amarilla de la escena del crimen acordona los escalones de la entrada del edificio de ladrillo rojo, como puntos mal curados en una herida supurante.

Por si eso no fuera suficiente, los buitres de los medios de comunicación también han olido la noticia.

Las furgonetas de los medios de comunicación se alinean en las aceras, con sus antenas parabólicas apuntando hacia el cielo. Los periodistas empuñan los micrófonos y se empujan para conseguir un buen sitio, junto a los operadores de cámara que buscan la toma perfecta. Reconozco los logotipos: NY1, ABC7, incluso la CNN.

Hemos pasado de las noticias locales de las 5 a una catástrofe nacional.

Me detengo tambaleándome en la esquina, medio oculta detrás de un camión de reparto aparcado. Las piernas me fallan. El periódico arrugado se me resbala de los dedos entumecidos y cae revoloteando a la acera, donde la firma de Jillian me mira fijamente.

Mientras observo, se abre la puerta principal.

Lukas sale del edificio de ladrillo rojo, flanqueado por dos agentes uniformados. Tiene las manos esposadas a la espalda, esas manos enormes y llenas de cicatrices que me abrazaron con tanta ternura hace solo unas horas, ahora atadas con frío acero. Sigue llevando el traje gris oscuro con el que se fue esta mañana, pero ya no lleva corbata y el botón superior de la camisa está desabrochado.

Su rostro no muestra emoción alguna. Ni miedo. Ni ira. Ni remordimiento. Ni vergüenza.

No hay nada en absoluto.

Los periodistas se abalanzan hacia él en cuanto lo ven, gritando preguntas que se funden en un ruido incomprensible.

—Señor Lazarev, ¿mató usted a su esposa?

—Sr. Lazarev, ¿es aquí donde se ha estado escondiendo?

—Sr. Lazarev, ¿qué tiene que decirle a la familia de su víctima?

Él mira al frente y no hace caso a ninguno de ellos.

Los agentes que lo detuvieron lo guían hacia uno de los coches patrulla que esperan. Un reportero descarado le pone un micrófono en la cara y un policía lo aparta de un empujón. Estalla el flash de una cámara. Luego otro.

Y entonces, de alguna manera, a través del caos, el ruido y la multitud que se agolpa a su alrededor, Lukas mira hacia la oscuridad como si supiera exactamente lo que va a ver…

…y sus ojos encuentran los míos.

El mundo se reduce a solo nosotros dos: la bestia esposada, la mujer que lo ama, inmóvil en la esquina.

Vete, parecen decir sus ojos. *Corre.*

No me muevo.

La mano de un agente presiona su cabeza plateada, empujándolo al asiento trasero del coche patrulla. Lukas mantiene mi mirada hasta el último segundo, cuando la puerta se cierra de golpe y el cristal tintado lo oculta de mi vista.

Entonces se ha ido.

El motor arranca. El coche patrulla se aleja de la acera, abriéndose paso entre el mar de periodistas que siguen gritando y chillando hasta que finalmente desaparece.

Me desplomo en el suelo, con la espalda contra una rueda embarrada, el trasero en la nieve derretida, y lloro por todas las cosas que creía que tendría y que me han sido arrebatadas.

Otra vez.

Otra vez.

Otra vez.

69

RAE

RELACIONES PÚBLICAS DE LA POLICÍA DE NUEVA YORK — ACCESO DE LA PRENSA

MEDIOS ACREDITADOS EN EL LUGAR DE LOS HECHOS:

NY1, ABC7, CNN, NBC, FOX5, CBS, AP, Reuters, NY Post, Daily News…

Pero no puedo llorar sola por mucho tiempo.

—¡Oye! ¿Eres…?

Levanto la cabeza de golpe, con las mejillas mojadas ardiendo por el frío, y veo a un tipo con una chaqueta acolchada que se abre paso entre el tumulto de los medios. Lleva una acreditación de prensa colgando del cuello y el reconocimiento le ilumina el rostro como si acabara de ganar la lotería.

—¡Es ella! —grita por encima del hombro a sus compañeros, señalándome directamente con un dedo mugriento—. ¡Es la mujer de la subasta! ¡La chica de los cinco millones de dólares!

Oh, no.

No, no, no, no, no.

Esto es lo último que necesito ahora mismo.

Pero ya no hay forma de volver atrás. La horda gira al unísono. Docenas de cabezas se vuelven hacia mí. Los objetivos de las cámaras brillan bajo las farolas como los ojos de depredadores que acechan entre la maleza.

Me levanto a toda prisa, pero tengo las piernas agarrotadas y la acera está resbaladiza por el aguanieve medio derretida. Ni siquiera consigo ponerme de pie antes de que se abalancen sobre mí. Ahora me toca a mí sentirme abrumada por la multitud entrometida.

—¡Srta. Everett! ¡Srta. Everett, puede confirmar su relación con Lukas Lazarev?

—¿Sabía usted del asesinato de Elena Lazareva? ¿Lo está ayudando a ocultarlo?

—¿Cuánto tiempo lleva acostándose con un presunto asesino?

Los micrófonos se me acercan a la cara desde todos los ángulos y los micrófonos de brazo se balancean sobre mi cabeza como si intentaran cortármela. El flash de la cámara de alguien se dispara a quemarropa y me sobresalto, levantando el brazo para protegerme los ojos.

Intento balbucear—: Yo... por favor, solo necesito...

Pero son implacables. Siguen lloviendo más preguntas, cada una más fuerte que la anterior.

—¿Sabía de la investigación cuando asistió a la gala benéfica?

—¿Alguna vez Lazarev habló con usted de matar a su esposa?

—Srta. Everett, algunas fuentes dicen que usted era su asistente. ¿Se trataba de una relación en el trabajo?

Intento abrirme paso, pero me rodean tan de cerca que apenas puedo respirar. Cada vez que me muevo a la izquierda, alguien me bloquea. Cada vez que me muevo a la derecha, otro cuerpo aparece para cortarme la vía de escape. Sus preguntas se superponen en una cacofonía, un muro de ruido que me hace palpitar el cráneo. Siento como si estuvieran dentro de mi cabeza, gritándome.

—Por favor —jadeo—. ¡Por favor, déjenme pasar!

Nadie me escucha. ¿Por qué iban a hacerlo? Para ellos no soy una persona. Soy *contenido*. Soy *clics*. Soy la jugosa nota al margen de la tragedia principal, la joven ingenua que se enredó con el monstruo.

No puedo evitar preguntarme: *¿eso es lo que soy también para Jillian?*

Una mujer con el pelo teñido de colores chillones me pone una grabadora debajo de la barbilla. —¿Lo quería? ¿Todavía lo quiere?

Abro la boca, pero no me sale nada.

—No hacer comentarios siempre significa que sí —murmura alguien, y una oleada de risas sombrías recorre la multitud.

Me abro paso a ciegas, sin importarme ya con quién choco o si les hago daño por el camino. Mi hombro choca contra algo sólido y oigo un insulto, pero no me detengo. No puedo: si me detengo, me devorarán.

Siguen gritando.

—Señorita Everett, ¿cree que él la mató?

—¿Alguna vez le hizo daño?

—¿Teme por su vida?

Unas manos me agarran la chaqueta. Los dedos de alguien se cierran alrededor de mi codo y me libero con un grito ahogado, tropezando, a punto de caerme de nuevo. Los flashes siguen

disparándose, cegándome, y me doy cuenta con creciente horror de que no hay ningún sitio adonde ir. Me han rodeado por completo.

Hasta que un coche negro frena en seco junto a la acera.

La multitud se dispersa como cucarachas, soltando una sarta de palabrotas, pero a quienquiera que esté al volante, oculto tras unas lunas tintadas, claramente le importa un comino si se rompen un dedo o dos del pie.

El coche se detiene con un chirrido y la puerta del copiloto se abre de golpe. Una cara conocida aparece en el hueco.

—Sube —ordena Kir—. Ahora.

Me quedo paralizada. ¿Estoy despierta? ¿Esto está pasando de verdad? ¿Acaso tengo otra opción? Estoy alucinando, con los circuitos fundidos por el día más largo de mi vida.

Pero ahora que se han recuperado de la aparición sorpresa y se dan cuenta de quién está en el coche, la prensa ha recobrado fuerzas. Me rodean, gritando preguntas que se confunden unas con otras. Asesinato y conspiración y cadáveres ocultos y veneno y sexo tórrido y escandaloso.

La mano de Kir se asoma por la puerta abierta y se cierra alrededor de mi muñeca. Su agarre es de hierro, pero no cruel. Sus ojos grises no parpadean.

—Rae —dice, lo suficientemente bajo como para que los periodistas no oigan—, súbete al coche. Sé dónde encontrar a tu hermano.

En ese momento, todo se detiene.

Los gritos se desvanecen hasta convertirse en ruido de fondo. Los flashes de las cámaras se transforman en estrellas lejanas. Lo único que veo es el rostro de Kir, mortalmente serio, esperando mi respuesta.

Gideon.

Kir sabe dónde está.

¿Cómo? ¿Por qué? ¡¿Qué?! Las preguntas se amontonan en mi garganta hasta que me siento como uno de esos periodistas entrometidos, pero nada de eso importa ahora mismo. Lo que importa es que mi hermano está ahí fuera, solo y en una espiral descendente, y el hombre que se ofrece a ayudarme es la única opción que tengo.

Esto es una trampa. Tiene que serlo. Pero, ¿qué otras opciones tengo?

Me subo al coche.

La puerta se cierra de golpe detrás de mí y el caos se apaga como si alguien hubiera pulsado el botón de silencio de la realidad. El silencio repentino es casi peor: deja demasiado espacio para que los latidos de mi corazón retumben en mis oídos.

También deja demasiado espacio para que mire a mi alrededor y me dé cuenta de lo que acabo de hacer.

Estoy en un coche con Kir Lazarev. No es precisamente un amigo en este momento. "Enemigo mortal" podría estar más cerca de la verdad, dado su papel en meterme en esta pesadilla.

Sin embargo, no parece el villano de una pesadilla. Sobre todo, parece agotado. Decidido, orgulloso, desafiante, pero agotado.

Le sienta bien. Es el cansancio elegante de un príncipe que está descubriendo lo pesada que es realmente la corona de su padre. Se recuesta contra el asiento, cruza un tobillo sobre la rodilla y se afloja la corbata negra, fina como una navaja. La forma en que me mira está a medio camino entre el triunfo y la lástima. Dice: *He conseguido lo que quería… pero ¿a qué precio?*

—¿Estás bien? —pregunta. Cuando me encojo de hombros sin comprometerme, asiente—. Bueno, prepárate. Nos espera una noche larga.

El coche se aleja de la acera, acelerando suavemente hacia la oscuridad. Echo la vista atrás. A través de las lunas tintadas, veo cómo las luces intermitentes de la horda de periodistas y los coches patrulla de la policía desaparecen de mi vista.

No tengo ni idea de adónde vamos.

No tengo ni idea de lo que va a pasar a continuación.

70

RAE

[ESCRITO A MANO — Pegado a un sobre que contiene 12 000 dólares en efectivo.]

Para la Unidad 16-C. Seis meses pagados por adelantado.

No le digas nada a nadie.

No sé adónde vamos. Serpenteamos por calles que no reconozco y tomamos giros que parecen diseñados para desorientarnos.

Kir no habla y yo no hago preguntas. Estoy demasiado agotada para hacer preguntas.

Al final, bajamos a un garaje subterráneo debajo de un bloque de apartamentos que nunca había visto antes. El coche se detiene y Kir abre la puerta.

—Vamos.

Lo sigo. Tengo las piernas entumecidas por el frío, por haber corrido y por haber llorado, así que al principio me tambaleo y tengo que aferrarme a él para no caerme. Me agarra por el codo y me endereza, pero luego, extrañamente, retira la mano de golpe, como si no le estuviera permitido tocarme.

Dando media vuelta, me lleva hacia un ascensor de servicio escondido en el rincón más alejado del garaje. Teclea un código en un teclado y las puertas se abren con un silbido neumático.

Subimos en silencio. Estoy tan cansada que ni siquiera puedo mantener la cabeza erguida. El mundo ha adquirido un matiz inquietante, surrealista, como de Technicolor, y tengo que pellizcarme una y otra vez para asegurarme de que no estoy soñando.

Cuando las puertas se abren de nuevo, nos encontramos en un pasillo largo y sin ventanas, pintado del color de la nada. Moqueta beige, paredes beige, techo beige. Es como si el lugar hubiera sido diseñado a propósito para ser olvidado. No hay ni una sola corona ni ningún adorno en ninguna de las puertas. Empiezo a preguntarme si alguien vive aquí.

Kir camina delante de mí. Se le ve alto y delgado con su traje negro, como si Jack Skellington fuera un apuesto heredero empresarial con un sentido del estilo increíble.

No sé por qué me doy cuenta de eso ahora; empiezo a preocuparme de que mi cerebro pueda estar estropeado. Supongo que eso es lo que le pasa a una chica cuando la atan y la excitan hasta que llora. Y también todo *lo demás que me ha pasado hoy.*

Pero es realmente guapo. Y, sin embargo, tan triste. Me pregunto si el amor podría curar lo roto en él y, si es así, quién es la persona adecuada para darle ese amor.

Estoy tan absorta en mis pensamientos que choco de frente con él cuando se detiene sin previo aviso. Una vez más, me sujeta para evitar que me caiga, y una vez más, retira las manos de mí tan pronto como puede y se las vuelve a meter en los bolsillos.

Dándose la vuelta, Kir se dirige hacia la puerta sin letrero. Saca una llave del bolsillo, la abre y empuja la puerta.

—Pasa tú primero —dice.

Trago saliva nerviosamente y entro.

Me siento confundida a primera vista. El apartamento está limpio y ordenado, pero escasamente amoblado. Tiene lo básico, un sofá, una mesita de centro y una pequeña cocina en la esquina, pero ni una sola cosa que permita identificar quién vive aquí o por qué Kir me ha traído aquí.

Hasta que el hombre sentado en el sofá, con los codos apoyados en las rodillas y la cabeza entre las manos, levanta la vista hacia mí y me doy cuenta de quién es.

—¡Gideon!

Parece estar bien, pero cansado. Su pelo rubio oscuro está grasiento y su mandíbula está cubierta de barba incipiente. Las ojeras le rodean los ojos como moratones.

Pero está *aquí*. Está vivo, no muerto en algún callejón con una aguja en el brazo.

—¿Rae?

Nos encontramos a mitad de la habitación. Me levanta en brazos como siempre y me da un fuerte abrazo. Mi cara se hunde en su cuello mientras lo aprieto con todas mis fuerzas.

La última vez que recuerdo haberlo abrazado así, abrumada por tanto miedo y desesperación, ni siquiera podía mantenerse erguido. Ese fue el fondo del pozo: encontrarlo en el baño de un desconocido, semiconsciente, con la piel del color del papel de impresora. Cuando derribé la puerta, estaba acurrucado junto al inodoro como si fuera lo único que lo mantuviera atado a esta vida.

Ahora, me aparto lo justo para mirarlo, escudriñando su rostro en busca de los signos reveladores que recuerdo demasiado bien de aquel día. ¿Pupilas dilatadas? ¿Mandíbula floja? ¿Mirada vacía y ausente?

No, no y no. Nada de eso. Sus ojos están claros. Inyectados en sangre y agotados, pero claros.

—Estás bien —susurro—. Dios mío, Gideon, estás bien.

—Sí —dice él—. Rae, estoy bien. Estoy bien, te lo juro. No hice… No hice nada malo, ¿vale? Te lo juro.

—¿Qué ha pasado? —le pregunto con insistencia. Sigo agarrándole los brazos como si fuera a desvanecerse si le suelto—. ¿Por qué te fuiste de Westgate? Dijeron que te habías dado de alta voluntariamente...

—No me di de alta —Gideon frunce el ceño—. Esos… esos *tipos* vinieron —Se pasa una mano por la cara—. Dijeron que me iban a trasladar a un nuevo centro. Tenían toda la documentación y todo eso. Pensé que lo habías organizado tú o algo así, no sé, pero no contestabas al teléfono y ellos insistían mucho, así que me fui con ellos.

Me siento mal. —Gid… Yo no organicé nada.

—Sí, bueno, me di cuenta de eso cuando me trajeron *aquí* en lugar de a otro centro de tratamiento —Señala con un gesto el anodino apartamento que nos rodea—. Han estado… bien, supongo. Me han traído comida, me han dejado ducharme, me han dado ropa limpia y esas cosas. Pero nadie me ha dicho nada.

Su mirada se desliza más allá de mí, hacia donde Kir está de pie en la puerta, con la cara cuidadosamente apartada de nosotros, las manos todavía en los bolsillos.

—Dijeron que vendrías —continúa Gideon. Me mira y me aprieta fuerte las muñecas—. Rae, ¿qué demonios está pasando? ¿Quiénes *son* estas personas?

Antes de que pueda responder a Gideon, Kir da un paso adelante para reunirse con nosotros en medio de la habitación.

—Como puedes ver, Rae, está bien —Suspira y se pasa una mano por el pelo oscuro—. Pero teníamos que asegurarnos de que estuviera protegido —Tras una pausa, añade—: Y *yo* tenía que asegurarme de que me escucharas antes de hacer alguna tontería.

Me giro hacia él, incapaz de creer lo que estoy oyendo. —¡¿Secuestraste a mi hermano para llamar mi atención?! ¿Te has vuelto loco…?

—Lo trasladé para garantizar su seguridad durante lo que claramente estaba a punto de convertirse en una tormenta mediática —Kir se encoge de hombros como si fuera más que obvio que me hizo un favor—. Por cierto, de nada. ¿Te imaginas lo que habría pasado si la prensa lo hubiera encontrado en Westgate? *La amante del asesino y su hermano drogadicto.* Habrían vendido los derechos a Netflix antes de que pudieras pestañear.

Gideon se pone tenso a mi lado. —Oye...

—No pretendo ofenderte —Kir levanta una mano—. Solo expongo los hechos. La cuestión es que él está a salvo, tú estás a salvo y ahora podemos tener una conversación civilizada sobre cómo proceder —Sus ardientes ojos plateados se clavan en los míos—. Porque, te guste o no, Rae, solo hay un camino a partir de aquí. Y, por desgracia… no te gustará.

—No hay ningún camino a seguir que implique que yo te ayude —espeto—. Tu padre está detenido. Has conseguido lo que querías. Felicitaciones. Ahora déjanos ir.

Kir frunce el ceño. —¿Crees que esto es lo que quería? ¿A mi padre esposado? ¿Las acciones de la empresa en caída libre? ¿Todos los medios del país publicando artículos difamatorios sobre el legado de la familia Lazarev? ¿Te parece que eso es lo que alguien llamaría pasarlo bien, Rae?

Se dirige hacia la ventana, que, me doy cuenta, ha sido cubierta con cortinas opacas. Me pregunto si son para impedir que se vea desde

fuera… o para que los que están dentro no puedan ver hacia fuera.

—Esto es un desastre —dice Kir—. Para todos. Yo incluido. Tú incluida.

Apoyo los puños en las caderas. —Ya no veo por qué eso es problema mío. He terminado. Con todo esto.

—No, Rae, no has terminado —Kir se vuelve hacia mí y, de nuevo, me llama la atención lo *cansado* que parece. Agotado de una forma que va más allá de lo físico—*. No puedes* haber terminado. Todavía no.

Gideon se acerca y me protege detrás de él, como si eso fuera a mantenerme a salvo. Es una tontería, pero aun así me hace sentir la emoción en el corazón. Por encima del hombro, murmura—: Rae, ¿de qué está hablando?

—No lo sé —admito—. Pero estoy harta de que los hombres Lazarev sean tan crípticos.

A Kir se le tuerce la boca. —Me parece justo. Entonces, voy a ser directo.

Saca su teléfono y toca la pantalla un par de veces. Luego lo gira para que yo lo vea.

Me inclino hacia delante y entrecierro los ojos para mirar. Cuando me doy cuenta de lo que es, se me para el corazón.

Es una retransmisión en directo. Imágenes de seguridad granuladas, con una marca de tiempo en la parte inferior, como las que se ven en las series policiacas. Muestra una sala de interrogatorios de hormigón con dos sillas metálicas a ambos lados de una mesa metálica a juego. La luz fluorescente, excesivamente brillante, tiñe todo de un enfermizo color amarillo verdoso.

Sentado en una de esas sillas, inmóvil como una estatua, está Lukas.

Tiene las manos apoyadas en los muslos, con las palmas hacia abajo y los dedos abiertos. Sus anillos de plata brillan bajo esa luz desagradable. Su rostro es duro y frío.

Parece tan solo.

—Puedo sacarlo de ahí —dice Kir.

Aparto la mirada de la pantalla. —¿Qué?

—He dicho que puedo sacarlo de ahí. —Kir se guarda el teléfono en el bolsillo y Lukas desaparece de la pantalla—. Tengo mis métodos para hacer desaparecer problemas como este.

—¡Pues hazlo! ¿A qué esperas? ¿Qué te pasa? ¡Es tu maldito padre!

La expresión resignada de Kir se endurece. Se parece más a su padre que nunca. —Hay algo que tienes que ver primero.

Lo miro parpadeando. —¿Qué es?

En lugar de responder, se gira hacia la puerta. —Ven conmigo.

—Eso no es una respuesta, Kir. ¿Qué tengo que ver? ¿Adónde vamos?

Se detiene en el umbral, con una mano en el marco de la puerta. Cuando vuelve a mirarme, lleva una expresión de tristeza que reconozco, porque he visto a Lukas con exactamente el mismo tono de melancolía desgarradora.

—No puedo explicarlo —dice—. No me creerías. Tienes que verlo por ti misma.

La mano de Gideon se cierra alrededor de mi codo. —Rae, no lo hagas. Es obvio que esto es una trampa.

—Todo es obviamente una trampa con esta gente —murmuro.

Pero sigo avanzando hacia la puerta, porque ¿qué otra opción tengo? Lukas se está pudriendo en una celda de detención. Mi

hermano es un rehén en todo menos en el nombre. Y Kir está pendiendo las respuestas como un cebo frente a mí.

Los Lazarev me tienen en sus garras, me guste o no.

Lo único que puedo hacer es seguirles el juego.

—Está bien —digo—. Enséñamelo.

71

RAE

COMISARÍA 20 DE LA POLICÍA DE NUEVA YORK — VIGILANCIA POR CÁMARA

Sala de interrogatorios 3 | Imágenes de cámara: IR-03-B

Fecha: 20 de diciembre de 2025 | 23:48 — 00:09

Sujeto: Lazarev, Lukas A. (renunció a su derecho a un abogado)

Visitante: Lazarev, Kirill L.

¿ELIMINAR ESTAS IMÁGENES?

SÍ | NO

Gideon me promete que estará bien quedándose aquí. Lo dejamos en el apartamento y volvemos al coche que está abajo. Kir me ayuda a subir al vehículo y luego nos saca del aparcamiento.

Salimos del aparcamiento subterráneo y nos adentramos en la ciudad. Parece que todos los demás coches se apartan y todos los semáforos se ponen en verde, como si el mundo nos animara a seguir nuestro camino hacia dondequiera que vayamos.

Que, al parecer, es la comisaría del distrito 20.

Nos lleva por un callejón. Está bloqueado por una verja alta, coronada con alambre de púas, pero un agente de patrulla enmascarado nos espera fuera, en el frío, para abrirnos. Parece que nos esperan. Pasamos y la verja se cierra tras nosotros.

Salgo del coche y miro a mi alrededor. Un viento gélido azota el fondo del callejón. Solo llevo vaqueros y una camiseta con una chaqueta ligera, así que el frío me cala hasta los huesos. Kir se da cuenta y levanta un brazo como si quisiera rodearme con él para darme calor, pero luego se lo piensa mejor y lo retira.

—Vamos.

Lo sigo con paso pesado por el callejón. A mitad de camino, nos detenemos ante una puerta metálica anodina. Kir llama una vez, hace una pausa y vuelve a llamar. Da un paso atrás justo a tiempo para que la puerta se entreabra.

Otro policía nos mira. Este es un detective, a juzgar por el traje de poliéster arrugado y las ojeras. Echa un vistazo arriba y abajo del callejón y luego abre la puerta más de par en par. —Adelante —gruñe.

Kir asiente mientras pasamos y le entrega un sobre grueso del que asoman billetes nuevos de un dólar, que el hombre guarda rápidamente en el bolsillo de su chaqueta.

Nos colamos dentro. La puerta se cierra con un golpe detrás de nosotros, aislándonos del frío y de la noche.

Los pasillos traseros de la comisaría son un laberinto de luces fluorescentes parpadeantes y linóleo rayado. Pasamos por una sala de descanso donde un par de uniformados sorben sus tazas de café. Nos miran con curiosidad, hasta que ven a Kir, momento en el que apartan la vista rápidamente.

Nadie nos detiene. Sea lo que sea lo que Kir le haya dado al detective, ha sido suficiente para ganarnos paso libre por las entrañas de la policía de Nueva York.

El detective nos guía por un pasillo estrecho y se detiene ante una puerta marcada como "***Sala de Observación de Entrevistas n.º 7***". La abre con la llave de un llavero repleto y luego se hace a un lado.

—Tienen veinte minutos —le dice a Kir—. Después de eso, no puedo garantizar nada.

—Es todo lo que necesitamos.

El detective asiente una vez y luego desaparece por el pasillo, dejándonos solos.

Kir abre la puerta y me invita a pasar. Es una oficina pequeña y estrecha, poco más grande que un armario, en realidad. Sobre el escritorio metálico encajonado en una esquina hay un monitor de ordenador anticuado, y en ese monitor…

…*está Lukas.*

Es la misma transmisión que Kir me mostró en el apartamento del refugio donde escondía a Gideon. Lukas sigue sin moverse. Está sentado en ese banco, con la espalda erguida y orgullosa, como un rey en el exilio.

Los píxeles mal renderizados no pueden empañar su brillo. Nada puede, en realidad. Es como volver a verlo por primera vez: se me corta la respiración, porque tengo muy claro que él es lo que se supone que debe ser un *hombre*.

Fuerte ante la adversidad.

Valiente en el fragor de la batalla.

Presente y capaz, feroz y desafiante, hermoso, rudo, intocable.

Lo amo. Por estúpido que parezca, sigo amándolo, incluso después de todo. Es mi Estrella Polar.

Pero.

Pero.

Kir me advirtió que algo se avecina. *No me creerías aunque te lo contara.*

¿Cuántas veces ha intentado el mundo decirme que Lukas Lazarev es una mala idea? Kir, Jillian, el propio Lukas... Una y otra vez me han dicho que no solo es tan malo como dicen las historias, sino que es *peor*. Un asesino. Un tirano. Una bestia sedienta de sangre.

Yo misma leí ese artículo, ¿no? Sé que Jillian nunca mentiría. Se toma su trabajo demasiado en serio. Esos son *hechos.* Su esposa murió envenenada. La enterraron en una tumba sin nombre.

Creía que había más detrás de la historia entonces, y sigo creyéndolo ahora. *Le* creí entonces, y sigo creyéndole ahora.

Pero creer en algo no lo convierte en verdad. Y amar a alguien no lo hace inocente.

—¿Qué vas a hacer? —le pregunto a Kir con voz débil.

Señala la silla plegable de metal colocada frente al monitor del ordenador. —Siéntate y mira. Pronto lo verás —Luego sale de la habitación y cierra la puerta tras de sí.

Me siento en la silla y dirijo la mirada a la pantalla. Por un momento me pregunto si la transmisión se ha interrumpido, porque Lukas no ha movido ni un músculo. Ni siquiera parece estar respirando.

Entonces, la puerta de la sala de interrogatorios se abre de par en par y Kir se cuela dentro.

En la pantalla, veo cómo su figura alta y delgada entra en el encuadre. Cierra la puerta tras de sí y luego se gira para mirar a su

padre. Se queda allí de pie un momento y los dos hombres se miran. Ninguno de los dos deja entrever nada en su rostro.

Entonces Kir suspira, da un paso adelante, saca la silla que hay frente a Lukas y se sienta. Padre e hijo, imágenes especulares el uno del otro, separados por décadas y circunstancias, pero cortados por el mismo patrón.

—Siempre me pregunté qué se sentiría —comienza Kir—, verte en ese lado de la mesa.

Lukas asiente. —¿Cumple con tus expectativas?

—La verdad es que no —Kir se frota la mandíbula con la mano—. Pero es un comienzo.

Lukas ladea la cabeza hacia un lado. —¿Un comienzo de qué, me pregunto?

Kir entrecierra los ojos. —Arreglar las cosas.

—Esa es una declaración de intenciones muy noble para un hombre que acaba de robarme la empresa.

—¡No te he robado una puta...! —Al darse cuenta de que está gritando y levantándose de la silla, Kir se detiene y vuelve a sentarse. Se toma un momento para recomponerse. Se arregla el nudo de la corbata, se alisa el pelo hacia atrás y se ajusta el cierre del reloj. Cuando está listo, vuelve a mirar a su padre—. No he robado nada —repite, más tranquilo esta vez, aunque su voz sigue sonando áspera a través de la transmisión de audio—. Te ofrecí una opción.

—La elegí a ella —dice Lukas.

—Sí —responde Kir—. Lo hiciste. Y mira adónde te ha traído eso.

Lukas no muerde el anzuelo. Pero no aparta la mirada de su hijo, ni siquiera por un segundo. Lo observa con calma, con las manos cruzadas sobre el regazo, con la postura tan erguida como siempre.

Es un milagro que la policía tenga celdas en las que quepa, pienso para mis adentros. Es tan imponente que no puedo evitar preguntarme si podría simplemente arrancar esa puerta de sus bisagras y salir andando si quisiera.

—No estoy aquí para regodearme, ya lo sabes —dice Kir tras un minuto de silencio gélido—. Al contrario de lo que puedas pensar, en realidad no quiero verte pudrirte en la cárcel.

—Qué magnánimo.

—Lo digo en serio. —Kir se inclina hacia delante, con los codos sobre la mesa—. Puedo hacer que todo esto desaparezca. Sabes que puedo.

—Lo que sé —dice Lukas—, es que no organizaste todo esto solo para poder borrar todo y ganarte un favor mío, hijo. Eres más listo que eso. Lo hiciste por una razón.

Lentamente, Kir asiente. —Así es.

Lukas sonríe con sarcasmo. Siguiendo el juego, dice—: ¿Y bien? Somos todo oídos.

Juraría que la mirada de Kir se desvía hacia la cámara durante un segundo. Luego, cruzando una rodilla sobre la otra, dice—: Quiero que me pidas ayuda. Solo por esta vez, quiero que digas esas putas palabras, padre.

Hay silencio. Me vuelvo a preguntar si se habrá cortado la transmisión, porque los dos hombres están tan quietos como estatuas. Entonces, Lukas se inclina hacia delante y apoya los codos en las rodillas.

—Quieres que te *suplique*.

—Suplicar, pedir, ¿qué coño de diferencia hay? —escupe Kir—. Solo admite, por una vez en tu puta vida, que *necesitas* a alguien. No puedes hacer todo solo. Incluso el gran Lukas Lazarev comete errores.

—Este no lo cometeré —responde Lukas en voz baja.

La frustración de Kir es más que evidente. Sus manos no dejan de flexionarse y extenderse en su regazo, y una rodilla ha empezado a moverse arriba y abajo, como un pistón—. ¿Cuántas vidas vas a arruinar antes de tragarte tu puto orgullo, eh? ¿La de mamá? ¿La mía? ¿Ahora también la de Rae?

Un músculo se contrae en la mandíbula de Lukas. La primera grieta en su compostura. —No sabes de lo que estás hablando —dice por fin.

—¿Quién lo sabe mejor que yo? —se ríe Kir—. Me he pasado toda la vida viéndote hacer esto. Encuentras algo hermoso, algo puro, y te convences a ti mismo de que puedes tenerlo sin arruinarlo —Niega con la cabeza lentamente—. No puedes. Nunca has podido. Mamá lo demostró.

Se hace un silencio. Entonces, Lukas dice—: No.

Kir frunce el ceño como si hubiera oído mal. —¿Qué?

—No —repite Lukas.

—¿No qué?

—No quiero tu ayuda, hijo. Me quedaré aquí. Ha llegado el momento.

—No vas a... —Kir se detiene. Está confundido, un hombre tan seguro de tener la mano ganadora hasta que descubrió que estaba jugando a un juego completamente diferente—. ¿Qué demonios quieres decir con que no quieres salir? Te estoy ofreciendo una salida a esto, viejo bastardo testarudo. ¡Te estoy dando exactamente lo que necesitas!

Lukas no se inmuta ni responde. Sus manos siguen tranquilamente entrelazadas en su regazo.

—¿Es orgullo? —exige Kir—. ¿Es eso lo que pasa? ¿Algún tipo de... algún tipo de puto complejo de mártir? ¿Prefieres pudrirte aquí antes que admitir que necesitas mi ayuda?

—No es orgullo.

—Entonces, ¿qué? ¿Terquedad? ¿Rencor? ¡Elige tu puta palabra, papá!

Lukas exhala lentamente. —Ya he dejado de huir de su recuerdo, Kirill.

Kir se pone de pie de un salto, haciendo que su silla chirríe al deslizarse hacia atrás por el suelo de hormigón. —¡No me vengas con esas tonterías! Nunca amaste a mamá —dice con voz ronca—. Y nunca me amaste —Apoya las manos en la mesa y se inclina hacia él —. ¿Y ella qué, eh? ¿Amas a Rae?

El silencio que sigue es el más largo de mi vida. No respiro. No creo que mi corazón lata. Todo se ha reducido a esa pantalla granulada, al hombre de cabello plateado sentado tan quieto en esa pequeña y sórdida habitación.

Lukas se pone de pie. —No.

Me echo hacia atrás en mi asiento como si hubiera atravesado la pantalla y me hubiera abofeteado. ¿No? Pero… pero me dijo que me amaba. Acabamos de pasar una semana sin hacer *otra cosa* que amarnos. Yo… volví a mi pasado y reviví la peor noche de mi vida por él, lo dejé todo por él, y él… él…

—Ella fue una distracción —dice—. Nada más.

No siento las manos. No siento nada. La habitación se ha vuelto gris por los bordes, el sonido es amortiguado, como si estuviera bajo el agua.

Kir levanta la cabeza lentamente. Sus ojos encuentran la lente de la cámara y me miran directamente a través de ella.

No tiene que decir nada para que lo entienda. El mensaje es clarísimo: lo que fuera que creyera que teníamos, lo que fuera que haya sentido en esa casa de piedra rojiza, en esa cama, en sus brazos… fue un sueño febril.

Lukas Lazarev es incapaz de amar.

En la pantalla, Kir le lanza a su padre una última mirada indescifrable. Luego se aleja de la mesa, se arregla la chaqueta y sale del encuadre. La puerta de la sala de interrogatorios se cierra detrás de él con un sordo golpe metálico.

Un segundo después, la imagen se vuelve negra.

72

RAE

LAZAREV GLOBAL — ENTREVISTA DE SALIDA

Sujeto: Everett, Rae

Motivo de la separación:

☐ Renuncia voluntaria

☐ Despido

✓ Desamor

La pantalla permanece en negro. Me quedo quieta.

Sigo esperando el momento en que lo que acaba de decir Lukas empiece a tener sentido. En cualquier momento, mi cerebro se pondrá al día y me explicará cómo es posible que esto sea cierto.

Ese momento no llega.

Mi reflejo me devuelve la mirada desde el monitor apagado. Parezco pálida y con los ojos hundidos. Patético, la verdad. Una mujer que cayó en el truco más viejo: se convenció a sí misma de que un

monstruo podía amarla solo porque se la folló con ternura y le susurró cosas bonitas en la oscuridad.

Una distracción. Nada más.

Le di todo. Mi cuerpo, mi confianza y mi trauma, todo envuelto en un bonito lazo. Me abrí de par en par y dejé que viera las partes más feas de mí: la culpa por mis padres, el miedo a, en el fondo, no ser digna de ser amada, la necesidad desesperada de que me eligiera alguien que no se fuera.

Y él lo tomó todo.

Lo tomó, lo utilizó y ahora está sentado en una celda llamándome *nada*.

Me tiemblan las manos. ¿Cuándo empezaron a temblar? ¿Cuándo dejarán de hacerlo? ¿Cuándo terminará esta pesadilla?

La puerta se abre detrás de mí, pero no me doy la vuelta. Si me muevo, podría hacerme añicos, y no confío en que Kir me ayude a recoger ni uno solo de ellos.

Sus pasos son silenciosos sobre el linóleo. Se detiene en algún lugar detrás de mí, tan cerca como para que pueda oír su respiración. Me preparo para el inevitable *te lo dije* con aire de suficiencia y sonrisa *burlona* hacia el que hemos estado avanzando.

Pero no dice nada durante tanto tiempo que, al final, me obligo a mirarlo.

No se regodea. Tampoco sonríe. Parece casi tan destrozado como me siento yo.

—Pensé que debías saber quién es realmente —explica en voz baja —. Antes de que lo tiraras todo por él.

—¿Por qué te importa lo que yo tire por él?

Sueno como una zorra, pero hace tiempo que dejé de preocuparme por eso. Simplemente estoy muy cansada. Estos hombres Lazarev

me han maltratado y magullado, y creo que ya no me quedan fuerzas para seguir luchando.

Kir no responde durante un largo rato. Se queda allí de pie, con las manos en los bolsillos, mirando fijamente la pantalla en blanco como si esta pudiera ofrecerle algo que yo no puedo. Cuando por fin habla, su voz carece de su habitual tono sarcástico.

—Porque me he pasado toda la vida intentando que ese hombre me quiera. Y nunca, jamás, lo hará.

Tira de la corbata como si le estuviera ahogando.

—No quiero que cometas el mismo error —continúa—. Pensé que quizá si tú también lo veías… —Deja la frase en el aire.

Espero a que siga. Pero Kir solo niega con la cabeza lentamente, como si hubiera renunciado a encontrar las palabras adecuadas.

—Ahora te llevaré de vuelta con tu hermano.

Se dirige hacia la puerta, sin esperar mi respuesta. Me levanto de la silla metálica con unas piernas que parecen pertenecer a otra persona y lo sigo fuera de la sala de observación.

Dejamos atrás la pantalla apagada y todas sus feas verdades.

73

RAE

[Pantalla de bloqueo — iPhone de Rae Everett]

1 mensaje no leído

Jillian💛 (03:01): Sé que ahora mismo me odias, pero [...]

Kir no intenta entablar conversación mientras volvemos. Se sienta al volante, con la mirada perdida y la postura encogida. El resplandor del salpicadero ilumina sus rasgos afilados con una luz azul pálida.

Así parece más joven. Menos como un príncipe corporativo y más como un soldado cansado que ha malgastado su vida luchando en una guerra que nunca pidió.

Debería odiarlo, ¿no? Sí, creo que debería. Probablemente lo haré, con el tiempo, una vez que tenga la energía. Pero ahora mismo, lo único que puedo sentir es un entumecimiento sordo y punzante que se ha instalado en mis huesos como una fiebre baja.

Aparcamos y subimos en el ascensor. Cuando llegamos a la puerta del apartamento, Kir saca la llave y abre. Empuja la puerta, pero no me sigue dentro.

—Mañana mandaré que te traigan algo de comer —dice—. Duerme un poco.

No respondo ni lo miro. Solo cruzo la puerta y dejo que se cierre detrás de mí.

Gideon está exactamente donde lo dejé, encaramado en el borde del sofá como si hubiera estado esperando en el mismo sitio todo este tiempo. Como antes, levanta la cabeza en cuanto entro. Lo que sea que vea en mi rostro hace que se le borre el color de la cara.

—¿Rae? —Se pone en pie en un instante y cruza la habitación corriendo hacia mí—. ¿Qué ha pasado? ¿Qué te ha enseñado?

Podría explicarlo, y me gustaría hacerlo. Las palabras están ahí, en algún lugar, enredadas con todo el dolor y la humillación. Pero cada vez que intento agarrarlas, se me escapan de los dedos.

¿Alguna vez la amaste?

No.

Era una distracción. Nada más.

Mi rostro se desmorona. No quiero que esto pase aquí, delante de él. He estado esforzándome tanto por mantener la compostura, por ser fuerte. Se supone que debo ser la hermana mayor que tiene todas las respuestas. Al fin y al cabo, eso es lo que le prometí a mamá.

Pero mi cuerpo me traiciona y, de repente, lloro tan fuerte que no puedo respirar.

Gideon no hace más preguntas. Simplemente abre los brazos y yo me derrumbo en ellos.

Ahora es más alto que yo... ¿Cuándo ha pasado eso? En algún momento entre las recaídas y los centros de tratamiento, mi hermano pequeño ha crecido. Sus brazos me envuelven, firmes y cálidos, y yo hundo la cara en su hombro.

—Oye —me susurra al oído—. Oye, no pasa nada. Yo te protejo.

Eso solo hace que llore más fuerte. ¿Acaso Lukas no me prometió lo mismo? Me abrazó así, me acarició el pelo así y me susurró esas mismas palabras de consuelo en la oscuridad mientras yo temblaba contra su pecho.

Yo te cuidaré. Yo me encargaré de todo.

Te tengo, cariño.

Te tengo.

Te tengo.

Mentiras, al final. Todo eran mentiras. No eran más que bonitas palabras diseñadas para mantenerme dócil y complaciente, para hacerme creer que era especial cuando en realidad solo era otro juguete más de su colección.

Qué estúpida.

Gideon no me suelta. Solo me abraza más fuerte, con una mano acariciándome la espalda con lentos círculos mientras yo sollozo hasta que me duele la garganta y se me hinchan los ojos y ya no me quedan lágrimas.

—Lo siento —jadeo contra su hombro—. Lo siento mucho, Gid. Todo esto es culpa mía. Estás atrapado aquí por mi culpa, y...

—Basta —me interrumpe—. Sea lo que sea esto, pase lo que pase, no es culpa tuya. ¿Me oyes?

Niego con la cabeza, pero él se aparta lo justo para acunarme el rostro entre sus manos. Sus ojos marrones recorren todo mi rostro.

—Rae, has pasado los últimos seis años cuidando de mí. Siempre has estado ahí cada vez que la he cagado, incluso cuando no me lo merecía. —Sus pulgares detienen el flujo de mis lágrimas—. Déjame cuidar de ti por una vez. ¿De acuerdo? Solo esta vez, déjame ser el fuerte.

Más lágrimas brotan. Asiento y Gideon me atrae de nuevo hacia sus brazos.

Nos quedamos allí de pie, en ese apartamento anodino y anónimo, dos huérfanos aferrándose el uno al otro entre los escombros de nuestras vidas. Podríamos haber permanecido allí para siempre, si no hubiera sido porque sentí que mi teléfono vibraba en el bolsillo.

Lo saco… y casi grito al ver quién me ha enviado el mensaje.

JILLIAN PIERCE

Sé que ahora mismo me odias.

Pero han encontrado algo más junto a los restos de Elena.

Tienes que ver esto antes que nadie.

74

RAE

OFICINA DEL JEFE DE MEDICINA FORENSE

Registro de pruebas

Caso: 2025-ME-11842

Objeto: Diario encuadernado en cuero, recuperado junto con los restos (Lazareva, Elena)

Nadie me mira cuando entro en la cafetería abierta las 24 horas. Es como meterse en un ataúd.

Jillian está en la mesa del fondo, encorvada sobre una taza de café intacta. Tiene un aspecto horrible. Su pelo rojo está lacio y sin lavar, a punto de escaparse de su desordenado moño. Las ojeras marcan la piel bajo sus ojos inyectados en sangre. Su ropa está manchada y arrugada, nada que ver con la imagen elegante que suele mostrar al mundo.

No la había visto así desde el día antes de que me dejara durante un año sin dar ninguna explicación.

Cuando me ve, se le cae el alma a los pies.

—Rae…

Levanto una mano para indicarle que se quede sentada; hoy no nos abrazaremos. Me deslizo en el asiento frente a ella. Siguiendo el ejemplo de Lukas, cruzo las manos sobre el regazo, me enderezo todo lo que puedo y respiro. Me ayuda a centrarme. Aunque no me sienta ni un ápice en paz, al menos puedo *fingir* que lo estoy.

Jillian traga saliva.

Luego mete la mano en su bolso, que descansa en la mesa junto a ella, y saca un sobre de manila. Lo desliza por la mesa de formica hacia mí. Veo que se ha mordido las uñas hasta tan cerca de la raíz que están cubiertas de costras sangrientas.

—Lo siento —susurra—. Quería avisarte antes de la publicación, pero desapareciste y... No es culpa tuya. No lo es. Lo sé —Traga saliva con dificultad, y se le oye un chasquido en la garganta—. Las cosas se me fueron de las manos, mi cielo. Se involucraron poderes superiores, no solo mis jefes, sino gente con verdadera influencia, y todo... se descontroló. Ya no podía controlarlo.

No sé qué siento ahora mismo. Una parte de mí está furiosa con ella. Sabía que me estaba enamorando de Lukas y siguió adelante con esto sin revelarme ni una pizca. Las advertencias siniestras no son lo mismo que decirme toda la verdad.

Pero hay otra parte de mí que lo entiende. Jillian es periodista. Esto es lo que hace. Sigue las historias allá donde la lleven, incluso cuando conducen a lugares desagradables. Incluso cuando la llevan directamente a través de las personas a las que quiere.

Y ella *sí* que intentó avisarme. Varias veces.

Pero yo no quería escucharla.

—Ábrelo —dice, dando unos golpecitos al sobre—. Por favor. Tienes que ver lo que han encontrado.

Dudo. Mis dedos se mueven hacia él, luego se retiran. Hacia él, luego se retiran.

Sea lo que sea lo que haya aquí dentro, no cambiará nada. Ya he perdido al hombre al que creía amar. ¿Qué otro daño puede hacer?

Deslizo el dedo por debajo de la solapa y lo abro de un tirón.

Dentro hay fotocopias. Unas cuantas docenas de páginas, quizá más, reproducidas en un blanco y negro austero. Me doy cuenta de inmediato de lo que estoy viendo.

Un diario. El diario privado de alguien.

El papel está arrugado y dañado por el agua en algunas partes, la tinta se ha desvanecido hasta quedar casi ilegible en algunos puntos. La letra de la primera página es una elegante cursiva con trazos ondulados y un marcado estilo europeo. La fecha en la parte superior dice *3 de marzo de 2007*.

—¿Es esto…?

—De Elena —confirma Jillian en voz baja—. Lo encontraron junto a sus restos.

Paso a la página siguiente. La letra sigue siendo hermosa aquí, controlada y precisa. Pero a medida que sigo leyendo, algo cambia. Los bucles se vuelven menos uniformes. Las líneas se inclinan en ángulos más pronunciados. Las palabras están tachadas, reescritas, tachadas de nuevo. En las últimas páginas, la elegante letra cursiva se ha convertido en algo frenético y apresurado. La letra de una mujer que se desmorona.

—Jillian… ¿cómo has conseguido esto?

La mirada de mi mejor amiga se posa en su café intacto. —Puede que haya cometido algunos delitos menores —Se ríe con voz ronca —. Lo entenderé si quieres escribir tu propia denuncia.

No me río. Su risa se apaga rápidamente.

—Soborné a un técnico forense —explica—. Me costó unos cuantos miles, pero me dejó ver las páginas fotocopiadas antes de que las registraran como prueba.

—Jill...

—Lo sé —Levanta una mano—. Sé lo que vas a decir. Fue poco ético. Sin duda, algo que podría acabar con mi carrera si alguien se entera.

—Entonces, ¿por qué...?

—Porque tenías que verlo —Sus ojos enrojecidos finalmente se encuentran con los míos—. Antes de que la policía decidiera qué partes hacer públicas. O peor aún: qué partes ocultar por completo.

La miro fijamente. —¿Crees que ocultarían pruebas?

—Creo que Lukas Lazarev lleva cuarenta años comprando a policías y jueces en esta ciudad —dice—. Si hay algo en ese diario que contradiga la versión que él quiere contar, desaparecerá en un armario de pruebas y nunca volverá a ver la luz del día.

Se inclina sobre la mesa y vuelve a dar un golpecito a las páginas fotocopiadas.

—Léelo, Rae. Todo. Luego decide por ti misma qué le pasó realmente a Elena Lazareva.

La miro, luego bajo la vista hacia las páginas y vuelvo a mirarla. —¿Qué sacas *tú* de esto, Bean?

Ella se echa atrás, desconcertada. —¿Qué?

—¿Qué ganas tú ayudándome? —Le muestro el sobre—. Podrías presionarme para que te conceda una entrevista, pero no lo estás haciendo. Me estás entregando pruebas que podrían hacer añicos toda tu historia y arruinar tu vida en el proceso. ¿Por qué?

Ocurre lentamente, como ver cómo un edificio se derrumba sobre sí mismo: primero se le caen las comisuras de los labios, luego la mandíbula y, por último, los ojos.

—Tengo miedo —susurra—. Kir…

Se me revuelve el estómago. —¿Qué pasa con él?

—Es demasiado para explicar ahora mismo. Pero él… él quería controlar esta historia. En cuanto se enteró, él… él… —Aferra la taza de café con ambas manos, como si eso fuera a servirle de ancla.

—Pero la publicaste de todos modos —digo.

—Pensé que estaba haciendo lo correcto —dice—. Denunciar a un asesino, ¿sabes? Ser valiente —Se ríe con amargura y niega con la cabeza—. Luego salieron las fotos del arresto, Lukas siendo sacado de la casa y tú mirándolo… Te vi, vi tu cara, y *conozco* esa cara, mi cielo. Supe en ese mismo instante que quizá acababa de destruir la vida de mi mejor amiga por una historia que ya ni siquiera termino de entender.

Estudio su rostro. Ella dice que me conoce, pero yo también la conozco. Jillian es una asesina de pies a cabeza. Oculta cosas, incluso a mí; el año en que desapareció es la principal. Pero he visto todas sus costuras y sus pequeños bordes agrietados. Si hay alguien en el mundo capaz de averiguar si miente u oculta algo, esa soy yo.

No veo ninguna de esas señales.

Lo único que veo es agotamiento. Miedo. Mi mejor amiga, desmoronándose.

—¿Te ha mandado Kir a hacer esto?

Jillian levanta la cabeza de golpe. —¿Qué?

—Todo esto. ¿Es otro de sus juegos?

—Rae, *no* —Se inclina sobre la mesa y me agarra la muñeca. Sus dedos están helados—. No he hablado con Kir desde que se publicó el artículo. Me he estado quedando en casa de mi prima en Jersey, durmiendo con el móvil debajo de la almohada y un cuchillo de cocina en la mesita de noche. Le tengo *pánico*.

La miro a los ojos. Parece que le cuesta muchísimo, pero tampoco aparta la mirada.

—Vale —digo al final—. Vale. Te creo.

Exhala como si llevara días conteniendo la respiración.

De verdad que le creo. De verdad que sí, aunque sea una tontería. Siento como si ella estuviera atrapada aquí conmigo, las dos atrapadas en la vorágine de los Lazarev, y ninguna de las dos supiera cómo nadar hasta la orilla.

Bajo la mirada hacia las páginas del diario. Quizá esta sea nuestra balsa salvavidas.

Abro el diario y empiezo a leer.

75

LUKAS

HACE DIECIOCHO AÑOS

MEMORIAL SLOAN KETTERING

DEPARTAMENTO DE ONCOLOGÍA

PACIENTE: Lazareva, Elena

DIAGNÓSTICO: Leucemia mieloide aguda (LMA), refractaria

PRONÓSTICO: *Desfavorable.*

Aquí se respira más tranquilidad que antes. Antes, Elena estaba siempre en la cocina, y cuando Elena estaba en la cocina, siempre sonaba música; y si sonaba música, eso significaba que Elena estaba bailando.

Así fue como la conocí. Hace dos décadas, ella bailaba sola frente a una tienda de discos en Astoria, absorta en la felicidad y la música. Su vestido rojo se abría en una amplia campana mientras daba piruetas, tropezaba y caía directamente en mis brazos. No la estaba esperando, pero podría haberlo estado. Era como si toda mi vida hubiera crecido en torno a un espacio vacío, y no fue hasta que

conocí a Elena cuando me di cuenta de que ella era lo que ese espacio necesitaba para llenarse.

Ahora, sin embargo, todo está en silencio. Elena ya no tiene fuerzas ni para poner un disco en el tocadiscos. Y desde luego que no puede bailar.

La mesa de la cocina que nos separa está cubierta de papeles. Informes médicos, actualizaciones del pronóstico, resultados de pruebas, cada uno peor que el anterior. Es una mierda que nunca quise aprender a descifrar.

Pero el destino no me ha dejado otra opción.

Ahora podría recitarlos todos de memoria. Sé todas las formas en que su cuerpo le está fallando. En realidad, nos está fallando a los dos.

Leucemia mieloide aguda.

Refractaria al tratamiento.

Pronóstico terminal.

Elena está sentada frente a mí. Su cabello rubio oscuro cuelga lacio sobre sus hombros. Está apagado donde antes brillaba. Sus ojos marrones están hundidos en cavidades profundas, pero siguen siendo intensos y siguen ardiendo con ese fuego obstinado que me enamoró hace veinte años.

Ha perdido tanto peso que su anillo de boda se balancea en su dedo cuando se inclina sobre la mesa para cubrir mi mano.

—Se acabó, Lukas —dice.

No levanto la vista de los papeles. Si la miro, me derrumbaré. Y no puedo derrumbarme. Ahora no. Ella necesita que sea fuerte.

—Una más —gruño—. Hay un nuevo especialista en Suiza que está llevando a cabo un estudio. Es experimental, pero prometedor. Ya he hecho las llamadas...

—No. —Su mano se aprieta sobre la mía. Los huesos se sienten frágiles como alas de pájaro bajo su piel fina como el papel—. No más tratamientos. No más especialistas. Se acabó.

Cierro los ojos. Me duele demasiado como para hacer otra cosa.

—El cáncer no va a desaparecer —dice Elena—. Así que me gustaría tomar una decisión por mí misma, mientras aún me queda algo de dignidad.

—Me estás pidiendo que… —No puedo terminar la frase. Ni siquiera puedo articularla.

—Te pido que me quieras lo suficiente como para dejarme marchar.

Por fin la miro. Me he labrado una vida desafiando las probabilidades. Nadie pensaba que un chico de Rusia pudiera hacer lo que he hecho, alcanzar las cotas que he alcanzado.

Ahora, sin embargo, ella se está consumiendo ante mis ojos, y *no* hay nada, *ni una sola maldita cosa*, que pueda hacer para detenerlo.

No puedo permitirlo.

Me aparto de la mesa con tanta fuerza que mi silla se estrella contra el suelo detrás de mí. —No —gruño—. Mierda, no. Encontraremos otra cosa. Otro médico. Algo de esto tiene que funcionar, mierda.

Elena se limita a mirarme con esa calma exasperante. Conozco esa cara mejor que la mía propia. Es la misma expresión que tenía cuando me dijo que estaba embarazada de Kirill. Cuando aceptó mi propuesta en aquel pequeño y lúgubre apartamento de Brighton Beach. Cuando se puso a mi lado en nuestra boda y me prometió que sería para siempre.

Se suponía que "para siempre" iba a durar mucho más que esto.

—He tomado una decisión, Lu —dice en voz baja—. Necesito que la respetes.

—A la mierda tu decisión. —Ahora estoy dando vueltas, con las manos enredadas en mi pelo—. Volveremos a la radioterapia. El ensayo con venetoclax, el trasplante alogénico… Todo. Juntos.

Nada de lo que digo la conmueve.

Pero no dejo que eso me detenga.

Durante las semanas siguientes, traigo especialistas de todo el mundo: oncólogos de Berlín, investigadores de Singapur, un maldito curandero de Zúrich que afirma que puede curar cualquier dolencia con extracto de muérdago y sesiones de espiritismo.

Todos fracasan y los despido sin piedad.

Luego encuentro otros nuevos y vuelvo a empezar el ciclo.

Elena está demasiado débil para resistirse. Solo cierra los ojos y deja que la arrastre por todo esto. —Me estás torturando —susurra una vez, después de que un examen especialmente brutal la deje temblando y con el rostro pálido sobre la camilla. El oncólogo le había palpado el abdomen con tanta intensidad que había vomitado bilis en una palangana de plástico que yo le sostenía.

Le limpio la boca con un paño. Mis manos están firmes. Mi corazón, todo lo contrario.

—Lo sé —digo—. No me importa.

Cuando uno de los médicos sugiere la donación de células madre como una posibilidad, firmo los formularios sin molestarme en leerlos. Me arranco la camisa y me tumbo boca abajo en la mesa de operaciones mientras me abren.

El dolor es insoportable. Cada intervención deja heridas frescas en mi espalda, cicatrices que se superponen a otras cicatrices. Pierdo la cuenta de cuántas veces me abren. Cuatro extracciones. Siete. Nueve. La anestesia deja de funcionar correctamente, pero les digo que sigan adelante de todos modos.

Cuando Elena ve lo que he hecho, llora. —¡Eres un cabrón egoísta! —solloza, mientras sus delgados dedos recorren los vendajes de mi columna. Estoy tumbado boca abajo porque sentarme es imposible, y ella está encaramada al borde de la cama, con el soporte del suero traqueteando mientras tiembla de rabia—. Te estás destrozando y eso no va a cambiar nada.

Discutimos, y ella se enfada tanto que ya no me deja darle de cenar. Pero tiene razón: las células madre no se adhieren. Su cuerpo las rechaza igual que ha rechazado todas las demás intervenciones a las que lo he sometido. El cáncer sigue extendiéndose, devorándola desde dentro, y todo mi dinero, todo mi poder, toda la violencia que he infligido al mundo… nada de eso importa aquí.

No le hemos dicho a Kirill lo mal que van las cosas. Es mejor así. Cuanto menos vea de esta pesadilla, mejor.

~

El final llega sin previo aviso.

Es una noche fría de marzo. Le estoy arreglando las almohadas, tratando de encontrar un ángulo que no le haga hacer muecas de dolor, cuando su mano se cierra alrededor de mi muñeca.

—Lu. Ayúdame a vestirme.

Sé enseguida de qué se trata. Quiero discutir. Hay un puto milagro ahí fuera, pero no podemos dejar de buscarlo. Pero la miro a la cara y lo *sé*.

En realidad, lo sé desde hace tiempo. Es solo que no podía soportar admitirlo.

Me tiemblan las manos mientras la ayudo a incorporarse. Ahora pesa tan poco. Está vacía. Podría partirla por la mitad sin esfuerzo.

—El rojo —dice—. En el armario. Ya sabes cuál.

Sí, lo sé. Es el vestido de verano que llevaba cuando nos conocimos. Bueno, no es exactamente *el* vestido de verano. Le compré uno nuevo hace años, idéntico al original, porque el primero se había desgastado demasiado con los lavados. Ha mantenido este de repuesto colgado en el fondo del armario, impecable. *Esperando.*

Se lo pongo por la cabeza con toda la delicadeza que puedo. La tela la envuelve ahora. Le queda holgado donde antes se ceñía. Pero cuando doy un paso atrás, la veo, y mi corazón se parte en dos.

Está preciosa. Sigue siendo jodidamente preciosa.

Voy a la cocina y trituro las pastillas que preparamos para esto. Las mezclo en un tarro de compota de manzana, porque su garganta está demasiado débil para tragar cualquier cosa.

Ella está esperando donde la dejé, apoyada contra el cabecero. Cuando me ve, sonríe. Es la primera sonrisa sincera que le veo en mucho tiempo.

Me siento a su lado en la cama. Me tiemblan tanto las manos que la cuchara traquetea contra el borde del tarro. Casi se me cae, hasta que Elena alarga la mano y me agarra la muñeca. Me la sujeta y guía la cuchara hacia su propia boca.

No hablamos de las cosas que más importan. Ya las hemos dicho, una y otra vez, a lo largo de los veinte años que llevamos juntos. Ella me pide que le haga una promesa, y yo le juro que la cumpliré.

—Gracias —susurra una vez que he hecho mi promesa a regañadientes.

Cuando termina de comer, aparto el cuenco. Ella se recuesta contra mi pecho y yo la rodeo con mis brazos, con mucho cuidado con sus frágiles huesos, aterrorizado de hacerle daño incluso ahora, y siento su corazón latir contra mi palma.

Más lento.

Más lento.

Luego, se detiene.

La noche no tiene luna. No queda luz en el mundo.

La llevo envuelta en una manta de lana, acunada contra mi pecho como a una niña dormida. No pesa nada. Menos que nada. El cáncer la vació por dentro mucho antes de que las pastillas remataran la faena.

La tienda de discos ya no existe. Hace años que desapareció. Lo que queda es un solar vacío, cubierto de maleza y botellas de cerveza rotas, rodeado por una valla metálica. La corto con unas tenazas y me cuelo dentro.

Recuerdo este lugar de una forma muy diferente. Recuerdo la luz del sol y la música desbordándose por una puerta entreabierta. Recuerdo a una mujer con un vestido rojo girando como si no supiera que nadie la estaba mirando, como si el mundo entero se hubiera desvanecido y solo quedaran ella y la canción.

La recuerdo tropezando, cómo se tambaleó y cayó directamente en mis brazos, me miró con esos ojos marrones y se rió, como si caer en brazos de un desconocido fuera lo más natural del mundo.

Dios mío, nunca tuve la más mínima oportunidad.

El suelo esta noche está duro por las heladas de principios de primavera. Mi pala se clava en él con un sonido como de huesos masticándose. Excavo en la oscuridad. La sangre caliente empapa mi camisa mientras los puntos de extracción de células madre se abren y sangran.

Mientras excavo, mantengo su promesa en mi mente.

—Kirill nunca debe saber que decidí dejarlo.

Clank. Crunch. Skritch. Shff. El montón de tierra crece. El agujero se hace más profundo.

Quería negarme. El niño se merece la verdad: que su madre lo quería lo suficiente como para ahorrarle la lenta decadencia, las vigilias en el hospital, verla desaparecer poco a poco. Debería saber que ella fue *valiente*, no que estaba destrozada.

Pero Elena me agarró de la mano y me hizo jurar que haría lo que ella me pedía.

Así que lo juré.

El agujero ya es lo suficientemente profundo. La bajo con cuidado, le coloco las extremidades y le aliso la manta sobre los hombros. Quiero que esté cómoda en su último sueño.

Su diario va al final. El libro encuadernado en cuero donde lo anotaba todo, su último regalo para mí. No quiero leerlo. No puedo.

Tampoco Kirill. Kirill nunca.

Juré que nunca lo sabría.

La tierra vuelve a su sitio más fácilmente de lo que salió. La apisono, esparzo hojas secas por la superficie y arrastro un trozo de chapa ondulada oxidada para ocultar la tierra recién removida.

Cuando termino, me quedo allí de pie en la oscuridad, donde Elena y yo nos conocimos, cubierto de sangre y tierra, y siento algo que no había sentido en meses.

Alivio.

Me siento jodidamente bien al saber que ya no sufre.

~

El sol está a punto de salir cuando llego a casa. La cocina todavía huele a la compota de manzana en la que mezclé las pastillas. No

me atrevo a tirar el tarro vacío. No me atrevo a hacer casi nada, salvo subir las escaleras.

La puerta del dormitorio está abierta. Las sábanas siguen enredadas por donde la saqué de ellas. Su almohada aún conserva la huella de su cabeza, la tenue marca de su mejilla.

Me quito la camisa ensangrentada y la dejo caer al suelo. Mi espalda grita de dolor cuando me acuesto en el colchón, no en mi lado, sino en el suyo. La hendidura que su cuerpo ha dejado en la espuma tras meses de consumirse.

Ahora está fría. Todo está frío.

Aprieto la cara contra su almohada y respiro lo que queda de ella.

Y hago una segunda promesa:

Nunca más.

Nunca volveré a darle a otra persona este tipo de poder sobre mí. Nunca volveré a exponerme a esta devastación, a esta aniquilación completa y total de todo lo que creía que era.

Nunca más.

Nunca, nunca más.

MANTENGO esa promesa durante dieciocho años.

Hasta que llega Rae.

76

KIR

HACE DIECIOCHO AÑOS

ESCUELA DALTON — REGISTRO DE AUSENCIAS DE LOS ALUMNOS

Alumno: Lazarev, Kirill A. | 7.º curso

Fechas de ausencia: 15-28 de marzo de 2007

NOTA DEL ORIENTADOR: A su regreso, el alumno se mostró retraído y poco comunicativo. Su rendimiento académico, anteriormente bueno, decayó drásticamente.

Cuando se le preguntó por su madre, el alumno respondió: Se ha ido.

Cuando se le preguntó por su padre, el alumno no dijo nada.

Es de madrugada. Llevo horas en este armario.

Hace mucho que se me han dormido las piernas, pero no las muevo, porque si las muevo, papá podría oírme, y si papá me oye, podría hacerme lo mismo que le acaba de hacer a mamá.

Se suponía que iba a pasar la noche en casa de Cayden, pero Cayden tuvo una intoxicación alimentaria, así que su madre me trajo de vuelta a casa. No llamé para decir que volvía; pensé que quizá podría colarme y gritar *"ibu!"*, y mamá se reiría y me llamaría su pequeño zorro, como siempre hace.

Pero entonces lo vi.

A través de la ventana, lo *vi*.

Papá estaba en la encimera, de espaldas a mí, encorvado sobre algo. Sus hombros no dejaban de temblar. Pensé que quizá estaba llorando, lo cual era raro porque papá nunca llora; papá es de piedra y hielo. Pero entonces se giró de lado y pude ver lo que estaba haciendo.

Estaba triturando pastillas. Pastillas blancas, muchas, las machacaba con el dorso de una cuchara. El polvo caía en un cuenco de compota de manzana.

El puré de manzana *de mamá*.

Papá removió y removió hasta que el polvo blanco desapareció en la papilla amarilla y luego cogió el cuenco y salió de la cocina.

Hacia la habitación de mamá.

Corrí por el pasillo y me metí en el armario que solía ser mi escondite cuando era pequeño y mamá y papá me perseguían por toda la casa, fingiendo ser monstruos.

Ya no soy un niño pequeño, ahora tengo doce años, así que ya no creo en los monstruos. Pero este lugar me seguía pareciendo un buen sitio para pasar desapercibido.

Cerré la puerta detrás de mí y me tapé la boca con ambas manos.

De eso hace ya horas.

Al principio, oí voces al final del pasillo. Papá y mamá. Discutían. Últimamente lo han estado haciendo mucho. Luego se callaron.

Al poco rato, oí pasos. Cuando pegué el ojo a la rendija entre las puertas del armario, vi a papá pasar.

Mamá estaba en sus brazos.

Llevaba puesto su vestido rojo y tenía la cabeza echada hacia atrás, apoyada en el pliegue del codo de papá. Tenía los ojos cerrados, pero la boca ligeramente abierta, como si estuviera a punto de decir algo pero hubiera olvidado qué era.

No se movía.

No se movía *en absoluto.*

Me mordí la mano con tanta fuerza que sentí el sabor de la sangre. El grito se quedó atrapado en mi pecho como un pájaro que se golpea contra una ventana. *Mamá. Mamá. ¡Mamá!*

Papá la llevó por el pasillo. Oí cómo se abría y se cerraba la puerta principal. Luego, nada. Solo la casa asentándose a mi alrededor, crujiendo y gimiendo como si ella también estuviera triste.

No sabía qué hacer, así que me quedé sentado en la oscuridad temblando.

Esa sensación no cambió con el paso de las horas. La noche pasó, pero yo seguía sintiéndome fatal por dentro, como si tuviera gusanos en el estómago.

Papá mató a mamá.

Pero eso no tiene sentido. Papá *quiere* a mamá. *Siempre* la ha querido. Cuando se puso enferma, trajo médicos de todas partes. Le cogió la mano durante los tratamientos. Gritó a las enfermeras que no eran lo suficientemente delicadas.

Pero vi las pastillas. Lo vi triturarlas. Lo vi echarlas en su puré de manzana. Lo vi llevársela como si ya se hubiera ido.

Empiezo a sentirme confundido.

Quizá me equivoqué. Si mamá solo estaba durmiendo, o si papá la llevó al hospital porque empeoró y no tuvo tiempo de llamar a una ambulancia, entonces quizá eso fue todo. Quizá el puré de manzana solo era medicina. Medicina especial que había que triturar.

Sí. Eso es. Tiene que ser eso.

Estoy siendo tonto. Papá nunca le haría daño a mamá. La *quiere*. *Siempre* la ha querido.

Se abre la puerta principal y vuelvo a pegar el ojo a la rendija. Tras unos pasos pesados, aparece papá.

Está solo.

Su camisa blanca ahora está manchada de barro. Tiene las manos asquerosas, con la suciedad incrustada bajo las uñas. Lleva un desgarro en la manga y le sangran los nudillos.

Pasa junto a mi escondite sin mirar.

Y mientras se aleja, veo que su camisa está empapada de sangre, sangre tan roja como el vestido de mamá.

Mamá no está con él.

Mamá no va a volver.

Abro la puerta del armario de una patada. Quiero que mi voz suene enfadada y *fuerte,* como la de papá cuando grita, pero mi voz es demasiado chillona y asustada.

—¿Qué le has hecho a mamá?

Papá se queda paralizado en el pasillo. Me da la espalda y no se da la vuelta. La sangre de su camisa parece casi negra a la tenue luz.

—Kirill —dice—. Se supone que deberías estar en casa de Cayden.

—¿Qué le has hecho a mamá? —le pregunto de nuevo.

Se gira y veo su cara por primera vez. Tiene los ojos llorosos y enrojecidos. Hay suciedad manchada en su mejilla y el pelo se le ha pegado por el sudor.

Ya no se parece a papá. Parece un *extraño*.

—Tienes que volver a la cama, hijo —dice—. Hablaremos por la mañana.

—¡No! —Doy un paso cauteloso hacia él, y luego otro—. Te vi. ¡Vi lo que hiciste! Le echaste pastillas en el puré de manzana. La... la sacaste y no se movía y ahora estás cubierto de...

—Kirill. —Papá levanta las manos—. Escúchame. Tu madre estaba muy enferma. Sufría mucho. Lo que ha pasado esta noche...

—¡La has matado!

Me doy cuenta de que ahora estoy llorando. Las lágrimas calientes me resbalan por las mejillas y no puedo detenerlas, igual que no puedo devolverle la vida a mamá.

—Trituraste esas pastillas y se las echaste en la comida y tú... tú...

Papá da un paso hacia mí. Yo retrocedo tambaleándome.

—¡No me toques! —grito—. ¡No me vuelvas a tocar nunca!

Papá aprieta la mandíbula. Sus ojos se vuelven inexpresivos y fríos, la misma piedra y hielo que he conocido toda mi vida.

—No lo entiendes —dice—. Algún día lo harás.

—Lo entiendo perfectamente —Tiemblo tanto que me castañean los dientes—. Entiendo que mamá se ha ido y que tú eres el que la ha hecho irse.

No lo niega. Esa es la peor parte. Se queda ahí de pie, ensangrentado y destrozado, y no niega ni una sola palabra.

Enderezo la espalda tal y como él me enseñó. Me seco la cara con el dorso de la mano. Y miro a mi padre directamente a los ojos.

—Nunca olvidaré lo que he visto esta noche —le digo. Mi voz ya no suena tan chillona y asustada—. Nunca te perdonaré. Y algún día te haré pagar por lo que le hiciste, aunque me lleve el resto de mi vida.

Papá luce como si hubiera algo que quiere decir.

Pero no lo hace.

Se da la vuelta y se aleja, dejando huellas de barro en el suelo de madera.

77

RAE

Policía de Nueva York, 114.ª Comisaría

Transcripción de pruebas | Caso n.º 2025-ME-11842

Elemento: Diario, p. 38 de 40

Etiqueta de prueba: #2025-ME-11842-DOC-038

Transcripción: *Por fin dijo que sí. Nunca lo he querido tanto.*

Miro a Jillian mientras las lágrimas me resbalan por la cara. Esta podría ser la historia de amor más trágica que he leído en mi vida. Me derrumbo al terminar de leer, reducida a cenizas.

A Elena no la *asesinaron*; la... la llevaron *a la otra vida con amor.* Ella eligió su propio final y lo hizo con tanta dignidad que me deja sin aliento.

Se me parte el corazón por todos los involucrados. Por Elena, que tomó una decisión imposible. Por Lukas, que dio hasta la última gota de su sangre para salvarla. Por Kir, que no podía entenderlo.

Incluso por mí misma, porque ahora lo entiendo *todo.*

Y no tengo ni idea de qué hacer con ello.

Pienso en lo que dijo Lukas en esa celda de detención, con esa voz plana y apagada: *Ella era una distracción. Nada más.*

Ahora es tan obvio lo que estaba haciendo. Estaba protegiendo la última voluntad de Elena, sí, pero también me estaba protegiendo *a mí.* Dejó que su hijo creyera lo peor para poder mantenerme a salvo.

Dios, qué idiota. Noble, autodestructivo y exasperante *idiota.*

Sigue haciendo lo que estas páginas dejan claro que siempre ha hecho: cargar con el peso de todos, los secretos de su difunta esposa, el odio de su hijo, mi futuro. Todo equilibrado sobre esos hombros marcados por cicatrices.

Me levanto de un salto, con un solo pensamiento en la cabeza. —Tengo que decírselo a Kir.

Kir lleva dieciocho años creyendo que su padre asesinó a su madre a sangre fría. Ha construido toda su identidad en torno a ese odio, y una sola mirada a él en esa sala de interrogatorios fue todo lo que necesité para saber que eso lo ha destrozado. No es demasiado tarde, todavía no… pero solo Dios sabe cuándo llegará el "demasiado tarde".

Jillian palidece. El color se le va de la cara tan rápido que me preocupa que se desmaye allí mismo, en la cabina.

—Rae, yo… —Niega con la cabeza, y su pelo rojo le azota las mejillas—. No puedo. No puedo meterme en esto. Kir… Si descubre que fui yo quien te dio el diario, o incluso si solo *piensa* que estoy intentando manipularlo…

—No pasa nada —Alargo la mano por encima de la mesa y le aprieto la mano. Sus dedos siguen helados—. No te estoy pidiendo que vengas conmigo. De hecho, no te pido que hagas nada, salvo mantenerte a salvo.

Me mira fijamente. —¿De verdad vas a hacer esto? ¿Acercarte a Kir Lazarev y decirle que todo lo que cree sobre sus padres es falso?

—Alguien tiene que hacerlo.

—¿Y si no te cree? Podría pensar que mientes para proteger a Lukas.

—Entonces, al menos lo habré intentado —digo—. Eso es más de lo que nadie ha hecho por él en dieciocho años.

Jillian me aprieta los dedos con más fuerza. —Estás loca —susurra —. Lo sabes, ¿verdad?

—Se necesita ser una para reconocer a otra.

Una leve sonrisa se dibuja en su rostro. —Ten cuidado, mi cielo. Por favor. Por las dos.

Me inclino sobre la mesa y le doy un beso en la frente. Huele a café rancio, a agotamiento y a miedo, pero, debajo de todo eso, sigue oliendo a Jillian, a *hogar*.

Luego me doy la vuelta y me voy. Estoy a medio camino de la puerta cuando la televisión sobre la encimera me detiene en seco.

Están dando las noticias locales, ya que empieza la emisión de las 6 de la mañana. El sonido está silenciado, pero los subtítulos se desplazan por la parte inferior de la pantalla. Un titular de última hora domina la imagen en un rojo urgente:

LUKAS LAZAREV HARÁ UNA DECLARACIÓN PÚBLICA SOBRE LA MUERTE DE SU ESPOSA

La imagen cambia a un podio vacío repleto de micrófonos. Los periodistas se empujan para hacerse un hueco detrás de una cuerda de terciopelo. Aparece un nuevo titular que dice: ***Se espera una declaración en menos de una hora.***

Siento un nudo en el estómago.

Va a confesar. Por eso le dijo a Kir que no me quería: estaba despejando el camino, asegurándose de que yo no cayera con él cuando él se hundiera. Lukas va a subirse a ese podio y asumir la

culpa de la muerte de Elena, dejando que el mundo crea que es un asesino, todo para mantener intacto su último deseo.

Kirill nunca puede saber que yo elegí dejarlo.

Si Lukas hace esto, irá a la cárcel. Lo perderá todo: su libertad, su legado y cualquier resto de respeto de su hijo que aún pueda salvarse. Y lo hará de buena gana, porque hace dieciocho años le hizo una promesa a la mujer que amaba.

Arruinará su vida para cumplir su palabra.

A menos que yo llegue a él primero.

78

RAE

OFICINA DE RELACIONES PÚBLICAS DE LA POLICÍA DE NUEVA YORK

COMUNICADO DE PRENSA: PARA SU PUBLICACIÓN INMEDIATA

ASUNTO: Declaración pública de Lukas A. Lazarev

FECHA: 21 de diciembre de 2025 | 7:00 a. m.

El Sr. Lazarev ha solicitado la oportunidad de hacer una declaración pública sobre la muerte de Elena Lazareva. Su asesor legal le ha desaconsejado realizar esta declaración. El Sr. Lazarev ha rechazado el consejo de su asesor.

Salgo disparada del restaurante y corro hacia la entrada del metro más cercana. Las páginas del diario están apretujadas en el bolsillo de mi chaqueta, crujiendo con cada zancada. Subo las escaleras de dos en dos, salto el torniquete y me lanzo al tren justo cuando se están cerrando las puertas.

Mientras el tren serpentea por las entrañas de la ciudad, miro obsesivamente la hora en mi teléfono. Los minutos se desvanecen y

mueren, y solo puedo rezar para que me queden suficientes como para marcar la diferencia.

Cuando por fin llego a la comisaría del distrito 20, estoy jadeando, con un pinchazo que me grita en el costado. El circo mediático ya ha comenzado. Parece diez veces peor que el que se apoderó del edificio de ladrillo rojo cuando lo arrestaron.

Me abro paso entre la multitud, ignorando las preguntas que me gritan y los micrófonos que me apuntan. Estoy a punto de llegar a las escaleras cuando lo veo.

No es Lukas.

Kir.

Está saliendo de un sedán negro, ajustándose los gemelos, con el rostro convertido en una máscara de fría determinación. Aún no se ha fijado en mí.

—¡Kir! —grito—. ¡Espera!

Se gira al oírme llamar su nombre. Cuando me ve, frunce el ceño, casi como si lo decepcionara que yo siga queriendo estar siquiera en el mismo código postal que su padre.

Le agarro del brazo antes de que pueda moverse. Intento explicarle, pero ahora mismo ni siquiera estoy respirando lo suficiente como para que mi cerebro funcione, y mucho menos para contar toda esta espinosa historia de forma concisa y coherente.

—Tu madre llevaba un diario... lo enterraron con ella... Estaba enferma, Kir, se estaba *muriendo*, y le pidió que... las pastillas no eran... él no... ella quería... Se lo *suplicó*, y él solo lo hizo porque ella le hizo prometer que te protegería de...

—Para —Kir libera su brazo de un tirón y aparta la cara—. No sé a qué juego estás jugando, Rae, pero no me interesa.

—¡No es un juego! Tengo pruebas, tengo el...

Pero él se aleja cada vez más de mí, y los periodistas nos acosan, abriéndose paso entre nosotros como esa agua negra que me cubrió la cabeza cuando estuve a punto de ahogarme en la gruta, con Lukas mirándome desde la orilla.

—¡Kir, *por favor*...!

Las puertas se abren de par en par. Él desaparece en el interior sin mirar atrás.

Espero un segundo.

Luego entro tras él.

Si fuera reinaba el caos, dentro es aún peor. Policías y periodistas se empujan con equipos de cámara y curiosos. Me cuelo en la abarrotada sala de prensa justo a tiempo: justo cuando encuentro un hueco para meterme en el fondo de la sala, oigo a un agente empezar a gritar que la sala está llena.

—¡No hay sitio para nadie más! —grita—. ¡Enciendan la tele o lo que sea, pero aquí no entran!

Cierra las puertas de un tirón ante las protestas de todos los que han tardado demasiado en entrar.

Un momento después, las luces se atenúan. Un silencio se apodera de la multitud.

Entonces se abre una puerta y Lukas sube al estrado.

Sus abogados deben haberle traído ropa limpia ahora que ha pagado la fianza, porque su camisa está planchada y su traje es ahora negro como la noche. Su cabello plateado está peinado hacia atrás, lejos de su cara, y su barba, aceitada y reluciente. Los anillos en sus dedos brillan bajo los focos.

Es increíble pensar que antes veía a un monstruo cuando lo miraba. Ahora lo miro y veo mucho más.

Veo a un marido cavando la tumba de su esposa en una noche sin luna, con lágrimas en el rostro, barro en las manos y sangre en la espalda.

Veo a un padre que se aleja de su único hijo para no mostrarle el dolor de amar y perder.

Veo a un hombre. No a un monstruo, a un *hombre.*

Sus ojos grises recorren la sala, pasando por encima del mar de periodistas, el bosque erizado de micrófonos, los objetivos hambrientos de las cámaras y los detectives que esperan devorarlo, enterrarlo bajo la cárcel tan pronto como les dé una razón para hacerlo.

Pronto, esos ojos *me* encuentran.

El resto de la sala desaparece mientras él me mira y yo lo miro a él. Mantiene mi mirada durante un largo y doloroso instante. Veo todo en esos ojos de nubes de tormenta: amor, arrepentimiento, disculpa, adiós. Toda una vida de *lo que podría haber sido* comprimida en una sola mirada.

Entonces, su mirada se desplaza. Se posa en Kir, de pie, rígido, a unos pasos de distancia.

Padre e hijo se miran en silencio. No sé qué le dicen los ojos de Lukas a su hijo, pero parece que dura mucho, mucho tiempo.

Al final, sin embargo, Lukas vuelve a los micrófonos. Se inclina hacia delante. Se aclara la garganta.

—Hace dieciocho años —comienza—, maté a mi mujer.

79

LUKAS

@aaborowski_nyc: ¿por qué es tendencia #lukaslazarev? ¿Qué me he perdido?

@kels_mktg: LA CNN ESTÁ RETRANSMITIENDO EN DIRECTO DESDE LA COMISARÍA. Está a punto de hacer una declaración. Dios mío.

@tikibarfly: "Hace dieciocho años maté a mi mujer" ¿QUÉ?

@danielmrojas: espera, espera, espera, ¿está diciendo que ella estaba enferma? ¿Tenía leucemia?

@aaborowski_nyc: Literalmente acabo de sentarme en mi escritorio con un café y ahora estoy llorando

@tikibarfly: fdasfjdksal;j Me voy a poner físicamente mal

@danielmrojas: Hombre, su HIJO está en la habitación. Su hijo está AHÍ MISMO.

@aaborowski_nyc: Tengo que llamar a mi padre.

La sala estalla.

Se oyen exclamaciones entre la multitud. Los obturadores de las cámaras disparan en una cascada ensordecedora, un destello tras otro que me ciega la vista. Gritan preguntas desde todas las direcciones, solapándose en un ruido sin sentido: *Sr. Lazarev, ¿cómo ha podido*...? *¿Fue premeditado*? *¿Lo sabía su hijo?*

No respondo a ninguna. Me quedo ahí de pie, en el estrado, con las manos cruzadas delante de mí, y espero.

Al final, el ruido se apaga. Siempre lo hace. A la gente se le acaba el aliento. A las cámaras se les agotan las baterías. El apetito humano por el espectáculo tiene límites, aunque esos límites sean deprimentemente altos.

A medida que el caos se calma, me encuentro pensando en cómo acabé aquí.

Hace más de cuarenta años, llegué a este país sin nada más que dinero robado y la voluntad de hacer lo que fuera necesario para sobrevivir. Me abrí camino a duras penas por los bajos fondos de Brighton Beach y construí un imperio sobre cimientos de sangre, huesos rotos y pura y simple terquedad. Enterré a rivales, soborné a funcionarios y forjé un reino que se extendía desde los muelles hasta las salas de juntas.

Era intocable. Invencible. Un dios entre insectos.

Entonces, Elena tropezó y cayó en mis brazos a la salida de una tienda de discos, y aprendí que los dioses pueden sangrar como cualquier otra persona.

Pasé veinte años maravillosos con ella. Esos años estuvieron llenos de música en la cocina y nos dieron un hijo que, al menos durante un tiempo, me llamaba*,* a *mí*, su papá, cuando se encontraba con monstruos a los que había que combatir.

Y entonces llegó el cáncer, y aprendí que algunos monstruos no se pueden combatir.

Lo intenté de todos modos. Mierda, me destrocé a mí mismo intentándolo. ¿Cuánta jodida sangre y carne entregué por ella?

Fuera lo que fuera, habría dado más. Todo, si me lo hubiera pedido.

Pero no lo hizo. Al final, me pidió lo único que no podía negarle. Lo único que me perseguiría por el resto de mis días.

Así que se lo di.

La abracé mientras se iba, la enterré en el lugar donde nos conocimos, guardé su secreto durante dieciocho años y dejé que mi hijo me odiara porque eso era lo que ella quería.

Ahora miro a Kirill, de pie al fondo de la sala. Su rostro es una máscara, pero lo conozco. Incluso después de todo este tiempo, lo *conozco*. Sé el daño que he causado.

Pero también sé que hay promesas que vale la pena cumplir, incluso cuando te cuestan todo.

Al cabo de un rato, la sala se calma. Todos esperan lo que voy a decir a continuación. Los ojos de un centenar de periodistas están fijos en mí, y a través de esos ojos, millones más de sus lectores y espectadores pronto estarán contemplando el sombrío desastre en que se ha convertido mi vida.

¿Y yo? Yo solo miro a Kirill.

—Elena se estaba muriendo —explico—. Había desarrollado un caso terminal de leucemia mieloide aguda. Lo intentamos todo. No fue suficiente.

La sala se ha quedado en silencio. Incluso los periodistas han dejado de gritar.

—Cuando el desenlace quedó claro, me pidió que la ayudara a poner fin a su vida según sus propios términos. Se negaba a morir lentamente delante de nuestro hijo.

Kirill se ha quedado pálido.

—Le dije que no. Durante semanas, le dije que no. Le rogué que siguiera luchando. Habría hecho cualquier cosa por tenerla conmigo un día más, una hora más, un respiro más. Pero ella estaba cansada. Y al final, la quería demasiado como para hacerla sufrir por mi bien.

»Mi esposa, en su último deseo, me pidió que protegiera a nuestro hijo de la verdad. Me hizo prometer que él nunca sabría que ella *había elegido* dejarlo. Mantuve esa promesa durante dieciocho años —Hago una pausa para tomar un largo, largo respiro—. Le fallé de tantas maneras mientras estaba viva. Esta era la única promesa que podía cumplir. Ahora, ya no voy a cumplirla más. No para salvarme a mí mismo, sino porque mi hijo merece saber que su madre lo quería lo suficiente como para marcharse antes de que él tuviera que verla marchitarse.

Kir se da la vuelta y empieza a abrirse paso entre la multitud hacia la salida. Lo veo marcharse, a mi hijo, mi sangre, mi mayor fracaso, y no intento detenerlo. Necesita tiempo. Acaban de arrancarle dieciocho años de odio, y no puedo esperar que lo asimile en el transcurso de una rueda de prensa.

Pero hay alguien más que necesita escuchar lo que tengo que decir a continuación.

Ahora le toca a Rae. Está de pie, cerca del fondo de la sala, con el rostro surcado por las lágrimas, retorciéndose de un lado a otro mientras ve a Kirill desaparecer tras las puertas. Puedo ver la lucha interna reflejada en sus rasgos: ¿debería seguirlo? ¿Quedarse aquí? ¿Huir de los dos?

No le doy tiempo para decidir.

Me inclino hacia el micrófono. —Tengo un mensaje más. Para la mujer a la que intenté alejar porque me aterrorizaba volver a perder a alguien… Ya no tengo miedo.

Rae se queda paralizada. Sus ojos se encuentran con los míos a través del mar de cuerpos, y veo reflejado en ellos todo aquello de

lo que he estado huyendo.

—Pasé dieciocho años convencido de que amar a alguien era lo peor que podía hacerle. La muerte de Elena lo demostró. Vi cómo la luz abandonaba sus ojos y juré que nunca volvería a dejar que nadie se me acercara tanto.

»Entonces tú, Rae Everett, entraste en mi vida. Intenté alejarte. Te dije que no significabas nada para mí y te traté como si así fuera. Mentí, porque pensé que lo más amable que podía hacer era hacer que me odiaras.

Esos ojos marrones, húmedos de lágrimas, siguen mirándome.

—Me equivoqué. Lo más amable que puedo hacer es decirte la verdad: que te amo, Rae. Y si me dejas quedarme contigo, te juro esto: te tengo. Te tengo. Te tengo.

80

RAE

ASSOCIATED PRESS — FOTOGRAFÍA

Fotógrafa: Maria Freeman | Personal de AP

Pie de foto: Lukas Lazarev, de 60 años, abraza a una mujer no identificada momentos después de pronunciar una declaración pública en la comisaría del distrito 20 de Nueva York el domingo 21 de diciembre de 2025.

(Foto AP/M. Freeman)

USO: Autorizada para su distribución mundial.

Caos. Cámaras y luces. Gritos y alaridos. Preguntas, preguntas, preguntas.

Y bajo todo eso...

Ya no tengo miedo.

Si me dejas quedarme contigo…

Te tengo.

Te tengo.

Te tengo.

La seguridad policial ya rodea a Lukas, intentando escoltarlo hacia una puerta lateral. Sus abogados se agolpan a su alrededor, pero él aún no se ha ido.

Me abro paso a empujones. Los cuerpos chocan contra mí desde todas las direcciones, pero no me importa a quién haga daño. Soy una mujer poseída, un salmón obstinado que nada contra corriente, una persona muy pequeña con codos muy afilados y muy pocas cosas que me importen ya.

—¡Lukas!

A través de los huecos entre los cuerpos, vislumbro destellos de él: su cabello plateado, la línea de su mandíbula, sus manos, enormes y llenas de cicatrices.

Siguen tirando de él hacia la puerta lateral. En cuestión de segundos, desaparecerá en las entrañas de la comisaría. Tengo quizá treinta segundos, quizá menos.

Echo un vistazo por encima del hombro hacia las puertas principales, donde Kir desapareció hace unos instantes. Acaba de descubrir que toda su vida se basaba en un malentendido; necesita a alguien ahora mismo. Aunque solo sea para ver la prueba con sus propios ojos, necesita los papeles que llevo en el bolsillo de la chaqueta.

Pero al final, solo puedo ir en una dirección.

—¡Lukas! —No me oigo a mí misma en medio del caos. Me abro paso entre el trípode de un camarógrafo y la ancha espalda de un detective. Alguien me pisa el talón y se me sale el zapato, pero no me detengo a ponérmelo; lo alejo de una patada y sigo avanzando descalza—. ¡Lukas!

El suelo es gélido contra mi planta descalza: un zapato puesto, otro perdido, cojeando como Cenicienta al salir del baile. Me deshago del segundo tacón sin perder el paso.

Un agente intenta bloquearme con el brazo extendido. —Señora, tiene que quedarse detrás de...

Me agacho por debajo.

—¡Señora!

—¡Lo siento! —le respondo, aunque no lo siento en absoluto. La puerta lateral está a tres metros. Dos. Uno. Los abogados de Lukas están entrando en fila india, formando un muro de lana grisácea que se interpone entre la única persona de este edificio que importa y yo.

Su cabeza plateada aún se ve por encima de la multitud. Aún no ha pasado del todo.

La puerta es ahora como un portal entre mundos. Si me quedo a este lado, seguiré siendo la Rae de corazón roto que siempre estuve destinada a ser.

Al otro lado está *Lukas.* Lukas Lazarev y todo lo que representa. Hay mucho más riesgo al otro lado de la puerta, pero también es el único lugar que me ofrece algo parecido a una recompensa.

Uno de los policías se acerca a la puerta para cerrarla, y yo grito su nombre una vez más.

—¡Lukas!

Me lanzo al estrecho hueco justo cuando la puerta se cierra de golpe. Me golpea con fuerza en la sien, así que caigo con estrellas girando en mi visión.

—Necesito verlo —jadeo, levantando la vista desde donde me he desplomado sobre mis manos y rodillas—. Por favor. Necesito...

El policía abre la boca para negarse, pero entonces uno de los abogados de Lukas mira hacia abajo, observa la escena y le susurra algo al agente. Este afloja el agarre de la puerta. La puerta se abre más.

Me arrastro a través de ella.

Me apoyo en el trozo de pared más cercano para ponerme en pie. El grupo que se ha reunido me mira boquiabierto como si hubiera perdido la cabeza. Puede que tengan razón, la verdad. Yo misma me siento un poco aturdida.

Todos parecen demacrados y pálidos bajo la luz fluorescente del centro. En cuanto a mí, probablemente tenga un aspecto mucho, mucho peor. Estoy descalza, con el rímel corrido, mareada y posiblemente con una conmoción cerebral.

Y Lukas…

Lukas tiene un aspecto que nunca había visto antes.

¿Qué le queda después de haber perdido todo? Sombras profundas en el rostro. Arrugas más marcadas alrededor de la boca. Sus hombros por fin empiezan a ceder bajo un peso que habría aplastado a cualquier otra persona hace mucho tiempo.

Pero sus ojos… Dios, sus *ojos.*

Son del color de un cielo que no se decide entre la tormenta y la escampada, así que ahora mismo están haciendo ambas cosas a la vez. Me mira como si fuera algo que él mismo mutiló, mató, hizo pedazos, quemó y esparció al viento, solo para encontrarlo de nuevo frente a él. Un milagro. O un fantasma.

—Me mentiste —acuso con una voz ronca y áspera.

Lukas niega con la cabeza. —No. Eso, Rae, fue la primera vez que dije la verdad en dieciocho años.

—No. *Mentiste.* En la celda de detención. Cuando Kir te preguntó si me querías.

Los agentes que lo flanquean han dejado de caminar. Los abogados se han quedado en silencio, como en una biblioteca. Todos miran y esperan a ver qué hará ahora la chica loca y descalza.

—Dijiste que era una distracción —continúo—. Dijiste que no era *nada*.

Lukas no dice nada de inmediato. Solo me mira.

No, no *solo* me mira. Me mira como me miró al otro lado del salón de baile en la gala, cuando yo estaba sola con ese vestido rojo y sus ojos encontraron los míos a través de quinientos cuerpos y mil puntos de luz de la lámpara de araña. Me mira como me miró en la bodega de Burdeos, de pie, tan cerca como para saborear los taninos en su aliento mientras el polvo centenario se arremolinaba entre nosotros y el aire zumbaba con todas las cosas que aún no nos habíamos dicho. Me mira como me miró la primera noche que nos conocimos, cuando se materializó desde las sombras de la planta cincuenta y su mirada se posó en mí, la pequeña Rae Everett, desaliñada, con el pintalabios corrido, aterrorizada, con la blusa por fuera y la dignidad hecha trizas, y me *vio*.

No *a través de* mí. No *más allá de* mí. No en la *superficie* de mí.

Dentro de mí.

—Hubiera dicho cualquier cosa para evitar que Kir te utilizara en mi contra —suspira—. No sabía que estabas mirando.

Su mano se eleva lentamente, como si fuera a acariciar a un animal al que teme asustar, y me toca la cara. Sus dedos marcados por cicatrices acarician mi mandíbula y su pulgar recorre la línea de mi pómulo, donde las lágrimas secas han dejado rastros de sal en mi piel.

—Lo siento —murmura—. Pasaré el resto de mi vida lamentándolo.

Entonces, se inclina y me besa.

Le devuelvo el beso, como si intentara verter seis años de soledad, dolor y abnegación en su boca. Cuando sus brazos finalmente me envuelven, con una mano extendida sobre mi espalda, la otra hundida en mi cabello, atrayéndome con fuerza contra su pecho,

comprendo, con una claridad que disipa todas las dudas y miedos que jamás he albergado, que este es exactamente el lugar donde debo estar.

Aquí.

En ningún otro sitio.

Aquí.

81

RAE

MILES & KAGAN LLP

MEMORÁNDUM DE ESTRATEGIA DEL CASO

Asunto: El Estado contra Lazarev (N.º de ind. 2025-NY-48891)

CONFIDENCIAL Y PROTEGIDO POR EL SECRETO PROFESIONAL

Acabamos en la parte trasera de un sedán negro que esperaba para llevarse a Lukas de la comisaría ahora que ha salido bajo fianza. Uno de los abogados mantiene la puerta abierta. Me subo primero. Lukas me sigue. La puerta se cierra detrás de nosotros y el ruido se apaga.

Lukas me atrae hacia su pecho y hunde la cara en mi pelo. Puedo sentir cómo me aspira con inhalaciones profundas e irregulares.

Acaricio su pecho con la mejilla. Su corazón late fuerte y alto bajo el algodón de su camisa. Cada respiración me eleva y me deja caer de nuevo. Arriba y abajo. Arriba y abajo.

No hablamos.

Hay demasiado que decir. Las páginas del diario de Elena siguen arrugadas en el bolsillo de mi chaqueta. La cara de Kir mientras se

abría paso entre la multitud no deja de aparecer ante mis ojos. Se avecina un juicio, y seguro que será desagradable. Hay cientos de fuegos ardiendo y ni uno solo se ha apagado.

Pero ahora mismo, sus brazos me rodean y los míos lo rodean a él.

Con eso basta.

La casa de piedra rojiza se siente diferente cuando entramos.

El aire sigue viciado y los muebles siguen cubiertos con sus sábanas blancas. Pero hay algo más que se siente más abierto. Quizá sean los fantasmas haciendo sitio.

Lukas atraviesa el vestíbulo. Se quita la chaqueta del traje y la deja sobre el respaldo de una silla tapizada. Lo sigo hasta la cocina, saco un taburete y me siento, mientras él coge la botella de whisky de la estantería que hay sobre el fregadero.

—¿Qué pasa ahora? —le pregunto—. ¿Con los cargos, y con Kir, y… bueno, con todo, supongo?

Los hombros anchos de Lukas se tensan. Apoya ambas manos contra la encimera, con la cabeza plateada inclinada. El silencio se prolonga tanto que empiezo a preguntarme si me ha oído. O si quizá ya se está arrepintiendo de lo que dijo en ese estrado.

Entonces, habla.

—El suicidio asistido sigue siendo ilegal en Nueva York —explica sin levantar la vista—. Mis abogados creen que pueden alegar circunstancias atenuantes, que Elena estaba en fase terminal y sufría, que yo actué por amor y no por malicia, todo eso.

Se gira para mirarme. Las ojeras se ven aún más oscuras bajo la luz tenue de la cocina de la casa de piedra rojiza de lo que se veían en la comisaría.

—Pero habrá un juicio. Será público —Se sirve dos dedos de whisky, pero aún no se lo bebe—. Cada detalle de nuestras vidas será analizado y expuesto para que el mundo lo juzgue.

—*Nuestras* vidas —repito—. Es decir, la tuya y la de Elena.

—Es decir, la tuya y la mía también —Me mira a los ojos—. Lo sabes, ¿verdad? Tú y yo, lo que somos el uno para el otro… ya está ahí fuera. La subasta. La gala. El beso. Nada de eso va a desaparecer.

Ya lo sabía, pero oírlo decir eso lo hace real de una forma que mi propia espiral de ansiedad aún no había conseguido.

—Vendrán a por ti —continúa—. Querrán saberlo todo. Cómo nos conocimos, cuándo empezó, si yo... —Se detiene y traga saliva—. Si te obligué.

—No lo hiciste —protesto de inmediato.

—La verdad no les importará —Deja el vaso sobre la encimera sin haber dado un sorbo—. Lo que importa es la historia que puedan vender. Un multimillonario que te dobla la edad. Un jefe que seduce a su empleada. Su empleada *virgen* —La última parte cae entre nosotros con un ruido sordo y vergonzoso—. La imagen pública no nos favorece.

—¿Desde cuándo te importa la imagen?

—Desde que podría usarse para hacerte daño, Rae.

Trago saliva y subo los pies al peldaño más bajo del taburete. El suelo me hiela las plantas de los pies descalzos.

—¿Y Kir? —pregunto.

Lukas mueve la mandíbula. Coge el whisky y, esta vez, le da un largo trago.

—Kirill acaba de descubrir que lo que lo ha hecho odiarme durante toda su vida adulta era una mentira. O no exactamente una mentira.

Un… malentendido. Uno que podría haber corregido en cualquier momento, pero decidí no corregir.

—Porque Elena te pidió que no lo hicieras.

—Sí, pero accedí. Hice lo que creí que tenía que hacer —Deja el vaso con fuerza sobre la mesa—. Pero, mierda, quizá fui demasiado lejos. Es solo que… Parecía que esa rabia se había convertido de inmediato en una carga demasiado pesada para él. Hasta entonces había sido un chico sensible; por eso Elena me hizo prometer lo que me hizo prometer. Pensaba que el dolor del abandono lo aplastaría de una forma irreparable. Estuve de acuerdo, si no, no lo habría hecho. Odiarme sería más fácil que perderla.

—Así que cumpliste los deseos de tu esposa moribunda e hiciste lo que creíste mejor para tu hijo —resumo—. Él lo entenderá, ¿verdad?

Pero Lukas niega con la cabeza. —Elena me pidió que lo protegiera. No me pidió que lo destruyera.

Cruza la cocina y me toma el rostro entre ambas manos.

—Aún puedes marcharte, Rae. Nadie te culparía. Mierda, la mayoría de la gente te aplaudiría por tener el buen sentido de huir de un hombre como yo.

Cree que está siendo abnegado otra vez, pero yo puedo ver el verdadero motor que subyace a sus palabras. Es el miedo a que finalmente vea que es "un monstruo", como se ha convencido a sí mismo, y lo deje solo en esta cocina vacía, en esta casa llena de fantasmas, con nada más que un vaso de whisky medio vacío y dieciocho años de dolor como compañía.

Pienso en lo fácil que sería. Salir por la puerta principal, parar un taxi, volver a mi pequeño apartamento con el linóleo descascarillado y las ventanas con corrientes de aire. Ponerme unos pantalones de chándal, comer ramen sobre el fregadero, reconstruir la vida tranquila que tenía antes de que todo esto pasara.

Sin multimillonarios.

Sin salas de juntas.

Sin cicatrices.

Sin pecados.

Sería lo más inteligente. Lo más sensato, en realidad.

Por eso sé de inmediato que no lo haré.

En cambio, alzo las manos y cubro las suyas con las mías. —Acabo de besarte en directo por televisión delante de un centenar de periodistas —digo—. Creo que ya hemos pasado la fase de "alejarnos".

Veo cómo la tensión se desvanece de los hombros de Lukas. Sus ojos se iluminan y se humedecen. Entonces me atrae hacia él, me levanta del taburete dejándome sin apoyo, y hunde la cara en la curva de mi cuello.

Por primera vez desde que lo conozco, lo siento temblar.

Le rodeo el cuello con los brazos y me aferro a él.

Nos quedamos así durante un buen rato, balanceándonos sin música, respirando sin hablar. Al final, mis pies vuelven a tocar el suelo. Lukas se echa hacia atrás lo justo para apoyar su frente contra la mía.

Me permito quedarme en su abrazo unos segundos más. Luego digo lo que tengo que decir. —Tenemos que encontrar a Kir, lo sabes. No debería estar solo ahora mismo.

Lukas se pone tenso contra mí. Sigo adelante de todos modos.

—No es inocente en absoluto; sé lo que hizo —Trago saliva—. Pero Lukas… es como tú dijiste: acaba de descubrir que toda su vida se basó en una mentira. Todo lo que creía sobre ti, sobre Elena, sobre *sí* mismo… todo se desmoronó ante una sala llena de desconocidos.

Está sufriendo. Y, si es el hijo sensible que dices que es, en el fondo, necesita algo. Necesita a su *padre,* Lukas. *Te* necesita *a ti*.

—No querrá verme —objeta Lukas—. No todavía. Quizá nunca.

Su mirada se desvía más allá de mí. No está mirando esta cocina; al menos, no esta cocina tal y como está ahora mismo. Si tuviera que adivinar, diría que la está viendo tal y como era hace dieciocho años, con polvo de pastillas trituradas en la encimera y sangre en su camisa y un niño de doce años llamándolo asesino.

Lo estoy perdiendo en la corriente del tiempo y los viejos hábitos.

Pero le agarro la muñeca antes de que pueda alejarse demasiado.

—Lo intentaremos de todos modos. Y, si sigue rechazándote, entonces puede verme a mí —digo.

Lukas baja la mirada hacia mi mano sobre la suya.

—Tengo el diario de Elena —continúo—. Las páginas originales. Jillian me las dio. Meto la mano libre en el bolsillo de la chaqueta y saco las fotocopias arrugadas. Están arrugadas y manchadas de lágrimas, y una esquina está rasgada de cuando me abrí paso entre la multitud en la comisaría, pero se pueden leer. Cada palabra de la elegante letra cursiva de Elena, deteriorándose página a página, sigue ahí—. Merece leerlas él mismo. En sus propias palabras. Merece saber que ella lo quería lo suficiente como para protegerlo de la verdad.

Lukas extiende la mano hacia las páginas. Su mano se cierne sobre ellas, y luego se detiene. —Nunca las he leído —dice—. Las enterré con ella. No pude...

—Lo sé.

Retira la mano. Se le hace un nudo en la garganta. —¿Se las llevarás? —pregunta.

—Sí.

—¿Y si te echa?

—Entonces, las dejaré en su puerta y me iré. Pero al menos las tendrá.

Lukas asiente una vez. —Vale —dice—. Vale.

Se mete la mano en el bolsillo y saca el móvil. Le tiembla la mano mientras abre la agenda y se desplaza por ella. En la pantalla, veo el nombre de Kir justo ahí, justo debajo de otro.

Elena.

Nunca la borró.

Los mira, el nombre de su hijo brillando en la pantalla y el de su difunta esposa justo debajo. Un par de fantasmas que lleva cargando desde hace demasiado tiempo.

Luego, baja el teléfono y me mira. —Voy a ir a buscarlo. ¿Me esperarás?

Cojo su mano, esa que cavó una tumba y trituró pastillas y abrazó a una mujer moribunda y, contra todo pronóstico, aprendió a abrazarme a mí también.

—Sí —digo simplemente—. Te tengo.

82

LUKAS

CIUDAD DE NUEVA YORK — DEPARTAMENTO DE EDIFICIOS

AVISO EN LA OBRA: ORDEN DE SUSPENSIÓN DE OBRAS

Ubicación: Residencia de lujo Astoria, parcela 14-C

Estado: ESCENA DEL CRIMEN ACTIVA — Todas las obras paralizadas

La obra de Astoria está acordonada con cinta policial que chasquea y ondea con el viento invernal. Barreras de plástico rojo rodean el foso de excavación donde encontraron los restos de Elena. El suelo sigue revuelto, y las huellas de neumáticos de los vehículos forenses han convertido el perímetro en barro helado.

Aparco en la calle y apago el motor.

Sin embargo, no salgo del coche de inmediato. Por un momento, me quedo ahí sentado, con las manos en el volante, mientras el motor hace tictac al enfriarse. Contemplando el lugar donde enterré a mi esposa hace dieciocho años.

No tiene el mismo aspecto que la última vez que estuve aquí. A ambos lados se alzan bloques de apartamentos de lujo a medio

construir. Barras de refuerzo que sobresalen al descubierto, hectáreas de cristal, pilotes de acero. Es la gentrificación desarrollándose ante mis ojos, aunque el hallazgo de restos humanos, como es comprensible, ha paralizado la construcción durante un tiempo.

Un cartel desgastado cerca de la verja dice: ***RIVERVIEW RESIDENCES — VIDA DE LUJO — PRÓXIMAMENTE***. Alguien ha pintado con spray la palabra **ASESINO** en rojo sobre él.

No me inmuto. Personas mejores me han llamado cosas peores.

Pero conozco este terreno. Bajo la maquinaria de construcción, la cinta policial y el barro, lo *conozco*. Lo excavé con mis propias manos mientras mi espalda sangraba a través de la camisa y Elena se enfriaba bajo su manta. Conozco cada centímetro de esta tierra maldita.

El viento arrecia. Una lona de plástico se hincha y choca contra un pilar de hormigón. Las ratas y los perros del callejón ladran, chillan y corretean por todas partes.

Con un suspiro, abro la puerta del coche.

El frío me golpea con fuerza. Diciembre en Queens tiene su propio tipo de frío, un frío violento y húmedo que se te mete bajo la piel y se instala en la médula ósea. Me subo el cuello del abrigo y camino a zancadas hacia la fosa.

Ya no hay valla. La policía cortó la original durante la excavación y la sustituyó por una barrera provisional que ya se está curvando sobre sus postes. Paso por encima sin detener el paso.

Mis zapatos se hunden en el fango frío, y el sonido que hace, ese crujido chasqueante y succionante, me lanza hacia atrás en el tiempo con tanta violencia que tengo que dejar de caminar y apoyar la mano contra un pilar de hormigón solo para mantenerme en pie.

Ese sonido. La pala clavándose en el suelo endurecido por la escarcha. El gruñido del esfuerzo. El chorrito caliente y repugnante de sangre que me recorre la espalda por donde se habían abierto las heridas de la extracción.

Respiro. *Inspiro por la nariz. Exhalo por la boca.*

Cuando estoy listo, vuelvo a moverme.

El foso de excavación se abre ante mí, tres metros de paredes cortadas que caen en picado hacia el infierno. Las paredes son toscas, donde las retroexcavadoras y las herramientas forenses han atravesado capas de tierra, dejando al descubierto secciones transversales de arcilla, grava y raíces de árboles cortadas de raíz.

Y allí, sentado en el borde, con las piernas colgando en el agujero, justo donde estaba tan seguro de que lo encontraría, está Kir.

Se ha quitado la chaqueta del traje. Su camisa blanca está sucia, manchada de mugre y Dios sabe qué más, con las mangas subidas por encima de los codos, la parte trasera fuera del pantalón y colgando flácida. Su cabello oscuro se eriza en mechones salvajes. Incluso a seis metros de distancia, puedo ver cómo le tiemblan los hombros.

No está llorando. Kir aprendió hace mucho tiempo a no llorar donde su padre pudiera verlo. Esa es una lección que le enseñé, lo quisiera o no. Una de las mil crueldades involuntarias que he cometido contra mi propia sangre.

Sus pies se balancean lentamente sobre el vacío donde los huesos de su madre yacieron durante dieciocho años. Parece un niño. No el príncipe furioso que intentó robarme mi reino. No el hijo angustiado que me desprecia.

Solo un niño que ha vuelto a perder a su madre.

Hago que mis pasos sean pesados para que pueda oírme llegar, igual que solía hacer en el pasillo frente a su dormitorio cuando era tan

pequeño que le daba miedo la oscuridad.

Solo soy yo, Kirill.

No hay monstruos.

Solo papá.

No me hace caso en absoluto. Sigue mirando fijamente al abismo. Sus piernas se balancean con ese mismo movimiento lento y distraído. De un lado a otro. De un lado a otro.

Me detengo unos metros detrás de él, con las manos metidas hasta el fondo de los bolsillos. —Kirill —digo.

Sigue sin levantar la vista. El viento vuelve a azotar esa lona de plástico contra el pilar. Los segundos se acumulan unos sobre otros, como ladrillos en un muro que ninguno de los dos sabe cómo derribar.

Entonces, mi hijo habla. —Ella te pidió que la dejaras morir. Y tú lo hiciste.

—Sí —digo.

La risa de Kir sale de él como algo asqueroso sacado de una alcantarilla. —Durante dieciocho putos años, me hiciste creer que eras un asesino.

Sus manos se cierran en puños contra el suelo embarrado. —Sí —digo de nuevo.

¿Qué más puedo decir? Hice exactamente lo que Elena me pidió. Cumplí su último deseo y eso destruyó mi relación con mi hijo, y lo volvería a hacer si ella me lo pidiera.

Siempre. Sin dudarlo.

Eso es el amor, ¿no? ¿Cargar el dolor de otra persona para que ella no tenga que hacerlo? ¿Tragarte tú mismo el veneno para que su copa permanezca limpia?

Incluso cuando te destroza a ti.

Incluso cuando también destroza a todos los que te rodean.

Una vez más, se interpone un silencio largo entre nosotros. La paloma que huyó hace un momento regresa para posarse en el borde de una barrera de hormigón. Ladea la cabeza, decide que nuestra miseria no le interesa y se marcha.

Espero. Se me da bien esperar. He pasado dieciocho años esperando este momento, este ajuste de cuentas y, ahora que ha llegado, me siento extrañamente tranquilo. Sea lo que sea lo que Kir tiene para decir, me quedaré aquí y lo aceptaré.

Es lo menos que puedo hacer por mi hijo.

Por fin, Kir vuelve a hablar, tan bajo que el viento casi se lo lleva antes de que me llegue el sonido. —No sé cómo dejar de odiarte, papá.

Todavía no digo nada.

—Te he odiado durante tanto tiempo —dice—. Era lo único que tenía sentido. Y ahora, me estás diciendo que todo eso… no era nada.

Mi rodilla destrozada protesta cuando me agacho al suelo a su lado. El barro empapa mis pantalones al instante y el frío se me mete en los huesos como si me hubiera estado esperando aquí todo este tiempo, tan paciente como la muerte.

Me siento hombro con hombro con mi hijo al borde de la tumba vacía de su madre. No alargo la mano hacia él. Si lo hiciera, se apartaría, y ese gesto me destrozaría más que cualquier cosa que pudiera decirme. Así que me limito a sentarme lo suficientemente cerca como para que nuestros hombros se rocen y él pueda sentir el calor de otro cuerpo a su lado. Lo suficientemente cerca como para que sepa, aunque aún no pueda aceptarlo, que no está solo. Que nunca lo ha estado.

—No tienes por qué parar esta noche —le digo—. No tienes que perdonarme mañana, ni la semana que viene, ni nunca. No te lo pido.

Kir se gira para mirarme. Todo el mundo siempre ha dicho que él y yo nos parecemos, pero tiene la nariz de su madre, fina y altiva.

—Entonces, ¿para qué estás aquí? —pregunta.

Niego con la cabeza. —Por nada. No te pido nada, Kirill. Solo te digo que no me voy a ir a ninguna parte —Señalo el foso—. Tu madre se ha ido. Hace dieciocho años que se fue. Pero yo sigo aquí. Y tanto si me quieres como si no, tanto si me odias como si no, soy tu padre. No me voy a ir a ninguna parte.

Nos sentamos allí mientras las nubes grises se tragan el pálido sol invernal. El frío se hace más intenso. El viento sopla con más fuerza. Estamos al borde de una tumba que ya no es una tumba. Ahora es solo un agujero en el suelo, vaciado por los equipos forenses que embolsaron, etiquetaron y se llevaron todo lo que la tierra aún no había reclamado.

La respiración de Kir se estabiliza a mi lado y sus piernas dejan de balancearse. Al cabo de un rato, sus manos se aflojan sobre el barro helado y quedan extendidas, con las palmas hacia abajo.

Cuando por fin habla, dice—: Llevo tanto tiempo cargando con esto. Verte en su funeral. Verte volver al trabajo como si nada hubiera pasado. Verte convertirte en esta… esta *cosa* a la que todos temen. Yo incluido —Niega con la cabeza, en una mezcla de cansancio y asombro—. Y todo este tiempo, pensé que era el único que sabía lo que realmente eras.

Cierro los ojos. —Lo siento, hijo.

Es patético esperar que esas palabras tan modestas transmitan la enormidad de lo que cada uno de nosotros está sintiendo, pero son todo lo que tengo.

Así que las repito.

—Lo siento, Kirill.

No acepta mis disculpas ni me manda a la mierda, aunque cualquiera de las dos cosas estaría justificada. La cabeza de Kir simplemente se desploma sobre mi hombro.

Su sien descansa allí, y siento un estremecimiento que lo recorre, el temblor de todo el cuerpo de un hombre que libera algo reprimido desde sus doce años.

Rodeo a mi hijo con el brazo y nos quedamos allí sentados, mirando fijamente las sombras del agujero cavernoso.

Mientras lo hacemos, pienso en los espacios vacíos. Hay un abismo debajo de nosotros donde una vez estuvo mi esposa. Hay abismos en mi espalda donde me arranqué pedazos de mí mismo para intentar salvarla. Hay un abismo en el corazón de Kir donde el odio ácido ha vivido durante mucho, mucho tiempo.

Es lo que hacemos como especie. Nos desgarramos a nosotros mismos tratando de llenar lo que falta en las personas que amamos. Vaciamos nuestras espaldas, nuestros corazones, nuestras tumbas, y decimos: *Toma, quédate con esto*.

Nunca funciona. Las piezas nunca encajan del todo. El tejido del donante es rechazado. La rabia no cura. Los muertos siguen muertos.

Pero seguimos cavando de todos modos.

Es tan humano intentarlo.

83

RAE

MONITORIZACIÓN DE LOS MEDIOS: LAZAREV GLOBAL

20/12: DETENIDO UN ASESINO MULTIMILLONARIO — NY Post

21/12: LAZAREV CONFIESA HABER ASESINADO A SU ESPOSA — CNN

21/12: La elección imposible de un marido — Washington Post

22/12: LAS CARTAS DE LAZAREV: El último deseo de una mujer — NYT

22/12: LIBEREN A LAZAREV: La petición en línea alcanza las 500 000 firmas — NBC

23/12: La chica del vestido rojo: una historia de amor que nadie esperaba — Vanity Fair

Recorro la cocina de la casa de piedra rojiza, una vuelta tras otra. Cada vez que me acerco a la encimera, miro de reojo el vaso de whisky que Lukas dejó allí. Tiene una leve huella de labios en el borde por donde bebió, y en mi estado de emociones a flor de piel, estoy casi pensando en posar mis labios en ese mismo lugar, solo para sentirme un poco más conectada con él.

Mi teléfono está sobre la encimera. Aún no me he atrevido a enviarle un mensaje, porque no quiero interrumpir, pero cada segundo que pasa sin que su nombre ilumine mi pantalla me mata un poco más.

Al terminar la vuelta n.º 80 o lo que sea, decido que tengo que hacer *algo* proactivo o me volveré loca. Así que cojo el teléfono. Mi pulgar se dirige al nombre de Jillian.

Ahí me detengo.

Su foto de perfil es una foto del verano pasado en la que salimos las dos apretujadas en una cabina de fotos en Coney Island. Mi cara está medio tapada por su enorme sombrero de sol, pero se nos ve sonriendo, las dos en medio de una carcajada. Parecemos hienas con los dientes al aire, que se quieren más que a la vida misma. Una descripción bastante acertada.

Tengo tantas ganas de llamarla. Si tan solo pudiera oír su voz diciéndome que todo va a salir bien, que el mundo no se acaba y que los cerdos no vuelan, que lo siente y que yo también lo siento y que las dos somos unas idiotas que nos queremos demasiado como para seguir enfadadas… Bueno, eso me tranquilizaría mucho.

Pero incluso con una amistad como la nuestra, arreglarlo puede no ser tan sencillo. ¿Qué le diría siquiera? *Gracias por destrozarme la vida; además, ¿tu artículo puede habérmela salvado?*

Dejo el teléfono en su sitio sin hacer nada.

El edificio de ladrillo rojo cruje a mi alrededor. Las tuberías se asientan, la madera se expande, una vieja casa gruñona haciendo cosas de viejas casas gruñonas. Cojo la chaqueta de traje que Lukas ha dejado abandonada en la silla y me la coloco sobre los hombros, solo para bañarme en su olor.

Eso, precisamente eso, es lo que funciona. Sal marina, menta, el fantasma del humo del cigarrillo... es como miel sobre mis nervios de punta.

Me dejo caer en un taburete y espero.

Pero tras tres minutos de meditación zen, un nuevo récord personal, vuelvo a coger el teléfono y empiezo a buscar noticias.

Supongo que busco algo del estilo de ***CONTINÚA LA ESPELUZNANTE SAGA DE LOS LAZAREV: UN HIJO ASESINA A SU PADRE EN UN SANGRIENTO CRIMEN POR VENGANZA.*** Afortunadamente, no es nada tan espeluznante, pero internet definitivamente está enloqueciendo por todo lo que ha pasado hoy.

Todos los medios repiten el mismo vídeo hasta la saciedad: Lukas en el estrado, con su cabello plateado reflejando la luz, con aspecto de un hombre de las montañas salvaje vestido con traje, mientras explica cómo trituró barbitúricos en el puré de manzana de su esposa moribunda.

El titular de la CNN reza: ***MULTIMILLONARIO CONFIESA HABER MATADO A SU ESPOSA EN UN ACTO DE PIEDAD***.

Fox titula***: LAZAREV: MATÉ A MI ESPOSA.***

El New York Post, siempre tan elegante, ha optado por ***KILL BILL-ONARIO***. Me reiría si no estuviera tan indignada.

Las secciones de comentarios son un campo de batalla. La mitad de Internet cree que Lukas es un monstruo que debería pudrirse y/o ser ahorcado; la otra mitad lo llama un héroe trágicamente incomprendido. Alguien en Twitter ya ha iniciado una petición para liberarlo. Otro ha iniciado una para ejecutarlo. Ambas tienen miles de firmas.

Cierro el navegador antes de poder ver lo que dicen de *mí*.

En su lugar, pongo la tetera al fuego. Parece algo vagamente normal para alguien en mi situación, ¿no? Harían té. Se lo beberían. Seguirían adelante.

Una vez que hierve el agua, la vierto y echo una bolsita de manzanilla sin atreverme a comprobar cuánto tiempo lleva en el

armario de Lukas. Luego procedo a no bebérmela.

La verdad es que no puedo con él. Si los comentarios de Internet son un campo de batalla, mi tracto intestinal es, mierda, Chernóbil. Envuelvo la taza con ambas manos y me aferro a ella como si me fuera la vida en esa acción, viendo cómo el vapor se enrosca hacia el techo mientras el edificio de ladrillo sigue crujiendo y gimiendo sobre mi cabeza.

La puerta se abre justo después del atardecer.

Cuando me giro, veo a Lukas de pie en la puerta principal. Es como una versión retorcida de Frankenstein, como si un científico loco hubiera metido la mano en su cavidad torácica y le hubiera sacado todo lo que lo mantenía en pie, para luego empujarlo de vuelta por la puerta y ver si aún podía mantenerse erguido por sí mismo.

Nunca lo había visto tan viejo. No en años, sino en *desgaste*. Su traje está cubierto de barro desde las rodillas hacia abajo, y su cabello plateado aplastado por un lado. Me mira desde el otro lado de la cocina, y lo que le queda de compostura se desvanece. Parece a un latido de desmoronarse.

No hago preguntas. No le pregunto si Kir está bien, ni qué ha pasado, ni qué se ha dicho. Simplemente salto del taburete y corro descalza por las frías baldosas con su chaqueta prestada, acorto la distancia entre nosotros, le rodeo la cintura con los brazos, presiono mi cara contra su camisa sucia y me aferro a él.

Él también me abraza.

Después de mucho, mucho, mucho tiempo, Lukas empieza a murmurar entre mi pelo. —No está bien. Pero lo estará —Respira, suspira, se suaviza—. Me pidió que me fuera. Dijo que necesitaba tiempo para aclarar las cosas. Pero no me apuñaló, así que eso es más de lo que esperaba.

Me aparto para mirarlo. Hay tantas señales de que le han dado una paliza de las buenas. Barro en la mandíbula. Rastros de sal en las

mejillas, quemaduras por el viento en la frente. Ojos como lluvia torrencial.

—¿Qué hacemos ahora? —pregunto.

Lukas me besa una sien, luego la otra. —Esta noche, dormimos —Se inclina y posa sus labios sobre los míos. Están fríos por haber estado fuera durante horas, pero el gesto es tan cálido que me hace sentir mareada y sonrojada—. Y mañana —dice contra mi boca—, descubriremos cómo construir algo a partir de los escombros.

Escombros. Es una forma muy suave de explicar en qué se han convertido nuestras respectivas vidas.

Somos un desastre. Objetivamente, categóricamente, según todos los parámetros medibles conocidos por la ciencia y el sentido común. Él se enfrenta a un juicio penal. Yo estoy en paro y soy objeto de un escándalo internacional. Es posible que su hijo nunca vuelva a hablarle. El mundo entero tiene una opinión sobre nosotros, y al menos la mitad de esas opiniones incluyen un uso liberal de la palabra *"guillotina"*.

Pero aquí, de pie en esta cocina polvorienta, con la chaqueta de Lukas puesta y empapándome de su olor, creo, por primera vez, estúpidamente, temerariamente, con todo mi corazón maltrecho, que lo vamos a conseguir.

Creo que él también lo cree.

84

EPÍLOGO I: RAE

UN MES DESPUÉS

SOTHEBY'S — VENTA PRIVADA / TASACIÓN

Cliente: Lazarev, Lukas A.

Artículo:

- Anillo de compromiso Art Déco, de alrededor de 1925.

- Platino (forjado a mano, con pátina natural).

- Piedra central: diamante de 3,2 quilates con talla europea antigua, color G, VS1

- Engaste: bisel milgrain con detalles de zafiros engastados en canal

Valor estimado: 1 985 000 $

Últimamente me levanto cuando me apetece. Sea la hora que sea, siempre huele a café.

El edificio de ladrillo rojo es mucho más luminoso de lo que solía ser. La luz siempre entra a raudales por las ventanas y las cortinas

permanecen corridas. Todas las sábanas blancas se han doblado y guardado. Las flores marchitas se han sustituido por otras frescas, los frigoríficos y las despensas están llenos, y los cuadros y las fotografías vuelven a colgar de las paredes. Poco a poco, todo vuelve a la vida tras un invierno que duró dieciocho años.

Me estiro en la cama y me acurruco en el cálido hueco que Lukas dejó a su lado. Las sábanas aún huelen a él: sal marina, menta, piel. Probablemente mi piel también huela así a estas alturas. Llevamos un mes durmiendo abrazados, a menudo, literalmente, todas las noches. Me he acostumbrado tanto a su aroma que es un milagro que haya podido vivir sin él.

A través de la claraboya del dormitorio, entra a raudales la luz de enero. No es exactamente el sol del verano, pero es agradable e inusualmente brillante para esta época del año, así que me conformo. Puedo oír los sonidos amortiguados de Lukas moviéndose abajo: puertas de armarios que se abren y se cierran, el tintineo de la cerámica, el silbido de la cafetera espresso, el murmullo bajo de un noticiario que seguramente le está haciendo fruncir el ceño.

Puedo adivinar por qué: el juicio empezó hace dos semanas. Eso es rapidísimo para los estándares judiciales estadounidenses, pero creo que todos los implicados estaban de acuerdo en que estaría bien acabar de una vez con esta mierda. Los paparazzi son increíblemente molestos.

Por eso, el ambiente está un poco al rojo vivo. La historia domina todos los noticiarios, todas las portadas y todos los blogs y, si tuviera que adivinar, todas las conversaciones de sobremesa en un radio de al menos ochenta kilómetros.

El equipo legal de Lukas, una falange sedienta de sangre de abogados afilados como cuchillas que cobran tarifas que me hacen llorar, presentó una moción alegando circunstancias atenuantes. Presentaron el historial médico de Elena junto con el testimonio de oncólogos expertos que confirmaron la gravedad y el carácter

terminal de su enfermedad. Un argumento bastante convincente, en mi opinión.

Por supuesto, la fiscalía se opuso con fuerza. Pintaron a Lukas como un marido despiadado y maniático, controlador, que tomó una decisión unilateral. Las primeras de esas acusaciones son difíciles de negar.

Entonces, los extractos del diario de Elena se hicieron públicos.

El abogado principal de la defensa leyó en voz alta las palabras de Elena: *No deja de suplicarme que pruebe otra ronda de tratamiento. No lo entiende: ya lo he decidido*, y para cuando llegaron a la última entrada, la mitad del jurado estaba llorando. Una mujer tuvo que ser retirada para que sus compañeros del jurado no se desmoronaran en un torrente de lágrimas.

El tono de los titulares cambió a partir de entonces. ***ASESINO MULTIMILLONARIO*** se convirtió en ***EL DESGARRADOR SECRETO DE UN MARIDO*** y luego en ***LAS CARTAS DE LAZAREV: EL DESGARRADOR ÚLTIMO DESEO DE UNA MUJER.*** La opinión pública, ese animal voluble y sediento de sangre, dio un giro y mostró su lado más vulnerable.

Así que ahora los abogados de Lukas se muestran cautelosamente optimistas. "Cautelosamente optimistas", por supuesto, es la forma en que los abogados dicen "creemos que vamos a ganar, pero preferiríamos tragarnos un vaso de cristal antes que decirlo oficialmente".

Pero no pasa nada; yo seré optimista por todos nosotros. Es que estos días no puedo evitar sentir que los buenos tiempos están a la vuelta de la esquina.

Cojo el móvil de la mesita de noche y me apoyo contra el cabecero. Son las 9:49 de la mañana, ¡por Dios! Debo ser la chica más vaga del mundo. Tengo tres mensajes de Jillian. Uno es un meme sobre abogados, otro es un enlace a un episodio de un podcast que quiere

que escuche, y luego hay un simple "*Te quiero, llámame más tarde*". Sonrío al leer ese último. Todavía me duele un poco el recuerdo de todo lo que pasó entre nosotras. Demasiadas cosas salieron mal.

Pero al menos volvemos a hablar. Con cuidado, las dos aprendiendo a caminar por un puente al que cada una prendió fuego. La semana pasada, ganó un premio del Club Nacional de Prensa por la historia de Elena. Le envié un enorme ramo de flores. Ella me devolvió una nota de voz en la que se la oía llorando desconsoladamente en el baño de la redacción. Es un nuevo y valiente paso por parte de mi amiga, que parece un armadillo, mostrar un poquito de vulnerabilidad emocional.

Estamos reconstruyendo. Ladrillo a ladrillo. Es lento y a veces incómodo y, de vez en cuando, una de nosotras dice algo que sale mal y tenemos que dar marcha atrás e intentarlo de nuevo. Pero lo estamos haciendo. Eso cuenta.

Hablando de cosas que se están reconstruyendo, abro FaceTime y llamo a Gideon.

Contesta al segundo tono, y se me desata el corazón al verlo. *Dios,* qué feliz y radiante. Está en la sala común de Westgate, sentado con las piernas cruzadas en un puf, con un libro abierto en el regazo. Detrás de él, puedo ver la gran ventana que da al jardín, con árboles desnudos y hierba cubierta de escarcha bajo un cielo pálido.

—¡RaeRae! —Sonríe. Es la sonrisa de nuestra madre, amplia y sin reservas. Hace que todo su rostro se reordene en torno a su propia felicidad—. Tienes un aspecto repugnantemente descansado.

Escondo la cara, avergonzada. —He dormido doce horas.

—¿Por qué no presumes de ello?

Está mejor que nunca ahora que se acerca el final de su estancia en Westgate. Tiene color en las mejillas, claridad en los ojos y un peso en su complexión que delata comidas regulares y sueño de verdad.

Eso no quiere decir que esté listo para la Semana de la Moda de Milán, propiamente dicha: su pelo necesita un corte urgente, pues ha empezado a rizarse más allá de las orejas, y le está creciendo lo que solo se puede llamar generosamente una barba. Por mucho que le diga que lo hace parecer menos mi hermano pequeño y más un estudiante de posgrado desaliñado que lee de forma muy teatral a David Foster Wallace y Dostoievski en cafeterías, se niega a afeitarse.

—¿Qué tal va el programa? —le pregunto.

—Bien. Genial, de hecho. El chef Martín me dejó llevar la cocina durante el servicio de almuerzo de ayer. Hice un risotto de setas que él describió como "no está mal" —Sonríe radiante—. Viniendo de Martín, eso es básicamente una estrella Michelin.

El programa culinario interno de Westgate fue idea de Lukas. Hizo unas cuantas llamadas, aunque jura que en ninguna de ellas hubo amenazas de daño físico, y consiguió que un chef profesional visitara Westgate dos veces por semana y trabajara con los residentes interesados. Gideon fue el primero en apuntarse. Desde entonces, está obsesionado: me envía fotos de sus creaciones a horas intempestivas, me llama para debatir las ventajas de las chalotas frente a las cebollas y me envía vídeos de sí mismo intentando técnicas de corte que, francamente, me aterrorizan.

Lukas también insistió en pagar el resto del tratamiento de Gideon. Discutí con él sobre eso durante un rato, hasta que me señaló, con esa calma exasperante que lo caracteriza, que discutir sobre dinero cuando alguien a quien quieres necesita ayuda es un lujo que ninguno de los dos nos podemos permitir.

Odio cuando tiene razón.

—Dile a tu novio que su libro de risotto es revolucionario —dice Gideon.

—Él no es mi... —Me detengo. Porque, bueno...—. Se lo diré.

La sonrisa de Gideon se suaviza. —¿Estás bien, Rae? ¿De verdad?

—De verdad —prometo. Y lo digo en serio.

Hablamos unos minutos más, antes de que él tenga que irse.

—Te quiero, G —le digo.

—Yo más a ti —responde—. No te olvides de desayunar. Las barritas de muesli no cuentan.

Le lanzo un beso y cuelgo.

Cuando termina la llamada, me quedo ahí sentada, con el teléfono caliente entre las manos y la luz del sol en la cara. Gideon está vivo y se está recuperando. Jillian está a salvo y le va de maravilla. Y Kir...

Bueno, Kir es Kir.

Dimitió como director ejecutivo justo después de que todo se fuera al garete. El comunicado de prensa citaba asuntos personales que requerían toda su atención. Nadie lo ha visto en público desde entonces. La prensa sensacionalista afirma que está en Europa; en Mónaco, dicen algunos, o quizá en el sur de Francia. No sé si eso es cierto, pero si lo es, en cierto modo espero que esté en el viñedo. Espero que esté paseando por la plaza del pueblo y comiendo croissants de almendra en Madame Savatier's y encontrando la paz que le quede a ese lugar para ofrecer a un Lazarev.

Dejo caer las piernas por el borde de la cama, cojo una de las camisetas de Lukas de la silla y bajo las escaleras en puntillas.

Lukas está en la encimera de la cocina, leyendo las noticias en su tableta, con el café humeante junto a su codo. Lleva unos pantalones de lino grises y una camiseta Henley blanca con las mangas remangadas hasta los codos. Su cabello plateado aún está húmedo por la ducha. Va descalzo, relajado, cada vez menos parecido a un hombre que se enfrenta a un juicio por asesinato y

más a un hombre que ha aprendido, después de mucho tiempo, a exhalar.

Levanta la vista cuando entro.

Y todo su rostro cambia.

No sé de qué otra forma describirlo. El granito se suaviza. El hielo detrás de sus ojos se derrite en algo cálido y líquido. La rigidez de su mandíbula se relaja, las comisuras de sus labios se curvan hacia arriba y se enciende una luz en algún lugar profundo de su interior que no estaba allí hace un segundo.

—Ahí está —murmura.

Cuatro pequeñas y tontas sílabas. Eso es todo lo que hace falta para que se me doblen las rodillas.

Empuja el taburete hacia atrás, abre los brazos y me atrae hacia su regazo. Sus manos se posan en mi cintura y me besa como si no me hubiera visto en años.

Me derrito en ese beso, en él. Mis dedos encuentran el plateado húmedo de sus sienes y le sujeto la cara mientras me besa como si tuviéramos todo el tiempo del mundo. Quizá lo tengamos. Quizá eso es lo que es esto: el tiempo, por fin, extendiéndose ante nosotros en lugar de agotarse bajo nuestros pies.

Cuando se separa de mí, está sonriendo. La rareza de esas sonrisas no ha cambiado, a pesar de que todo lo demás ha dado un giro para mejor. Atesoro cada una de ellas.

Cuando bajo la mirada, me doy cuenta de por qué.

Sostiene una pequeña caja de terciopelo.

Mi corazón se detiene. Si hubiera un paramédico presente, ya estaría sacando las paletas.

—Iba a esperar —explica Lukas—. Pero resulta que se me da fatal.

—Eres pésimo en muchas cosas —digo con voz ronca, en un débil intento por calmar mi ansiedad—. Pedir permiso, por ejemplo. Respetar límites personales.

—Es casi seguro —Su boca se contrae—. Pero en esto no soy tan malo.

Me pone de pie, se arrodilla y abre la caja.

El anillo es sencillo y extraordinario. Es una sola piedra, profunda, clara y brillante, engastada en una banda de platino desgastado que parece antigua y paciente, como si llevara mucho tiempo esperando en algún lugar.

—Cásate conmigo, Rae Everett —Él no parpadea. Yo, por mi parte, parpadeo lo suficiente por los dos en una batalla contra las lágrimas que voy a perder estrepitosamente en cualquier momento—. Déjame pasar el resto de mi vida eligiéndote.

Me quedo mirando el anillo. Mientras lo hago, pienso en la chica que era hace dos meses: vestida con unos pantalones monótonos de Target, comiendo sándwiches rancios en su escritorio, ahogada en deudas, tan sola que había olvidado lo que se sentía al ser tocada. Esa chica no sabía cuánto lo esperaba. Cuánto terror y cuánta ternura. Cuántas cosas imperdonables y otras indescriptibles.

Pero lo superaría todo. Esa chica *lo conseguiría.* Hasta llegar aquí.

—Sí —susurro—. Obviamente, sí. Mil veces sí.

Lukas desliza el anillo en mi dedo. Me queda perfecto.

Por supuesto que sí. El hombre ya conocía mis medidas.

Luego se levanta y me empuja contra la encimera de la cocina, con una mano agarrándome el pelo y la otra sujetándome la cadera con tanta fuerza que me deja un moratón. Me besa como si el anillo le hubiera dado permiso para dejar de tener cuidado. Su lengua se abre paso entre mis labios y no se disculpa por ello. Emito un sonido contra su boca del que me avergonzaría si me quedara algo de

dignidad, pero ambos sabemos que la dignidad hizo las maletas y se marchó de este edificio de ladrillo rojo hace mucho tiempo.

El beso se desmorona. Las pupilas de Lukas están tan dilatadas que sus ojos grises parecen negros, y la mano que me sujeta el pelo aprieta lo justo para inclinarme la cabeza hacia atrás.

—Te necesito —gruñe contra mi boca—. Ahora mismo.

El anillo de mi dedo refleja la luz de enero mientras le agarro la parte delantera de su camiseta Henley. La piedra proyecta un pequeño prisma sobre su mandíbula, y hay algo en eso, mi anillo, su piel, la forma en que ambos se ven juntos, que hace que todo mi cuerpo se tense.

—Me acabas de pedir matrimonio hace treinta segundos —digo—. La mayoría de la gente lo celebra con champán.

Sus dientes rozan mi lóbulo de la oreja. —Yo no soy como la mayoría de la gente.

No. No, definitivamente no lo es.

Gracias a Dios.

Me levanta y me coloca sobre la encimera, apretándose contra mí. El mármol frío me muerde la parte posterior de los muslos y jadeo, pero el sonido es engullido por su boca cuando me besa de nuevo.

Engancha los dedos en la cintura de mis pantalones cortos de pijama y me los baja por las piernas, para luego tirarlos descuidadamente a un lado. Sus palmas se deslizan hacia arriba por la parte exterior de mis muslos, subiendo la camiseta robada hasta mi cintura a medida que avanza.

Se detiene y mira hacia abajo. Sus pulgares se clavan en los pliegues de mis caderas, y veo cómo se le tensa la mandíbula.

—Sin ropa interior —observa con una sonrisa burlona—. ¿Esperabas esto, cariño?

Mis mejillas arden. Me preparo para soltar alguna réplica devastadoramente ingeniosa sobre las limitaciones del día de la colada y el derecho humano consagrado en la Constitución a ir sin ropa interior en tu propia casa, pero no me sale nada más que un suspiro tembloroso.

Él se ríe entre dientes. —Mm. Eso es lo que pensaba.

Sus manos se deslizan hacia dentro, provocándome, rondándome, y entonces está ahí, dos dedos presionándome con una certeza firme que hace que mi espalda se arquee contra la encimera.

Ya estoy empapada. Yo lo sé. Él lo sabe. El sonido que hacen sus dedos al hundirse es húmedo e innegable en la silenciosa cocina, y el gemido que se le escapa vibra a través de mi esternón.

—Tan lista para mí —murmura, curvando los dedos hacia mi ombligo. Me trabaja casi con pereza, dentro, curva, arrastra, fuera, mientras su mano libre sujeta mi cadera contra el mármol para que no pueda retorcerme.

Me retuerzo de todos modos. Mis caderas se balancean hacia delante contra su palma, buscando la presión, buscándolo *a él*, mientras mis talones golpean inútilmente contra las puertas de los armarios inferiores.

—P-por favor —suspiro.

Retira los dedos y se los lleva a la boca. Sus labios los envuelven, su lengua se desliza entre los nudillos, sin apartar la mirada de la mía en ningún momento.

No parpadea. No se apresura. Lame hasta la última gota.

Luego, chasquea los labios y dice—: Delicioso.

Sus manos bajan hasta la cintura. Un botón, una cremallera, un tirón de tela lo justo hacia abajo por sus caderas, y entonces se libera, grueso, sonrojado y tenso hacia mí.

Se me corta la respiración. No importa cuántas veces lo haya visto, tocado o lo haya tenido dentro de mí: la visión del pene de Lukas Lazarev sigue haciéndome sentir un cosquilleo por dentro. Algo en la imponente *presencia* de ese hombre, la forma en que llena cada habitación en la que entra y más allá...

Se nota, es lo que quiero decir.

Generosamente.

Se coloca entre mis muslos abiertos y siento la presión roma y caliente de su miembro rozando mi entrada. —Mírame —me ordena.

Mis ojos se clavan en su rostro.

Su mirada es de acero fundido: oscura, líquida, absoluta. La mano que tiene en mi cadera se tensa mientras se mantiene perfectamente inmóvil. Cada tendón de sus antebrazos está tenso por el esfuerzo de no moverse. El anillo de mi dedo brilla entre nosotros mientras me agarro al borde de la encimera, y sus ojos se posan en él solo por un instante antes de volver a los míos.

Empuja hacia dentro.

Pero *lento*. Tan lento que es casi cruel, abriéndome a su alrededor. Me alegro de que sea él quien controle el ritmo, y no yo, porque estoy tan necesitada que es un poco vergonzoso.

Mis manos vuelan hacia sus hombros para hundirse en el algodón suave de la camiseta Henley y en el músculo duro debajo, y me aferro a él mientras la presión aumenta, esa exquisita y abrumadora plenitud que nunca deja de ser *una auténtica locura*, por muchas veces que lo hayamos hecho.

—Eso es —murmura. Me besa suavemente en la mejilla—. Tómame todo.

Cuando llega hasta el fondo, gimo. Su respuesta no es mucho más contenida, solo un gruñido gutural que retumba desde lo más

profundo de su pecho y se propaga por cada punto donde nuestros cuerpos se funden.

Sin embargo, en cuanto está completamente dentro, se queda quieto.

Su frente se apoya en la mía. Respiramos el mismo aire, compartimos el mismo pulso acelerado, existimos en el mismo segundo tembloroso y suspendido mientras mi cuerpo se adapta a la realidad imposible de tenerlo todo dentro de mí.

—Esta noche no voy a sacarla —decide.

Abro los ojos de par en par. Las palabras aterrizan en algún lugar entre mis costillas y mis ovarios y hacen cosas salvajes y atroces con todo lo que tocan.

—¡Lukas…!

—Lo digo en serio, Rae. Quiero llenarte. Quiero dejarte embarazada.

Estoy clavada sobre él y deseo con todas mis fuerzas que se mueva. Pero es como si estuviera cementado en su sitio, como si mi comprensión y aceptación de la locura que acaba de decir fuera la única forma de conseguir que me dé lo que quiero.

Lo miro fijamente. Busco en esos ojos la sonrisa burlona, la señal, el destello de *te pillé* que me permitiría descartar esto como simple charla sucia.

No encuentro nada.

—Lo dices en serio —susurro.

—Totalmente en serio —confirma.

Entonces, empieza a moverse.

Sus caderas se lanzan hacia delante en una embestida brutal y completa que me arranca un grito de un lugar que no sabía que existía. El mostrador se me clava en el trasero y no me importa, *no*

puedo preocuparme, porque él ya se está retirando y volviendo a embestir con fuerza, marcando un ritmo que es menos *hacer el amor* y más *una toma de control hostil*.

—Dime que lo quieres —gruñe, agarrando la camiseta con la mano y usándola como un asa para tirarme hacia él con cada embestida—. Dilo.

—Yo… bueno… no sé si…

Cambia de ángulo, me levanta la rodilla izquierda más alto contra sus costillas y se clava en un punto que me deja la vista en blanco como un fusible fundido. Mi cabeza se echa hacia atrás y mi boca se abre, pero no sale nada; el lenguaje simplemente ha dejado de funcionar.

—Dímelo —Su mano libre me oprime la garganta. Un recordatorio de quién lleva el timón de este barco.

—¡Lo quiero! —jadeo—. Quiero que... oh, *Dios*... por favor.

Aprieta más fuerte mi garganta. Sus caderas se mueven con más fuerza. —¿Por favor *qué*?

—Por favor, córrete dentro de mí —le suplico—. Llénname, Lukas, *por favor*… quiero tener un hijo tuyo, quiero…

Sus caderas se detienen. —Dilo otra vez —gruñe contra mi mandíbula—. Dime lo que quieres.

—Quiero que me dejes embarazada —Sigue penetrándome hasta el fondo mientras balbuceo, palabras demenciales que brotan de mi boca como si hubieran estado esperando toda mi vida para ser liberadas—. Quiero sentir cómo te derramas dentro de mí todo el día. Quiero… *¡joder!*… quiero estar tan llena de ti que no haya espacio para nada más.

—Por *Dios*, Rae —Me muerde la clavícula—. No tienes ni idea de lo que eso me hace. Oír a mi chica buena suplicar por mi semen como una putita golosa —Me penetra tan profundamente que mi visión se

nubla—. Te voy a llenar tanto que podrás saborearlo. Voy a poner un bebé en este coño perfecto y ver cómo tu vientre se hincha con él —Su pulgar acaricia mi garganta—. ¿Quieres eso? ¿Quieres llevar a mi hijo?

—*Sí*. Dios, sí. Quiero…

Nunca sabré cómo terminaría esa frase, porque justo en ese momento, el orgasmo se apodera de mí. Paso de balbucear obscenidades a apretarme alrededor del miembro de Lukas, con cada músculo, desde el cuero cabelludo hasta los dedos de los pies, tensándose en un espasmo catastrófico. Grito su nombre. Me dan pena los vecinos, pero ni de coña puedo contener la voz ante lo que me está pasando.

Lukas me sigue hasta el límite casi al instante, como si el hecho de que mi cuerpo se apretara a su alrededor hubiera arrancado un pasador de algo que él había estado manteniendo unido con la pura fuerza de su voluntad. Sus caderas se lanzan hacia delante una última vez y se quedan ahí, tan enterradas que puedo sentirlo entre mis dientes. Su polla palpita dentro de mí en oleadas espesas y entrecortadas, y el calor con el que me inunda es tan abrasadoramente íntimo que nuevas lágrimas brotan de mis ojos.

Sus caderas se sacuden dos veces más, con réplicas que lo estremecen mientras su cabeza se inclina hacia delante. Su aliento llega en ráfagas entrecortadas contra mi clavícula.

—Quédate ahí. Quiero ver cómo gotea —me susurra con voz ronca en la garganta.

Mi aturdimiento postorgásmico se evapora al darme cuenta de que no solo estaba diciendo obscenidades. La fecundación, el llenarme, el bebé…

Lo decía en serio, cada una de las sílabas.

Lukas se retira lentamente. Lamento su ausencia, aunque enseguida la sustituye la cálida y resbaladiza prueba de lo que acabamos de

hacer, que empieza a deslizarse hacia abajo. Antes de que pueda siquiera juntar las rodillas, sus manos se posan en mis muslos, separándolos aún más sobre el frío mármol, mientras su mirada se posa entre mis rodillas.

Mi cara se pone al rojo vivo. Intento cerrar las piernas, pero su agarre se hace más fuerte. Implacable.

—No te escondas de mí —gruñe.

Así que no lo hago. Me quedo allí sentada en la encimera de su cocina, temblando, mientras Lukas Lazarev observa cómo su propio éxtasis se escurre de mi interior.

—Preciosa —murmura, masajeando con el pulgar el pliegue de mi muslo interior—. Eres jodidamente preciosa así.

Su mano desciende. Un dedo se abre paso entre nuestro desorden, mi excitación y su semen mezclados, y se lo lleva a la boca.

—Eres mía, Rae.

Sostengo su mirada. Esos ojos grises, oscuros como una tormenta y ardientes, los ojos que me vieron antes de que yo misma me viera.

Sin pestañear ni apartar la mirada, abro la boca y me meto su dedo. Mi lengua se enrosca alrededor del nudillo mientras lo chupo hasta dejarlo limpio. Sonrío en el momento exacto en que sus pupilas hambrientas se tragan el último anillo del iris plateado.

Cuando termino, dejo que su dedo se deslice fuera de mis labios.

—Tuya —susurro—. Siempre.

85

EPÍLOGO II: RAE

SEIS MESES DESPUÉS

JUNTO CON AQUELLOS A QUIENES LLEVAN EN SUS CORAZONES,
RAE EVERETT
&
LUKAS LAZAREV

TIENEN EL PLACER DE INVITARLES: A LA CELEBRACIÓN DE SU BODA.

VIERNES, TREINTA Y UNO DE JULIO
DE DOS MIL VEINTISÉIS
A LAS CUATRO Y MEDIA DE LA TARDE

La mujer del espejo es alguien a quien todavía me estoy acostumbrando.

No porque lleve un vestido de seda blanco que me ha costado un ojo de la cara, aunque lo lleva, y así es, y estoy intentando con todas mis fuerzas no pensar en ello.

No es porque lleve el pelo recogido en un moño suelto y romántico que le llevó a Jillian cuarenta y cinco minutos y novecientas horquillas conseguir.

Ni siquiera porque lleve diamantes de verdad en las orejas, un regalo del novio, entregado esta mañana en una caja de terciopelo con una nota que decía simplemente: ***Para mi amor eterno.***

No, la razón por la que todavía me estoy acostumbrando a esta mujer es que parece *feliz*. Este tipo de felicidad no se anda con rodeos ni se prepara para el impacto. Este tipo de felicidad *brilla.* Mi yo de diecinueve años, de pie frente a un espejo diferente con un vestido negro y tierra del cementerio aún en los zapatos, nunca habría creído que este tipo de felicidad fuera siquiera posible.

—Quédate quieta —me ordena Jillian mientras clava otro alfiler en mi velo con toda la delicadeza de alguien que ablanda un filete—. Si esto se cae durante la ceremonia, nunca te lo perdonaré.

—Solo es un velo, Jill. No hay mucho en juego.

—Es un *velo de tul ilusión largo hasta el suelo con ribete de encaje francés cosido a mano*. Nunca ha habido tanto en juego. Así que te lo repito: Quédate. Jodidamente. Quieta.

Me muerdo el labio y hago lo que me dice.

Cuando termina, Jillian da un paso atrás, examina su obra y se lleva los dedos a la boca. Sus ojos ya brillan, lo cual es preocupante, dado que aún no hemos salido de la suite nupcial. Lleva un vestido verde oscuro que hace que su pelo rojo parezca estar en llamas. Está preciosa.

También parece que está a punto de perder el control por completo.

—No te atrevas a llorar —le advierto—. Si lloras, yo lloraré, y entonces se me correrá el rímel, y entonces Lukas pensará que me estoy arrepintiendo, y entonces probablemente comprará todo el

distrito de Brooklyn para hacerme sentir mejor, y no estoy preparada para ese tipo de responsabilidad.

Jillian resopla. Se seca el rabillo del ojo con el meñique, con cuidado de no mancharse el maquillaje. —Te vas a casar con un capo de la Bratva —murmura, ajustándome el velo por última vez, obsesivamente—. Espero que sepas que voy a incluir eso en mi discurso de dama de honor.

Me río. —*Ex capo*. Ahora es un ciudadano ejemplar.

—Mmm —Me mira a los ojos en el espejo—. Claro que sí.

—¡Lo es! —insisto—. Más o menos.

Su expresión es irónica, cariñosa y solo un poquito escéptica, lo que básicamente es la versión de Jillian de un respaldo incondicional. Hace seis meses, no estaba segura de que volviéramos a llegar a esto: a las bromas fáciles y la honestidad instintiva, a la complicidad de una amistad que ha sobrevivido a cosas peores que el periodismo intrépido y los sórdidos secretos del mundo del crimen.

Pero aquí estamos. Más fuertes en las partes rotas, como esos cuencos japoneses reparados con oro.

Kintsugi. Lukas me enseñó esa palabra. Me gusta.

—Perfecto —Jillian me gira por los hombros para que la mire a ella en lugar de al espejo. Me mantiene a un palmo de distancia y me examina de arriba abajo. Su labio inferior tiembla de una forma muy poco propia de Jill antes de apretarlo entre los dientes. —Estás de muerte, Rae Everett.

—Rae *Lazareva*, pronto —la corrijo en voz baja—. En unos veinte minutos.

Sus ojos se llenan de lágrimas. Los míos también.

Adiós al rímel.

Nos quedamos allí de pie, empapando los elegantes trajes de la otra, hasta que unos golpes en la puerta nos hacen dar un respingo a las dos.

—¿Rae? —La voz de Gideon, ligeramente amortiguada—. Están, eh... están listos para nosotros. Cuando tú lo estés.

Me seco los ojos y Jillian se seca los suyos. —Al ataque, mi cielo —susurra.

Se escabulle por la puerta delante de mí y oigo el taconeo de sus zapatos bajando las escaleras, seguido del sonido lejano de la puerta del jardín abriéndose y cerrándose. Desde fuera, un violín solitario se cuela por la ventana.

Me echo un último vistazo en el espejo. —Vale, mamá —susurro—. Vale, papá. Allá voy.

Entonces abro la puerta.

Gideon, está esperando en el pasillo. Verlo casi me hace caer de rodillas.

Lleva un traje gris carbón que le queda a la perfección. Lukas se lo mandó hacer a medida, y los dos han estado haciendo ejercicio juntos durante los últimos meses, desde que Gid terminó la rehabilitación, así que ahora mi hermano tiene los hombros algo más anchos. Su pelo rubio oscuro está recortado y peinado, la mandíbula bien afeitada por primera vez en meses, y sus ojos marrones están brillantes, claros y llenos de vida.

Por muy bien que se vea, su mejor accesorio es uno que está oculto a la vista: una ficha que marca diez meses de sobriedad. Mi corazón se hincha diez tallas más por el orgullo que siento por él.

De hecho, se me hincha tanto que me tambaleo un poco y tengo que agarrarme a algo antes de caerme.

—¡Vaya! —Gideon me agarra del codo—. ¿Estás bien, princesa?

—Pareces tan mayor —balbuceo.

Sonríe y me hace un gesto para que me calle. —No empieces. Si me haces llorar antes incluso de salir, nunca me lo perdonarán.

—Se te permite llorar en la boda de tu hermana, bombón. No te van a quitar tu tarjeta de hombre ni nada por el estilo.

Pone los ojos en blanco y me ofrece el brazo. Lo cojo. Su bíceps es firme bajo la lana color carbón. Además de las sesiones de levantamiento de pesas de Lukas, el trabajo en la cocina le ha dado volumen y le ha proporcionado esa tranquila confianza física que viene de usar el cuerpo para algo productivo en lugar de intentar destruirlo con cada borrachera.

Le aprieto el brazo y él me devuelve el apretón, y empezamos a salir lentamente de la sala.

—Mamá y papá estarían muy orgullosos de ti —dice en voz baja mientras caminamos.

Las lágrimas vuelven a brotar. Esta vez no lucho contra ellas. —Estarían orgullosos de *ti*, G.

Niega con la cabeza. —Yo no soy el que mantuvo todo unido durante seis años. Eso lo hiciste tú —Se aclara la garganta y suspira—. Nunca te rendiste conmigo. Ni una sola vez. Ni siquiera cuando te di todas las razones para hacerlo.

No puedo hablar. Me detengo un segundo para apoyar la cabeza en su hombro y respirar. Me deja recomponerme.

—¿Lista? —pregunta al cabo de un momento.

—Lista.

Bajamos las escaleras juntos.

EL JARDÍN de la casa de piedra rojiza es pequeño e imperfecto, y es el lugar más bonito que he visto nunca.

Jillian ha colgado guirnaldas de luces entre las frondosas ramas del viejo arce y ha enredado hiedra alrededor de la verja de hierro forjado. Sillas plegables de madera blanca se alinean en un estrecho pasillo cubierto de pétalos blancos. El violinista toca en la esquina más alejada. El aire veraniego es brumoso pero no caluroso, el cielo es de un azul claro e intenso que parece un regalo.

Los invitados se vuelven cuando aparezco en la puerta del jardín. No hay muchos, lo cual fue una elección consciente, tomada una mañana mientras tomábamos café, cuando Lukas me preguntó a cuántas personas quería y yo respondí: *Solo a las que importan*. Jillian está en la primera fila, ya destrozando un pañuelo, junto a algunas otras personas cuyos rostros se difuminan ante mis ojos porque mi visión se ha reducido a un único punto al final del pasillo.

Lukas.

Está de pie bajo el arce con un traje color crema, sin corbata, con su cabello plateado reflejando la luz del verano. Tiene las manos entrelazadas delante de él, la mandíbula apretada, y me mira como si yo fuera lo único en el mundo que importa.

Siento que somos verdaderamente libres por primera vez en mucho tiempo. El juicio terminó hace dos meses con un veredicto de inocencia, después de que el jurado deliberara durante menos de cuatro horas. El alboroto mediático se ha ido calmando poco a poco. La empresa es un proyecto en marcha, pero uno feliz: ahora que ha vuelto a tomar las riendas, Lukas ha estado reestructurando y simplificando discretamente con un puñado de asesores de confianza. Incluso la planificación de la boda, por sencilla y discreta que fuera, ya no pesa sobre nuestras cabezas.

Solo queda esto. Él en el altar. Yo, descalza sobre la hierba, vestida de seda blanca y con el recuerdo de mis padres y el valor temerario

de una mujer asustada que se enamoró del hombre más peligroso que jamás había conocido y decidió quedarse.

Gideon me acompaña por el pasillo. Su paso es firme, su brazo es fuerte, y cuando llegamos junto a Lukas, mi hermano hace algo que me desarma por completo: toma la mano de Lukas, coloca la mía dentro de ella y las sostiene juntas por un momento. Entre ellos se establece una conexión que no veo del todo, pero que siento por completo.

Entonces, Gideon nos suelta y da un paso atrás, y solo quedamos Lukas y yo bajo un arce en Brooklyn.

Lukas se lleva mi mano a la boca y presiona sus labios contra mis nudillos, justo encima del anillo. —Hubiera pagado cien millones, ¿sabes? —susurra.

Me pongo de puntillas y le susurro—: Habría sido tuya gratis.

Intercambiamos votos. Los suyos son breves, porque Lukas Lazarev no malgasta palabras. Me dice que le di una razón para vivir cuando había olvidado que quería una, y promete dedicar todo el tiempo que le quede a asegurarse de que nunca dude de que fui elegida.

Los míos son un poco más largos, porque soy yo y, por lo tanto, biológicamente incapaz de ser concisa. Le digo que pasé seis años creyendo que el amor era solo una palabra más bonita para referirse a la pérdida, que querer a alguien era la forma más rápida de garantizar que te lo arrebatarían. Y entonces él entró en una oficina a oscuras el día de mi cumpleaños y me miró, y me di cuenta de que me había equivocado en todo.

Decimos —*Sí, acepto*.

No pierde el tiempo en besarme.

Las doce personas de nuestro jardín aplauden, Gideon silba y Jillian solloza tan fuerte que un pájaro asustado sale volando del arce. Me gusta pensar que es la paloma que me vio en el tejado de Lazarev

Global y en la entrada de esa bodega, con una sonrisa de satisfacción en el pico, como si por fin pudiera volver a su vida ahora que ve que estoy en buenas manos. Mientras el pájaro vuela sobre nuestras cabezas, Lukas me sujeta la cara con sus manos llenas de cicatrices y me besa hasta que no puedo recordar mi propio nombre, lo cual está bien, porque de todos modos está a punto de cambiar.

La recepción consiste en tarta y champán en el salón de la casa de piedra rojiza. Es íntima y cálida, iluminada por una enorme cantidad de velas sobre cada superficie plana. Lukas mantiene una mano en la parte baja de mi espalda durante toda la velada. Cada pocos minutos, siento que sus dedos se tensan: un pequeño apretón involuntario, como si estuviera comprobando que sigo siendo real.

Estoy cortando la tarta, una monstruosidad de tres pisos que Gideon horneó él mismo y decoró con rosas de crema de mantequilla ligeramente torcidas que, en mi opinión totalmente imparcial, son dignas de aparecer en televisión, cuando un destello de movimiento me llama la atención a través de la ventana del jardín.

Alzo la vista.

En el extremo más alejado del jardín, medio oculta por la valla cubierta de hiedra, una figura se yergue sola en el crepúsculo azul. Pelo oscuro, complexión delgada, las manos en los bolsillos. Las guirnaldas de luces iluminan lo justo de su perfil para que me dé cuenta de quién es.

Kir.

Observa la recepción a través del cristal, apartado, como siempre se mantiene apartado de todo: en el borde, observando, sin llegar a sentirse nunca del todo integrado. Parece más delgado de lo que recuerdo. Bronceado, como si hubiera estado en algún lugar cálido.

Su expresión es indescifrable a esta distancia, pero su postura no es hostil. Es algo más tranquilo. Melancólico, tal vez.

Nuestras miradas se cruzan al otro lado del jardín. El ruido de la recepción se desvanece hasta convertirse en un murmullo de fondo.

Kir asiente. Solo una vez. Es una pequeña y precisa inclinación de cabeza que encierra multitudes, aunque ni siquiera yo estoy segura de qué pueden ser exactamente esas multitudes.

Luego se da la vuelta y, al hacerlo, alguien sale de detrás del arce y se pone a caminar a su lado. Una mujer con el pelo rojo que refleja las luces de colores, con un vestido verde inconfundible incluso en la luz que se desvanece.

¡¿…Jillian?!

Ella desliza su brazo bajo el de Kir, con total naturalidad, y caminan juntos hacia la puerta del jardín, inclinando ella la cabeza hacia él mientras le dice algo que no puedo oír. Él inclina la barbilla para escuchar y una leve sonrisa se dibuja en su rostro antes de que desaparezcan tras la esquina y se adentren en la noche.

Parpadeo.

¿Qué. Diablos?

Mi cerebro intenta procesar lo que acabo de presenciar y se bloquea de inmediato, como un ordenador al que se le pide que divida por cero.

Jillian.

Kir.

Jillian y Kir.

Jillian y Kir, escabulléndose juntos de mi boda como dos personas que tienen que estar en otro sitio. *Juntos*. La mujer que desveló el secreto más oscuro de la familia Lazarev, del brazo del hombre que amenazó con destruirla por ello.

Una docena de preguntas brotan simultáneamente en mi cabeza, pero antes de que pueda dar respuesta a ninguna de ellas, la mano de Lukas vuelve a posarse en mi espalda.

—Baila conmigo —me susurra al oído.

Alzo la vista hacia él. Está sonriendo.

Kir y Jillian. Jillian y Kir. Supongo que esa historia tendrá que quedar para otra ocasión.

Esta noche *nos* pertenece.

Bailamos en el salón iluminado con velas de nuestra casa de Brooklyn, rodeados de rosas de crema de mantequilla, copas de champán vacías y las personas que más queremos en el mundo. Tengo la mejilla apoyada en su pecho, la mano de Lukas entre mi pelo y el latido fuerte y esperanzado de un corazón que tardó dieciocho años en volver a latir.

El mío late junto al suyo.

Lea hoy el próximo libro de esta serie:
Máscaras en la sala de juntas